

LOLA P. NIEVA



MERETRICE



mī

Índice

PORTADA

NOTA DE LA AUTORA

CITA

MAPA

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40

CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49
CAPÍTULO 50
CAPÍTULO 51
CAPÍTULO 52
CAPÍTULO 53
CAPÍTULO 54
CAPÍTULO 55
EPÍLOGO
NOTA
CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Dicen que el amor mueve montañas, pero yo creo que no sólo las mueve, sino que es capaz de quebrarlas como un rayo atravesando un árbol. No hay energía más poderosa en el universo que el amor. El amor verdadero transgrede el tiempo y la razón, une almas y salta barreras. El amor cura, inspira coraje e ilumina la más tenebrosa oscuridad. Y por eso tengo la firme creencia de que prevalece a través de los siglos.

También dicen que nadie ha regresado de la muerte para contarnos qué hay más allá; no obstante, lo han hecho. Sólo que nos negamos a ver, a escuchar y a creer.

En un mundo cada vez más superfluo, más descreído, más tecnológico, enmudecen los sentidos y se ciegan nuestras ancestrales percepciones.

Dedico esta historia a aquellos que desean despertar, a esas almas imperecederas que siguen buscando su mitad.

Y, por supuesto, a todos aquellos que, una vez más, han decidido embarcarse nuevamente en mis mundos, dedicando su tiempo y depositando su confianza en mí. Espero que esta nueva aventura os transporte lejos, os haga sentir y vibrar, y os evada de vuestra realidad, para conocer la mía.

Yo soy mis mundos y mis mundos son vuestros...

LOLA P. NIEVA

«Las almas que se aman no tienen olvido, no tienen ausencia, no tienen adiós.»

RICHARD BACH



Crematorio

COSTA NORTE

CANAL DE POVEGLIA

CAVANA

Puente

Iglesia

Hospital

COSTA OESTE

psiquiátrico

COSTA ESTE

Campo de la plaga

Prisión

viviendas

APRODO

OCTÓGONO

Prólogo

Lago Como, Italia, en la actualidad

Dicen que abrir un libro es traspasar las puertas de una vida, conocer sus intrínsecos secretos, los más profundos pensamientos de una mente inquieta y penetrar en el corazón del autor. En tal caso, abrir las ajadas páginas de un añejo diario y posar los ojos y los sentidos en su sesgada caligrafía no sólo representaba adentrarse en las reflexiones y las vivencias de un ser que un día sintió la necesidad de dibujarlas con tinta, sino sumergirse en su mundo, penetrar en su alma y revivir de algún extraño modo lo que él vivió, en este caso, ella, Alonza di Pietro.

Desplacé perezosamente mis dedos por la rugosa cubierta de piel, sintiendo su suavidad y su tibieza como una tentadora invitación a descubrir los secretos que tan celosamente había guardado durante cuatro siglos, y suspiré queda.

Desde pequeña había oído aquel famoso rumor sobre el

diario de mi antepasada. Y, aunque en la familia nadie sabía dónde se encontraba (mis padres se llevaron el secreto de su paradero a la tumba el día que perecieron en aquel trágico incendio cuando yo apenas contaba con doce años), la muerte de mi abuela lo había traído a mis manos.

Era parte de mi herencia, eso y una ingente cantidad de deudas que amenazaban con embargar la única propiedad que era mía, la casa donde nací en la ribera del lago Como, en Lombardía, al norte de Italia.

Junto con el libro, una carta manuscrita de mi abuela Ornella, que había memorizado de tanto releerla. Y, aunque las lágrimas empañaban mi vista por una mujer que nunca había estado presente en mi vida, saberla viva me reconfortaba de algún modo, haciéndome sentir menos sola en el mundo.

Cerré los ojos un instante y tras ellos refulgió la elegante grafía de aquella misiva:

Querida Alessia:

Ésta es la primera y la última vez que me dirijo a ti. No puedo llamarte nieta, pues no me gané ese derecho. Fracasé en la vida de mil maneras, pero las que más lamentaré fueron mis facetas de madre y abuela.

A menudo me he preguntado, tras leer el diario, si de verdad corre sangre de Alonza por mis venas y, si es así, por qué no tuve el coraje suficiente para pedir perdón y

luchar por tu madre, preguntas que perdieron su sentido cuando ella murió. No creas que no sentí la tentación de irrumpir en tu existencia y darte quizá el cariño que no pude darle a tu madre, pero una vez más la vida me privó de esa oportunidad, por motivos que ya es inútil mencionar.

Si estás leyendo esto, mi cuerpo ya reposa frío bajo una losa. Y, aunque nada puedo enmendar, puedo dejarte en herencia este libro, la historia de Alonza di Pietro, una mujer aguerrida y valerosa, libertina y tenaz; una cotizada cortesana veneciana de la que dicen encandiló a los más altos mandatarios de la Serenísima allá por el siglo XVII, digna sucesora de Veronica Franco, la más famosa cortigiana onesta de la época.

Ella, nuestra antepasada, encriptó una ubicación dentro de este diario, la de un tesoro que escondió al final de su vida. Jamás nadie ha logrado descifrar el enclave. Yo dediqué gran parte de mi vida a su investigación, utilizando numerosos códigos y consultando a expertos criptógrafos con un único motivo: recuperar a mi hija.

No obtuve ningún resultado remotamente alentador siquiera. Hasta que un buen día, en una de mis relecturas, uniendo las primeras letras del último párrafo, un nombre iluminó una pista: Poveglia, la isla del no retorno. Aquel descubrimiento llegó tarde, pero me otorgó una pequeña victoria, amarga por aparecer en los albores de mi muerte. No obstante, y con todos los sentidos aguzados,

efectuó una última revisión del diario. Y, así, en el final de mi vida, devastada por una enfermedad que me confinó a una cama durante años, hallé algo que había pasado por alto en mi afán de encontrar el tesoro: orgullo. Un orgullo que perdí aquel aciago día en que abandoné a mi hija, erróneamente convencida de que era lo mejor para ella. Alonza consiguió ese milagro, y que por primera vez tras tantos y sufridos años mis labios se curvaran en una sonrisa plena, estirando mi mortecina alma con un leve atisbo de dicha.

No sé si lograrás encontrar el tesoro, pero de lo que estoy segura es de que descubrirás en tu interior a la Alonza que todas llevamos dentro.

A pesar de mis mermadas capacidades, conseguí procurarte un contacto para que puedas acceder a la isla de Poveglia en Venecia si decides embarcarte en la búsqueda. Se llama Luca Vandelli (te dejo su teléfono junto con la carta), está al tanto de todo y es de mi entera confianza. La isla, como ya sabrás, es aterradora y tiene una extensión de 75.000 metros cuadrados, su visita está prohibida y se considera un lugar maldito. No sé siquiera si hallaréis pistas sobre el emplazamiento preciso del tesoro, lo que sí sé es que hay que tener mucho valor para adentrarse en ella.

P. D. No pido perdón, ni tan siquiera comprensión. Sólo espero que este diario te ayude a entender que el

destino puede forjarse con cada acción, por pequeña que ésta sea. Lucha tu vida, Alessia, jamás te des por vencida, para que, cuando te enfrentes al juicio final, te hayas equivocado en tus decisiones o no, al menos te quede la satisfacción de haber vivido guiada por tu corazón. Y, como bien recalcó la gran Alonza, cuanto más negrura te rodea, más luz debes sacar de tu interior.

Ornella, la mujer que siempre te tuvo en su pensamiento y en su corazón

Respiré hondo y sentí el irrefrenable impulso de abrazar aquel diario contra mi pecho, quizá así el desolador vacío que ahora gobernaba mi vida se empequeñeciera un instante, el justo para tomar aliento y despejar mi mente. ¿Encontraría entre esas páginas una sola razón que me anclara a la vida, ahora que la muerte se me antojaba tan atractiva?

Mi marido me había abandonado por una mujer más joven y hermosa. Tras haber descubierto en mi buzón un sobre anónimo con fotos de ellos juntos, la discusión dio paso a verdades muy duras, y no hizo falta que lo echara de mi lado. Mi deseo de ser madre se había esfumado tras innumerables y frustrados tratamientos médicos. Los acreedores me acechaban cual buitres carroñeros, y mi trabajo de agente inmobiliaria había decaído alarmanamente. Los que decían llamarse amigos, tras la

consabida palmadita consoladora en la espalda y fútiles palabras de ánimo, se habían ido alejando progresivamente, consiguiendo que la palabra *soledad* adquiriera una magnitud aterradora.

Me acomodé en mi confortable sillón de orejas y miré hacia la ventana, desde la que se veía el lago Como, cuya salvaje belleza siempre me había subyugado.

En esa gran masa de agua espejada, donde se refleja el cielo, donde espesas nubes blancas se esponjan acarameladas, donde el verdor de las montañas colorea sus orillas y donde las quillas de las embarcaciones cortan en lineales surcos su apacible superficie, siempre había hallado solaz. No obstante, hacía tiempo que ni siquiera su contemplación caldeaba mi aterida alma. Nada parecía llamar ya mi atención, nada estrujaba mi corazón y nada levantaba mi ánimo, que, por el contrario, se apagaba con el transcurrir de los días.

Solía levantarme cada día a la misma hora, como una autómatas, a pesar de no tener que ir a trabajar. Me obligaba a salir a pasear, saludando a quien me encontrara en el camino, como un acto mecánico, componiendo en mi hierático semblante algo parecido a una sonrisa sólo por evitar preguntas incómodas de mis curiosos vecinos. Recorría el sendero que bordeaba el lago sin apenas apercibirme de mi alrededor. A veces me sentaba en este mismo sillón, con un libro entre las manos, incapaz de leer; simplemente dejaba vagar mis ojos por las letras impresas

perdiendo mi atención en ellas sin captar su sentido. O miraba por esa misma ventana durante horas, sin ver realmente, sumida en mis pensamientos, la mayoría de ellos funestos.

Tras meditar mucho sobre mi preocupante apatía, descubrí que no sólo me pesaba el cuerpo, sino algo más profundo: el alma, la vida en sí. Resurgiendo de mi interior, un único e impetuoso anhelo: recuperar la liviandad, liberándome de mi corporeidad. Así dicho no sonaba tan siniestro, pues nombrar a la muerte como salvadora resultaba como poco desconcertante. Tampoco sonaba a un acto de cobardía, pues no era una rendición, era alcanzar una meta, elevada a mi parecer.

Como bien decía Ornella en su carta, equivocada o no, mi última decisión antes de partir de este mundo sería conocer la vida de Alonza di Pietro y embarcarme en mi última aventura.

Un claxon me arrancó de mis pensamientos. Abrí mi amplio bolso de mano y metí el viejo diario dentro, agarré mi maleta de ruedas y avancé traqueteando hasta la salida, descubriendo a cada paso que aquel viaje sembraba en mí una curiosidad vivificadora.

El taxi me aguardaba en marcha, el conductor me dedicó una cordial sonrisa y se apresuró a bajar del vehículo para abrirme el maletero.

Le cedí el equipaje y me adentré en el asiento trasero. Al cabo, él ocupó su asiento, se giró casi completamente

hacia mí, dirigiéndome una mirada escrutadora, y alzó una ceja aprobador.

—Buenos días, señora, un día maravilloso para viajar, ¿qué ciudad tendrá el gusto de verla llegar?

Sonreí ante la originalidad de su saludo, en vez del habitual y seco «¿Adónde?».

—Espero que me vea llegar Venecia, pero con que me deje en la estación de San Giovanni es suficiente.

Me guiñó un ojo, chasqueó la lengua, se volvió al frente y arrancó con cierta brusquedad pisando el acelerador, pegándome así al respaldo. Me sobresalté y aferré con fuerza mi bolso, como si fuera mi airbag particular.

—Imagino que lleva prisa, ¿no?

—No, prefiero que Venecia me vea llegar, aunque pierda el tren hoy.

El hombre soltó una risotada y desaceleró en el acto pasando a una velocidad más moderada.

Y en esa última frase dicha por mí descubrí un hálito de esperanza por una vida que ya había dado por perdida.

CAPÍTULO 1



UN DESCONOCIDO ENTRE CANALES

Desde San Giovanni, tomé un tren hasta la Estación Central de Milán y, de allí, hasta Santa Lucia, en Venecia. El *vaporetto* fue mi último medio de transporte hasta el hotel Rialto, en pleno corazón de la ciudad, junto al emblemático puente.

No sé muy bien por qué lo escogí, pero algo me llamó hacia esa zona en particular. Había elegido despreocupadamente la suite júnior con vistas al Gran Canal pensando en dilapidar mis últimos ahorros; de todas formas, yo ya no estaría cuando los buitres bancarios devoraran mis propiedades. Era mi última gran aventura y

no pensaba escatimar en gastos.

Me registré ante la formal y profesional expresión del recepcionista, impaciente por tirarme sobre la gran cama adoselada que había visto en las fotografías de mi reserva por internet y comenzar mi lectura.

Un botones me acompañó hasta la segunda planta y me abrió la puerta con una inclinación cortés de la cabeza, entregándome la tarjeta de mi habitación.

Me adentré en el cuarto lentamente, absorbiendo cada detalle con cierta solemnidad. Las paredes estaban forradas de una elegante seda rosada adamascada, los muebles eran de corte renacentista, lacados en crudo con detalles florales. Una gran ventana frente a la cama daba al Gran Canal y otra lateral más estrecha, al puente de Rialto. Pesadas cortinas de tafetán dorado caían a cada lado del marco, y un tenue visillo de gasa blanca tamizaba la luz de la tarde. En una esquina, un coqueto escritorio del mismo estilo con una preciosa silla tapizada en dorado. Más allá, una butaca frente a una mesita de café y una cómoda con espejo a juego.

Abrí las ventanas, dejando que una brisa acariciadora agitara mi cabello. Junto a ella, el ruidoso bullicio de una ciudad mágica congestionada por el turismo, pero que aun así no mermaba su encanto. Una variopinta y colorista ola de visitantes abarrotaba el puente en un vaivén casi hipnótico, como una serpiente vistosa ondulando por sus adoquines. Justo frente al hotel se encontraban la parada

del *vaporetto*, restaurantes, tiendas y esa misma serpiente lánguida y ruidosa recorriendo cada callejón. Me descubrí sonriendo a pesar de no ser mi primera visita a la ciudad, deseosa de perderme por sus calles, deambular sin rumbo y paladear un último recorrido en góndola. No, no había despedida mejor.

Me quité los zapatos y mi cazadora de piel verde botella y me desperecé con más ligereza que días atrás. No me molesté en abrir la maleta, tan sólo extraje de mi bolso el diario y me lancé sobre la cama. Cerré los ojos y, con el antiquísimo volumen sobre mi pecho, me sentí otra. Una inusitada excitación comenzó a iluminar pequeños reductos de mi ser que se habían apagado en los meses anteriores. Un amago de entusiasmo perpetuó aquella sonrisa tan extraña en mí, sembrando un cosquilleo desconocido en mi pecho.

Me incorporé ligeramente y me acomodé en los mullidos cojines que descansaban sobre las almohadas. Flexioné las rodillas y apoyé el libro en mis muslos.

Con actitud reverencial, lo abrí, resiguiendo con la yema de mis dedos el ajado pergamino. Lo primero que me sorprendió fue que no hubieran hecho una copia para estudio, pues a todas luces aquel libro era el original. En mi opinión, era una valiosa antigüedad que debería haberse conservado en un lugar adecuado, casi me parecía una aberrante profanación tocarlo sin guantes. Aun así, y puesto que yo era la última descendiente de aquel linaje,

pensaba disfrutar de cada línea, aroma y tacto con total libertad. Sin embargo, en ese instante decidí donarlo a un museo para que jamás se perdiera la historia de mi antepasada, de mi estirpe.

Deslicé mis ojos por los primeros renglones:

Ésta es la vida de Alonza, meretriz, espía, esclava y superviviente, pero sobre todo la historia de una mujer que entregó su corazón para no recuperarlo jamás.

Tragué saliva: aquel principio auguraba una historia intensa y dramática. Solté el aire contenido y continué:

Venecia, República de la Serenísima, año 1630.

Tomé aliento de nuevo. Aquel año fue el de la gran plaga, la peste negra redujo a un tercio la población italiana. Más de sesenta mil venecianos murieron ese año.

Me disponía a proseguir cuando el zumbido de mi móvil me interrumpió.

No recibía muchas llamadas, y aunque me tentó dejarlo sonar, algo me impulsó a alargar el brazo hacia el bolso y sacar mi smartphone.

Número desconocido. Titubeé un instante hasta que acepté la llamada.

—¿Dígame?

—¿Alessia?

Aquella desconocida voz varonil y rasgada me envaró. A ese tono, un tanto íntimo, se sumó una sucinta familiaridad que me desconcertó.

—Sí, soy yo, y ¿usted es...?

—Luca Vandelli.

—No conozco a ningún Luca.

—Por algo te llamo: para que me conozcas.

Creí detectar un leve atisbo irónico en su tono que me incomodó.

—¿Y si no quiero conocerlo? —espeté con sequedad.

Una pausa. Oí un suave y contenido resoplido, como si estuviera pensando su respuesta o quizá armándose de paciencia.

—En tal caso, tendrás que ir sola a Poveglia.

Apreté los labios, recordando el nombre de la carta de mi abuela.

—Disculpe, señor Vandelli, claro que...

—Luca —me interrumpió rotundo.

—Luca —repetí algo molesta—. Sólo que pensaba que yo tendría que llamarlo en caso de decidir...

—Me he adelantado —volvió a interrumpirme—. Puesto que has venido a Venecia, he presupuesto tu decisión.

Agrandé los ojos con semblante demudado.

—¿Cómo sabe que...?

Otra pausa. Pude percibir su indecisión.

—Si quieres respuestas, te las daré en persona —

musitó por fin—. Dentro de una hora paso a por ti.

—Señor Van...

Esta vez, el pitido del teléfono llenó el silencio. ¡Me había colgado!

Arrugué el ceño y maldije para mis adentros.

Cerré el libro y lo dejé sobre la mesilla.



Tras una renovadora ducha, me puse un sencillo vestido azul marino, me hice una coleta alta y, tras mirarme detenidamente en el espejo, tan sólo me animé a ponerme brillo de labios. Mi tez demacrada pedía a gritos maquillaje e iluminador; mis apagados ojos, algo de máscara que los resaltara, y mis mejillas, color. Acababa de cumplir treinta y seis años y, aunque nunca me había cuidado excesivamente, conservaba la figura y mi piel lucía tersa y firme, pero ya sin luz en ella, igual que tampoco tenía brillo en la mirada.

Me incliné sobre el lavabo y contemplé mis ojos un largo instante. Una pesada tristeza se había afincado en ellos, endureciendo mi rictus y apagando mi tez. Esa melancolía se había infiltrado lentamente, pasando de puntillas hasta el centro mismo de mi alma, de manera tan furtiva que apenas me había apercibido de aquella sibilina invasión. Hasta que una mañana me di cuenta del tiempo que llevaba sin sonreír, sin encontrar una razón contundente para levantarme cada día, sin tener un solo

motivo para salir de casa. Y, a partir de aquel momento, la mayoría de mis actos fueron mecánicos, mis pensamientos grises y mi alma insustancial. Incluso en los instantes en que recordaba mi vida en pareja, descubría apesadumbrada que tampoco me había llenado por completo, que ese vacío que ahora me inundaba por entero no era sino una extensión más aterradora de aquel pequeño reducto que había logrado contener con una vida corriente, que al menos ocupaba mis días y distraía mi mente.

Siempre había atribuido mi desánimo a la ausencia de niños, y achacaba a eso el haber sido incapaz de retener a mi esposo. Pero con la perspectiva que daba la soledad, comprendí que, si nuestra relación hubiera sido sólida, no habría sido necesaria la compañía de hijos ni él se habría fijado en otra mujer. Y desde esa misma perspectiva llegué a perdonarlo. Él tampoco era feliz ni se sentía completo, y en el final de nuestro matrimonio no había más culpable que la caducidad de una relación que nunca había terminado de cuajar. Ahora, él se sentía pleno con su nueva pareja, y yo..., bueno, yo era una sombra que vagaba sin rumbo, sin nada ni nadie que animara mis pasos, hasta ese día.

Ese día un desconocido vendría a recogerme. Y parecía un hombre acostumbrado a imponer su voluntad. Sería interesante ver hacia dónde llevaría esos pasos míos.

Decidí bajar a recepción. Si conocía mi paradero, conocería también mi aspecto.

Me senté en un cómodo tresillo de piel negro de cara a la puerta y cogí una revista para ojearla mientras escrutaba la entrada.

Al cabo de un rato, un hombre alto, de buen porte, cruzó la puerta y avanzó con paso seguro hasta la recepción. De pronto, sus ojos tropezaron con los míos y se detuvo en seco. Fui plenamente consciente de su mirada de reconocimiento y me puse en pie aguardando su presentación.

—Eres muy observadora, Alessia —me alabó tendiéndome la mano.

Esbozó una sonrisa aviesa e inclinó cortés la cabeza.

—Y usted muy predecible, señor Vandelli.

El hombre sonrió abiertamente. Sus cálidos ojos castaños refulgieron aligerando su gesto.

Era atractivo. Sus esponjosos labios captaron mi atención más de lo debido. Tuve que obligarme a retirar la mirada y recomponer mi expresión admirada.

Se pasó la mano por su espeso cabello oscuro, acomodándolo, en un gesto que dudé en interpretar como nervioso o vanidoso. Su mirada también se demoró en mi rostro, absorbiendo mis facciones como si deseara memorizarlas, o quizá encontrando en ellas algo que atraía su atención.

—¿Desde cuándo lleva vigilándome?

—Si comienzas a tutearme, te lo diré. Pero antes — hizo una intencionada pausa para clavar su mirada taimada

en la mía—, permíteme llevarte a la alcoba.

Entorné los ojos sorprendida y lo escruté ceñuda.

—En mi alcoba no hay nada de su interés.

—Pero en la mía sí —murmuró.

Sonrió mordaz y, tras un leve gesto hacia la puerta, tomó mi antebrazo y me guio hasta la salida.

—Iremos a su hotel —apunté severa— y cogerá lo que quiera enseñarme mientras yo lo espero en la recepción.

Él tan sólo sonrió con cierto aire divertido, me guiñó un ojo a modo de aprobación y salimos al exterior.

La algarabía a aquellas horas era notable. De la estación del *vaporetto* emergían numerosos grupos de turistas que se aglutinaban en la calle, obstaculizándonos el avance. El señor Vandelli se tomó la libertad de cogerme del brazo de modo protector mientras nos filtrándonos entre el gentío. Lo miré reprobadora, pero él se limitó a ignorarme, centrado en el avance. Se detuvo en el siguiente embarcadero y me condujo hasta un taxi acuático.

—No está lejos —aclaró—, pero ante la marea de turistas que inunda la ciudad a estas horas, mejor por el canal.

Tan sólo asentí y me senté mientras él daba la dirección y el dinero al taxista.

Las oscuras aguas del canal estaban prendidas de destellos, dando la impresión de un manto negro engarzado de perlas iridiscentes. Los coloridos edificios, la vida que bullía sobre los antiquísimos adoquines, las luces, las

vibrantes melodías de acordeones y el animoso murmullo de conversaciones y risas exaltaban el ánimo de cualquiera, incluso el mío.

El ruidoso sonido del motor del barco predominó sobre el resto. El señor Vandelli se sentó junto a mí mostrando una excesiva familiaridad; era tal su naturalidad que parecía conocerme de toda la vida. No se comportaba como un desconocido, su exceso de confianza me turbaba sobremanera y por esa razón o por alguna otra me tensé incómoda y miré por la borda hacia la bulliciosa ciudad, ignorándolo.

—Espero no intimidarte, Alessia, nada más lejos de mi intención.

Me giré para mirarlo, sus penetrantes ojos castaños se clavaron en los míos, como si buscara algo dentro de ellos. Su intensidad me secó la garganta. Bien era cierto que no estaba acostumbrada a la compañía masculina y que el tipo era atractivo, con un claro y atrayente halo varonil que despertaba mis adormecidas hormonas. No era guapo en sí, pero su rostro anguloso, su mirada profunda y directa, sus carnosos labios, siempre con una peculiar sonrisa de suficiencia, y su aplastante seguridad irradiaban magnetismo, aunque también cohibían.

—No lo hace —mentí—. No se preocupe, sólo admiraba la ciudad.

—¿Crees que no percibo tu incomodidad? —Se giró en su asiento, apoyando el codo en el respaldo mientras

adoptaba una posición de excesiva intimidad—. Espero que se deba al tiempo que has pasado sola y no a mí.

—Lo hace adrede, ¿verdad? —inquirí dirigiéndole un gesto adusto.

Las comisuras de sus labios se estiraron en una sonrisa indefinida.

—Quizá —reconoció, formando un mohín travieso—. De alguna manera tendré que romper tu... frialdad.

—Y ¿suele romper muros de hielo en tan poco tiempo, o acaso quiere batir algún record?

Apoyó indolente la barbilla en su mano y negó sucinto con la cabeza.

—No, contigo uso el tratamiento de choque.

No pude evitar sonreír ante su refrescante franqueza.

—Y ¿realmente espera que funcione?

—Realmente lo espero. El desconcierto suele obrar maravillas, baja la guardia y desnuda más que cualquier otra emoción.

La musicalidad de su tono me embriagó. En ese momento comprendí que su voz era otra de sus armas: sabía modularla con una cadencia baja y profunda similar a un ronroneo acariciador, capaz de subyugar envolviendo en su hechizo. Pero ¿qué quería realmente de mí? ¿Aquello era parte de su acostumbrado ritual de seducción? Y, si lo era, ¿por qué quería conquistarme? No era una mujer especialmente llamativa ni me consideraba guapa; bonita a lo sumo. Pero ese hombre tenía el potencial suficiente para

atraer a la mujer que se propusiera, lo que me dejaba una sola respuesta a su conducta: interés en lo que pudiera descubrir sobre el tesoro. Debía andarme con cuidado, me dije.

—Apúntese su primer tanto. Me desconcierta usted, señor Vandelli.

—La franqueza suele causar ese sentimiento.

Bajé la mirada algo turbada.

Me fijé en sus manos de dedos largos y elegantes, uñas cuidadas y gráciles movimientos. No llevaba anillos, sólo un reloj deportivo que contrastaba con su atuendo. Llevaba una camisa blanca y unos pantalones formales de tela azul marino. Era alto y delgado, pero fibroso, su porte destilaba una rotunda autoestima, y sus movimientos felinos exudaban agilidad y elasticidad. Era un hombre que se cuidaba, seguramente practicaba deporte, también se percibía en él una viva inteligencia. Quizá fuera analista, me aventuré a conjeturar por cómo examinaba su entorno con tan concienzuda frialdad.

Inmersa en mis particulares suposiciones, no reparé en que la barca había arribado a nuestro destino.

Se puso en pie y me ofreció su mano. Sin embargo, la rechacé altanera, me adelanté y dejé que el taxista me ayudara a subir a la acera.

Cuando miré hacia arriba, mis labios se curvaron en una sonrisa divertida que logré esconder rauda cuando él llegó a mi altura.

—Bienvenida a L'Alcova —anunció con pompa.
Era el nombre del restaurante que tenía frente a mí.

—Muy gracioso —acusé.

—Parece que no lo suficiente —se lamentó él y, tras otra de esas miradas indescifrables, añadió—: He reservado una mesa en la terraza. Espero que las vistas y la comida tengan más éxito en tu ánimo que mi compañía.

—Si empieza a darme respuestas, seguro que lo mejora.

Se limitó a asentir y me condujo hasta una mesa al fondo, pegada a la barandilla que daba al canal. El lugar era romántico y acogedor. Un centro de flores rojas adornaba una mesa cuadrada con mantel blanco de fino hilo; un candil con una vela roja otorgaba calidez e intimidad al ambiente.

Nos sentamos uno frente al otro.

Una suave brisa primaveral acarició mi rostro e, instintivamente, cerré un momento los ojos. A pesar de que el local estaba repleto y las conversaciones se superponían unas a otras en un batiburrillo disonante, el hilo musical lograba hilvanar los sonidos, uniéndolos con un violín prodigioso, que reconocí como el de Paganini.

—Hermosa música —proferí.

Cuando abrí los ojos, lo descubrí absorto en mí.

—Muy hermosa, sí —pronunció pausado, recorriendo mis facciones con su mirada.

Me agité en mi asiento y, aunque deseé desviar la

mirada, me sentí atrapada por su propia fascinación.

—Es la *Sonata del diablo*, de Niccolò Paganini — anunció—. Curioso título para una melodía romántica, ¿no te parece?

—Decían de él que hizo un pacto con el diablo para poder tocar como un ángel —recordé de una de mis clases de música de la universidad.

—Como la leyenda que persiguió a otro famoso violinista, Tartini, aunque fue él mismo quien la inició.

—Sí —confirmé—. En ese caso, él soñó que retaba al diablo a tocar una melodía romántica. Cuando despertó, se apresuró a escribir las notas para no olvidarlas y triunfó.

—¿Dónde está Dios cuando se lo necesita? —bromeó él.

Sonreí abiertamente y él de nuevo demoró su mirada en mi rostro.

—Me lo he preguntado muchas veces —respondí más distendida.

—Me habría gustado ver a Paganini ejecutando sus obras inmerso en el éxtasis creativo que conseguía romper las cuerdas de su violín.

—También a mí —coincidí—, pero él preparaba adrede esos finales tan dramáticos para impresionar a su público.

—Lo sé, todo un genio —adujo, alzando la mano para llamar al camarero—. La clave para impresionar sin duda es... dar un buen golpe de efecto.

Me miró con intención y sonrió seductor.

El camarero nos entregó las cartas y se retiró tras una cortés inclinación de la cabeza.

Tras elegir una ensalada, unos platos de pasta y un refrescante vino rosado, decidí focalizar la conversación.

—Quiero mis respuestas, señor Vandelli —pedí con atrevida rotundidad.

—Y yo quiero que me tutees, Alessia.

Sostuvimos un duelo silencioso hasta que asentí y pude ver un leve atisbo de regocijo en su faz.

—Luca —comencé. Sus ojos refulgieron triunfales—, ¿quién eres realmente y qué sabes de mí?

El camarero irrumpió para servirnos el vino, aguardó a que lo probáramos y diéramos nuestra aprobación antes de desaparecer de nuevo.

Luca tomó su copa y bebió sin dejar de observarme por encima del borde. No supe si su expresión de goce se debía al rosado líquido o a mí, porque me sentí bebida por su atrapante mirada.

—Soy criptógrafo, tu abuela contactó conmigo para descifrar el diario de tu antepasada. Tengo una copia en mi despacho para el estudio. —Estrangulé una sonrisa aliviada—. Sin embargo, estoy completamente seguro de que, a pesar de que tu abuela descubrió el nombre de Poveglia gracias a un simple acróstico, y de que esa isla aparece entre sus páginas, creo que...

—¿Acróstico? —lo interrumpí intrigada.

—Los acrósticos son palabras o frases que se esconden en un texto. La manera más común son los poemas en los que la primera letra de cada verso forma la frase o la palabra que se desea ocultar, o separadas por un patrón de letras repetitivo.

—Fascinante —argüí con franco interés.

—Creo que algo se nos escapa —continuó—, y que ese algo está oculto en esos pergaminos cosidos. Estoy convencido de que no se usó ningún código ni método criptográfico, sino una versión antigua de la esteganografía. —Hizo una pausa para beber de nuevo, aprovechando para ahondar en mi expresión.

Yo abrí la boca para preguntar otra vez cuando él alzó su mano presto a continuar.

—La esteganografía es una ciencia que trata el estudio y la aplicación de técnicas que permiten ocultar mensajes u objetos dentro de otros, llamados portadores, de modo que no se perciba su existencia. Es decir, procura ocultar mensajes dentro de otros objetos y de esta forma establecer un canal encubierto de comunicación, de manera que el propio acto de la comunicación pase inadvertido para observadores que tienen acceso a ese canal. En aquella época era común usar jugo de limón para escribir, digamos que es el origen de la tinta invisible. Pero ya pasé una bombilla de calor por cada página revisando con detenimiento todo el contenido en presencia de tu abuela, preocupada porque aquel procedimiento dañara el

volumen. El calor oxida el cítrico y es cuando aparecen las líneas ocultas de un intenso color marrón, revelando el secreto. No obstante, y para nuestro desencanto, nada se reveló ante nosotros. Tampoco hay imágenes anamórficas, ni pentagramas musicales, tan usados en el Renacimiento para encriptar. Aun así, estoy plenamente convencido de que hay un portador entre esas páginas.

—¿Cuánto tiempo llevas estudiando el diario?

—Bastante menos del que le dediqué al manuscrito Voynich, pero la frustración es la misma.

Agrandé los ojos francamente impresionada.

—Pertenece durante un tiempo a uno de los equipos que lo estudiaban.

—Hay algo que no entiendo —objeté contrariada—. Eres un profesional en la materia y aún no has hallado nada que indique que el diario encierra la ubicación de un tesoro, ¿por qué estás tan convencido de ello?

Llegó la ensalada caprese y Luca me alentó a comer. Me serví y me llevé un delicioso trozo de mozzarella fresca, tomate y albahaca a la boca. Paladeé gustosa y mastiqué mientras él me observaba sin comer.

—Delicioso, ¿verdad?

Asentí, tragué el bocado y aguardé su respuesta.

—Porque, si no, la muerte de Alonza no tendría sentido, su lucha y su último deseo; porque tu abuela sacrificó su vida por el mismo motivo, y por otra razón que prefiero guardarme para mí.

—Y ¿qué esperas sacar de todo esto?

Luca sostuvo mi mirada un instante antes de desviarla hacia el Gran Canal para sumirse en él con semblante soñador. La luna, que se reflejaba desdibujada en sus aguas, era mecida por el suave y perezoso bamboleo de las góndolas.

—Venecia es tan hermosa como enigmática — murmuró ensimismado—. Esconde multitud de secretos. Fue la única ciudad de su tiempo que permitió el uso de máscaras desde la antigüedad para equiparar a sus ciudadanos, otorgándoles así una libertad inusual. Sin rostro, todos tenían voz, todos eran iguales. Pero aquello desató el libertinaje, la promiscuidad y los delitos. Y su uso fue restringido a unos pocos días al año: ése fue el origen del carnaval.

»Los venecianos somos curiosos, traviosos, ingeniosos y creativos, una habilidad nacida de nuestro constante anhelo por sortear las leyes y los mandamientos, las imposiciones en general. —Hizo una pausa para prodigarme una sonrisa pendenciera que me dejó presa de su boca unos segundos—. La libertad siempre nos sedujo —añadió—, los placeres pesaban más que los deberes, lo que hizo que nos refugiásemos en una sutil hipocresía. Pero, para entender por qué creo en la palabra de Alonza, debes leer su historia; tú más que nadie ha de hacerlo.

Cuando me miró de nuevo, sus ojos adquirieron una gravedad tan respetuosa que me perturbó sobremanera.

—Estoy convencido de que sólo tú hallarás la clave de este misterio —agregó vehemente.

—¿Qué habría pasado si hubiera decidido no venir y olvidarme del asunto?

Su rostro dibujó una mueca vacía, aunque su rictus se contrajo perceptiblemente.

—Llevo tiempo vigilándote, ansiando intervenir. Sólo te diré que esto se ha convertido en algo personal para mí, y no sólo porque llegué a cogerle un gran afecto a Ornella. Si no lo hice fue porque ella me lo pidió, como también deseaba estar al tanto de tu vida. Yo la mantenía informada. En cuanto a tu pregunta, nunca concebí que no sintieras curiosidad.

Aquella confesión me desazonó. Saberme espiada implantó en mí una sensación estremecedora que serpenteó por mi columna. Reprimí un escalofrío.

—No eres un simple criptógrafo contratado por mi abuela, por lo que parece.

Luca tomó su copa y bebió despacio; parecía tenso y contenido.

—Soy mucho más que eso —reveló pasando sus dedos entre su espeso cabello oscuro—. Y ahora disfrutemos de la cena... Al terminar te llevaré a tu hotel y comenzarás la lectura. Y, cuando la acabes, no antes, iremos a Poveglia y allí estudiaremos juntos las posibles pistas.

—Poveglia es una isla fantasma —adujo nerviosa.

—Es una isla deshabitada —corrigió—. La llaman *la*

isla de los muertos porque, durante la gran plaga, se llevaba allí a los que habían sucumbido a la peste para calcinarlos en fosos. Lo peor es que lanzaban a esos fosos a hombres, mujeres y niños todavía vivos, aunque infectados. En pocos años, unas ciento sesenta mil almas acabaron morando allí. También está la historia del hospital psiquiátrico que fundaron en la década de 1920. Allí, los doctores sometían a todo tipo de cuestionables experimentos médicos a sus pacientes mentales: trepanaciones, lobotomías y un largo etcétera. Dicen que el director acabó arrojándose del campanario del hospital porque lo acechaban los fantasmas de sus pacientes. Yo creo que lo tiraron. Aun así, no es un lugar... agradable.

—Gracias por aumentar mis deseos de ir —repuse mordaz.

—Irás conmigo, y te aseguro que no creo en fantasmas; sin embargo, son los mejores guardianes para proteger un tesoro. Nadie en su sano juicio se acerca a esa isla, es el mejor sitio para esconder algo.

—Y ¿piensas excavar cada tramo? —pregunté sardónica.

—Pienso que juntos conseguiremos descifrar el misterio.

—Tu confianza, Luca, es meritoria.

—Tanto como tu desconfianza, Alessia.

Sonreímos al unísono. Alzó su copa y brindamos sosteniendo nuestras miradas.

—Es curioso —musité pensativa—, hace tiempo que me siento un fantasma.

—También yo. Quizá permanecer tanto tiempo en silencio y a la sombra obre ese efecto.

Lo miré fijamente, tan sumida en mis pensamientos que me sobresalté cuando su mano se posó sobre la mía.

—Te traeré de vuelta, te lo prometo.

Y, por algún motivo, supe que esa promesa encerraba algo más profundo.

CAPÍTULO 2



EL HOMBRE PÁJARO

Venecia, República de la Serenísima, año 1630

Grité y pataleé furibunda mientras me separaban de mis padres y mis hermanos. Unos fuertes brazos me alzaron en el aire mientras me retorció entre agudos sollozos.

—Ya no están, Alonza, ya no están, pequeña —susurró una voz familiar.

—Tenemos que esconderla antes de que lleguen —apremió otra voz masculina.

Unos pasos corrieron hasta la entrada y la puerta se entreabrió ligeramente, dejando pasar al penumbroso cuarto un débil haz de luz y el bullicio de la ciudad.

—¡Ya vienen!

Unas manos me sujetaron fuertemente la cabeza, obligándome a sostener una severa mirada con urgente atención.

—Escúchame, muchacha, debes permanecer en silencio o la muerte te llevará consigo. Tu padre me pidió que cuidara de ti... No querrás negarle su último deseo, ¿no?

Gruesas lágrimas escaparon de mis ojos, zigzagueando por mis mejillas, tan amargas y ácidas que sentí cómo corroían mi alma.

—Si te descubren, todos estamos perdidos, ¿entiendes lo que te digo?

Asentí y me depositaron en el suelo. Oí cómo alguien rascaba la pared a mi espalda y algo caía al suelo. Dirigí mi vista a los cuerpos tendidos en el piso y contuve otro sollozo.

Mi padre, mi madre y mis dos hermanos pequeños yacían inertes, cubiertos de horribles bubones supurantes, con los ojos todavía abiertos, de mirada vacua y sin brillo, pero seguían siendo ellos. Eran sus rostros, los que yo tanto amé; sus cuerpos, donde yo tanto me refugié, pero ahora no me consolaban, no me susurraban palabras amorosas, y ya nunca más lo harían. Y esa certeza me enmudeció como me pedían, me inmovilizó y me secó, como los ramilletes de hierbas que mi madre colgaba de las vigas.

Me dejé llevar al despensero, donde me acurruqué en cuclillas. Pusieron la celosía de madera, ocultándome, y en ese instante una luz cegadora iluminó la estancia por completo.

Entorné la mirada acechando entre los orificios de la tapa y lo que vi me cortó la respiración.

Un hombre pájaro irrumpió en mi casa.

Iba cubierto con un hábito negro y tocado con capucha. Una máscara de pájaro blanca y tétrica cubría su rostro. Su nariz era un largo pico ligeramente curvado, llevaba guantes y portaba una larga vara.

Como un digno emisario de la muerte, se inclinó sobre mis padres y, con la punta de su bastón, retiró con tiento los ropajes para examinar los cuerpos.

Se limitó a asentir y se puso en pie haciendo un gesto hacia la puerta.

Unos hombres que portaban unas parihuelas y llevaban unos pañuelos atados a la cabeza cubriendo sus rostros entraron en la habitación y cargaron con los cuerpos. Sobre el de mi padre posaron el de mi hermano Piero, un año menor que yo, y sobre el de mi madre colocaron a Giovanni, de apenas seis meses de vida. Los sacaron de la casa en silencio, pero el hombre pájaro no se fue.

Parecía examinar unos papeles, resiguiendo con su índice unas líneas.

—En mis registros figura una niña de once años llamada Alonza.

¿Alguien sabe dónde está?

Tras un sepulcral silencio, un hombre dio un paso al frente.

—Cuando descubrió a su familia muerta la vieron salir corriendo — respondió sombrío.

El largo pico blanco se balanceó levemente hacia arriba y hacia abajo. La voz sonaba extraña, acompañada de un silbido peculiar.

—Bien, seguramente morirá en algún callejón. Sólo espero que no contagie a nadie. Los niños son un foco peligroso, pues despiertan piedad y suelen ser acogidos entre los vecinos. Y, aunque me resulta encomiable tal conmiseración, también lo encuentro insensato, pues amparar a la muerte entre tus muros es temerario. En los tiempos que corren, la piedad suele resultar mortal.

El hombre al que se dirigía asintió quedo y bajó el rostro hundiendo los hombros con evidente pesadumbre.

—Si la encontraseis, avisadme, tanto viva como muerta. Hasta entonces, mi registro sigue abierto.

Deambuló por la estancia inspeccionando cada rincón. Me encogí instintivamente y contuve el aliento.

Sus pasos se acercaron hacia donde yo estaba. Me mordí temblorosa el labio inferior, con tanta fuerza que me hice daño. Exhalé un gemido sofocado y mi corazón se detuvo cuando el pálido rostro del pájaro se acercó a la celosía.

La punta de su pico se deslizó por la madera lentamente, provocando un repiqueteo continuo que erizó mi piel.

Creí sentir unos ojos negros clavados en los míos e inmediatamente los cerré con fuerza. Respiraba agitadamente, el miedo me paralizaba.

Tras un angustioso momento, oí un susurro de ropas y unos pasos que se alejaban y solté el aliento.

Luego la puerta se cerró y la celosía desapareció. Unos brazos me estrecharon.

Me cubrieron con una capa y me sacaron en volandas de la que había sido mi casa.

Por un resquicio de la tela, entreví cómo marcaban la puerta de mi casa con una brocha empapada en pintura roja, dibujando una gran cruz.

No sé cuánto tiempo pasó, pero sentí cómo mi cuerpo traqueteaba entre los brazos del hombre que me portaba, mientras recorríamos las adoquinadas callejuelas.

Los sonidos de la ciudad hacía tiempo que habían cambiado. Ya no había risas ni conversaciones joviales, tampoco riñas, ni el jaleo típico del bullicio comercial que solía animar los canales. Ahora sólo había silencio, llantos y gritos desgarrados. También había rezos y lamentos agónicos, pero, de todos aquéllos, uno me provocaba más desazón y escalofríos que el resto: los salmos.

Cuadrillas del clero recorrían los canales en barcazas, exhibiendo sobrias sotanas parduscas y grandes cruces, recitando la liturgia con siniestras epístolas sobre el castigo divino que Dios imponía a los venecianos para devolverlos al buen camino. Una de aquellas frases se había grabado en mi mente y resurgía en pesadillas cada noche: «La peste es la purga de los pecadores, sólo los puros de corazón y pensamiento sobrevivirán a ella. Abandonad el pecado y abrazad a Cristo, sólo así encontraréis la salvación...».

¿Acaso no eran puros los bebés?, ¿los niños? ¿Por qué, entonces, Dios se los llevaba? Aquella plaga se había llevado a gente de toda índole y condición. Grandes cargos gubernamentales habían sucumbido a ella, altos dignatarios del clero también. Entonces, ¿quién era puro? No, la muerte no era justa, era implacable y cruel. Porque, si hubiera sido piadosa, me habría llevado con ellos, con mi familia, pues, vivos o muertos, siempre lo serían y con ellos deseaba estar.

En aquel regular balanceo me dormí entre lágrimas con un singular rostro agitando mis sueños: el de un pájaro.



Habían pasado algunos meses desde que había pasado a formar parte de aquella nueva familia. Y, contra todo pronóstico, mi vida había adquirido cierta normalidad. La sensación de orfandad no desaparecía, pero el solaz había conseguido formar una costra sobre la herida lo suficientemente resistente para soportar respirar sin que doliera tanto. Ese día cumplía los doce años y, justo en esa fecha, mi cuerpo propició un nuevo giro en mi apacible vida.

El hombre que me había recogido en su hogar era Fabrizio Rizzoli, comerciante y amigo de mi padre, al que había acudido cuando supo que

moriría, enviándole una misiva. Él también había enviudado quedando a cargo de sus tres hijos, Marco, Caterina y Lanzo.

Marco tenía dieciséis años, era apuesto y bravucón, grande y fornido para su edad, pero egoísta y sibilino cuando no conseguía lo que quería. Luego estaba Caterina, de quince, bonita pero caprichosa, no solía prestarme mucha atención y, cuando lo hacía, era para desdeñarme o reprenderme por cualquier cosa. Por último estaba Lanzo, dos años mayor que yo, apocado y reservado en sus opiniones. Solía transigir y evitaba las confrontaciones, con lo que se sometía al abuso continuo de su hermano mayor. Siempre tenía la nariz enterrada en algún libro, era desgarrado y enjuto, nada destacaba en su delgado rostro, a excepción de unos luminosos y vivaces ojos azules. Casi siempre tenía el pelo negro sobre la cara, caminaba encorvado y su mayor afición era pasar desapercibido. No obstante, yo encontraba tanta paz a su lado que solía buscarlo y permanecía junto a él en silencio, mientras él mordisqueaba una manzana y leía voluminosos tomos con suma atención.

Al principio, sólo me dejaba compartir sus silencios, pero con el paso de las semanas comenzó a hablarme.

Pasábamos prácticamente todo el día juntos, a pesar del ceño de Marco y de las bromas de Caterina, pero a ninguno de los dos nos importaba. Solía embeberme de su semblante concentrado cuando dibujaba, de su conversación apasionada y de sus dulces gestos. Empecé a adorar la sonrisa del muchacho y a buscarla con mis chanzas. No solía prodigarla mucho, y obtenerla era para mí una victoria que saboreaba gustosa.

Por las mañanas recorríamos las callejuelas imaginando mil aventuras, o simplemente nos asomábamos a los puentes y contábamos historias inventadas sobre las personas que pasaban bajo nosotros. Nuestras conjeturas a veces eran tan absurdas que acabábamos entre risas. Lanzo solía maravillarse de mi inventiva, y yo, por captar toda su atención, añadía a la historia toda clase de ingredientes fantasiosos.

Por las tardes nos sumergíamos en juegos de mesa o leíamos juntos alguna novela caballeresca. Esos momentos tumbados en la alfombra de la sala principal junto al fuego del hogar eran mágicos y solían llevarnos a mundos lejanos, enfrascándonos en vehementes conversaciones sobre los protagonistas. Lanzo, siempre tan cabal y pragmático, se dejaba llevar por mi chispeante imaginación y fantaseaba animado. Admiraba su sagaz inteligencia, su amplio conocimiento de las cosas y esa aura de serenidad que siempre

irradiaba. A su lado me sentía realmente en casa.

Sólo cuando Caterina canturreaba con sorna («Lanzo quiere a Alonza...»), él se ponía rígido, su expresión se tensaba y entonces se perdía la magia. Fulminaba a su hermana ceñudo y se retiraba molesto a su cuarto. Entonces se me acercaba Marco, con sonrisa de suficiencia, y me hablaba de sus progresos con la espada. Yo lo escuchaba educada pero indiferente, deseando que se fuera para poder buscar a Lanzo. Cuando Marco llevaba la conversación por derroteros más íntimos, como que había besado a una chica y se jactaba de sus dotes de conquista, me sentía violenta y sin saber qué decir, por lo que él continuaba hablando vanidoso de sus muchas virtudes. Cada instante que me dedicaba me resultaba insufrible y me hacía sentir ingrata, pues, en lugar de agradecer que me hubiera aceptado en su casa, sólo deseaba perderlo de vista. En cuanto a Caterina, apenas me prestaba atención, era burlona y maledicente, tan sólo preocupada de lucir bonita, de pedir a su padre ricos brocados traídos de Oriente y de ser presentada en sociedad. Su mayor anhelo era conseguir un buen partido y ser una dama de la alta sociedad veneciana. Su relación con Marco era muy estrecha, y continuamente andaban con susurros, risitas y burlas de mal gusto. Lanzo, al parecer, siempre había sido un niño enfermizo y no había podido jugar mucho con sus hermanos, y seguramente esa falta de contacto los había separado de alguna forma.

Aquella mañana estábamos en la sala principal, junto a la ventana que daba al canal, sentados en el alféizar. Lanzo garabateaba sobre un pergamino arrugado.

—¿Sabes que nuestros nombres comparten todas las letras? —musitó sin levantar la vista.

—Sobra una «A» —apunté siguiendo con mi mirada los ágiles trazos de su pluma.

—Cierto. Y esa «A» será la de la amistad que espero nos una.

Dibujó una artística «A», que engalanó con rosas y arabescos.

—Pensaba que ya éramos amigos.

—Ahora es oficial. —Sonrió con timidez y se concentró en enlazar nuestros nombres a esa inicial.

—Dibujas muy bien —alabé—. ¿Te gustaría ser pintor como el célebre Tiziano?

—No, yo quiero ser apotecario.

—¿Por eso dibujas hierbas y plantas en ese libro?

Lanzo alzó la mirada, esbozó una entusiasmada sonrisa y asintió.

—Me gustaría tener mi propio dispensario y preparar toda clase de remedios. Quizá con suerte llegue a convertirme en el apotecario del dux.

—Y ¿por qué no prefieres ser médico? —inquirí curiosa.

—Porque los médicos no saben nada —espetó vehemente—. Se limitan a equilibrar humores practicando sangrías, matan a más gente que curan. A lo sumo, alinean huesos rotos y cosen heridas. Pero los preparados y los tónicos los encargan a los apotecarios, es en ellos donde reside la verdadera sabiduría de la curación.

—Y ¿no hay ningún remedio para frenar la plaga?

—No lo hay —respondió—, pero seguro que pronto hallarán una cura, o la manera de prevenirla si la investigaran. Pero es tan contagiosa que nadie se atreve a tocar a los infectados.

—Yo toqué a mis padres —repuse mordiéndome el labio inferior.

—Y yo a mi madre antes de que se la llevaran, pero por algún motivo no nos contagiamos.

Cuando acabó el dibujo, me lo entregó mirándome a los ojos.

—Feliz cumpleaños, Alonza.

Sonreí con gratitud, aunque la tristeza se afincó en mí, recordando irremisiblemente el cumpleaños anterior.

—Gracias, Lanzo. ¿Cómo lo sabías?

—El año pasado te vi celebrándolo en tu calle. Yo remaba junto a mi padre en el *sandolo* y me lo dijo.

Bajó la mirada algo azorado y, de nuevo, comenzó a trazar garabatos ensimismado. Yo seguí preguntándome por qué recordaba mi cumpleaños de un año a otro si no me conocía.

De pronto, un extraño aguijonazo atravesó mi bajo vientre. Me doblé sobre mí misma y proferí un sofocado gemido.

La mano de Lanzo se posó preocupada en mi hombro.

—¿Qué te ocurre?

—No... no lo sé.

—Deja que te lleve a tu cuarto.

Me puse en pie, pero otro latigazo contrajo mi cuerpo y mis rodillas flaquearon. Lanzo, a pesar de su delgadez y de su aparente debilidad, me tomó con firmeza entre sus brazos y, con paso apresurado, me llevó a mi cuarto. Abrió torpemente la puerta y me depositó en mi lecho.

—¿Dónde te duele?

—Aquí —respondí apoyando la mano justo en el punto exacto.

Lanzo entornó la mirada meditabundo y palpó con tiento la parte baja de mi abdomen. Yo llevaba un sencillo vestido celeste con una sobreveste de algodón azul más oscuro ceñida al pecho con lazadas cruzadas. Sentí su palma ahuecada contra mi vientre, el calor que desprendía me alivió. Cuando ya la retiraba, la atrapé y la apoyé sobre mi cuerpo con ambas manos.

Lanzo agrandó los ojos sorprendido, sus mejillas se ruborizaron visiblemente.

—El calor lo mitiga —justifiqué.

La mirada del muchacho se prendió en mi rostro. Llevado por un impulso, retiró con la otra mano un mechón de mi rostro y repasó el óvalo con gesto ausente.

Nuestros ojos se engarzaron como nuestros nombres en aquel papel. Sentí un extraño cosquilleo en el pecho, y en ese instante otra punzada me atravesó.

—He notado cómo se ha tensado tu vientre —murmuró con desazón—. Te prepararé una infusión de romero y ajenjo; mientras, puedes masajearte suavemente con aceite de lavanda. Caterina lo usa mucho, te lo traeré.

Ya se levantaba cuando lo retuve.

—¡No me dejes sola! —supliqué—. Yo... siento algo pegajoso entre las piernas.

Asustada, me recliné y comencé a subir mis faldas. Mis medias blancas estaban manchadas de sangre. Exhalé un jadeo sorpresivo y agrandé los ojos alarmada.

—¿Qué... qué me está pasando? ¿Estoy contagiada?

Mi voz se estiró crispada. El miedo aleteó al ritmo de mis manos.

—No, Alonza, no es nada de eso, debes tranquilizarte.

—¡Estoy sangrando! —exclamé alterada.

—Como todas cuando se hacen mujeres.

Aquella revelación me sobrecogió. Lo miré contrariada y confusa.

—Buscaré a Concetta, ella te lo explicará mejor.

No bien terminó de decirlo, la puerta se abrió de golpe. Marco irrumpió en la habitación con semblante furioso y se abalanzó sobre su hermano.

—¿Qué estáis haciendo? —vociferó.

Lo arrancó de mi lado y lo arrojó al suelo con rudeza. Marco se detuvo a mirarme y se demudó al ver la sangre entre mis piernas.

—¡Te ha forzado! —exclamó con una mueca furibunda distorsionando su faz.

Y, acto seguido, se cernió sobre su hermano y comenzó a patearlo.

Grité y lloré suplicando que se detuviera. Lanzo se hizo un ovillo en el suelo, protegiéndose la cabeza, sus gemidos dolorosos se entremezclaron con los gruñidos violentos de Marco y mis sollozos.

No lo dudé, bajé de la cama y salté sobre la espalda de Marco en un desesperado intento por detenerlo. Él giró sobre sí mismo para zafarse de mí violentamente y caí al suelo con un gemido amortiguado.

Me sentí mareada y dolorida, oí gruñidos y golpes y, cuando me incorporé, descubrí a Lanzo enfrentándose a Marco. Sin embargo, sus dos puños sólo consiguieron golpear el aire que los separaba. Justo cuando recibía un derechazo que lo lanzó al suelo como un muñeco de trapo, irrumpieron los sirvientes alarmados por mis gritos y se apresuraron a separarlos.

Lanzo se limpió la sangre de la comisura de los labios y miró colérico a su hermano mientras trastabillaba intentando ponerse en pie.

Corrí hacia él, ignorando el líquido viscoso que recorría mis piernas y el dolor abdominal, y me abracé a su pecho.

—¿Qué está pasando aquí?

La atronadora voz de Fabrizio nos paralizó.

—¡Lanzo la ha forzado, padre! Vi cómo entraba en su cuarto con ella en brazos y los seguí —acusó Marco.

—¡Eso no es cierto! —desmentí, aunque no sabía qué significaba *forzar*. Sin duda debía de ser algo muy malo para que despertara la inquina de Marco.

Fabrizio agrandó la mirada impávido por aquellas palabras. A continuación, se acercó a nosotros. Yo abracé trémula a Lanzo, escondiendo la cabeza en su pecho.

—¡Mírame, muchacha! —ordenó Fabrizio severo—. ¿Mi hijo te ha tocado?

Alcé temerosa el rostro y negué con la cabeza, luego asentí y me mordí el labio nerviosa.

—Sólo el vientre, me dolía mucho y quiso aliviarme.

—¡Mira su entrepierna, padre! —señaló Marco.

—Sólo quería ayudarla, iba a bajar a buscar a Concetta cuando él entró y me golpeó —se defendió Lanzo ceñudo. Un moretón comenzó a tomar forma en su mandíbula. Tenía el labio partido y la brecha sangraba profusamente—.

Ella... hoy se ha hecho mujer.

Fabrizio fulminó a Marco con la mirada y lo impelió a salir con un seco gesto de la cabeza.

Ordenó a uno de los sirvientes que buscaran a la doncella de Caterina, Concetta, y a continuación volvió a dirigirse a mí.

—A partir de ahora, está terminantemente prohibido que ninguno de mis hijos entre en tu cuarto, ¿lo has entendido, Alonza?

Asentí rauda y me limpié las lágrimas con los puños.

—Tampoco debes permitir que te toquen.

El tono seco y duro de su voz arrancó de nuevo mi llanto, más silencioso pero igual de amargo.

—Vuelve a la cama, pronto te atenderán.

Obedecí en el acto, dirigiendo a Lanzo una mirada arrepentida.

Después, Fabrizio miró a su hijo pequeño con afilada severidad.

—Marco ha hecho bien en defender la virtud de Alonza, aunque se haya equivocado en su juicio. No obstante, no apruebo su brutalidad. Sé que serías incapaz de un acto tan bajo, pero los rumores hacen más daño que la verdad. Quizá alguno de los sirvientes pensara como tu hermano y, si él no llega a armar tal alboroto, el asunto no se habría esclarecido. Con lo que esto ha sido bueno para todos.

—No para mí —susurró furioso Lanzo entre dientes.

—Pero sí para el honor de Alonza —resaltó Fabrizio—. Espero que, a partir de ahora, tú también te erijas en guardián de su virtud. Ya no es una niña, como muy bien has señalado. Este tema queda zanjado aquí. Y no olvides algo: desde el día en que ella entró en esta casa, es tu hermana.

—Siempre lo tuve muy presente —se defendió él, clavando en su padre una dura mirada resentida.

Fabrizio asintió conforme, aunque su rictus permanecía grave.

—Dejemos a Alonza descansar. Y tú necesitas compresas de hielo o nadie te reconocerá mañana.

Posó la mano en el hombro de su hijo para conducirlo hasta la puerta, pero éste se revolvió bruscamente evitando el contacto. Tras dirigirme una última mirada contrita, Lanzo abandonó la habitación con los hombros hundidos y paso rápido.

Sola y trémula por lo ocurrido, me lancé sobre la cama hipando entre sollozos. Ya no me dolía el vientre, ahora me dolía un poco más arriba.

Concetta vino, me limpió y me explicó mi nueva condición. Trató de consolarme, pero no lo logró. Yo sólo quería hallar consuelo en unos brazos, unos que tuve la seguridad de que ya no volverían a abrirse a mí.

Aquella noche soñé con el hombre pájaro, oí claramente su escalofriante graznido anunciándome un nuevo cambio en mi vida.

CAPÍTULO 3



APRENDIENDO A SER MUJER

El fuego crepitaba animoso, transmitiendo con su particular arrullo una serenidad que enmudecía conversaciones y cautivaba miradas. La mía vagaba perdida entre las ondulantes lenguas rojizas, flotando soñadora junto a las incandescentes pavesas que se esparcían hipnóticas por el hogar.

Sobre la mesa descansaba mi labor, apenas empezada. Con la excusa de sentir frío, logré evadir las tediosas clases de costura, acercándome a la chimenea. Y ahí, sentada sobre la alfombra, permanecí meditabunda, odiando mi nueva condición.

Ya no se me permitía salir a la calle sola, ni jugar. Debía actuar siempre con decoro y propiedad, nada de alzar el tono de voz ni corretear alocada. Mi cuerpo comenzaba a ser un desconocido para mí y yo lo odiaba, porque por su culpa mi vida también había cambiado.

Lanzo había vuelto a su ostracismo habitual. Se mostraba esquivo y distante, y aunque a veces lo sorprendía mirándome, cuando reparaba en él, se apresuraba a desviar la vista. De hecho, no sólo se mostraba retraído conmigo,

sino que parecía desear aislarse del mundo en general. No participaba en las conversaciones; en realidad, no hablaba a menos que se le preguntara. Andaba siempre encorvado y cabizbajo. Su mirada era triste y su soledad, latente. Su única compañía eran los libros y el silencio.

Marco también me miraba, pero de una forma extraña. Su sonrisa sibilina me daba escalofríos y sus gestos, que pretendían ser caballerosos, sólo me producían rechazo. A pesar de eso, yo sonreía cortés y me inclinaba gentil, tal como me habían enseñado.

En cambio, Caterina se mostraba más cercana y cordial. Se había erigido en mi guía particular y, junto a Concetta, pretendía convertirme en una distinguida dama. Además de la costura, estaba aprendiendo a tocar el arpa, una actividad tan soporífera como la primera.

Aquella mañana, Caterina cepillaba mi cabello junto a la ventana mientras yo contemplaba ensimismada el brillo del sol punteando las aguas del canal en destellos parpadeantes.

—Tienes un hermoso cabello, Alonza —alabó ella—, es tan dorado como el sol y refulge como él. Aunque lo llevas demasiado largo —rezongó pensativa—, creo que deberíamos cortarlo un poco. ¿Qué te parece?

—Yo..., eh, pues no sé —respondí titubeante.

—Tus ondas pesarían menos y quedarían más bonitas —insistió con una sonrisa dulce y gesto complaciente.

La miré dubitativa, me mordí el labio inferior cavilando sobre su sugerencia. Era cierto que mi melena rozaba mi cintura y pesaba sobre mi espalda, aunque yo cada mañana me limitaba a trenzarla sobre mi hombro y sólo la soltaba para dormir. Apenas me preocupaba de mucho más en cuanto a mi apariencia.

—Esta noche tenemos invitados —anunció con una risilla nerviosa. Sus ojos verdes refulgieron excitados—. Viene una de las familias de más abolengo de Venecia, los Contarini.

Me encogí de hombros proclamando con ese simple gesto mi absoluto desconocimiento sobre la nobleza veneciana.

—Primos de nuestro dux, Nicolò Contarini —aclaró impaciente.

Asentí imperturbable, decidiendo sumergirme de nuevo en las brillantes aguas del canal mientras ella farfullaba apasionada sobre el linaje y descendencia de tan pomposa familia. Perdí completamente el hilo de la conversación sumida en mis particulares ensoñaciones cuando, de repente, un

cosquilleo rozó el lateral de mi cuello. Desvié la mirada hacia mi hombro y contuve el aliento sobresaltada ante lo que veía.

Con dedos temblorosos, tomé un largo mechón de mi cabello y lo alcé ante mis ojos. Comencé a palparme alterada la cabeza y descubrí que Caterina había empezado a cortarme la melena sin mi consentimiento.

Me aparté de ella furiosa y, en tan vehemente movimiento, otros mechones cayeron sobre mi pecho.

—¿Qué... qué estás haciendo?

—Cortarte el pelo como aceptaste —contestó ella fingiendo sorpresa. Pude apreciar a la perfección el brillo malicioso en su mirada.

—¡Yo... yo no he aceptado! —la contradije alzando la voz. Mi voz retembló, sentí un nudo en la garganta y apreté los puños. Sentí una oleada de fuego recorrer mi espina dorsal.

Caterina se giró hacia donde se encontraba Marco, sentado a la mesa engrasando su espada. Envaró la espalda y, con las manos en las caderas, se acercó a él.

—A ver, Marco, ¿tú no la has visto asentir conforme?

El muchacho afirmó con la cabeza tras dirigirle una sonrisa cómplice.

Mi exasperación y mi rabia acumularon lágrimas de frustración en mis ojos. Intenté contenerlas para evitar la burla de los hermanos.

—He asentido —admití ofuscada—, pero no en referencia al corte, sino a tus explicaciones sobre los Contarini.

—Pues lo lamento, pero lo he tomado como una aceptación a mi sugerencia.

Las miradas arteras que se intercambiaron entre sí encendieron mi furia. Avancé hacia Caterina con los puños apretados y le arrebaté las tijeras con brusquedad.

—No sé por qué te enfadas —farfulló ella sin amilanarse—, el pelo corto no te sienta mal. —Posó su ladina mirada en Marco y sonrió con franca diversión—. Aunque reconozco que quizá se me ha ido un poco la mano.

Marco estranguló una carcajada y, en el intento, sus ojos, del mismo tono que los de su hermana, lagrimearon y su rostro congestionado se sonrojó ante la contención. Caterina, en cambio, sonreía abiertamente, su pose y su actitud permanecían altaneras, y en su gesto cruel brillaba el sarcasmo.

Llevé mis dedos hacia los mechones de mi melena cortados tan burdamente. En algunas partes sólo me cubrían la nuca. Al comprobar con más

precisión el estropicio, no pude reprimir por más tiempo mi llanto.

—¡Lo has hecho a propósito! —acusé llorosa.

—Qué perspicaz —se burló ella entre risas.

La empujé con fuerza dispuesta a salir del salón, ella intentó retenerme para continuar con sus burlas. La aparté rabiosa y de repente un grito sofocado escapó de su garganta y su rostro se demudó. Seguí alarmada su mirada y entonces descubrí un corte en la parte superior de su brazo que empezaba a sangrar. Caterina clavó su mirada acusadora en mi mano derecha y comenzó a balbucear y a retroceder. Pude ver cómo cogía aliento llenando su pecho y, acto seguido, se desgañitó en un grito afilado y tan agudo que me erizó la piel.

Un brusco movimiento de silla catapultó a Marco sobre ella, que la tomó por la cintura temeroso de que se desplomara, dada la lividez de su rostro. Aturdida y temblorosa, retrocedí soltando las tijeras de inmediato, como si el acero me quemase la piel.

—¡La has atacado! —acusó él sorprendido mientras sentaba a su hermana en la silla.

—No, yo no he hecho tal cosa, no ha sido premeditado, lo juro —me apresuré a replicar.

Marco, ungido con el velo de la furia, se precipitó hacia mí con intención de apresarme, pero el miedo me constriñó y retrocedí nuevamente con el corazón atronándome en el pecho.

Tenía que llegar a la puerta como fuera, Marco era grande y fornido, pero no rápido. Comencé a sortearlo entre el mobiliario, esquivando y zafándome de su tenaz persecución como podía. Derribaba cada objeto que se interponía entre nosotros, bufando como un toro. Y, entre aquel alboroto, Caterina continuaba gritando desaforada.

Rodeé un sillón de respaldo alto, pero Marco adivinó por qué lado escaparía y me apresó aferrándome por la cintura. Comencé a patlear y a revolverme cuando una voz amenazante se interpuso entre aquella algarabía:

—¡Suéltala!

Lanzo apuntaba a Marco con su propia espada y, aunque su pulso era trémulo, su expresión era firme y su rictus tenso pero resuelto.

—Podría desarmarte con un simple suspiro, estúpido, y, cuando lo haga, lo lamentarás —amenazó Marco entre dientes.

—Hazlo entonces —lo provocó Lanzo.

Clavó en mí su mirada y luego dirigió un raudo vistazo a la puerta del

salón, mandándome un claro mensaje. A continuación, retrocedió lentamente alentando a su hermano a que cumpliera su amenaza.

Marco me soltó y no dudé en correr hacia la puerta. Sin embargo, no pude salir. No podía dejar a Lanzo ahí, tenía que hacer algo.

Me giré hacia ellos justo cuando Marco, en un hábil quite, desarmó a Lanzo, descargando en su rostro un brutal puñetazo que lo arrojó al suelo como un fardo. Contuve el aliento y corrí hacia él. Lo cubrí con mi cuerpo temerosa de que volviera a atacarlo. En ese instante, unos pasos atropellados irrumpieron en la sala. Concetta y dos de los sirvientes nos contemplaron demudados.

—¡Ay, santa Madona! —clamó la vieja doncella santiguándose—. ¿Qué está pasando?

Marco nos dirigió una mirada resentida y se acercó a su hermana, que hipaba entre sollozos.

—Alonza ha atacado a Caterina, buena prueba muestra en su brazo —aclaró aproximándose a ella.

—Nuevas acusaciones..., esto parece la corte de Venecia —espetó malhumorado Fabrizio desde la puerta.

—¡Padre..., mira...!

Caterina corrió hacia su progenitor, mostrándole la herida. Él la observó con atención y, aunque en su mandíbula titiló fugazmente un músculo y sus labios se oprimieron con desagrado, su faz apenas mutó.

—Concetta, cura a mi hija. Y, sobre todo, dale algún brebaje que la calme.

Su rostro severo se centró entonces en nosotros. Descubrirme sobre su hijo pequeño, a modo protector, pareció enfurecerlo más que la herida de Caterina. Cuando reparó en mi trasquilada melena pareció tomar aliento antes de volver a hablar.

—No quiero oír nada de momento, los ánimos están exaltados y es mejor calmarlos. Quiero que todos, y repito, todos —clavó con dureza la mirada en Marco— os retiréis a vuestros cuartos a reflexionar. Yo iré pasando más tarde a vuestras cámaras para conocer la versión de cada uno. Cuando me forme una idea más precisa de lo sucedido, tomaré medidas. —Hizo una pausa que aprovechó para deslizar amonestante la mirada por los cuatro—. Porque os puedo asegurar que las tomaré.

Y, tras aquella tajante orden, todos desfilamos cabizbajos hacia la puerta.

Busqué llorosa la mirada de Lanzo, no la encontré.



Cuando la manija de mi puerta se movió y los goznes anunciaron una visita, no me volví.

Estaba sentada en el alféizar de la ventana ojival contemplando las serenas aguas del canal. Ya no me quedaban lágrimas lamentando mi suerte y temiendo la de Lanzo. Parecían perseguirme las desdichas, y mi orfandad, en lugar de desvanecerse al pertenecer a una nueva familia, parecía acentuarse con tan continuos altercados, mostrando con dolorosa evidencia que yo no encajaba entre ellos. ¿Qué me quedaba entonces? ¿Huir? ¿Adónde iría? La peste continuaba diezmando la ciudad. Allí, al menos, estaba a salvo, o eso creía.

Sentí una caricia en la cabeza y me giré sobresaltada.

—No quería asustarte —musitó Lanzo dulce.

Sus grandes ojos azules me miraron con ternura, aunque cuando se detuvieron en mi cabeza su gesto se endureció un ápice. Fue evidente su esfuerzo por suavizar su expresión.

Se sentó a mi lado, apoyó la espalda en el muro, abrió las piernas y me arrastró suavemente junto a su pecho. Me acomodé junto a él y cerró sus brazos en torno a mí. Aquel abrazo afectuoso caldeó mi ánimo. ¡Lo necesitaba tanto...!

—Volverá a crecer —repuso acariciando mi cabello.

—¿Por qué lo ha hecho? —inquirí afligida.

—Porque eres mucho más hermosa que ella y porque no quería que esta noche estuvieses en la cena —respondió sereno.

—No entiendo.

Alcé mi rostro hacia él y su mirada me acarició. Sentí la punta de sus dedos delinear mi mentón, luego los deslizó pausadamente hasta mi oreja y la rodeó para descender hasta mi cuello. Sentí un escalofrío, pero no quise que se detuviera. Atisbé algo nuevo en su mirada que no supe interpretar.

—Pretende conquistar al sobrino de Benito Contarini, el joven Giacomo, y no puede correr el riesgo de que se fije en ti.

—Pero si yo sólo soy una niña —repliqué confusa.

Lanzo tomó mi barbilla entre los dedos y me miró con abrumadora fijeza.

—Ya no, Alonza. Tu cuerpo despertó y se moldea cada día que pasa. Es fácil adivinar que serás una mujer arrebatadora, y eso puede verlo cualquiera que pose sus ojos en ti.

—¿Tú me ves mujer?

Lanzo pareció meditar su respuesta, su rostro se ensombreció.

—Por desgracia, sí —afirmó con pesar.

—Yo te veo como hombre —respondí para aliviar su malestar, aunque no entendía el motivo de su repentino abatimiento.

—Pero aún no lo soy, soy sólo un muchacho con la cabeza llena de sueños y el corazón rebosante de cosas que debo controlar.

—¿Qué cosas?

Me sonrió condescendiente, sacudió la cabeza con delicadeza y pasó el dorso de sus dedos por mi mejilla.

—Cosas que ahora no entenderías y que, cuando seas capaz de entenderlas, seguramente no podré decirte. Eres mi hermana, y yo tu hermano, y también somos amigos, es más que suficiente para mí.

—Yo te quiero mucho, Lanzo —me atreví a confesar.

—Y yo, Alonza, y mientras estemos juntos, no permitiré que nada malo te pase.

Escondí el rostro en su pecho y me arrebujié dichosa. El regocijo de su protección y su cariño volvió a llenar mi corazón de esperanza por un futuro que se presentaba incierto y complicado.

—No desearía salir nunca de tus brazos —susurré contra su ropa.

No contestó, aunque supe que me había oído. Lo supe porque pude notar cómo su corazón se aceleraba y cómo un hondo y extraño suspiro emergía de su garganta.

Estuvimos un largo rato abrazados compartiendo silencios y caricias, miradas y gestos, sin que las palabras rompieran la magia de aquel momento.

—He de irme —anunció con desgana—, mi padre no tardará en pedir tu versión de los hechos. Sólo espero que ese par de comadreas no logren engañarlo.

—Quédate un poco más —rogué, componiendo una mueca suplicante.

Lanzo me sonrió conmovido. El brillo de sus ojos titiló cuando se posaron en mis labios. Apartó presto la mirada y la fijó pensativo en el canal.

—Es arriesgado que me encuentre aquí contigo.

Lo abracé de nuevo, con fuerza.

—Te he echado mucho de menos —confesé—, creí que... ya no me querías.

Sus brazos me oprimieron, lo sentí estremecerse. Apoyó su barbilla en mi cabeza y suspiró afectado.

—Eso jamás ocurrirá, por muy lejos que esté de ti.

Me revolví suavemente, irguiéndome un tanto para poder mirarlo. Necesitaba sumergirme en sus ojos y en la infinita dulzura que solía regalarme.

Lanzo aflojó su abrazo y me complació. Nuestras miradas se entrelazaron con inusitada intensidad, como si ambos quisiéramos grabar un mensaje transcendental en el otro. Sentí un extraño mariposeo en mi pecho y un desconcertante hormigueo en mi vientre.

—Eres una pequeña joya, Alonza —murmuró embelesado en mi rostro—. En tus ojos resplandece la plata y el oro impregna tus cabellos, el nácar lustra tu piel y los rubís perlan tus labios. Podría pasarme la eternidad sólo mirándote.

Sentí cómo mi garganta se secaba. Tragué saliva, entreabrí los labios y me relamí, fruto de un acto ingenuo que, sin embargo, pareció turbar a Lanzo, pues cerró los ojos y su rostro se contrajo.

—Hazlo, no te apartes nunca de mí.

—Alonza... —pronunció sufrido. Su voz pareció quebrarse y todo su cuerpo se tensó.

Parecía debatirse consigo mismo, librar una batalla interna que lo desgastaba, por cómo sus facciones cambiaban de una emoción a otra, en un caleidoscopio confuso. Lo observé curiosa sin comprender qué le estaba pasando, pero preocupada por él. Realmente parecía sufrir algún tipo de malestar.

De repente, se apartó de mí sombrío, salió del alféizar y, sin atreverse a mirarme, se dispuso a marcharse con los hombros hundidos.

—¿Qué te ocurre?

—Nada, estoy bien.

Su voz sonó fría y distante y aquello me entristeció. Su ausencia me dejó desnuda el alma y el sonido de la puerta al cerrarse lo sentí como una bofetada. Noté un repentino frío y me abracé a mí misma, frotando con insistencia mis brazos. No comprendía sus bruscos cambios de ánimo ni por qué se obligaba a permanecer lejos de mí cuando yo tanto lo necesitaba.

Apoyé mi frente en el cristal y cerré los ojos. Al cabo de un momento,

unos rápidos golpes en la puerta hicieron que me pusiera tensa. La voz de Concetta llegó hasta mí.

—Adelante.

La mujer entró bamboleando sus prominentes caderas. La energía que desprendía era admirable. Cada uno de sus movimientos era rotundo, y efectuaba sus tareas con habilidad y rapidez. Su carácter vivaracho y su sempiterna sonrisa la convertían en alguien reconfortante que tener cerca. Siempre solía aligerar con chanzas cualquier problema y desplegaba su afabilidad por doquier. Allá donde ella entraba, borraba ceños e iluminaba cualquier estancia sombría.

—Vamos, muchacha, deja que arregle este estropicio.

Dio la vuelta a una silla, depositó unas tijeras, un peine de carey, un cepillo, varias horquillas y adornos para el cabello sobre la mesa, que iba sacando de los infinitos bolsillos de su delantal. Y me alentó a que me sentara.

Pero en ese momento otros golpes en la puerta detuvieron mis pasos.

—Soy yo, Alonza.

Concetta abrió la puerta y dejó entrar a Fabrizioio.

—Déjanos solos un momento, tendrás tiempo de sobra para atenderla antes de la cena.

La mujer asintió obediente y salió sin demora.

Fabrizio fue el que ocupó la silla y yo me senté de nuevo en el alféizar.

—Tu padre fue un buen hombre —comenzó en tono sereno—. Vivimos muchas cosas juntos de muchachos y me salvó la vida en una ocasión. Siempre estaré en deuda con él, y por esa deuda, tú permanecerás bajo este techo hasta que tu destino se decida. Sólo por eso.

Bajé la mirada llena de lágrimas. No era justo, me dije, no lo era y, llevada por la frustración, me puse en pie con los puños cerrados y me encaré a él.

—Yo no empecé la discusión —barboté temblorosa—. Yo... sólo quería empujarla para irme. Estaba tan soliviantada que ni recordaba que le había quitado las tijeras, y yo...

—Sé perfectamente qué ocurrió —me interrumpió molesto.

Se cruzó de brazos en actitud huraña y entornó los ojos con severidad. Tenía el cabello oscuro y ondulado como Lanzo, pero sus ojos eran verdes y rasgados como los de sus otros dos vástagos. Compartía también con ellos esa mirada que helaba la sangre.

—Soy inocente —insistí.

—Lo sé —admitió ante mi sorpresa—. Sé que no heriste a mi hija a propósito, por mucho que Caterina se obceque en decir lo contrario. Conozco a mis hijos a la perfección, mi amor por ellos no nubla mi entendimiento. Desde que murió mi mujer, he procurado criarlos personalmente, y créeme si te digo que sé de sobra cuándo mienten.

Se puso en pie y caminó con las manos entrelazadas en la espalda. Pareció incómodo cuando volvió a mirarme. Aguardé paciente sus próximas palabras.

—No te acuso de nada intencionado, Alonza; sé que no provocas las discusiones que últimamente parecen perturbar la tranquilidad de mi casa. Pero lo cierto es que todas giran en torno a ti y mucho me temo que la situación se agravará progresivamente si no tomo medidas al respecto.

—¿Qué medidas? —logré preguntar temerosa.

—Decidir tu futuro ya para que mi hija se quede tranquila en cuanto a sus ambiciosas aspiraciones. Y para que mis dos hijos te miren con otros ojos.

Sentí un escalofrío recorrer mi espina dorsal. Una resbaladiza e insidiosa aprensión me heló la sangre.

—¿Mi... mi futuro?

—Así es, muchacha. Creo que será lo más acertado. Y, tras mucho meditarlo, creo que lo más justo es exponerte las únicas dos opciones de las que dispones.

Hizo una pausa que aprovechó para mirarme con una firme determinación. Se sentó de nuevo y tomó aire antes de continuar. Yo, por mi parte, contuve el aliento.

—He de empezar a ejercer mis responsabilidades como tutor, puesto que ya eres una mujer. Y mi obligación para contigo es buscarte dueño, Alonza; tú elegirás cuál —anunció pausado—. Puedes elegir a Dios, en tal caso, ingresarás y te harás monja en el Ospedale della Pietà, o puedes elegir a un hombre. En este segundo caso, yo soy el responsable de casarte con quien considere más adecuado para tus intereses.

Al concluir, se puso en pie, se estiró las mangas del jubón y se dirigió hacia la puerta. Antes de salir, se detuvo y me miró fríamente.

—Piénsalo bien, dentro de unos días te pediré una respuesta. Le diré a Concetta que no te arregle para la cena, no estás en condiciones de asistir. Aunque, naturalmente, algo habrá de hacer con tu cabello.

Abrió la puerta y, tras un seco gesto, Concetta entró de nuevo. Me giré hacia la ventana con los puños apretados y embargada en un llanto silencioso.

Oí los contundentes pasos de la doncella en mi dirección. Y, después, sentí cómo me giraba y me acogía en su generoso pecho en un abrazo cálido que liberó mi angustia en un sinfín de sollozos rotos, que empaparon el tergal de su vestido.

—Ya está, mi niña, todo saldrá bien, ya lo verás.

Negué con la cabeza, incapaz de articular palabra.

—Llora, pequeña, libera tu congoja, después podrás pensar con más claridad.

Me costó recomponerme. Concetta me acercó una copa de agua y bebí algo más calmada.

—No puedo irme de aquí —balbuceé.

La oronda mujer me condujo hasta la silla y me sentó en ella.

—¿Eso es cuanto te preocupa? He oído desde la puerta la decisión del señor Rizzoli, y aunque es del todo precipitada, quizá te haga bien salir de esta casa. Las cosas se están torciendo demasiado.

—No quiero irme —insistí—. No quiero alejarme de Lanzo.

—Pues tendrás que hacerlo; además, de todos modos, él pronto partirá.

Abrí los ojos como platos, asombrada. Algo se revolvió en mi interior provocándome mareos.

—¿Qué... qué estás diciendo?

—¿No te lo ha dicho?

Negué frenética con la cabeza. Sentí el pulso alocado en la sien y cómo mis latidos me ensordecían.

—Dentro de unos meses se va a estudiar a la Universidad de Padua.

Hundí los hombros y bajé la cabeza derrotada.

—Entonces, es él quien me deja.

—Alonza... —Concetta me alzó la barbilla y me miró compasiva—. Vuestros destinos están marcados, y no os queda más remedio que cumplirlos. Sé de vuestra conexión, no hay más que veros juntos. Ese muchacho siempre fue reservado y melancólico, pero desde que tu llegada parece haber encontrado una ilusión y sus ojos brillan cuando está a tu lado. Siempre dijeron de él que era raro y diferente, y en verdad lo es, demasiado valioso para permanecer bajo la actitud envidiosa de su hermano y la rigidez de su padre. Posee una mente brillante y un corazón noble, será alguien importante.

—Bien lo sé —mascullé abatida—. Pero no imaginaba que me lo arrebatrían tan pronto. Aunque debería estar acostumbrada —lamenté sin poder contener otro torrente de lágrimas.

Concetta me abrazó dulcemente, meciéndome contra su pecho. Su voz se asemejó a un arrullo y yo deseé retroceder en el tiempo y poder mirar a los ojos de mi madre y sentirme segura.

¿Qué sería de mí a partir de entonces?

CAPÍTULO 4



PROMESAS

Pasaron los días, y mi decisión, todavía no requerida por Fabrizio, había sido tomada ya por mí con todo el dolor de mi corazón.

Bien era cierto que ambos caminos eran los únicos que una mujer podía tomar. Bueno, había un tercero, según descubrí ese día, que se articulaba en torno a un puente, el de Rialto. Bajo él se hallaba el tercer y más ignominioso destino de una mujer: ser meretriz.

Aquella mañana, acompañada por Concetta y por Lanzo, caminaba por uno de los puentes del barrio de Carampane, cerca de Rialto. La mujer, que resollaba cansada, se detuvo y se apoyó en el curvo murete, contemplando soñadora cómo una góndola cubierta surcaba el canal bajo nosotros.

—Aún recuerdo aquellos tiempos —musitó nostálgica. Lanzo y yo la miramos intrigados— en los que las cortesanas navegaban en góndolas abiertas, mostrando sus senos y alentando a los hombres a ir con ellas.

Profirió un largo suspiro y permaneció pensativa un instante.

—En este mismo puente se arremolinaban los venecianos, lanzándoles

flores, joyas y poemas, halagos y miradas ardorosas. En aquel tiempo, Venecia bullía de vida y de riquezas, de libertad y de amor. La Inquisición, la peste y las derrotas a manos de los turcos nos han arrebatado nuestro esplendor. Venecia apenas es una sombra de lo que fue. Esos tiempos me temo que ya nunca regresarán.

—Y ¿la Iglesia permitía semejante exhibición? —inquirí asombrada.

—No sólo la permitía, sino que la propició ella.

Abrí la boca demudada, Lanzo también parecía estupefacto. Su expresión me hizo sonreír.

—¿Cómo es eso, Concetta? —preguntó interesado.

—Al principio, ese comportamiento tan libidinoso estaba condenado —explicó ella recogiendo la cesta y reemprendiendo la marcha. La seguimos atentos a sus palabras. Lanzo le arrebató la cesta repleta de verduras y la mujer le sonrió agradecida—. Pero, a tenor de la proliferación de la sodomía, se decidió reconducir a los hombres al buen camino.

—¿A qué era debida esa proliferación? —inquirió Lanzo.

—¿Sodomía? —pregunté yo arrugando el ceño sin comprender.

—Los sodomitas son los hombres que gozan de sus cuerpos entre ellos —explicó Lanzo con total naturalidad.

Me encogí de hombros, preguntándome qué sentido tenía aquello si no podían procrear.

—Pues porque los pescadores venecianos pasaban largas temporadas en el mar, y esa tendencia fue su único recurso para..., eh..., para gozar —contestó Concetta algo incómoda, mirándome de reojo—. Así pues, la Iglesia alentó a las prostitutas a mostrar sus cuerpos para reconducirlos.

—Gozar ¿de qué?

Ambos me contemplaron un instante antes de mirarse entre sí, evaluando si responderme o no.

—Del amor, Alonza —respondió Lanzo.

—Y ¿para eso se necesita el cuerpo? Se ama con el corazón —espeté confundida.

Lanzo sonrió tibio y Concetta se detuvo un instante frente a mí.

—Muchacha, tu inocencia me conmueve, ¿nunca viste u oíste a tus padres jaderar alguna noche?

Hice memoria y, sí, en efecto, recordaba haberlos visto bajo las mantas así, cuando irrumpía alguna noche en su alcoba.

—Sí, claro, pero estaban enfermos, me decían, y era verdad porque sudaban y estaban muy pálidos.

La mujer rio, me acarició con ternura la cabeza y me apartó con mimo una guedeja de mi rostro. Ahora lo llevaba tan corto que siempre lucía tocado para salir. Lanzo, por el contrario, me observaba con atención y un curioso brillo en los ojos.

—No, pequeña, no lo estaban. Gozaban de sus cuerpos porque se amaban. Aunque no es necesario amarse para eso.

—No entiendo nada —repliqué aturdida.

—Ya entenderás, espero explicártelo con detalle antes de que te desposen.

Lanzo bajó la mirada molesto. Su gesto se endureció y alargó sus desgarradas zancadas alejándose de nosotras. La cesta se balanceó peligrosamente mientras se perdía entre el gentío.

—¿Qué le ocurre?

—Lo mismo que a ti, Alonza. Sabe que pronto te perderá.

—Pero él decidió dejarme a mí antes —reproché con acritud.

Todavía no había hablado con él sobre su pronta marcha a Padua. Me dolía demasiado.

—Si quieres un consejo, disfrutad del tiempo que os quede juntos, y llévate un bonito recuerdo de él. Quizá lo necesites.

—Tal vez podamos seguir siendo amigos —aduje esperanzada.

—Dudo que ningún esposo permita que su esposa conserve un amigo que la mira como te mira él.

—Y ¿cómo sabes qué camino he elegido? —musité admirada.

—Ha sido fácil: el que te ofrece la oportunidad de poder ser feliz si tienes suerte con el hombre que escojan para ti. En un convento y sin vocación no tienes esa opción.

Asentí y continuamos caminando. Interminables preguntas se interponían inquietantes ante mí, chocando unas con otras, aglutinándose sin respuesta en una nebulosa confusa y parpadeante que se extendió encendiendo más intrigas sobre la vida y lo que a veces sentía despertar en mi joven cuerpo. Deseaba conocer esas respuestas, pero también las temía.

Llegamos a Rialto y Concetta se detuvo en un puesto para elegir fruta.

En un tenderete cercano, un colgante me llamó poderosamente la atención. Era una «A» ricamente labrada sobre el metal. Cuando inspeccioné la

mercancía expuesta, comprobé satisfecha que había otras letras. Sonreí para mis adentros.

—Concetta, necesito que me compres dos baratijas —pedí entusiasmada.

La mujer asintió y, tras regatear duramente por un buen puñado de albaricoques, se acercó al puesto del artesano y aguardó paciente mi elección.

Escogí dos colgantes: en uno, mi inicial, que pensaba regalar a Lanzo, y en el otro, una «L» que me colgué al cuello en ese mismo instante.

La doncella pagó y continuamos trayecto hasta la mansión de los Rizzoli.

Antes de entrar en ella, me detuve y la observé inquisitiva.

—¿Cómo me mira Lanzo?

—Con amor, Alonza, con amor.

—Yo también lo quiero mucho —espeté sonriente.

—Sin embargo, no es el mismo querer.

Y la mujer entró en la casa dejándome con una pregunta más que flotó junto a las otras sin respuesta, agrandando aquella masa confusa que ya nublaba mi mente, llenándome de una extraña desazón.

Decidí sentarme a mirar cómo preparaban la comida en la cocina.

La cálida, estancia siempre bulliciosa, perfumada con aromáticas especias, adornada con los colores brillantes de las hortalizas y las frutas, y aderezada con risas y camaradería, era el lugar más reconfortante cuando la soledad me acuchillaba.

Las mujeres se afanaban en los preparativos entre conversaciones a menudo atrevidas que, aunque al principio eran crípticas para mí, poco a poco conseguía entender hasta el punto de ruborizarme.

Ellas hablaban con soltura, pues yo solía sentarme en un rincón, tras alguna columna, para pasar desapercibida y camuflada por un libro que fingía leer mientras tomaba buena nota mental de cuanto oía.

—Domenica, si tu hombre no te deja satisfecha, cámbialo por otro —farfulló burlona una de ellas, provocando la risa de las demás.

—Ni hablar, mi Antonio es un bendito, y cuando me deja a medias ya me termino yo.

Las risas subieron de tono y las mujeres se explayaron todavía más en sus comentarios.

—Seguro que ya ha probado el *cornetto* —aseveró otra de ellas con sorna—, y no precisamente para soplar.

Las carcajadas se sucedieron y mis incógnitas crecieron. ¿Un *cornetto*?

¿A qué se referían?

—Creo que tendríamos que presentarle a Príapo —sugirió una de ellas dándole un codazo a Concetta, que reía a mandíbula batiente.

—¡Sí, mostrémosle a Príapo! —aplaudieron las demás.

Asomé curiosa la cabeza cuando oí pasos apresurados. Acto seguido, las mujeres se arremolinaron en torno a un objeto que alababan entre risas. No pude verlo con precisión por mucho que alargué el cuello. Luego, una de ellas lo alzó ceremoniosa y el resto, siguiendo las chanzas, se inclinaron con respeto.

Era un objeto alargado y ovalado, de considerables dimensiones, parecía de madera lustrada y en su punta habían tallado la cara de lo que parecía un dios romano. Llevaba casco, sus facciones eran toscas y entre resaltaba una barba rizada. Una de ellas se lo acercó a una de las jóvenes sirvientas apuntando a su ingle. Entonces la muchacha saltó hacia atrás entre risas y las demás la acompañaron.

—Pocos amantes pueden competir con Príapo, Domenica. Éste es mío —añadió orgullosa—, pero puedo conseguir que te hagan uno por encargo. El artesano es de toda confianza, un carpintero amigo que sirve a las damas de alta cuna.

—Dudo que pueda albergar semejante... portento —apuntó Domenica mordaz—, como mucho doy cobijo a «Pría»..., el «po» no cabe.

Otra ronda de tintineantes carcajadas aumentó la temperatura de la cocina. Palpé sofocada mis mejillas, las noté encendidas y decidí escabullirme antes de que repararan en mí.

Me dirigí entonces al patio interior trasero buscando algo de aire fresco: allí siempre encontraba sosiego. Rodeada de altos muros recubiertos de madreSelva entre los que emergía un austero banco de piedra en cada pared, logré respirar hondo.

En el centro, una fuente circular rompía el silencio aquella terraza interior con su barboteante musicalidad. Varios rosales se engarzaban trepadores entre las enredaderas, perfumando con su esencia los sentidos. Había una pequeña y desvencijada puerta de madera en el muro trasero que daba al canal. Tras ella, una pequeña embarcación cabeceaba perezosa contra la piedra donde se asentaban los pilares de la casa. Aquel sonido hueco y regular ejercía un efecto hipnótico que, junto al rumor del agua, componía una singular nana, difícilmente resistible.

Sin embargo, mi cuerpo estaba demasiado inquieto para que aquel reducto de paz lograra tranquilizarlo. Conduje mis pasos hacia la fuente y me lavé el rostro en ella, esperando que el frescor soliviantara mi ánimo. Pero no fue así. Me senté en el banco, apoyando mi espalda en aquel muro y, abrazada por la espesa vegetación, cerré los ojos un instante.

Oí unos pasos y adiviné sin abrirlos quién se acercaba a mí.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Lanzo—. Pareces azorada.

Se sentó junto a mí y tomó mi mano entre las suyas. Cuando abrí los ojos, su mirada azul leyó curiosa en la mía.

—Hacía calor en la cocina, he salido a tomar el fresco.

—Y ¿qué hacías allí?

—Nada, leía —mentí desviando la mirada.

—Sientes curiosidad, ¿no es cierto? —adivinó suspicaz.

Bajé la cabeza abochornada, pues no era capaz de sostener su penetrante mirada.

—Alonza, es algo natural, no debes avergonzarte —musitó en un tono tan suave que lo sentí como una caricia, perturbándome todavía más.

»Tu cuerpo despierta a la madurez y sientes cosas que no sabes interpretar ni complacer. Es normal tu curiosidad, y para satisfacerla buscas respuestas. Conozco el cariz de las conversaciones en la cocina, yo también he presenciado alguna —confesó sin un atisbo de reparo—, y se aprende mucho.

—¿Tú... ya las has aprendido?

Esbozó una sonrisa tirante y jugueteó nervioso con mis dedos. Su contacto hizo que mi piel hormigueara.

—Bueno, no he estado nunca con una mujer, aunque he fantaseado mucho con ese momento —titubeó antes de proseguir—. Yo... no sé si vosotras sentís el mismo anhelo que nosotros, las mismas necesidades. Aunque creo que sí, por lo que las oigo hablar. Y, puesto que únicamente podemos culminar nuestros deseos tras el matrimonio, sólo queda una manera de... encontrar alivio.

Alcé las cejas expectante. Lanzo hizo una pausa y tomó aliento antes de continuar.

—Buscar el goce en nuestro propio cuerpo —respondió a mi muda pregunta.

—Pero ¿eso... no es pecado?

—Tu cuerpo es tuyo, Alonza, y debes conocerlo —añadió con inesperada

vehemencia—, te fue dado por Dios con todas sus capacidades, y una de ellas es procurarte placer. Si no hubiera querido que gozáramos, nos habría privado de ellas, ¿no crees? Y, si su único objetivo fue únicamente incentivar la procreación, ¿por qué se despiertan nuestros apetitos igualmente en soledad? Yo también he pensado mucho, y con cada cuestión que intento discernir emergen otras tantas que me atosigan. Lo que empiezo a comprender es que el pecado es una útil herramienta de manejo que la Iglesia utiliza a conveniencia. Además, también es muy rentable, pues los nobles desembolsan grandes cantidades de oro, incluso patrimonio y tierras, a cambio de entrar limpios de pecado al reino de Dios. Creo firmemente que, cuantos más actos sean considerados pecaminosos, más se engrosarán las arcas eclesiásticas.

—Eres muy inteligente, mi buen Lanzo —espeté embelesada.

—Lo suficiente para saber que mis ideas me traerán problemas algún día —musitó con convencimiento y cierta preocupación.

—¿De dónde sacas esas ideas?

—De los libros —respondió—, ellos siembran en mí inquietudes, me incitan a pensar, a cuestionarme cualquier dogma o pensamiento común, a razonar como un hombre libre y buscar conocimiento. He leído obras de humanistas y filósofos que lucharon contra la opinión pública, como Galileo o Dante Alighieri, hombres que se atrevieron a exponer sus teorías a pesar de saberlas impopulares. Y ambos tuvieron problemas con la Iglesia. Por fortuna, aquí, en Venecia, la Inquisición no goza del poder que posee en el resto de Europa. No sé hasta cuándo durará nuestra inmunidad, aunque es fácil ver que su sombrío manto comienza a extenderse desde que la peste brotó de nuevo.

—¿Qué relación tiene la enfermedad con la rigidez de la Inquisición?

Lanzo fijó sus ojos en la fuente y apretó los labios con disgusto.

—Para ellos no es una enfermedad, sino un castigo divino ante tanto pecado. Y lo peor es que los creen. Leí varios tratados de un médico francés de origen hebreo llamado Michel de Nôtre-Dame que también tenía extensos conocimientos como apotecario. En ellos explica con claridad el origen de la enfermedad, que no es otro que las pulgas que llevan las ratas. Y, de éstas, esta ciudad va bien servida —se lamentó pasando los dedos entre las oscuras ondas de su cabello—. La higiene es esencial para la prevención —prosiguió apasionado—. Además, tras consultar con renombrados doctores, alquimistas y cabalistas, Michel logró crear una píldora rosa para reforzar al enfermo ante su lucha contra la enfermedad. Pero la ciencia nada puede contra la religión. Y

el pueblo, en su desesperación, prefiere creer que el pecado y la permisividad son los únicos culpables de sus desgracias y se someten al dictado de Dios de buen grado. Más ovejas sumisas para el redil. La Iglesia se hace poderosa en las guerras, la muerte y el miedo. Es así de triste: nuestra fe se crece ante la adversidad y creemos que una última y fervorosa oración nos salvará de las llamas del infierno.

Cuando concluyó su discurso, respiró hondamente y, como si saliera de su particular ensoñación, abrió los ojos casi sorprendido por su locuacidad.

—Disculpa, creo que te estoy aburriendo.

—Nunca me aburro a tu lado, me resultas fascinante.

Lanzo sonrió algo azorado y sacudió la cabeza con timidez.

—A tu lado, Alonza, me siento importante.

—Es que lo eres. Lo eres para mí.

El muchacho levantó entonces la mirada en mi dirección, que se prendió en mis ojos.

—También tú para mí.

No pude resistir abrazarme a él. Lanzo me cobijó en su pecho y besó mi coronilla.

—Oyéndote hablar comprendo por qué te marchas a la Universidad de Padua —comenté aprovechando que no me veía. Contraje el gesto ante la angustia que me supondría presenciar su partida.

—Siempre ha sido mi sueño, conseguir encontrar una cura a esta maldita enfermedad y a muchas otras —confesó—. Nunca tuve otro, al menos hasta que tú llegaste.

Entonces recordé el colgante que llevaba todavía. Lo había ocultado bajo la pechera de mi vestido por miedo a que Caterina o Marco lo vieran. Me erguí y lo miré sonriente. Despacio, fui tirando del cordón de cuero hasta que la labrada «L» asomó.

Sorprendentemente, cuando abandonó mi pecho sentí un vacío frío en él. Lo tomé en la palma y se lo mostré.

—Aunque te vayas, yo siempre te llevaré en mi corazón.

Lanzo cogió en su mano la «L» de metal y sonrió emocionado.

Rebusqué impaciente en el bolsillo de mi falda y saqué el suyo.

—Espero que tú también me lleves contigo —musité ilusionada.

Le ofrecí el que llevaba la «A» de mi nombre y Lanzo dejó escapar un suspiro afectado.

—Alonza...

—Es para ti. Cuando necesites sentirme cerca, tómallo entre tus manos. Yo haré lo mismo.

Lanzo me miró conmovido, su mirada brillaba preñada de una emoción que nubló su rostro. Cogió el colgante y lo observó maravillado; luego se lo colocó alrededor del cuello y acercó la letra a sus labios. Tras mirarme con abrumadora intensidad, besó la inicial y cerró los ojos con fuerza.

Yo lo imité y, cuando los abrí, percibí con claridad la desgarradora necesidad que Lanzo contenía. No supe muy bien qué me llevó a hacerlo, sólo supe que lo deseaba tanto como él.

Me acerqué despacio, apoyé mis manos en sus hombros y busqué su boca. Fue un beso dulce, trémulo e inseguro, pero en ese instante supe que se había grabado a fuego en mi corazón para siempre.

—Es tan difícil, Alonza, reprimir y estrangular esto que siento...

—Prométeme que nunca me olvidarás —pedí con un nudo en la garganta.

—Antes me olvidaría de respirar —respondió él vehemente.

Lo abracé con todas mis fuerzas, ciñéndolo a mí, deseando meterlo en mi interior para que no escapara nunca de mi lado. Deseé atarlo con mi corazón y, a pesar de saber que el destino me lo arrebataría y que nada podría hacer para impedirlo, recé para que algún día pudiéramos estar juntos para siempre.

—Allá adonde yo vaya —susurró él con voz quebrada— irás tú. No importa con quiénes estemos, porque nuestros corazones jamás podrán desligarse. Y, atados como están, un día tiraré de ese hilo y vendrás a mí. Porque, si algo te prometo, Alonza, es que pienso luchar por ti cuando tenga las armas para ello.

Y allí, sumergida en su pecho, maldije llorando de nuevo al destino por empeñarse en quitarme cuanto amaba.



Partió pocas semanas después, ya cumplidos los dieciséis años. Y, huérfana de nuevo, me dediqué a pensar en una alternativa que no me atara a nadie, que me permitiera esperarlo. No podía desposarme con otro hombre que no fuera él, no podía concebir hijos que no fueran suyos y no podía vivir junto a un hombre que no fuera Lanzo. Y, mientras cavilaba una posible

solución, leía y me instruía, siguiendo su ejemplo. Como bien dijo Sócrates, «El conocimiento os hará libres», y eso era lo que yo más anhelaba.

Pero fue el conocer la identidad de mi futuro desposado lo que reafirmó mi decisión de evadir el compromiso a como diera lugar.

Se llamaba Matteo Castelli, un noble veneciano, diplomático al servicio del dux, ya entrado en la cuarentena, viudo y rancio. Tras la cena en la que me fue presentado, mi tutor y él expusieron las condiciones del contrato matrimonial y la dote exigida. Fabrizio recibiría un impulso comercial a su flota mercantil, además de documentación para acceder a puertos más lejanos con salvoconducto del Véneto y sello papal para navegar con protección. Una cantidad económica nada desdeñable y un trato de favor con el gobierno de la Serenísima. A cambio, Matteo exigía una jugosa porción de los beneficios comerciales en los nuevos contratos que a partir de entonces contrajera Fabrizio con proveedores más importantes. Se añadió una cláusula de anulación del matrimonio si yo no podía concebir, una más si yo no llegaba pura a la noche de bodas y otra si Fabrizio no cumplía con lo prometido. También se acordó que, dada mi corta edad, el casamiento tendría lugar cuando yo cumpliera los dieciséis años, para lo que quedaba algo menos de año y medio, ya que Matteo no estaba en situación de aguantar los gimoteos de una niña por carecer de paciencia y delicadeza.

Tras esa noche, me hice una promesa a mí misma: Matteo Castelli no sería mi esposo.

CAPÍTULO 5



EL DESPERTAR DE LOS SENTIDOS

El dolor por la ausencia de Lanzo, en lugar de mitigarse con el paso del tiempo, se intensificó de tal manera que había momentos en que se hacía del todo insoportable.

En esos aciagos días en que la nostalgia me atenazaba implacable, me colaba en su cuarto y lloraba abrazada a su almohada. Olía a él, todas sus cosas hablaban de él con susurros almibarados que me caldeaban el pecho. Y yo me permitía la licencia de tocar sus ropas, revolver sus cajones e hojeando sus escritos. Me hacía sentirlo cerca y me hacía conocerlo un poco más.

Casi todos sus pergaminos eran anotaciones de hierbas y sus propiedades, de pócimas específicas y filtros extraños. En un estante tenía potes de barro con ungüentos y aceites y, en otro, varios gruesos volúmenes agrupados.

Apilé las hojas con sus apuntes y las volví a meter en el cajón con una sonrisa triste en los labios. La última se salió del bloque y, al intentar agruparla al resto, comprobé que era un dibujo.

Era un esbozo de mi rostro, pero tan bien captado que me sobrecogió. Era mi cara, era yo, y mi mirada idéntica a cuando la perdía soñadora por la ventana. El realismo de aquella imagen me impactó. Cada trazo estaba delineado con firmeza y con una delicadeza tal que había conseguido imprimir vida a aquel simple dibujo a carboncillo.

El pergamino estaba ajado y presentaba marcas de dobleces, como si lo hubiera llevado encima cada día. Lo apreté contra mi pecho y suspiré hondo.

Lo dejé cuidadosamente en su lugar y procedí a cerrar el cajón. No obstante, algo impedía que cerrara por completo. Introduje la mano tanteando el fondo y, asombrada, pulsé una especie de botón que accionó un mecanismo extraño. Tras el crujido, emergió una lengüeta bajo el escritorio. Tiré de ella y ante mí apareció un cajón secreto más estrecho que los visibles. Contuve el aliento y lo deslicé completamente, descubriendo su contenido.

En su interior había un libro; en su cubierta rugosa y oscura sólo se leía *I Modi*. Lo abrí curiosa. En la primera página, el título, *Los dieciséis placeres*, y una fecha de impresión, 1527, Venecia. Deslicé los ojos por el texto que aparecía a continuación, grabados al buril por Marcantonio Raimondi, con dibujos originales de Giulio Romano y sonetos escritos por Pietro Aretino.

Comencé a pasar páginas y lo que allí me encontré me aceleró el pulso y me secó la garganta.

Eran ilustraciones reveladoras sobre los secretos de alcoba. Sin ningún pudor, el artista mostraba con arrobadora precisión el goce de una pareja en el lecho, completamente desnudos y exhibiendo sus juegos carnales. Agrandé los ojos absolutamente consternada por lo que descubría. Al pie de cada ilustración se detallaba el acto y cómo obtener el mayor placer posible de la postura que se reproducía con sonetos bastante licenciosos. En ellos ensalzaba la lujuria con ingenio.

Me senté lívida en la silla y comencé a pasar las hojas titubeante, debatiéndome entre cerrar aquel libro y olvidarme de él o continuar embebiéndome de aquellas impactantes ilustraciones. Parpadeé alterada ante la imagen de una mujer agachada entre las piernas de un hombre, lamiendo su endurecido sexo mientras lo miraba con lascivia. En otra era justo al contrario, el hombre sujetaba los muslos de la mujer y degustaba su entrepierna con perverso regocijo.

Pasé temblorosa la página y hallé ante mí a una mujer que parecía cabalgar sobre el hombre, se podía ver con claridad la penetración desde

atrás. En la siguiente, la pareja estaba de pie, se podía distinguir el lecho al fondo con las sábanas arrugadas. El hombre la sujetaba por las nalgas, y ella, abrazada a su torso y aferrando sus caderas con sus piernas, recibía de buen grado las embestidas. Suscitó poderosamente mi atención el goce que traslucía el rostro de ella. También los encontré tendidos en el lecho, ella de medio lado y con una mano a su espalda que le ceñía la cintura. Él atrapaba un pezón con su boca mientras, con la otra mano que pasaba por debajo del muslo de la mujer, acariciaba su sexo. Otro detalle que observé fue que ella no tenía vello en el pubis.

Conforme pasaba las páginas, mi estupor aumentaba al ritmo de mi curiosidad. Algunas ilustraciones eran algo más dantescas, pues el hombre había sido sustituido por un ser de facciones demoníacas que gozaba con gesto obsceno de la mujer, al tiempo que una especie de angelito travieso se tocaba mientras los observaba. Todas las posturas iban numeradas hasta llegar a la decimosexta y última, y, tras recuperar el resuello, me decidí a leer uno de los sonetos lujuriosos, pues así era como los titulaba el autor. Me detuve al azar en el soneto XIII.

*Dame la lengua y apoya el pie en el muro,
aprieta los muslos y sostenme prieto prieto,
ponte boca abajo sobre el lecho,
que nada me interesa excepto fornicar.*

El soneto aumentaba el tono soez acentuando el ya intenso rubor de mis mejillas, sin embargo, continué leyendo...

*¡Ay, traidor, qué dura tienes la verga!
¡Oh! ¿Cómo? ¡Es como un confite para mi sexo!
Un día me la meteré en el culo, te lo prometo,
y te aseguro que saldrá limpia.
Te lo agradezco, querida Lorenzina.
Me esforzaré por servirte, pero empuja,
empuja como hace la Ciabattina.*

No pude seguir leyendo la vulgar conversación entre aquellos amantes, cerré el libro e intenté acompasar los desbocados latidos de mi corazón. ¡Dios santo! ¿Lanzo gustaba de esos libros para ese goce personal del que me había hablado?

Lo guardé de nuevo en su escondrijo secreto y me cuidé bien de dejarlo todo como estaba. Todavía con el pulso atronando en mis oídos, salí subrepticamente del cuarto y me encerré en el mío.

Me serví una copa de agua y tragué complacida. Después me acerqué a la ventana ojival y la abrí apoyándome en el murete exterior. Necesitaba sentir el aire frío en mi rostro. Aspiré profundamente cerrando los ojos y dejé un instante que la brisa atenuara mi bochorno.

A mi mente acudió entonces el famoso Príapo del que hablaban las mujeres. Era una escultura del órgano masculino, por lo que había visto en aquellos grabados. Y mi imaginación traidora visionó con nitidez lo que las mujeres hacían con él. Las frases regresaron a mi cabeza superponiéndose unas a otras, adquiriendo de repente significado. Saber que incluso un artesano dedicaba su talento a confeccionar elementos de goce femeninos me robó el aliento. En tal caso, yacer con un hombre no era sólo una obligación, sino que se obtenía placer. Aquel descubrimiento de algún modo me alegró.

Cerré la ventana e intenté leer algo para distraer mi mente y borrar aquellas imágenes de cuerpos enredados, pero no pude. Me sentía inquieta y algo extraño parecía hormiguar en mi bajo vientre.

Me tumbé en el lecho y me abracé a mí misma. No sé muy bien cómo comencé a acariciarme, pero mis manos abarcaron mis pequeños senos, los noté sensibles y gemí.

Lanzo me había dicho que debía conocer mi cuerpo, como ahora sabía que él ya había explorado el suyo.

Cerré los ojos y lo imaginé. Nos imaginé como las parejas en aquellos grabados. Me incorporé y me aparté la falda, arremolinándola en mis caderas. Pasé suavemente las manos por mis muslos cubiertos por tupidas medias blancas hasta casi las ingles y, cuando llegué a ellas y noté la aterciopelada suavidad de mi piel, me estremecí.

Llevé la yema de mis dedos a mi pubis cubierto por un sedoso vello dorado y me mordí el labio inferior cuando éstos recorrieron mi hendidura. Los deslicé hacia arriba y hacia abajo e, instintivamente, abrí más las rodillas.

Comencé a sentir una excitación desconocida, un inusitado cosquilleo

placentero a medida que la punta de mis dedos exploraba mis tiernos pliegues. Percibí con claridad que al acariciar una zona en concreto mis sentidos se alteraban más. Me incliné sobre mí misma deseando averiguar qué era aquel botón de carne que al contacto con mis caricias se estimulaba tan placenteramente. También busqué la entrada por donde se efectuaba la penetración. Y, con inesperado atrevimiento, la tanteé con mi dedo índice hasta lograr introducirlo un poco; me sobresalté, gemí y lo retiré de inmediato. ¿Y si ya no era pura? Y de pronto recordé que mi meta era no serlo para infringir esa bendita cláusula matrimonial.

Tomé aire y me decidí a continuar aquella exploración. Poco a poco, introduje mi dedo en mi interior, jadeé incómoda por aquella invasión y por mi propio pudor, que aún tensaba mi cuerpo. Sin embargo, continué acariciándome y en aquel juego encontré goce. Una y otra vez, froté la parte superior de mi sexo, aquel botón que parecía escondido tras un capuchón, y me dejé llevar por aquella gozosa sensación que exaltaba mi ánimo con gemidos sofocados. Alcé las caderas para poder manejarme mejor, hasta que conseguí llevar un ritmo regular que aumentó considerablemente el placer que ya me sacudía.

Imaginé que era Lanzo quien me tocaba y en ese instante algo se rompió dentro de mí. No supe bien que pasó, pero todo mi cuerpo ondeó sobre el colchón, como un látigo restallando en el aire, en una especie de espasmo que liberó un grito de mi garganta y una densa humedad de mi entrepierna.

Pegué el rostro a la almohada, intentando asimilar lo que acababa de hacer. Si Dios me había dado un cuerpo para el placer, ¿por qué no usarlo?

Alejé de ese modo la culpa y cualquier atisbo de remordimiento que ya pugnaban por incordiar y me arrebujé en mi lecho, abrazada a mi almohada y pensando en Lanzo. Algún día me entregaría a él, y ahora que sabía lo que me aguardaba, lo ansiaba con más fuerza.



Faltaban pocas semanas para Navidad. Hacía tres meses que Lanzo había partido a Padua y nos llegó una carta confirmando que vendría para celebrarla con nosotros. Saber que pronto lo vería alegraba mis días como ninguna otra cosa. Caterina, a raíz de nuestro altercado, había decidido ignorarme, algo que

yo prefería, aunque siempre hallara la manera de fulminarme con la mirada cuando nuestros ojos se encontraban. Marco también guardaba las distancias. Ahora yo estaba prometida a un hombre importante, y creí que esa condición le hacía respetarme, aunque no tardaría en comprobar lo errado de mi suposición.

Bordaba junto a la ventana, escuchando cómo Fabrizio, su amigo Silvano y Marco conversaban junto a la chimenea.

—El pobre Nicolò Contarini, nuestro buen dux, no ha podido ver ni cómo se coloca la primera piedra de la iglesia que mandó construir en honor a la Virgen María, en conmemoración por el fin de la plaga. Realmente lamento su muerte —comentó Fabrizio bebiendo el vino de su copa.

—Dicen que se llamará Santa Maria della Salute —apuntó Marco.

—En efecto —confirmó su padre—, y todos los años, tal día como hoy, 21 de noviembre, iremos a agradecer a la Virgen que haya exterminado la epidemia. Finalmente, nuestros rezos dieron resultado.

—Sí, pero miles de vidas se han perdido, dicen que casi cuarenta y cinco mil, y no hay garantías de que la peste no regrese —replicó Silvano.

—Creo que se ha demostrado sobradamente que la vida licenciosa que hemos llevado y la concupiscencia, y me incluyo, atrajo el mal sobre esta ciudad. En mi opinión, la mejor manera de prevenirla es seguir a rajatabla los designios de la Iglesia y vivir libres de pecado.

Silvano parecía no compartir la opinión de su amigo. Frunció el ceño y negó con la cabeza.

—No será fácil, Fabrizio. Si algo le cuesta a esta ciudad es controlar sus apetitos. Te recuerdo que en Venecia hay censadas dos mil novecientas mujeres de la alta nobleza, dos mil mujeres comerciantes, dos mil quinientas monjas y once mil seiscientas cortesanas. La tentación es demasiado abundante como para resistirla.

—Seguro que ese número pronto se reducirá. Sin hombres que las busquen, tendrán que cambiar de oficio y volverse respetables, si eso es posible, pues tan pervertidos están sus cuerpos que dudo que puedan redimirse.

—Habría que acabar con todas ellas —barbotó de repente Marco con inquina y mirada pétrea.

Aguanté la respiración y tragué saliva ante su dura sentencia.

Silvano alzó una ceja con asombro y miró al joven con suspicacia.

—Fabrizio, me parece que tu hijo no ha tenido una buena experiencia en ese terreno. ¿Te arrebató una bolsa de oro? —preguntó audaz—, ¿o quizá no fue capaz de complacer tus gustos?

Marco refunfuñó furioso y sacudió la cabeza huraño.

—No es de tu incumbencia —masculló malhumorado.

—Voy a tener que pensar en buscarte un buen partido, Marco —decidió su padre observándolo atentamente.

—Pero, padre, yo quiero ser soldado.

—Eso no es un impedimento para cumplir tus obligaciones con la familia.

—No quiero una mujer, quiero una guerra.

Silvano dejó escapar una mordaz risita que acalló contra el borde su copa.

—Querido Marco, te puedo asegurar que no hay mejor batalla que el matrimonio ni mejor adversaria que una esposa. Creo que te gustará.

El joven lanzó una mirada letal a Silvano, bebió su copa de un solo trago y se levantó con brusquedad para abandonar el salón con la espalda recta y los hombros tensos.

—Le guste o no, tendrá que casarse, tanto él como Lanzo. Caterina ya tiene prometido. Y ahora me dedicaré a buscar damas para mis dos hijos. Aprovecharé que viene Lanzo para que conozca a un par de jóvenes que, creo, serán de su agrado.

Mi corazón se aceleró y mi estómago dio un vuelco. No, me dije, aquello no pasaría. Ofuscada, estrujé la labor entre los dedos y me pinché con la aguja. Exhalé un jadeo y me llevé el dedo a los labios.

—Y ¿qué tal el sucesor del dux? —preguntó Silvano.

—Francesco Erizzo es un hombre eficaz y de principios, un patricio de la familia de Istria —respondió Fabrizio—, no en vano ha sido nuestro embajador tanto con Fernando II, nuestro emperador, como con nuestro papa Urbano VIII. Dicen de él que es incorruptible, aunque en las votaciones tan ajustadas para su nombramiento ya hay rumores de fraude.

Me levanté todavía aturdida y ofuscada, cuando Fabrizio reparó en mí y me llamó a su presencia.

—Alonza, el día de Navidad vendrá a cenar con nosotros tu prometido, para que comiences a conocerlo y trabéis confianza. He pensado que te alegraría saberlo.

Logré estrangular mi disgusto y meforcé a sonreír con timidez, aunque por dentro ardiera en cólera.

—Lo que dispongáis me parecerá bien.

Incliné la cabeza respetuosa y abandoné el salón con lágrimas en los ojos.

En el pasillo, me di de bruces con Marco. Sus afilados ojos verdes de gato me atravesaron. Me sujetó por los hombros y me ciñó a su pecho.

—¿Qué ocurre, Alonza?

—Nada, no me encuentro muy bien.

Intenté zafarme, pero él me lo impidió.

—Tu cabello está creciendo mucho, como otras partes de tu cuerpo.

Bajó su mirada a mi escote y se relamió lascivo.

—¡Suéltame, soy una mujer prometida!

—Me queda deliciosamente claro que ya eres toda una mujer.

Me debatí entre sus brazos infructuosamente.

—O me sueltas, o gritaré tan fuerte que me oirán hasta en el Palacio Ducal —amenacé entre dientes.

Apenas logré vislumbrar una pendenciera sonrisa antes de que su boca avasallara la mía.

Su sucia lengua batalló tratando de enredarse en la mía. Me revolví furiosa. La impotencia se mezcló con una furia demoledora e hice lo único viable en aquella situación: lo mordí.

Marco me soltó al tiempo que profería un sofocado grito y yo no me detuve a esperar su reacción. Corrí hacia la escalinata central rumbo a mi cuarto con el corazón galopando alocado en mi pecho.

—¡Esto no quedará así, perra!

Su furibunda exclamación me persiguió escaleras arriba. Cuando me adentré en mi cuarto, cerré con llave y me lancé sobre la cama rompiendo en un agudo sollozo.

Tenía que salir de aquella maldita casa, tenía que huir de allí, me repetí para mis adentros. Sólo hallé una solución a mis problemas, y era escapar con Lanzo.

Me refregué el rostro burdamente y tomé una buena bocanada de aire en un intento de sosegar mis latidos.

De nada servía llorar ni lamentarse. Era yo quien debía tomar las riendas de mi destino si quería escapar de la desdicha. Mi vida con los Rizzoli se complicaba cada día más, mi instinto me alertaba incesante, y sabía que, si no

me marchaba, algo malo terminaría ocurriendo. Sin embargo, mi plan de fuga tenía un tremendo inconveniente: si alentaba a Lanzo a escapar conmigo, arruinaría su futuro para siempre. No podría convertirse en apotecario, ni ser el hombre que anhelaba ser. Le arrebataría la felicidad y jamás me lo perdonaría.

Pero, sin él, ¿qué más daba lo que fuera de mí?

Lloré de nuevo, todo me conducía a una vida en soledad. Era hora de valerme por mí misma, de demostrarme que era capaz de afrontar ese destino ingrato sacando mis garras y mi ingenio.

Era hora de comenzar a perfilar mi futuro, aunque en el camino tuviera que arrancarme el corazón.

CAPÍTULO 6



POR SIEMPRE

—¡Condenada remolona! —acusó Concetta vociferante—. ¡Mueve rápido ese trasero antes de que lo empuje a escobazos!

Bufó furiosa y se puso las manos en las caderas, mientras la pobre Florentina se apresuraba a cumplir sus órdenes con mirada espantada.

Esbocé una risita ante la enojada expresión de Concetta, lo que atrajo sobre mí su disgusto.

—Muchacha atolondrada, ¿qué diantre haces merodeando por aquí?

—Estoy aburrida.

—No me lo digas dos veces, que te pongo rápido un delantal.

—No me importaría, seguro que trabajando no se piensa.

Deambulé por las largas mesas de madera donde las mujeres preparaban las viandas seguida de Concetta, que se limpiaba las manos de restos de harina en un mugriento trapo.

—Además, me vendría bien aprender algún oficio.

—¿Has perdido el juicio? Vives en una casa de bien y pronto pasarás a

otra de más categoría, y no como acogida, sino como dueña y señora. No necesitas aprender nada, y mucho menos trabajar.

—Das muchas cosas por hecho —manifesté tomando indolente una manzana. La froté contra la tela de mi falda y me la llevé a la boca.

Concetta me miró intrigada, frunció el ceño confusa y me siguió hasta la terraza, en la que había un pequeño jardín aromático y una despensa. Por las tardes daba el sol en el pequeño banco que había contra el muro, y me senté entre macetas de tomillo y romero.

—Tu matrimonio es un hecho, niña, pero me preocupa lo que andará rondando esa cabeza tuya.

—No es un hecho —objeté con desidia—. Aún queda para que llegue ese día, y mientras tanto pueden pasar muchas cosas.

La mujer me miró alarmada y se me acercó con expresión preocupada.

—Y ¿qué cosas, según tú, pueden pasar?

—Puede pasar que la novia haya desaparecido.

Concetta abrió la boca desmesuradamente, sus ojos parecían querer salirse de las órbitas.

—Dime que estás burlándote de mí, te lo ruego.

Mordí la manzana y negué lentamente con la cabeza.

—No, de quien pienso burlarme es del destino.

Ella sacudió la cabeza exasperada y se santiguó. Acto seguido, resopló sonoramente y se sentó a mi lado.

—Escúchame, muchacha, la vida ahí fuera es muy dura. Aquí vives en una jaula de cristal y crees que lo que ves al otro lado es un mundo vibrante y lleno de oportunidades, pero es una ilusión. Si sales de esa jaula, ese mundo que te parece atractivo te devorará sin piedad, ¿lo entiendes? No tienes más opciones que las que el señor Rizzoli te planteó. Es así, eres mujer, y por suerte has caído en una casa noble. Aquí, en la cocina, hay mujeres que se parten la espalda trabajando en decenas de cosas para dar de comer a sus familias, mujeres sufridas y sacrificadas que nunca tendrán la oportunidad de lucir un rico brocado o que le sirvan la cena. Sí, deberás casarte con un hombre mucho mayor que tú y te convertirás en un mero objeto decorativo. Pero piensa esto: es mejor adornar que servir.

—¿Acaso no lo serviré? ¿No seré su juguete? ¿No podrá abusar de mí, apalearme si le place o desterrarme si lo aburro? —espeté ofuscada—. ¿Es justo, pues, que entregue mi cuerpo, mi vida, mi corazón y mi alma a un

hombre que sólo será mi amo? No, Concetta, no lo es. Tampoco quiero servir a Dios. Yo sólo quiero servirme a mí misma.

En mi arrebato, emergió mi frustración. Apreté los labios y contuve las lágrimas.

—Pequeña, no es justo, pero pocas cosas lo son. ¿Qué locura habías pensado? Pues te recuerdo que, si malogras este matrimonio, te organizarán otro, por no mencionar la ira del señor Rizzoli. También es posible que te recluyan en un convento a la fuerza.

—Pienso huir.

—¿Y que te devore el mundo?

—¡Que lo intente! —barboté altanera, lanzando la manzana mordisqueada al suelo.

Concetta chasqueó la lengua, permaneció un instante en silencio pensativa y, tras tomar aliento, cogió mi mano entre las suyas.

—Hay otro camino —anunció casi con arrepentimiento.

»¿Conoces la historia de Veronica Franco?

Negué con la cabeza y la observé con atención, ávida de sus palabras.

—Fue la más elogiada y popular de las cortesanas honestas venecianas. No sólo se distinguió por sus artes amatorias y su capacidad de seducción, sino también por su exquisito talento. Fue una reconocida poetisa y llegó a convertir el salón de su casa en una especie de centro cultural donde se daban cita músicos, pintores o literatos para disfrutar de un concierto, conversar de filosofía o escuchar poesía. Incluso llegó a publicar algunas obras. Por uno de sus besos llegaron a pagarse quince escudos y cincuenta por una noche. Atesoró una verdadera fortuna, y fue reconocida y respetada por todos.

Concetta hizo una pausa para volver a tomar aliento.

—Sin embargo, no todas pueden aspirar a ser meretrices de prestigio. La gran mayoría acaban bajo el arco del Rialto, ofreciendo sus servicios a desalmados y granujas por unas pocas monedas. Son golpeadas, violadas, insultadas y hasta asesinadas. Contraen enfermedades y conciben hijos que venden o abandonan. Es una existencia sucia y miserable, y algunas de esas afamadas cortesanas acabaron así sus días. La vida de meretriz es arriesgada, pero puede salirte bien si sabes jugar tus cartas con inteligencia.

»Veronica Franco murió hace cuarenta años ya, pero todavía se recuerda en Venecia una de sus famosas frases: “Cuando nosotras también estemos armadas y entrenadas, podremos convencer a los hombres de que tenemos

manos, pies y un corazón como los suyos...”.

»Ella siempre decía que sólo la cultura y la educación les daría a las mujeres cierta libertad.

Apretó firmemente mi mano y me miró con gravedad.

—Alonza, tienes las armas para ser una gran meretriz: belleza, inteligencia y valor. Pero aun así necesitas un protector, o una cortesana experimentada que te incluya en su lista y te instruya. Sin una de esas dos cosas, no tienes ninguna posibilidad.

—¿Una lista? —pregunté confusa.

—Sí, las meretrices de prestigio tienen su propia casa de encuentros y un plantel de pupilas que ofrecer a sus clientes. Cuanto mejores sean las jóvenes en el oficio, más costosos serán sus servicios. Por eso se esmeran en entrenarlas y en elegir las. No sólo aprenden a complacer a un hombre en la cama, también han de hacerlo fuera de ella. Aquí, en Venecia, la más prestigiosa es la casa de placer de Carla Brunetti.

—Todo se reduce a lo mismo, a complacer a los hombres —me lamenté frustrada.

—No, no es lo mismo. Paradójicamente, los hombres de alcurnia que pagan por una cortesana la respetan y la veneran, pues ésta les ofrecen cosas que sus mujeres se niegan a darles. Si además consiguen enamorarlos, son ellas las que se adueñan de ellos y los someten a sus caprichos. Y, como no son de su propiedad, los hombres se doblegan a ellas y les dan cuanto desean. Y es ahí cuando la mujer domina y elige.

Sólo pensar en pasar de mano en mano me revolvió el estómago.

—No creo que yo sea capaz —confesé abatida.

—En tal caso, habrás de aceptar tu destino y olvidarte de ese plan estúpido.

—Lanzo me despreciaría si me convierto en meretriz —afirmé, revelando el motivo principal de mi incapacidad para tal oficio.

—Lanzo se casará con otra mujer, tú con otro hombre, ¿qué importa lo que piense?

—A mí me importa.

Concetta me miró con ternura, sonrió beatífica y me abrazó.

—Deja de resistirte, Alonza, y acepta tu destino.

Asentí con la cabeza y negué con el corazón. Me puse en pie, agradecí a la mujer sus consejos y abandoné las cocinas.

Y, aunque en mi estómago seguía palpitando la repulsa ante la posibilidad de ser meretriz, sí tomé un consejo de la famosa Veronica Franco: culturizarme. Así que adopté por costumbre dedicar gran parte del día a leer, a aprender otros idiomas y a seguir las enseñanzas de los grandes humanistas. Mientras estudiaba, no pensaba, y si no pensaba no dolía.

Y, así, un día tras otro, la Navidad llegó y mi corazón se abrió como una rosa en invierno el día que Lanzo por fin regresaba a casa.

Pasé gran parte de la mañana deambulando nerviosa de un lado a otro del salón, estrujándome los dedos y mordisqueando mi labio inferior. Corría a la ventana con la ilusión de verlo llegar o iba hasta la puerta ansiosa por oír el aldabón.

Cuando lo oí, casi se me paró el corazón.

Me alisé la falda, tomé aire y me abalancé hacia la puerta. Cuando la abrí y lo vi allí parado, con una carpeta bajo el brazo y sus grandes ojos azules fijos en mí, no pude contener mi felicidad y me lancé llorosa a sus brazos.

—Alonza...

—Lanzo...

Me alzó del suelo y giró conmigo entre sus brazos. Reí alborozada y cubrí su rostro de besos sin apercibirme de que estábamos siendo observados.

—Debes aprender a moderar tu entusiasmo, Alonza —me reprendió Fabrizio. Tras él, Marco nos observaba con escalofriante frialdad—, ya no eres una niña.

Lanzo no dejaba de mirarme risueño, y yo no podía borrar mi propia sonrisa, a pesar de la amonestación recibida.

—Imagino que estarás agotado, hijo.

Fabrizio se acercó y le palmeó la espalda.

—Tus notas son espléndidas, tus maestros dicen que eres brillante. Estoy muy orgulloso de ti.

—Gracias, padre.

—De algo le ha servido ser una rata de biblioteca —masculló Marco esbozando una sonrisa desdeñosa.

Lanzo miró a su hermano con gravedad, pero no contestó.

—Bien, descansa en tu cuarto, esta noche cenaremos en familia. Ya habrá tiempo de ponernos al día —concluyó Fabrizio.

Caminamos cogidos del brazo mirándonos felices. Lo acompañé hasta su cuarto sin soltarlo, ninguno podía despegar los ojos del otro.

Nos detuvimos en la puerta, hice amago de entrar, pero él me detuvo y me cogió las manos.

—Creo que no verán con buenos ojos que entres a mi habitación, Alonza. Después de todo, ya estás prometida. Nos vemos en la cena —musitó en un tono demasiado alto y severo.

Y, tras una sonrisa huidiza, me dio la espalda, entró y cerró la puerta sonoramente, lo que me dejó boquiabierta y con la vista fija en la doble hoja de roble macizo.

Contrariada, ya me daba media vuelta cuando la puerta se abrió de nuevo con cierto sigilo. Lanzo asomó la cabeza, me guiñó un ojo burlón, alargó la mano aferrando mi muñeca y tiró de mí hacia el interior de su alcoba.

Posó su dedo índice sobre sus carnosos labios y cerró con cuidado, girando la llave.

Después me cogió de la cintura y me abrazó con más intimidad. Me relajé entre sus brazos y aspiré su fragancia rozando con mi nariz el lateral de su cuello. Lanzo se estremeció.

—No sabes cuánto te he echado de menos, Alonza —susurró contra mi pelo.

—Puedo imaginarlo, a mí me faltaba el aire.

Lanzo tomó mi rostro entre las manos y me miró con absoluta devoción.

—He pensado mucho, Alonza.

—También yo.

Dibujó en sus labios una sonrisa tan tierna que deseé besarlos.

—Y he llegado a una sola conclusión.

Sus pulgares acariciaron mis mejillas, mientras sus ojos se hundían en los míos con una intensidad abrumadora.

—No puedo permitir que te cases con otro hombre, como yo no puedo soportar casarme con otra mujer que no seas tú.

Mis latidos se aceleraron golpeando con fuerza mi pecho.

—Y, tras meditar mucho mis opciones, sólo he encontrado una salida y es que huyamos juntos.

—Lanzo, pero ¿y tus estudios y tu futuro?

—Mi futuro está a tu lado.

—Tu sueño es ser apotecario.

—Mi sueño eres tú.

No pude aguantar más y atrapé su boca. Él me besó apasionado. Su torpe

urgencia me encogió el corazón.

Enredamos nuestras lenguas con ansia, inexpertos e inseguros, pero arrebatadoramente entregados. El beso encendió nuestros ánimos y comencé a sentir sus manos ascendiendo por mis costados, indecisas y trémulas. Noté sus pulgares recorriendo las curvas de mis pechos y todo un abanico de sensaciones confusas me recorrió.

—Dios, Alonza —gimió contra mi boca—, párame.

Me separé de él jadeante; apenas retrocedí un par de pasos y lo miré aturdida. Aunque mi intención no era precisamente obedecerlo.

Comencé a desatar el corpiño hasta lograr aflojarlo ante la ardiente mirada de Lanzo. Luego me bajé los hombros del vestido, saqué los brazos y empujé la tela hacia abajo, mostrándole mis pechos.

Él dio un paso hacia mí. Tenía los puños apretados, la cabeza baja y la mirada entornada y nublada por un velo que no había visto antes. Temblaba y apretaba los labios con contención.

Retrocedí, y él avanzó. Llegué a su cama y me recosté en ella mirándolo invitadora.

—Esto no es lo que te he pedido —murmuró con voz estirada.

—Pero es lo que deseas —repliqué subiendo la falda por mis muslos.

—Sí, es cuanto deseo, hacerte mía.

Avanzó tenso hasta mí, hundió una rodilla en el colchón y se cernió sobre mi boca de nuevo. Sentí sus manos ahuecadas en mis senos, acariciándolos con firmeza. Gimió en mi boca y me tumbó completamente. Cuando dejó de besarme, observé su inflamada boca y me relamí. Su mirada turbia me excitó casi más que sus manos danzando sobre mi piel.

Cuando tomó uno de mis pezones entre sus labios casi me sentí desfallecer. Lamió, succionó y besó con delirio, y yo jadeé hundiendo los dedos en su cabello, cimbreándome contra su cuerpo.

—Detenme, Alonza, o no podré parar.

—No quiero que pares.

Lanzo dejó escapar un gemido estrangulado y cerró los ojos frunciendo el ceño como si una punzada lo atravesara.

—No me alientes, no... no debemos...

—Quiero ser tuya. Nada más me importa. Sé que sabes hacerlo.

Mi última frase trazó una peculiar sonrisa en su rostro.

—Todos los hombres saben.

—Pero tú eres el único que deseo que lo haga. Quiero entregarte mi pureza, quiero que me marques, que te grabes en mi piel, como ya lo estás en mi alma.

—Alonza, tú te grabaste en mi corazón el primer día que te vi, cuando no te conocía aún, cuando ni siquiera habías reparado en mí. Y, cuando cruzaste el umbral de esta casa, supe que los milagros existen y que los sueños se cumplen. Ahora me pides que me grave en ti, y lo haré, porque nací para eso.

Se colocó entre mis piernas y me besó de nuevo, mientras sus manos encendían pequeñas hogueras en mi piel. Aferré su nuca y devolví cada beso con la misma pasión que recibía. Nos ayudamos a desnudarnos mutuamente, casi sin despegar nuestras bocas, con tembloroso apremio. Y, cuando nuestras pieles libres de ropas se tocaron, ambos nos estremecimos.

El torso lampiño de Lanzo, que respiraba agitadamente, oprimía mis erectos pezones, su sexo altivo se cobijaba pulsante en mi ingle y nuestras piernas entrelazadas me hicieron sentir que ya formaba parte de él.

Acaricié su tersa espalda, resiguiendo la hendidura de su columna, y él exhaló un gemido y se arqueó levemente. Alcancé la hondonada lateral de sus nalgas y él se puso tenso. Las aferré con fuerza y cerró los ojos con expresión atormentada.

Cuando los abrió de nuevo, me observó con fijeza. Su expresión se endureció y sus rasgos se contrajeron.

—Te deseo demasiado... tanto, que duele. Y creo que voy a traspasarte mi tormento.

Y, tras lo dicho, comenzó a deslizarse hacia abajo y se acomodó entre mis muslos, situando la cabeza a la altura de mi entrepierna. Instintivamente, cerré las rodillas avergonzada, él detuvo el movimiento con sus manos, alzó la cabeza, me sonrió tranquilizador y besó suavemente el interior de mis muslos.

Sus besos, como aladas mariposas, ascendieron gradualmente hasta mis ingles. Cuando sentí la humedad de su lengua en mi hendidura, contuve la respiración. Lanzo comenzó a lamer lánguido, titubeante, explorador, y yo apreté la sábana en mis puños sometida al placer de su capricho.

Poco a poco se tornó más audaz, y el hormigueo que provocaban sus caricias fue aumentando y extendiéndose, depositándose latente en mi bajo vientre. Alcé las caderas extasiada, momento que él aprovechó para introducir con extrema delicadeza su dedo en mi interior sin dejar de lamer cada pliegue.

Un placer inmisericorde me sacudió, mi vista se desdibujó y todos mis

sentidos se aguzaron hasta casi desbordarse. Mi cuerpo ondeó sobre el lecho zarandeado por espasmos continuos. Tuve que morder la almohada para evitar gritar, cuando un desconocido éxtasis, abrupto y demoledor, sumió mi conciencia en un mar turbio y denso de puro goce.

Al abrir los ojos me encontré con la mirada preocupada de Lanzo, sonreí y él sonrió con dulzura alejando con ese gesto su inquietud. Aun así, la tensión todavía crispaba sus facciones y relumbraba en sus bellos ojos claros.

—Podemos dejarlo así, si lo deseas. Disfruto viéndote gozar.

Le di una respuesta tajante. Me abrí de piernas y alcé ligeramente las caderas en un claro ofrecimiento.

—Grábate en mí, como prometiste. Quiero tenerte en mi interior y sentirte mío en lo más profundo de mi ser.

Asintió. Sus ojos eran tiernos y brillaban emocionados, pero su rostro era duro, pétreo, cincelado por una contención que mostraba la batalla que libraba en su interior. Me admiró su paciencia, su generosidad y su férreo control sobre sus propios deseos. Lo amé más en ese instante, si es que eso era posible.

Se acomodó con cuidado, evitando descargar su peso en mí y, con su mano derecha, tanteó mi abertura y enfiló su dureza hacia la entrada. Empujó lentamente, atento a mis gestos. Su mandíbula se tensó, su ceño se frunció y su esfuerzo por ser delicado requirió de una gran dosis de voluntad. Pero incluso sufriendo aquel lento proceso resistió y se preocupó en cada instante de mi bienestar. Yo sentí una aguda punzada ante su avance y él se detuvo aguardando inmóvil en mi interior, esperando mi aprobación para continuar y turbado ante mi repentino malestar.

Resoplé suavemente, tratando de aflojar mi cuerpo, aguardando a que se acomodara a aquella invasión. Y entonces Lanzo me besó.

Su lengua agasajó a la mía, recorrió mi boca, jugó en mis labios y logró cautivar mis sentidos lo suficiente para que volviera a disfrutar, olvidándome de la intrusión que estaba teniendo lugar más abajo.

Subyugada por aquel ardiente beso, no reparé en que Lanzo sabiamente avanzaba con más facilidad. Enterrado en mí, volvió a separarse para mirarme y comprobar que todo iba bien. Pareció complacido con lo que vio y comenzó a moverse lánguidamente. Su delicadeza y su ternura embriagaron mi alma de adoración por él.

Sus suaves movimientos empezaron a obrar un cambio en mí. Las

molestias desaparecieron dejando en su lugar pequeñas oleadas de placer que recorrieron mi columna y me erizaron la piel.

Enlacé su nuca y lo acerqué a mi boca. Apresé sus labios y busqué su lengua. Gemí ardorosa y él jadeó lujurioso.

Nuestras caderas se acompañaron rítmicas en una danza que comenzó a nublar nos los sentidos. Y, así, envueltos en una pesada nube de placer, nos entregamos mirándonos a los ojos, sumergidos en un éxtasis que nos desgastó en largos gemidos, en caricias almibaradas y miradas penetrantes.

—Alonza..., muero en ti —susurró con voz quebrada y mirada sufrida.

Entonces apretó los dientes, arqueó la espalda con brusquedad y se hundió profundamente en mí, descargando su placer en un gruñido largo y liberador.

Lo abracé con fuerza, él enterró su rostro en mi hombro y, jadeantes y dichosos, permanecemos así largo rato, embebidos por la miriada de emociones que todavía nos zarandeaban.

Cuando alzó el rostro, Lanzo se sumergió en mis ojos con semblante emocionado.

—Acabamos de grabarnos el uno en el otro —musitó—. Nos pertenecemos, y así será por siempre.

—Por siempre —repetí fervorosa perdida en su mirada.

CAPÍTULO 7



PLANES DE FUTURO

Cuando entré en el salón vestida con mis mejores galas, no pude apartar la mirada de Lanzo, que, sentado a la mesa, me contemplaba subyugado. No reparé más que en su presencia, como si un candil inexistente derramara su luz sobre su persona. Sonreí tímida y ocupé mi lugar frente a él. No fui consciente de nada más, hasta que una voz grave a mi lado me sobresaltó.

—Alonza, estás muy hermosa esta noche.

No reconocí la voz, y cuando busqué a su propietario la sangre se heló en mis venas.

Matteo Castelli me observaba embelesado, creí distinguir en su mirada un ansia que no había percibido la primera vez que me vio.

Mi desconcierto creció al descubrir que había invitados que no conocía. Junto a Caterina, un hombre de la edad de Castelli, anodino, de semblante severo y mirada sagaz. Junto a Marco, una muchacha bonita y tímida que me miraba curiosa. Y, al lado de Lanzo, otra joven, de cabellos y ojos oscuros, pero piel de alabastro, tan blanca que parecía relucir. Parecía dulce y

complacida con su acompañante, por cómo le regalaba admiradas sonrisas.

—No puedo sentirme más orgulloso de los acuerdos que he conseguido para mis hijos, pues considero a Alonza como una hija más —espetó Fabrizio con solemnidad—. Y espero que cada año, por Navidad, nos reunamos en torno a esta mesa como una gran familia.

Busqué los ojos de Lanzo, que claramente mostró su disgusto y su ofuscación en una dura mirada dirigida a su padre. Cuando la desplazó hasta mí, la suavizó de inmediato y forzó una sonrisa que quedó en mueca. Su incomodidad era patente.

La cercanía de Castelli me tensó, y aunque evitaba mirarlo cuando se dirigía a mí, eso no aliviaba mi malestar.

Comí en silencio asintiendo con docilidad con la cabeza cuando me hablaban directamente, y evitando participar en las conversaciones. Lanzo también parecía ausente, tan sólo buscábamos mutuo refugio en nuestros ojos para poder soportar aquella embarazosa situación.

La prometida de Lanzo aprovechaba cualquier excusa para posar su nívea mano en su antebrazo o para pestañear coqueta si conseguía que la mirara. Una y otra vez, reía por algún que otro comentario sólo para atraer su atención. Se llamaba Bianca Lombardi y pertenecía a una familia ilustre, por lo que pude deducir por sus continuas referencias a sus padres. Me pareció atolondrada y jactanciosa, tenía la misma edad que Lanzo —casi diecisiete años cumplirían ambos en breve, y yo quince al cabo de unos días—, pero su actitud resultaba mucho más infantil de lo que cabría esperar.

Apenas probé mi comida, por lo que me dediqué a observar. Descubrí que Bianca y Caterina compartían una amistad de la que hicieron gala locuaces durante la cena. No sé por qué su camaradería me provocaba una desazonadora sensación ominosa, como si estuviera frente a dos serpientes que siseaban prestas a atacar. Bien era cierto que sus chismorreos al oído, seguidos de miradas insidiosas hacia mí, alertaron mis sentidos anunciándome problemas.

Marco, en cambio, parecía satisfecho con la elegida para él. Conversaban amigablemente, y pude apreciar que ambos habían congeniado, algo que me alivió considerablemente tras nuestro altercado. Al menos parecía haberse olvidado de mi existencia.

A tenor de mi indiferencia, Matteo conversaba con Fabrizio sobre el fin de la plaga.

—Creo que todavía no podemos estar tranquilos —murmuró—, ayer mismo trasladaron a Poveglia a la familia Boccaccio al completo.

—¿Murieron todos? —inquirió Fabrizio llevándose el tenedor a la boca.

—No, sólo el padre —respondió Matteo quedo—, pero por precaución toda la familia embarcó a su último destierro. No podemos arriesgarnos a que la enfermedad, ahora que empieza a erradicarse, vuelva a extenderse. La normativa es bien clara al respecto: todo aquel que sea sospechoso de portar la enfermedad es llevado a la isla.

—Pero eso significa condenarlos a muerte —replicó Lanzo airado—. Y a una muerte ingrata, además, rodeados de enfermos agonizantes y de cadáveres calcinados. Es atroz, lo más lógico es mantenerlos un tiempo en cuarentena, en sus propias casas o en Lazaretto, las islas hospital de Lazaretto. Poveglia es un infierno.

—Muchacho —comenzó el hombre taladrándolo con una mirada helada—, a veces es necesario sacrificar unas pocas vidas para salvaguardar muchas. En Lazaretto ya no hay personal que atienda a los enfermos, y además es más fácil que muchos se escapen de esas islas portando la peste consigo. De Poveglia nadie escapa.

—Es terriblemente cruel —dictaminó Lanzo con gesto dolido—. No le deseo ese destino a nadie.

—Aunque no lo creas, medidas que parecen terribles y extremas son las únicas viables para atajar un mal mayor —explicó Matteo vehemente—. No podemos andarnos con remilgos, esta plaga le ha costado a Venecia muchas vidas. La república no sólo ha perdido almas, sino poder. Ya no arriban a nuestros puertos los barcos con los que comerciábamos por temor a la plaga, y los Habsburgo han aprovechado eso en su favor, potenciando el puerto de Trieste. Los otomanos siguen atacando nuestras flotas, y mucho me temo que se avecinan tiempos difíciles. Es prioritario para el Véneto que eliminemos cuanto antes la sombra de la peste o nuestra decadencia será irremisible.

—Lo que no evita que esas medidas sean abominables e inhumanas igualmente —insistió Lanzo—. Y que, además, se puedan justificar de modo comercial, superponiendo el poder a la humanidad, me parece miserable. Pero esto es sólo mi opinión.

—La opinión de un muchacho acostumbrado a tener comida en la mesa, a vestir buenas ropas y a descansar en un lujoso lecho —repuso Matteo incisivo—. Todo te fue dado, por lo que no sabes cuánto cuesta conseguir las cosas y

te permites hacer juicios de valor a la ligera. Tu seguridad y tu bienestar pasan por tomar medidas a menudo radicales, medidas que no conoces pero que disfrutas. Y esto no es mi opinión —alzó su copa y sonrió ladino—, es mi experiencia.

—Una experiencia que dan los años y las vivencias, pero que no da la razón en todos los casos —contraatacó Lanzo.

Matteo lo fulminó molesto con la mirada y el ambiente se volvió rancio y pesado.

Fabrizio se puso entonces en pie y golpeó su copa con el tenedor para anunciar, con ese tintineo, los postres.

—Dejémonos de temas tan sombríos y, en su lugar, miremos al futuro con esperanza e ilusión —propuso—. Venecia es grande como lo es el corazón de sus gentes, y saldremos adelante, qué duda cabe. Brindemos por ello.

De repente, Matteo tomó mi mano y me instó a ponerme en pie.

—Y por mi bella prometida, a la que ardo en deseos de desposar.

Y, ante mi estupor, se inclinó y depositó un beso en mis labios.

Lanzo pareció hervir de furia, mientras los demás brindaban por nosotros. Apenas reaccioné, me limité a sentarme con prontitud y a bajar la cabeza simulando bochorno, cuando en realidad intentaba reprimir las náuseas que me había provocado su atrevimiento.

—Apenas has probado bocado, querida —murmuró Matteo con excesiva preocupación—. ¿Te encuentras bien?

—En realidad, no, creo que me he resfriado. Me temo que esta noche no seré buena compañía; si me disculpáis, prefiero retirarme a mi cuarto.

El hombre me escrutó un instante con la mirada entornada y, aunque no pareció muy convencido, asintió seco y tomó mi mano para besar el dorso con galantería.

—Me apena haber disfrutado tan poco de tu compañía. Sin embargo, ya queda menos para tenerte sólo para mí.

Asentí y me incliné cortés. Tras una vacua sonrisa, me apresuré a abandonar el salón. Me giré en la puerta buscando la mirada de Lanzo, justo para ver cómo Bianca remolineaba a su alrededor con evidente descaro. Aquello me enfureció más y subí la escalera casi bufando e imprecando en mi interior.

Una vez en mi habitación, me desprendí del vestido con ademanes hoscos y, en camisola, me acerqué a la ventana y me senté en el alféizar. Abracé mis

rodillas y posé la barbilla en ellas. Fuera, la luna plateaba el canal en un sendero refulgente y danzante que distrajo mis funestos pensamientos. De vez en cuando, una nota doraba la superficie del agua proveniente de los candiles de alguna embarcación. Yo seguía aquel cálido resplandor hasta que se perdía de vista, deseando convertirme en él y desaparecer en la lejanía. Supe que no aguantaría mucho más entre esas paredes, por mucho que me protegieran del mundo exterior, un mundo que me pintaban duro y cruel, pero que cada vez me atraía más.

Lanzo estaba dispuesto a descubrirlo a mi lado. Y, aunque había asegurado que su sueño era yo, no pude evitar preguntarme si algún día se arrepentiría de su decisión. Como bien había dicho Concetta, estaba destinado a grandes cosas, y a mi lado esas cosas se truncarían. Sin dinero, tendría que buscar un trabajo y, aunque se refugiase en sus sentimientos por mí, con el tiempo era posible que languidecieran, pues su pasión era convertirse en un gran apotecario, era ayudar a los demás. Tras esa reflexión me sentí egoísta y, aunque la sola idea de no estar a su lado me ahogaba, volví a cuestionarme si mi amor lo estaba sentenciando a un futuro incierto, si estaba convirtiéndose en la tumba de sus sueños más altruistas.

Inmersa en mis cavilaciones, me sumí en una letárgica duermevela que me llevó a una pesadilla que hacía tiempo no me visitaba.

Viajé a un recuerdo, reviviendo aquel momento. De nuevo me encontré escondida tras aquella celosía, abrazada por la oscuridad y el miedo. A través de los huecos, un hombre pájaro rebuscaba en cada rincón. Me pareció oír sus graznidos, y un brusco escalofrío me recorrió. Cuando se acercó a mi escondite, deslizó su largo pico por las varillas de madera. Luego giró su extraña cabeza y, tras una angustiosa pausa, comenzó a picotear la celosía cada vez con más ahínco. Aquel sonido hueco empezó a taladrarme la cabeza. Di un respingo y casi me caí de la repisa en la que me hallaba arrebujada. Desperté sobresaltada y confusa, pues el sonido persistía.

Tardé un tiempo en comprobar que estaban llamando a mi puerta. Sacudí la cabeza y me dirigí hacia ella.

—¿Quién es?

—Soy yo —contestó la voz de Lanzo.

Abrí cuidadosamente y lo dejé entrar para cerrar de nuevo después con llave. Cuando me giré hacia él, me tomó entre sus brazos.

Oír sus latidos fue el bálsamo que necesitaba.

—Tuve que esperar a que todos estuvieran dormidos —explicó llevándome hacia la cama adoselada.

»Quiero dormir a tu lado. Necesito tenerte cerca —añadió tumbándome junto a él.

Me acurruqué en su costado y él me abarcó con sus largos brazos.

—¿De veras te encontrabas mal, o sólo querías huir?

—Ambas cosas —musité—. Ver cómo Bianca intentaba seducirte me descompuso.

—Jamás lo conseguiría, incluso si mi corazón me perteneciera.

—Mi amor..., junto a ella, podrías conseguir tu sueño de ser apotecario. Y quizá lograr encontrar una fórmula para erradicar enfermedades y ayudar a los demás. A mi lado, quizá sólo te aguarden penurias.

—A su lado sería el hombre más desdichado sobre la faz de la Tierra, no sólo porque te amo a ti, sino porque me resulta insoportable. ¿Crees que yo no he pensado en cómo sería tu vida a mi lado? Junto a Castelli, tu vida sería cómoda y lujosa, sin preocupaciones ni necesidades. Conmigo sería incierta, aunque me dejaré la piel para que no te falte de nada.

—Es justo lo que me preocupa —manifesté mirándolo a los ojos.

—Pues no debería, soy una rata de biblioteca, pero también tengo recursos e ingenio. Mis conocimientos me ayudarán a salir adelante. He pensado en seguir mis estudios un año más, y que escapemos antes de tu boda. De ese modo, podré ofrecerte de ayudante en alguna botica y conseguir, con experiencia, regentar algún día la mía.

Un año más, debía aguantar un año más para mi libertad. Pero era un año en una jaula con dos pájaros que intuía me traerían problemas. No obstante, y aunque mi deseo era huir cuanto antes, mi instinto así me lo gritaba, fui incapaz de transmitirle mis miedos a Lanzo. Y, como si leyera mis pensamientos, tomó mi barbilla entre los dedos y estudió mi mirada un largo instante.

—Pero si me pides que huyamos mañana, lo haré sin dudar.

—No, creo que tu plan es el más sensato. Te dará tiempo a adquirir conocimientos muy útiles para tu futuro.

—Alonza, le pregunté a Concetta si tras mi partida hubo algún altercado más con alguno de mis hermanos y me dijo que no, algo que me alivió mucho, te lo aseguro. Era una de las cosas que más me preocupaban de mi marcha. — Bajó la mirada con cierta pesadumbre y, cuando la alzó de nuevo, agregó—: También he de confesar que intenté utilizar la distancia para arrancarte de mi

corazón. No fue así, sino más bien al contrario: vi con claridad que mi vida no significaba nada sin ti. No tenía muy claros tus propios sentimientos, sabía que me querías, pero no hasta qué punto. Cuando me abriste la puerta y te abalanzaste sobre mí cubriéndome de besos, cuando vi tu mirada, comprendí que era inútil luchar contra algo que no sólo era cosa mía, sino de ambos.

—Lanzo, cada día sin ti ha sido un suplicio, pero ahora sé que será necesario soportar tu ausencia para poder estar juntos. Sólo es un año, pasará pronto y después jamás nos separaremos.

—Jamás, amor mío.

Dormimos uno en brazos del otro hasta que la luz del alba lo alejó de mi lado para regresar a su cuarto. Y, a pesar de saber que estaba al final del pasillo, el vacío que sentí fue desolador. Sería un año largo, pensé con acritud. Demasiado largo.



Fueron dos semanas inolvidables, Lanzo y yo pasamos todo el tiempo posible juntos, y aunque en presencia de los demás nos esforzábamos en disimular nuestros sentimientos, las miradas admonitorias de Concetta, las reprobadoras de Fabrizio y los ceños de Caterina me decían que no lo conseguíamos.

Aquella tarde, salimos en grupo para asistir a un teatro popular que habían instalado en la *piazzetta*, frente a la basílica de San Marcos. Representaban una obra de Shakespeare escenificada en nuestra ciudad: *El mercader de Venecia*. Era una obra que me gustaba especialmente, pues, en ella, la sagacidad femenina de Porcia y su criada Nerissa se superponía al usurero talante del mercader en cuestión, el astuto judío Shylock.

Bianca caminaba del brazo de Lanzo, aturullándolo con una conversación vana e insustancial; por la rigidez de su espalda, supe de su obvia incomodidad. Caterina andaba a mi lado, y, detrás de nosotras, Marco y Giulia, su dulce prometida. Su boda era casi inminente, y ambos compartían risitas y susurros. Finalmente, Concetta nos escoltaba como si dirigiera un rebaño de ovejas, pastora fiel de nuestras virtudes.

La multitud ya se aglutinaba en la *piazzetta* frente a una plataforma elevada adornada con grandes cortinones rojos. Un bufón acróbata amenizaba

el prelude de la función con un sinfín de artísticos malabares. Tomamos asiento casi al final, Bianca y Caterina flanquearon a Lanzo, yo me senté detrás, entre Concetta y Giulia, y Marco cerraba la fila. Lanzo se giró para mirarme fugazmente, en sus ojos vi el anhelo por compartir mi compañía. Le sonreí y me sonrió. Concetta carraspeó suavemente y Lanzo volvió de nuevo la mirada al frente.

Observar cómo Bianca toqueteaba su brazo o apoyaba la cabeza en su hombro me hacía resoplar.

—¿Ahora no vas a carraspear, Concetta? —susurré queda.

—No veo nada que me indique que debo hacerlo, tan sólo unos prometidos trabando confianza sin excesivo atrevimiento.

—Pues yo pienso que su conducta es demasiado... cercana.

Concetta me dirigió una mirada suspicaz y sacudió la cabeza rechazando mi opinión.

—Sé por qué te molesta esa cercanía, muchacha, pero tendrás que acostumbrarte. Parece que Lanzo es de su completo agrado y se pavonea como cualquier enamorada.

La fulminé con la mirada, pero apreté los labios y miré al frente, conteniendo mi disgusto.

La obra comenzó y los actores salieron a escena saludando entusiastas. A medida que se sucedían los actos, Lanzo aprovechaba cualquier ocasión para regalarme una sonrisa que yo le devolvía tras el suave codazo de Concetta.

En el descanso, nos levantamos para recorrer los mercadillos que rodeaban la *piazzetta*. Adornos navideños, toda clase de vistosa artesanía y baratijas varias aguardaban cautivar a la nutrida clientela que recorría los coloridos puestos.

Me detuve en uno de los tenderetes admirando un anillo de plata con un corazón grabado en el centro. Me lo probé y sonreí ante el perfecto ajuste con mi dedo.

—Es precioso —murmuró Lanzo en mi oído.

Aprovechando el tumulto a nuestro alrededor, entrelazó subrepticamente sus dedos con los míos. Su penetrante mirada me estremeció. Sonreí cautivada y asentí.

—Deberías encargarte a un buen orfebre el anillo para Bianca —masculló Caterina, asomando la cabeza entre nosotros.

Nuestros dedos se desligaron de inmediato.

—Aún es pronto —respondió él cortante—, una de mis condiciones fue acabar mis estudios en Padua.

Me quité el anillo, lo miré con anhelo y lo deposité en la mesa. Lanzo volvió a rozarme la mano al pasar y nuestras miradas se engarzaron de nuevo.

Continuamos recorriendo los puestos, compramos unos dulces y nos encaminamos hacia el teatro otra vez. Lanzo se demoró hablando con un viejo conocido, Andrea Caivano, de origen napolitano y talante animoso y risueño, el único amigo de su niñez, según me había contado en una ocasión.

Nos adelantamos y ocupamos nuestras sillas. La función se reanudó y los murmullos se acallaron, dejando su lugar a las apasionadas voces de los actores.

Cuando Lanzo apareció, me dirigió una mirada intensa, casi impaciente, y me sonrió abiertamente ante los ceños de Bianca y Caterina. Se sentó y yo clavé mi mirada en su nuca, deseando apartar su oscuro cabello ondulado para depositar un beso en ella.

La función terminó tras el efusivo aplauso del público y, de nuevo arremolinados en el pasillo central, sentí los dedos de Lanzo rozando los míos.

Se puso a mi lado y conversó conmigo sobre algunos actos de la obra. Le sorprendió que hubiera leído tanto y que estuviera tan versada sobre literatura y filosofía. Su sonrisa orgullosa y su mirada tierna a punto estuvieron de vencer mis defensas y rendirme a mi deseo, el de lanzarme a sus brazos y prenderme de su boca.

Tras alejarnos de la muchedumbre, Bianca ocupó su lugar junto a Lanzo, apartándome con cierta rudeza y una mirada helada.

Le cedí mi sitio a regañadientes, quedándome relegada. Preferí no presenciar sus arrumacos.

Lanzo volvió a mirarme tan disgustado con la situación como yo.

Al día siguiente partiría y cada instante arrebatado era un puñal en nuestros corazones.

La reunión continuó a mi pesar en la mansión Rizzoli. Marco y Giulia, sentados en un rincón, con las manos cogidas y sonrisas perpetuas...; no pude dejar de compadecer a una muchacha aparentemente tan ingenua y dulce como ella con un patán de semejante calaña. Bianca, a la que ya detestaba profundamente, adherida a Lanzo, y Caterina con ellos, planeando la boda. Fue demasiado para mí. Cogí el libro que solía disfrutar esos días, me disculpé y,

a pesar del frío, decidí leer en el patio interior, rodeada de otro tipo de hiedra bastante más agradable.

Abrí el volumen por el soneto CCXX del *Cancionero* de Petrarca y me sumí en su romántica lírica. Había seleccionado mis sonetos preferidos entre los trescientos que incluía el libro doblando la esquina superior de la página en cuestión. También sentía especial predilección por algunos de sus poemas y madrigales. Disfrutaba memorizándolos y recitándolos en las noches que no podía dormir, evocando el amor puro que sentía por Lanzo.

Tenía que releer varias veces las estrofas para poder retenerlas, ya que mi mente iba continuamente a ese salón y a las zalamerías que imaginaba prodigaba Bianca a Lanzo.

De pronto, una minúscula y efímera esfera blanquecina se posó perezosa en la página que leía, deteniéndose un instante hasta deshacerse y empapar el pergamino. Tras ella, otras. Cerré el volumen y miré al plomizo cielo. Nevaba.

Alcé ambas palmas y me puse en pie sonriente. Adoraba la nieve. Ya de muy pequeña mis padres me habían dejado jugar con ella, y asociaba aquellos momentos de risas y despreocupación con ese elemento.

Los copos eran suaves y lánguidos, mecidos dócilmente por una brisa que los arremolinaba a mi alrededor. Eché la cabeza hacia atrás y giré con las manos en alto. Cerré los ojos y sonreí sintiendo la nieve en mi rostro como suaves y gélidos besos en mi piel.

—Robas el aliento, mi bella Alonza.

Ante mí, Lanzo, con el oscuro cabello perlado de motitas blancas, me miraba ensimismado.

Alargué los brazos hacia él sin importarme más que sentirlo contra mi cuerpo. Se aproximó con una sonrisa traviesa en el rostro y, en lugar de abrazarme como esperaba, tomó mis manos y me giró ante él, iniciando una danza que me hizo reír. Bailamos bajo la nieve como si sonara una pavana en la corte del emperador, sólo que nosotros éramos la única pareja que seguía los pasos.

Descubrí en Lanzo a un habilidoso bailarín, algo que me sorprendió gratamente; yo, en cambio, apenas lograba seguirlo. Reímos y nos dejamos llevar por la dicha de estar juntos. En uno de los giros, tiró de mí hasta que acabé entre sus brazos. Siguió girando conmigo hasta que nos mareamos. Se detuvo y me miró arrebatado. Sus mejillas sonrojadas, sus ojos brillantes y su cautivadora sonrisa me embelesaron preñándome de la necesidad de tenerlo

de nuevo en mí.

Me besó dulcemente, y entonces se detuvo, me sonrió ansioso y posó una rodilla en tierra sin soltar mi mano. El pulso se me aceleró.

Rebuscó en el bolsillo de su jubón y extrajo un pequeño saquito de piel marrón. Lo abrió ceremonioso y sacó el anillo de plata con el grabado de corazón en el centro. Contuve la respiración y exhalé un gemido sorprendido. Lanzo me contempló con gravedad, tomó aire y comenzó su declaración:

—Aquí y ahora, prometo amarte y cuidarte el resto de mis días, ser tuyo hasta mi último aliento y consagrar mi vida a la tuya. Con este anillo, yo, Lanzo Rizzoli, te entrego mi corazón y mi vida para que dispongas de ellos como decidas. Tuyo soy, Alonza di Pietro, y así será hasta el fin de los tiempos.

Deslizó el anillo en mi dedo anular sin dejar de mirarme. Sentí una opresión en el pecho que me impidió hablar. Las lágrimas hablaron de mi dicha a falta de palabras, y cuanto pude hacer fue caer de rodillas junto a él y besarlo apasionada.

El corazón me reventaba de amor, la felicidad inundaba cada poro de mi piel, y en aquel preciso momento conseguí hacer algo que no había hecho desde la muerte de mi familia, y fue dar gracias a Dios por mi suerte.

Aquella noche, nuestra última noche, Lanzo y yo nos entregamos en cuerpo y alma a la promesa que nuestros corazones habían sellado. Nos amamos hasta el amanecer, disfrutando de aquel amor que nos había enlazado con fuerza arrolladora.

Un año, me dije, y después la felicidad más plena nos aguardaría. Y con ese pensamiento fui capaz de dejarlo marchar.

CAPÍTULO 8



DESTINO CONFABULADOR

Con el paso de los meses, ya casi tres desde la marcha de Lanzo, comencé a encontrarme mal. El malestar solía ser matutino, aunque en las noches, pesadillas dantescas me asolaban condenándome al insomnio. Había perdido el apetito y me asaltaban implacables náuseas. Estaba pálida y ojerosa, y lo achaqué a la profunda tristeza que provocaba la ausencia de mi amor.

Sumida en mi particular malestar, no reparé debidamente en la excesiva atención que Caterina me procuraba. Cuando una arcada me convulsionaba y corría al excusado, solía encontrarla espiándome con mirada recelosa. Nada preguntaba, pero tenerla tan pendiente me preocupaba.

Al menos, Marco había decidido ignorarme. En cuanto a Bianca, solía visitarnos con frecuencia y se paseaba por la casa como si ya fuera dueña de ella. Esa sensación grimosa de verlas a ella y a Caterina juntas y cuchicheando reptaba por mi espina dorsal cada vez con más ahínco. Era consciente de que, a menudo, sus risas sofocadas provenían de alguna burla sobre mi persona. No obstante, ignorarlas había sido siempre la mejor estrategia. O eso creí en un

principio, pues mi indiferencia pareció acicatearlas y comenzaron a volverse más audaces y sibilinas.

—Da la impresión de que tu enfermedad, en lugar de remitir, se acrecienta —murmuró un día Caterina, que junto a Bianca se entretenía en su labor mientras yo leía junto a la chimenea—. Deberías dejar que te visitara un médico.

—No, es tan sólo una indisposición pasajera.

—¿Tanto temes a los médicos?

—No es temor, simplemente no estoy mal —repuse con cautela.

—Pues no lo parece, no hay más que verte —espetó Bianca entornando los ojos y dedicándome una mirada desdeñosa.

Ambas rieron maledicentes, burlándose de mi aspecto.

—Últimamente vomitas mucho —apuntó Caterina, se frotó pensativa la barbilla y, mirando alarmada a Bianca, agregó—: ¿Los vómitos no eran un síntoma de la peste?

—Y los bubones —repliqué comenzando a perder la paciencia—. Y no tengo ninguno.

—Pero tengo entendido que los bubones aparecen después, cuando la enfermedad ya está avanzada —indicó Bianca, componiendo un mohín asqueado.

—Con lo que no podemos descartar que la estés contrayendo —insistió Caterina ocultando sin éxito una sonrisa malévola—. Además, estuviste en contacto con ella.

—Eso fue hace más de dos años —aclaré furiosa—, pero sois tan estúpidas que no sabéis que el período de incubación no pasa de dos semanas.

Ambas apretaron los labios ofendidas y me miraron resentidas.

—Sin embargo, durante nuestra salida al teatro vi cómo dabas unas monedas a un mendigo tiñoso que bien podía estar infectado —repuso Caterina con una sonrisa escalofriante.

—Eso no es cierto, no me acerqué a ningún mendigo —mascullé alzando la voz.

—Yo también te vi —apoyó Bianca— y, curiosamente, ahora estás enferma.

—¡No estoy enferma, maldita sea!

Las jóvenes se cubrieron las bocas con espanto ante mi exabrupto furibundo.

Me puse en pie cerrando el libro. No pensaba tolerar más sus absurdas acusaciones.

—Eres una ingrata, siempre lo has sido —escupió Caterina con inusitado rencor—. Así pagas nuestra preocupación por ti. Mi padre te acogió en nuestra casa poniendo en riesgo a toda su familia, y tú... y tú... abusas de nuestra confianza y buena fe portándote como una...

Me acerqué a ella y, encarándome belicosa, la enfrenté.

—¡Dilo! —la alenté furiosa.

—Tú lo sabes bien.

En su dura mirada traslució un odio que me desarmó.

—Esta casa nunca será tuya, ni mi apellido —silbó entre dientes.

Esa última frase sí me asustó, pero me guardé bien de mostrarlo.

—No soy yo quien los ambiciona precisamente.

Dirigí una mirada intencionada a Bianca, que, al igual que Caterina, me contemplaba con afilada animosidad.

Salí del salón con la espalda erguida y falsa calma. Caterina conocía mis sentimientos por Lanzo, y eso sí era peligroso, pues haría cuanto estuviese en su mano por perjudicarnos.

No logré alejar la intensa desazón que habían provocado en mí sus palabras. En su sesgada mirada verde pude apreciar con claridad que, como enemiga declarada, no pararía hasta ganar su guerra contra mí. Además, tenía una aliada tan pérfida como ella. Debía evitarlas a toda costa. Quizá lo mejor sería recluirme en mi cuarto y pedir que me subieran la comida. Sí, me dije, mejor sortear el peligro y conseguir apaciguar su animadversión hacia mí.

Conduje mis pasos hacia la cocina en busca de Concetta.

La encontré desplumando enérgica una gallina.

—Parece algo personal —comenté sonriente.

—Arrancar plumas está mejor visto que arrancar mechones, y te aseguro que a veces me dan ganas de lo segundo —adujo poniendo los ojos en blanco.

—También a mí —coincidí—. ¿No tendrás alguna otra gallina por ahí?

Alzó una ceja interesada y, tras terminar su tarea, le pasó el ave a una de las cocineras.

—¿Problemas?

—Caterina ha vuelto a la carga.

La mujer resopló apartándose una guedeja gris de su rubicundo rostro.

—Esa niña parece llevar al diablo dentro. ¿Qué nueva travesura ha

ingeniado?

Me senté en una banqueta mientras Concetta cortaba unas verduras. Le conté lo sucedido en el salón, y la expresión de la mujer se tornó severa dibujando una mueca grave que trazó un ceño profundo en su faz.

—¿Sigues vomitando? —inquirió preocupada.

—No siempre, pero las náuseas no me abandonan por las mañanas.

Su penetrante mirada me inquietó sobremanera.

—También me encuentro muy cansada y tengo ganas de dormir, pero me asaltan pesadillas. Aunque por las tardes suelo dormitar tras la comida, algo que antes no necesitaba.

El rostro de Concetta se oscureció de repente. Pareció tragar saliva forzosamente y me miró ansiosa. Se limpió las manos en el delantal y llamó a Domenica.

—Termina esto, no tardaré.

Me tomó del brazo y casi me arrastró fuera de la cocina. Titubeó a la hora de decidir hacia dónde dirigirse, hasta que se decidió por el patio interior. Me condujo hacia allí con rictus tenso y ánimo disgustado.

—¡Maldición, Alonza! ¿Qué locura has hecho?

Me relamí nerviosa y confusa, y sacudí la cabeza sin entender.

—¡Santa Madonna, apiádate de nosotros! Has arruinado tu vida, muchacha —exclamó contrita. Se santiguó y me miró con una aguda angustia en su semblante.

—No sé a qué te refieres —espeté asustada.

—Te entregaste a Lanzo, ¿no es verdad?

Bajé la mirada azorada y asentí con lágrimas en los ojos.

—¡Dios mío, niña, estás condenada!

—¡Lo amo y no me arrepiento de nada! —barboté envalentonada.

Concetta negó con la cabeza y me miró compasiva. Sus ojos se humedecieron y me obligó a sentarme junto a ella en uno de los bancos de piedra.

—Estás embarazada, Alonza, de tres meses calculo; tendrás al hijo de Lanzo antes de que él regrese. Tiene que saberlo, sólo él puede salvarte.

Aquella noticia fue como una fuerte bofetada en el rostro. ¿Un... un hijo? Sentimientos contradictorios me desgarraron en aquel momento, abriéndome en canal. Un hijo de Lanzo... Habría sonreído si el miedo no me hubiera atenazado las entrañas.

—No puedo hacerlo volver antes de lo planeado. Este año es crucial en su futuro.

Me cogió las manos y exhaló un suspiro acongojado.

—Muchacha, creo que no eres capaz de ver las terribles consecuencias de tu estado.

—Al menos, se romperá mi contrato de matrimonio.

Concetta me miró gravemente, su rictus se contrajo de nuevo y resopló como si le faltara el aire.

—Es tu vida la que se romperá —sentenció mirándome a los ojos—. No sólo caerá sobre ti la ignominia de la sociedad, sino que atraerás la ira desatada del señor Rizzoli ante la pérdida de tan jugosos beneficios para él. También cargarás con el honor ofendido de una casa poderosa, los Castelli, y el más temible desamparo. Te echarán de aquí como a un vulgar perro, Alonza.

—No me importa, sé que Lanzo vendrá por mí —farfullé trémula.

—Tenemos que procurar ocultar este secreto el mayor tiempo posible y planear tu huida antes de que regrese Lanzo —sugirió cavilosa—. Esconderte en algún lugar antes de que tu estado sea evidente y, cuando regrese el muchacho de Padua, decirle dónde te encuentras. Es cuanto se me ocurre.

—Concetta, no tengo a nadie en el mundo —repuse estrangulando un sollozo.

—Me tienes a mí, muchacha, y lo tienes a él. —Me tomó entre sus rollizos brazos y me acunó contra su pecho—. Sólo pido a Dios que seamos suficiente para evitar tu desgracia. De momento, creo que lo mejor es que te recluyas en tu cuarto, aduciendo estar enferma pero evitando que ningún médico te examine.

—Es justo lo que venía a pedirte, que me trajeran la comida a mi cuarto, pero porque no soporto la presencia de Caterina.

—Ahora más que nunca debes alejarte de ella. Si se entera de tu estado, se lanzará sobre ti como una hiena.

Asentí inquieta. La opresión en mi pecho se hizo más consistente y el amargor en mi boca, más pronunciado.

—Mientras —agregó tomándome por los hombros—, debes procurar estar tranquila y comer bien. Yo trataré de buscarte acogida en casa de alguien de confianza. Como mucho, presumo que dentro de un par de meses será evidente tu embarazo; para entonces organizaremos la huida de noche. Y, con suerte, nadie sabrá de ti. Yo misma le diré a Lanzo dónde encontrarte, y con

ayuda de Dios, marcharéis muy lejos de Venecia.

—No... no sé cómo agradecerte tanto, mi buena Concetta.

—Parece que la Madonna me asignó el papel de ángel guardián — murmuró mirándome con dulzura—. No me agradezcas nada, pequeña, lo hago de corazón y porque pienso que la vida ya te ha golpeado bastante para permitir que las hienas te devoren.

Sonreí muy conmovida y besé sus mejillas antes de abrazarla con fuerza.

—Eres un ángel, de eso no hay duda —susurré agradecida.



Apenas salía de mi cuarto, la poca luz natural que recibía provenía de mi ventana. Y, aunque me acostumbré a leer junto a ella, buscando algún rayo de sol, la sensación de encierro comenzó a ahogarme. Echaba de menos pasear, aspirar el aroma de los rosales del patio, acercarme al frescor de la orilla del canal y contemplar espacios abiertos.

Tan sólo recibí dos visitas de Fabrizio que insistía en llamar a un médico amigo suyo, ofrecimiento que yo me apresuraba a rechazar esgrimiendo una sonrisa agradecida. Cuando llamaban a la puerta, pellizcaba mis mejillas para alejar la palidez y tener un aspecto más saludable. Comencé a usar vestidos holgados y a fingir sonrisas y despreocupación, aunque en mi interior la inquietud por mi futuro empezaba a desesperarme. Anhelaba tanto el regreso de Lanzo que esa frustración comenzó a convertirse en un dolor casi físico. Sentía un vacío tan palpable que, a pesar de estar en primavera, el frío no me abandonaba.

Aquella mañana no pude soportar más la reclusión y decidí bajar al patio a respirar y a leer. Elegí bien la hora, asegurándome de que Caterina había salido, y me aventuré escaleras abajo. Me detuve en un peldaño al oír la voz de Marco y aguardé inmóvil hasta que sus pasos se perdieron por el pasillo. Bajé rauda la escalinata y me encaminé hacia el patio, libro en mano.

El cabello me había crecido lo suficiente para poder trenzármelo de nuevo. Una agradable brisa acarició mi nuca y suspiré embriagada la penetrante fragancia de las rosas. Los verdes muros recubiertos de madreelva parecían brillar acariciados por el sol. El gorgoteo del agua derramándose por los platillos de la fuente circular compuso la perfecta melodía a aquel

pequeño pero mágico reducto, ya tan lleno de buenos recuerdos. Lo sentí allí, conmigo, y de algún modo tuve la certeza de que él pensaba tanto en mí como yo en él.

Me senté y me recosté contra la mullida pared vegetal, acaricié mi apenas redondeado vientre y sonreí dichosa. Lo llevaba dentro de mí, nuestro amor latía en mi interior, y sólo eso me daba las fuerzas necesarias para continuar.

Leí y dormité toda la tarde y, mucho más serena, regresé luego a mi habitación. Cuando abrí la puerta, esa paz se evaporó en el acto.

El joyero de mi cómoda había sido revuelto, y ni siquiera habían tenido la delicadeza de ocultar ese acto. Comencé a inspeccionar mis escasas posesiones para descubrir demudada que sólo faltaba el anillo de plata que Lanzo me había regalado el día de Navidad. Un anillo que lo significaba todo para mí y que guardaba celosamente, deseando llevarlo el día de nuestra huida.

Desesperada y furiosa, salí de nuevo y me dirigí al cuarto de Caterina. Mi instinto proclamaba a gritos su culpabilidad.

Llamé con fuerza a su puerta, esperando impaciente una respuesta que no llegó.

Enfilé escaleras abajo con una bola creciente de fuego expandiéndose por mi interior.

Cuando entré en el salón, Caterina y Bianca, de espaldas a mí, reían divertidas. Marco estaba de cara a la ventana, parecía esperar a alguien.

Con gran aplomo, me planté delante de Caterina con los brazos en jarras.

—¡Devuélveme de inmediato lo que has robado de mi cuarto! —exigí furiosa.

Ella parpadeó ingenua, mostrando exageradamente su falso desconcierto.

—No sé de qué me estás hablando —se defendió.

—Del anillo de plata con un relieve de corazón en el centro.

—¿Parecido a éste?

Miré el dedo anular alzado de Bianca y mi rostro se desencajó.

—¡Es justo ése!

Hervía de furia ante la retadora mirada de ambas arpías.

—Ese anillo se lo regaló Lanzo a Bianca el día de Navidad por su compromiso.

—¡Mientes, víbora! ¡Acabas de robármelo!

La frustración y la furia pusieron acerbos lágrimas en mis ojos. Mis

mejillas ardían y todo mi cuerpo temblaba.

—Es cierto —corroboró Bianca—, es la prueba de amor que Lanzo me regaló antes de partir.

—Lanzo te detesta tanto como yo —escupí rabiosa.

Y, sin poder contener el acceso colérico que ya incendiaba todo mi ser, me lancé sobre ella con intención de arrebatarse el anillo, aunque tuviera que arrancarle el dedo en el intento.

Forcejamos y logré tirarla al suelo. Caí a horcajadas sobre ella, que chillaba desaforada, y aferré su mano con violencia. Estaba a punto de quitarle el anillo del dedo cuando sentí cómo tiraban con fuerza de mi trenza.

Me giré hacia Caterina, que me golpeaba la espalda con saña mientras llamaba a Marco en su auxilio.

Oí pasos apresurados y cómo alguien me alzaba en volandas. Unos fuertes brazos rodearon mi cintura y me ciñeron a un amplio pecho. Intenté infructuosamente revolverme contra mi captor.

—Parece que has engordado, Alonza —insinuó Marco en mi oído—. Creo que tus sospechas eran ciertas, Caterina: esta ramera ya se ha abierto de piernas.

Grité y me revolví iracunda, pero mis pies seguían sin tocar el suelo. Marco era demasiado fuerte.

Me inmovilizó contra él y esperó a que Caterina se acercara.

—Creo que finalmente habrá que llamar a un médico.

—Padre no regresa de Nápoles hasta mañana —musitó Marco.

Aquella información me heló la sangre. Decidí no presentar batalla y permanecí inmóvil. Sin Fabrizio en casa, mi desprotección era absoluta.

—Llévala a su cuarto, Marco, y enciérrala con llave en él. Mañana nuestro padre tomará una decisión respecto a esta situación. Ha deshonrado a nuestra familia y tendrá que pagar por ello. Y un duro precio.

Bianca me miró triunfal, sonriendo satisfecha.

—Pronto saldrás de esta casa, perra. Lanzo es mío.

—Nada deseo más que estar lejos de aquí —acepté—, pero por muy lejos que me vaya, Lanzo dará conmigo.

—Eso ya lo veremos —amenazó Caterina con sonrisa perversa—. ¿Acaso creías que había olvidado tu ataque? —Se bajó el hombro del vestido mostrándome la recta cicatriz que cruzaba la tierna piel de su brazo—. Yo no olvido ni perdono.

—Tampoco yo, a partir de hoy.

Marco me tomó en brazos y me llevó en volandas escaleras arriba. Rígida y con el rostro vuelto para no mirarlo, soporté su contacto como una penitencia más.

Cruzó la puerta de mi alcoba conmigo en brazos, cerró de una patada y me lanzó sobre la cama. La ladina sonrisa que me regaló no vaticinó lo que sucedería a continuación.

Cuando comenzó a desabrocharse los botones del jubón, un sudor frío perló mi frente. «No —me dije—, no.» Aquello no podía pasar, no sería capaz. Su mirada dura y ansiosa imprimió en mi ser un pánico atroz que me hizo temblar y me revolvió el estómago.

Se desprendió de los zapatos y se quitó las calzas, mostrándome su endurecida virilidad. Miré a mi alrededor en busca de algo con lo que defenderme, pero él fue más rápido.

Se abalanzó sobre mí, sepultándome contra la colcha. Aferró mis muñecas y ciñó con rudeza su frente a la mía. Sentir su aliento me asqueó.

—Te entregaste de buen grado al enclenque de mi hermano, ahora vas a saber lo que es un hombre de verdad. Algo que, por otra parte, he deseado hacer desde el día en que te conocí. He soportado tu indiferencia y cómo contenías sin éxito tu desprecio por mí; es tiempo de una compensación.

—Por favor, Marco, no lo hagas, te lo ruego. No cometas esta bajeza.

—Giulia es demasiado inocente y pura para que descargue mis instintos sobre ella. Mejor liberarlos sobre alguien más experimentado, ¿no crees? Debo avisarte sobre un detalle: soy algo rudo con mis bajas pasiones, y prefiero los lamentos a los jadeos.

Me abofeteó con tanta saña que a punto estuve de perder la conciencia. No tuve tanta suerte, por desgracia. Supe que, si me resistía, la bestia que tenía sobre mí enloquecería. Sentí cómo abría con hosquedad mis piernas y apartaba impaciente la falda. Comencé a llorar aterrada y todavía suplicante le rogué que no lo hiciera. A esa demanda siguió un fuerte puñetazo en mi costado que me dejó sin aliento unos instantes y boqueando como un pez.

Sus fuertes manos apresaron mi garganta en un cepo letal. Su dura y desquiciada mirada me robó la respiración más que la presión de sus dedos.

—Si algún día te atreves a contar esto, juro sobre la tumba de mi madre que te mataré, y si se lo cuentas a él, será él quien muera si se atreve a enfrentarme. Y, como bien ha pronosticado Caterina, creo que vas a necesitar

un médico. Si no hubieras salido de tu cuarto, no te habrías caído por la escalera, ¿cierto? Pero tuviste que salir.

La maléfica sonrisa que esbozó contorsionó sus facciones en una mueca casi demoníaca.

—Pagarás por esto —escupí llena de odio—, de mi mano o de la mano del destino, pero pagarás.

Un puñetazo nubló mi vista y prendió de dolorosas llamas mi mejilla. Sentí el ferroso sabor de la sangre en la comisura de mis labios y amargas lágrimas recorriendo mi rostro mientras aquel animal abusaba de mí. Arrancó el escote de mi vestido con fiereza y manoseó burdo mis senos, con tanta violencia los apretó que grité para su placer.

—Así, Alonza, lo estás haciendo muy bien —jadeó libidinoso.

Sentí su incursión como un puñal en mi vientre. Sus bruscos movimientos eran dolorosas punzadas con las que, más que gritar, exhalaba alaridos desgarrados. Sus repugnantes jadeos fueron veneno en mis oídos y sus continuos golpes laceraban algo más que mi piel, rompiendo mi alma en mil pedazos. Temí por el bebé que llevaba en mis entrañas, pero estaba a merced de un salvaje, de un ser inhumano y maligno contra el que nada podía hacer, excepto rezar por sobrevivir a aquel infame ataque.

Intenté alejar mi mente de aquello, cerrar los ojos y soportar aquel suplicio pensando en otra cosa, evocando algún recuerdo, pero no me lo permitió.

—¡Mírame, puta!

Una violenta bofetada volvió a girarme la cabeza, y esta vez una nebulosa se perfiló atrayente a mi alrededor. Sin embargo, el dolor la alejó sumiéndome en la más profunda desolación.

Tras varios envites más, culminó con una última invasión, tan profunda y brutal que sentí algo desgarrándose en mi interior.

Cuando se retiró con una sonrisa jactanciosa, me giré de lado y vomité.

—¡Me has complacido mucho, Alonza! Lástima que no pueda repetir, pronto te marcharás de aquí. Y, aunque creas que acabas de vivir un infierno, me temo que esto es sólo su antesala.

Se vistió sin prisa, con ademanes indolentes. Me lanzó un beso y salió altivo y orgulloso de la habitación.

Sollocé dolorida, tenía el rostro ardiente por las magulladuras y el alma quebrada, pero lo que realmente me sumió en un abismo de dolor fue la cálida

y densa humedad que recorría mis muslos. Sangraba.

Intenté levantarme, pero ni siquiera conseguí incorporarme. Sólo hice lo único que pude hacer: gritar mi rabia hasta desgarrarme la garganta.

CAPÍTULO 9



CONOCIENDO A UN EXTRAÑO

Venecia, en la actualidad

Tuve que cerrar el diario porque el nudo que aprisionaba mi garganta apenas me dejaba respirar. Haber leído el título del siguiente capítulo me había erizado el vello: «Poveglia».

Sentía escalofríos ante la viveza de lo relatado, había estado en todo momento en la piel de Alonza y esa hermandad entre nosotras había sido casi física. Pues, en ese momento, la repulsión, la pena y la rabia se mezclaban en mi interior en un batiburrillo que me había impedido seguir leyendo.

Necesitaba una ducha, un buen desayuno y caminar. Llevaba toda la noche en vela y la dureza de los últimos acontecimientos en la vida de la veneciana me habían dejado en shock.

Tras cubrir mis dos primeras necesidades, salí a la calle, que por fortuna parecía más despejada, dadas aquellas tempranas horas, y caminé pensativa. No había conseguido quitarme del todo la aprensión de aquella horripilante vivencia, pero saber que la aguardaba algo peor me impedía de algún modo continuar leyendo, al menos hasta adquirir algo más de entereza. Y la única manera de fortalecerme era tomar contacto con mi realidad y sacudirme esa extraña conexión que me unía a Alonza, o quizá fuera el modo en que ella narraba su historia, no lo sabía, pero había una persona a la que podía preguntárselo.

Tras una larga caminata por angostas callejuelas empedradas impregnadas de historia, llegué a la plaza de San Marcos y a mi mente acudió aquel teatro popular donde Alonza había visto la representación de *El mercader de Venecia*. Imaginé con suma facilidad los puestos del mercadillo y a las gentes de entonces pululando por aquellos adoquines.

Recorrí los soportales sin rumbo fijo y, acariciando las columnas de piedra, admiré la belleza de la catedral, el Campanile y la fachada del Palacio Ducal, y coincidí en que, en efecto, aquel lugar era el más bello salón de Europa.

A las ocho de la mañana comenzaron a emerger turistas como hormigas hacendosas, pegados a sus cámaras y almacenando recuerdos en sus tarjetas de memoria, más que en sus sentidos. Los cafés abrieron sus puertas y yo tomé asiento en el más histórico de la ciudad, el Florian. Ya sabía que iban a pedirme casi nueve euros por un simple café, pero no me importó lo más mínimo.

Saqué mi smartphone del bolso y marqué el número de Luca.

Contestó al segundo tono.

—Buenos días, Alessia.

Su tono jovial alargó la comisura de mis labios levemente.

—Buenos días, Luca, te invito a un café.

—¿Dónde?

—Estoy en el Florian.

—Un café por todo lo alto —bromeó con ligereza.

—Al menos, tendremos música de violín —repuse, observando cómo un hombre con esmoquin abría su estuche—. No es Paganini, pero habremos de conformarnos.

Luca rio y su cascabeleo vibró en alguna parte de mi interior, provocándome una abierta sonrisa.

—No tardo, no te tomes toda la música tú sola.

Esta vez reí yo. Él no colgó hasta que terminé de reír, y aquel simple detalle me complació.

Disfruté de aquel temprano sol en el rostro, de la

belleza que me rodeaba, e intenté evitar que mi mente viajara a aquel diario. Aquel último capítulo todavía me estremecía.

No tardó en llegar, emergió de la calle que salía al Palacio Ducal y caminó con paso felino hasta donde me encontraba. La elegancia en sus movimientos y ese aplomo en cada paso rezumaban fuerza y confianza, algo que yo nunca había conseguido tener.

Cuando llegó a mi altura, se inclinó sobre mí y me estampó sendos besos en las mejillas musitando un jovial «Buenos días, Alessia».

—Como ves, he guardado algo de música para ti.

Los acordes del violín flotaban por la plaza, sus notas se entremezclaron con el arrullo de conversaciones, con los motores de las embarcaciones y con la musicalidad de alguna risa eventual.

—Muy considerada —musitó él sonriente.

Se sentó frente a mí, cruzó las piernas con cierta indolencia y alzó la mano para llamar al encopetado camarero.

Tras pedir un café expreso, fijó su atención en mí.

—¿Qué quieres saber?

Aquella pregunta me hizo replantearme si en verdad era conoedor de su atractivo. Bien era cierto que yo había sido bastante distante y fría con él, y que lo único que nos unía era un diario codificado. Pero no me pasaba por alto que ese hombre ocultaba muchas cosas, y que por algún

motivo yo no le era indiferente. Su familiaridad conmigo era lo que más me desconcertaba de su actitud, bueno, eso y su intimidante franqueza.

—De todo lo que me has contado —contesté tras apurar mi delicioso café—, de toda esa cantidad de información que todavía intento asimilar, hay algo que no para de rondar mi cabeza con insistencia.

Evité confesarle que el otro motivo por el que lo había llamado era porque necesitaba distraerme y distanciarme de la lectura lo suficiente para poder retomarla con fuerzas renovadas.

Luca bebió un corto sorbo mientras me miraba por encima del borde de su taza. Su oscura y penetrante mirada me observó con agudeza.

—¿Y es...?

—Mencionaste que llevabas tiempo vigilándome.

—Así es —confirmó depositando la taza en el platillo.

—¿Cuánto tiempo?

—Bastante.

—¿Puedes ser más preciso?

El hombre resopló dubitativo y evaluó mi expresión un instante como si de ella dependiera su respuesta.

—Mañana hará ya unos cinco años.

Se me desencajó la mandíbula, un pulso irregular palpó en mi sien y un sudor frío me recorrió la espina dorsal.

—¡Por Dios bendito! ¿Llevas cinco años espiándome?

—Era parte de mi trabajo.

—¡Atentar contra mi intimidad es ilegal, por todos los santos! —bufé airada.

Estaba furiosa, mucho, a decir verdad. Saber que un completo desconocido había estado vigilando mis movimientos, acechando mi vida, me alteró lo suficiente para desear alejarme de él en aquel mismo instante. Llamé al camarero y pedí la cuenta.

Luca se inclinó sobre la mesa y aferró mi mano. Me zafé rauda y lo taladré con la mirada.

—No es ilegal, Alessia, lo hacen todos los detectives —murmuró tranquilizador.

—Pero tú no eres detective, sino criptógrafo... o eso dices al menos.

—Yo sólo he sido un simple espectador de tu vida.

Aquello me secó la garganta. Cinco años atrás, mi vida había girado en mil direcciones. Debía de haber presenciado los buenos momentos con mi esposo, su traición, la separación y mi soledad. Me sentí... desnuda y avergonzada. Dios mío, ¿qué habría visto ese hombre de mi vida, de mí? Ahora me explicaba su familiaridad, me conocía sobradamente y eso me hacía sentir muy insegura. Yo no sabía nada de él, y esa tremenda desventaja me daba vértigo.

Otra cuestión surgió entonces en mi cabeza, acelerando mi corazón.

—¿Me... me fotografiabas?

—Sí. —Y ante mi expresión angustiada añadió—: Las incluía en mis informes semanales.

Cerré los ojos buscando serenarme.

—Siempre fui muy respetuoso con tu intimidad, Alessia —aclaró preocupado por mi reacción.

—¿Por qué, maldita sea?

—Porque era la única forma que tenía tu abuela de compartir tu vida.

El camarero trajo la cuenta en una bandeja plateada, pagué los dos cafés y me puse en pie. Luca me imitó y me siguió cuando enfilé hacia la calle trasera.

—Escúchame, Alessia, debes comprender que...

Me giré hacia él sin detener mis pasos, fulminándolo con la mirada.

—Si me hubiera escrito antes de morir, habría ido a verla. Yo misma le habría contado mi vida entera si me lo hubiera pedido.

—Ornella tenía sus motivos para estar lejos de ti.

—Ya da igual, ¿no crees?

Reanudé mi marcha acelerando mis pasos, intentando dejarlo atrás. Luca no sólo me alcanzó en un par de zancadas, sino que atrapó mi brazo y me detuvo, acercándose a él. Parecía indignado, pero también temeroso.

—No da igual, no puedes ni debes juzgar a una mujer que tanto se sacrificó por los que amaba.

—¿Y tú?

Abrió los ojos como platos, confuso.

—Me crees estúpida, ¿verdad?

—Alessia, creo que estás teniendo una reacción desmedida.

—No, ningún criptógrafo hace de detective ni se implica tanto en un simple trabajo si no tiene sus propios intereses... mucho menos, espiar durante cinco años a otra persona.

—Soy criptógrafo —se defendió—. Puedo enseñarte mis títulos y mi vida laboral si lo deseas. No soy detective, pero te investigué, te espíe y te fotografié. De algún modo, estuve presente en cada momento de esos cinco años, y sé que no eres estúpida y que no comprendes por qué lo hice realmente. En parte fue por lo que te dije, porque llegué a profesar un verdadero afecto por tu abuela, y la otra parte me la guardo para mí. Sé que... sé que mis secretos generan tu desconfianza y sé que te sientes desprotegida porque yo conozco los tuyos. Pero debes confiar en mí, Alessia, te lo ruego. Yo sólo quiero tu bien.

Inspeccioné minuciosamente su rostro, estudié su expresión, su mirada y la tensión que emergía de él. Tenía miedo, y esa vulnerabilidad me sosegó. Parecía sincero, y algo en sus ojos me instó a darle una oportunidad. En realidad, lo necesitaba si quería llegar al fondo de aquel asunto, y no sólo en lo referente al supuesto tesoro. Tuve la certeza de que él también guardaba un celoso secreto que lo ataba a ese caso. «Algo personal», había dicho el día

anterior, y me propuse averiguarlo.

—Confiaré en ti si tú me ofreces tal confianza.

—¿A qué te refieres exactamente?

—Contestarás preguntas personales —exigí—, creo que es lo justo.

—No lo es, te recuerdo que era parte de mis funciones remuneradas. En tu caso es simple y llana curiosidad. Pero las contestaré.

Asentí conforme. Miré la mano que todavía apesaba mi brazo y de inmediato me soltó.

—¿Vives aquí o estás en un hotel?

—Vivo aquí; de hecho, soy socio del restaurante al que te llevé ayer. También tengo una tienda de antigüedades, aunque la regenta Loretta. Yo vivo en un apartamento que hay en el piso de arriba.

—Y ¿te desplazabas a Como semanalmente?

—En ocasiones, dos veces a la semana.

Bufé y puse los ojos en blanco. Él esgrimíó una sonrisa culpable y se encogió de hombros.

—Debió de ser tedioso.

—No, no lo fue.

Su mirada brilló de un modo diferente. Ante mi escrutinio, se apresuró a desviarla y, con las manos en los bolsillos de su pantalón de lino, comenzó a caminar. Esta vez lo seguí yo.

—Me gustaría visitar tu apartamento.

Alzó las cejas sorprendido y me dirigió una mirada

suspicaz.

—Ahora me desconciertas tú. ¿Qué esperas encontrar en él?

—Al enigmático Luca Vandelli —aduje mordaz.

—Y ¿puedo saber por qué quieres conocer a ese cretino?

Esboqué una sonrisa que apaciguó un tanto mis ánimos.

—Me parece un tipo interesante —respondí sardónica.

»Tú me conoces y yo quiero conocerte —agregué decidida—. Dentro de poco nos aventuraremos en una isla inhóspita llena de misterios y me sentiré más segura si estoy con alguien en quien puedo confiar.

—Es razonable. Iremos dando un paseo si te parece: a esta hora de la mañana la ciudad está más descongestionada y no vivo lejos.

Caminamos uno junto al otro. En mi mente se acumulaban decenas de preguntas que deseaba hacerle y que durante el trayecto fui ordenando mentalmente.

Su negocio se encontraba en una coqueta callejuela en el pintoresco barrio de San Polo, muy cerca de la preciosa basílica de Santa Maria dei Frari. La fachada de la tienda exudaba un mágico halo renacentista, incluso el cartel con el nombre de la casa, Antichi Segreti, parecía traído de otro siglo. Fachada de piedra y puerta de oscura madera de nogal con aldabón. Un pequeño escaparate como un gran ventanal ojival mostraba los artículos expuestos.

—Anticuario, hostelero, criptógrafo y detective..., ¿te

da tiempo a vivir?

Luca alzó una ceja y sonrió divertido.

—Respecto a los dos primeros, sólo soy propietario; el tercero es cómodo, pues yo mismo me organizo las horas y trabajo desde casa, y en cuanto al último, ya no ejerzo. — Me guiñó un ojo y abrió la puerta para dejarme pasar. Todavía no estaba abierto al público—. Aunque ser voyeur tenía su encanto.

Aquel último comentario me incomodó de nuevo, él lo notó y se volvió hacia mí.

—Alessia, no presencié ninguna situación íntima si es lo que te preocupa.

—No es sólo eso. Es..., bueno, saber que conoces mi vida casi al completo en esa temporada. Saber que he estado bajo vigilancia me provoca aprensión e inseguridad, creo que es lo normal, ¿no? Sabes que me divorcié, e imagino que también la razón, y, bueno, detalles que no han sido fáciles en mi vida.

Su mirada se suavizó hasta el punto de teñirse de una ternura que me desarmó momentáneamente.

—Te conozco, Alessia, y más que espiarte, prefiero pensar que compartí ciertos momentos contigo. A veces deseaba tanto poder acercarme y..., bueno, decirte que hacías lo correcto o que te equivocabas. Otras veces te habría ofrecido mi hombro, y otras una palmada alentadora. Pero no podía y, créeme, aquella situación me generó bastante frustración.

Su tono sonó apasionado, algo que me asombró y halagó a partes iguales. Hablaba como un amigo, uno que yo nunca había tenido y que me habría venido de perlas. Sin embargo, reconocía que no era persona que se abriera con facilidad a los demás, y quizá por eso nunca gocé de una amistad verdadera. Mi carácter retraído y algo nostálgico me había aislado en cierta forma del resto.

—Y he aquí mi reino, gentil dama —anunció encendiendo varias lámparas de pie.

Observé en derredor admirando objetos diversos. Muebles, adornos, cuadros, indumentaria, incluso armas plagaban cada rincón. También había una vitrina con libros antiguos.

—Esa parte es mi preferida —murmuró siguiendo mi mirada—. Tengo grimorios que valen una fortuna, lástima que no haya compradores que sean conscientes de su valor.

—¿Te gastaste tanto dinero en ellos?

—Más bien se trata de estar en el momento adecuado en el lugar adecuado, y tengo un contacto que me facilita mucho esa ventaja.

—Es un sitio con mucho encanto.

Sin saber muy bien por qué, pasé la yema de mis dedos por la rugosa superficie de la piedra del muro que tenía cerca, como si el contacto me susurrara el pasado de aquel lugar o los secretos de su dueño.

—Yo también lo hago —coincidió sonriente—, acaricio la piedra o las maderas antiguas para sentirlas. Suelo

preguntarme cuántos sucesos habrán presenciado, cuántas vidas podrían contar, y me siento parte de su historia al vivir la mía entre ellas.

Aquella faceta de Luca me desconcertó. En efecto, estaba descubriendo a un hombre más complejo de lo que en principio había supuesto.

—¿Todo el edificio es tuyo?

—Sí, fue una antigua botica, los anteriores dueños también vivieron arriba.

De inmediato me vino un nombre a la cabeza: Lanzo.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Esgrimió una oblicua sonrisa mordaz y me guiñó un ojo.

—Ya me estás haciendo una.

Reí, y sus ojos color chocolate chispearon. Desvié la vista hacia un candil antiguo y lo acaricié repasando su globo de cristal.

—Adelante —me instó.

—¿Te afectó de algún modo la lectura del diario?

—¿Por dónde te has quedado?

—La violación de Alonza por Marco —respondí con un deje furioso.

Se aposentó en el borde de un grueso mostrador tan antiguo como el lugar en sí, cruzó los tobillos y me contempló un instante antes de contestar.

—Es una narración dura y muy vívida. Y, sí, me afectó, yo también tuve que parar para poder respirar. En ese

punto en concreto, deseé meterme en el libro y matar a Marco con mis propias manos.

—Saber que es un diario, que es real, me abrume — confesé—. Ella es mi antepasada, llevo su sangre, y quizá por eso me afecta más de lo debido. Sentí que me ahogaba.

—Por eso me has llamado, ¿no es así?

Me mordí el labio inferior, pero terminé asintiendo. Pareció complacido.

—Alessia, me temo que vivirás episodios peores —me advirtió con gravedad—. Y..., bueno, como te he contado, no pude intervenir en tu vida ni ofrecerte mi consuelo en los momentos duros. Yo... yo sólo era una sombra, un invisible espectador atado de manos. Pero ya no lo soy, puedes apoyarte en mí y dejarme ayudarte a pasar por esto. No estás sola, Alessia, estoy contigo, si me lo permites, naturalmente.

Aquel ofrecimiento me erizó la piel por la velada vehemencia de su tono. Su penetrante mirada y su expresión ansiosa me alteraron. Aparté la vista de él y la fijé en una pequeña columna de granito verde. Deslicé mis dedos por su suave superficie y asentí sin mirarlo.

—Gracias, Luca.

No contestó, tan sólo me observó con aguda intensidad.

—Me gusta ver cómo acaricias mis cosas.

Lo miré agrandando los ojos, él cayó en la cuenta del doble significado de aquella frase y ambos nos echamos a reír al unísono.

—Ven, subamos a mi apartamento. Quizá quieras acariciar un hermoso jarrón de cristal de Murano que enamora a todo el mundo.

Sonreí y me dejé guiar escaleras arriba.

—¿No te resulta incómodo tener que atravesar la tienda para subir a tu casa?

—No hace falta. Tengo una entrada en el callejón lateral que es la que uso habitualmente, pero quería enseñarte la tienda.

Llegamos a un recibidor bastante sobrio, ocupado tan sólo por una butaca, un paragüero y una maceta regada por la blanca luz de una gran claraboya. En la pared frente a la escalera, una sencilla puerta de madera oscura también con aldabón. Luca sacó un manajo de llaves y abrió. Caballerosamente, me cedió el paso y me adentré en un espacio abierto, bastante amplio. Era un salón y, como había imaginado, rústico y con el mismo encanto que la tienda.

Comprobé que había incorporado en él detalles más actuales, en un estilo ecléctico muy personal. Me llevó a una mesa estrecha y con burlona pompa me presentó el jarrón que había mencionado.

—Todo tuyo. Si lo deseas, puedo dejarte a solas con él.

Sonreí y negué con la cabeza, aunque no me privé de tocarlo.

Era fabuloso, tenía forma de una «A» invertida, hueco en su interior. El vidrio alternaba de color en cada franja:

añiles, verdosos, rojos y naranjas atrapaban en su transparencia la luz y la irradiaban en todas direcciones.

—Es extraordinario —alabé admirada por el trabajo tan exquisito del artista.

»Debe de ser maravilloso estar rodeado de cosas tan hermosas —añadí impresionada.

—Lo es, aunque algunas no se puedan tocar.

Su tono y su forma de mirarme me secó la garganta.

—Imagino que por su fragilidad.

—Porque temo que, si lo hago, desaparezcan para siempre. Me conformo con mirarlas —musitó con gravedad.

Aparté inquieta la mirada, no quise detenerme en sus palabras ni me permití analizar su extraña expresión. No, me dije, debía centrarme sólo en la cuestión que nos atañía. Aunque en ese momento, en su casa y a solas con él, sentí su magnetismo envuelto en un misterio que me había decidido a esclarecer. Quizá de ese modo perdiera ese encanto que debía reconocer me afectaba.

Algo que me llamó la atención poderosamente fue la ausencia de fotos. Sabía que no debía preguntar, pero no pude evitarlo.

—¿No hay ninguna señora Vandelli?

Luca sonrió y, con las manos en los bolsillos, enfiló sus pasos hasta el fondo del alargado salón.

—Te estás desquitando, ¿no es así?

Estaba de espaldas a mí, por lo que no pude ver su

rostro. Corrió unas cortinas, dejando ver un gran ventanal.

—No, no hay ninguna señora Vandelli —aclaró abriendo las dos puertas batientes de la ventana.

—Siento incomodarte. Y, sí, imagino que es mi pequeña venganza.

—Habría preferido oír que realmente sentías curiosidad —profirió volviéndose hacia mí.

No supe qué contestar, así que compuse un gesto de disculpa y una sonrisa vacua.

—¿Te apetece tomar algo?

—Sólo un poco de agua fresca —acepté.

Mientras desaparecía por un pasillo lateral, volví a admirar el exquisito jarrón de Murano. Comprobé que el mismo tablero de cristal de la mesa proyectaba la luz, con lo que resaltaba los colores con más viveza. Me di cuenta de que había un cajón medio abierto, intenté cerrarlo, pero algo lo impedía. Lo abrí y, ante mi completo asombro, descubrí que el pico de un marco de plata antigua era lo que impedía el cierre.

La fotografía que mostraba me heló la sangre. Miré agitada hacia el pasillo, no oí sus pasos, así que me permití tomar el retrato y contemplarme a mí misma.

Era yo, mirando por la ventana de mi casa que daba al jardín; el viento apartaba el cabello de mi rostro, revelando un semblante nostálgico. Recordé vivamente aquel momento de absoluta soledad.

Una sensación insidiosa y un malestar agudo me

azotaron con fuerza. Resultaba obvio que el lugar de aquella fotografía era junto al bello jarrón. Pero él la había escondido, quizá la noche anterior, quizá esa mañana antes de salir. ¿Qué estaba pasando, realmente? ¿Quién era aquel hombre? Y ¿por qué tenía una fotografía mía de hacía casi cuatro años en su salón?

Apareció con un vaso de agua y se detuvo sobresaltado al verme con el retrato en la mano.

—Puedo explicarlo —se apresuró a aclarar.

—Tienes cinco minutos.

CAPÍTULO 10



UNA NOTA INESPERADA

—La hice yo, pero era de tu abuela —respondió ofreciéndome el vaso de agua, que no cogí. Asintió tenso y se lo bebió él—. Al morir, empaqueté sus cosas, te serán entregadas cuando quede zanjada toda la burocracia ligada a la herencia —puntualizó de inmediato—. Sin embargo, me tomé la libertad de coger esta foto para mí.

—¿Por qué?

—Me gusta mucho.

Di un paso hasta la puerta y él se aproximó intentando retenerme.

—No me toques —advertí, todavía perpleja.

—¡Maldita sea, Alessia, no soy un perverso ni un maniaco! ¿Acaso no puede gustarme una fotografía?

—¿Por qué la escondes entonces?

Resopló y se pasó las manos por su espeso cabello oscuro.

—Loretta... sube de vez en cuando a... comentarme asuntos de la tienda y no quiero que la vea y me cosa a preguntas, es muy chismosa.

—¿Tiene llave de tu apartamento?

—Sí.

—Ya veo, cosas de la tienda, ¿no? —adujo sarcástica.

Bajó la mirada molesto y sacudió la cabeza con cierta frustración.

—Más que chismosa, imagino que es celosa —apunté segura de que mi especulación era la correcta.

—Eres muy lista, Lois Lane. La prensa se ha perdido a una gran periodista. Un día más contigo y averiguas mi vida entera.

—No veo por qué no reconoces abiertamente que tienes una amante, a mí tu vida personal no me incumbe lo más mínimo —adujo flemática.

—No suelo contar mis intimidades a la primera de cambio ni soy hombre de jactarme de mi vida amorosa. Ya sé que te importa un bledo, bien, pues ya tienes lo que has venido a buscar: respuestas. Puedes irte satisfecha.

—¿Ahora me echas?

—¿Hay algo aquí que pueda interesarte?

Nos sostuvimos la mirada un largo instante. la atmósfera se tornó espesa y tensa. Me tomé la libertad de recorrerlo de arriba abajo con la mirada, manteniendo una expresión hierática que lo alteró visiblemente.

—Sí, hay algo más que me interesa aquí.

Noté que contenía el aliento, permaneciendo rígido y expectante. También capté la mirada que fijó en mis labios. Una mirada que cosquilleó mi piel.

—Quiero ver tu dossier sobre la investigación del diario.

Creí ver un gesto decepcionado en su faz, que enseguida sustituyó por una sonrisa indolente.

—¿De veras eres agente inmobiliaria y no una agente del FBI?

—Dejémoslo en una agente incisiva —completé con una sonrisa suficiente.

—Doy fe.

Abrí completamente el cajón y guardé la foto.

—Espero que no te cause problemas con la celosa Loretta —resalté mordaz.

—Y si me los causa es problema mío —musitó él cortante.

Me condujo a su despacho. En el camino atisbé por el amplio ventanal del salón y distinguí un hermoso patio interior. Curiosamente era similar al que había descrito Alonza en sus memorias. Sentí una punzada al pensar en ella y me afané por alejarla momentáneamente de mi mente.

—Espero que disculpes el aparente desorden.

La habitación era como una pequeña biblioteca con una gran mesa rectangular en el centro. Sobre su pulida superficie se desparramaban toda una serie de documentos, libros abiertos, un portátil y blocs de notas con anotaciones ilegibles.

—¿Aparente?

—Sí, donde tú ves desorden yo veo orden. Hasta que acabo una investigación no recojo mi mapa de trabajo. Una vez terminado y resuelto, lo archivo. Hasta entonces, el mapa crece sin parar. A menudo paso varios días sin entrar al despacho para despejarme. Luego, cuando entro y paseo la mirada por toda la red de pistas y datos recopilados, suelo encontrar un patrón común y hallo la solución.

—El portador —recordé.

—En efecto. También resuelvo acertijos. Te sorprendería saber lo que paga un millonario por amenizar una fiesta con amigos. O por dar la respuesta a una adivinanza en la que han apostado dinero. Ya sabes, las extravagancias de los ricos.

—Interesante —espeté mirándolo fijamente—, tu vida es muy interesante.

Tanto como él, me reconocí, pero me guardé muy bien de decírselo.

—No me quejo.

—Tengo otra duda —afirmé mientras examinaba una de sus librerías.

Allí, los títulos eran de lo más variopintos y desconocidos para mí: *El lenguaje secreto de los números*, *The Code Book*, *Introducción a la criptografía moderna*, *La guerra de los códigos secretos*, *Cifrado César*, *Espías de Felipe II* y, así, un sinfín de temas similares.

—Por lo que he podido comprobar, no te hace falta el dinero. ¿Por qué aceptaste el encargo de mi abuela?

—Porque me apasionan los retos, y éste lo es. Además, no sólo es mi trabajo: es mi afición.

Me llamó la atención el escudo de armas que había en una de las paredes. Franjas azules y doradas se alternaban en el fondo; sobre ellas, un áureo león rampante. Arriba, hojas decorativas y el yelmo de un caballero. Imaginé que sería el escudo heráldico de su familia.

Finalmente me acerqué a su mesa de trabajo.

—Muéstreme las pistas.

—Prácticamente he diseccionado cada párrafo del diario, aplicando diferentes técnicas esteganográficas y de cifrados más comunes de la época, pero además de ser un trabajo arduo y meticuloso, no dio resultado alguno. A excepción del acróstico donde se lee claramente «Poveglia», nada parece tener sentido. Por lo que deduzco que no hay código alguno, sino que el portador es un mensaje subliminal, algo que una mujer como Alonza dejó entrever, pero sólo a alguien capaz de meterse en su cabeza. Y ese alguien eres tú.

—¿Porque soy mujer y antepasada? —inquirí descreída

—. Mi abuela también y no lo logró.

—Tú compartes la inicial.

Parpadeé confusa y fruncí el ceño con marcada incompreensión.

—La «A» —aclaró.

—Y ¿qué tiene que ver?

Toqué instintivamente el colgante de plata que llevaba al cuello con mi inicial. Cuando lo leí en el diario, me impresionó saber que ella también llevaba uno, y que le había regalado a Lanzo otro como prueba de su amor y su entrega.

—No lo entiendes todavía porque no has terminado de leerlo. Pero la de Alonza es una gran historia de amor, un amor que truncó el destino pero que no logró apagar. No voy a desvelarte nada más, porque tienes que averiguarlo por ti misma. Tienes que sentirte ella para que tu mente se abra al conocimiento. Tú, Alessia, tienes la clave de este misterio.

De pronto, y de manera casual, caí en la cuenta de otro detalle.

—Tú también compartes la inicial de Lanzo.

—Yo no tengo nada que ver en esto —se apresuró a replicar él—. Soy ajeno a la historia, pero estoy implicado emocional y profesionalmente. Hice una promesa a tu abuela antes de morir y a mí mismo, y la cumpliré.

Sentí admiración por él, por su tesón, su lealtad y su pasión.

—Eso te honra. Creo que es hora de volver al hotel.

—¿Qué tal si damos un paseo, te enseño la ciudad, comemos y después te dejo en tu hotel para que pases la tarde leyendo? —propuso animado—. Creo que necesitarás fuerzas para lo que te aguarda. Además, podrás seguir acribillándome a preguntas.

—Me parece buena idea —acepté.

—En fin, si ya no deseas acariciar nada más —hizo una pausa provocadora y me miró ladino—, podemos irnos.

—De momento, por hoy, creo que podré pasar sin tocar tus cosas.

Sonrió divertido y de nuevo me abrió galante la puerta para dejarme pasar.

—Eres tan anticuado como tus cosas —repuse con sorna—, pero eso es parte de tu encanto.

—Antes nos llamaban *caballeros* —se quejó burlón poniendo los ojos en blanco.

Reí, y distendida le di un pequeño empujón a su hombro. Aquella inusitada cercanía por mi parte me pilló desprevenida incluso a mí. Pude ver regocijo en sus ojos y un gesto complacido que me produjo un extraño aletear en mi vientre. «No —me dije—, no, no, no.» Pero otra voz interior, ingrata y traidora, se alzó contradiciendo a la razón: «Y ¿por qué no?».

Sacudí la cabeza de pensamientos confusos y alocados y descendí la escalera con él detrás.

Oí cómo se abría la puerta de entrada de la tienda y me

detuve en el último escalón sin saber qué hacer.

Luca me empujó suavemente y ambos llegamos al rellano justo cuando una mujer joven bastante guapa, de dorados cabellos y ojos oscuros, nos miró contrariada.

Abrió la boca, pero no logró que saliera nada bien articulado.

—Eh..., yo... no...

—Hola, Loretta, te presento a mi nueva clienta, Alessia.

—Hola.

Le tendí la mano y ella me la estrechó. No me pasó desapercibida la mirada recelosa que me regaló, ni el gesto seductor que dirigió a Luca.

—No volveré hasta la tarde, tengo unos asuntos que atender.

—Como digas, Lu..., señor Vandelli —corrigió con prontitud.

Salimos a la calle y caminamos hasta el campo de San Polo.

—Tienes buen gusto —alabé.

—Soy anticuario, tengo buen ojo para las obras de arte.

—Sin duda, es muy bonita.

Pero su mirada me recorrió por entero con evidente aprobación y mi pulso se aceleró.

Un nutrido grupo de turistas japoneses nos arrolló en uno de los callejones. Luca tomó mi mano, se pegó a la pared y me ciñó a él, dejando paso a los exaltados transeúntes nipones.

Su proximidad me afectó más de lo que me habría gustado admitir. Me percaté entonces de su perfume y de la calidez que emanaba su pecho. Esa nítida conciencia de cada detalle concerniente a su persona me preocupó. Era como si mi cuerpo reaccionara al suyo. En lugar de permanecer rígida ante el inevitable contacto, me relajé y, para mi completa turbación, me acomodé contra él. Fue tan evidente mi rendición que Luca me miró con extrañeza y un toque de orgullo. Nuestras bocas estaban muy cerca, y sus oscuros ojos indagaron en los míos, esperando quizá una señal de conformidad, o una aprobación. No se la di, porque me recompuse a tiempo.

Rompí el contacto visual y el físico y fingí que aquel momento no había tenido lugar. Él no pareció contrariado, sino que continuó su labor de guía contándome la historia de aquel *sestiere* en particular con absoluta naturalidad.

Comimos en un coqueto restaurante, conversando de todo un poco. Luca era un hombre atento, inteligente y divertido. Y yo tuve que asumir que me atraía, que su mirada penetrante, su sonrisa pícaro y su forma de ser lograban algo que había buscado todo ese tiempo en vano: evadirme del mundo. Y, aunque aquel sortilegio mágico se disolvería como humo cuando aquella aventura terminara, pensaba disfrutarlo.

—Hacía tiempo que no lo pasaba tan bien —reconocí alzando mi copa.

—También yo.

—¿Ni con la rubia Loretta?

Me miró esbozando una sonrisa perspicaz.

—Ni con la rubia Loretta —admitió.

En aquel momento me pregunté hasta dónde era capaz de llegar con aquel hombre. Por cómo me miraba, era fácil adivinar hasta dónde llegaría él, y aunque era una mujer libre, la cautela era una barrera difícil de sortear. Me había aislado de relaciones de cualquier tipo. A decir verdad, había tomado un camino en mi huida, una decisión que en realidad siempre me había merodeado desde la adolescencia, desde que perdí a mis padres. Camuflado en la nostalgia, ese desapego por la vida aparecía tentándome con rendirme. Siempre había luchado contra aquella inclinación, hasta que perdí toda motivación por seguir adelante. No pude evitar preguntarme si ese diario era la puerta a la esperanza, a una nueva oportunidad. De hecho, en apenas unos días me había sentido mucho más viva que tiempo atrás. Quizá el único tesoro que en realidad tenía verdadera importancia era encender de nuevo mi pasión por vivir, descubrir que aún había cosas por sentir, situaciones que vivir, lugares que conocer. Aquel viaje me estaba abriendo los ojos a un mundo nuevo pleno de sensaciones.

La nostalgia había comenzado a deshilacharse en guedejas a mi alrededor, pero permanecían ahí, acechantes, flotando ansiosas por volver a apresarme con su habitual inquina.

—No lo permitas —musitó él de repente.

Lo miré confusa. Había estado inmersa en mis pensamientos mientras terminaba mi plato.

—No permitas que la tristeza te atrape, Alessia.

Lo observé atónita. Dejé el tenedor en el borde del plato y me limpié con la servilleta. Bebí un sorbo de vino rosado y me enfrenté a él.

—¿También lees el pensamiento?

—He pasado demasiado tiempo observándote como para no poder interpretar tus expresiones.

—Has visto demasiado de mí y de mi vida, me temo — me lamenté incómoda.

Luca me sostuvo la mirada con inusitada gravedad.

—He llegado a conocerte sin estar presente en tu vida. Me he sentido ligado a ti en muchas ocasiones. He intentado ayudarte sin que supieras de mi existencia, aunque mi capacidad de actuación fuera muy limitada. Había momentos, cuando te veía tan sola, cuando todo tu cuerpo gritaba un abrazo, en que tenía que apretar los puños y resistir la tentación de dártelo yo. O cuando llorabas en silencio, me descubría sacando un pañuelo de mi bolsillo y me debatía por ir a tu lado y consolarte en mis brazos. O cuando reías y te brillaban los ojos y yo me encontraba sonriendo. O cuando discutías con tu esposo y yo me sentía impotente. O cuando os besabais y os perdíais en vuestro dormitorio, entonces yo me marchaba y tardaba tiempo en volver.

Tras esa inesperada revelación que me dejó completamente anonadada, se hizo un silencio tenso, que él volvió a romper:

—He estado en tu vida estos cinco años, Alessia, como un infame intruso, de la forma más ingrata y más desesperante que se puede estar, siendo invisible para alguien que estaba tan presente en mi vida.

Tragué saliva, sostuve su mirada y vi que, de algún modo, quizá inevitablemente, se sentía ligado a mí de una manera especial. Una manera que tal vez lo confundía, preferí pensar. Aunque no pude dejar de sentirme abrumada por su intensidad.

—En cambio, para mí, no eres más que un extraño.

Asintió casi imperceptiblemente, pude detectar un leve matiz apesadumbrado que se aprestó a eliminar esbozando una sonrisa liviana.

—Espero cambiar eso.

—Ya lo estás haciendo —espeté devolviéndole la sonrisa—, gracias por ser tan accesible.

—Es lo menos que puedo hacer por ti. Y, aunque era un trabajo, me sentí un vulgar voyeur.

—¿Por qué mi abuela no contrató a un detective experimentado? Según me has dicho, no te ganas la vida como detective.

—Pensaba hacerlo, pero yo me ofrecí. En cierto modo, mis aptitudes en el campo de la criptografía no difieren tanto de la investigación detectivesca. Todo se reduce a

observar.

—¿Cómo era ella?

Me observó concienzudo, y me sentí analizada y molesta por su escrutinio.

—Era como tú, incisiva, tenaz y directa. Además, tenía tus ojos grises y algunos de tus gestos.

—Imagino que debes de saber por qué huyó de nosotros. En la carta no lo aclara, aunque incide en la típica excusa de hacerlo por nuestro bien. ¿Qué pasó en mi familia realmente?

—Pretendo mantenerte interesada en mí algún tiempo más, así que no me pidas que te muestre todas mis cartas en apenas veinticuatro horas.

—Pensaba que confiabas más en tus encantos.

—Quizá mis... encantos... atraigan a mujeres como Loretta, pero a una mujer como tú dudo que logren impresionarla.

—¿Quieres impresionarme?

—Quiero que me conozcas.

—¿Por qué, Luca?

—Porque quiero dejar de ser una sombra.

De pronto su expresión cambió y se crispó visiblemente. Miró con preocupación un punto detrás de mi espalda y sus dedos se cerraron sobre su servilleta.

—¿Ocurre algo?

—Nada, será mejor que nos vayamos, te acompañaré al hotel.

Pidió la cuenta y se apresuró a levantarse. La sonrisa vacua que se esforzó en componer no aligeró su inusitado desasosiego.

Me cogió la mano, obligándome a acelerar el paso. Su lividez y las continuas miradas sobre su hombro me indicaron con claridad que huíamos de algo o de alguien. No obstante, decidí no preguntar y permití que me guiara por las calles sin pronunciar palabra.

Ya frente a mi hotel, y sin soltar mi mano, entramos en el hall y me condujo hacia los ascensores.

—¿Qué planta es?

—La segunda, pero no es necesario que me acompañes hasta la misma puerta —objeté confundida por su actitud.

—Pero quiero hacerlo —replicó—, ya sabes que soy muy anticuado.

Me guiñó un ojo y su expresión tensa se suavizó ligeramente.

Le sonreí asintiendo y, cuando el ascensor abrió sus puertas, tiró de mí para adentrarme en él. Pulsó el botón con el número dos, la puerta doble se cerró y, en lugar de relajarse, me tomó por los hombros y me besó.

Su apasionada urgencia, me inmovilizó momentáneamente, y el asombro dejó paso a un indignado desconcierto que dio alas a mis manos. Posé las palmas en su amplio pecho e intenté empujarlo fútilmente. Ante mi incipiente rechazo, él aferró mi cintura y me ciñó con fuerza contra su cuerpo, acorralándome contra la pared.

Intenté en vano resistirme, pero cuando su lengua se enredó en la mía, cuando su calidez me atravesó y su pasión se desató, mis defensas se debilitaron. No sólo me declaré vencida, sino que me encontré respondiendo con la misma vehemencia.

Apenas nos apercibimos de que las puertas se habían abierto y de que estábamos siendo observados, hasta que oímos un suave y admonitorio carraspeo.

Luca se separó de mi boca a regañadientes, me cogió de la mano y salimos al pasillo. Volvió a tomarme de los hombros y me miró con gravedad. No habló hasta que las puertas se cerraron.

—No voy a disculparme, Alessia. A decir verdad, he aguantado este impulso demasiado tiempo.

Sentí un cosquilleo en el bajo vientre y un aleteo extraño en mi pecho que me robó las palabras. Temblé ante su intensidad y, sin saber muy bien qué hacer, rebusqué en mi bolso la llave de mi cuarto.

Caminé hacia mi puerta seguida por él y, con el pulso todavía acelerado y las mejillas arreboladas, abrí y me giré encarándolo.

—Te... te llamaré cuando vuelva a necesitar un respiro.

—Aquí estaré para ti —musitó él con voz quebrada y rictus contenido. Sus labios inflamados atraían mi mirada y despertaban mis sentidos. La desvié de inmediato por temor a que adivinara el anhelo de volver a sentirlos sobre los míos—, como lo he estado siempre —agregó misterioso.

Tras un leve asentimiento con la cabeza, se alejó a grandes zancadas. La tensión de sus hombros volvió rígido su porte, arrebatándole aquella elegancia felina que caracterizaba sus movimientos. Cerré la puerta y me apoyé en ella tomando una gran bocanada de aire. Dejé caer el bolso al suelo y exhalé dejando escapar un gemido.

Rocé mis labios con la yema de los dedos y cerré los ojos. Quise alargar aquella mágica sensación que había despertado en mí. Todavía confusa y abotargada, me descubrí sonriendo queda.

Algo más recompuesta, me agaché para recoger el bolso. Fue entonces cuando reparé en un pliego de papel junto a la puerta. Alguien lo había introducido por debajo.

Lo desdoblé intrigada y lo que leí me secó la garganta.

Está en peligro, Alessia. Cuídese del señor Vandelli, la está utilizando para llegar hasta el tesoro. Es un hombre sin escrúpulos, capaz de todo por conseguir su objetivo. Hay mucho más en juego de lo que cree. Pronto me pondré en contacto con usted para ofrecerle mi ayuda. Hasta entonces, permanezca alerta y desconfíe de ese hombre.

Sentí un escalofrío que me hizo soltar la nota, que se planeó lánguida hasta posarse en la moqueta. Yo quedé allí absorta y aturdida, respirando agitadamente.

La duda sobre las verdaderas intenciones de Luca, que

había ido disipándose con nuestra cercanía, me golpeó en aquel instante con fuerza arrolladora. Pero también era posible que aquella nota insidiosa pretendiera precisamente eso, que yo desconfiara de él y me apartara. Intentaban utilizarme, eso estaba claro, mi única incertidumbre era quién. Lo más sensato que podía hacer era no confiar en nadie, y es lo que haría a partir de entonces. De pronto, entendí el repentino malestar de Luca: debía de haber visto a alguien acechándonos.

Me acerqué a la cama, me recosté en ella, ahuecando el mullido cojín que adornaba el cabecero, y tomé el diario, que estaba sobre la mesilla. Supe que era de vital importancia que lo leyera cuanto antes. Alonza tenía la clave de aquel misterio y yo debía descifrarlo.

Lo abrí por donde lo había dejado y respiré hondo...
Poveglia...

CAPÍTULO 11



POVEGLIA

Desperté de un sueño horrible que dejó un amargo sabor en mi boca. Parpadeé repetidas veces y sentí varios agujonazos pulsantes en mi rostro que me contrajeron el gesto en una mueca dolorida. Me notaba acorchada y débil, y apenas lograba enfocar la vista. Una familiar voz me reconfortó.

—Mi pequeña Alonza. —Su tono cogitabundo me alertó—. Todo va a salir bien, no dejaré que se deshagan de ti. Tienes que levantarte, mi niña, debo sacarte de esta casa.

Concetta limpiaba mi rostro con un lienzo empapado. Lo aplicaba con delicados toques sobre mis magulladuras. Cuando logré fijar la vista, observé que un abundante reguero de lágrimas humedecía sus mejillas.

Entonces, la realidad de lo ocurrido despejó mi mente, sumiéndome en un dolor profundo.

—¿Mi... mi hijo?

La mujer negó con la cabeza. Apretó los labios y frunció el ceño aguantando un sollozo.

—Podréis tener más, espero. —Su mirada llorosa brilló de rabia contenida. No obstante, logró recomponerse para forzar un gesto apremiante—. Ahora sólo urge huir cuanto antes. ¿Puedes levantarme?

Me ayudó a incorporarme y yo exhalé un agudo gemido lastimero. Me dolía todo el cuerpo, en especial el bajo vientre. Me llevé la mano a él y apreté los dientes.

—Has perdido mucha sangre, ese... animal se cebó contigo. El señor Rizzoli no tardará en llegar acompañado de un médico, hemos de apresurarnos.

La miré confusa... yo necesitaba ser atendida. Tenía que curarme para poder escapar. En aquel estado no llegaría muy lejos.

—Quiero que me vea un médico, Concetta, que todos sepan lo que ese bastardo me ha hecho. Su padre lo castigará y...

—Alonza, escúchame —me interrumpió impaciente—. Nadie va a castigarlo. Su padre lo protegerá, nadie sabrá la atrocidad que ha cometido contigo.

—Pero... pero Fabrizio ha llamado a un médico para que me cure.

—No, pequeña, no lo ha llamado para eso.

Agrandé los ojos completamente confusa.

—Lo ha llamado para que atestigüe que estás infectada por la peste.

—¡No lo estoy! —exclamé asustada.

—Todos lo sabemos, pero quieren deshacerse de ti. Has malogrado el contrato matrimonial, Marco ha abusado de ti y has perdido al hijo de Lanzo. El señor no puede arriesgarse no sólo al escándalo, sino al enfrentamiento de sus hijos.

Negué angustiada con la cabeza y rompí en un sollozo que me punzó la garganta y oprimió mis entrañas.

—¿Me llevarán a Poveglia?

—Es lo que pretenden, condenarte a una muerte infame e inventar alguna patraña para Lanzo.

Un pánico atroz me sepultó bajo su yugo.

—¡No... no pueden hacerlo! —me lamenté en un agudo grito aterrado.

—No lo permitiremos. Te he limpiado como he podido y curado tus magulladuras. Sé que estás muy débil, pero tienes que levantarte de inmediato de esta cama. Te llevaré a casa de una buena amiga y te esconderás allí mientras envío un mensaje urgente a Lanzo.

Asentí y me esforcé en salir de la cama. Trastabillé al ponerme en pie, pero logré mantener el equilibrio. Me ardía el rostro y mi entrepierna se contraía punzante.

Concetta me agarró de la cintura y avanzamos hacia la puerta. La abrió y asomó la cabeza. Asintió nerviosa y salimos del cuarto. Yo arrastraba los pies y, más que caminar, me dejaba llevar por ella, que hacía un sobreesfuerzo por evitar que me cayera. No bien habíamos recorrido el tramo hasta el rellano de la escalera cuando, ante nosotras, mi peor pesadilla emergió de ella.

El hombre pájaro vestido con un hábito negro y aquella horripilante máscara de pico curvo se plantó frente a mí. Tras él, varios hombres, entre ellos, Marco y Fabrizio.

Retrocedimos angustiadas y, antes de que pudiéramos alejarnos, ya nos habían acorralado.

—Me temo, Concetta, que debo mantener una seria conversación contigo acerca de la lealtad.

Fabrizio miró acusador a la doncella. Ella alzó la barbilla y lo contempló con un profundo odio.

—No puedo permitir semejante aberración, mi conciencia no descansaría. Sois un monstruo si consentís esta injusticia.

—Soy lo que me obligan a ser —respondió él mirándome ofendido—. ¡Nada de esto tendría que haber pasado si hubiera respetado mi casa, maldición!

Su voz restalló como un látigo y yo me sobresalté con un respingo. El verdugón de esa fusta apareció en mi corazón. Gruesas lágrimas arrasaron mis ojos.

—Me provocó, padre, es una buscona —acicateó Marco con semblante perverso.

Fabrizio lo fulminó con la mirada.

—Has enfrentado a toda mi familia como una pérfida ingrata —agregó él furioso—. No puedo permitir que deshonres mi nombre y mi casa. Podrías haber sido mi hija, pero elegiste ser mi enemiga. Y, como tal, sólo hay un destino para ti.

—No, no, por favor —supliqué desesperada—. Me iré muy lejos de aquí, jamás volveréis a verme. Te lo ruego, Fabrizio, déjame marchar.

—Si lo hiciera, Lanzo te buscaría. Sólo hay un lugar donde no lo haría: en el más allá. ¡Apresadla!

Dos hombres se cernieron sobre nosotras, separándonos. Caí al suelo y vi cómo golpeaban a Concetta hasta derribarla. Grité impotente y sollocé rota.

—¡Bastaaa..., bastaaa, dejadla! —imploré llorosa.

El hombre pájaro se adelantó y me tendió su mano. Pude ver sus oscuros y brillantes ojos, unos ojos que ya me habían buscado una vez.

—Alonza di Pietro, escapaste de la plaga en una ocasión, pero parece que te ha encontrado de nuevo.

—Arderéis en el infierno por tan magna crueldad —escupí furibunda—. Todos vosotros.

Me puse en pie temblorosa y avancé tambaleante hasta el hombre pájaro con los puños apretados, rezumando de lo más profundo de mi ser un odio poderoso.

—Juro por cuanto me asiste —comencé derramando mi mirada por cada uno de ellos— que, en esta vida o en la otra, os haré pagar por esto.

Marco me sonrió desdeñoso, su sesgada mirada verde refulgió burlona. Me acerqué retadora a él con un único propósito: rubricar mi amenaza. Clavé mis uñas en su mejilla y rasgué su piel con toda la fuerza que fui capaz de acumular. Él gritó y me empujó bruscamente, lanzándome al suelo.

Miré complacida los tres surcos que cruzaban su rostro y que ya comenzaban a sangrar.

Ante un gesto de Fabrizio, sus dos criados me levantaron en volandas y me llevaron escaleras abajo. Sentí de nuevo una pegajosa humedad entre mis muslos y las punzadas regresaron más tenaces.

Me revolví al límite de mis fuerzas, grité mi dolor y sollocé mi angustia. Ya en la puerta, descubrí la odiosa mirada de Caterina y Bianca, que, cogidas de la mano, sonreían triunfales. Comencé a marearme. Incapaz de dar un paso más, mi cuerpo laxo se rindió y fui sacada a rastras a la calle.

—¡Está infectada, que nadie se acerque! —tronó una voz tras de mí.

Murmullos sobrecogidos se alzaron a nuestro alrededor. Pude ver cómo la muchedumbre se apartaba y se tapaba la boca con pañuelos. Algunos se santiguaron y otros rezaron. No por mi salvación, sino por la de ellos.

Me alzaron en brazos y me trasladaron a una embarcación. El hombre pájaro y dos monjes se subieron también a ella. Me ataron a uno de los bancos como si fuera un fardo y comenzaron a remar.

Una pequeña mancha roja comenzó a extenderse entre mis piernas empapando mi camisola de lino blanca. Tan sólo iba vestida con eso y, a pesar

de que la primavera atemperaba la brisa, comenzaron a sacudirme bruscos escalofríos.

Tumbada en aquel banco, cerré los ojos sofocando como pude aquellos violentos espasmos. Percibía el rítmico movimiento de los remos entrando y saliendo del agua, el soterrado rumor del bullicio de la ciudad y el graznido de gaviotas y cormoranes. Intenté tranquilizarme diciéndome que Concetta informaría a Lanzo de lo sucedido y él vendría a buscarme. Me repetí incesante que debía sobrevivir para esperarlo. Y, aunque desconocía qué horrores me aguardaban en aquella maldita isla, debía apelar a toda mi fortaleza para resistir cualquier cosa. No podía rendirme y no lo haría, por el profundo amor que nos profesábamos.

No sé cuánto tiempo pasó, pero el silencio comenzó a dominar el ambiente. Tan sólo el golpeteo de los remos contra el agua, respiraciones agitadas y el susurro de ropas lo rompían.

—Se está desangrando —masculló uno de los remeros.

Abrí los ojos. Frente a mi rostro, aquel maldito hombre pájaro. Me sumergí en su negra mirada, imaginaba que tan oscura como su pútrida alma, y le regalé mi más avivado desprecio.

—Con suerte morirá hoy, si acaso Dios se apiada de ella.

—Hemos llegado —anunció otra voz.

El sonido hueco de madera contra madera, acompañado de un balanceo más brusco, me indicó que habíamos arribado a un embarcadero. Amarraron el bote y me desataron.

Me sacaron en brazos y nos adentramos en aquella isla. Una espesa vegetación nos recibió. De inmediato detecté un ácido aroma a podredumbre que me revolvió el estómago. Otro olor, algo más acre, se sobrepuso haciendo que el aire se volviese casi irrespirable.

Los hombres llevaban un pañuelo atado al rostro y, aun así, arrugaban el ceño ante la pestilencia que nos rodeaba.

Tras una tupida alameda divisamos la fachada de un decrepito hospital. El sol iluminaba su fachada descascarillada, incidiendo en los polvorientos ventanales y arrancando un destello difuso y agrisado. Era una mole fantasmagórica y abandonada, de paredes ennegrecidas por el humo, un moribundo vestigio de un lazareto activo en otro tiempo, pero que ahora tan sólo era un silencioso espectador de la muerte que tenía lugar a su alrededor. Una ruina decadente e inservible, el último y tétrico refugio de moribundos y

desgraciados.

Conforme me acercaban a él, lo sentí como un monstruo presto a engullirme. Atravesamos una arcada amplia, donde debía de haber habido una puerta doble alguna vez. Dentro, camillas vacías, mugrientas cortinas desgarradas mecidas por el viento, mesas y sillas desvencijadas. Por las oquedades de las ventanas, la vegetación se asomaba curiosa, con la anhelante impaciencia de invadir el que antaño fue su reino.

Me depositaron en un destartado camastro. No me resistí.

—¿La atamos?

—No es necesario, nadie escapa de Poveglia —respondió el hombre pájaro. Luego me miró y se arrodilló a mi lado, tomando mi mano—. Muchacha, no salgas de aquí, deja que la muerte te lleve. En la parte de atrás están los crematorios, el suelo es fangoso y sólo hallarás un extenso campo de cadáveres calcinados. Intenta dormir, no luches contra el sopor, ríndete y encuentra la felicidad en la otra vida.

Lo observé con fijeza y me limité a asentir.

Los monjes rezaron una plegaria por mi alma y me dieron la extremaunción.

—Rezaré por tu alma, Alonza —murmuró el hombre pájaro.

—No —refuté—, mejor reza por la tuya, aunque dudo que tenga salvación.

—Rezaré por ambos.

—A... todo condenado se le concede un último deseo —susurré aletargada.

—Y ¿cuál es el tuyo?

—Ver tu rostro, hombre pájaro.

El hombre dirigió un gesto al resto, que lo interpretaron de inmediato y salieron del ruinoso edificio.

A continuación, alzó ambos brazos, tomó la máscara entre sus dedos y la desplazó sobre su cabeza mostrándome su rostro.

Me obligué a enfocar la vista, porque sentía los párpados pesados y apenas lograba mantenerlos abiertos.

Era más joven de lo que había supuesto. Sus profundos ojos negros eran sesgados como los de un gato, nariz algo aguileña, mandíbula marcada y labios gruesos.

—Tuve... pesadillas muchas noches contigo, pero no eres... más que un

pobre hombre sin... sin corazón ni conciencia. Ya no te temo; ahora sólo... te compadezco.

Sentía la boca pastosa y la vista turbia.

—Ve con Dios, Alonza di Pietro, este mundo es demasiado miserable para alguien como tú.

Se incorporó, acomodó su máscara y salió dejándome allí, sobre aquel infecto camastro, rota y desolada, pero no rendida. Nunca rendida.

Sola en aquel vasto espacio, cerré los ojos y las lágrimas brotaron incontenibles. No podía levantarme, mucho menos caminar sin ayuda, pero no debía dejarme llevar por el pánico. Así pues, decidí descansar, dormir y soñar con Lanzo. Cuando despertara quizá me encontrara más repuesta y pudiera buscar la manera de salir de aquel espantoso lugar.



Despertaba entre sudores fríos, gemía lastimera y volvía a dormir. Perdí la noción del tiempo, sólo supe que la oscuridad me envolvía, que mi cuerpo libraba una batalla y que mi alma se aferraba a la vida con desesperación. Únicamente un rostro me mantenía viva, un rostro amado, de grandes ojos azules y sonrisa tímida. Lo oía susurrarme que no me rindiera, que vendría por mí, tal como había asegurado Concetta.

En aquella noche lúgubre, donde pendían lamentos que no eran míos y pasos que yo no daba, donde el ulular de un búho y el susurro de las hojas acompañaban mi febril duermevela, supe que aquella isla estaba tan maldita como mi destino. Que los espíritus errantes vigilaban mi resuello, prestos a llevarme consigo al menor atisbo de rendición. Veía oscuras siluetas emerger de rincones y acercarse a mí. Y sólo hallé un modo de combatir el terror que me acuciaba, y fue pensando que entre esas almas desdichadas estaban las de mis padres y mis hermanos. Y a ellos me encomendé.

Aquel pensamiento me hizo sentir menos sola. Y, como si fueran ellos los que me rodeaban, les hablé:

—Padre, madre, sé que estáis aquí y quiero aprovechar este encuentro para deciros que os quiero, para deciros que estoy bien y que no podrán conmigo. Para abrazaros en esta fría noche y refugiarme en vuestro recuerdo. No tuve oportunidad de despedirme, pero lo hago ahora. Conocí el amor,

madre, ese del que tanto me hablabas, y es maravilloso. También conocí el dolor, la envidia y la maldad, que son los que me han traído aquí. Pero el amor es más fuerte que todo eso, y es el amor el que me salvará. Algún día me reuniré de nuevo con vosotros, pero ese día aún no ha llegado. ¡Abrazame, madre, tengo tanto frío...!

Dormí de nuevo y no desperté más hasta que la luz del alba acarició mi rostro.

Tardé un buen rato en despejar mi mente. Me sentía entumecida, dolorida y confusa. Froté vigorosamente mi rostro y miré a mi alrededor. Haces de luz solar iluminaban rodales puntuales del suelo, provenientes de los agujeros que había en el tejado. Me incorporé con lentitud, la vista se me desdibujó momentáneamente. Tenía mucha sed y la debilidad tiraba de mí, dificultándome ponerme en pie. Noté cómo la sangre seca había pegado el lino del camión a mi piel. Apreté los dientes y logré sentarme. Cerré los ojos un instante para evitar que el mundo siguiera girando vertiginoso a mi alrededor. Y respiré hondo repetidas veces con las manos aferradas al borde de aquel colchón mugriento.

Algo más centrada, comencé a ponerme en pie. Descubrí que mis piernas me sostenían y, titubeante, me atreví a caminar. Me dirigí a la parte de atrás, donde otra abertura, cubierta de ramas y telarañas, parecía conducir al exterior. Arrastraba los pies, pero al menos lograba avanzar. Ante mí apareció un gran cenagal tan oscuro como la brea, rodeado por montones de tierra apilados en los bordes. Tuve la sensación de que eran fosas excavadas que habían rellenado con otra sustancia. Al fondo, una especie de almacén destartado. Quizá en su interior encontrara algo útil.

Rodeé con suma precaución aquel lodazal inmundo y pestilente, sorteando esbeltos álamos y vegetación espesa. Iba descalza y no fue fácil avanzar por un terreno tan inhóspito. Mechones de mi enmarañado cabello se enganchaban en tupidos arbustos, y salientes ramas parecían querer enredarme en su abrazo. Una gran cantidad de insectos sobrevolaba aquel mar viscoso y oscuro que, bajo el sol, brillaba inquietante. Avancé trabajosamente, por encima de terrones de tierra que se desmoronaban bajo mis pies, desestabilizándome. Me aferraba a cuanto hallaba a mi alcance, ramas, arbustos y troncos, acusando el esfuerzo y agotando las escasas fuerzas que me quedaban. Cuando por fin logré alcanzar una pequeña porción de terreno llano frente al almacén, me detuve a recuperar el resuello. Miré la desvencijada

puerta que colgaba sobre sus goznes cubiertos de robín y avancé hacia ella casi arrastrando los pies. Empujé y cedió quejicosa. Me asomé con recelo y un insoportable hedor me golpeó implacable. Retrocedí al instante, asqueada. Algo nauseabundo se estaba descomponiendo allí dentro, posiblemente algún animal que había quedado atrapado. Rasgué los bajos de mi camisola y, con la tira de lino, me cubrí la boca y la nariz atándola a mi nuca. Me armé de valor y entré.

Los repugnantes zumbidos de numerosas moscardas me erizaron la piel. Lo que había en una esquina no era el cadáver de una alimaña, sino el de dos mujeres y un hombre. Giré la cabeza sobresaltada y de nuevo salí del cobertizo con el estómago revuelto. Tomé una gran bocanada de aire y luché contra las lágrimas que amenazaban con doblegarme. Recordé la conversación que había mantenido Lanzo con Matteo y supe que aquella familia eran los desdichados Boccaccio. La desolación también me acechó insana, y la aparté con tesón de mi cabeza. No, me dije, yo saldría con vida de allí.

Evoqué el rostro de Lanzo, apreté los dientes y reforcé mi decisión. Entré una vez más y me centré en inspeccionar con la mirada cada rincón de aquel horrible lugar. Descubrí tablones de madera, sogas, trapos y redes. También antorchas y grandes toneles. Descubrí, además, cadenas y argollas.

Conteniendo las continuas arcadas por el hediondo aire que me rodeaba, lagrimeando y casi aguantando respirar, me aproximé resuelta a la esquina donde se apilaban los maderos y, al moverlos, un chillido me arrancó un grito de mi garganta.

Una inmensa rata se escabulló entre mis piernas, di un salto y me aparté asustada con un tablón en la mano. En aquel frenético movimiento, el resto de los maderos se deslizaron hacia delante y cayeron sobre mí. Noté un bulto blando y cálido en la espalda y otro chillido más agudo que el mío. Fue lo último que sentí antes de perder el conocimiento.



Parpadeé aturdida y me refregué con ahínco el rostro para despejarme. Reconocí el sonido de la noche antes de abrir los ojos y verme rodeada de azulada oscuridad. La plata de la luna se abría paso a mi alrededor, matizada por la mugrienta ventana que tenía sobre mí. Sobre mi cuerpo, los maderos que

me habían sepultado. Los retiré no sin esfuerzo y, en aquel momento, mis sentidos, más despiertos, detectaron ese incómodo bulto que tenía bajo mi espalda. Rodé entre espasmos de repugnancia para comprobar lo que temía: mi peso había atrapado a la rata, aplastándola debajo de mí. Sentí la pegajosa sangre del roedor traspasar mi camisola y adherirse a mi piel, y me doblé presa de una violenta arcada. Me obligué a no pensar en que, en la otra esquina, tres cadáveres putrefactos me hacían compañía. Me puse en pie, tomé un rollo de cuerda y uno de los tablones, el más ancho, y forcejeé con él hasta la entrada. Empujé la puerta con el hombro y salí del almacén arrastrando el madero. Tanto empeño puse en avanzar de espaldas para alejarme de aquel lugar que, desorientada, no recordé lo que había un poco más adelante.

Cuando mis talones se toparon con un curvo terrón de tierra y perdí el equilibrio hacia atrás, se me detuvo el corazón. Instintivamente, solté la cuerda y el tablón, aleteé los brazos en el aire con muda desesperación, sin poder evitar caer de espaldas en el negro cieno que había sorteado aquella misma mañana.

Fue como si me tragara el más terrible de los infiernos. Negro, denso y pestilente.

Braceé estirando el cuello, embargada por el pánico más absoluto. El lodo pegajoso y pesado tiraba de mí hacia el fondo. Comprobé aterrada que, cuanto más me agitaba, más rápido me engullía. Miré hacia la orilla, estaba casi a mi alcance, pero aun así aquella corta distancia suponía todo un reto. Entre aquella espeluznante tersura, mis dedos tocaron lo que parecía un palo largo y rígido. Me aferré a él y lo saqué de aquella brea infecta para intentar clavarlo en los cúmulos de tierra que había en el borde e impulsarme hacia fuera. Lo alcé cuanto pude —por fortuna era largo— y, luchando por mantener la barbilla fuera de aquel cenagal, logré hincarlo entre jadeos y gruñidos en el montón de tierra que tenía más cerca. Hice acopio de todas mis fuerzas, saqué toda la rabia que llevaba dentro y conseguí arrastrarme hasta la orilla. Arañé con fuerza la tierra para poder ascender. El palo se soltó y, cuando intenté cogerlo de nuevo, descubrí que era el hueso de una pierna. El terror impelió cada músculo de mi cuerpo redoblando mis esfuerzos por salir de aquella pesadilla. No jadeaba, gritaba de rabia, sollozaba desesperada, consiguiendo que aquella furia primigenia venciera al miedo. Logré sacar mi cuerpo de aquella sustancia inmunda y me arrastré entre convulsos sollozos hasta que estuve a salvo. Me tumbé boca arriba, cubierta de negrura y dolor. Lloré

desconsolada y clamé a la noche mi injusticia. Supliqué ayuda divina para terminar maldiciendo a Dios por condenarme a semejante destino. La inmundicia que me cubría era la muerte en su estado más lóbrego. Eran los restos calcinados de centenares de desdichados. Lloré por ellos, lloré por mí. Por aquella Alonza que había muerto allí y entonces, por aquella muchacha ingenua que había condenado a muerte la envidia y la crueldad.

Permanecí inmóvil, sacudida por bruscos temblores mirando al cielo, y jurando a esas parpadeantes e impías estrellas que tomaría venganza contra mis asesinos.

Agotada y rendida, dejé que la noche me arrojara, que la muerte me abrazara y que el llanto me durmiera.



Cuando abrí los ojos, fui muy consciente de mi alrededor, de lo que debía hacer y de cómo lo haría.

No podía esperar a que Lanzo viniera por mí. En aquel lugar me volvería loca. Tampoco había agua dulce ni comida. Mis fuerzas menguaban a pasos agigantados y mi debilidad ya empezaba a ser mi peor enemiga.

Me puse en pie para caer a continuación de rodillas, laxa y exigua.

Maldije de nuevo, y en aquellas furibundas imprecaciones encontré solaz y fortaleza. Supe que lo único que me mantendría con vida era esa cólera que crecía tan implacable dentro de mí.

De repente, ya sin llanto que derramar, ni lamentos que gemir, sentí la imperiosa necesidad de gritar esa furia que me devastaba. Quizá así se liberara el nudo opresivo que me atenazaba rindiendo mis fuerzas. Alcé mi rostro al cielo, abrí mi boca y de ella manó un agudo alarido que se enredó entre las ramas de los árboles, que alteró el ordenado vuelo de los estorninos y que se enroscó en ese aire fétido e insalubre, quebrándolo.

Un grito que tuvo respuesta inmediata. Un trueno ensordeció mis oídos sobresaltándome, como si aquel dios impertérrito despertara de pronto, compartiendo mi furia. Y, en efecto, se compadeció de mí, vertiendo su consuelo en forma de lluvia. Abrí la boca con desespero, ávida de aquellas translúcidas perlas de vida.

Exhausta pero decidida, me puse en pie. Agarré de nuevo el tablón de

madera y el rollo de soga y comencé a caminar bordeando con extrema precaución aquel cementerio cenagoso. Trastabillaba continuamente, me caía y otra vez me ponía en pie. Resbalaba y me magullaba los pies. El camisón cubierto de cieno dificultaba mis movimientos. Me lo quité y, completamente desnuda y con una repugnante pátina reseca y oscura adherida a mi piel y a mi cabello, reanudé el camino. Agoté todas mis fuerzas en llegar al lazareto y, cuando me adentré en la sala principal, solté el tablón y la cuerda y me tumbé de nuevo en el mugroso camastro, sólo por evitar compartir suelo con insectos y alimañas.

Cerré los ojos y regulé la respiración: necesitaba reponerme del sobreesfuerzo. Me pesaba el cuerpo, tenía la garganta reseca con el sabor ferroso de la sangre en el paladar. Me escocían los rasguños y me palpitaba el bajo vientre. Tenía frío y tiritaba, y, a pesar de que el sol incidía sobre aquel ponzoñoso jergón en el que me hallaba, no noté su calidez.

Volví a dormirme y las pesadillas me asaltaron con dureza. El hombre pájaro me tomaba en su pico y me llevaba muy lejos, sobrevolando la laguna. Oí los lamentos desgarrados de Lanzo ante mi lejanía. Yo también gritaba alargando los brazos hacia donde provenía su voz. No lo veía, pero lo oía llamándome. El alado hombre pájaro me depositó en su nido y comenzó a picotearme. Su afilado pico rasgaba mi carne y yo lo golpeaba con denuedo, la sangre me cubrió y, como si me hundiera en un denso mar rojo, braceé desesperada, tragando mi propia sangre.

Desperté empapada en sudor, jadeante y embargada por un pánico tan atroz que me incorporé gritando. Sin embargo, y a pesar de ser consciente de que había sido un sueño, no pude detenerme. Grité de forma tan desgarradora que las aves aletearon espantadas, que a mi alrededor se hizo el silencio. Y grité y grité hasta que los sollozos me doblaron en dos. Lloré largo rato, lloré hasta que ya no me quedaron lágrimas. Me abracé a mí misma y me repetí incesante que volvería a estar en brazos de Lanzo, que ese hijo que tan cruelmente habían arrancado de mi cuerpo regresaría a mi vientre de la mano de ese amor tan puro que nos profesábamos. Sí, saldría de ese infierno para volver a él.

Trémula, extenuada y llorosa, me puse en pie por enésima vez, cogí mis utensilios y salí por la arcada principal para adentrarme en la espesa alameda. Recorrí el camino por el que me habían llevado en brazos y llegué al embarcadero al límite de mis fuerzas.

Miré la serena extensión de la laguna, en lontananza se perfilaba Venecia y sus islas colindantes. Era una gran distancia y yo no sabía nadar. Mi única oportunidad era que la corriente me arrastrara a otra isla o que algún pescador me encontrara a tiempo. Pero, si me quedaba en Poveglia, no tendría ninguna posibilidad. Era hora de volver a depositar mi vida en manos del destino.

Tomé el ancho tablón y comencé a anudar la soga en torno a él, ciñéndolo a mi pecho. Pasé repetidas veces la cuerda tras mi espalda, apretándola con fuerza, cruzándola de modo que no se aflojara, anudándola con precisión. Temí desfallecer en un par de ocasiones, cuando la vista se me desdibujaba por el agotamiento. Tenía una sed horrible y la cabeza me daba vueltas, pero logré mantenerme en pie y terminar de atarme a aquel tablón de madera. Tambaleante, me senté en el embarcadero y sumergí mis piernas en él. Mi suciedad enturbió la claridad del agua, su frescor me reconfortó. Fue cuando percibí que estaba ardiendo. Sin titubear, me deslicé hacia delante y caí al agua abrazada al tablón.

Apoyé mi mejilla contra la rugosa superficie lamida por el agua salada que chapoteaba dócil contra mi rostro y recé para mis adentros. Comencé a mover los pies y me alejé de aquella isla maldita con un solo rostro en mi mente.

Fueron sus grandes ojos azules los que me dieron esperanzas cuando el mar comenzó a llevarme a sus dominios. Tenía que vivir, tenía que vivir, me decía. Y, así, inicié una nueva lucha contra la muerte.

CAPÍTULO 12



TRAS LA LUZ DE UN CANDIL

En aquella ominosa oscuridad, una difusa y parpadeante luz se empecinaba en incomodarme. Iba de un lado a otro, moviéndose decidida en la apacible negrura que me cubría, alejando el sopor y despertando mi curiosidad. Antes de animarme a abrir los ojos, un fuerte olor a pescado me hizo arrugar la nariz. Fue ese intenso hedor el que aceleró mi corazón ante el mensaje que encerraba. ¡Estaba viva!

Abrí lentamente los ojos y aquel anaranjado puntito luminoso comenzó a definirse: era la llama de un candil. Tras él creí distinguir una silueta inconcreta, un rostro pálido que no logré perfilar. Me escocían los ojos, y de nuevo los cerré. Al instante oí voces soterradas que actuaron como un melódico arrullo que me acunó, adormeciéndome. No fui capaz de descifrar lo que decían, detecté voces distintas y cómo unas manos me zarandeaban, pero yo estaba demasiado cansada para prestarles atención.



—Muchacha...

Gruñí y sacudí la cabeza, alguien me zarandeaba suavemente.

—Tienes que intentar comer algo.

Era una voz femenina, dulce y acariciadora.

Entreabrí apenas los ojos. Una luz agrisada y mortecina iluminó un rostro maduro, ajado pero bondadoso. Los azules ojos de la mujer me trajeron otros de un color similar a la mente, y me encontré esgrimiendo una tímida sonrisa ante la constatación de que había logrado sobrevivir y que pronto volvería a verlo.

Asentí, pues no encontré voz con que tildar mi conformidad.

La mujer me alzó la cabeza y dobló la almohada bajo mi nuca.

—Eres sólo piel y huesos, muchacha. La fiebre ha consumido tu cuerpo. No pensamos ni que llegaras a despertar.

Tenía muchas preguntas en la mente, pero escasas fuerzas para pronunciarlas. Mi única prioridad era recuperarme cuanto antes, así que abrí temblorosa la boca, relamí mis agrietados labios y esperé. La mujer acercó con tiento una cuchara llena de un caldo oscuro a mi boca. Lo tragué dificultosamente, sentí la garganta tan reseca como los labios, y aquel terso líquido fue como ambrosía para mis sentidos. Abrí de nuevo la boca repitiendo el proceso. Comencé a tragar tan ansiosamente que eso me provocó un abrupto golpe de tos. La mujer dejó la escudilla en una mesa cercana y se apresuró a incorporarme para palmearme la espalda con brusquedad.

—Espacio, no te atragantes.

Asentí mientras ella me limpiaba con mimo.

Volvió a acercarme la cuchara y me tomé todo el contenido del cuenco.

—Estos días atrás te alimentaba empapando un lino en caldo, gota a gota. Resultaba desesperante. Apenas si puedo creer tu restablecimiento.

Abrí la boca para intentar vocalizar, y me sorprendió oír emerger de mi garganta un extraño y sibilante gemido rasgado.

—¿Có... mo...?

—Mi marido Aldo pescaba cerca de Poveglia. Ningún pescador se atreve a echar sus redes tan cerca de esa isla, por esa razón los bancos de peces son más abundantes por ese litoral. Ya regresaba a casa cuando vio algo flotando a

la deriva. Eras tú, atada a un madero. Te creyó muerta y te tanteó con el bichero. Ya pensaba dejarte a la deriva y se alejaba cuando una gaviota se posó sobre ti y picoteó uno de tus mechones que ondeaban sobre el agua, tirando de él. En ese momento, tú gemiste y Aldo te subió a la barcaza. Ay, muchacha, un pájaro te salvó la vida.

«Y otro me la condenó», me dije sofocando un acceso furioso.

—¿Cómo te llamas? —inquirió la mujer con los ojos bien abiertos rezumantes de curiosidad.

—A... lonza.

Ella sonrió y tomó algo posado en mi escote.

—Entonces no es tu inicial.

Levantó lo que sus dedos sujetaban y me lo mostró.

—Ibas completamente desnuda con este colgante en tu cuello. Escapaste de esa isla, ¿verdad?

Asentí y mis ojos se humedecieron ante el recuerdo de lo vivido.

—Nadie ha logrado escapar nunca de ese infierno.

—No sólo... llevan allí a... los infectados —murmuré.

—Lo sé, Aldo te trajo porque no vio bubones en tu cuerpo. Se cuentan muchas cosas de esa isla. No imagino cómo debiste de sentirte allí sola.

—Fue... horrible.

Las lágrimas se deslizaron por mis mejillas y la mujer se apresuró a acercarme un paño.

—Ya pasó, Alonza, todo estará bien a partir de ahora. ¿Tienes a alguien que cuide de ti?

Asentí, y las lágrimas fluyeron más generosas.

—Haremos algo —propuso con voz tranquilizadora—. Cuando estés un poco más repuesta, escribirás un mensaje y me dirás a quién debo entregárselo, ¿de acuerdo?

Asentí de nuevo con una sonrisa titilando en mis labios.

—¿Cuánto... tiempo...

—Dos semanas. Pero me temo que tardarás algo más en recuperarte. Todavía te asedia la fiebre. No tenemos dinero para proporcionarte un médico. He hecho cuanto he podido por ti, pero me temo que, si no recibes atención médica, esta maldita fiebre acabará contigo. Tienes el vientre hinchado y no logro detener los sangrados... no son muy abundantes, pero huelen mal. No me gusta, y no sé qué más hacer. Así que dime a quién acudir. Temo que vuelvas a

dormirte para no despertar.

Pensé de inmediato en Lanzo, pero temí que interceptaran el mensaje si él seguía en Padua.

—Concetta —pronuncié con más firmeza—. Sirve en casa de los... Rizzoli. La... encontrarás en la cocina. Quiero... escribir ahora.

—¿Te ves con fuerzas?

Contesté incorporándome ligeramente. Aquel nimio esfuerzo me mareó.

—Aguarda, yo te ayudo. Por cierto, me llamo Berta.

Acomodó y ahuecó la almohada contra mi espalda y, con el ajetreo, mi estómago se resintió. Sentí náuseas y sofoqué una arcada mientras ella se alejaba buscando algo con que escribir.

Al cabo, me acercó un pliego amarillento y un carboncillo afilado.

—Gracias..., Berta. No olvidaré esto.

Le sonreí con profundo agradecimiento y ella me correspondió con afectada compasión.

Tomé el carboncillo entre los dedos y recordé las hierbas y los retratos que solía dibujar Lanzo. Tragué saliva y comencé a escribir...

Concetta:

Soy Alonza. Estoy viva pero muy enferma. Me escondo en casa de un pescador que me rescató del mar. Logré escapar de Poveglia. Ven a verme, te lo suplico, necesito saber qué pasó con Lanzo y encontrarlo. Confía en Berta, ella te traerá hasta mí.

Una punzada dolorosa me atravesó el bajo vientre y me recliné jadeante contra la almohada. Un sudor frío resbaló por mi piel.

Berta tomó el pliego y me miró con honda preocupación.

—Estás pálida como el mármol, muchacha.

Posó una mano en mi frente y torció el gesto con un mohín alarmado que se aprestó a ocultar sin éxito.

—Bebe un poco de agua, entregaré esta nota sin pérdida de tiempo.

Me acercó una jarra de barro y bebí apenas un trago. Tenía el estómago revuelto y la mirada enturbiada.

La mujer se envolvió en un chal gris y salió de la casa tras una última

mirada inquieta.

Cerré los ojos e imaginé un hermoso día invernal bajo la nieve. Tenía frío y comencé a sacudirme en espasmos, pero yo sonreía. Lanzo estaba frente a mí y me sujetaba por la cintura bailando bajo los copos. Giré entre sus brazos y me sumergí en su tierna mirada. Casi sentí su aliento en mi boca y un escalofrío me recorrió. «Lanzo, abrázame...»



De nuevo, la negrura se desdibujó en colores difusos. Tardé un buen rato en percatarme de que alguien me zarandeaba. Una voz con un marcado deje angustiado despertó de golpe mi conciencia, obligándome a abrir los ojos.

—Alonza, atiéndeme.

Enfoqué la vista costosamente y asentí.

—Vengo de la mansión de los Rizzoli, no trabaja allí ninguna Concetta.

Parpadeé confusa y negué con la cabeza.

—No... puede... ser.

—Hablé con la cocinera, me dijo que no sabía a quién me refería. Pero no me gustó su mirada y la forma en que me echó de allí, así que pregunté en la casa de al lado. Unas sirvientas me contaron que Concetta había desaparecido el mismo día que tú fuiste llevada a Poveglia, nada saben de ella. Creo que despidieron a todo el servicio, no sólo a Concetta.

Cerré los ojos, me pesaban los párpados. Una profunda desolación comenzó a hacer mella en mí, el miedo por el paradero de Concetta me sepultó.

—¿Sabes dónde vive?

Rebusqué en mi memoria algún dato sobre ella, para descubrir que no sabía nada de su vida. Abrí los ojos y negué con la cabeza.

Berta tragó saliva y me miró afligida.

—¿Conoces a alguien más?

—Lanzo... Lan... zo Rizzoli.

—Intentaré averiguar su paradero, te lo prometo —murmuró acariciándome la mejilla.

—Na... die más debe sa... ber... que estoy viva.

—No quieren que regreses, ¿verdad?

Negué con la cabeza de nuevo y las lágrimas asomaron a mis ojos, tan ardientes como mi piel.

—Debes intentar comer algo, muchacha. Tu cuerpo languidece cada día que pasa.

Asentí y Berta me incorporó cuidadosamente.

—He preguntado en una botica y me han aconsejado una infusión de ajo y caléndula con un poco de corteza de sauce para atacar las fiebres y combatir tu dolencia.

Me acercó una escudilla con el preparado y lo bebí despacio. Tenía la garganta seca, y cada trago fue revitalizador.

Cuando me lo terminé, volví a reclinarme respirando hondo. En ese momento apareció un hombre enjuto de rostro curtido por el sol, con marcadas arrugas y semblante cansado. Me miró con cierto asombro y se acercó sonriente.

—Es la primera vez que te veo despierta, Alonza.

Tomó un taburete y se sentó junto al jergón, observándome curioso.

Dibujé una sonrisa agradecida en mis temblorosos labios, y el hombre de cabello ralo me la devolvió con tinte paternal.

—Gra... cias, Aldo.

—Dáselas a Dios, muchacha, ese día no pensaba salir a faenar. Aunque parece que se ha empeñado en ponerte duras pruebas.

Berta me tomó la mano en un gesto cariñoso, amonestó a su esposo con mirada severa y, acto seguido, me sonrió beatífica.

—Aquello ya pasó, ahora sólo tienes que pensar en recuperarte.

—Necesito a... Lanzo.

Berta asintió y le pidió a su esposo que indagara sobre su paradero. El hombre apretó los labios en un mohín desazonado.

—Los Rizzoli son una familia poderosa, muy cercana al dux, Berta. Son muy conocidos, no creo que me cueste mucho averiguar sobre ellos.

»¿Eres una Rizzoli? —espetó curioso.

—No. Pero Fabrizio era mi tutor, me... acogieron con ellos... cuando mi familia murió afectada... por la gran plaga, hace casi tres años.

—¿Por qué te internaron en esa isla si no estabas infectada?

—Porque Lanzo... y yo nos enamoramos —confesé en un hilo de voz—. Y arruinamos el compromiso de Lanzo con una joven de buena familia.

No me atreví a confesar la parte más truculenta de la historia.

—Malograste un buen contrato —resumió Aldo frunciendo el ceño pensativo—. Y ¿ese Lanzo permitió que te condenaran a muerte?

—Él no... no estaba en Venecia. Estudia en la... Universidad de Padua.

—Quizá siga allí y no sepa nada de tu desgracia.

—Tal vez Concetta... lo haya puesto al corriente, me... prometió que lo haría.

—Pero Concetta ha desaparecido, quizá corrió una suerte parecida a la tuya.

—¡Aldo! —lo reprendió ofuscada Berta—. Deja de preocuparla. Anda, viejo tonto, ve a buscar a su enamorado. No hay tiempo que perder.

El hombre hizo una mueca arrepentida y me pidió disculpas.

—Ya todo es posible —murmuré apesadumbrada.

El desasosiego que sentía por Concetta se había trocado en angustiosa preocupación. El miedo por su bienestar, además, añadía culpa al tormento que me afligía.

—Encontraremos a ambos, muchacha. Todo va a salir bien —aseveró Aldo poniéndose en pie. Inclino la cabeza y salió de la cabaña.

—Es un buen hombre, y cumplidor. Hará todo lo posible por ayudarte.

—Ya lo ha hecho, me ha salvado la vida.

Berta sonrió orgullosa y palmeó mi mano con calidez. Luego me miró con cierto desasosiego y tomó una profunda bocanada de aire antes de hablar.

—Estabas encinta de ese muchacho, ¿verdad?

Asentí y sostuve su mirada, no hallé condena en ella. Eso me alivió.

—La infección procede de ese aborto, no te limpiaron bien, niña.

—Concetta no tuvo tiempo.

—Creo que debo avisar a una partera y que te limpie como es debido. Presumo que quedan restos en tu interior y, mientras no los extraigan, no te curarás.

Asentí entre lágrimas. Comencé a estar muy cansada de nuevo. Sentí el sopor abrazándome y me entregué a él.

—¿Fue un aborto natural?

Negué con la cabeza y sofoqué un sollozo. No quería recordar aquello, no entonces. En esos momentos debía estar fuerte y todavía no estaba preparada para hablar de ello. Berta lo entendió, alisó la manta sobre mi pecho y me dio un suave beso en la frente.

—Nunca pude darle hijos a Aldo —comenzó poniéndose en pie—, pero a

él pareció no importarle, o al menos eso intentó hacerme creer. Cuando te traje ese día medio muerta, envuelta en un saco de sarga apestando a pescado, y vi su mirada conmovida sobre ti, supe que habría sido un buen padre y que por unos instantes yo podría ser una buena madre. De algún curioso modo, Dios te envió a nosotros para que ambas partes gozáramos de un regalo inesperado.

Sonreí afectada, las lágrimas nublaron mis ojos. Tras vivir la maldad más abominable, ante mí tenía a personas bondadosas, generosas y piadosas. Ese intrigante Dios me llevaba a los extremos, pensé turbada. Mi siguiente pensamiento antes de dejarme llevar por el sueño fue una pregunta: ¿qué me tendría preparado a continuación?



Aldo entró estrujando su bonete de punto entre las manos. Su desasosegada expresión hizo que me tensara en el acto.

—Lanzo Rizzoli... —hizo una pausa— se ha casado en Padua.

Sentí como si un hierro candente entrara en mi pecho, atravesándome de parte a parte. Contuve el aliento y negué vehemente con la cabeza.

—¡Eso no es posible! —exclamé furibunda.

Berta se cubrió la boca abierta con la mano y me miró pesarosa. Sus asombrados ojos brillaron compasivos.

—Es lo que he averiguado —reiteró Aldo, tan consternado como su esposa—. Me lo contó uno de los criados de los Rizzoli cuando le dije que tenía una carta para él. Pero no me conformé con esa información y trabé conversación y chanzas con algunos siervos de las familias vecinas, y me lo confirmaron. La desposada es una tal Bianca Lombardi. La ceremonia se celebró, con sospechosa urgencia, en la ciudad donde estudiaba el muchacho, pues pensaba seguir cursando sus estudios allí.

Me hirvió la sangre, apreté los puños y los dientes e intenté salir de la cama. Berta se precipitó sobre mí y me detuvo.

—¡Eso es una burda falacia! —grité impotente.

—Cálmate muchacha —musitó Berta preocupada—. Seguro que todo se arregla, quizá sea un malentendido.

Aldo avanzó determinante hacia mí, pero antes miró reprobador a su mujer.

—Cuanto antes asimile la verdad, mucho mejor, Berta —adujo con firmeza—. Media Venecia murmura sibilina sobre los motivos de esa precipitada boda. Todos coinciden en que los novios ya consumaron antes de pronunciar sus votos. Es un escándalo en la familia de los Lombardi, pero al menos la joven contrajo matrimonio acallando los rumores de deshonor. También se dice que usaron ese ardid para obligar al joven a contraer nupcias anticipadas. Se decidió que vivieran en Padua no sólo por los estudios de Lanzo, sino por evitar a Bianca las chanzas que ya circulan en la ciudad sobre su ligera virtud.

—¡Nooo...! —gemí rota—. ¡Eso no puede ser cierto, es una infamia! ¡Lanzo jamás se casaría con esa serpiente! ¡No es cierto! ¡No lo es!

Berta me abrazó intentando calmarme, pero la angustia que me atenazaba era tan grande que creí desfallecer. Me repetía incesantemente que era imposible, que todo lo habían tramado para extender esa mentira. Pero otra voz de mi interior me decía que no había motivos para urdir algo así, puesto que a mí me daban por muerta. Lo que sí supe es que habían atrapado a Lanzo en una farsa repugnante para obligarlo a aceptar aquel horrible futuro. Y, aun así, no alcanzaba a comprender cómo había renunciado a mí tan pronto, incluso creyéndome muerta. No entendía cómo su amor por mí no había logrado hacerlo invulnerable a cualquier engaño. Él detestaba a Bianca, habría preferido cualquier tortura antes de unirse a alguien tan deplorable como ella. Nada encajaba y, sin embargo, ésa parecía ser mi realidad.

Lanzo estaba lejos, yo no tenía fuerzas para ir en su busca, y sólo me quedaba ser paciente y esperar reponerme para trazar un plan.

Porque, si algo me juré en aquel momento, fue regresar para convertirme en la pesadilla de mis verdugos, de todos y cada uno de ellos. Pero, sobre todo, me juré recuperar a Lanzo, luchar por él, por nuestro amor, con uñas y dientes. Nada me detendría cuando estuviera preparada. Nada.

—No te preocupes, Alonza, nosotros cuidaremos de ti.

Sollocé mi desdicha en brazos de Berta, descargué en su hombro mi dolor y turbación, pero, cuando volví a tumbarme, permanecí largo tiempo hierática mirando al techo con un solo pensamiento en la mente: viajar a Padua.



Pasaron los días y mi salud empeoró. Los dolores regresaron y mis fuerzas languidecieron de nuevo. Berta paseaba inquieta de un lado para otro, mostrando en la crispación de su rostro toda la impotencia que sentía. Aldo me observaba afligido, rezando en voz baja por mi recuperación, pidiendo un milagro que no terminaba de obrarse. Finalmente, y reuniendo algunos ahorros, llamaron a una experimentada partera para que me atendiera.

Aquella tarde apareció con una cesta de mimbre de la que sacó extraños instrumentos. Todos me produjeron intensos escalofríos.

—¿Le diste el preparado que te recomendé?

Berta asintió nerviosa y se ofreció de asistente. Aldo se acercó sombrío, se inclinó sobre mí y me besó dulcemente la frente antes de desaparecer raudo.

—Bien, pues dale algo que pueda morder.

A Berta se le desencajó el rostro, se acercó a la partera y le susurró algo al oído.

—Ese preparado espero que le evite lo peor, pero doler le dolerá. Con algo de suerte perderá el conocimiento —explicó la mujer sin reservas.

Cerré los ojos buscando la fortaleza que iba a necesitar, no obstante, sólo fue miedo lo que hallé.

Berta me miró mortificada, intenté sonreírle tranquilizadora y vi cómo sus ojos se humedecían.

—Todo saldrá bien —murmuré, más para mí que para ella.

Tragué saliva cuando la partera retiró la manta que me cubría con bastante hosquedad. Berta me subió el camisón hasta las caderas, flexionó mis rodillas y las abrió despejando la zona que se debía tratar. Luego me acercó un trozo duro de goma y respiró profundamente, casi más alterada que yo.

—Muerde con fuerza, jovencita. Si hubieras tenido las piernas cerradas cuando debías, ahora no tendrías que abrirlas para esto.

Apreté entre los dientes la goma y fulminé a la partera con la mirada. Era una mujer grande y tosca, de mirada dura y gesto indolente.

Berta me apretó la mano para imprimirme confianza y me dirigió una reconfortante mirada tierna.

Cuando alcé la cabeza para observar los movimientos de la partera, casi desfallezco al descubrir una larga y extraña cuchara afilada y curva en el extremo.

Pusieron gruesos lienzos bajo mis nalgas y una jofaina con agua caliente y una esponja a un lado de la cama. Berta tenía en las manos más lienzos limpios

que estrujaba entre sus dedos con evidente inquietud.

—Bien, espero que la adormidera surta pronto efecto. Esto que veo no pinta bien.

Sentí cómo unos dedos fríos hurgaban en mi interior y me encogí, cerrando las piernas instintivamente.

—Ahora sí las cierras, ¿eh? —musitó burlona la mujer.

—Te agradecería que te guardaras tus opiniones. Se te ha pagado para que hagas bien tu trabajo, nada más —la reprendió Berta, regalándole un ceño furioso.

La mujer endureció el gesto, pero asintió.

—Acércame el candil —pidió asomada entre mis piernas.

Berta le aproximó la luz a mi entrepierna y yo me sentí expuesta y avergonzada.

Oí cómo la partera chasqueaba la lengua y mascullaba para sí. Alcé de nuevo la cabeza y me topé con una mirada sorprendida y una mueca arrepentida.

—Lamento haberte juzgado tan ligeramente —musitó entonces con inusitada humildad—. Te han desgarrado, muchacha. Fuiste forzada por una bestia, ¿no es así?

Por un instante fui incapaz hasta de tragar saliva. Permanecí mirándola fijamente, hasta que capté la mirada horrorizada de Berta. Me quité la goma de la boca y asentí.

—Sí, me forzó una bestia inmunda.

Berta exhaló un gemido contrito, apretó los labios conteniendo sus emociones y no pudo evitar abrazarme. Fue en ese momento cuando las lágrimas pugnaron por salir. Sin embargo, no lo permití. Tenía que ser fuerte.

—¿Fue lo que malogró tu embarazo?

Asentí y volví a reclinarme contra la almohada. No quería seguir respondiendo sus preguntas. Ya habría un momento para recordar, cuando tuviera a esa bestia frente a mí, no antes.

—Haré lo que pueda por ti, muchacha. Perdiste al niño, pero tu matriz está inflamada y supura inmundicia, señal de que quedan restos en tu interior. Eso provoca la infección, y es lo que voy a intentar expulsar de tu cuerpo. No será agradable, pero es de vital importancia si quieres vivir.

—Quiero vivir —pronuncié tajante.

—No me vendrá mal la ayuda de la santa Madonna, es hora de que te

encomiendes a ella. No es una intervención fácil, el sangrado es un riesgo y tu debilidad otro. Pero al menos veo que tu espíritu es fuerte y pareces valiente.

—No me queda más remedio que serlo.

Volví a encajar entre mis dientes la goma y me tensé.

La mujer me sonrió. Creí percibir admiración en su gesto.

—Bien, vamos a ello. Aguanta, muchacha.

Sentí cómo aquella cucharilla se introducía en mi carne. La partera la manejaba con brusca pericia contra las paredes de mi más tierno interior, consiguiendo que yo mordiera con saña la goma. Y, aun así, mis gritos emergieron sofocados, desgarrando el silencio. Estrujé las sábanas de áspero lino entre los puños y me retorcí apuñalada por un dolor atroz.

—¡Sujétala contra la cama! —ordenó agitada la partera.

Berta me afianzó sobre el colchón aferrando mis caderas con fuerza.

—Pronto pasará el dolor, ya verás.

Gruñí acometida por punzadas lacerantes y me debatí huyendo de aquella agonía.

Noté cómo mis muslos se empapaban en sangre y cómo imprecaba la partera ante mi resistencia. Intenté mantenerme quieta, pero mi cuerpo se retorcía incluso contra mi voluntad.

Hubo un momento en que el dolor fue tan agudo que mi cuerpo se quedó laxo, como si se hubiera acorchado, como si hubiera alcanzado el límite de lo soportable. Poco a poco, esa laxitud se acrecentó y pude sentir agradecida cómo un intenso sopor me alejaba de allí.

—Gracias a Dios, la adormidera ha hecho su efecto.

Tras esa frase, una mano me acarició el rostro. Fue lo último que sentí.

CAPÍTULO 13



ATRAPADA POR EL DESTINO

Pasó el tiempo, y aunque rocé el umbral de la muerte en varias ocasiones, subyugada por fiebres altas y dolores espantosos, no consiguió llevarme consigo. Luché hasta el límite de mis fuerzas, pronunciando el nombre de Lanzo en mis delirios, suplicándole que me abrazara. No podía morir si no era entre sus brazos. Y así, esperándolo, evité a la Parca, que con tanta tenacidad me seguía.

Mi recuperación fue lenta, larga y difícil. La partera solía acudir a visitarme para controlar mi estado y admirar maravillada mi lucha por vivir. Bromeaba comparando mi batalla con la narración bíblica de David y Goliat. En mis escasos momentos de conciencia, recordaba su voz alentándome: «¡Vamos, muchacha, apunta bien con la honda!». Habría sonreído de haber podido, pues yo siempre apuntaba y disparaba piedras cuando la fría negrura me oprimía más fuerte que de costumbre.

El día que pude levantarme de la cama y dar unos titubeantes pasos, Berta y Aldo lloraron emocionados. En efecto, durante esa larga convalecencia me

había convertido en esa hija que nunca tuvieron, y ellos, en los padres que yo tan pronto perdí. Mi gratitud se había convertido en un cariño profundo por aquellas dos almas puras y nobles que me habían dado tantas oportunidades de sobrevivir. Incluso a costa de perder su propio bienestar.

A pesar de hablar en susurros entre ellos, intentando solventar sus acumuladas deudas por culpa de mis costosos cuidados y remedios, veía en los oscuros cercos que rodeaban sus ojos y en la acusada preocupación que nublaban sus rostros que su situación comenzaba a ser desesperada.

Quizá fue eso lo que empezó a acelerar mi recuperación, pues sentía la necesidad acuciante de ayudarlos.

Delante de mí, sonreían orgullosos y me prodigaban continuos mimos por mis avances. Y yo, con cada gesto recibido, me prometía saldar cada deuda contraída, y no sólo eso, sino ofrecerles una vida mejor.

Comencé a comer con más apetito y mi mejoría avanzó a pasos agigantados. Daba pequeños paseos por la zona del brazo de Berta. El primer día que salí me sorprendió comprobar que no estaba en Venecia, sino en Murano, una pequeña isla frente a la ciudad. Descubrí maravillada una profusión de talleres donde fundían vidrio para confeccionar exquisitas y coloridas figuras y objetos de decoración. Resultaba hermoso observar cómo trabajaban el cristal moldeándolo con tan increíble precisión.

—Aldo fue de joven un gran maestro cristalero —comentó Berta mientras nos deleitábamos en el trabajo de un joven aprendiz.

—Y ¿por qué lo dejó?

—No lo dejó —respondió apesadumbrada—. Comenzó a sufrir unos ataques nerviosos que lo convulsionaban en bruscos espasmos. Durante uno de ellos, se quemó con cristal fundido al volcar la matriz. El taller se prendió fuego y él casi muere aquel día. Lo perdimos todo y tuvo que echarse a la mar para poder subsistir.

El muchacho ayudaba a su maestro concentrado sus explicaciones, lo que no impidió que me dedicara una tímida sonrisa al reparar en mí. Berta se alejó para conversar con los trabajadores, evitando que yo oyera su conversación, aunque sabía muy bien que buscaba trabajo.

Contemplé absorta cómo el maestro hacía girar un globo de vidrio azul ensartado a una larga vara hueca y le daba forma con unas pinzas. Luego tomó unas extrañas tijeras y recortó los finos sobrantes. Acto seguido entregó la vara con la pieza a su ayudante y el muchacho se apresuró a introducirla en un

gran horno abierto por el que escapaban brasas candentes. Aguardó un instante y la extrajo para acercarla raudo a su maestro. Éste la apoyó en la barra de hierro donde la estaba trabajando, la giró un par de veces y, acercando la boca al otro extremo, sopló con fuerza. El globo de cristal aumentó su tamaño y el artesano comenzó de nuevo a darle forma mientras la giraba con cautivadora pericia. Tan ensimismada estaba, que no me percaté de lo cerca que me encontraba de la zona de trabajo.

Una mano apresó entonces mi muñeca, haciéndome retroceder con suavidad.

—Oh, lo lamento, no pretendía ser un estorbo —me disculpé azorada.

—Me preocupa más vuestra seguridad.

La dulce sonrisa del muchacho iluminó un rostro agraciado y complaciente.

—Gracias, ya nos íbamos.

—No es mi intención echaros, podéis quedaros a vernos trabajar.

Me limité a asentir y me aparté ligeramente, pero él me siguió tras dirigir un rápido vistazo a su maestro, que continuaba embebido en su trabajo.

—Nunca os había visto en la isla. Sois de Venecia, ¿verdad?

—Sí, sólo estoy de visita.

—Mi nombre es Leonardo Boccia. Si lo deseáis, puedo mostraros los rincones más bonitos de Murano.

Lo miré algo sorprendida y negué con una sonrisa para suavizar el rechazo.

—Os lo agradezco, pero mis parientes ya se encargan de eso.

Volví a girarme cuando de nuevo él se puso frente a mí, bloqueándome el paso.

—¿Puedo saber al menos vuestro nombre?

—No entiendo para qué.

—Para que, cuando os sueñe, no os apodee *Hada de Cristal*.

Agrandé los ojos turbada por su atrevimiento. Sentí las mejillas arreboladas, pero logré sostener su penetrante mirada.

—Alonza.

—Vuestra apariencia es tan etérea, tan frágil como el vidrio que moldeamos.

—Sin embargo, soy muy resistente y poco moldeable —espeté altiva.

El joven sonrió complacido y se apartó para dejarme pasar.

—Pasaos por aquí cuando deseéis, me encantará enseñaros lo que sé hacer.

Detecté un brillo travieso en su mirada que evidenciaba la doble intencionalidad de sus palabras. Fruncí el ceño y me alejé con la espalda erguida hacia Berta.

Estaba en un rincón, hablando con un hombre de aspecto ladino. Se apresuró a terminar la conversación cuando me sorprendió acercándose.

—Estoy cansada, me gustaría regresar a casa.

—Claro, vamos.

En el camino de vuelta, Berta me contó que Aldo había ido a Venecia a cumplir un encargo de su patrón, y que aprovecharía para preguntar de nuevo por Lanzo y Concetta.

—He pensado que, si averiguara su dirección en Padua, podría escribirle una carta explicándole todo.

—Es justo lo que pretende descubrir Aldo. Y es un hombre tenaz, te lo aseguro. Yo creo que rechacé su cortejo al menos en una docena de ocasiones y, mírame, llevamos toda una vida juntos. Por cierto, ¿qué te ha dicho el guapo aprendiz? He visto que hablabas con él.

—En realidad era él quien hablaba conmigo —respondí con desidia.

—Alonza, eres una muchacha muy hermosa, y aunque te falta carne sobre los huesos, algo que pienso remediar muy pronto, tendrás que acostumbrarte a llamar la atención de los hombres.

—Son ellos los que no llaman mi atención. Mi corazón ya tiene dueño —aduje con firmeza.

Berta asintió conforme, aunque no pudo evitar traslucir en su gesto una nueva preocupación hacia mi persona, esta vez dirigida a mi corazón.

Caminamos el resto del trayecto en silencio, ambas sumidas en nuestras propias preocupaciones.

Llegué cansada, pero me negué a meterme en la cama. Ayudé a Berta a preparar la comida y oculté mi debilidad con sonrisas animadas. Mientras cortaba verduras, maduré un plan para encontrar trabajo y poder solventar así las deudas adquiridas y ahorrar para mi viaje a Padua.

Estábamos a la mesa sirviendo la sopa cuando Aldo apareció en el umbral. Por su semblante, supe que no traía buenas noticias. Tragué saliva y respiré hondo.

Me miró de soslayo mientras se lavaba las ajadas manos en la jofaina,

temeroso de revelar su descubrimiento. Aquel huidizo gesto aceleró mi pulso, su atribulada expresión me constriñó el pecho. El miedo comenzó a latir casi con más rotundidad que mi propio corazón.

Soporté paciente su intencionada demora por sentarse a la mesa. Mis crispados dedos se frotaron unos contra otros y mis pies se movieron inquietos. La ansiedad me corroía.

Descubrí en Berta el mismo desasosiego que me apresaba a mí. Ambas nos miramos nerviosas. Cuando Aldo se sentó a la mesa, nos miró detenidamente un instante. Su rictus se estiró tenso, sus ojos se preñaron de tristeza, su estrangulada exhalación me alertó, advirtiéndome de que las palabras que estaba a punto de pronunciar serían vitales para mí.

—Alonza —comenzó mirándome con gravedad—, no traigo buenas nuevas para ti, me temo.

—¡Habla de una vez, viejo tonto! ¿No ves que le falta el aliento? —exigió Berta ceñuda, colocando las palmas sobre la mesa.

Aldo oprimió los labios y asintió compungido.

—Lanzo va a ser padre..., por eso lo obligaron a casarse.

Un fulminante acceso de furia me atravesó y me dejé trémula y jadeante. Ahora sabía que todo era una patraña, Lanzo jamás tocaría a Bianca, jamás se casaría con ella, aunque el diablo lo obligara. Tenía que salir de allí como fuera e ir a buscarlo. Clavé la mirada en el rugoso tablero de la mesa, en mi cuenco de madera humeante, cavilando sobre aquel urgente viaje. Cuando alcé la vista y me topé con la preocupada mirada de mis ángeles particulares, sonreí ante su completo desconcierto.

—Necesito la dirección de Lanzo en Padua.

—Ese muchacho te cree muerta, está casado y va a ser padre —arguyó Aldo mirándome a los ojos—. ¿Tan importante es para ti como para romper una familia?

—Rompería Venecia entera por él —respondí tajante. Apreté los puños y me puse en pie, mirándolos alternativamente—. Y no voy a romper nada porque nada hay, porque todo esto es una farsa bien urdida, un complot de Fabrizio para no perder otro jugoso contrato comercial y nobiliario. No, no van a engañarme, ¿me oís? Conozco a Lanzo porque está aquí —me señalé el pecho—, y de aquí no saldrá jamás, como yo no saldré de él. Está atrapado en la mentira y yo lo rescataré de ella.

—¡Alonza, has de entrar en razón, te lo suplico! —exclamó Berta

vehemente—. Ese muchacho pertenece a una familia poderosa, una familia que ya te condenó a muerte y que no volverá a dudar ni un segundo en cargar contra ti si interfieres en sus vidas. Acepta lo que el destino ha decidido, no te expongas. Eres muy joven, muchacha, te enamorarás de nuevo.

—Pero Lanzo...

—No —me interrumpió ella poniéndose en pie y mirándome furiosa—. Lanzo ha decidido dejarse embaucar y ni se ha molestado en saber de ti. No merece que vuelvas a jugarle la vida por él.

—¡No sabemos qué le dijeron, no voy a renunciar a él! ¡No hasta saber la verdad de todo esto!

—¡La verdad ya te la ha dicho Aldo!

—¡No —casi grité indignada—, la verdad tendré que verla con mis propios ojos!

—Padua no está muy lejos —murmuró Aldo abatido—, pero nosotros no podemos viajar ahora.

—Ni yo os lo pediría. Bastante habéis hecho ya por mí.

A Berta le brillaron los ojos y apartó la mirada, conteniendo infructuosamente la emoción.

—No puedes ir tú sola, apenas eres una niña —repuso soliviantada.

—No, la vida me ha convertido a golpes en una mujer.

Había tomado una decisión y la llevaría a cabo. No tenía nada que perder ya. En mis devaneos con la muerte, la había aceptado como fiel compañera de viaje. En cuanto a la vida, sin Lanzo, perdía brillo. Sin ese amor que me había rescatado del infierno, poco importaba ya lo que fuera de mí. Según aquella partera, jamás podría tener hijos y, según yo, jamás podría volver a amar.

—Regresaré —prometí con lágrimas en los ojos— y os recompensaré con creces.

—Nuestra única recompensa es que regreses sin más —musitó Aldo poniéndose trabajosamente en pie.

Berta me estrechó entre sus brazos y Aldo nos abarcó entre los suyos a las dos. Permanecimos un largo instante abrazados envueltos en llanto, asumiendo mi pronta partida y prodigándonos el profundo afecto que nos había unido.



Accedí a que Aldo me organizara el viaje. Un antiguo compañero de trabajo, dueño de uno de los talleres de vidrio, solía ir a Padua a por materiales una vez al mes. El hombre había accedido a llevarme y ya sólo quedaba una semana para la partida.

Durante esos días, solía salir a pasear con bastante asiduidad aprovechando los últimos días de un verano ya mortecino. Y todos y cada uno de mis paseos eran interceptados por el díscolo discípulo de aquel taller, que se había empeñado en arruinarme mis salidas en solitario.

Leonardo Boccia era un incansable joven con dos grandes defectos: la sordera y el egoísmo. Por más que yo le dijera que me dejara tranquila, él sólo se atenia a sus propios deseos: perseguirme con una perorata interminable que aceleraba mis pasos y acentuaba mi ceño.

No obstante, no cejaba en su curioso cortejo. Aquella tarde logró desconcertarme con un inusitado cambio de actitud. Caminaba a mi lado cabizbajo y silencioso, y, aunque con mucho, era preferible a su continuo parloteo, no pude evitar indagar qué le pasaba.

—Me he estado preguntando qué hay de malo en mí —respondió alzando sus ojos avellanados.

—Y ¿por qué te haces semejante pregunta?

—Por cómo me tratas —adujo apesadumbrado.

Aquello me hizo mirarlo con sorpresa. ¿Dónde estaba su habitual bravuconería?

—Sólo te ignoro.

Leonardo alzó una ceja y chasqueó la lengua.

—Por eso mismo —aclaró contrariado—. Nunca me había ocurrido con ninguna otra chica.

—En ese caso, es más fácil que pienses que el problema lo tengo yo.

—Y ¿qué problema es ése?

—Uno que no te incumbe, pronto me iré de aquí.

—A Padua, lo sé.

—Pues entonces sabrás que pierdes el tiempo.

El joven negó con la cabeza y esbozó una sonrisa suficiente.

—No he perdido ni un solo instante contigo —repuso orgulloso—, puesto que, mientras yo hablaba y tú ni te molestabas en mirarme, he absorbido cada

uno de tus rasgos. Algún día moldearé un hada de cristal con tu rostro.

—Entonces, ¿soy tu musa?

Leonardo me contempló con inquietante profundidad.

—¿Acaso puedo aspirar a algo más?

—No —respondí con franqueza.

—Quién sabe, Alonza, quién sabe... —masculló soñador—. Mi maestro suele decir que el vidrio es como la vida: gira sin parar y en cada giro se transforma y cambia de color. Quizá a mi sueño sólo le falten unos cuantos giros para hacerse realidad.

No pude evitar sonreír ante su conmovedor optimismo.

—Es una excelente comparación —repliqué frente a él—, pero en mi caso el vidrio ya está moldeado y lo hago girar yo.

—Afortunado el artesano que logró moldearte —musitó repasando con sus ojos mi rostro.

Su mirada se detuvo en mis labios y no pudo evitar morderse el labio inferior. Luego desvió la mirada hacia el canal y suspiró quedo.

—Mucha fortuna no hemos tenido, espero poder girarla a nuestro favor.

—¿Por eso vas a Padua? —preguntó con la mirada perdida en el horizonte.

Asentí y contemplé la esplendorosa puesta de sol sobre la laguna. Una esfera de oro cobrizo comenzó a sumergirse perezosa en aquel horizonte líquido, tachonando de destellos dorados un sendero que lo despedía como el manto de una Virgen.

—Hermoso —susurré embriagada por el mágico ocaso.

Leonardo se giró hacia mí, me tomó las manos con actitud reverencial e inclinó respetuoso la cabeza antes de alzar su rostro hacia mí.

—Déjame ayudarte, Alonza. Si no puedo albergar ninguna esperanza en lo que a ti se refiere, déjame al menos el consuelo de llevarte a quien supo ganarte. De saberte protegida y querida.

—¿Por qué? —pregunté con aguda desconfianza—. No me conoces.

—Ni yo mismo lo sé, te lo aseguro, simplemente es lo que mi corazón me pide que haga.

Nos sostuvimos la mirada con expresiones contrapuestas. En la de él brillaba la esperanza; en la mía, el recelo.

—No, Leonardo. Pero te lo agradezco.

La desilusión pintó sus facciones, aunque asintió resignado.

—Tendré que pedirle a Dios que vele por ti en mi lugar —murmuró entristecido.

Acercó mi mano a sus labios y besó el dorso con galantería, sumergiéndose en mis ojos.

—Sé que algún día volveremos a encontrarnos, Hada de Cristal.

—Pues hasta ese día, futuro maestro.

Solté mi mano y me alejé de él.



Tras atravesar la laguna hasta la costa en una pequeña embarcación, los hombres alquilaron unas carretas para cargar con la mercancía que pensaban adquirir en Padua. Se tardaba toda una jornada en llegar a la ciudad, y ante la expectación por volver a encontrarme con Lanzo, aquella distancia me pareció interminable.

Acampamos en una arboleda para pasar la noche. Los hombres se sentaron a cenar frente a una hoguera y yo decidí quedarme dentro de la carreta con un simple trozo de pan y algo de queso. Estaba ansiosa por dormirme y que amaneciera, por acortar el tiempo y la distancia, por volver a sentir sobre mí sus hermosos ojos azules. Sin embargo, el sueño no accedió a mis ruegos. Me removía inquieta, me despertaba con el pulso acelerado, sobresaltada por pensamientos que acudían traicioneros susurrándome que no lo encontraría, o que ya no querría saber nada de mí. Entonces, yo me aferraba a los recuerdos para alejar ese implacable desasosiego, aun así, el malestar prevalecía.

Fue una noche larga, mucho más que todo el día anterior traqueteando por la campiña. Pero cuando el sol asomó perezoso, mi ánimo se iluminó con él.

Cepillé animada mi cabello y me lo trencé sobre el hombro. Desayuné con apetito y hasta sonreí a la mañana con un entusiasmo que casi había olvidado.

—Muchacha, da la impresión de que hoy es el día de Navidad y te esperan muchos regalos junto a la chimenea —bromeó el maestro amigo de Aldo.

—Sólo anhele un regalo, y espero que me sea concedido hoy.

El hombre me sonrió comprensivo y me ayudó a subir a la carreta. Me

senté junto a él.

—Bien, pues volveremos todos cargados de regalos.

Jaleó a los caballos al tiempo que sacudía enérgicamente las riendas y partimos rumbo a Padua entre chanzas e ilusiones.

Mi mente evocaba sin cesar cómo sería nuestro encuentro, tratando de imaginar su rostro al verme. Ya casi sentía sus brazos en torno a mí. Sólo en ellos desplegaría todo el pánico, la soledad y el sufrimiento que había sentido desde que se alejó de mi lado. Y él, con su infinito amor, los borraría con besos y miradas.

No tardamos en llegar a la ciudad, un canal la rodeaba sinuoso. Cruzamos el puente de entrada y nos adentramos en la bulliciosa Padua.

A nuestro alrededor, una explosión de vida emergió entre coloridos tenderetes, vociferantes mercachifles y vibrante algarabía. Por encima del piafar de los caballos se alzaban conversaciones variopintas, los reclamos de los mercaderes atrayendo a clientes, risas de niños y música de trovadores callejeros entonando canciones al ritmo de un laúd.

Escudriñé curiosa entre la gente, quizá esperando verlo por un golpe de suerte. No sabía dónde vivía, pero no importaba; mi destino era la Universidad de Padua, allí seguro que lo encontraría.

—Te dejaremos donde nos pediste y regresaremos al mercado. No creo que puedas esperar más ese regalo. —El maestro me guiñó un ojo cómplice y yo le sonreí ilusionada—. Pero nosotros partiremos a la mañana siguiente. Si deseas regresar, te esperaremos en cuanto salga el sol en la entrada de la ciudad. Si para entonces no estás allí, nos iremos sin ti.

Asentí conforme y recé para mis adentros no tener que buscarlos.

Atravesamos estrechas callejuelas, llegamos al centro justo de la villa, donde se encontraba el palacio del Bo, el suntuoso edificio que al parecer albergaba la prestigiosa universidad.

Cuando la carreta se detuvo frente al hermoso palacio, tuve que obligarme a respirar hondo antes de descender.

—Ha llegado la Navidad, señorita.

—Gracias por el viaje.

—Lo habría hecho igualmente. Suerte ahí dentro.

Sonreí agradecida. El hombre se llevó una mano a su sombrero como despedida y chasqueó con fuerza la lengua para azuzar a los caballos y salió al trote por aquellas empedradas calles.

Me erguí ante el pórtico de entrada, rodeado de soportales, y respiré hondo antes de avanzar decidida.

Me adentré en un amplio vestíbulo, donde varios jóvenes deambulaban entre conversaciones susurradas. Me aproximé al muchacho que repasaba unos pergaminos con bastante concentración.

—Disculpa, necesito encontrar a un alumno de anatomía.

Alzó algo contrariado la vista y frunció el ceño ante mi interrupción.

—Se llama Lanzo Rizzoli —añadí.

—Lo conozco —respondió. Mi corazón dio un salto en mi pecho—, pero desde que se desposó ha desaparecido. Dicen que quizá esté ahora en la Universidad de Bolonia. Era muy brillante, su profesor había sido alumno allí y le aconsejó el traslado.

Parpadeé aturdida. «No, no, por favor...», me dije mientras la desolación comenzaba a acomodarse en aquel rincón de mi ser donde la esperanza había anidado momentos antes.

—¿Dónde... dónde vivía aquí?

—Se hospedaba en un albergue para estudiantes, dos calles más atrás.

—¿Cuánto hace que no lo ves?

El muchacho pareció meditar un segundo antes de dar su respuesta.

—Pues hará unas tres semanas. La última vez que lo vi fue en el anfiteatro de anatomía, asistiendo a una de las clases del prosector Johann Georg Wirsung. Ese día teníamos examen patológico. Desde entonces no he vuelto a verlo. Los rumores que circulan son éstos, pero no podría asegurar en modo alguno que sean ciertos. Desapareció de un día para otro, sin decir nada a ninguno de sus compañeros, fue algo muy extraño. También se dice que intentó huir de ese matrimonio impuesto y que no está casado, sino escondido. Pero Lanzo no es de los que huyen, y menos de la paternidad.

Cada palabra cayó sobre mí como piedras de granizo congelado. Agradecí la información y salí de aquel lugar con paso errante y mirada perdida.

Intentaba asimilar cada palabra para forjar un plan, pero la angustia que sentía abotargaba mi mente y desgarraba mi pecho. En efecto, Lanzo no era de los que huían. Pero tampoco de los que se dejaban atrapar con mentiras. Porque, si de algo estaba segura, era de que aquella paternidad impuesta por esa víbora era un ardid para atraparlo. Mientras yo peleaba contra la muerte para regresar a sus brazos, a él lo había enredado en una trepa endiablada.

Pero ¿qué debían de haberle dicho sobre mí? Debían de haberle contando al menos que había muerto, a saber de qué manera. Y él ¿cómo debía de haber reaccionado? No quería ni imaginar su dolor porque mi corazón se rompía. Pero quizá, sumido en esa terrible desesperación, nublado por el sufrimiento, se había abandonado a su destino, indiferente ya al infierno que lo aguardaba. Pero ¿aceptar al hijo de otro hombre?

Me senté en la escalinata exterior, entre las fornidas columnas, y escondí el rostro entre las manos. Pensé en Bianca y el estómago se me revolvió con acidez. Puede que incluso ni siquiera estuviera encinta, pero, si lo estaba, la posibilidad de que Lanzo la hubiera tocado me repugnaba con tanta virulencia que no podía ni barajarla. No, él jamás... Ni enloquecido por el tormento de mi pérdida se habría arrojado a los brazos de esa arpía.

Me puse en pie algo tambaleante y pregunté por el albergue de estudiantes. Quizá la casera supiera algo más.

Era un edificio modesto pero limpio. Una hacendosa mujer barría la entrada con entusiasta vigor.

—Busco a Lanzo Rizzoli.

Se apartó de un tosco resoplido las guedejas que se le pegaban al rostro y me miró con curiosidad. Se apoyó indolente en el palo del escobón y forjó una mueca desdeñosa.

—Se te adelantaron, muchacha, y de qué manera —explicó con hiriente sorna.

Fruncí el ceño y me acerqué a ella.

—¿Quién lo buscó antes que yo?

—Una damita altanera con mucho genio y pocos modales.

—Y ¿se fue con ella?

—No le quedó más remedio: no vino sola.

—¿Lo sacaron a la fuerza de aquí?

La mujer negó vehementemente con la cabeza.

—Hubo una tremenda discusión. Cuando se fueron, Lanzo destrozó la habitación. Nunca lo había visto así, no era un muchacho libertino ni lo había visto beber nunca, pero esa noche enloqueció. A la mañana siguiente se marchó dejando aquí todos sus enseres. Una semana después vino alguien de su familia, pagó la renta y se llevó sus cosas.

—¿De dónde salió el rumor de... su casamiento y su paternidad?

—De esa discusión, toda la pensión la oyó. Lo acusaron de haber

deshonrado a su prometida y le exigieron una compensación. —La mujer ladeó la cabeza y la sacudió con cierta diversión—. Pero él lo negaba todo y comenzó a gritar que jamás se casaría con una mentirosa. Todo fueron gritos y confusión. Creo que golpeó a su padre y lo echó a empujones de su cuarto.

Asentí con lágrimas en los ojos. Estaba mareada, y me acuclillé en un rincón. La mujer soltó la escoba y se acercó preocupada a mí.

—Has palidecido, muchacha, ¿te encuentras bien?

Negué con la cabeza, un hipido escapó entre mis sollozos.

—Tengo que encontrarlo —musité en un hilo de voz.

—No sé dónde podrá estar. El mundo es muy grande.

Abracé mis rodillas y escondí el rostro en ellas. No podía más, las fuerzas, la esperanza, la ilusión morían sin remedio, dejándome vacía.

—Regresé de la muerte para nada —susurré contra mi regazo.

Una mano se posó en mi hombro sacudiéndome ligeramente. Cuando alcé la vista, me topé con una expresión demudada.

—Recuerdo una frase —dijo la casera con un deje asombrado en su faz.

—¿Cuál?

—Una que gritó Lanzo con tanta fuerza que su voz se quebró y me dio escalofríos. Estaba en la portería y recuerdo que sentí un nudo en la garganta.

—¿Cuál?

—«Si ella está muerta, yo también.»

El corazón se detuvo en mi pecho.

—¡Oh, Santa Madonna!... ¿Eres tú a la que creyó muerta?

—Ahora es cuando lo estoy.

Me sacudieron los sollozos y el dolor me abatió. Intenté ponerme en pie, pero las rodillas me fallaron. Él no podía... No, no, nooo...

Caí al suelo antes de que la casera tuviera tiempo de reaccionar.

CAPÍTULO 14



SOMBRAS ACECHANTES

Cerré el diario y separé los labios en busca de una buena bocanada de aire.

¡Maldita fuera, sentía en carne propia la angustia y el dolor de Alonza! Me levanté de la cama y abrí la ventana. Ver el mundo bullir ante mí me devolvió a mi propia realidad. Parpadeé, y las lágrimas acumuladas se derramaron por mis mejillas.

Ese diario debía de haber sido preso de algún conjuro, porque no era normal que me atrapase con tan vívida intensidad y me metiera de un brusco empujón no sólo en la Venecia de aquella época, sino en la piel de Alonza.

Quizá Luca llevara razón y de algún modo incomprensible hubiera un vínculo mágico entre mi antepasada y yo. Porque, cada vez que abría el libro, sin duda me convertía en ella.

Sentí la necesidad de seguir leyendo. Pensar que Alonza había perdido a Lanzo me estrujaba el corazón. Él no podía haber muerto, deseé con toda mi alma que el destino los reuniera de nuevo. Pero aquello no era una simple novela, era el diario de una vida, una que estaba resultando muy trágica. Y, entre aquella angustiosa amalgama de emociones diversas, una cuestión titiló luminosa como la marquesina de un hotel. Si en realidad yo era su descendiente, aquella partera se había equivocado y Alonza había tenido hijos.

Respiré hondo repetidas veces, apoyada en el alféizar, contemplando el atardecer en el Gran Canal.

Un enorme orbe rojizo salpicó de cobre las oscuras aguas, silueteando las embarcaciones con un hilo de oro. Sobre las cúpulas de iglesias y palacios renacentistas, un lienzo de colores cambiantes se desdibujaba ante mis ojos. Añiles, rosados, azules y dorados se entretejían en artístico capricho, subyugando con su belleza. Permanecí un largo instante embebida en aquel ocaso cautivador, absorbiendo con deleite la inolvidable postal.

Sentí el impulso de perderme en Venecia, de recorrer sin rumbo sus calles, de fundirme en su noche y de revitalizar mis constreñidas emociones. Y eso haría, me

dije. Cenaría en el hotel y pasearía hasta agotarme.

Necesitaba meditar sobre aquella nota. Por un lado, no podía negarme a mí misma que deseaba ver a Luca, y, por otro, me sentí en la obligación de controlar aquella aguda y repentina inclinación por alguien que en realidad no era más que un extraño.

Caminé disfrutando de cada paso, admirando la magia que rezumaba cada rincón penumbroso, cada encantador puente y cada añejo adoquín bajo mis pies. Doblaba recodos sin pararme a pensar qué dirección tomar, mientras escuchaba el eco de mis pasos rebotando en las piedras y perdiéndose en la noche. Era tarde, y la partida de los turistas, muchos de ellos alojados en Mestre, habían descongestionado la ciudad. Los que se hospedaban en ella, agotados de tanto explorar, se habían retirado a descansar, dejándonos a los pocos viandantes la mejor parte de Venecia. Esa parte, oculta, misteriosa y romántica, que emergía cuando la luna y la soledad eran los únicos testigos de nuestros pasos.

Recorrí las estrechas callejuelas hasta que, de repente, descubrí que un eco de pasos tras de mí perduraba tomara el camino que tomase. Me detuve, fingiendo buscar algo en el bolso, y aproveché para mirar hacia atrás. Detecté una sombra que de inmediato se paró y se ciñó a la pared, buscando el cobijo de la oscuridad.

Una serpenteante y escurridiza sensación recorrió mi espina dorsal.

Alguien me seguía.

Cuando me puse a caminar de nuevo, agilité el paso y me crucé el bolso por delante. Tras varios giros, no me cupo ninguna duda de que aquella sombra buscaba algo de mí. Repasé mentalmente el callejero del centro de Venecia intentando ubicarme. Pero de noche todo adquiría una dimensión diferente, y más cuando el miedo comenzó a medrar en mi cabeza. A cada paso, intentaba barajar mis posibilidades ante un ataque, y aunque mi pulso se aceleraba con sólo imaginarlo, mi mejor opción sin duda era correr. Salí a una gran plaza que me resultó familiar y entonces reconocí la basílica que había en ella: Santa Maria dei Frari. Sentí un innegable alivio al saberme próxima al domicilio de Luca.

No me detuve a pensar por qué mi inconsciente había guiado mis pasos hasta allí, sólo atravesé aquella gran plaza con toda la celeridad posible sin llegar a correr. Cuando miré tras de mí, no vi nada ni a nadie sospechoso. Estaba completamente sola. No aminoré el paso. Cuando llegué a la fachada de la tienda de antigüedades, sin iluminación ya a aquella hora, me adentré temerosa por el angosto callejón donde Luca tenía el acceso directo a su apartamento. Una trémula farola de gas apenas iluminaba el rodal donde se hallaba la puerta. Escruté la entrada del callejón rezando por no ver a nadie corriendo hacia mí. Llamé con urgente insistencia al timbre, sin dejar de mirar a ambos lados. Todo a mi alrededor eran sombras acechantes que se me

antojaban peligrosas.

Una voz opaca me sobresaltó.

—¿Quién es?

—Yo, Alessia —respondí acercando mi boca al altavoz del portero automático.

Un sonido vibrante me anunció que la puerta estaba abierta, la empujé veloz y me adentré en el inmueble, apoyándome jadeante en ella al tiempo que dejaba escapar el aliento contenido. Necesitaba recuperar la calma antes de subir aquella sinuosa escalera de caracol.

Una luz azulada de emergencia guio mis pasos en cada escalón. No tardé en ver una luz brillante, asomada al resquicio de una puerta entreabierta.

Una alta silueta se recortó contra ella.

Se ladeó para dejarme pasar y entonces reparé en que llevaba el cabello oscuro revuelto y, como única vestimenta, unos livianos pantalones de pijama. Su expresión, aparte de extrañada, poseía un insólito tinte complacido.

—Curiosas horas para un respiro —saludó guiándome al interior de su casa.

Tras recorrer un largo pasillo, llegamos al salón. A la tenue luz de una lámpara de mesa, su imagen cortaba el aliento. Su pecho atrajo mi mirada como una mariposa revoloteando ante un candil. Sus pectorales marcados, pero no en exceso, adornados por un ligero vello oscuro entre ellos, su vientre firme y acerado y unos oblicuos que se perdían en la cinturilla de su pijama ejercieron el suficiente

influjo en mis sentidos para no poder no sólo articular palabra, sino también, y para mi completa turbación, escuchar su frase.

Cuando logré apartar la vista de su pecho y lo miré, la vergüenza encendió mis mejillas ante su divertida expresión. Tenía una ceja alzada con aguda picardía y sus carnosos labios se curvaron en una sonrisa torcida que sacudió mis sentidos de nuevo.

Me sentí ridícula e inmadura y me aparté de él hacia la ventana que daba al patio interior, deseando que el frescor de la noche eliminara el rubor de mis mejillas.

Lo noté tras de mí y todo mi cuerpo se tensó. La visible atracción que ese hombre ejercía sobre mí comenzaba a ser un problema.

—Yo... he salido a dar un paseo.

Se puso a mi lado, estiró sus fuertes brazos y agarró el marco con ambas manos para asomarse. Lo miré de soslayo por temor a seguir revelando todo lo que provocaba en mí.

—Podría haberte acompañado. Venecia no es tan segura como se piensa.

Su voz... En el completo silencio de la noche, su voz sonó diferente, ¿o acaso la estaba modulando con ese sensual deje rasgado a propósito?

—Acabo de comprobarlo.

Luca se giró alarmado hacia mí y me miró inquisitivo. La azulada plata de la luna lo bañaba por entero.

—¿Te han atracado?

Negué con la cabeza. Me tomó por los brazos encarándome a él. Mis ojos se perdieron en los suyos, como se perdieron mis palabras en mi garganta.

En su penetrante inspección, aparte de temblar entre sus brazos como una hoja, percibí que mi cercanía también lo turbaba. Sus oscuros y brillantes ojos se posaron en mis labios con tanta intensidad que me estremecí.

—Estoy... bien —logré balbucear.

Pasó el dorso de su dedo índice por mi rostro, recorriendo el óvalo sin apartar los ojos de mi boca.

—Estás temblando —comprobó mirándome con preocupación.

Y en efecto lo hacía, pero zarandeada por todo lo que estaba provocando en mis sentidos.

Atrapados en aquel momento, ninguno fue capaz de hablar con otra cosa que no fueran los gestos.

El cosquilleo de su dedo logró arrancarme un exiguo gemido sofocado que hizo que Luca se mordiera contenido el labio. Hice ademán de apartarlo, pero mis palmas se quedaron adheridas a aquel vasto pecho cálido y acanelado. El contacto nos afectó a ambos por igual. Él se estremeció y yo deseé repasar aquel magnífico pecho como él lo había hecho con mi rostro.

Sentí cómo deslizaba los brazos hasta mis caderas, atrayéndome hacia sí. Apenas opuse resistencia cuando me ciñó a su cuerpo. La rotundidad de su torso, el calor que

desprendía, ese aroma a esencia masculina, la intensidad de su mirada... vencieron con aplastante facilidad las pocas reservas que me quedaban en pie.

Cuando se inclinó hacia mi boca, la entreabrí tan ansiosa como él por colmar el hambre que nos dominaba.

Deseaba fervientemente ese beso, necesitaba urgentemente su calor.

La tersura de sus labios rozó los míos varias veces, jugando con ellos, aumentando mi hambre. La punta de su lengua los resiguió, me dejé hacer completamente cautivada por su melosidad. Mordisqueó suavemente mi labio inferior, lo succionó, lo lamió y lo frotó logrando que gimiera impaciente. Abrí la boca esperando su incursión, pero él se apartó con una mirada ladina que me erizó la piel.

Se puso detrás de mí y me aprisionó contra el alféizar. Sentí la dureza de su deseo contra mis nalgas. Mi liviano vestido de verano no restó rotundidad al gesto.

Me estremecí ante las hogueras que ese hombre estaba encendiendo en mí.

Sus grandes manos se deslizaron por mis caderas y mis costados para terminar subiendo por mis brazos, bajando los tirantes por mis hombros. Llevaba la melena recogida en una cola alta, y él tomó mi cabello y lo enrolló en su puño. Depositó un beso en mi nuca y me obligó con suavidad a inclinar la cabeza hacia atrás. Entonces mordió mi cuello y yo gemí ardiente. Apresó el lóbulo de mi oreja y lo lamió pausado, consiguiendo que se me gelatinizaran

las rodillas. Luego deslizó la lengua por el lateral de mi cuello, por la clavícula y la curva de mi hombro, besando con tan entregado y apasionado deleite que sentí cómo todo mi cuerpo se convertía en lava fundida. Su otra mano se engarzó en mi garganta mientras su boca trazaba el mismo recorrido de húmedos besos hasta regresar a mi oreja.

—No imaginas la de veces que he soñado con besarte así...

Su grave susurro se filtró entre aquella nube de deseo que me abotargaba como una caricia más.

Giré el rostro buscando su boca desesperada por sentirlo en ella, pero no me dejó. En cambio, me obligó a mirarlo, a ver el tórrido fuego que crepitaba en sus ojos oscuros. La tensión de su rostro, estirada por un latente deseo contenido, azuzó esas hogueras, que ya lamían devoradoras cada rincón de mi ser.

—Luca... —gemí sufrida.

—He esperado mucho para oír mi nombre de tus labios, pero ni en el mejor de mis sueños sonaba así.

Mordió mi barbilla y su mano abierta descendió de mi garganta hasta mi escote, filtrándose por él. Sentí la punta de sus dedos introducirse en mi sostén y rozar mi pezón y exhalé un largo gemido placentero que él se apresuró a atrapar con su boca.

Me besó con tal desesperación que sentí todo mi cuerpo deshaciéndose ante su urgencia. Su lengua recorrió

cada recoveco de mi boca, enredándose en la mía. Me saboreó con tal avidez que mi entrepierna, ya húmeda, se contrajo ansiosa.

Su mano arrastró vestido y sostén hacia abajo liberando mis senos, acariciándolos con denodada pasión, sin dejar de besarme. Con su otra mano enredada en mi coleta, manejaba mi cabeza a su antojo. Me apartaba para mirarme, para embeberse de mis inflamados labios, antes de tomarlos de nuevo.

Allí, contra la ventana abierta, mi espalda recostada contra su cuerpo, siendo acariciada y besada por aquel brujo de ojos mágicos, perdí todo contacto con el mundo. Sólo fui consciente de una única cosa: lo quería dentro de mí.

Intenté revolverme para ponerme frente a él, pero de nuevo no me lo permitió. Continuó volviéndome loca con sus besos flamígeros en el cuello, la nuca y los hombros, con sus dedos apresando mis pezones, torturándome con un placer como nunca había sentido. Pero cuando su mano abandonó mis pechos y descendió por mi vientre, una punzada de gozo me atravesó antes de que él alcanzara su objetivo.

Luca paseó su tormentosa lengua por mi cuello mientras dos de sus dedos perfilaban mi húmeda hendidura, consiguiendo devastar mis ya desgastados sentidos. Entreabrió con mimo mis pliegues y paseó la yema de su dedo medio por la abertura de mi sexo. Los deslizó

perezosamente arriba y abajo, arrancándome continuos gemidos. Circundó con cierta indolencia mi inflamado botón y, cuando lo acarició, me sentí desfallecer. Estaba tan excitada que mi vista se nublaba y mi cuerpo se arqueaba preso de agudos y placenteros espasmos.

El clímax no tardó en llegar bajo sus diestras caricias, culminando con un apasionado mordisco en el cuello mientras me convulsionaba y gritaba a la luna mi éxtasis.

Me derramé trémula en su mano, todo mi cuerpo se aflojó contra el suyo. En ese momento me giró hacia él, aferró mis nalgas y me alzó sobre sus caderas. Instintivamente, lo rodeé con mis piernas y él cargó conmigo hasta la mesa del salón, sobre la que me depositó sin parar de besarme como si respirara a través de mi boca.

Sin despegar sus labios de los míos, me arrancó las braguitas sin miramientos y aferró mis caderas, ciñéndome a la férrea protuberancia que estiraba el lino de sus pantalones. Deslicé con urgencia mi mano hacia la cinturilla de su pantalón y liberé su deseo, que basculó palpitante apuntando a su objetivo. Sin embargo, Luca retrocedió con una pérfida sonrisa ladina.

Gruñí ansiosa y contrariada, pero él negó travieso con la cabeza.

—No, nena, aún no. Acumulo tanta hambre de ti que necesito saciarla o me volveré loco.

Se puso en cuclillas y comenzó a mordisquear juguetón el interior de mis muslos. Entre miradas traviesas y besos

desquiciantes, mi ya desbordado deseo se derramó por mi cuerpo como magma volcánico.

—Necesito que cojas con tus manos un puñado de mi pelo y tires de él mientras doy cuenta de mi delicioso festín. Quiero tener claro que no es un sueño.

Sus palabras me derritieron con la misma intensidad que sus actos.

Obedecí al instante y la excitación de poder dominarlo me sacudió con un cosquilleo que mariposeó por mi vientre, estremeciéndome.

—Tú mandas —susurró él entre mis piernas. Sentí su cálido aliento en mi sexo y gemí anhelante.

Lo acerqué a mí. No bien me tuvo al alcance, paseó la punta de su lengua por mi abertura, arrancándome un jadeo largo y roto.

Comenzó a lamer al principio lentamente, apenas roces erráticos, luego se detenía y depositaba suaves y breves besos evitando el botón de carne que palpitaba hambriento. Lo aparté y lo miré suplicante. Él sonrió malicioso, y su mirada oscura y lujuriosa me enloqueció.

—Demuéstrame lo que sabes hacer —lo reté intencionada.

—Sólo anhele hacer una cosa contigo: grabarme en ti.

Y lo estaba haciendo, con cada mirada, con cada beso, con cada roce, cada gesto. Aquel hombre era diferente de cuantos había conocido. Aquel hombre podía hacer que me perdiera a mí misma para siempre. Pero ahora no podía

pensar en nada más, ahora sólo quería perderme en el placer que me regalaba.

Tensé mis dedos entre el puñado de pelo que tenía en mi mano y lo guie de nuevo hacia mi sexo. Entonces él abrió la boca, atrapó en ella la inflamada yema de mi deseo y la succionó con tan apasionado frenesí que creí desfallecer. Un placer denso, electrizante y oscuro me sacudió sin piedad, todo mi cuerpo onduló como un junco mecido por una brisa cálida. Cuando estaba a punto de fragmentarme en mil pedazos, se detuvo y gruñí frustrada.

Él se desasíó de mis puños y se puso en pie, colándose entre mis piernas.

—No, nena, quiero sentir cómo tu orgasmo me aprisiona. Y quiero acompañarte a la luna.

Aferró mis caderas y me acercó a él. Mordió mis labios antes de tomarlos con voracidad. Se apartó apenas para sumergirse en mis ojos y comenzó a hundirse lentamente en mí. Sentí cómo mi carne se amoldaba a la incursión, acoplándose perfectamente. Su agónico avance arrancó de mi garganta toda una encadenada letanía de gemidos ardorosos, que vertí en su boca y que él bebió entre gruñidos.

La contención estiraba su rostro, la pasión relucía salvaje en su mirada entornada, su mullida boca invitaba a ser devorada, y no me contuve. Atrapé de nuevo su revuelto y espeso cabello negro y lo besé mientras acompañaba con desatado frenesí cada acometida. Sus

grandes manos, en mis caderas, dominaron cada movimiento, acentuando el ritmo de los envites y llevándome a un placer sin igual.

Sentí cómo algo se quebraba dentro de mí. Un feroz orgasmo me convulsionó derramando mis jugos y un grito liberador escapó de mi garganta. Cuando abrí los ojos y vi la afectada mirada de Luca absorbiendo mi rostro, algo más despertó dentro de mí. Había estado esperando mi propio éxtasis en un alarde de generosidad y autocontrol halagadores. Tras una última y brusca acometida, se derramó con un gruñido largo y rasgado que vertió en mi boca.

—Hermosa luna —musité jadeante.

—Muy hermosa —coincidió—. Tanto que no quiero bajar de ella.

Continuó besándome sin salir de mí. Esta vez, sin urgencias, sin hambre, sino con una dulzura tan infinita que me desarmó. Y ese beso tierno cargado de desconcertantes promesas terminó de rendirme.

Cuando se apartó, yo todavía flotaba en aquella nube de irrealidad que me había envuelto desde que se había acercado a mí. Nuestras miradas seguían engarzadas, nuestro pulso, acelerado, y nuestra necesidad de permanecer unidos no se desvanecía.

Salió de mí y me tomó en brazos, dando largas y resueltas zancadas.

—¿Adónde me llevas?

—A cumplir otro de mis sueños.

Alcé una ceja inquisitiva y él me sonrió con desacostumbrada timidez.

—Dormir abrazado a ti.

Suspiré subyugada ante la intensidad de su mirada, completamente cautivada por sus palabras, por su pasión, por su dulzura, y deseé no regresar a la realidad, no plantearme qué hacer después, no cuestionarme nada de lo que estaba sucediendo, sólo vivirlo.

Me llevó a su alcoba y me tumbó junto a él. Y, allí, sobre su pecho, descansé mi mejilla y, peligrosamente, volví a suspirar hechizada.

Rodeada por sus fuertes brazos, me sumí en un sueño extraño. Me encontraba en mitad del mar, a la deriva, abrazada a un madero, oyendo el rumor del mar, el graznido de las gaviotas y un extraño jadeo entrecortado, agónico, que, descubrí asustada, salía de mí. Intenté abrir los ojos y no pude. Comencé a agitarme nerviosa. Sentí el tacto de unos dedos en mi rostro y me revolví farfullando.

—Chis..., todo está bien, es sólo una pesadilla.

Aquella voz rasgó el sueño, apartándolo en confusas guedejas. Parpadeé aturdida y logré enfocar la mirada en él.

Luca comenzó a besar mi barbilla y la punta de mi nariz, evaporando por completo el sopor y despertando de nuevo un cosquilleo acariciador.

—Conmigo estás a salvo, no te dejaré sola. ¿Quieres

contarme lo que te pasó?

—Alguien me estaba siguiendo.

Percibí su manifiesta inquietud. Se tensó incómodo, tragó saliva y desvió la mirada. Supe en el acto que me ocultaba algo. Todos mis recelos emergieron con punzante aprensión.

Me incorporé y busqué su mirada.

—¿Qué está pasando? ¡Quiero la verdad! —exigí rotunda.

Él me miró con evidente culpabilidad, yo mascullé una maldición e intenté salir de la cama, pero no lo conseguí. Me aferró de la cintura y volvió a tumbarme inmovilizando mis muñecas contra la almohada.

Me debatí fútilmente.

—¡Suéltame! No quiero que vuelvas a tocarme —siseé.

—Escúchame, tienes que confiar en mí... Yo te protegeré.

—¿A mí o tu posibilidad de encontrar el supuesto tesoro?

Sus ojos centellearon furiosos, su rictus se endureció, un visible latido pulsó en su mandíbula. Todo su rostro se contrajo con acentuada indignación.

—¿Eso crees, joder?

—Me temo que no soy la única que lo piensa: recibí una nota alertándome de tus intenciones.

Abrió la boca demudado, su rostro se desencajó.

—¡Y si has creído ese aviso, ¿por qué demonios has

acudido a mí?!

—Yo ya no sé qué creer —afirmé sosteniendo su ceño contrariado—. Salí a pasear tras la cena, necesitaba oxigenarme, pensar, desligarme de Alonza. Me dolía el corazón, maldita sea, esa historia va a acabar conmigo. —Hice una pausa para tomar aliento—. Deambulaba sola por la ciudad cuando reparé en que unos pasos me seguían. Cuando me giré, pude ver cómo una silueta se cobijaba en la sombra, entonces me asusté y quise huir. Curiosamente, tu casa estaba cerca y yo... yo acudí a ti.

—¿Qué ponía en la nota?

Negué con la cabeza con gesto decidido. Ahora me tocaba a mí buscar respuestas.

—Ya nos espiaban mientras comíamos juntos el otro día, ¿verdad? Por eso tu apremio por marcharnos.

Luca me observó un largo instante con gravedad, decidiendo qué y cómo responder. Resultó claramente visible que evaluaba la mejor opción.

—Sí, en nuestro paseo por la ciudad, descubrí que alguien nos seguía, creí que lo había despistado, por eso elegí las calles más transitadas. Pero me confié y volvieron a encontrarnos en aquel restaurante.

Me soltó y se sentó en la cama, revolviéndose el pelo con ambas manos en actitud frustrada.

—¿Qué ponía en esa nota? —insistió girándose hacia mí.

Me senté a su lado sobre el colchón y respiré hondo.

—Que había mucho más en juego de lo que pensaba, y que no me fiara de ti, que no tenías escrúpulos y estarías dispuesto a todo por utilizarme y encontrar el tesoro.

—Por eso saliste a pasear sola —murmuró malhumorado.

—¿Qué querías que hiciera? —repliqué a la defensiva—. No te conozco en realidad, no sé quién eres, y sólo me queda creer todo lo que me cuentas. Llevas cinco años espíandome, conociendo todos mis secretos, siendo una sombra en mi vida. Y encima me ocultas detalles importantes, como que estamos siendo acechados. Joder..., ¿de qué demonios va todo esto?

—Tu abuela acudió a alguien más, ése fue su gran error. Quiso contrastar mis datos con otro compañero de profesión a mis espaldas. El no haber descubierto nada la impacientó, y la mala fortuna quiso que acudiera a un ambicioso cazatesoros. Un hombre peligroso y tenaz que también busca el de Alonza.

Abrí los ojos con asombro y lo miré escrutadora.

—¿Lo conoces?

—Sí. Fuimos socios un tiempo.

—Dijo que se pondría en contacto conmigo —revelé.

Luca cerró los puños con fuerza y me observó con gesto torvo y la mirada entornada.

—¿Tú también piensas contrastar información? —inquirió con cierto desdén burlesco.

—Estoy en mi derecho.

Aquello lo enfureció de nuevo. Se puso en pie, volvió a despeinar con gesto impaciente su oscuro cabello ya revuelto y me miró retador.

—Adelante, comete el error de dejarte manipular.

Me puse en pie a mi vez y lo encaré. Aunque la cercanía de su cuerpo aturdiera mis sentidos, me obligué a centrarme en mis fundados recelos.

—Quizá seas tú el que me esté manipulando —acusé confusa y tan ofuscada como él. Aquel asunto se estaba complicando demasiado—. Además, acabas de de... seducirme, y yo... yo ya no sé qué pensar de todo esto.

Comencé a alisarme mi vestido con gestos torpes. Estaba alterada, contrariada y furiosa, y sólo quería regresar a mi hotel y reflexionar sobre lo ocurrido. El maldito influjo de ese hombre me impedía pensar con claridad.

—No vas a ir a ningún sitio esta noche —espetó determinante. Su gesto decidido y su mirada indignada subrayaron sus palabras.

—No vas a impedir que me vaya —repliqué retadora.

Se acercó a mí y me aferró por los hombros para pegarme a su pecho.

—Claro que lo haré, te ataré si me obligas a ello.

Intenté desasirme y él aumentó la presión de sus dedos sobre mi piel. Su mirada fue amenazante, pero no me amedrentó. Me revolví contra él y me acercó a la pared que tenía a mi espalda, aprisionándome contra ella.

Aproximó su boca a la mía y yo temblé.

—Quieta, nena —ordenó con voz ronca—. No se te ocurra moverte porque, si lo haces, no podré contener el deseo de besarte hasta desfallecer. —Rozó con sus labios los míos y todo mi cuerpo se estremeció liberando un suspiro anhelante—. Quizá lo haga —añadió en un grave susurro que erizó mi piel—, quizá necesites que vuelva a recordarte mis verdaderas intenciones.

—Y ¿cuáles son? —me atreví a preguntar.

Cerró los ojos como aspirando mi aliento, y yo lo contemplé cautivada nuevamente.

—Grabarme en ti, Alessia, es cuanto deseo. —Su mirada penetrante me secó la garganta—. Además de protegerte y ayudarte. En realidad, no soy más que un siervo con aspiraciones.

Cerré los ojos esperando un beso que no llegó.

—Dormirás aquí, y mañana yo mismo te acompañaré a tu hotel. No darás más paseos sola y me tendrás al tanto de cualquier novedad —exigió severo.

Se apartó y casi sentí el impulso de acercarme yo a él. Tuve que obligarme a permanecer inmóvil.

—No volveré a tocarte a menos que me lo pidas. Y para eso tendrás que confiar plenamente en mí. Hasta entonces, espero gozar al menos del beneficio de la duda.

Y, tras esa firme aclaración, salió de la habitación cerrando la puerta tras él.

Mis latidos seguían acelerados, el cosquilleo que

despertaba su sola presencia recorría en oleadas cada rincón de mi cuerpo, y esa maldita hambre de él todavía obnubilaba mis sentidos con una intensidad abrumadora.

«No —me dije—, no.» Tenía que detener aquella locura. No podía implicarme emocionalmente con él, era una completa temeridad. Debía acallar de algún modo la salvaje atracción que despertaba en mí o estaría perdida.

Respiré hondo y me tumbé en la cama, en su cama. Olía como él y lo sentí tan cerca que me encontré abrazando su almohada como una estúpida. Sin embargo, me permití acabar aquella noche con esa última licencia, ignorando el sentido común.

Era vital que confiara en él para desentrañar el secreto de Alonza, pero ahora sabía que hacerlo era tender un puente hacia él. Un puente que, si lo cruzaba, quizá se desmoronara en mitad del camino. De cualquier modo, ¿no había comenzado aquella aventura considerándola la última? Si ya no me importaba mi vida, ¿por qué demonios protegía mi corazón?

Bufé furiosa contra mí y cerré los ojos... Un hombre pájaro acudió a graznarme.

CAPÍTULO 15



CONFESIONES Y SECRETOS

Luca deambulaba por la cocina preparando el café, metiendo rebanadas de pan en la tostadora y buscando en la nevera la leche, la mantequilla y la mermelada.

Yo no podía dejar de seguirlo con la mirada, de admirar la elegancia y la seguridad en su porte, la felina elasticidad de todos sus movimientos y la apabullante masculinidad que emanaba de él como un halo luminoso que hipnotizaba.

El penetrante aroma del café acompañó el agudo silbido de la cafetera y, como si todo siguiera el orden establecido en una función, las tostadas saltaron con energía y las tazas

sonaron huecas al depositarlas en sus platos en un tintineo musical, componiendo una melodía matutina que rompía el silencio de dos mentes que bullían inquietas.

Luca, por el contrario, evitaba mirarme. Aquella molesta indiferencia comenzó a agujonearme el orgullo.

—¿Hoy no quieres grabarte en mí? —musité provocadora.

Él se giró para dedicarme una mirada escrutadora. Alzó la ceja con un deje travieso y estiró los labios en una mueca cínica.

—Ven a buscar tu grabado, si es lo que quieres.

Se apoyó en la encimera con gesto indolente, cruzó los pies a la altura de los tobillos y me miró retador.

Mi primer impulso fue levantarme y borrar esa mueca de suficiencia con un beso, que era justo lo que había deseado hacer desde que lo había visto. No obstante, logré mantenerme inmóvil, sentada en mi silla.

—Veo que las dudas que pesan sobre mí son más intensas que tu deseo —masculló él molesto.

Arrugó el ceño y de nuevo regresó a sus quehaceres. Lo dispuso todo en la mesa y se sentó frente a mí.

Me sirvió el humeante café y vertió zumo de naranja en mi vaso.

—Creo que son comprensibles mis dudas —alegué tomando la taza y soplando sobre el borde—. Recibo una nota alertándome sobre ti, sobre un hombre que apenas conozco.

—Anoche me dejé conocer bastante, ¿no crees? — replicó mordaz.

Nuestros ojos se encontraron, su penetrante mirada me secó la garganta. Tomé un sorbo de café y desvié la mía para coger una tostada.

—Anoche tuvimos sexo y fue maravilloso, pero aún no me queda claro el motivo.

Luca me fulminó con la mirada. Pude apreciar de nuevo su tensión en la rigidez de su mandíbula.

—Anoche, Alessia, te hice el amor —aclaró molesto—. Y te dije el motivo; que no lo creas no es culpa mía. Además, si algo no me encaja es por qué accediste a mi seducción si ya estabas alertada sobre mí.

Habría contestado que ni una maldita estatua de piedra podría haber sido capaz de resistir sus endiablados encantos, pero en su lugar di un mordisco a mi tostada.

—Anoche estaba asustada y..., bueno, yo... necesitaba un abrazo y al final me dejé llevar —respondí sin atreverme a mirarlo.

—Cierto —coincidió. El tono insolente de su voz atrajo mi atención de nuevo sobre él. Me guiñó un ojo juguetón y agregó—: Te dejaste llevar unas cuantas veces.

Sentí cómo mis mejillas se encendían. Su sonrisa traviesa me dijo que estaba disfrutando de mi incomodidad.

—Centrémonos en lo que verdaderamente nos ocupa —aduje intentando aparentar una frialdad que no sentía.

—Yo ya estoy centrado justo en eso.

Su mirada directa y reveladora logró que un conocido aleteo acariciara mi estómago en pequeñas y sedosas caricias que se extendieron por todo mi cuerpo. ¿Qué demonios pretendía?, me pregunté azorada por su intensidad. Yo ya había accedido a buscar el tesoro con él, no era necesario asegurarse mi colaboración con aquellas artimañas de seducción. Sin embargo, tenía la absoluta certeza de que me ocultaba muchas cosas, y ese convencimiento era lo que alimentaba realmente mi desconfianza.

—Háblame de ese socio tuyo —pedí después de apurar mi café.

—Colaboramos juntos en un proyecto —comenzó tras tragar su bocado. Se limpió la boca con la servilleta, y mis ojos se detuvieron en sus mullidos y jugosos labios. Me reprendí en silencio y aparté presta la mirada—. Stefano estipuló una cantidad por el trabajo, a dividir entre cada uno. El cliente era un particular, un hombre aficionado a los acertijos. Tras meses de trabajo, descubrí un código y Stefano se ofreció a llamar al cliente para acordar la fecha de entrega.

Hizo una pausa para pasar una mano por la oscura espesura de su brillante pelo. Apretó duramente la mandíbula y miró por la ventana con expresión ausente y dolida.

—¿Te estafó? —adiviné.

—No, regresó y me dio mi parte.

Me encogí de hombros, un gesto que él no vio. Su mirada permanecía perdida.

—Ese código era el de una caja fuerte. El cliente era un ladrón de guante blanco. Stefano y él se repartieron el botín.

—Te utilizó, pero al menos te pagó lo acordado.

Luca me miró y pude comprobar que el daño había sido mayor de lo que había imaginado.

—Los pillaron —musitó grave—. El ladrón, acusado de robo, naturalmente.

Abrí los ojos atónita.

—¿No pudiste demostrar que Stefano te había traicionado?

—No, me detuvieron, pero logré partirle la cara en la comisaría... Triste consuelo. El hecho de no tener antecedentes acortó la pena. Pasé un año en prisión. Mi abogado no pudo encontrar ninguna prueba que me desligara del delito; más bien al contrario: la fiscalía halló en mi domicilio pruebas incriminatorias. Todas las pistas sobre el acertijo eran documentos robados. Al parecer, la víctima era un millonario excéntrico que había tenido la osadía de jactarse en una de sus reuniones de que había codificado todas sus claves con ayuda de renombrados criptógrafos. Craso error.

—Vaya, lo siento mucho.

Admiré su perfil. Aquella mirada tan dura, aquel rictus dolido hicieron que alargara mi mano hasta posarla en el

dorso de la suya. El contacto pareció despertarlo de sus recuerdos y me miró con extrañeza.

—Aquello ya pasó —murmuró en apenas un hilo de voz.

—Imagino que a Stefano le cayó la misma pena por colaborar en un delito, ¿no?

—Sí, pero su abogado era mejor que el mío, y las pruebas estaban en mi casa. —Hizo una pausa y su mano se crispó bajo la mía—. Además, su parte del botín apareció misteriosamente en mi despacho. No le pasó nada, continuó con su vida, robándome a todos mis clientes. Sé que fue él quien contactó sibilinamente con tu abuela, como ha hecho contigo, sembrando recelos sobre mí.

—¿Tanto te odia?

—Tanto como me desea.

Abrí mucho los ojos, demudada. Él me observó con curiosidad, asimilando mi desconcierto.

—Súmame a mi rechazo los celos profesionales.

—Entiendo.

Fue lo único que fui capaz de decir. En cambio, me nació hacer muchas cosas. Abrazarlo fue el impulso que más me acució en aquel momento.

—No obstante, esta vez no se saldrá con la suya —añadió él—. No permitiré que te ponga en mi contra.

Tras esa rotunda afirmación, se puso en pie y empezó a recoger la mesa. Me levanté para ayudarlo, y su

proximidad me golpeó alejando el propósito de mantener las distancias. Acaricié su brazo y él se detuvo para mirarme.

—Alessia...

Mi mirada se prendió de su boca, aquella maldita tensión sexual que nos unía crepitó de nuevo insatisfecha y hambrienta. Alcé una mano hacia su rostro, pero titubeé antes de llegar a posarla en su mentón. La aparté a tiempo y continué dejando las tazas en el fregadero.

—Sigues luchando —señaló con pesar—. Esperaré, en eso soy todo un experto. No voy a pedirte que confíes sin más, sino que no me niegues la oportunidad de defenderme.

Asentí con la cabeza mientras masticaba y tragaba el deseo de besarlo.

En ese momento oímos el sonido de la cerradura cediendo y la puerta principal abriéndose. Todo mi cuerpo se envaró.

—¡Luca, te he traído un delicioso bollo para desayunar!

La tintineante voz de Loretta llegó con claridad hasta nosotros.

Él se precipitó fuera de la cocina. Oí sus pasos y luego un roce de ropas y un beso.

—Gracias, Loretta, lo comeré para merendar, ya he desayunado. De hecho, salía justo ahora —dijo él tenso e incómodo.

—Oh, me habría gustado compartirlo... —musitó ella

melosa. En su tono coqueto relució una nota desilusionada.

Otro silencio. Imaginar lo que significaría me enfureció.

—Saldré por la tienda y así me comentas si has tenido noticias.

—De momento, ningún coleccionista parece saber nada de ese colgante.

—Vamos, Loretta, hoy tengo algo de prisa. —Sonó apremiante e incómodo.

—¿Cenamos juntos luego? Te echo de menos... —ronroneó ella.

—No lo sé, te lo confirmo por la tarde. Estoy inmerso en un proyecto importante.

—¿Con esa nueva clienta?

—Sí, con ella.

—Es guapa.

—No está mal —repuso él hierático.

—Necesitaré un buen beso para soportar estar todo el día sin verte.

—Loretta, hoy yo...

Un nuevo y atronador silencio agrió la boca de mi estómago de manera inexplicable. En realidad, yo era la otra, me dije. Aun así, el amargor no disminuyó.

—Vamos, llego tarde —apremió Luca.

—Dejaré el bollo en la cocina...

—No, yo lo haré. ¿Quieres, por favor, traerme la agenda del despacho y así ahorro tiempo? Tengo que consultar unos datos.

—Claro, jefe.

Ese «jefe» sonó travieso y lleno de connotaciones sensuales.

Luca entró en la cocina, depositó el bollo en la encimera y me indicó con un gesto que saliera por la puerta lateral. Reparó en mi ceño y compuso una mueca exculpatoria encogiéndose de hombros. Deseé lanzarle el bollo cuando dio media vuelta para marcharse.

Los pasos firmes de Luca y los tacones ligeros de Loretta se alejaron, así como sus voces. No tardé en oír la puerta.

Solté el aire contenido con tanta fuerza que se convirtió en un resoplido. Salí de la cocina dispuesta a recorrer el pasillo central hasta la puerta que daba a la salida lateral cuando algo me detuvo. No disponía de mucho tiempo, ya que él sospecharía, pero sentí la necesidad de echar un vistazo a su despacho.

Enfilé a la carrera hacia aquella estancia y comencé a abrir cajones al azar. Encontré un par de ellos cerrados con llave. Empecé a inspeccionar los papeles diseminados que poblaban toda la superficie de la mesa, procurando dejarlos en el mismo sitio. Recordé que aquel desorden en realidad era parte de un minucioso orden de trabajo que sólo Luca entendía. Debía ser cuidadosa y rápida. Leía por encima anotaciones que no significaban nada para mí, hasta que, levantando papeles, di con un árbol genealógico perteneciente a la familia Rizzoli. Paseé la vista por las

distintas ramas hasta que mis ojos se detuvieron en un nombre: Lanzo. Contuve la respiración ante las fechas que encontré: no había muerto tras desaparecer de Padua. Sentí un enorme alivio y me descubrí sonriendo emocionada. Fijé mis ojos en la fecha de su muerte, 1645, y comencé a hacer cálculos mentales. Viviría tras su desaparición doce años más, pero, maldita fuera, moriría con apenas veintinueve años. Mi sonrisa murió en el acto y una inmensa tristeza me desoló. ¿Se habrían encontrado antes de su muerte? ¿Qué habrían vivido durante esos doce años?

Contemplé apenada el escudo familiar y de repente sentí que lo había visto hacía poco. Algo en mi mente se iluminó en aquel preciso instante, llevando mi vista hacia un punto concreto de la pared que había tras de mí, sobre la librería central. El escudo en madera que adornaba aquel rincón que había llamado mi atención era el mismo. Respiré agitadamente y otra pregunta me atravesó como una daga: ¿quién era realmente Luca Vandelli?

Volví a fijar mis ojos en el amarillento pergamino, buscando nombres de los antepasados. Lanzo había tenido hijos, pero no con Alonza. Sentí la acidez de la bilis en la garganta y una opresión punzante en mi pecho. Reseguí con la punta de mi índice los últimos nombres. Piero Rizzoli era el antepasado más reciente. Había muerto hacía unos cinco años, con setenta y cinco. No había dejado herederos. Las otras ramas de la familia se bifurcaban aparte. Marco no había tenido hijos; Caterina, cuatro.

El molesto e inesperado zumbido del timbre me sobresaltó. Me erguí con el pulso atronando en mi sien y dejé el pergamino familiar justo donde se encontraba. Ya salía casi a la carrera cuando descubrí un mapa antiguo de Poveglia tachonado de coloridas chinchetas unidas con hilos de diferentes colores. Chasquéé la lengua molesta por no tener tiempo de seguir investigando y me aventuré hacia la puerta a grandes zancadas.

Bajé la escalera de caracol a saltos y me planté en la puerta del reducido portal. Me detuve un segundo para recuperar el resuello y, cuando fui a abrir, el pomo giró y Luca apareció ante mí con semblante impaciente.

—Lo siento, he tenido que ir al aseo.

Su mirada suspicaz me observó un momento. Luego asintió y salimos al callejón.

—Pensé que quizá te entretendrías con la rubia Loretta.

—La rubia Loretta también tiene obligaciones —replicó él sin mirarme.

—¿Como la de traerte bollos para desayunar y echar de menos tus besos?

Esta vez me miró arqueando mordaz una ceja.

—Como la de abrir la tienda, atender clientes y hacer pedidos.

—Entre otras muchas, claro —coincidí con cierta acritud.

—La rubia Loretta es muy eficiente, sí —concluyó tras una mirada admonitoria.

Aquella afirmación despertó una punzada celosa que me esforcé por estrangular. Me reprendí en silencio. ¿Qué demonios estaba haciendo? Era su vida, no debía importarme lo que hiciera y con quién lo hiciera.

Decidí centrarme en lo que acababa de descubrir, cuestionándome la manera de averiguar lo que Luca me ocultaba. Ante mí sólo surgieron dos opciones: o preguntarle de manera sutil sobre la información que había recopilado del caso sin levantar sospechas, o abrir yo misma mi propio campo de investigación. La primera opción tenía muchos visos de fracasar, dado que, si él confiara realmente en mí, ya habría compartido todos sus datos. Sin embargo, me los ocultaba, con lo que era fácil deducir que no obtendría respuesta.

Mientras caminábamos, tomé la decisión de visitar la biblioteca Marciana, una de las más antiguas del país, depositaria además de numerosos manuscritos medievales y textos clásicos. Estaba situada en el corazón de la ciudad, en plena plaza de San Marcos, a cinco minutos de mi alojamiento.

Llegamos a la puerta de mi hotel y nos detuvimos en el umbral. A nuestro alrededor, el chispeante bullicio de una ciudad viva y abarrotada resaltó el pesado silencio que a nosotros nos envolvía. La penetrante mirada de Luca reforzó la solidez de aquella extraña burbuja de irrealidad que me atrapaba cuando sus ojos adquirían semejante intensidad. Era como un hechizo, un halo invisible que me

amarraba atrayéndome hacia él. Debía reconocer que esa atracción había estado latente desde el primer encuentro, pero ahora, tras una noche mágica, se había desbordado de manera casi incontrolable. Tuve que apelar a todo mi sentido común y mi más firme determinación para no enlazar su nuca y besarlo.

Supe que él simplemente esperaba, observando con afectación mi lucha particular. No ocultó su propio anhelo, lo que dificultó más mi ya trémula resolución. Debía romper aquel condenado imán y alejarme de él, o acabaría en sus brazos y él en mi corazón.

—Te llamaré si intentan ponerse en contacto conmigo.

Luca asintió grave. Miró mi boca y sus labios se apretaron en un claro gesto de contención. Un músculo se tensó en su mentón, sus hombros adquirieron rigidez. Se obligó a desviar la vista. Recorrió con agudeza nuestro alrededor para terminar posando su mirada en mí de nuevo. Esta vez con más frialdad.

—Acude a mí para cualquier cosa —pidió casi en un ronco susurro.

Ese amplio espectro de posibilidades hizo que el bajo vientre me hormigueara.

Me limité a asentir. Ya me giraba rumbo al vestíbulo cuando su mano aferró mi brazo. Lo miré inquisitiva.

—Por favor, no salgas sola. Es peligroso.

Asentí de nuevo, a sabiendas de que no acataría su consejo.

—Quizá debas explicarme lo peligroso que es para que tome conciencia de ello.

Su rictus se endureció, pero en su mirada vislumbré duda. Aguardé su reacción, deseosa de que se abriera a mí.

—Simplemente hazme caso. Cuando termines la lectura, te lo contaré todo.

—Bien —murmuré sin ocultar mi desilusión—, habré de confiar en tu palabra.

Me separé de él y crucé la recepción con paso ligero. Me adentré en el ascensor junto con otros clientes. Sólo necesitaba ducharme y cambiarme de ropa antes de dirigirme a la biblioteca.

El ascensor se detuvo en la primera planta, en la que se vació casi al completo. Me quedé sola con un hombre que permanecía impassible con la vista al frente, como si mirara al infinito.

Cuando se detuvo en mi planta y las puertas se abrieron, una mano se cerró en mi muñeca y me arrastró de nuevo al interior del habitáculo. El hombre pulsó el botón de stop y me contempló con aterradora gravedad.

—Ayer le dejé una nota en su habitación, pero he comprobado que no la ha tenido en cuenta.

Contuve el aliento. Era un hombre alto y enjuto, de mediana edad, rostro anguloso, cabello castaño oscuro y ojos verdosos, fríos y amenazantes.

—No suelo creer a desconocidos —me atreví a replicar con bastante temple, aunque en mi interior era pura

gelatina—, y menos a los que me siguen sin dar la cara.

La sombra de una sonrisa cáustica se perfiló apenas en sus finos labios.

—Es por eso por lo que me atrevo a incordiarla una vez más —manifestó pausado. Su voz era suave, y su calma aparente.

Mi inquietud aumentó y me ceñí contra la pared del ascensor instintivamente. Dirigí una fugaz mirada hacia el botón rojo de alarma, pero él adivinó mis intenciones y se interpuso ante el panel.

—No voy a hacerle daño, Alessia —anunció en tono tranquilizador—, pero imaginé que la habrían alertado contra mí, por eso me he tomado la libertad de provocar este encuentro.

—¿Qué demonios quiere?

—Que juzgue usted misma con sus propios ojos y se posicione a favor de sus propios intereses. Mucho me temo que el señor Vandelli ha utilizado sus encantos para embaucarla, como es su costumbre.

—El señor Vandelli vino a mí recomendado por mi abuela, de momento ya tiene más credenciales que usted, Stefano.

Agrandó los ojos y su sonrisa oscura se amplió con un claro tinte cínico.

—Veo que ya ha intentado anularme. Era de esperar... —espetó adoptando de nuevo esa desasosegadora imperturbabilidad—. En efecto, soy Stefano Davoli,

criptógrafo y detective privado, y el hombre que llevó a prisión a su recomendado timador.

Indagó en mi rostro con un claro matiz complaciente y victorioso que me enfureció.

—Eso, a falta de pruebas, es sólo una versión más. Sé que fue a prisión y que fue condenado, según él, por un engaño suyo.

—Asumir un delito cuando se está cometiendo otro sería una estupidez, ¿no le parece, Alessia? Como es natural, habrá tergiversado la historia, porque al saber que yo lo acechaba ha querido adelantarse y manipular la verdad. Es un tipo muy inteligente, y muy escurridizo.

—Sigue siendo su palabra contra la de él.

Alzó una ceja suspicaz, su expresión se volvió condescendiente con un claro matiz burlón.

—Comprendo que es un hombre seductor y atractivo para las mujeres, y dado que ha pasado la noche en su casa, es fácil deducir que no habrá perdido el tiempo. Pero debe ser usted cabal y preguntarse si considera normal su empeño en conquistarla, si no busca algo más. Y no es que usted no sea una mujer apetecible, no me malinterprete, pero sé que sabe que algo no encaja.

Y, en efecto, algo no encajaba, en mi fuero interno lo sabía, como también supe que no debía fiarme de aquel hombre.

—Tengo entendido que también le resulta atractivo a algunos hombres.

Mis palabras lo desconcertaron lo suficiente para que bajara momentáneamente su escudo impasible. Lo que dejó entrever fue un atisbo resentido que se apresuró a borrar recomponiendo aquella máscara fría e impávida que utilizaba para mostrar seguridad y esconder sus emociones. Aquella fugaz reacción me reveló al menos una verdad.

—Dicen que una imagen vale más que mil palabras.

Abrió su maletín y extrajo de él con gestos secos varias fotografías que me tendió impaciente.

Las cogí y lo que vi en ellas me hizo tragar saliva.

Luca abrazaba a otra mujer; resultaba patente la complicidad de la pareja.

—Otra de sus clientas —informó.

En la siguiente instantánea estaba de lado, inclinado sobre una mesa de despacho abriendo un cajón, pero mirando hacia la puerta.

—En el despacho de su abuela, registrando sus documentos —aclaró.

Sentí un punzante aguijonazo ante la tercera fotografía.

Una señora mayor dormitaba en una cama mientras Luca rebuscaba en los cajones de la mesilla a su izquierda. Supe quién era ella. Entorné curiosa los ojos y reconocí en aquellas ajadas facciones las mías propias.

La cuarta imagen me noqueó.

Luca haciendo fotografías desde un aparcamiento con una cámara profesional, apuntando el objetivo hacia la ventana de un hostel de carretera. La ventana que parecía

encuadrar me golpeó con un recuerdo doloroso. Se leía con facilidad el nombre del establecimiento, y a mi mente acudió con nitidez la imagen de una pareja enlazada y desnuda en una cama. Había tenido en mis manos esas fotografías provenientes de un remitente anónimo. Eran las pruebas de la infidelidad de mi marido con su secretaria.

Temblorosa, le devolví las instantáneas, sentí el estómago revuelto y un malestar opresivo.

—Está lívida, Alessia, necesita un descanso y reflexionar bien sobre sus siguientes decisiones.

Me pasó una tarjeta profesional con su teléfono y pulsó el botón de desbloqueo del ascensor.

Cuando las puertas se abrieron en mi planta, salí sin mirarlo y caminé como una autómatas rumbo a mi habitación. El nudo en la garganta continuaba cerrándose y el malestar se acrecentó.

Cuando me adentré en mi cuarto sólo fui capaz de lanzarme sobre la cama y mirar el techo. Permanecí un instante así, inmóvil, intentando aclarar mi mente y acompasar mi pulso.

Necesitaba respuestas, quizá eso fue lo que alargó mi brazo hasta el diario de Alonza.

CAPÍTULO 16



RENACIENDO... UNA VEZ MÁS

Desperté con la boca pastosa, confusa y cansada. Todo era extraño a mi alrededor, y aunque el rostro que me observaba también lo era, lo reconocí y, con él, todo lo que había descubierto. La piedra tiró de nuevo de mí hacia la profunda negrura que tendía sus manos invitadora.

—¡Muchacha! Por fin despiertas.

Percibí un claro alivio en el tono, pero más como la liberación de un problema que como una verdadera preocupación. Parpadeé y miré a mi alrededor. Aquella habitación, a pesar de ser desconocida para mí, me transmitió extrañamente una sensación familiar. Cuando reparé en los dibujos que había en las paredes, mi corazón se detuvo.

Eran dos artísticas iniciales enlazadas: una «A» y una «L» dentro de un corazón. En otra lámina, mi rostro de perfil mirando por una ventana con expresión soñadora. En una más, dos manos enlazadas bajo la nieve, las nuestras. El dolor que me afligió se derramó en gruesas lágrimas por mis mejillas, mi corazón sangraba y mi impotencia despertaba ya no furia, sino una

pesadumbre tan pesada y oscura que ensombrecía mi alma hasta marchitarla.

Y ahí, en la antigua habitación de Lanzo, supe que era lo más cerca que ya nunca estaría de él. El destino me lo había arrebatado. Si estaba vivo, sólo rezaría por su felicidad; si no lo estaba, mis plegarias se reducirían a reunirme con él cuando la muerte decidiera llevarme.

No obstante, en mitad de mi implacable tormento, supe que no me rendiría. No me entregaría a la muerte, no todavía, no hasta que cumpliera con dos vitales cometidos: vengarme de mis enemigos y recompensar a mis amigos.

Entonces y sólo entonces partiría feliz y libre.

Me limpié la humedad de las mejillas y miré a la ruda casera del albergue.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Te desvaneciste hace un par de días, temí que...

Me incorporé sobre los codos y respiré hondo.

Dolía. Dolía todo, cada latido, cada resuello, cada movimiento, cada pensamiento, y, cuanto más dolía, mi fortaleza más se redoblaba. Ni la muerte ni el dolor acabarían conmigo hasta pagar mis deudas.

Logré ponerme en pie sin ayuda y me aproximé a la pared. Con el alma desgarrada, arranqué los dibujos y los enrollé con cuidado. La mujer me ofreció un cordel y los ató. Los abracé contra mi pecho con extrema suavidad y me permití llorar de nuevo. Él seguía conmigo, latiendo en mi pecho, y así sería hasta que éste se detuviera para siempre.

—Necesito que alguien me lleve a Venecia.

Mi voz sonó dura en contraposición a mi apariencia frágil y mi semblante marchito.

Mirarme al espejo en el que en tantas ocasiones se habría mirado Lanzo y ver apenas una sombra de mí me hizo prometerme renacer no una vez, sino tantas como fuera necesario, para demostrarle al destino que no habían podido con nosotros, que en mí viviría Lanzo, estuviera donde estuviese. Y que nuestro amor jamás podrían apagarlo.

Apreté los puños, presioné los labios y entorné los ojos mirándome retadora. Iban a pagar cada lágrima, me prometí.

—Hay una compañía de teatro que parte mañana para Venecia, quizá puedas preguntar si les importa llevarte. La función no tardará en empezar, han instalado el escenario en la plaza del mercado. Si lo deseas, mi marido puede

acercarte, tiene recados que hacer allí.

—Os lo agradecería mucho, como agradezco vuestra hospitalidad.

Estiré vanamente mi arrugado vestido e intenté atusar mi cabello. Mientras trataba de adecentar mi aspecto, descubrí en mis ojos que apenas quedaba rastro de la Alonza que fui una vez. La dureza, el dolor y la amargura habían construido a una Alonza nueva, más resistente, más cínica y más resuelta. Y, aunque no sabía muy bien qué sería de esta nueva joven, cuyos ojos grises, antes perlados como la plata bruñida y ahora ya sin brillo, eran tan sólo dos piedras basálticas inexpresivas y punzantes, sí sabía que saldría adelante. Pues alguien que no teme a la muerte se convierte en alguien poderoso. Cuando no se tiene nada que perder, no hay barrera insalvable ni meta insuperable. Sin miedos se gozaba de una libertad que pensaba conservar como el bien máspreciado. Y en aquel preciso instante recordé una conversación con Concetta, y un nombre. Sonreí para mis adentros.

Sí, elegía ser libre y dueña de mi destino, usar cuanto estuviera en mi poder para dominar mi vida y mi alrededor. Y sólo tenía un modo a mi alcance.



Observaba admirada cómo los actores representaban *Hamlet* con una pasión que estremecía al público, que, entre sonoras exclamaciones, manifestaban su total entrega a la obra. Tras cada acto, se hacía un silencio solemne que terminaba en alborozados aplausos.

Disfruté de la representación con tan vívido realismo que lloré ante el desgarrado discurso de Hamlet en el entierro de Ofelia. Cuando la función llegó a su fin, los actores salieron a escena para recibir el agasajo de un público entusiasmado. Fue en ese momento cuando decidí acercarme y rodear la tarima.

En la parte de atrás, flanqueadas por una serie de carretas, varias tiendas se apiñaban a modo de camerinos. En aquel momento, varios hombres cargaban diversos elementos escénicos en los carrromatos.

Me adentré en aquel espacio justo cuando de detrás del telón emergieron los actores eufóricos y risueños. Un hombre robusto chocó conmigo y me tiró al suelo. Varios caballos relincharon y me apresuré a ponerme en pie por

miedo a ser coceada. Algo desorientada, comprobé que los actores se perdían en sus respectivas tiendas. Corrí hacia la primera que encontré de lona escarlata y me adentré titubeante.

Hamlet, con el torso desnudo, se lavaba con profusión en una palangana. Un rostro extrañado me miró goteante. Sacudió enérgico su cabello y, tras coger un lienzo con el que comenzó a secarse, se acercó sonriente a mí.

—Bienvenida, muchacha, pasad y os mostraré algo más que mis dotes de interpretación.

—Yo... sólo buscaba al dueño del teatro.

—Ante vos lo tenéis —anunció tras una florida reverencia—. Si deseáis un papel en la función, desnudaos y mostradme vuestros encantos.

—No —me apresuré a contestar—. No aspiro a ser actriz, sólo me preguntaba si podríais llevarme a Venecia.

El hombre se peinó su mojado cabello con los dedos y me sonrió artero. Me rodeó escrutándome con atención y, finalmente, se detuvo ante mí.

—Pues, a mi parecer, encandilarías al público aunque no supieras recitar un solo verso.

Tuve que contener el impulso de salir corriendo y me obligué a alzar la barbilla y a mirarlo sin temor a los ojos.

—Sin embargo, mi única intención es regresar a Venecia —recalqué con frialdad.

El hombre entornó sus oscuros ojos y me dedicó una sonrisa aviesa.

—Y ¿cómo piensas pagar ese viaje?

—Puedo ayudar en toda clase de labores.

Cogió mis manos entre las suyas y las observó sagaz.

—Estas manos jamás han trabajado.

Acto seguido, tomó mi barbilla y me giró el rostro a un lado y a otro.

—Tus rasgos son finos, patricios, presumo que tu belleza, ya evidente, todavía debe despuntar. Serías una gran adquisición para la compañía.

—No tengo ningún interés en la interpretación. No creo que posea los dones necesarios para ello —aduje rotunda— ni pienso desnudarme ni compartir lecho para pagar el viaje. Así pues, no perdamos más el tiempo.

Ya me giraba cuando el tenaz Hamlet me detuvo.

—Se me ocurre que actúes en la función de Venecia. Un pequeño papel de doncella de Ofelia, nada relevante, sólo para que sientas la magia escénica..., quién sabe si es tu vocación. Si, tras esa aparición, no sientes la

llamada del teatro en la sangre, me sentiré pagado y tú libre de deuda. No creo pedir tanto.

Venecia estaba a un día escaso de trayecto, pero una joven sola sería fácil presa de maleantes. Demasiado arriesgado, me dije. Y en verdad no pedía tanto. Asentí y el hombre sonrió ampliamente. Tomó mi mano y la acercó a su boca para depositar en mi dorso un galante beso.

—¿Cuál es tu nombre?

—Alonza di Pietro.

—El mío es Vico Grossi, actor, vividor y poeta.

—Un placer, señor Grossi.

Su sonrisa pendenciera relumbró jactanciosa.

—No sé de quién o de qué escapas, muchacha, pero nada como un teatro ambulante para esconderte.

—Da la impresión de que anda escaso en el reparto —repliqué mordaz.

El hombre rio estentóreamente y me observó complacido.

—Eres una muchacha muy despierta.

—Y más que habré de serlo, me temo —objeté mirándolo intencionada.

—Aquí, en el teatro, somos una gran familia. Todos cuidamos de todos. Con nosotros, tu pasado quedará atrás. Nadie te preguntará cuando llores, pero te consolarán. A nadie le importará quién has sido o qué has hecho, sino lo que haces y quién eres. Respetarán tus silencios y atenderán tus palabras. Aquí puedes ser quien quieras ser. Todos y cada uno de nosotros tenemos una historia detrás, pero sólo nos importa la que tenemos delante. No es un mal lugar para empezar de nuevo.

Avancé hasta la pequeña mesa donde se esparcían potes de polvos, cepillos y horquillas. Un espejo me devolvió mi imagen. No vi en aquel reflejo un ápice de ilusión por aceptar aquel ofrecimiento, aunque realmente sonaba tentador.

—No, no es un mal lugar, a tenor de vuestras palabras. Pero no es mi lugar.

—No puedes saberlo si no intentas encajar en él. Quizá sobre la tarima y frente a un público cautivado, cambies de opinión —insistió colocándose detrás de mí y observándome perspicaz en el espejo.

—En Venecia se verá.

—Salgamos, te presentaré a la compañía. Partiremos al amanecer.



El hedor del estiércol, los efluvios malolientes de los excrementos humanos depositados en cubos bajo las carretas, el aroma almizclado y dulzón del sudor y la densa fragancia de bolsitas de hierbas que, en lugar de anular la pestilencia, sólo conseguían acentuarla me golpearon en cuanto abrí los ojos en el interior de aquella gran tienda, donde la compañía al completo dormía en jergones y literas.

No sólo se componía de actores, también contaba con tramoyistas encargados de montar los escenarios, costureras y carpinteros. Había un maestro de dicción, una cocinera y un curandero que aprovechaba para vender sus remedios en los entreactos. Varios niños, imaginaba hijos o huérfanos recogidos, ayudaban en las tareas diarias. Tres perros de considerables dimensiones vigilaban el recinto del campamento, y varias ocas deambulaban erráticas atadas a un poste. En efecto, una gran y variopinta familia.

Contuve una arcada ante la primera inspiración de aire matutino y salí de la tienda principal temiendo vomitar.

Ofelia, cuyo nombre era Martia, sonrió burlona y con cierto desdén cuando salió tras de mí. Se desperezó con indolencia y bostezó largamente.

—Demasiado exquisita para ser una de nosotros —masculló convencida.

—He estado en lugares peores, y sigo en pie.

La mujer me miró con curiosidad y frunció el cejo con incredulidad.

—Tu estómago no tanto.

Se levantó las faldas, se puso en cuclillas y orinó con semblante gozoso.

Vi con claridad su expuesta entrepierna. Pareció divertirse con mi azoramiento.

—Sin duda eres de buena familia —resolvió poniéndose en pie y una sonrisa displicente en su faz.

—No tan buena como creía.

La mujer alzó una ceja suspicaz y comenzó a peinar su larga melena oscura con los dedos.

—Eso parece. Eres muy joven para aventurarte tú sola en un mundo tan ingrato. O eres una inconsciente, o huyes de algo terrible. —Compuso un mohín pensativo y agregó—: ¿Un esposo abyecto quizá?

—Quizá.

Tras evaluarme largamente, sacudió la cabeza, chasqueó la lengua y musitó:

—Eres lista, así que imagino que fue un motivo de peso.

—Vico se jactó de que en la compañía el pasado no importaba y dio a entender que la curiosidad no iba con vosotros. ¿Me mintió?

La mujer sonrió ladina, aunque en su mirada percibí aprobación.

—Muy lista —reiteró admirativa—. Pero, que yo sepa, todavía no eres de la compañía. Y, a decir verdad, no sé si quiero que lo seas.

—Ya veo, no tengo intención de quedarme —la tranquilicé.

—Yo tampoco la tenía cuando di con ellos.

—Te puedo asegurar que persigo otras cosas.

—¿Sabes, condenada muchacha? Contigo es muy difícil no ser curiosa.

Sonreímos al unísono. Luego me sopesó un instante, escrutándome con agudeza.

—Si huyes de un matrimonio concertado y buscas libertad sólo hallarás dos caminos, actriz o puta, con lo cual me acabas de contestar. Posees juventud, belleza e inteligencia: harás una fortuna, no lo dudo.

Me guiñó un ojo con burlona picardía y, tras una respetuosa inclinación de cabeza, se adentró de nuevo en la tienda.

Yo quedé allí, frente a mi verdad, frente a aquel nombre mencionado por Concetta y que acudía a mis pensamientos con clarividente asiduidad: Carla Brunetti, la famosa meretriz que seleccionaba e instruía a sus pupilas convirtiéndolas en las más veneradas cortesanas de Venecia siguiendo la estela de Veronica Franco, la cortesana poetisa.

La pregunta era: ¿sería capaz de vencer mis reparos ante el rechazo a entregar mi cuerpo sin amor, de estrangular mi dignidad y mi moral en pos del poder que obtendría? Me contesté con otra cuestión: ¿de qué valía la moralidad si llevaba a unas cadenas, a una vida vacía ya? Y yo no sólo anhelaba ser libre, sino también poderosa, para vengar ese amor que separaron de mí con tanta saña. Y por Dios que lo haría. Ya nada me importaba realmente, ni siquiera yo misma, excepto verlos inclinados, humillados y vencidos ante mí.



Atisbé nerviosa entre los pesados cortinones bermellón y tragué saliva. La plaza estaba atestada, un público ruidoso y alborozado aguardaba el inicio de la función. Un bufón amenizaba la espera con cantos, cabriolas y burlas que la gente reía y aplaudía con entusiasmo.

Llevaba un sencillo vestido de sarga gris con un delantal blanco atado a la cintura, mi claro cabello recogido en la nuca y cubierto con una cofia para representar a la doncella de Ofelia, interpretada por Martia. Era tan sólo recitar en tono algo dramático unas líneas que ya había aprendido y luego permanecer en una esquina en actitud apenada y servil. Repasaba mentalmente cada frase cuando, oteando entre el gentío, caí en la cuenta de que no podía cometer la insensatez de salir a escena.

Me reprendí mentalmente y comencé a alejarme atemorizada. Martia, que presencié mi turbación, se adelantó y me detuvo mirándome con expresión reprobadora.

—Muchacha, es tan sólo miedo escénico, todos lo sentimos, pero se pasa cuando empiezas a hablar.

—No es eso, es que... no puedo salir ahí fuera. Está media Venecia en esta plaza.

—Por fortuna para nosotros.

Intenté desasirme, y el pánico comenzó a desatarse en mi interior como una serpiente sibilina reptando por mi espalda.

—No vas a escapar, lo prometiste.

Apresó mi muñeca y comenzó a arrastrarme hacia la tarima.

—¡No! Si me ven, si descubren que estoy viva, vendrán de nuevo por mí. Todavía no es momento de mostrarme.

Martia me observó sorprendida e indecisa.

—¡Por favor! —supliqué.

—¿Por qué demonios no lo dijiste antes?

—No... no reparé en ello..., lo siento. Lo siento de veras. Haré cualquier otra cosa, lo juro.

—No, saldrás ahí como le prometiste a Vico, sin que tu vida peligre. No sé qué has hecho para que quieran acabar contigo, y no me incumbe, pero voy a ayudarte. Espero que el Altísimo algún día me lo tenga en cuenta.

Se alejó dejándome trémula e inquieta. Oía las voces sofocadas del resto

de los actores ensayando sus actuaciones, y recé por que no apareciera Vico en aquel momento.

Al cabo, acudió Martia con una capa con capucha y un antifaz.

—Improvisaré algo sobre tu extraña indumentaria. Intenta modular tu voz para camuflarla. Son apenas dos frases, espero que no te reconozcan, y más si piensan que estás muerta.

Le sonreí tremendamente agradecida y conmovida por su buen corazón.

—No me lo agradezcas, en realidad lo hago por mí: tengo mucho que expiar —añadió devolviéndome la sonrisa.

—Gracias de igual modo.

Asintió conforme, tomó una profunda bocanada de aire y se alejó hacia el lugar donde los actores aguardaban su entrada.

El narrador ya estaba anunciando el inicio de la obra. Me tensé y esperé mi turno.

Allí fuera podían estar Caterina, Marco o Fabrizio, o cualquier otra persona que me reconociera. Si descubrían que estaba viva, no cabía duda alguna de que vendrían a terminar lo que habían empezado. No podían arriesgarse a que contara lo que habían hecho conmigo. Y, sin embargo, algún día estaría frente a cualquiera de ellos para hacerles pagar caras las cuitas afligidas y las vilezas cometidas.

Inmersa en mis pensamientos, envuelta de nuevo por la furia, el miedo se evaporó una vez más. Cuando oí la frase que me invitaba a entrar, me cubrí con la capucha, acomodé el antifaz y salí con paso resuelto al escenario.

Pude ver el desconcertado asombro en los ojos de Vico y cómo su ceño comenzaba a fruncirse progresivamente.

Martia profirió una aguda carcajada que me sobresaltó y añadió la improvisación para meterme en escena.

Vico no fue capaz de ocultar su ofuscación y su desconcierto y fulminó a Martia con la mirada, pero su ingenio y su agudeza consiguieron solventar el imprevisto con bastante acierto.

Titubeante y con el pulso acelerado, pronuncié mis dos frases en tono algo apresurado y me dirigí inquieta hacia una de las esquinas para pasar a formar parte pasiva del elenco.

Aproveché para derramar sobre el público asistente mi curiosidad. Y, como sospechaba, Marco estaba casi en las primeras filas, junto a Giulia, su prometida, o quizá ya esposa. Junto a ellos, Caterina conversando sottovoce

con su insulsa y distinguida pareja. Un acceso de cólera me dominó y todo mi cuerpo tembló. Tuve que apretar los puños para contener mis impulsos. Ese odio exacerbado que su sola presencia me producía estiraba impunemente las cuerdas de mi control. No encontré a Bianca, ni por supuesto a Lanzo. Y pensar en él casi me derrumbó sobre el escenario.

Comencé a marearme, mi visión se desdibujó y un opresivo malestar me sepultó. Tenía que salir de allí como fuera. De repente, sentí la alarmada mirada de Martia sobre mí, y, astutamente, enfocó la atención del público sobre ella con un abrupto gemido dramático antes de comenzar su párrafo. Muy sutilmente me hizo un gesto rápido con la mirada, alentándome a marcharme.

Abandoné el escenario lo más discretamente que pude y me precipité a la tienda dando traspiés, me quité la capa y la máscara, y me abalancé sobre el jergón. Todo me daba vueltas y en mi mente comencé a oír los repugnantes jadeos de Marco mientras me embestía salvajemente. Sacudí la cabeza con violencia y apreté con ferocidad los dientes mientras cerraba con fuerza los ojos. Las imágenes se sucedían en mi mente, y la furia, la humillación y el dolor resurgieron con una viveza sobrecogedora.

Sollocé impotente, asqueada y temblorosa. Abracé mi vientre y lloré de nuevo por aquel hijo perdido, fruto del amor más puro, de un amor roto por el destino y por la inquina de seres abyectos.

«¿Dónde estás, mi amor? ¿Dónde? Allá donde estés, sé feliz.»

Lloré también por mí, por la mujer en la que me tendría que convertir para sobrevivir. Por la mujer condenada ya a vivir una vida vacía, sin amor, sin esperanzas, sin sueños. Atrás quedaba cuanto fui o pude ser. Delante, lo que sería, una mujer libre y poderosa como ninguna otra, una mujer de hierro, independiente y valiente, dueña de su propia vida.

Oí en la distancia el sofocado clamor de un largo aplauso y me limpié las lágrimas apresurada. Me puse en pie cuando percibí pasos aproximándose.

El primero en entrar fue Vico, con su enjaretado jubón de terciopelo rojo, sus ajustadas calzas blancas y sus pulidas botas de piel negra. Su porte era regio, tal como el papel que interpretaba. Me puse rígida irremisiblemente.

—¿Qué demonios ha significado eso? He estado a punto de perder la concentración—bramó furibundo.

—¡Oh, vamos, Vico! —intervino Martia, que iba tras él—. No es la primera vez que tenemos que improvisar, y además resulta excitante poder

disfrutar de alguna variante.

Él me observó ceñudo aguardando una respuesta.

—Temí que me reconocieran —confesé en apenas un murmullo.

El resto de los actores comenzaron a llenar el ambiente de risas y conversaciones alborozadas, y Vico me tomó del brazo y me sacó de la tienda. Lancé una mirada angustiada a Martia, solicitando su ayuda nuevamente. Ella asintió y nos siguió.

Nos detuvimos entre dos carretas y Vico me contempló con aguda perspicacia.

—¿De quiénes estás huyendo, muchacha?

Martia me miró con inusitada gravedad. Su rictus se tensó visiblemente y pude apreciar en su gesto cómo algo la preocupaba. Parecía debatirse internamente, y eso me inquietó. Creí adivinar una casi imperceptible negación justo cuando de mis labios escapó un nombre:

—De los Rizzoli.

Martia cerró los ojos con una mueca frustrada que se apresuró a ocultar cuando Vico se dirigió a ella, lanzándole una clara mirada admonitoria.

—Son una familia poderosa —repuso intrigante, frotándose la barbilla en actitud pensativa—. Si te están buscando, te encontrarán. No deberías quedarte aquí, tan cerca de ellos. Con nosotros estarías a salvo, viajamos como nómadas de villa en villa, no podrían seguirte la pista.

Negué con la cabeza. Tenía muy claro adónde quería ir.

—No será necesario que actúes —insistió tenaz—, puedes ayudar en vestuario, o ejerciendo la función que más te agrade.

—¿Por qué deseas ayudarme?

—Por humanidad. Una joven como tú sería devorada en un mundo como éste, sin la protección de un padre o un esposo. Eres tan sólo una presa.

—Y ¿quién me dice que tú no eres un depredador?

Vico sonrió ladino, chasqueó la lengua y negó con la cabeza.

—Lo soy: cazo aplausos, admiradoras, fama y fortuna —admitió burlón—, pero jamás inocencia.

Justo cuando abría la boca para responderle, Martia intervino interrumpiéndome:

—Yo la convenceré —se ofreció tranquilizadora—, creo que te toca salir a escena.

Vico asintió complacido, la cogió de la cintura y la besó en los labios. El

modo en que ella respondió evidenciaba la clase de relación que mantenían.

Cuando él se alejó de nosotras, la risueña y despreocupada expresión de Martia se trocó en agudo desasosiego.

—Los has visto ahí fuera, ¿no es cierto?

—Sí. A todos menos a quien deseo ver.

Ante su penetrante escrutinio se me anegaron los ojos de lágrimas. Bajé la vista, pero ella me obligó a alzarla de nuevo, sujetando mi barbilla entre los dedos.

—Voy a darte un último consejo, Alonza. Huye de aquí, y debes hacerlo de inmediato. Cuando la función termine, Vico negociará una suculenta suma por entregarte a los Rizzoli. No es la primera vez que lo hace, por eso insiste tanto contigo.

Abrí los ojos como platos, impávida, y mi rostro se desencajó. Miré asustada a mi alrededor y los temblores regresaron.

—No tienes tiempo que perder —me apremió oteando a su alrededor.

Ya me giraba cuando una idea cruzó por mi mente iluminándola de algo parecido a la esperanza.

Tomé a Martia de las manos y la miré suplicante.

—No sé cómo agradecerte todo lo que has hecho por mí, y sé que es todo un atrevimiento pedirte un último favor, pero no tengo a nadie aquí que pueda ayudarme... y ellos están tan cerca que...

—¿Que no puedes evitar pedirme que averigüe dónde está él?

La contemplé atónita, admirando su sagacidad.

—¿Có... cómo lo has sabido?

—Esas lágrimas que has derramado ante el deseo de ver a ese alguien llevan nombre. Es fácil adivinar que te enamoraste de quien no debías.

Asentí mordiéndome el labio inferior.

—¿Cómo se llama?

—Lanzo, Lanzo Rizzoli. Fui a Padua en su busca, pero se marchó de allí. Y nadie conoce su paradero. Ahí fuera están dos de sus hermanos, Caterina y Marco.

Martia resopló pesadamente, me evaluó un instante y, al fin, tras lo que me pareció una eternidad, asintió.

—Ingeniaré algún ardid para averiguarlo. Tú debes marcharte ahora mismo. Cuando sea noche cerrada, espérame junto al Rialto. Coge una capa oscura, una de las dagas que guardo en mis cajones y procura esconderte.

—¿Una daga?

—Sí, muchacha, las prostitutas del Rialto son muy territoriales, por tu seguridad.

—Y ¿por qué allí?

—Es el único lugar de Venecia donde se espera ver a mujeres a esas horas. Además, así verás el camino que has elegido tan de cerca como éste.

CAPÍTULO 17



CONOCIENDO A UNA MERETRIZ

Arropada bajo la gruesa capa de algodón negro, cubierta por la capucha y por el temor, deambulé escandalizada y alerta entre las peculiares almas que poblaban aquellas riberas a tan intempestivas horas.

Agazapada en un rincón, contemplaba cómo las desaliñadas y ebrias prostitutas ejercían su labor contra los sólidos muros del puente. Algunas eran embestidas impunemente por hombres inmundos. Otras se acuclillaban para recibirlos en sus bocas. Y las desocupadas mostraban sus pechos y sus muslos a los toscos hombres que las miraban lascivos. Alguno se conformaba con procurarse placer ante la visión de tanta desnudez. Entonces, la mujer en cuestión avisaba a un tipo fornido de aspecto zafio y peligroso que echaba a patadas al curioso perverso. Otras muchas sólo bebían y reían mostrando sus estropeadas dentaduras y su amargura. Descubrí con pesar que también las había enfermas, con toses roncadas o manchas en la piel que no dejaban de rascarse con fruición. Mujeres rotas, meras herramientas a disposición de la más vil lujuria masculina, denigrándose a manos de hombres repulsivos.

Expuestas a agresiones constantes, a humillaciones, a enfermedades... y a la muerte.

Sentí compasión por aquellas mujeres y por mí. Habría preferido la muerte antes que permitir que cualquiera de esos hombres me tocara. ¿Tal era su desesperación para aceptar semejante vida?

—Ya están muertas.

Aquella voz que contestaba a unas dudas no pronunciadas me sobresaltó. Di un respingo y me giré empuñando la daga que llevaba escondida tras mi capa.

Martia, vestida con una similar, paseó la mirada por aquellas mujeres.

—Todas terminaron sus vidas ya, y sólo ansían que uno de estos desdichados acabe con sus miserias. Algunas ya tuvieron el coraje de terminar con sus penurias en las aguas del canal. Ahí donde las ves, no pocas fueron grandes meretrices de la corte, pero se hicieron mayores, o algún cliente celoso les marcó la cara o enfermaron. Aquí es donde casi todas acaban.

Sentí un escalofrío recorriéndome y mi compasión aumentó.

La miré con aguda aprensión y tragué saliva, sintiendo el corazón atronar acelerado en mi pecho, como la maza de un tambor del ejército.

—¿Has... podido averiguar algo?

Martia asintió. Ahondé en sus ojos y lo que vi me sobrecogió. Su conmiseración por mí me encogió las tripas.

—Cuando terminó la función yo misma me atreví a importunar a Marco Rizzoli. Tuve que hacer gala de mis encantos para convencerlo de que me dedicase unos instantes. Mandó a su acompañante a casa y logré que me atendiera.

Hizo una pausa que me sumió en un océano zozobrante de incertidumbre.

—¡Dímelo ya, por el amor de Dios!

—Le dije que le mandaba saludos de su hermano Lanzo y su rostro se descompuso —continuó—. Me acorraló en un callejón y me amenazó. Le planté cara presentándole a mi amigo... —Me mostró un pequeño estilete de empuñadura profusamente labrada y sonrió de medio lado—. Suele ser bastante más convincente que mi oratoria. Con el filo en su cuello, su lengua se soltó. Lanzo falleció. Marco dice que no pudo soportar la muerte de la mujer que amaba y acabó con su vida. Le pregunté por esa mujer y me dijo que había contraído la peste y que acabó tristemente sus días en Poveglia. Muy shakespeariano, ¿no te parece?

—¡Todo son burdas patrañas! —escupí furiosa.

—Sean lo que sean, ese hombre las defenderá con su vida. Pero ¿por qué muestras semejante seguridad?

—Sé que está vivo, quizá en un lugar remoto, pero mi corazón me dice que el suyo sigue latiendo. Es posible que tan dolorosamente como el mío.

—Pero, por lo que veo, ya renunciaste a él.

—Nunca fui buena para él. Si no me hubiera conocido, ahora estaría acabando sus estudios de biología. Era su sueño, ser apotecario. Y llegué yo para trastocar toda su vida.

El tono lastimero y culpable de mi voz conmovió tanto a Martia que se aprestó a tomarme entre sus brazos, cobijando mi pena.

—Tu mayor problema es encontrarlo.

—No tengo medios, ni un condenado rastro que seguir. Además, creo que debo dejarlo ser feliz y perseguir su sueño.

Martia se separó de mí para mirarme a los ojos.

—Si se ha escondido del mundo para poder soportar tu pérdida, su único sueño eras tú. ¿Cuál es el tuyo?

—Yo ya no tengo sueños, sólo fines.

Miré con profundo desconsuelo a mi alrededor y suspiré con pesar.

—Tú no acabarás como ellas. Tú eres mucho más astuta.

—No creo que pueda valer para esto.

Martia tomó mi rostro entre las manos y me miró con gravedad.

—Para esto, naturalmente que no. Para enamorar y seducir a grandes hombres y manejarlos a tu antojo, sí. Para elegir tus conquistas, sí; para disfrutar de tu cuerpo, sí. Y para gozar de los favores de grandes hombres de la corte, también. Con amigos poderosos, serías poderosa y tendrías a tus enemigos a tu merced. Porque eso es lo que buscas, ¿verdad?

—Justo eso.

—¿Sabes por dónde empezar?

Asentí. Martia me imitó y, con expresión enternecida, me abrazó con fuerza.

—No sé qué tienes, muchacha, pero me ablandas a cada mirada. Te quiero lejos de mí o arruinarás mi fama de arpía desalmada.

Tras el sentido abrazo, nos separamos. Martia me dio dinero para pasar la noche en una taberna y poder comer algunos días.

—¿Qué le dijiste a Vico?

—Que te habías ido, nada más. Farfulló furioso, pero se le pasará pronto, también yo sé ablandar.

Me guiñó un ojo y, tras lanzarme un último beso al aire, desapareció entre las sombras.



Tras algunas incómodas preguntas, recibidas con mirada espantada, conseguí localizar el prestigioso lupanar de Carla Brunetti.

Era un edificio suntuoso, de color bermellón con ventanas ojivales enmarcadas en blanco, flanqueado por pequeños canales que resguardaban su intimidad. La entrada estaba en un lateral, que daba a un discreto y angosto callejón. Imaginé que en las fachadas que daban a los canales también habría puertas, y más privadas. Los clientes debían poder entrar y salir sin ser vistos.

Tomé una gran bocanada de aire y, asiendo el aldabón, llamé a la puerta.

El eco rebotó contra las paredes del callejón en un sonido hueco que vibró entre las callejas perdiendo intensidad.

No tardó en abrirse la puerta. Contuve el aliento y miré a la doncella que me observaba con una expresión de molestia.

—No necesitamos nada.

Ya cerraba cuando adelanté un pie en el umbral.

—Pero yo sí necesito algo. Hablar con la señora Brunetti.

Me inspeccionó desdeñosa y su ceño se acentuó.

—No recibe visitas a estas horas —rezongó impaciente—. Si es para un encargo especial, dime el nombre de tu señor y lo que demanda, y ven mañana por la tarde por la respuesta.

—No tengo señor, y el encargo es para mí.

Su mirada brilló tan interesada como mordiente.

—He visto de todo, pero dudo que puedas pagar los servicios de esta casa.

—Lo que deseo es cobrarlos.

En la mirada de la insulsa y altiva doncella relumbró la comprensión de mi presencia allí.

—¿Deseas ser su pupila?

—Sí, para eso vengo.

No ocultó su asombro ni tampoco su condena. Ignoré ambos gestos y sonreí ufana.

—Espera aquí. No sé si admitirá a alguien nuevo.

Cerró la puerta, dejando entrever la satisfacción de tenerme esperando fuera con un mohín altanero. Solté el aire contenido y aguardé paciente.

Cuando, al cabo de un dilatado momento, abrió de nuevo fue para indicarme con un gesto que entrara.

—La señora acepta verte, siente curiosidad. Mi descripción no ha sido muy precisa.

Caminamos por un suntuoso pasillo forrado de damascos dorados y marrones con varias puertas de nogal cerradas. Lujosos apliques con velas iluminaban el espacio. Me llamaron la atención vistosos cuadros con musas escasas de ropa manoseadas por libertinos demonios. Algunas escenas pictóricas me resultaron familiares. A mi mente acudió el libro que Lanzo ocultaba en su cuarto, *Il Modi*, aquel manual de placer que provocó nuestro primer encuentro. Suspiré queda y me obligué a apartarlo de mi cabeza.

Llegamos a una antesala circular, con varios cómodos sillones, una mesita y una gran ventana que regaba de luz matinal aquel saloncito. Al frente se abría una puerta doble. La doncella llamó con los nudillos y esperó rígida.

—Adelante.

Abrió la puerta y me dejó entrar. Tras una cortés inclinación de cabeza, cerró tras de sí, dejándome frente a un opulento despacho, donde una elegante dama burguesa me observaba con atención.

Sus vivaces ojos, del color de la melaza joven, me inspeccionaron con profusa minuciosidad.

—¿Cómo te llamas?

—Alonza di Pietro.

—¿Qué edad tienes?

—Dieciséis.

Su oscuro y brillante cabello negro lucía en un recogido muy favorecedor. Era hermosa, pero de gesto duro y mirada sagaz. No había dulzura en ella, ni calor. Su mirada era fría, casi glacial, calculadora, y su porte altivo. Era una mujer imponente que derrochaba una confianza y una seguridad aplastantes. Rezumaba poder, y pude sentirlo. La envidié en el acto.

—¿Eres virgen?

—No.

—Bueno, pues acabas de perder una buena baza —replicó poniéndose en pie y dirigiéndose hacia mí—. Se cotizan mucho las vírgenes, hay muchos hombres que prefieren la inexperiencia para ocultar la propia. O que anhelan ser conquistadores de territorios inexplorados para poner su pequeño gallardete y alimentar su gran ego. También los hay que piensan que desflorar es algo así como conseguir cierta inmortalidad en el corazón de la joven, o simplemente son tan inseguros que temen a una mujer curtida.

No pude evitar sonreír con cierta diversión.

—No parecéis guardar mucha simpatía por los amantes de la pureza.

—Mis simpatías son difíciles de conseguir en general —adujo, deteniéndose frente a mí—. En cuanto a la pureza, sólo existe en el corazón. El cuerpo es únicamente una herramienta que nos es dada para vivir la vida y disfrutarla.

Paseó sus ojos por mi rostro y se detuvo en mi boca. Alzó la mano y delineó el contorno de mis labios.

—Tienes una boca que enloquecería a muchos hombres. Tus labios son voluminosos, suaves, resaltan en tu pálido rostro con un precioso y natural color rubí.

Su tacto me puso rígida, tragué saliva incómoda y me obligué a sostenerle su penetrante mirada.

La yema de sus dedos ascendió por mis mejillas, recorriendo mis facciones como si dibujara sobre ellas.

—Tus ojos son singulares, enigmáticos, lleno de secretos, y me atrevo a aventurar que de experiencias dolorosas. De ese gris acerado que puede restallar como un látigo o, por el contrario, fundirse melifluido como la plata.

Tomó mi trenza y la acarició sin dejar de mirarme. Soltó la goma que la contenía y comenzó a deshacerla con mimo. Luego ahuecó sus manos tras mi nuca y empezó a distribuir el cabello por mi espalda.

—Hermosa melena dorada, tan clara como un sol temprano. Ligeramente ondulada, espesa y larga —alabó acariciando un mechón—. Veamos qué más escondes.

Dio un paso atrás y me regaló una sonrisa gatuna.

—Desnúdate. Necesito ver con lo que voy a trabajar.

Mi pulso se aceleró y en aquel instante me replanteé mi decisión. Sentí el imperante deseo de correr, de alejarme del mundo y esconderme en el más apartado rincón. Apreté los puños y el mentón, librando mi particular lucha

interior. Sabía que desprenderme de mi vestido y aceptar quedarme cambiaría mi destino para siempre. Era imposible vaticinar si para bien o para mal, pero aquel camino era mi única motivación ya para continuar adelante.

Ante mi titubeo y mi evidente nerviosismo, Carla suspiró forjando una mueca impaciente. Se sentó en el borde de su mesa, frente a mí, cruzando los brazos sobre su pecho, y me miró reprobadora.

—Veo que no has sopesado convenientemente tu decisión. No sé qué te habrá movido a tomarla, pero sí sé que, si no estás segura, no es una buena decisión. No me hagas perder más el tiempo.

Se sentó con una mueca molesta y comenzó a revisar un libro de cuentas que tenía abierto, dando por terminada la conversación.

—Por favor, cierra al salir.

Permanecí inmóvil, como si una fuerza invisible me anclara los pies al suelo, y, sin embargo, al mismo tiempo algo tirara de mi cuerpo hacia la puerta. Trémula, me debatí entre ambos impulsos, y en ese momento volví a ver los rostros de los que habían arruinado mi vida y esa cólera latente que siempre estallaba para ayudarme a luchar tomó por mí la decisión.

Comencé a desenlazar los cordones de mi corpiño, aflojándolo. Deslicé por los hombros las abullonadas mangas y me desprendí de él. Ante el rumor de las ropas, Carla alzó intrigada la mirada hacia mí. No me detuve, y con toda la entereza que logré reunir, me quité la camisola, y me mostré erguida y desnuda ante ella.

Aunque mantuvo el gesto duro e inalterable, en el brillo de sus peculiares ojos felinos relució un leve matiz aprobador.

Se puso en pie y se dirigió lentamente hacia mí. Cada paso en mi dirección me tensó todavía más.

Cuando estuvo de nuevo enfrente, acarició mi cuerpo con los ojos, con suavidad.

—Pareces la Venus de Botticelli —susurró con arrobada admiración.

Las yemas de sus dedos se posaron en mi clavícula y comenzaron a descender lentamente. Contuve el aliento. Giró levemente la mano y, con el dorso de los dedos, recorrió el espacio entre mis senos, se detuvo y me miró calibrándome un instante antes de continuar. Sabía que me estaba poniendo a prueba y me mantuve serena y expectante.

Acarició mis pezones y éstos se irguieron ante el contacto, Carla sonrió maliciosa y se apartó de mí. Parecía disfrutar de mi incomodidad.

—Date la vuelta.

Me giré tomando una profunda bocanada de aire y, al momento, sentí sus manos ahuecadas en mis nalgas. Me pareció oír un estrangulado gemido de complacencia. Tras lo que me pareció una eternidad, posó las manos en mis hombros, retiró mi cabello y acercó sus labios a mi oído.

—Eres muy bella —susurró—, y, si me dejas, te convertiré en mi mejor pupila. Pondré Venecia a tus pies y, si eres lista, hasta puede que la gobiernes.

Me giró y su penetrante mirada me secó la garganta.

—Te acepto, Alonza di Pietro. Pero acatarás todas y cada una de las normas de la casa.

Su mirada se posó en mi boca y creí distinguir un mohín anhelante que ocultó tras una máscara fría e impertérrita.

—Puedes vestirme. Ven y siéntate, tengo que ponerte al día sobre lo que espero de ti y sobre lo que obtendrás de mí. Después firmarás un contrato que mandaré redactar. Perteneceás oficialmente a mi casa. —Hizo una breve pausa para sonreírme artera, clavó en mí una inquietante mirada oscura y agregó intencionada—: Y a mí.

Me vestí con atropellada torpeza y me senté frente a ella. Y, aunque aquella vetusta mesa de despacho nos separaba, de algún modo seguí sintiendo sus dedos sobre mí.

—Bien, en cuanto a tu aspecto, yo personalmente me ocuparé de tu vestuario y elegiré tus peinados y abalorios. En ocasiones especiales te prestaré algunas de mis joyas. Tu aseo personal será diario y no podrás tener vello corporal alguno, tampoco en tu sexo. Acatarás mis directrices al pie de la letra. No sólo te enseñaré el arte de dar placer, de seducir y de encandilar con una sola mirada. También instruiré tu intelecto. Leerás a los clásicos, filósofos y humanistas, aprenderás a recitar, a tocar el laúd y el arpa, a bailar en la corte. También te versaré en política, geografía e historia, hablarás varias lenguas y exprimiré tu cerebro tanto como tu cuerpo para que sometas a los hombres y los rindas a tus pies. Si juegas bien tus cartas, harás una fortuna.

—Quiero poder —reliqué demasiado vehemente.

Carla me miró complacida.

—Y poder tendrás. Posees todas las cualidades necesarias, sólo debes evitar una cosa: el talón de Aquiles de toda mujer es su corazón, no dejes que te lo roben y nadie podrá dominarte.

—Mi corazón ya me lo arrancaron, nada temo —murmuré con amargura.

Tras otra intensa inspección, logré que no me temblara la barbilla ante la remembranza de Lanzo. Ya no podía pensar en él. Debía guardarlo en el más recóndito lugar de mi mente para poder entregarme a otros hombres. Era indispensable separar cuerpo, corazón y mente para evitar sentirme sucia y que los remordimientos me sepultaran. Como bien aseguraba Carla, el cuerpo era tan sólo una herramienta, y en mi caso la necesitaba para cumplir mi único objetivo: ser libre, dueña de mi vida, y hacer justicia.

—Mejor, en este oficio es un gran inconveniente tenerlo. También hay que dejar fuera la moralidad, los prejuicios, las reservas y la conciencia. Pero lo más importante es borrar de tu mente todo lo que la sociedad grabó en ella, todo lo que la religión coartó, todo lo que tu educación anuló, y renacer con una visión nueva de ti misma. Tú y sólo tú eres la dueña de tu cuerpo, cómo lo uses sólo es problema tuyo, ni Dios ni el mundo tienen derecho alguno sobre ti. Si nos fueron concedidos los dones para obtener placer y darlo, no tiene mucho sentido que la Iglesia los condene cuando esos regalos nos los dio Dios, ese al que fingen servir. Y si, como bien repiten, estamos hechos a su imagen y semejanza, lo natural sería honrar ese cuerpo y agasajarlo con las mieles que Él nos concedió. —Respiró hondo y sus ojos ambarinos me contemplaron solazados—. Y déjame decirte algo: una vez derrotados los rígidos preceptos impuestos, una vez diluidas las mentiras que nos someten al control de una sociedad hipócrita y manipuladora, tú tienes el control de tu vida.

»Desde que nacemos, con cada aliento nos esclavizan con pesados eslabones morales, nos oprimen con juicios constantes y amenazas vacuas, haciéndonos creer que salvaremos nuestra alma si no disfrutamos de nuestro cuerpo. Ése es el destino de toda mujer, someterse al control del hombre, de la sociedad y de la Iglesia, por eso nos niegan el placer, el conocimiento y la libertad. Es fácil saber por qué nos tienen tanto miedo.

Alcé interrogante las cejas. Carla sonrió de medio lado en una mueca jactanciosa.

—Porque somos mejores que ellos.

La vehemencia con la que hablaba, su firmeza y su intensidad me dijeron que era una mujer curtida a base de golpes. Una superviviente que se había superado a sí misma, quitándose una a una las cadenas que le habían puesto. Mi admiración por aquella férrea mujer creció.

—Respecto a los beneficios económicos, yo me quedaré con un tercio de

todas tus ganancias. Si alguno de los clientes que te soliciten te produce rechazo por el motivo que sea, podrás descartarlo, a menos que yo decida lo contrario si el personaje es muy relevante o la cantidad muy jugosa. Tú eliges a tus amantes, tú los complaces y tú los conservas. Yo los encuentro para ti, yo te preparo, yo te protejo y yo te hospedo. No es un mal trato. Pero si descubro que si te quedas con un solo escudo que no te pertenezca, que trabajas a mis espaldas o que dejas en evidencia mi casa, no habrá sitio en Venecia donde esconderte ni hombre que pueda protegerte de mí.

Entornó admonitoria los ojos y aguardó a que yo asintiera.

—Si tienes alguna pregunta, éste es el momento.

—¿Podré dejarlo cuando lo desee?

—Si yo te dedico mi tiempo, te ofrezco conocimientos, techo, comida y ropa y, además, te muestro el oculto reino del placer, como es natural, exigiré compensación, pues lo hago por un solo motivo: lucrarme. Hasta que me sienta pagada, no serás libre.

—¿Alguna de vuestras cortesanas ya lo es?

—Todas. Siguen a mi lado porque lo desean.

—¿No hay ninguna aprendiz en este momento?

—No tenía pensado acoger a nadie más.

—¿Por qué me aceptáis entonces?

—Sé reconocer un buen negocio en cuanto lo veo.

Y eso era yo, un negocio, un artículo en venta, una inversión. Al menos, con mi consentimiento pleno y gracias a una decisión propia, no de nadie más. Y camino a mi propia libertad.

—¿Cuándo empieza mi primera clase?

Carla esbozó una sonrisa complacida y me observó regocijada.

—Esta noche. Pareces arder en deseos de aprender. Te alojarás con Chloe, ella será tu referente.

Fijó sus ojos en mis labios y yo, nerviosa, me mordí el inferior.

—¿Quién te desfloró? ¿El mismo que te arrebató el corazón?

Bajé la mirada hacia mis manos, entrelacé los dedos inquieta y temerosa de que los recuerdos me desbordaran en tan inoportuno momento.

—Sí.

—¿Gozaste?

Tragué saliva y asentí con timidez.

—Mírame cuando te hablo —exigió con firmeza.

Alcé la vista y de nuevo asentí.

—Tuviste suerte, entonces. Las primeras veces suelen ser poco satisfactorias.

—Sí, la tuve.

—Bien, veo que no quieres hablar de ello. Lo que me interesa es saber si conoces tu cuerpo en profundidad y el de los hombres.

—Creo que sí —me atreví a aventurar—. Encontré... una especie de manual erótico con... ilustraciones y, bueno, yo... descubrí algunas cosas.

—*¿I Modi?*

Parpadeé ruborizada y, de nuevo, afirmé. Sentí las mejillas encendidas y dejé escapar el aliento para normalizar la respiración.

Carla rio y me contempló con incisiva curiosidad. Sus ojos se iluminaron con una luz pícara, una de sus cejas se arqueó en un mohín impresionado.

—¿Quiere eso decir que practicasteis algunas de esas escenas?

—No, no, Lanzo fue muy gentil.

—Lanzo...

Me reprendí en silencio por haber sido tan imprudente.

—En el lecho, la gentileza es aburrida. Cuanto más atrevimiento, más desenfreno y, por tanto, más placer. Los clientes que acudirán a solicitar tus servicios no querrán una mujer pasiva ni sumisa, buscarán una gata traviesa y juguetona sin pudor alguno. Aunque ese delicioso rubor tuyo resulta muy atractivo. Esa cándida timidez debe de ocultar a una leona experimentada, y es justo esa combinación la que resultará irresistible, te lo aseguro.

Sus manos aletearon inquietas. Su entusiasmo era manifiesto y su manera de mirarme, reveladora. Me sentí presa de una depredadora voraz.

—Bien, dile a Elisa que te aloje en el cuarto de Chloe. Esta noche te presentaré a todas mis chicas, y estoy pensando en comenzar con una exhibición. Nada como presenciar un acto real de lo que se espera de ti. Las ilustraciones pueden dar ideas, pero nada como un espectáculo en vivo.

Reordenó los papeles que tenía diseminados por el escritorio y los separó en pilas. Cerró el libro de cuentas y me miró con semblante adusto y profesional, aunque su mirada permanecía refulgente y vivaz.

—En cuanto se redacte el contrato, firmarás y comenzaremos tus clases.

Se puso en pie y yo la imité. Alargó el brazo para invitarme a marcharme y me dirigí a la puerta.

—Huelga decir que aquí no entendemos de géneros.

CAPÍTULO 18



ENCUENTRO CON EL PASADO

La Biblioteca Nacional Marciana era un edificio de arquitectura renacentista. Su esplendorosa fachada tachonada de arcos, ventanales y columnas dóricas encajaba a la perfección en el exquisito enclave donde se encontraba, en plena *piazzetta*, frente al Palacio Ducal y junto al Campanile.

Caminar por el impresionante vestíbulo, seguida del eco de mis pasos, dotó a mi avance de cierta solemnidad. El pavimento era de mármol en blanco y negro, y los abovedados techos lucían la pintura de Tiziano titulada *La Sapienza*. En las paredes, retratos de varios filósofos

adornaban el gran recinto, pintados por Tintoretto y el Veronés.

La sala de lectura estaba dividida en varios niveles de altura, adornada con galerías y balaustradas a modo de patio interior. En el centro, mesas y estanterías seccionaban el espacio, cuadriculándolo. Me dirigí al mostrador central y pregunté por todo lo relacionado con la primera mitad del siglo XVII en Venecia, sobre todo en lo referente a la sociedad de la época. También solicité cualquier libro que hablara sobre la familia Rizzoli, y un plano de Poveglia con su historia y curiosidades.

El anodino bibliotecario consultó la pantalla de su ordenador con gesto adusto, y en los cristales de sus gafas pude ver cómo el buscador localizaba varios archivos.

—Sobre los Rizzoli sólo tenemos la historia de su escudo de armas y alguna mención de alguno de sus miembros en la quinta batalla turco-veneciana, la guerra de Creta.

—De acuerdo.

Me apuntó varias claves de números y letras y me indicó dónde encontrar los volúmenes solicitados, registró mi nombre y la fecha en el ordenador y, tras ajustarse las gafas, se limitó a asentir como despedida.

Después de recorrer e indagar entre nutridas estanterías los libros que buscaba, elegí una mesa y los deposité en ella. No había apenas gente, aun así, miré con perspicacia a mi alrededor, temerosa de ser observada.

El primer tomo que me decidí a abrir fue el de la guerra de Creta, que había comenzado un 30 de abril de 1645. Buscar un apellido entre tal cantidad de información sin duda resultaría tedioso, incluso desesperante. Pero cuando descubrí un epíteto que hablaba sobre los tripulantes de cada galera y las tropas que compusieron uno de los fuertes al nordeste de La Canea, en Grecia, mi corazón dio un vuelco. Miré la página que indicaba el índice y pasé las hojas con premura, casi con angustiosa impaciencia.

La fecha de la guerra de Creta coincidía con la muerte de Lanzo, y una amarga corazonada me atravesó en aquel instante.

Deslicé la punta de mi dedo índice por los nombres de las tripulaciones de las veinticuatro galeras, que el capitán veneciano Tommaso Morosini comandaba para bloquear los Dardanelos. Por fortuna, los nombres seguían un orden alfabético. No encontré a ningún Rizzoli en aquella flota.

Continué leyendo y entonces Lanzo apareció ante mis ojos. Contuve la respiración y releí aquel nombre ensimismada. Había pertenecido al destacamento que había defendido los fuertes ante la conquista turca en una isla al nordeste de La Canea. El capitán Biagio Giuliani, al mando sólo de sesenta hombres, había resistido duramente el tenaz asedio de los otomanos. Uno de aquellos hombres era Lanzo Rizzoli.

Por qué un muchacho con pasión por la curación y las hierbas, con la única ambición de convertirse en un gran

apotecario, había acabado como soldado en una guerra tan cruenta escapaba a mi imaginación. ¿La pérdida de Alonza, su exilio voluntario y quizá su amargura lo habían llevado a ser otro hombre? ¿Qué había pasado con su vida en esos doce años para decidir convertirse en un soldado? Si el soldado era Marco, ¿dónde demonios estaba?

Y entonces, como si mi pregunta hubiera despertado una especie de sexto sentido en mí, mis ojos fueron abstraídos hacia su nombre: Marco Rizzoli. Había pertenecido a la flota comandada por Antonio Capello en Creta, como segundo de a bordo.

Continué indagando página a página y, casi al final, descubrí un listado de supervivientes, muertos y desaparecidos.

Marco y Lanzo, ambos figuraban como desaparecidos.

Y, por lo que había podido apreciar en el árbol genealógico, se consideró a Lanzo muerto. Sin embargo, no había atinado a mirar la fecha de la muerte de Marco. Quizá tuviera otra oportunidad de revisar el despacho de Luca, aunque eso implicara volver a verlo.

Sentí un regusto amargo en la garganta. Las fotos que me había mostrado Stefano me hablaban de un Luca calculador y sin escrúpulos. Ahora ya sabía que había sido él quien me había descubierto la infidelidad de mi esposo. Pero eso no era malo para mí, a menos que todo fuera producto de un plan perfectamente orquestado, quizá para dejarme sola y a su merced, me dije.

Reprimí un escalofrío, sabedora de estar en medio de una enrevesada trama que escondía más de un secreto.

Suspiré profundamente y cerré el libro sobre la quinta guerra turco-veneciana. Abrí el de la sociedad de la época y paseé la vista por las páginas leyendo por encima. Cuando llegué al capítulo de las casas del placer y toda la parte que hablaba de las *cortigianas onestas*, las cortesanas más reconocidas, descubrí un nombre que hizo que me tensara en mi asiento: Carla Brunetti.

Entre sus pupilas, otro nombre me aceleró el pulso, ahí estaba Alonza di Pietro. Tuve que alzar la vista y tomar aire antes de continuar. Sentí un torrente de adrenalina recorriendo cada terminación nerviosa, mi corazón bombeó frenético y me llevé la mano al pecho, como si ese simple gesto pudiera detener la emoción que sentía. Ella, mi antepasada, estaba ahí, frente a mí, tan real como la que salía de su diario cada día para encogerme el corazón.

Mis ojos se regodearon en su nombre antes de continuar leyendo. La comparaban con la famosa Veronica Franco y, a pesar de que Venecia se sumía en la decadencia y perdía poder, ella había logrado alcanzar una gran popularidad.

Ávida de información, me saltaba párrafos sólo anhelando que volvieran a mencionarla:

Dicen que retó al mismísimo dux en una apuesta muy singular: hacerse pasar por hombre y combatir a los

moriscos, enemigos de Venecia, y que, a su regreso, cobraría la jugosa suma demostrando que la mujer tenía las mismas agallas que cualquier hombre y más entendederas.

Sonreí orgullosa en mi interior y, al mismo tiempo, algunas piezas comenzaron a encajar. Ella había ido a la guerra, Lanzo también..., y estaba completamente segura de que ambos se buscaban.

Lo que daba por hecho es que Alonza había regresado, había cobrado la apuesta y escondido el tesoro en Poveglia. Pero ¿y él? ¿De veras había muerto?

No encontré ninguna referencia más, por lo que decidí buscar en la red más información. En cuanto al plano de Poveglia en el siglo xvii, nada hallé que me llamara la atención de una manera especial.

Y ahora, ¿por dónde habría de continuar?

Tomé los libros y los deposité en el mostrador. El insulso empleado se ajustó las gafas sobre el puente de la nariz, en un movimiento más maniático que práctico, y registró la devolución.

Salí de la biblioteca con otro nombre titilando luminoso en mi mente. No podía apartar de mi cabeza sus miradas, sus gestos, ese indomable y espeso cabello oscuro que tanto le costaba atusar y que tanto deseaba yo acariciar. Y, a pesar de ser plenamente consciente de que no podía confiar en él, de que quizá yo sólo era una más de sus

víctimas, el deseo de verlo y de oírlo comenzaba a ser preocupante.

Con paso ligero y resuelto, crucé el imponente vestíbulo y salí al exterior.

Era hora de comer, y decidí hacerlo en la coqueta terraza de un restaurante frente al Gran Canal.

Con cada bocado, mis pensamientos se atropellaban convergiendo en un mismo punto: Luca Vandelli. Y entonces supe lo que debía hacer: investigarlo.

Buscaría información sobre él, lo seguiría. Esta vez sería yo la detective, y, aunque le había dicho que lo mantendría al tanto de Stefano y que acudiría a él, no podía hacerlo hasta saber si en realidad pisaba terreno seguro.

Terminé mi almuerzo y paseé pensativa.

A pesar de sortear la batahola de turistas que recorrían la ciudad, me sumergí en mis pensamientos, en mi particular burbuja, y pensé que necesitaba visitar de nuevo el despacho de Luca para registrar a fondo sus papeles. Sin embargo, no podía entrar sin su llave, y, aunque lograra conseguirla, sería allanamiento de morada. ¿Sería capaz de llegar tan lejos?

Decidida a comenzar mi plan de acción, caminé hasta la tienda de antigüedades. Al ser una estrecha callejuela, no podía vigilar el escaparate sin ser vista, ni podía apostarme en el callejón donde se encontraba el acceso directo al apartamento. Así pues, me situé en la esquina de la

catedral, camuflada entre grupos de visitantes, asomándome con frecuencia hacia la calle en cuestión.

Había adquirido un discreto sombrero para ocultar mi cabello y unas gafas de sol, y esperaba que, entre la gran afluencia de gente en aquella plaza, lograra pasar desapercibida. Permanecí buena parte de la tarde atisbando por la bocacalle hasta que, por fin, una pareja emergió de la tienda de antigüedades y caminaron cogidos del brazo hacia el extremo opuesto.

Reconocí a Luca al instante: que fuera tan alto me facilitaba localizarlo entre el gentío. Loretta iba enlazada a su brazo, prodigándole continuos arrumacos. Ya me adentraba en la calle cuando reparé en un hombre que bajó el periódico que leía con un gesto brusco, miró atentamente a la pareja y se encaminó tras ellos.

Lo seguí a cierta distancia. El hombre que vigilaba los movimientos de Luca capturaba fotografías de la pareja con el móvil. Anduve parsimoniosamente para acercarme a él y poder ver mejor su rostro; no obstante, me lo replanteé, pues si espiaba a Luca, debía de saber quién era yo. Decidí caminar a una distancia prudencial y observar lo que acontecía frente a mí.

Luca y Loretta se detuvieron en un puente, observando las góndolas que pasaban. La música de acordeones y las voces de barítonos se alzaron entre el barullo, entonando canciones de Caruso. Ver cómo Loretta rodeaba la cintura de Luca me incomodó, provocándome una punzada

envidiosa que me apresté a estrangular. En cambio, él parecía ausente, sumido en su particular ensoñación mientras contemplaba el canal con una expresión que me desconcertó. Desde mi posición sólo atisbaba a divisar su perfil, pero, a pesar de su relajada expresión, destacaba en la línea de sus hombros un claro matiz rígido anunciador de un acusado estado de alerta que, como he comentado, contrastaba con su pose y su semblante.

Sabía que estaba siendo observado, pensé en el acto. Cuando ella apoyó la cabeza en su hombro, él inclinó la suya a modo de cobijo. Era una postura romántica que me aguijoneó, pero también estudiada. Pude apreciarlo con claridad cuando Luca, de manera sutil, miró hacia un lado, oteando con ojos perspicaces a su alrededor. Fue un gesto breve, pero lo suficientemente revelador para mí.

Caminaron un buen trecho y, cuando se sentaron en un coqueto café, Luca, de nuevo, y aprovechando una carcajada, rastreó de un fugaz vistazo todo a su alrededor. En esos instantes, yo me detenía como una estúpida, como si permanecer inmóvil me hiciera invisible.

Denoté en su rictus cierta tensión cuando el hombre que lo seguía pasó por delante de él con la cabeza vuelta hacia otro lado, fingiendo ser un turista más. Y entonces me alarmé, pues, si se había percatado de aquel tipo, quizá también me hubiera descubierto a mí.

Y, como si mi pensamiento fuera premonitorio, Luca volvió entonces la cabeza en mi dirección. Me giré rauda,

masculando una maldición entre dientes, caminé esforzadamente despacio para no llamar la atención y comencé a alejarme.

No había sido buena idea, me repetí. Él tan sólo pasaba la tarde con su amante. Probablemente cenarían en un lugar romántico y después la llevaría a su apartamento para hacerle el amor. La traicionera imagen de ellos dos enredados en su cama me agitó el estómago. Sacudí la cabeza para quitármela de encima y aligeré el paso.

No regresé por el mismo sitio. A decir verdad, no tenía ni idea de dónde me encontraba. El ocaso caía sobre Venecia, y los grandes rebaños de turistas abarrotaban los *vaporetti* rumbo a sus hoteles. La ciudad se descongestionaba a un ritmo frenético, y las adoquinadas callejuelas recuperaban su peculiar eco empedrado al caminar sobre ellas. El bullicio se diluyó en una calma reconfortante, antesala de una preciada quietud. El silencio que flotaba sobre aquella hermosa urbe, dueña de tantos secretos, era lo que dotaba de magia cada paso, y ese reverente silencio era la llave que abría el verdadero corazón de Venecia.

Me sentí envuelta en su hechizo y, cuando admiraba una antigua casa, al borde de un canal, me detuve presa de una extraña sensación de familiaridad. Como no conocía aquella parte de la ciudad, y además podía asegurar que me había perdido, la sensación aleteó por mi estómago buscando una explicación plausible a aquella repentina

inquietud. Y entonces, una descripción coincidente me aceleró el pulso.

Muros de color bermellón, ventanas ojivales enmarcadas en blanco...

¡No podía ser!

¿Era el espíritu de Alonza quien guiaba mis pasos?

Como una autómatas, me dirigí a la doble puerta de recia madera vieja y llamé al timbre.

Una señora de avanzada edad abrió y me contempló frunciendo el ceño, más para aguzar su vista que como mohín desconfiado.

—Disculpe, su casa es muy hermosa —comencé alabando con una sonrisa jovial—, ¿sabe de qué siglo es?

—Del diecisiete. Fue una antigua casa de placer, la regentó una cortesana muy famosa —respondió con orgullo.

—¿Carla Brunetti?

La anciana negó con la cabeza, y mi contrariedad debió de ser tan evidente que la mujer sonrió condescendiente.

—No, Alonza di Pietro —rectificó.

Abrí la boca y mis ojos se agrandaron con asombro. Sentí que me faltaba el aliento. Me costó tragar saliva, mi expresión se congeló y, por la alarmada expresión de la mujer, supe que había perdido hasta color.

—¿Se encuentra bien, señorita?

—Sí, yo..., es que Alonza di Pietro fue antepasada mía.

Esta vez le tocó a la mujer componer una expresión

sorpresiva. Seguidamente, sonrió entusiasmada y me invitó a entrar.

Adentrarme en aquel angosto lugar fue como sumergirme en el pasado. Sentí en cada paso los de ella, en cada aliento el suyo, y mi piel se erizó con un cosquilleo que me estremeció. En las paredes había cuadros con escenas lúdicas de desnudos y de juegos sensuales. En otros, las bacanales eran más atrevidas, y hasta se apreciaba con lujo de detalles toda clase de actos sexuales.

—Hemos procurado conservar la esencia de este lugar. Algunos cuadros son de la época, otros los adquirimos, pero siempre intentando que se asemejaran en estilos, naturalmente —explicó la anciana, que parecía encantada con vivir entre tanta perversión visual.

Me condujo hacia un amplio salón y me ofreció tomar asiento.

—¿Le apetece un café?

Lo acepté con una agradecida sonrisa y, acto seguido, la mujer desapareció por otra puerta.

Paseé la mirada por la estancia recargada con profusión de detalles. Las paredes estaban empapeladas en estuco granate con relieves florales en dorado, donde el grueso marco blanco de las ventanas contrastaba vistosamente. Diversos muebles de nogal se repartían por la estancia, rotundos y añosos. Sillas tapizadas y cortinas de recio terciopelo con borlas de hilo dorado se recogían en curvos pliegues, dejando entrar la escasa luz de un ocaso que,

entre aquellas laberínticas callejuelas, languidecía moribundo.

Espléndidos lienzos con escenas de la corte veneciana, del canal y de la *piazzetta*, todas de la época, se repartían por las paredes. En una esquina, junto a una de las ojivales ventanas, una lámina captó mi atención.

Era una muchacha de perfil, vestida con una túnica de la época, que miraba soñadora por una ventana. Me recordó a mí misma, en aquella foto que Luca escondía en aquel cajón. Sólo que, a pesar de que el dibujo era a carboncillo, el largo cabello ondulado era claro y el perfil, más exquisito. Supe al punto de quién se trataba y quién lo había dibujado. Sentí una emoción intensa y alcé mi mano hacia el cristal que lo protegía del tiempo, recorriendo aquel rostro con subyugada solemnidad. Su expresión nostálgica la hacía parecer un ser etéreo, un hada de otro mundo. Verla frente a mí me impresionó, dejé escapar un gemido quedo y sentí un nudo en la garganta.

—Es un retrato anónimo —explicó la mujer.

Oí cómo depositaba una bandeja en la mesita junto al sofá y sus pasos acercándose a mí.

—Pero posee tan exquisita belleza, tan apasionada delicadeza, tan vívido realismo que decidí quedármelo. Parece una muchacha dulce y vulnerable, pero observe su mirada: a pesar de ese brillo triste, se puede apreciar determinación. Posee carácter, pero también fragilidad. Me pareció entrañable, y no fui capaz de venderlo.

—¿Dónde... lo encontró?

—Estaba en un baúl en el ático. La casa estuvo mucho tiempo cerrada, perteneció a una de mis antepasadas, pero nadie pareció quererla. Su rehabilitación era muy costosa y los impuestos feroces. Si no llego a cobrar el seguro de vida de mi marido cuando falleció hace cinco años, no podría haber afrontado los gastos. Cuando era niña solía venir a contemplarla, me fascinaba. Todavía recuerdo relatos de mi abuela sobre ella. Yo llevo el nombre de la antepasada que la heredó, una niña que acogió Alonza bajo su cuidado, hija de una de sus compañeras; se llamaba Chloe. La niña que tuvo y de la que llevo su nombre es Gina.

Algo serpenteó dentro de mí, sin duda el destino me cercaba, cerrando el círculo que había comenzado a dibujarse a mi alrededor tras recibir la carta de mi abuela Ornella. Era como si cada pieza se moviera ocupando su lugar en un puzle desordenado que comenzaba a entranar sentido, de manera tan vertiginosa que me sentí mareada.

—Es... ella.

La mujer miró alternativamente el dibujo y a mí con expresión desconcertada.

—¿Alonza? —inquirió impávida—. ¡Oh, santa Madonna!

Asentí levemente, sin despegar mis ojos de aquel perfil regio. Me maravilló su realismo, daba la impresión de poder girar la cabeza en cualquier momento. Resultaba admirable cómo, con unos pocos trazos, la mano que la

dibujó había capturado su alma. Y esa mano estaba tan presente en el lienzo como la propia Alonza. Aquélla era la visión de Lanzo. Pensar en él me entristeció. Imaginar lo mucho que debía de haber sufrido la pérdida de la mujer que amaba me conmovía.

—¿Me... lo vendería?

Las profundas arrugas de su rostro se acentuaron en un ceño contrariado. Era evidente que nunca había pensado en desprenderse de él.

—Tomemos el café...

—Alessia —completé, todavía trémula.

Nos sentamos en el sofá y Gina sirvió los cafés. Parecía meditabunda y más inquieta que momentos antes.

Probé un sorbo y miré a la anciana mostrando mi deleite por aquel soberbio café.

La mujer me sonrió complacida y bebió del suyo. Sus ojos volaron hacia el grabado de Alonza y, tras dejar la taza sobre el plato, suspiró hondamente.

—Siempre he pensado que todo pasa por algo, que las casualidades no son más que las herramientas que usa el destino para cumplir sus designios. Y hoy usted ha llamado a mi puerta porque quizá su antepasada la ha conducido hasta mí.

Hizo una pausa y me miró abstraída.

—Llevo muchos años compartiendo mi vida con ella. Me otorgaba cierta paz contemplarla, preguntándome quién fue y qué secretos guardaba. Sintiendo una extraña

conexión con ella. Era como un ángel al que, de vez en cuando, me confesaba. Siempre fui una mujer sociable, pero incapaz de abrir mi corazón y liberar mis inquietudes a mis amigos por no preocuparlos. —Compuso un mohín nostálgico y agregó tras otro largo suspiro—: Mi corazón se apagó cuando él murió y me quedé sola, y he tenido muchos momentos de abatimiento que he preferido guardarme para mí. Sin embargo, a ella le hablaba. —Esbozó una sonrisa tímida y encogió levemente los hombros—. Quizá piense usted que soy una pobre vieja loca, pero ha sido mi compañía muchos años y, bueno, desprenderme de ella...

—Gina —la interrumpí adoptando en mi tono un matiz dulce y comprensivo—, no debe sentirse obligada a venderme el retrato. Le pertenece, y, por lo que me cuenta, es parte importante de su vida. Entiendo su apego, ya no es un dibujo más, sino que existe un lazo afectivo que no me atrevería a romper. Para mí ha sido todo un descubrimiento encontrarla, poder... verla, y, obviamente, me emociona saber que aquel dibujo todavía perdura. Pero sí me gustaría poder... visitarla cuando sienta la necesidad.

La mujer ensanchó agradecida su sonrisa. Detecté un claro deje aliviado en ella, su rictus preocupado se distendió.

—Por supuesto, Alessia, puede regresar cuando lo desee. Me encantará recibirla. A mi edad, no recibo muchas visitas.

Terminé mi café, me puse en pie y me acerqué de nuevo al cuadro.

Absorbía subyugada cada detalle, memorizándolo, y, como si la necesidad de tocarla, de establecer un lazo con ella me guiara, paseé ensimismada mi dedo índice por cada trazo. Me detuve en su escote, donde pendía el colgante con la «L», y el mío cosquilleó en mi garganta. Con la otra mano lo toqué y, de algún extraño modo, forjé un vínculo emocional cerrando los ojos y dejando que mis sentimientos afloraran, deseando fervientemente sentir la fuerza de Alonza en mi interior.

Cuando los abrí, me topé con la mirada de Gina. Lo que vi en su semblante me desazonó. Parecía debatirse internamente, se mordía el labio y sus ojos eran huidizos.

Sostuve su mirada con firmeza y la mujer se rindió.

—Hay más ilustraciones —confesó—, todas claramente hechas por el mismo autor. Las tengo en un baúl en mi cuarto. Quizá desee usted verlas.

—Nada me complacería más, Gina.

Noté el pulso acelerado cuando la mujer salió resuelta del salón. El destino parecía haber salido en mi busca, y en verdad nunca había tenido tantos deseos de que me encontrara.

Cuando regresó, un intenso hormigueo se aposentó en mi estómago como si una colonia de insectos revoloteara en él.

Me acercó varias láminas plastificadas, amarillentas y

ajadas, mordisqueadas por el tiempo.

Mi corazón se detuvo cuando comprobé que eran los dibujos que había encontrado Alonza en el cuarto de estudiante de Lanzo en Padua. Las iniciales de ambos entrelazadas dentro de un corazón, y dos manos unidas bajo la nieve. Sentí una emoción tan intensa que mis ojos se humedecieron.

—Veo que tienen un significado especial para ti — murmuró la anciana—. Puedes quedártelos.

—Es como... si ellos revivieran ante mí. En mi corazón son muy reales.

—¿Ellos?

Asentí.

—Alonza y Lanzo. Él es el autor de estos dibujos.

—Intuyo una gran historia de amor —aventuró compartiendo mi emoción.

—Lo fue, tan hermosa como trágica.

—Me gustaría tanto que me la contaras... ¿Verdad que regresarás pronto?

—Claro que sí, Gina, nuestras antepasadas estuvieron relacionadas, y quizá por eso el destino nos haya unido hoy.

—Sin duda, y por primera vez en muchos años, tengo una nueva ilusión.

Me acompañó a la puerta, le entregué una tarjeta con mi número de teléfono y nos despedimos con un sentido abrazo. Había algo en aquella mujer que me inspiraba una

familiaridad acogedora, quizá su voz o su dulce mirada, quizá el nexo que nos unía.

Todavía en una nube de dichosa incredulidad, caminé ya en plena noche, con las láminas en mi bolso y el corazón alborozado, maravillada por aquel inusitado giro providencial, que estaba segura me conectaba con Alonza.

Embebida en mis pensamientos, no reparé en unos pasos que me seguían, ni en que las calles estaban desiertas.

Cuando mis alarmas quisieron despertar, ya fue demasiado tarde.

Unos brazos me rodearon, una mano cubrió mi boca y fui arrastrada contra un fornido pecho en dirección a un sombrío callejón.

CAPÍTULO 19



LAZOS DE CONFIANZA

Me debatí entre unos fuertes brazos, pataleé y luché infructuosamente. Pero aquel hombre cercó mi cintura y me ciñó a él con tenacidad.

Unos pasos acelerados resonaron entre los muros de piedra. Por la entrada del callejón pude ver cómo dos hombres corrían por la calle de donde me acababan de arrancar a mí.

La tibia brisa nocturna me trajo sus murmullos. De nuevo pasaron ante nosotros, dejando claro que me buscaban. El hombre me inmovilizó contra el único hueco que había, una puerta de madera enclavada bajo un arco

abovedado.

Comencé a retorcerme intentando hacer ruido, pensando que entre aquel proverbial silencio un sofocado gemido se oiría. Pero él acercó su boca a mi oído y susurró:

—Chis..., quieta, Alessia, soy yo.

La voz de Luca congeló mis movimientos, pero aceleró mis latidos.

Permanecemos inmóviles y en silencio un buen rato. Sentir su respiración tras de mí, la calidez de su cuerpo envolviéndome y su rotundidad apresándome me turbaba. Y, aunque intenté tranquilizarme, continuaba respirando agitadamente. Su cercanía y su contacto removían mi interior con inoportunos recuerdos.

—Creo que ya no hay peligro —aseveró aflojando su abrazo.

Denoté en su tono una vibrante tensión.

Pareció costarle soltarme, pero cuando lo hizo no sólo sentí frío, sino desamparo.

Me tomó de la mano y caminó sigilosamente hacia la entrada del callejón tirando con suavidad de mí.

Se asomó subrepticamente por la esquina y, tras atisbar a ambos lados, salimos a la calle principal a buen paso. Seguir sus largas zancadas me obligaba casi a correr. Doblamos varios recodos, girando a izquierda y a derecha. Antes de doblar una esquina para tomar una nueva calle, Luca se asomaba con extrema precaución para asegurarse

el camino despejado. Yo estaba completamente perdida, sin poder encontrar ni un punto de referencia que me situara.

Me sorprendió lo mucho que me había alejado del centro, o quizá Luca sólo estuviera dando un rodeo para despistar a nuestros perseguidores. De cualquier modo, parecía saber adónde dirigirse.

Cuando se detuvo en la puerta de un pequeño hostel y comprobó de nuevo si nos seguían, me lanzó una mirada furiosa que me sobrecogió.

—No puedo llevarte a tu hotel esta noche porque estarán apostados en las proximidades; tampoco puedo llevarte a mi casa por el mismo motivo. Hasta que amanezca, debemos escondernos. Así pues, no quiero ni una réplica, ¿entendido?

Su tono frío y amenazador me hizo fruncir el ceño, pero asentí.

Nos adentramos en el hostel y nos registramos en una habitación doble, fingiendo ser una pareja más. A tal efecto, él rodeó mi cintura y se mostró excesivamente cercano acariciando mi talle, un gesto que me incomodó tanto como me excitó.

Subimos a la primera planta hasta la habitación asignada. Cuando entramos, Luca cerró con llave, me soltó y se dirigió raudo hacia la ventana. Apartó apenas la cortina para acechar la calle y, tras un tenso instante, la soltó y respiró aliviado.

Yo, en cambio, contuve el aliento ante su ceño y su

mirada resentida.

—¿Por qué demonios me espiabas?

—Necesitaba confiar en ti, y no puedo hacerlo.

Se me acercó lentamente y sentí el impulso de retroceder, pero logré mantener mi posición.

—Te dije que no salieras sola, que era peligroso. Te juro que, cuando te descubrí en aquella plaza, tuve que reprimir las ganas de ir hacia ti y darte un buen escarmiento, y si no lo hice fue porque ellos me acechaban. Pero cuando te vi alejarte no dudé en ir tras de ti. No creas que fue fácil deshacerme del hombre que me vigilaba, tuve que dejarlo inconsciente en un callejón. Cuando te localicé de nuevo y te vi entrar en aquella casa, estuve a punto de aporrear la puerta para sacarte de allí. Pero fui paciente y te esperé, aunque no dejé de sortear a los hombres que me buscaban.

Se puso frente a mí, inclinó la cabeza y me fulminó con la mirada.

—Te niegas a decirme la verdadera relevancia de todo esto —le recriminé altiva—. Me escondes cosas, y así es imposible que confíe en ti. Además...

Me interrumpí abruptamente, preguntándome demasiado tarde si debía confesarle mi encuentro con Stefano.

—Además, ¿qué?

Tomé aire y sostuve su acusadora mirada, resuelta a liberar todos mis celos.

—Además, sé que también registraste las posesiones de mi abuela, sé que... fuiste tú quien me mandó las instantáneas de la infidelidad de mi esposo y... también sé lo cariñoso que eres con todas tus clientas.

Agrandó los ojos consternado y asombrado y su rictus se endureció. Apretó los puños y sus labios se oprimieron en una línea rígida.

—No tengo ni el jodido beneficio de la duda —bramó ofuscado—. Crees todo lo que te dicen, cuando sabes que lo hace mi enemigo, ¡joder!

—¡Lo he visto! —me defendí tan irritada como él.

Su rostro palideció y su mirada se crispó furibunda.

—Me... mostraron unas fotografías tuyas —detallé observando cómo su semblante se oscurecía— en las que te vi haciendo todas esas cosas.

—¿Stefano?

—Me acorraló en el ascensor de mi hotel.

—Y te indispuso conmigo.

—Las imágenes son evidentes, eras tú... haciendo todas esas cosas. No hay malinterpretación posible en ellas.

—¡Claro que la hay, por supuesto que la hay! —replicó iracundo—. Dime, ¿qué viste en realidad?

—Te vi a ti, registrando la habitación de mi abuela mientras ella dormía en su cama, te vi haciendo fotos en la ventana de un motel de carretera, y te vi... abrazando a una de tus clientas.

—Te juro por Dios que, si no fuera por la promesa que

hice y porque me importas, me largaba ahora mismo.

—No te largas por el tesoro —proferí acusadora.

Me aferró por los hombros y me clavó una mirada dura y dolida.

—Piensa lo que quieras de mí, que es lo peor, por lo que veo. No temas, me buscaré otro hotel, y desde ahora mismo, rompo mi promesa y te dejo sola en esto.

Me soltó y se dirigió ofendido hacia la puerta. En ese preciso instante, un pánico incontrolado me asaltó. Una voz interior me gritó que no lo dejara marchar, pero otra me instaba a permitirlo. ¿Qué sentido tenía retenerlo si no confiaba plenamente en él? Si pudiera conseguir que me contara todo lo que me ocultaba, que él también confiara en mí...

—¡Luca!

Ya abría la puerta cuando lo alcancé. Me interpuse entre ésta y él, y lo encaré mirándolo suplicante.

—No me dejes.

Sus felinos ojos se suavizaron, aunque la gravedad seguía tensando su rostro.

—No confías en mí, no tiene sentido que sigamos perdiendo el tiempo —adujo severo.

—Tampoco tú en mí. Sé que posees información que no compartes conmigo —reproché posando las palmas de mis manos en su pecho. Pude apreciar cómo aquel contacto lo confundía—. Yo... necesito una explicación, necesito confiar en ti, y trabajar como un equipo unido.

¿Cómo crees que me sentí cuando vi esas fotografías? Estuve tentada de llamarte, pero quise investigar por mi cuenta.

Nos miramos largamente, buscando en el otro un asidero al que poder agarrarnos para continuar juntos aquella aventura.

Luca respiró hondo, mis manos, en contacto con su torso, notaron cómo sus pulmones se llenaban dilatando su pecho. Sentí el impulso de moverlas hacia sus hombros, pero las retiré, no sin esfuerzo.

En cambio, él apoyó las suyas en la puerta y me ciñó contra su cuerpo. Incluyó la cabeza posando su frente en la mía y resopló contenido.

—Alessia, voy a contarte cuanto sé, pero antes... antes necesito besarte.

Acarició la línea de mi mentón hasta llegar a mi barbilla, la alzó y acercó su boca a la mía. Mi corazón atronó desacompañado en mi pecho, su penetrante mirada me encogió el pecho. Una sensación efervescente burbujeó en mi bajo vientre y mil alas revolotearon en mi pecho cuando sentí el contacto de sus labios sobre los míos.

Entreabrí la boca y su lengua incursionó en ella, buscando la mía. Liberé un ronco gemido ante su apasionada urgencia. Me besó con dulce desesperación, frotando mi lengua con la suya, explorando cada rincón, embriagándome con su sabor. Y yo, yo me rendí tan ansiosa y hambrienta como él. No fue hasta que lo tuve

sobre mí cuando descubrí mi anhelo por volver a tocarlo, por besarlo, por sentirlo mío.

Me negué a pensar, era hora de sentir, y como ya me había ocurrido con él, mi cuerpo despertó voraz. Me encontré intentando arrancarle la camisa, ávida por tocar su piel, pero él aferró mis muñecas y se apartó de mí. Su mirada turbia de deseo contrastó con la determinación que palpitaba en su mandíbula.

—No.

—¿No? —repetí aturdida y molesta.

—No hasta que confíes en mí.

Me cogió la mano y me sentó en la cama. Él tomó asiento en la butaca que había junto a la ventana y cruzó indolente las piernas, observándome con atención.

—Deja de mirarme así —masculló tenso—, o no podré contarte todo lo que sé.

Que mi deseo insatisfecho fuera tan evidente encendió mis mejillas. Me mordí el labio inferior y él cerró brevemente los ojos, como si buscara en su interior su propio autocontrol. Cuando los abrió de nuevo, compuse una expresión lo más serena posible mientras intentaba apagar las brasas que ese hombre provocaba con su sola presencia.

—Adelante, quiero saberlo todo.

Exhaló una profunda bocanada y se acarició pensativo el muslo. Ese simple gesto hizo que mis ojos admiraran sus musculosas piernas y, de nuevo, las brasas resurgieron

crepitantes.

Maldije en silencio el hambre voraz que sentía por él.

—¿Qué fue lo que descubriste en mi despacho?

Aquella pregunta me secó la garganta. Desvié la mirada nerviosa y medité muy bien mi respuesta. Resultaba obvio que sabía que había estado revolviendo entre sus papeles, de nada valdría negarlo. Así pues, decidí ser sincera.

—Que tienes el escudo de armas de los Rizzoli como si fuera el tuyo propio. Y que Lanzo desapareció en 1641.

Luca entornó los ojos y me miró suspicaz.

—¿Desapareció? Y ¿de dónde sacas esa conclusión? Porque, que yo sepa, en el árbol genealógico sólo figura la fecha de nacimiento y de deceso. Veo que en verdad has estado investigando por tu cuenta. Dime lo que has averiguado y te mostraré mis archivos.

Como era natural, a alguien tan sagaz y avezado como él nada le pasaba desapercibido. Decidí ser franca y confié en recibir lo mismo.

—Esta mañana he estado consultando unos libros en la biblioteca Marciana. Descubrí que Lanzo había participado en la batalla de Creta y que fue declarado desaparecido. También encontré una mención a Alonza en la que retaba al dux en una apuesta, asegurando poder pasar por hombre para combatir a los moriscos. Tengo la sospecha de que lo que deseaba era ir en busca de Lanzo.

Tras un breve silencio, Luca respiró hondo y asintió.

—Conozco esa información y todo lo que ocurrió en

aquella batalla, está todo en el diario, pero llevo viviendo toda mi vida aquí y no se me ocurrió buscar el burdel que regentó Alonza. En Venecia hay muchas casas parecidas, pero cuando vi cómo te detenías frente a ésa en concreto, la reconocí al instante. ¿Descubriste algo en su interior?

Su entornada y aguda mirada me escrutó perspicaz. Era evidente que temía que le ocultara algo. No obstante, yo no quería involucrar a Gina en toda esa trama. Había sido un hallazgo fortuito y, de todos modos, unas simples láminas no aportaban nada más que un bonito legado familiar.

—Que su propietaria es una anciana encantadora que rehabilitó el edificio conservando cuanto pudo su esencia.

Luca me observó evaluándome con recelo. Adopté una expresión serena y sostuve su intenso escrutinio sin apartar la mirada. Sabía que, si detectaba el más mínimo titubeo, me interrogaría hasta la saciedad.

—¿Nada más? —murmuró pertinaz.

Negué con la cabeza, y esta vez fui yo quien lo taladró con una mirada inquisitiva.

—Tu turno.

Dibujó una ligera sonrisa mordaz y arqueó la ceja con una mirada astuta y sibilina que aguijoneó cierta parte de mi anatomía.

Me recosté acomodándome sobre la cama. Me puse de costado, hiqué el codo en la almohada y apoyé la cabeza en la palma.

—¿Crees que podré hilar una sola frase viéndote

repantigada en esa cama? —masculló reprobador.

—No veo por qué no —respondí fingiendo inocencia.

—Porque sólo tendré neuronas para lograr permanecer aquí sentado y no saltar sobre ti.

Sonreí divertida, y mi parte juguetona, esa que creía extinta, le dirigió una mirada insinuante. Mis piernas se movieron inquietas y forcé un bostezo aprovechando para desperezarme. Disfruté vanidosa cuando sus ojos se posaron en mis curvas.

Luca puso los ojos en blanco y resopló frustrado. Solté una carcajada traviesa y él cerró sus manos en los brazos de la butaca. Sus nudillos se pusieron blancos.

—O confías pronto en mí, o serás responsable de una muerte por combustión espontánea.

Reí de nuevo y me compadecí de su gesto hosco y malhumorado.

—Disculpa, no te distraeré, me interesa mucho lo que tienes que contarme.

Adquirí una expresión circunspecta y lo observé expectante.

—Vayamos por partes, como diría Jack *el Destripador*.

Sofoqué una carcajada, él alzó una ceja y sonrió mordaz.

—Empezaré por las instantáneas que te mostró Stefano —comenzó respirando hondo—. Sin duda me viste hacer todas esas cosas porque las hice, pero todas tienen una explicación. Respecto a la mujer a la que abrazaba,

confieso que he abrazado a unas cuantas —me guiñó travieso un ojo—, pero seguramente esa foto corresponde a una mujer morena y atractiva, y no es una de mis clientas —matizó frunciendo el ceño—. Esa mujer fue la esposa de Piero Rizzoli, y ese día fue el de su funeral. Ya había tenido contacto con ella anteriormente porque solicité una cita con Piero y ella tuvo la amabilidad de ponerme al tanto de la delicada salud de su marido. Me ayudó mucho en mis pesquisas.

—¿Qué buscabas exactamente de los Rizzoli?

—Un colgante.

Aguardé una aclaración mirándolo inquisitiva. Entonces recordé las palabras de Loretta en su apartamento informándolo de que ningún coleccionista parecía saber nada de un colgante.

—Era lo que buscaba en casa de tu abuela. Es lo que llevo buscando desde que todos mis recursos esteganográficos y criptográficos resultaron infructuosos. Utilicé todos los protocolos conocidos para descifrar y no conseguí nada, tan sólo el lugar donde podría estar escondido el tesoro, pero necesitamos la ubicación exacta. He barajado mil posibilidades, y mi intuición siempre me lleva al mismo punto: el colgante. Creo que ese colgante es el portador. Tengo la sospecha de que, usándolo sobre un párrafo determinado, nos dará la localización del tesoro.

—Pero hay dos —repuse—, el de Alonza y el de Lanzo.

—No, hay otro más. Todavía no has llegado a esa parte del diario.

—Hay algo que no me cuadra. ¿Por qué buscabas ese colgante por tu cuenta? Dabas la impresión de ser un ladrón aprovechando el sueño de una anciana.

Mi última frase torció su rictus, su mirada se endureció un ápice, pero, al cabo, su semblante se recompuso con un mohín paciente.

—Tu abuela no estaba dormida, ya había entrado en coma. Llamé a los servicios de emergencia y rebuscaba en sus cajones la carta que dejó para ti. —Hizo una pausa y desvió la mirada. Su expresión se oscureció, quizá recordando aquellos momentos—. Ornella no tenía consigo el colgante, pero sí recordaba que su padre lo había vendido a un famoso anticuario de Florencia cuando ella era niña y pasaban por apuros económicos.

Asentí, intentando asimilar de manera fría aquella información.

—Respecto a la infidelidad de tu esposo, no soportaba ver cómo te engañaba, no lo merecías, y yo..., bueno, me tomé esa libertad.

—Te extralimitaste en tus funciones, aquellas fotografías se me clavaron como puñales —reproché grave y seca.

—¿Habrías preferido no saberlo?

—Creo que no sólo buscabas abrirme los ojos —aduje entornando los párpados recelosa—. Creo que querías

alejarme de él, aislarme para traerme contigo a Venecia y que juntos averiguáramos el paradero de ese supuesto tesoro.

—Creo que ya tenía una relación con ella mucho antes de que yo apareciera —se defendió ofuscado—. Y, sí, la verdad suele doler, pero es la única manera de acabar con una mentira. Y vuestro matrimonio lo era.

A pesar de la veracidad de sus palabras, no pude evitar sentir ganas de increparlo. Pensar en Nicola solía llenarme de amargura, y por alguna razón tenía la necesidad de verterla sobre Luca.

—Lo fuera o no, no era asunto tuyo.

Él apretó la mandíbula y asintió levemente con una mueca tensa.

—Mis disculpas —barbotó tirante—. Quizá cuando todo esto acabe te apetezca regresar con él.

—Nicola hace tiempo que forma parte de mi pasado. Y ahí seguirá.

—Como bien dices —espetó ceñudo—, no es asunto mío.

Asentí con cierta rigidez y carraspeé para recuperar el tono de la conversación, esquivando toda emoción posible.

—Si el colgante fue vendido a un anticuario, ¿por qué lo buscaste en la familia Rizzoli?

Luca sostuvo mi mirada y suspiró profundamente antes de responder:

—Las familias de abolengo suelen transmitir y traspasar

sus posesiones, su historia y sus anécdotas más singulares, e incluso sus secretos más oscuros, como, digamos, parte de su linaje. Necesitaba encontrar más piezas del puzle, y ellos son parte relevante de la historia de Alonza. Además, uno de los anticuarios a los que pregunté por el colgante me reveló que había otra familia interesada en su hallazgo: los Rizzoli.

—Sin embargo, el último Rizzoli murió sin descendencia, con lo cual sólo queda de esa parte la viuda. Así pues, debe de ser ella la interesada en el colgante. Pero, si así fuera, significaría que...

—... que sabe de la importancia real de ese colgante — completó Luca.

Abrí mucho los ojos, asimilando aquella información. No sólo Stefano ambicionaba el tesoro, también la viuda. Cuanto más averiguaba, más ramificaciones se atravesaban en el camino.

—Dijiste que ibas a mostrarme tus archivos y todo cuanto has descubierto del caso.

—Y lo haré, mañana iremos a mi apartamento.

—Hay otra cosa que no encaja —musité desconfiada—. Si la viuda persigue lo mismo que nosotros, no tiene mucho sentido que te ayude en tu investigación.

Luca sonrió con una mueca de suficiencia orgullosa en su rostro. Intrigada, me encogí de hombros inquisitiva.

—Pues lo hizo, y más de lo que ella misma imagina.

Se puso en pie y se acercó a la ventana, apartó apenas

el visillo y atisbó por la abertura. Cuando se giró hacia mí, su mirada se posó hambrienta en mis labios. Me hormiguearon como si sus ojos tuvieran el poder de acariciarlos físicamente. Me estremecí queda.

—Creo que será mejor que coja otra habitación — anunció.

Asentí conforme y me incorporé algo nerviosa por su penetrante mirada. Ahuequé la almohada y la puse en mi regazo, como si aquel irrisorio parapeto me procurara algún cobijo ante la intensidad de la que Luca me hacía objeto.

Había muchas preguntas sin respuestas, muchos recelos no satisfechos y una tensión sexual tan palpable que tensaba poderosamente nuestros cuerpos, que hasta parecían poder oírse crepitar, sucumbiendo a la implacable llama de un deseo cada vez más voraz.

—Yo también lo creo —convine.

Luca caminó pausado hasta la puerta, esgrimiendo una calma que no sentía. Cuando la abrió y se volvió hacia mí, la contención tensaba su rictus.

—Mañana querré saberlo todo —recordé.

—Mañana te lo contaré todo, no tienes ni idea de cuánto anhelo tu... confianza.

Nuestras miradas se engarzaron más tiempo del prudente. La garra del deseo me apresó con más fuerza cuando insensatamente miré su boca, tan próxima a la mía.

—Me habría gustado seguir la lectura esta noche, dudo

que duerma mucho —me lamenté.

—Puedes hacerlo, yo mismo transcribí el diario a mi ordenador para elaborar un completo y exhaustivo análisis. Lo tengo en formato pdf y suelo consultarlo desde mi móvil. Puedo pasártelo por correo electrónico al tuyo.

—Me encantaría.

Dirigí mis pasos hacia mi bolso y, al abrirlo para sacar mi tarjeta profesional, asomaron las esquinas de las láminas plastificadas. Sentí un nudo en la garganta y las acomodé de nuevo con cierta urgencia. Miré de soslayo hacia la puerta y dibujé una sonrisa vacua mientras cerraba el bolso.

—Espero ansiosa ese archivo —repuse entregándole mi tarjeta.

Luca extrajo un móvil del bolsillo interior de su chaqueta y comenzó a teclear en la pantalla mi dirección de correo electrónico. Al instante, mi dispositivo emitió el característico sonido de la notificación.

—Ahí lo tienes, feliz viaje al pasado. Por cierto, ¿por dónde vas?

—Carla Brunetti acaba de aceptarla como pupila y esa noche planea mostrarle una exhibición real de lo que se espera de ella.

Luca sonrió sibilino, sus ojos refulgieron pícaros.

—En efecto, no dormirás, tendrás demasiado... calor.

Y, tras una ligera inclinación de cabeza, salió de la estancia cerrando tras de sí.

Intrigada y anhelante, con el pulso todavía acelerado,

saqué mi smartphone del bolso, me lancé sobre la cama y abrí el archivo. Sonreí al reparar en el asunto del correo electrónico: «Salir de tu cuarto debería convalidarse como grado supremo de monje tibetano».

Tuve que obligarme a apartar a Luca de mis pensamientos y centrarme en la lectura.

CAPÍTULO 20



EL OCULTO MUNDO DEL PLACER

Dos mujeres y un hombre, ataviados únicamente con unas túnicas blancas atadas a un hombro, se subieron a una gran cama redonda vestida de satén rojo.

Alrededor del curioso lecho habían dispuesto toda una fila curva de sillas encaradas a él. En ellas tomamos asiento las cortesanas de la casa, Carla y yo.

A mi lado tenía a Chloe, mi compañera de cuarto y guía particular. Parecía una chica dulce con aspecto aniñado, con sus grandes ojos turquesas y su cabello castaño y ensortijado, pero tras aquella apariencia se intuía carácter y aplomo.

En total, para Carla trabajaban siete chicas, todas bonitas, refinadas y elegantes. Las que iban a ofrecernos la exhibición se llamaban Francesca y Giovanna; la primera, pelirroja y exuberante; la segunda, rubia y esbelta. El resto presenciaríamos aquel acto público como cualquier alumno que asiste a clase.

Cuando el hombre, de constitución musculosa y rostro agraciado,

comenzó a desatar el nudo de la toga que llevaban ambas mujeres, me agité nerviosa en mi silla, captando la atención de Carla, que me sonrió condescendiente.

Comenzaron a besarse las dos mujeres, al principio lánguidamente. Ambas abrían la boca y ofrecían indolentes sus lenguas. Y el hombre, con ademanes suaves, acariciaba, desde detrás de una de ellas, los enlazados cuerpos femeninos.

Noté cómo mis mejillas se prendían acentuando mi rubor y cómo la garganta se me secaba ante lo que estaba aconteciendo a tan sólo unos pasos de mí.

Francesca se giró de medio lado para ofrecer también su boca al hombre, que la tomó ávido. Y, mientras la pareja se entregaba al beso, Giovanna comenzó a lamer los prominentes y altivos pechos de la pelirroja. Los abarcaba con sus manos y los unía para succionar alternativamente los pezones de su compañera.

—Es muy usual que nuestros clientes pidan los servicios de dos mujeres —susurró Carla inclinándose ligeramente sobre mí—: presta mucha atención.

Su aliento me envaró en la silla. Mi pulso se aceleró y la incomodidad que ya me embargaba me cubrió con más rotundidad.

Francesca se apartó entonces del hombre y, de nuevo, tomó la boca de su compañera. Ambas mujeres se frotaban sinuosas mientras sus manos recorrían cada curva. Se tumbaron en la cama sin despegar sus bocas y cruzaron los brazos para acariciar el sexo de la otra, entrelazando sus piernas.

Los gemidos comenzaron a inundar la habitación. Bajé la vista avergonzada, mordiéndome el labio inferior. Aquella escena impúdica provocaba emociones extrañas en mí. Emociones que no fui capaz de comprender ni controlar, pero sentía como si una hilera de hormigas se concentrara en el vértice de mis piernas.

Unos dedos aferraron mi barbilla, alzándola.

—El sexo es algo natural que hemos de disfrutar y ver como tal. No hay nada ignominioso en el goce carnal, Alonza.

La penetrante mirada avellana de Carla buscó la mía, intentando imprimirme serenidad. No obstante, consiguió todo lo contrario.

Respiré hondamente y me obligué a contemplar al apasionado trío. Entrelacé mis inquietas manos y crucé los tobillos bajo el asiento, intentando no mostrar mi incomodidad y el temblor que me acometía traidor.

Cuando Giovanna trazó un húmedo camino de besos por el vientre de Francesca hasta llegar a su pubis y enterró el rostro entre sus pálidas piernas, contuve el aliento. El hombre se colocó entonces de rodillas tras Giovanna, aferró sus caderas y masajéó su depilado sexo, provocando que ella alzara más sus nalgas, recibiendo gustosa su caricia. Al cabo, apuntó su rígido miembro contra la abertura y se introdujo con un largo jadeo placentero. Y así, mientras Giovanna paladeaba con ardiente frenesí el sexo de su compañera, el hombre se afanaba ardoroso en sus empellones.

Los jadeos subieron de tono mezclados con gruñidos y palabras soeces. Cuando el hombre salió de Giovanna, su prominente y húmeda verga basculó todavía altanera. Los tres se movieron para modificar las posiciones. Francesca continuó tumbada, pero Giovanna se abrió de piernas sobre su rostro. La lengua de la pelirroja se enterró gustosa entre los pliegues de ésta y comenzó a moverla con entusiasmo. El hombre abrió las piernas de Francesca, le alzó las caderas e introdujo un almohadón bajo sus nalgas para elevarla. Luego la penetró profundamente. En aquella primera embestida se inclinó hacia delante y atrapó los pechos de Giovanna, que, encarada hacia él, gemía desahogada ante las habilidades bucales de Francesca. Luego la besó mientras se movía en el interior de la pelirroja. La palabra *triángulo* nunca ha sido tan literal como en aquella postura.

Sentí el irrefrenable impulso de salir corriendo de la habitación. El sexo sin amor me parecía frío y obscuro, un mero trueque de placeres. Y, aunque el goce que aquel trío sentía era genuino, me pregunté cómo lograban mantener al margen el pudor de ser observados. Y en el caso de ellas, de..., bueno, de tocarse con aquel apasionamiento, sin considerarlo antinatural. Me replanteé mi decisión no por considerarla deshonrosa, pues toda mujer condenada a un matrimonio concertado rendía su cuerpo de igual modo. Sí, a un solo hombre y a cambio de protección, sin ningún control sobre su vida, producto de una venta cuyo beneficio únicamente concernía a dos hombres: al que la entregaba y al que la recibía. Yo, por el contrario, me vendería a muchos hombres, pero a cambio de libertad e independencia. No obstante, sólo hallé una traba a aquel camino: el rechazo que crecía progresivamente en mí. No sólo tendría que yacer con hombres, también con mujeres, y cuanto más lo pensaba, más me costaba encontrar la manera de alejar mi mente y mi corazón de aquel oficio, que ya intuía complejo.

Tras una cópula impetuosa, en la que alternaron posiciones en varias

ocasiones, el hombre salió con urgente premura de una de ellas y comenzó a masajearse el miembro con la cabeza inclinada hacia atrás. Ambas mujeres se apresuraron a arrodillarse frente a él y abrieron la boca para recibir en ella la blanquecina y espesa semilla masculina, que se derramó por sus labios tras un grito liberador. Ellas se relamieron gustosas y sonrieron lascivas.

Aquello fue suficiente para mí.

Me levanté abruptamente y, con presurosas zancadas, salí de la habitación.

Subí de dos en dos los escalones que llevaban al ático, que era donde estaba mi cuarto, y me adentré en él acalorada, frustrada y furiosa conmigo misma.

Me dirigí a la jofaina, vertí en ella el agua de la jarra que había debajo y me incliné ahuecando las manos para enfriar mi rostro. La frescura del agua me reconfortó. Tomé el lienzo que colgaba de un gancho en la pared y me sequé mirándome al espejo. Todavía tenía las mejillas arreboladas y la mirada brillante. Todavía respiraba agitadamente, y todavía permanecía en mi mente aquella explícita demostración.

Oí la puerta abrirse y, por el espejo, vi a Chloe entrar y sentarse en el borde de su lecho.

—¿Te has indispuerto, Alonza?

Negué y colgué de nuevo el lienzo para volverme hacia ella.

—Sólo estoy algo... impresionada, nada más.

Chloe esbozó una sonrisa comprensiva y me instó a tomar asiento en la cama, junto a ella. Sin embargo, yo cogí una silla y me senté enfrente.

—Nadie va a obligarte a hacer nada que no quieras hacer —comenzó en tono indulgente—. Tu reacción es común, casi todas hemos pasado por lo mismo. Sentimos miedo, rechazo, aprensión. No obstante, verlo hace que parezca más sórdido de lo que es.

—¿Acaso no lo es? —espeté apesadumbrada.

—No, participar del juego, sea el que sea, es más fácil de sobrellevar. Porque, por muchos remordimientos o escrúpulos que tengas, el placer que te ofrece tu cuerpo y que te proporcionan tus compañeros de cama o, en su defecto, tú misma, ayuda a borrar toda preocupación o barrera de tu mente.

—Resulta difícil de creer —manifesté abatida.

Chloe suspiró y fijó sus hermosos ojos en la ventana que había tras de mí con semblante perdido. La luz del quinqué titiló en sus exquisitas facciones.

—El placer nubla el juicio, a él nos aferramos para no pensar demasiado —murmuró abstraída—. Luego, con el tiempo, lo que te parece escandaloso deja de serlo. Te habitúas y comienzas a entender que el cuerpo es sólo eso, una herramienta de uso. Que lo verdaderamente importante es el corazón, el alma en sí. Eso es lo único que debes mantener incorruptible. Cuando yo llegué, me sentí exactamente igual que tú, pero el fin fue lo único que me ayudó a saltar ese primer obstáculo. Si tu meta es tan importante como lo era la mía, resistirás. Si no, es mejor que te marches hoy, porque lo que acabas de presenciar es apenas una leve muestra de lo que tendrás que estar dispuesta a hacer.

—¿Cuál era tu motivo?

Chloe parpadeó repetidamente y, cuando fijó sus ojos en mí, éstos se empañaron de recuerdos.

—Salvar a mi familia de la miseria más absoluta.

—Y ¿lo lograste?

—Sí, aunque ya no sé nada de ellos.

Su expresión se contrajo apenas, como si un aguijonazo doloroso la punzara. Consiguió recomponerse rápidamente, tensando la mandíbula y apretando los puños sobre su falda.

—¿Mereció la pena?

—Sí, a pesar de todo lo que pasó, volvería a hacerlo. Y, aunque los perdí, aquí encontré otra familia. Soy libre y puedo establecerme donde quiera y hacer lo que me plazca con mi vida, pero le debo tanto a Carla y estoy tan a gusto aquí que ni siquiera me lo planteo. Además, aquí contamos con la protección de los guardianes de Carla. Uno de ellos, Marcello, es el que acabas de ver con las chicas. Es bien parecido, y muy viril, cuando requieren un trío o... un hombre, acepta de buen grado los encargos y los escudos extras que eso le reporta.

—¿Hay algo más que deba saber antes de aceptar mi primera cita?

Chloe pareció meditar su respuesta frunciendo el ceño. Tras un instante en el que dio la impresión de titubear sobre alguna cuestión, asintió con la cabeza.

—Francesca es la predilecta de Carla, la más demandada por los clientes y, por tanto, la que más beneficios le aporta. Goza del favor de hombres poderosos que se declaran abiertamente enamorados de ella. Si alguno de esos hombres te pide, debes rechazarlo. Francesca es muy celosa y posesiva, y

puedo asegurarte que, como enemiga, es temible.

Asentí y la miré mostrando toda la gratitud que me inspiraba.

—Deberías acostarte y reflexionar bien sobre si ese fin merece la pena. Mañana comenzarás las clases de geografía, política e historia, y, por la tarde, arpa y danza. Así que despeja bien la cabeza y déjate de remilgos. Si vas a hacerlo, sé la mejor o no lo hagas.

Chloe salió del cuarto y me dejó allí sentada, con las manos cruzadas sobre el regazo y aquella última frase flotando en mi cabeza.

Supe que pasaría por momentos como ése, donde las dudas, la conciencia y ese corazón que debía cegar me harían querer escapar y esconderme del mundo, de mi venganza e incluso de mi ansiada libertad aderezada de poder. No obstante, tras todas las penurias, crueldades e injusticias que ya había soportado, tras todo el dolor, la pérdida y la desolación, entregar mi cuerpo y usarlo en mi beneficio era un mal menor y necesario para esa transición que tanto anhelaba, la de ser la única dueña de mi destino.

Asentí enérgicamente para impregnar cada fibra de mi ser de esa determinación, grabando en mi fuero interno que era capaz de todo y que, como bien me había aconsejado Chloe, me esforzaría por convertirme en la mejor cortesana de toda Venecia.

Me desvestí, me puse mi camisón y me metí en la cama. El nudo que me había atenazado se aflojaba paulatinamente, ya del todo convencida de que, a pesar de tener que afrontar momentos delicados, duros o incluso desagradables, no me rendiría.

Me acomodé lateralmente abrazada a la almohada y miré la noche, apenas rota por un velo nacarado, procedente de una luna que no veía pero que teñía de plata cada rincón. Y a esa luna envié mi último pensamiento para Lanzo: «Te amaré mientras me quede un hálito de vida, amor mío, mi corazón es sólo tuyo, y en él morarás por siempre».

Y, así, cerré aquella puerta, poniendo a salvo lo máspreciado para mí.

Dormí entre lágrimas por lo que el destino me había arrebatado y por lo que yo pensaba arrancarle: las riendas de mi vida.



Transcurrieron las semanas y, cada día que pasaba, mis conocimientos

aumentaban, mis miedos perdían fuerza y mi espíritu se alimentaba de arte y sabiduría con la voracidad de un famélico depredador.

Hallaba ilusión en todas las materias, absorbiéndolas con avidez. Comía leyendo, me relajaba estudiando y me evadía practicando. Mi entrega era absoluta y mis avances, notables. Carla se maravillaba de la rapidez en mi aprendizaje y me animaba con continuas alabanzas, dedicándome todo su tiempo libre y reforzando mi erudición.

La convivencia con mis compañeras, en cambio, no era lo esperado, pues, excepto Chloe y Paola, las demás me trataban con desdeñosa indiferencia. No obstante, no me permitía concederles ni un solo pensamiento, toda mi atención se centraba en asimilar aquel maravilloso mundo oculto y vetado para las mujeres. Ahora podía conocer todas las artes, descubrir un mundo ignoto, países lejanos, culturas diversas y lenguas clásicas. Ahora me sumergía en la prosa de grandes literatos, en la sapiencia de filósofos y humanistas, en las rocambolescas tramas políticas de las cortes más importantes del mundo. Mi mente bullía repleta de información y, cuanto más la absorbía, más la ansiaba. Por las noches dormía recitando poemas de Petrarca, Boccaccio, Dante y Maquiavelo. Amanecía tarareando los madrigales y motetes de Claudio Monteverdi, y danzaba por las tardes memorizando con soltura los pasos de la pavana, la gallarda y el elegante *ballet de cour*, tan de moda en la corte. También fui instruida en una danza más privada, dado sus lascivos movimientos, ya que los rígidos moralismos sociales la consideraban un baile del demonio: la polémica zarabanda.

Y, así, llegó el día de mi presentación como meretriz ante lo más selecto de la burguesía veneciana. El círculo de gentilhombres, ricos comerciantes y artistas de moda había sido congregado expresamente para mi presentación. Aún tenía que cultivarme más, pero Carla consideró que ya debía exhibir mis encantos para alimentar el interés de posibles clientes que pujarían por estrenar mi nueva condición y degustar las mieles de mi reciente formación. Mi única exigencia fue que omitiera mi nombre.

Bien era cierto que, aunque había presenciado otra exhibición similar, no habían exigido de mí ninguna incursión en el tema carnal, algo que agradecí, a pesar de ser sabedora de la brevedad de aquella licencia.

Tras ser vestida con ricos brocados, ungida con aromáticos afeites, adornada con vistosas joyas y calzada sobre las elevadas plataformas de los chapines, con paso regio aunque prudente, y de la mano de mi instructora, hice

mi entrada en aquel suntuoso salón, barbilla en alza y sonrisa tibia. Tras nosotras, el resto de las chicas de la casa.

La amplia estancia estaba abarrotada de hombres y de alguna que otra mujer, cosa que me sorprendió. Se hizo el silencio y algunos carraspeos anunciaron nuestra presencia. La música del arpa enmudeció y un mutismo reverencial flotó sobre los presentes como un manto pesado.

Detuve mi avance, sobrecogida ante tanta expectación. Un suave carraspeo y un leve tirón me pusieron nuevamente en movimiento.

Fui conducida hacia una tarima, donde se encontraba el arpa. Ante un gesto seco de Carla, que lucía espléndida para la ocasión, el hombre sentado junto al instrumento se levantó y desapareció discretamente.

—He querido reuniros esta noche aquí para mostraros la nueva joya del Adriático, mi nueva y avezada pupila, tan bella como talentosa —anunció Carla con voz clara tildada de orgullo—. Ante vos, la Perla.

Y, como habíamos planeado, me senté en la banqueta y comencé a templar las cuerdas del arpa. Cerré los ojos y las notas aprendidas fluyeron con soltura. Sentí el pulso acelerado, mas logré controlar los nervios inhalando varias bocanadas de aire que exhalé lentamente, tal como me había enseñado Carla.

Cuando comencé a cantar, mi voz sonó clara y mi tono fue dulce y acariciador. Aquel don recién descubierto había impresionado a mi mentora, que se frotaba las manos ante los eventos que ya planeaba para mí.

La pieza elegida era, cómo no, un madrigal de Monteverdi, el famoso compositor veneciano del momento, *Sì dolce è il tormento*.

Permití que la tristeza de aquella canción liberara mis emociones y me dejé llevar en cada estrofa, imprimiendo en ellas la nostalgia que tanto me esforzaba en mantener bajo control cuando me acercaba a aquella puerta cerrada donde ocultaba mi corazón.

Terminada la melodía, abrí los ojos y miré a mi atónita concurrencia. Temí haber desafinado, o quizá haber cometido un error de dicción. Pero, al cabo de unos segundos, la sala estalló en aplausos, y algunas damas, conmovidas, se secaban los ojos con sus pañuelos de encaje.

Miré confusa a Carla, abrumada por aquella entusiasta reacción.

Su amplia sonrisa conjugó con la que bailaba en su mirada.

—Espléndido —manifestó con admiración.

Saludé tímidamente y bajé del reducido estrado, donde un nutrido grupo

de hombres se arremolinaron curiosos en torno a mí.

Carla comenzó a pronunciar sus nombres y sus títulos, y yo apelé a mi retentiva y me escudé en una sonrisa cortés y en respectivas inclinaciones formales de cabeza por cada presentación.

Vi miradas interesadas, algunas lujuriosas y muchas cautivadas. Tanta atención me incomodó, y de nuevo el impulso de salir corriendo resurgió.

Carla aferraba mi antebrazo, quizá advirtiendo mi turbación.

Con una congelada y forzosa sonrisa, solventaba el intenso escrutinio de los hombres que me rodeaban. Empecé a sofocarme y a respirar agitadamente. Miré alarmada a Carla, y ésta, que entendió al punto mi súbita indisposición, me llevó hacia una esquina, ofreciéndome una silla.

—Te traeré un licor, eso te reconfortará —adujo exhibiendo una sonrisa despreocupada.

Asentí agradecida y ella se perdió entre los invitados con paso resuelto y porte altivo.

Tragué saliva e intenté acompasar mi resuello. Frente a mí, varios grupos conversaban, dirigiéndome descaradas miradas. Las risitas fluyeron y mi malestar se acentuó.

Miré en derredor y, entre la concurrencia, un rostro fijo en mí me detuvo el pulso.

Exhalé un asombrado suspiro y mi mano aleteó nerviosa sobre mi escote. Aquellos ojos parduzcos se clavaban condenatorios en mí. Su rostro, tan desencajado como el mío, esgrimió una mueca feroz, una repulsa tan exacerbada y una ofensa tan acusada que me puse en pie y me alejé todo lo rápido que pude, subida a aquellos malditos chapines.

Tenía que salir de allí de inmediato. Divisé la puerta de entrada, y ya me catapultaba hacia ella cuando una mano masculina aferró mi codo y me hizo trastabillar hacia atrás. Aguanté el equilibrio a duras penas y me giré para enfrentarlo.

—¡Soltadme!

—Me pertenesces, pequeña zorra —siseó mi antiguo prometido.

—¿Algún problema, caballero?

Carla intervino con semblante amenazador y tono gélido.

Matteo Castelli apretó los labios con marcada ofuscación y se encaró a la meretriz.

—En efecto —aseveró rotundo—, esta joven me pertenece. Es mi

prometida.

Carla se demudó y me miró turbada y confusa.

—¿Es eso cierto?

—No, su prometida murió —escupí furiosa—, aunque sería más correcto decir que *la asesinaron*.

Ambos me contemplaron atónitos.

—Y supongo —agregué con firmeza— que fue informado de lo sucedido, con lo que aquel contrato prenupcial se rompería a falta de una novia con la que desposarse. Por lo que me temo, señor Castelli, que vuestra afirmación sobre mi pertenencia es del todo infundada.

—Pero estás viva, ¡maldición!

—No —farfullé frunciendo el ceño y endureciendo el gesto—. Alonza di Pietro murió aquel día como bien os dijeron. Ante vos se encuentra la Perla, y puedo aseguraros que ni todas vuestras riquezas podrían comprarla. Y, para que no quepa duda alguna, de momento pertenezco a mi mentora. Así pues, caballero, no os atreváis a volver a poner un solo dedo sobre mí.

Aquella abierta confrontación suscitó la curiosidad de los presentes, que nos observaban estupefactos sin entender lo que ocurría.

A mi alrededor, soterrados murmullos se alzaban sobre la música. Tras un momento tenso y un feroz pulso de miradas, Matteo claudicó con una abierta amenaza:

—Esto no quedará así.

Y se alejó a grandes zancadas abriéndose paso a empujones.

Fue en ese momento cuando el pánico me asaltó.

—Necesito salir de aquí —supliqué en un hilo de voz.

Carla me aferró por la cintura y me acompañó fuera del salón.

No preguntó nada durante el trayecto de vuelta. Tan sólo me acurrucó contra su hombro, sofocando los temblores que me acometían.

Cuando llegamos a la casa, me acompañó a mi cuarto, me desvistió y me metió en la cama arropándome con mimo.

—Descansa, Alonza, mañana exigiré que me cuentes tu pasado. No es algo que suelo pedir, pero conozco a Castelli y suele cumplir sus amenazas. Sólo podré ayudarte si conozco toda la verdad sobre ti y sobre quién eres realmente.

Asentí con semblante mortificado. Carla ya se levantaba para marcharse cuando posé mi mano sobre la suya.

—Lamento mucho este incidente, espero que no suponga un problema para continuar bajo tu techo —proferí temerosa.

Su mirada acaramelada me tranquilizó, encerró mi mano entre las suyas y sonrió con dulzura.

—Firmaste un contrato, estás bajo mi protección. Como bien te expliqué, gozo del favor de hombres poderosos, pero deberías haberme puesto al corriente de esto.

A pesar de que era un reproche, no sonó como tal, y eso me alivió sobremanera. Sin embargo, me sentí culpable por meter a Carla en un problema.

—Era consciente de que en este oficio me expondría y acabarían descubriéndome, pero no pensé que ocurriera tan pronto. Yo..., si decides que debo irme, lo entenderé.

—No, Alonza. Tengo grandes planes para ti, soy testigo de tus muchas aptitudes y acabo de comprobar tu coraje y tu nobleza. Voy a respaldarte en esto. Bien es cierto que tener enemigos es una contrariedad con la que no contaba, pero los afrontaré por ti, sólo por ti.

Me dio un suave beso en la frente y se dirigió hacia la puerta. La abrió y se giró hacia mí.

—No obstante, me debes una compensación.

CAPÍTULO 21



ANTE MI VERDUGO

—¡Rizzoli! —exclamó Carla por tercera vez, negando con la cabeza.

Enlacé mis manos inquieta ante su espantada reacción.

—¡Santa Madonna, esto no puede complicarse más! —se lamentó poniéndose en pie y caminando de un lado a otro tras su mesa.

No supe qué argüir. Había permanecido en silencio durante toda mi narración, y aunque su rostro pasó por todo un caleidoscopio de emociones cambiantes, no atisé a interpretar la gravedad de su semblante hasta que pronunció con tantos aspavientos aquel apellido. Mi desazón creció y comencé a temer que se deshiciera de mí.

Finalmente, se detuvo, me lanzó una mirada ceñuda y preocupada y se sentó de nuevo.

—Fabrizio Rizzoli es un hombre poderoso y vil —anunció mirándome con fijeza.

Tragué saliva como si tuviera atorada una áspera bola de papel en el gástrico.

Hizo una pausa en la que resopló mortificada y jugueteó nerviosa con su collar de perlas antes de proseguir:

—Conoce esta casa y a mí, y te aseguro que nuestra relación no es buena.

La bola de papel se convirtió en un erizo. Carraspeé nerviosa y bajé la mirada hacia mis manos.

—Por lo que presumo que acudirá de inmediato en cuanto Castelli lo informe de que estás viva.

—Pero, si me declararon oficialmente muerta, ya no tiene ningún derecho sobre mí —repliqué angustiada. Percibí en mi tono un claro matiz desesperado.

—Es tu tutor —recordó Carla—. Si descubre que sobreviviste y lo desea, puede volver a reclamarte bajo su tutela. Otra cosa muy distinta es si lo acusas de haber atentado contra tu vida. En tal caso, en cualquier corte suprema perdería cualquier derecho sobre ti. Mas, sin pruebas, mucho me temo que eso no ocurrirá. Y, por lo que me has contado, será su palabra, la de su familia y linaje contra la tuya, una huérfana ingrata.

Apreté los dientes y maldije en silencio.

—¡No escapé de las garras de la muerte para regresar a las tuyas!

—Estás en las mías —aseveró Carla contundente—, y no voy a soltarte. Su penetrante mirada me desasosegó. Asentí levemente y respiré hondo.

—Y ¿qué pasará con Fabrizioo?

—Negociaré con él si mis palabras no lo conforman.

—No sé cómo agradecerte...

—Yo sí —me interrumpió con gesto adusto.

Observé su mirada tenaz y supe que todo tenía un precio.

—Y ¿qué esperas de mí?

—Lo sabrás cuando llegue el momento.

Hizo un gesto seco hacia la puerta, y me pregunté dónde había quedado la dulzura y la compasión de la noche anterior. Mi historia era sórdida, dura e injusta, y aunque me pareció comprobar que se había conmovido durante mi relato, ahora se mostraba fría y calculadora.

Tras una respetuosa inclinación de cabeza, me puse en pie y me aproximé a la puerta.

—Por cierto, tu Lanzo estuvo aquí.

Mi mano se detuvo a medio camino del pomo. Contuve el aliento y me giré hacia ella con el corazón atronando en mi pecho.

—Fabrizio trajo una noche a sus dos hijos. El mezquino Marco y el dulce Lanzo. Elegí a Chloe para él; para Marco, la exuberante Francesca.

Cerré los ojos y contraí el rictus, asimilando aquella revelación.

—Para celebrar su decimoquinto cumpleaños —aclaró—. Marco no era la primera vez que acudía; no sólo aquí, sino a casi todas las *case rampane* de la ciudad, además de a las prostitutas que trabajan en el Rialto. Dicen que su brutalidad hace que lo esquiven. Siempre me ha repelido, a pesar de ser joven y apuesto; saber ahora lo que hizo contigo me confirma que es un demonio.

Me mordí el labio inferior conteniendo de nuevo mis emociones ante aquel espantoso recuerdo y salí de la estancia.

Evoqué aquel día, el día que Lanzo cumplió los quince años. Pasamos la tarde juntos en el patio, fue poco después de que Caterina trasquilara tan sibilinamente mi melena. Él me leía versos sueltos mientras yo permanecía tumbada en el banco de piedra. Con la cabeza apoyada en su regazo, me sumía en mi particular ensoñación, llevada por la caricia de su voz y por la de su mano sobre mi corta cabellera.

Sentí una punzada en el pecho y subí la escalera hasta mi cuarto de dos en dos. Saber que esa misma noche había yacido con Chloe me hería, a pesar de comprender su postura. Él ya me quería por aquel entonces, y justo por eso se esforzaba en verme como una hermana. Quizá consentir en tomar a otra mujer no era sino su modo de tratar de desfogar el deseo que sentía por mí y de estrangular sus inapropiados sentimientos.

Me lancé sobre mi lecho y entreabrí aquella puerta, de la que emergió un torrente de lágrimas y de dolor. Nuestro amor siempre había estado condenado, pero nada pudimos hacer por contenerlo.

Miré la cama de Chloe y me pregunté si él había estado en ella. Cerré los ojos y sollocé hasta la extenuación. Después, me puse en pie, me lavé la cara y cerré de nuevo la puerta que me conectaba con el pasado, con él. Si algo necesitaba para poder sobrellevar el oficio elegido era apartarlo de mí para no sentirme sucia y traicionera.

Me miré al espejo y repetí las sabias palabras de Carla. Lo único que debía conservar incorruptible era mi corazón, y tras aquella puerta estaba a salvo.



—He recibido una oferta para ti y la he aceptado sin dudar.

Carla me escrutó con fijeza, evaluándome. Me limité a asentir.

—Se trata de Simone Gabini, un renombrado médico de la corte, inquisidor del Estado y miembro del Consejo de los Diez. Nos vendrá bien su apoyo si reclaman tu tutela. Además, es bien parecido, relativamente joven, creo que apenas llega a la cuarentena, y ha mostrado un gran interés por ti. — Me observó con cierto orgullo y agregó—: A decir verdad, ya me han llegado varias propuestas para ti, una de ellas me incluye.

Agrandé los ojos entendiendo a lo que se refería, y mis mejillas se arrebolaron. No fui capaz de sostenerle la mirada.

—No te preocupes, confía en mi experiencia, haré que te sientas muy cómoda y te prometo que disfrutarás mucho.

—Yo..., no sé si... me violenta mucho esa situación.

Carla se puso en pie y se colocó frente a mí.

—Cierra los ojos y no pienses en nada, sólo siente.

Obedecí, respiré hondo e intenté controlar los nervios.

Noté un ligero roce en mis labios y me envaré.

—Chis..., tranquila. —Su tono había cambiado, trocándose meloso y rasgado.

Sus manos se posaron en mi cintura, su boca entreabierta atrapó mi labio inferior. Tuve que apretar los puños para no apartarme de ella.

—Sólo piensa que una boca te besa —susurró seductora—, no importa de quién sea, sino lo que sabe provocar en ti.

Cuando su lengua resiguió la abertura de mis labios, dejé escapar un gemido asombrado e hice ademán de apartarme, pero Carla me ciñó con más firmeza y no me lo permitió.

Apelé a toda mi templanza y empujé con denuedo el rechazo que aquel beso me provocaba y le permití hacer a su antojo. Luché contra el innato forcejeo que nacía de mí y me mantuve inmóvil.

Su lengua se abrió paso en mi boca, tanteó la mía con varios roces delicados buscando una respuesta que no llegaba, pero no desistió. Comenzó a jugar, recorriendo mi interior. Se apartaba para dedicarse a mis labios, despertando un hormigueo que no supe interpretar. Su boca era dulce, suave y hábil, reconocí.

Sus manos liberaron mi cintura y se aposentaron sobre mi cuello y mi mentón, sus pulgares acariciaron mi barbilla... de ese modo, manejaba mi cabeza a su antojo.

Tras una serie de besos cortos y húmedos, en lo que la punta de su lengua repasaba mis labios, se decidió a profundizar, enredándose en mi lengua, retándola a participar. Sabía cómo tocarme, cómo alejar mi pasividad, y con paciencia y dulzura, consiguió lo que creí imposible, que comenzara a reaccionar.

Aquello no era más que una clase sobre besos, y yo debía aprender a ejecutarlos con la misma maestría que ella exhibía. Me convencí de que formaba parte de mi aprendizaje y comencé a alejar los reparos y a acallar mi conciencia para animarme a repetir lo que ella me hacía.

Logré rendirme a los sentidos y participé de aquel beso. Enredamos nuestras lenguas, jugueteamos melosas fundiendo nuestros labios, hasta que unas manos abarcaron mis nalgas, sobresaltándome.

Me aparté ruborizada, confusa y turbada.

Carla me sonrió ladina. Sus ojos refulgieron hambrientos.

—Eres más deliciosa de lo que ya imaginaba.

Tragué saliva y me relamí nerviosa... Todavía me hormigueaban los labios. Un extraño calor se había aposentado en mi vientre para irradiarse en todas direcciones. Bajé la mirada avergonzada.

—Cuando llegue el momento de acudir juntas con el cliente, te daré a probar mi reserva personal de láudano. Te relajará y te abrirá los sentidos, para que esa noche sea inolvidable.

Acarició mi mejilla y miró anhelante mi boca.

—Todavía no eres consciente de tu inmenso poder, Alonza, pero cuando lo seas y sepas manejar esa devastadora sensualidad que desprendes de forma tan natural, no habrá nadie que no sucumba ante ti. Tienes todas las armas, tan sólo te falta instruirte en su manejo.

—De momento, me temo que necesitaré mucho láudano.

Carla sonrió ampliamente y negó con la cabeza.

—No, muchacha, hay que ser muy cauta con las dosis. No obstante, confía en mí, sabré administrarte la cantidad justa, no quiero un maniquí inerte en la cama, sino una gatita juguetona.

Sentí de nuevo ese revelador fuego prendiendo mi tez. La mirada de Carla centelleó divertida ante mi incontrolable pudor.

—Mañana por la noche acudirás al palacete de Simone Gabini. Comienza a concienciarte acerca del oficio, Alonza, tu cuerpo es tu herramienta, deja los prejuicios, los recatos y la conciencia aparte. Sólo piensa en tu objetivo y disfruta del proceso.

—Lo haré —prometí con firmeza.



Salí de compras con Elisa y las chicas al mercadillo de la *piazzetta*, con Marcello y Orfeo, el otro guardián de Carla, un tipo grande, fornido y rudo, de carácter reservado.

Paseamos por los diferentes puestos guiadas por Elisa, que nos dirigía como la estricta pastora de un rebaño bastante disperso. Si hubiera llevado una vara en la mano, creo que nos habría azotado para no desmandarnos. Pero las chicas continuamente se detenían en los tenderetes, encaprichadas con exquisitas telas y vistosos abalorios. Cloqueando como gallinas y alborotando con su efusividad, comenzamos a atraer la atención de la gente, que murmuraba con desdén, señalándonos. Fue tan evidente la repulsa de algunas señoras que Francesca y Giovanna, que iban cogidas del brazo, se miraron maliciosas, se hicieron un guiño pícaro y se besaron en los labios, observando de soslayo al grupo de mujeres, que profirieron un gritito escandalizado al unísono.

Elisa las separó amonestándolas y las chicas rieron divertidas.

—¡Santa Madonna! Vais a conseguir que acabemos en el calabozo.

Por fin nos detuvimos frente al puesto donde solían adquirir sus productos de belleza. Eran cosméticos fabricados por unos monjes florentinos del convento de Santa Maria Novella. Las chicas eligieron varios cofres pequeños con nácar molido mezclado con diferentes tinturas, uno azul, otro verde y otro en tono cobre que utilizaban para colorear los párpados. También un bálsamo específico para blanquear los dientes. El mercader explicaba que era muy efectivo, pues contenía hojas de salvia, carbón de madera y algo de opio. Asimismo, nos dejó oler varios frasquitos de extracto de rosa, lavanda, almizcle, sándalo, jazmín y ámbar. Elegí el jazmín para mí.

Elisa seleccionaba concienzudamente varios productos naturales echando vistazos a una notita que llevaba en la mano.

—Adquiere los ingredientes para confeccionar ella misma algunos potes de crema para nosotras —aclaró Chloe—. Hace tiempo, Carla consiguió un ejemplar de un manual de belleza, escrito por Catalina de Sforza, llamado *Experimentos*, donde explica con detalle muchos trucos para lucir bellas.

Elisa tomó una bolsa con pétalos de geranio, una mezcla de cochinilla y cera de abejas.

—Eso lo usamos para colorear los labios —explicó.

Luego cogió un pequeño saco etiquetado como blanqueador de piel.

—Y eso es tan sólo harina de arroz, tamizada y perfumada.

Añadió a la cesta de mimbre que portaba algunos afeites y esencias.

—Elisa, no te olvides de mi cabello —recordó Francesca con un mohín admonitorio.

La mujer le regaló una mirada ceñuda y asintió.

Miré inquisitiva a Chloe. Ella se acercó discreta a mi oído y susurró:

—Ese llamativo color rojo que luce Francesca no es natural. Se lo tinta con mercurio, sulfuro de plomo, cal y agua. Lo mejor es extracto de flor de azafrán como usan las damas de la realeza, pero es muy costoso. Algunas veces Elisa ha tenido que ingeniárselas para confeccionar tintes capilares con aceite de vitriolo y jugo de ruibarbo. El tono rojo está muy de moda en las cortes de todo el mundo.

—Pues parece pelirroja por su tono de piel y las pecas que luce en sus mejillas —repliqué.

—Y lo es —repuso Chloe—, pero su tono es apagado, y ella quiere un rojo subido. Además, su particular lucha contra las pecas la saca de sus casillas. Elisa le prepara un ungüento con hojas de saúco, savia de abedul y azufre. Ella se cubre el rostro con esa pasta y a la mañana siguiente se lo retira con manteca. La verdad es que se le han aclarado mucho.

—Y ¿cómo elimináis el vello?

—Con un mejunje llamado *rhusma*, sacado de ese manual. Esta noche comprobarás su efectividad.

Recordar mi cita con el influyente Simone Gabini me agitó el estómago.

—Y ¿es muy doloroso?

Chloe se retiró un rebelde rizo del rostro y negó con la cabeza.

—Es abrasivo, y hay que retirarlo con prontitud antes de que te quemé la piel.

Agrandé espantada los ojos y exhalé una exclamación.

—No, no temas, puedo asegurarte que somos expertas en su uso.

—Y ¿qué lleva ese bálsamo?

Aquella conversación evocó las tardes en las que Lanzo me detallaba ingredientes de diversos remedios. Una inoportuna punzada de nostalgia me atravesó.

—Pues la receta es bien simple y muy muy antigua. Se hierve medio litro de arsénico con una octava de barro y se aplica en la zona deseada. Se suele hacer junto a un baño caliente, porque cuando se nota el ardor nos tenemos que sumergir en el agua para retirarlo. Después se aplican claras batidas en la zona, que alivian y suavizan la piel, y perfectas.

Me dedicó una sonrisa tranquilizadora y yo la miré con desconfianza.

—Pero hay una zona en particular... más delicada —apunté melindrosa.

—No te preocupes, llevamos años usándolo y no se nos ha caído ningún trozo —bromeó guiñándome el ojo.

—¿Cuántos años tienes, Chloe?

—Veintiuno —contestó—. Llegué aquí con quince.

—¿Y tú?

—Dentro de poco cumpliré los diecisiete.

Elisa entregó una pesada bolsa de escudos, cubrió su repleta cesta de mimbre con la tapa y volvimos sobre nuestros pasos.

Chloe enlazó mi brazo y caminamos con ligereza, deleitándonos en el bullicio de la ciudad. Los puestos de comida destilaban los jugosos efluvios de succulentos asados. Los mercachifles entonaban sus soniquetes comerciales con orgullosa pompa. Una banda de titiriteros entretenía a la muchedumbre con marionetas y malabares. Juglares y trovadores deambulaban con sus vistosas vestimentas y sus laúdes atrayendo con sus potentes voces la atención suficiente para soltar la bolsa de los espectadores. Niños correteando entre las faldas de sus madres, y mujeres alborozadas y charlatanas conferían a la *piazzetta* tanta vida y color que cautivaba mis sentidos, abstrayéndome hasta otro tiempo, no tan lejano. A otro mercadillo en el que Lanzo me compró ese anillo. El anillo que con el que habíamos sellado nuestro amor. El que Bianca me robó aquel horrible día.

No sabía cómo, pero en aquel preciso instante me prometí recuperarlo como fuera. Aparté la ácida acritud que ya rezumaba de mí, sofoqué la ira que burbujeó ardiente en mi pecho y tomé una gran bocanada de aire, alejando aquel recuerdo y reforzando mi promesa. Algún día me enfrentaría a Bianca, a

Marco, a Caterina y a Fabrizio.

Inmersa en mis pensamientos, jamás imaginé que ese último nombre de mi lista emergería como una tromba del interior de la casa de placer.

Me detuve en seco, con el corazón en un puño, e instintivamente di un paso atrás, pero él ya me había visto.

Avanzó hacia mí a grandes zancadas, con el rictus desfigurado por una mueca furiosa. Las meretrices se apartaron impávidas por su fiero ímpetu y Fabrizio Rizzoli, mi verdugo, se plantó frente a mí.

—¡Te creí muerta! —bramó, como si no cumplir aquella condición fuera una ofensa. Y, de hecho, lo era para él.

—No se cumplió tu deseo.

Su fría mirada se derramó sobre mí, fulminándome con ella.

—Estabas infectada —mintió, sabiéndose escuchado y observado.

—Mi única enfermedad fuisteis vosotros.

Fabrizio apretó los dientes, su mirada refulgió colérica y su brazo se alzó con intención de golpearme. Retrocedí asustada, pero una voz detuvo el arco que ya trazaba en mi dirección, congelando su trayectoria.

—No te atrevas a tocarla —siseó Carla.

Su voz no fue alta, pero sí llena de inflexiones amenazadoras. Su mirada entornada relampagueó con la virulencia de un látigo cortando el aire que los separaba. Ante un escueto pero claro gesto, sus guardianes se posicionaron protectores delante de mí.

Fabrizio, congestionado por la furia, con las mejillas enrojecidas y la mirada crispada, miró en su dirección y bajó el brazo.

—Nos veremos en la corte, Carla —aseguró destilando inquina—. Ella está viva y, por tanto, sigue bajo mi tutela. Malogró un ventajoso matrimonio, pero por Dios que le conseguiré otro.

—¡Antes yo misma me entrego a la muerte! —afirmé determinante.

Fabrizio me clavó su mirada verde, tan similar a la de Marco, y me sacudió un violento escalofrío.

—Que así sea.

Ya se alejaba cuando aquel acceso de pánico se tornó en furiosa impotencia.

—¡Ya nos separaste! —grité iracunda—. ¿Por qué no te olvidas de mí? Lanzo está muerto, ¿no es así?

Ya avanzaba temeraria hacia él cuando Carla me detuvo. Forcejeé con

ella cegada por el dolor. Chloe me sujetó el otro brazo.

Fabrizio se giró hacia mí. Su rostro se había transformado en una máscara pétrea, pero sus ojos me apuñalaron con temible resentimiento.

—Lo está, sí —confirmó—. Tú lo mataste. Todo fue culpa tuya.

Liberé un gemido roto. Un abrupto sollozo desgarró mi garganta. Mis rodillas se aflojaron y el dolor acudió lacerante, atravesándome una vez más.

A continuación, se alejó con la espalda erguida por la angosta callejuela, el único acceso pavimentado.

—¡¡¡¡Juro ante lo más sagrado que no descansaré hasta hacerte pagar por esto!!!!

Y, tras aquel alarido, me rendí inconsolable al llanto. Me arrastraron hasta el interior de la casa y casi fui llevada en volandas a mi cuarto.

—Chloe, quédate con ella y métela en la cama —ordenó Carla—. Elisa, prepárale una infusión de adormidera, ligera: esta noche tiene trabajo. Alonza, intenta descansar. Tu venganza empieza ahora y aquí, esta noche habrás de mover la primera pieza. Lloro cuanto necesites y enfría tu cabeza, a partir de ahora es la que debe regir cada paso que des.

Salió de la habitación. Cerré entre hipidos los ojos, supe que no me haría falta ninguna infusión y me dejé llevar por la placidez de un sueño evasor.

CAPÍTULO 22



UN EQUIPO UNIDO

—¿Qué tal tu noche? ¿Leíste mucho?

—Hasta que el sueño me venció —respondí sorbiendo mi café.

Bajé la mirada hacia mi tostada, temiendo que descubriera lo mucho que había deseado haberme dormido entre sus brazos. Saberlo tan cerca y tan lejos me condenó a una noche inquieta, plagada de sueños extraños en los que sus felinos ojos, su característica mueca de suficiencia, esa condenada ceja alzada y su seductora media sonrisa me sentenciaron a una duermevela tan incómoda como desazonadora.

—¿Y la tuya?

—La he pasado en la butaca, dormitando a ratos, atisbando por la cortina de vez en cuando y pensando mucho.

Por la mirada que me dirigió, fue fácil adivinar en lo que había estado pensando.

Volví a bajar la vista al plato, tomé la tostada y la mordí mirando por la ventana de la cafetería hacia la calle.

—Es imprescindible que trabajemos en equipo, Alessia —murmuró depositando su taza vacía en el plato—. Hemos de forjar un pacto de sinceridad absoluta. Nada de secretos ni de ocultarnos nada. Ellos buscan dividirnos y anularnos.

—¿Ellos?

Lo miré interrogante, tragando mi último bocado.

—¿Te refieres a los hombres de Stefano? ¿Forman parte de su equipo de investigación? ¿Trabajan para él?

Luca se pasó la mano por su espeso cabello negro y miró suspicaz a nuestro alrededor.

—¿Has terminado?

Asentí, limpiándome las comisuras con la servilleta.

—Vayamos a mi apartamento, estaremos más seguros. Tenemos que aprovechar la primera misa de la mañana en la basílica de Santa Maria dei Frari, es la que congrega más fieles y turistas. A esa hora en punto, el campo dei Frari estará más concurrido. Aunque accederemos a la basílica desde el campo San Tomà, que está justo tras la iglesia.

Salimos del hostel con paso ligero. Luca miró discretamente a nuestro alrededor, me tomó de la mano y nos introdujo entre un grupo de turistas que deambulaban despreocupados admirando las fachadas de las casas.

Caminamos entre ellos, a su ritmo, procurando pasar desapercibidos. Tras girar varios recodos, Luca tiró de mí y nos adentramos en un callejón. Ya solos, aceleramos el paso, casi tuve que correr para poder adaptarme a sus largas zancadas.

Me guio por estrechas callejuelas, en silencio. Luca dedicaba toda su atención a escudriñar disimuladamente todo cuanto nos rodeaba. Su concentración se reflejó en la tensión de sus facciones y en la rigidez de sus hombros. Su mirada entornada y recelosa apenas se posaba en mí, por lo que me concedí la licencia de observarlo sin tapujos.

Su rostro anguloso, velado por aquel paño grave y alerta, le otorgaba una abrumadora fiereza que realzaba su atractivo. Algo en su expresión dura tiñó su gesto de un aire peligroso que acentuó la sensualidad que desprendía, con aquel punto salvaje y depredador que tanto incendiaba mis más bajos instintos.

Me embebí también de su porte distinguido, de sus felinos y elegantes movimientos, y, a pesar de no ser un hombre extremadamente guapo, su masculinidad golpeaba, atrayendo más miradas femeninas de las que me habría gustado descubrir.

La calle que seguíamos se abrió a una plaza rectangular

con un antiguo pozo justo en el medio. Tras la fachada de una antigua casona, se alzaba el imponente *campanile* de la basílica.

De repente, Luca se detuvo, me atrajo hacia su pecho, enlazó mi cintura y me alzó para sentarme en el borde del pozo cubierto. Me guiñó un ojo y se separó unos pasos, sacando su smartphone y enfocándome con él. Se demoró unos instantes encuadrándome con su objetivo; por cómo retrocedía, supe que o fingía hacerme una fotografía o su intención era capturar algo más que mi imagen. Se movió ligeramente en diagonal sin dejar de pulsar el disparador, y yo lo seguí con la mirada, sonriendo mientras elucubraba sobre lo que habría provocado aquella argucia. Por el modo en que enfocaba, se trataba de algo o de alguien a mi espalda.

Tras guardar su teléfono en el bolsillo interior de su americana de fino lino color gris claro, se acercó a mí. Esta vez, mirándome con tanta intensidad que me aceleró el pulso. Permanecí inmóvil aguardando expectante su próximo movimiento. Me sonrió gatuno, se inclinó hacia mí, aferró de nuevo mi cintura y, aunque podía bajarme sin problemas, dejé que me alzara y me enlacé a su nuca. Cuando ladeó su rostro y depositó un beso en mi cuello, toda una colonia de hormigas invisibles reptó por mi vientre. Me hizo descender muy lentamente contra su pecho y, cuando mis pies tocaron el suelo, nuestras miradas prendidas seguían flotando, alejándonos de cuanto nos

rodeaba.

El hormigueo se extendió por mi pecho cuando él acarició con el dorso de sus dedos el lateral de mi cuello. Su mirada se fijó hambrienta en mi boca y, como si en aquellos ojos oscuros se escondiera la llave de mi deseo, la mía se abrió, aguardando el suyo.

Sentí el leve roce de sus labios sobre los míos y dejé escapar una impaciente exhalación. Cerré los párpados y lo ceñí a mí. Fui yo quien atrapó su boca con hambre, yo quien buscó y cercó su lengua, yo quien derramaba apasionados gruñidos satisfechos. Pero él, él era quien me convertía en aquella mujer llena de vida, de pasión, en aquella amalgama incontrolable de emociones y sentimientos que en aquel momento vertía en el beso.

Luca también gruñía lascivo, tan ávido como yo, imprimiendo todo su deseo contenido en mi boca, en mi piel y en mis sentidos.

La pasión se desató virulenta, y el beso se convirtió en un torbellino desesperado. Su habilidad, su voracidad y su sabor me enloquecieron, aumentando aquella necesidad que ya agujoneaba dolorosa cada fibra de mi ser.

Cuando logró apartarse de mí, nos miramos jadeantes y trémulos.

—¡Haces que me olvide del mundo, joder! —susurró. Su tono fue de reproche, pero su mirada continuaba vidriosa y cautivada.

Sonreí traviesa y su ceño se subrayó.

—Nena —musitó con voz quebrada—, deja de mirarme así o nos detendrán los carabinieri por escándalo público. Por cómo nos miran, creo que están a punto de leernos nuestros derechos.

Cuando logré mirar a nuestro alrededor, habíamos centrado más interés que la plaza en sí. Varias personas nos observaban con diferentes gestos, unos escandalizados, otros divertidos, algunos con nostalgia. Sonreí tímida y Luca volvió a cogerme de la mano, me impulsó hacia él, abarcó con su brazo mi cintura y me llevó frente a la fachada que presidía el campo San Tomà.

—La Scoletta dei Calegheri —informó—. Es del siglo quince, es la casa que acogía a la hermandad de zapateros. —Apuntó con su dedo el fresco que rellenaba el arco de medio punto que adornaba la parte superior de la puerta de entrada y agregó—: Es un bajorrelieve de Pietro Lombardi, escultor y arquitecto del mismo siglo.

Miró por encima de mi cabeza hacia un punto en particular y, hasta que comprobó algo que relajó su rostro, no nos adentramos por una de las calles que llevaban hacia el campo dei Frari.

—¿Vas a contarme qué está pasando? —murmuré cada vez más inquieta.

—Nos siguen.

Una vez en la amplia plaza, masculló una maldición y me condujo con paso apresurado hacia un gran grupo que aguardaba entrar en la basílica.

—Hay otro apostado a la entrada de mi calle —anunció entre dientes.

—Y ¿qué vamos a hacer?

—Deshacerme de él —respondió.

Lo miré alarmada.

—¿Nos ha visto?

—Todavía no.

Pero, justo cuando iba a replicar, Luca se apartó del grupo con la excusa de fotografiar la fachada de la iglesia. Lo contemplé atónita y confusa, pero confié en sus recursos y habilidades. Fingió encuadrar la fachada, y de ese modo reveló su presencia al hombre que también encubría su verdadera intención mirando un plano de la ciudad. Resultó notorio su interés hacia Luca, guardó el plano y tecleó algo en su teléfono.

Luca caminó despreocupado hacia a mí, y tras aquel nutrido grupo de turistas nos adentramos en la basílica. Miró subrepticamente hacia atrás y sonrió complacido, había picado el cebo.

—Espero que ese «deshacerme de él» signifique despistarlo —dije.

—Yo también lo espero —coincidió.

Su respuesta me intranquilizó, respiré profundamente y dejé que el ambiente solemne y místico que envolvía el fresco ambiente del interior de la enorme iglesia lograra apartar de mí esa inquietud.

De la mano, nos deteníamos como una pareja de

turistas más, admirando el impresionante coro de estilo gótico de tres niveles, los frescos de Tiziano y los diferentes monumentos funerarios. De pronto, una lápida en el suelo me detuvo con una sensación extraña, sentí un escalofrío y tuve la impresión de ser nuevamente guiada por el destino.

—¿Qué ocurre?

—Es... es la tumba de Claudio Monteverdi...

—Sí —repuso él indiferente—, lleva siglos aquí.

—Pero era el compositor favorito de Alonza —aduje, y en ese momento me invadió un claro desasosiego, como si aquel descubrimiento fuera la pieza de un puzle que de momento no encajaba.

—Y de mucha gente. Fue muy famoso en su época y su obra ha trascendido hasta nuestros días.

—Hay algo..., no sé explicarlo, pero tengo la sensación de que es importante.

Luca alzó las cejas intrigado, miró la lápida y luego a mí intentando encontrar un vínculo que introdujera aquel dato en su particular puzle.

—¿En qué te basas? No recuerdo en el diario más que menciones superficiales sobre el compositor, a excepción de...

Sus ojos se abrieron como platos, sus pupilas se dilataron y su semblante se estiró en una mueca sorpresiva.

—Alonza lo conoció en una de las recepciones que ofrecía el dux. Pero no tuvieron una conversación relevante, al menos, yo lo consideré fuera de lugar e

insustancial para la investigación.

—Tengo que seguir leyendo, quizá mi visión aporte algo de luz.

El semblante de Luca se animó y me regaló una luminosa sonrisa.

—Es mi esperanza, yo terminé dando vueltas en redondo como un hámster.

Aferró mi codo y se puso tieso.

—Ya nos ha localizado —anunció en mi oído.

Nos dirigió con paso raudo hacia un pasillo lateral cercano a la sacristía, donde se sucedían despachos y habitaciones privadas. La del final estaba abierta, pero Luca se detuvo frente a una cerrada, la del cuarto de la limpieza. Comprobó que lo estaba con llave y, tras sacar una ganzúa de aspecto extraño, la introdujo habilidoso en la cerradura y al primer giro se oyó con claridad el chasquido del mecanismo al ceder. Abrió la puerta con gesto precipitado y nos metimos dentro del oscuro cuarto. Luca dejó la puerta entreabierta para atisbar por el resquicio. Enseguida oímos unos pasos aproximándose por el pasillo.

Justo cuando una sombra atravesó la abertura, Luca, tan veloz como una pantera, se precipitó hacia el pasillo y se abalanzó sobre nuestro perseguidor. Oí roces de ropa, gruñidos y un golpe seco.

Luca apareció entonces cargando sobre su pecho el cuerpo inerte de su víctima, arrastrándolo con premura hacia el cuarto de la limpieza. Le abrí la puerta y me retiré.

Lo depositó en el suelo y luego él se estiró jadeando.

—Juraría que es el mismo de anoche —comprobó—, y que lo he golpeado en el mismo lugar.

—Te va a coger mucho cariño —murmuré con sorna.

Alzó mordaz la ceja y sonrió ladino de medio lado.

—Seguramente, y eso que no ha probado mis besos.

Me guiñó fanfarrón un ojo y paseó la mirada por los estantes.

—No llevarás en ese bolso una cuerda y una mordaza, ¿no?

—No, se me olvidó traer a Venecia un kit de secuestrador.

Luca sonrió divertido y comenzó a rebuscar entre los botes de limpieza.

—Bueno, por fortuna, las limpiadoras secuestran mucho.

Cogió un rollo de cuerda de tender, unas tijeras y unos trapos, y comenzó a maniatar al hombre inconsciente.

—Vigila mientras —pidió agachado sobre el cuerpo.

Atisbé por el quicio, atenta a cualquier movimiento.

Oí un susurro de ropas tras de mí y, al instante, el cuerpo de Luca se ciñó a mi espalda.

—¿Camino despejado? —murmuró contra mi pelo.

Tuve que tragar saliva para lograr aclarar mi voz. Su contacto me turbaba, abotargando mis sentidos.

—Parece que sí.

Sus manos se posaron en mis caderas, lo oí inhalar y

proferir una leve exclamación complacida.

—Mmm..., Alessia, qué bien hueles.

—El champú del hotel —mascullé con el pulso palpitando en mi sien.

—No, hueles a ti, y, si pudiera enfrascarlo, te juro que impregnaría cada noche mi almohada con tu olor.

Por fortuna, estaba detrás de mí y no pudo ver mi expresión. Me obligué a poner los pies en el suelo y respiré hondo.

—Será mejor que salgamos cuanto antes de aquí —mascullé asomándome más audazmente.

El contacto de sus cálidas palmas sobre mis caderas me aturdí. Salí al pasillo seguida de él, y nos encaminamos hacia el fondo, donde se abría una puerta de salida.

Al pasar por la puerta abierta, una voz nos detuvo:

—Ahora mismo los atiendo.

Luca abrió la puerta que daba al lateral de la basílica y salimos a la calle cerrando tras nosotros.

Atravesamos el campo de San Polo hasta la entrada que daba a su apartamento. Doblamos el recodo hacia el callejón donde se hallaba la entrada privada. Llegamos a su puerta y Luca la abrió raudo sin dejar de mirar hacia la calle principal. Subimos la escalera y, tras abrir la siguiente puerta, entramos en su apartamento.

—¿Quieres tomar algo?

—Quiero explicaciones.

—Si no te importa, necesito darme una ducha antes.

—Adelante, estás en tu casa.

Luca me dedicó su característica sonrisa oblicua y comentó con un marcado deje sarcástico:

—Me voy tranquilo, sabiendo que no eres de las que cotillean casas ajenas.

Forcé una sonrisa cínica y, acto seguido, fruncí el ceño.

—No tardes mucho, me apetece demasiado ser reincidente.

—A mí también.

Su sesgada mirada me recorrió seductora, de mí pasó a la mesa del salón, se relamió, me guiñó un ojo y desapareció por el pasillo dejándome temblorosa y acalorada al refrescar aquel encuentro.

Me puse en pie. Necesitaba enfriarme. Y oír el sonido de la ducha sólo conseguía sofocarme más, imaginándolo desnudo bajo el agua.

Abrí el ventanal que daba al patio interior y me pregunté cómo se accedería a él. A la luz del día, aquel patio me resultó todavía más familiar. Los bancos de piedra, la fuente central, los muretes vestidos de hiedra y de madreSelva... No, no podía ser, me dije, seguramente debía de haber miles de patios así en las casas y en los palacetes renacentistas. Tampoco había nada significativo en él, era bastante simple. No obstante, y obviamente por su semejanza, resultaba fácil imaginarlos a ellos, a Alonza y a Lanzo, en aquel banco frente a la fuente, leyendo o charlando.

Una suave brisa acarició mi rostro, inundándome con la fragancia del jazmín. Sonreí cerrando los ojos, era mi perfume favorito. De pronto, los abrí de golpe ante la remembranza de lo que había leído la noche anterior. ¡También lo fue de Alonza!

Suspiré hondamente y sentí la necesidad de admirar de nuevo las láminas que me había regalado Gina.

Las extraje del bolso y pasé mis dedos por ellas, resiguiendo cada trazo que conformaban aquellas iniciales entrelazadas dentro de un corazón. Y en aquel momento me pregunté qué escondían aquellas dos letras. Por qué Luca pensaba que el hecho de llevar yo la misma inicial que ella era importante. ¿Qué secreto se escondía tras aquella «A»? Observé con detenimiento los arabescos y las hojas engarzadas en ambas letras, como si Lanzo hubiera construido un nido alrededor, una especie de halo protector y místico, lleno de belleza, pero convirtiéndolo también en una especie de enredadera, de alambrada que los unía y los separaba del resto del papel a un tiempo.

Oí ruido de pasos acercándose y guardé apresuradamente la lámina en el bolso. Lo cerraba con cierta urgencia cuando un carraspeo me instó a alzar la mirada hacia la entrada al salón.

—¿Algún mensaje?

—¿Mensaje? —musité confusa.

Luca llevaba una fina camiseta de manga corta blanca y un pantalón deportivo en azul marino. La informalidad de

su atuendo no sólo no le restaba atractivo, sino que lo rejuvenecía y le otorgaba un aspecto más desenfadado.

—El teléfono —arguyó fijando su suspicaz mirada en mi bolso.

—Ehhh..., no, no. Sólo buscaba un pañuelo.

—Si te apetece una ducha...

—No, gracias. No podría cambiarme de ropa.

—Loretta tiene algún vestido aquí.

Lo vi apretar los labios visiblemente, arrepintiéndose en el acto de aquella confesión.

—Las cosas de Loretta son de Loretta.

—Bien, creo que mandaré a alguien a que traiga todas tus cosas aquí.

Su abundante cabello peinado hacia atrás seguía mojado, despejando su rostro. Se acercó a mí y se sentó en el sofá invitándome a imitarlo.

—Y ¿puedo saber para qué? Pienso regresar a mi hotel cuando hayas terminado de contarme todo lo referente a tu investigación.

Negó lentamente con la cabeza, su mirada entornada brilló con suficiencia.

—No podemos separarnos —repuso determinante—, este asunto se está complicando demasiado. Estamos juntos en esto, Alessia, y no pienso consentir que Stefano vuelva a tener acceso a ti. Además, temo que te secuestren.

Alcé las cejas y lo miré con recelo.

—Si ésa fuera su intención, ¿por qué demonios no lo ha

hecho ya?

—Porque primero ha preferido intentar ponerte contra mí y a su favor. También desea que lo ayudes en esto. Sabe que eres una pieza clave en la investigación, es más sensato ganarse tu buena disposición que forzarte a que lo ayudes, ¿no crees?

Suspiré profundamente y pasé las manos por mi rostro en un ademán de frustración.

—Sigo sin entender nada —me lamenté—. ¿Una pieza clave?, ¿por compartir una inicial?, ¿por ser la última descendiente? ¿Por qué, maldita sea?

Me llevé la mano a mi propio colgante y encerré en ella la inicial de plata.

—La compré en un mercadillo, como mucha gente.

Luca se puso en pie, avanzó hasta mí y acercó su mano a mi puño cerrado.

—¿Puedo?

Asentí y la solté. Él tomó la inicial y, en aquel gesto, rozó con el dorso de sus dedos la piel de mi escote, lo que me estremeció. Frunció el ceño observándola con atención.

—Curiosamente, es la misma tipografía del colgante que llevó Alonza.

—Simplemente me pareció bonito.

—Y lo es. Es cierto que la tipografía renacentista es muy común —explicó sin dejar de mirarme y sin soltar mi colgante—. El Renacimiento fue una época de transición entre el diseño medieval y el moderno. En aquel tiempo se

inventó la imprenta y, así, el analfabetismo comenzó a disminuir. Se despertó el interés por los clásicos; por eso, la tipografía renacentista era muy parecida a la romana. Luego los textos humanistas dieron paso a la «joya de la Corona», la grafía romana veneciana de estilo antiguo, que es la que se estilaba entonces y la que seguramente utilizó Lanzo cuando hizo aquel dibujo.

Tragué saliva y me esforcé por no bajar la mirada. Tuve la impresión de que Luca me estaba poniendo a prueba y compuse mi semblante más indefinido.

—¿Hay algo que no sepas? —inquirí impresionada por sus conocimientos.

—Sí, muchas cosas —admitió. Su tono cambió y su mirada me secó la garganta—. Como, por ejemplo, cuándo comenzarás a confiar en mí.

—Cuando tú lo hagas y dejes de esconderme información.

La comisura izquierda de su boca empezó a elevarse progresivamente, dibujando una mueca mordaz. Alzó la ceja del mismo lado y sacudió con cierta sorna la cabeza.

Se apartó unos pasos y fijó su vista en mi bolso.

Chasqueó la lengua y me observó con un claro deje decepcionado.

—Un reproche algo hipócrita, ¿no crees?

Se apoyó en la repisa del ventanal y cruzó los brazos sobre su amplio pecho, mirándome acusador.

—¿Sabes lo que más pica mi orgullo de tu actitud?

Negué con la cabeza y aguanté la respiración.

—Que me tomes por imbécil.

—No sé a qué te refieres, eres un tipo muy listo.

—Lo soy —afirmó, sin un ápice vanidoso en su tono, que más bien rezumaba disgusto—, pero no debo de parecerlo, puesto que no sólo decides engañarme, sino que encima tienes la desfachatez de acusarme de hacer exactamente lo mismo.

De nuevo, miró mi bolso. Ya no albergaba duda alguna acerca de que, de algún modo, había descubierto lo que había intentado ocultarle.

—No pensé que fuera importante, yo... sólo quería evitar implicar a Gina en todo esto.

—¿Gina? —Su gesto se tensó y su ceño se frunció pensativo.

—Sí.

—Dime que no tiene nada que ver con la hija de Chloe.

Solté el aire contenido y afirmé con la cabeza con cierta expresión mortificada.

—¡Joder! Y ¿no pensabas que fuera importante? — increpó contrariado.

—Sólo es una descendiente con mucho apego por su historia familiar.

Luca resopló paciente y se pasó ambas manos por su aún húmedo y negro cabello con gesto exasperado.

—Alonza le dejó en herencia esa casa, su madre y ella fueron amigas íntimas, tu historia y la de esa mujer tienen

un nexo en común, y, maldita sea, no sé si estoy más entusiasmado que enfadado.

Se dirigió al sofá, cogió mi bolso y me lo entregó.

—Jamás se me ocurriría mirar en el bolso de una mujer. Muéstrame las láminas.

Compuse un cejo confuso y le regalé una expresión escéptica.

—Si no has mirado, ¿cómo sabes lo que hay dentro?

—Porque anoche, cuando sacaste tu teléfono, asomaron dos esquinas plastificadas por la abertura que te apresuraste a esconder. Por el tono amarillento y los bordes irregulares, intuí que eran dibujos antiguos. Saliste con ellos de la vieja casa del placer, y sujetas ese bolso como si llevaras dentro el Santo Grial. —Tras una tensa pausa, sonrió arrogante—. Y porque llevo más tiempo en el pasillo del que crees.

Lo fulminé con la mirada. En efecto, era listo, y esa innegable inteligencia era un cautivador aliciente más en el conjunto de su atractivo general.

Abrí el bolso, extraje los dibujos y se los entregué.

Luca abrió los ojos como platos, maravillado, y los observó con un marcado tinte emocionado que me desconcertó.

—Éste es el diseño del colgante —anunció impávido—. El que mandó fabricar Lanzo. El que estoy buscando.

CAPÍTULO 23



DESCUBRIMIENTOS

Sentados uno frente al otro en la abarrotada mesa de su despacho, Luca clasificaba papeles, ordenando las pistas que deseaba mostrarme.

—¿A quién fotografiabas cuando me sentaste en el pozo?

—A un tipo que llevaba siguiéndonos todo el camino y a ti.

—Yo fui la excusa.

—Una preciosa excusa a la que no pude evitar besar.

Su sesgada mirada zaína se posó en mí, me agité

turbada en mi asiento y desvié la vista hacia los papeles que tenía en las manos.

—¿Lo conocías?

—Lo había visto anteriormente, es el hombre de confianza de Sofia.

—¿Sofia?

—La viuda de Piero Rizzoli.

—Está claro que ambos bandos piensan que vamos por delante.

—No hay dos bandos —murmuró mirando por la ventana—. Stefano trabaja para Sofia. Es una de las cosas que descubrí cuando tuve mi entrevista con ella. Durante la conversación sobre el colgante, me di cuenta de que ella conocía términos bastante inusuales respecto a mi profesión. Convendrás en que mi trabajo no es muy común, y que una persona ajena a ella maneje datos precisos sobre él me hizo ver que estaba al corriente de mi investigación. Algo que evidenciaba su contacto con Stefano. —Hizo una pausa y me miró pensativo—. En el segundo encuentro, le formulé un par de preguntas trampa y picó, para mi fortuna. Así descubrí algo que ya sospechaba, que Piero Rizzoli pertenecía a una sociedad esotérica secreta, llamada la Sociedad de la Niebla.

—Y ¿cómo llegaste a sospechar algo tan insólito?

—Porque Lanzo Rizzoli también fue miembro de ella. Fue uno de los campos de investigación que abrí en cuanto terminé la lectura del diario.

Rebuscó entre sus papeles y me entregó un dossier con el título «Sociedad de la Niebla».

—He intentado archivar toda la información disponible sobre esa sociedad secreta. Incluso me leí el manuscrito que sus miembros estudiaban tan obsesivamente para intentar entender el paradigma de la sociedad. El libro en cuestión se llama *El sueño de Polífilo*, es un poema alegórico de estirpe medieval con clara vocación enciclopédica porque contiene conocimientos arqueológicos, arquitectónicos, litúrgicos, epigráficos, gemológicos y hasta culinarios. Aunque en realidad se dice que enmascara importantes descubrimientos alquímicos. De ahí que la sociedad se dedicara a su análisis.

Revisé por encima las hojas que componían aquel extenso dossier y sacudí confusa la cabeza.

—Lo que me sorprende es que esa sociedad continúe activa en la actualidad, dudo mucho que la alquimia sea de interés ya para nadie. ¿Quién en su sano juicio puede creer en la transmutación de la materia, hoy día?

Luca asintió y, tras rebuscar nuevamente, me entregó otro papel.

—Esa misma pregunta me la hice yo. Y, como bien dices, si sigue activa es porque tiene un fin. Y creo que tengo la respuesta.

Esta vez cogió un periódico y señaló las noticias de la portada.

—Sólo son noticias de actualidad —espeté

encogiéndome de hombros, sin ver nada fuera de lo normal.

—Conflictos bélicos, crisis económica mundial, corrupción en las altas esferas... —comenzó mirándome con atención—. No somos más que marionetas controladas por unas cuantas mentes poderosas. Y ahí está la clave de todo. Ya no buscan la transmutación física, sino la mental. Se pretende cambiar la mente y la ideología de millones de personas para que se produzca un cambio social controlado y en determinado sentido. Ya hay muchos precedentes con éxito, inician un sondeo en un sector de la población sobre la reacción que causaría un hecho determinado, de manera experimental, y si es favorable comienzan la labor de concienciación subliminal sobre ese sector. Son capaces de cambiar ideologías, de provocar reformas sociales en función de sus intereses. Por ejemplo, tanto Escocia como Irlanda fueron alentadas por personajes como Yeats para llevar a cabo sus aspiraciones independentistas y tratar de encontrar en sus raíces celtas todo aquello que justificase sus motivos para emanciparse.

—Pero ¿cómo consiguen ese cambio ideológico a su favor?

—La Sociedad de la Niebla es algo así, por poner un símil, como el Club de los Poetas Muertos, un grupo de escritores influyentes y artistas talentosos que se unieron para intercambiar conocimientos y adquirirlos, hombres con inquietudes diferentes y una mente brillante. En

principio, su intención era mejorar el mundo, extender sus conocimientos y abrir la sabiduría que poseían de manera filantrópica. Pero ahora me temo que su propósito es someter a un gran sector de la población a un mismo pensamiento que favorezca sus intereses. Hasta no hace mucho, lo conseguían con sus obras. Un escritor posee el arma de la palabra y la utiliza para sembrar semillas ideológicas, para condicionar pensamientos y convencer mentes de la verdad que ellos ensalzan con su prosa. Ahora utilizan individuos, activistas apasionados que infiltran en un determinado sector de la población, como un predicador bíblico, para provocar un movimiento que les otorgue un beneficio. Las grandes corporaciones son sus más selectos clientes, y a ellas han vendido sus conocimientos. También hubo escritores pertenecientes a esa sociedad, como Dumas o Verne, que quisieron camuflar en sus novelas el mensaje oculto de esa logia.

Mi mente intentaba asimilar toda la información, atónita y demudada ante el cariz que estaba tomando aquella búsqueda.

—Y ¿qué tiene eso que ver con el tesoro de Alonza?

—Todo —respondió él misterioso—. Pero no quiero desvelarte nada de lo que leerás, porque ahora que sabes lo que está pasando en el presente, quizá te sea más fácil entender lo que se hizo en el pasado.

—Ahora mismo sólo tengo ganas de irme a casa y olvidarme de todo esto. Este asunto está adquiriendo

dimensiones preocupantes.

—Estoy aquí para protegerte, para que juntos hallemos ese tesoro.

—Empiezo a sospechar que no es material y que tu interés no es económico, ni tan siquiera por la promesa que le hiciste a mi abuela, ¿me equivoco, Luca?

Sostuvo mi penetrante mirada sin bajar la suya, la gravedad tiñó su semblante y negó casi imperceptiblemente.

—Mi principal interés es evitar que ellos se hagan con él —aseveró.

—¿Por qué?

—Digamos que he de terminar lo que empecé.

Abrí la boca denodada y lo miré interrogante.

—¿Tú también eres miembro?

—Lo fui.

Mis ojos se dirigieron a la pared donde se encontraba el escudo de armas de los Rizzoli. Una pregunta tomó forma en mi cabeza.

—¿Quién eres realmente?

Luca compuso una expresión grave, sus facciones se endurecieron y sus ojos se oscurecieron.

—Esto que ves.

Nos sostuvimos la mirada un largo instante, como si ambos intentásemos ver nuestras almas, con una profundidad tal que todo mi cuerpo se estremeció. Y en ese momento creí sentir emerger de mi interior una inusitada

sensación de familiaridad. Un reconocimiento añejo, un vínculo poderoso con aquel hombre.

Un escalofrío me sobresaltó, rompí el contacto visual y, todavía trémula, intenté disfrazar mi desasosiego entre sus papeles. Me costó recuperar el control, y más sabiéndolo todavía pendiente de mí.

—Alessia...

Su tono hizo que mi piel hormigueara.

Alcé la vista interrogante, luchando por mantener mis emociones en un conveniente segundo plano.

—Sólo te pido que confíes plenamente en mí. Nada más importa.

Asentí ligeramente en un ademán pausado. No obstante, no resultaría muy sensato, me dije. Aquel hombre ya estaba abriendo muchas puertas en mí. Tan sólo mi desconfianza me protegía de su influjo, y a ella debía agarrarme para no que no abriera la puerta con más candados, la de mi corazón. Y por cómo me miraba, y por cómo mi pecho se constreñía, supe lo fácil que le resultaría forzarlos y entrar en él como un torbellino. No, no podía permitir que eso pasara, y, sin embargo, aquél no era mi único problema, porque el deseo que encendía en mí derretía candados, goznes y pomos. Y separar la atracción sexual del corazón nunca había sido mi fuerte.

—Lo intentaré —mentí.

Respiré hondo y me puse en pie, girándome hacia la pared donde tenía el plano de Poveglia punteado de

tachuelas de colores con notas clavadas con números. Alrededor, las fotografías correspondientes a cada número.

—¿Qué es todo esto?

—Posibles localizaciones.

Oí el ruido de las ruedas de su silla de oficina deslizarse hacia atrás y sus pasos aproximándose. No me volví, pero todo mi cuerpo reaccionó ante su cercanía.

Se puso a mi lado y me señaló un edificio en el plano.

—Éste es el antiguo lazareto —explicó—, justo delante están las fosas donde incineraban los cadáveres. Prácticamente toda la isla es un antiguo crematorio. — Señaló varias fotografías de salas médicas en ruinas. En algunas había incluso camillas decrepitas, lavabos y diversos tipos de materiales sanitarios. Largos y tenebrosos pasillos, escalinatas desvencijadas y muros derruidos por donde la frondosa vegetación mordisqueaba con saña las paredes del edificio—. Sobre las ruinas del lazareto se construyó el hospital psiquiátrico, con lo que, si Alonza enterró el tesoro en esa zona, nos lo ha puesto difícil, pero al menos con un buen equipo de excavación podremos recuperarlo. Dudo que se hubiera aventurado mucho más lejos, pues casi la totalidad del suelo de la isla es fangoso. Está podrido y es una mezcla de cenizas humanas, huesos y lodo. Esa capa de materia pegajosa es completamente inexplorable, por lo que he marcado las zonas de mejor acceso. La isla tiene prohibida su visita, con lo cual habremos de aventurarnos de noche, lo que dificulta

notablemente la búsqueda. Por eso, nuestra única posibilidad viable es acceder con el equipo adecuado y la zona exacta de ubicación.

—Todavía no puedo creer que yo pueda ser de alguna ayuda —espeté desesperanzada.

—Pues creo que ya lo estás siendo. El destino parece buscarte y ha puesto en tu camino a Gina. Y pienso que, si la mujer tenía esas láminas en su poder, es muy posible que esa casa esconda más pistas. Necesitamos su colaboración.

Decidí sincerarme con él. Yo misma había tenido la sensación de que Gina escondía algo más, era una mujer que guardaba celosamente sus apegos a objetos que la habían acompañado a lo largo de su vida. La expresión alarmada ante mi proposición de comprar el retrato de Alonza así lo indicaba.

—En su salón tiene el retrato de Alonza: es la lámina que le pintó Lanzo mirando por la ventana.

Luca dejó escapar una exclamación y me miró demudado.

—Me ofrecí a comprárselo, pero comprobé que incluso le daba vértigo desprenderse de él. Ha sido su única compañía durante años.

Me regaló una mirada reprobadora, que suavizó al instante.

—Volveremos esta tarde —decidió con rotundidad.

Asentí, y en aquel momento el zumbido de un teléfono reverberó hasta nosotros. La vibración del dispositivo

traqueteó contra la mesa.

Luca se dirigió hacia él y lo descolgó. Por su expresión contrariada y recelosa, supe que no era una llamada esperada ni provenía de alguien habitual en su vida. La línea de sus hombros se cuadró tensa, y su rictus permaneció severo y alerta.

Tras una serie de respuestas escuetas, colgó mirándome con el ceño fruncido y expresión concentrada.

—Tenemos una cita para comer —anunció.

—¿Con quién? —inquirí intrigada.

—Con Sofia Rizzoli. El hombre que nos espiaba en campo San Tomà la ha puesto al corriente sobre ti. Quiere conocerte.

—Pero no lo entiendo. ¿No se supone que huimos de ellos?

—Nos ofrece un trato.

—Y ¿te fías de ella?

—No, pero dice que ha localizado el colgante.

—Y, si fuera cierto, ¿para qué nos necesita? —musité desconfiada.

—Porque su propietario sólo desea vendérmelo a mí.

Fruncí el ceño y entorné la mirada, completamente aturdida con todo aquel extraño asunto. Sacudí la cabeza y me acerqué a él.

—¿Lo conoces?

Asintió, se pasó con pesadez las manos por su espeso cabello, atusándolo hacia atrás, y caminó hacia la ventana

con gesto hosco y las manos en los bolsillos. Su preocupación me inquietó.

—Se trata de aquel millonario excéntrico al que Stefano y aquel ladrón robaron.

Abrí la boca, lívida.

—Pero... ¿por qué sólo desea vendértelo a ti? A sus ojos y a los de la justicia, fuiste cómplice de ese robo.

—Es lo que pretendo averiguar —murmuró quedo.

Su mirada se perdió en aquel cielo plomizo. Respiró hondo y su ancho pecho se dilató cuando exhaló pausadamente. Cerró los ojos, inclinó la cabeza hacia atrás y la movió en círculos, como si deseara destensar el cuello. Deseé masajear sus hombros y abrazarlo desde atrás. Naturalmente, me guardé muy bien de hacerlo.

—¿Y si es una trampa?

—La cita es en un restaurante —aclaró, dato que no restó intranquilidad a mi ánimo—. Y me temo que acudir es la única manera de saber si lo es. —Hizo una pausa y añadió circunspecto—: Creo que nos da tiempo a ir a tu hotel, que te duches y te cambies. Dudo que los hombres de Stefano nos molesten ya.

A continuación, se volvió hacia mí con expresión decidida.

—¿Te importa que guarde en mi despacho las láminas? Tengo una caja fuerte que no podría abrir ni el gran Houdini.

Asentí con una sonrisa tibia.

—Voy a cambiarme de ropa, espérame en el salón y sírvete algo si te apetece. No tardaré mucho.

Me senté en su sofá de piel en tono chocolate y me recosté cerrando los ojos, intentando buscar algo de sentido a mis desordenados pensamientos. De repente oí la puerta de entrada abrirse.

Un taconeo ya característico me anunció la llegada de Loretta. Respiré hondo y me puse rígida.

Se detuvo en seco cuando reparó en mí. Sus bonitos ojos castaños se agrandaron con disgusto asombro. Sus labios se fruncieron con desagrado y cruzó los brazos bajos sus senos en actitud altiva.

—¿Qué haces tú aquí?

—Esperar a Luca, se está cambiando —respondí tan seca como ella.

Apretó los labios, alzó la barbilla, me dedicó una mueca desdeñosa y enfiló con paso firme el pasillo.

Se topó con él justo cuando salía del salón.

Enredó sus brazos en su nuca, se puso de puntillas y le estampó un beso en los labios.

Luca se apartó con incomodidad, pero tuvo el acierto de sonreír para suavizar el desplante.

—No estamos solos, Loretta —recordó con un carraspeo, manteniendo la ligereza de una sonrisa vacua.

—¿Estuviste con ella anoche? —acusó la mujer con gesto ofendido.

—Estuve en un hotel —contestó él sin faltar a la

verdad.

Loretta relajó el rictus y esbozó una sonrisa aliviada.

—Te estuve esperando —casi gimoteó mimosa.

Luca me dirigió una mirada escrutadora. Fingí alisarme indiferente la falda de mi vestido.

—Lo lamento, no caí en avisarte.

Ella se frotó acaramelada contra él, buscando alguna reacción cariñosa por su parte. Pero Luca se mostró bastante inmune a sus encantos, aunque sus brazos cercaron su cintura, detalle que me obligó a apartar mi atención de ellos: verlo abrazar a otra mujer me disgustaba.

—Loretta, tenemos que salir, y me temo que pasaré todo el día fuera. No sé si regresaré a casa. Ante cualquier imprevisto o necesidad de consulta, llámame.

La joven se apartó su trigueña melena con gesto airado y se giró para mirarme resentida, momento que aprovechó Luca para desasirse de ella y avanzar hacia mí.

—¿Nos vamos?

Asentí sin poder evitar recorrerlo con la mirada, admirando cómo le caía aquella camisa blanca, los pantalones de lino en color camel y la americana de tweed en colores tierra con coderas de piel marrón. Estaba sencillamente impresionante. El tono canela de su piel y su negro cabello contrastaban con las claras tonalidades de su vestuario.

Me puse en pie y sonreí cortés y con frialdad a Loretta, que ya fruncía de nuevo el ceño con agudo rencor.

Luca se despidió de ella con un discreto e insulso beso en la mejilla.

—Te dejo al mando, preciosa.

Aquel apelativo en su tono de voz consiguió que el ceño de Loretta se distendiera y su boca se estirara en una sonrisa esperanzada.

Una vez en la calle, lo miré de reojo y aquel magnetismo que desprendía en cada paso me subyugó de nuevo. Su aplomo al caminar y su penetrante mirada siempre pendiente de su alrededor, refulgiendo inteligente, aumentaban su atractivo mucho más que si poseyera un rostro de facciones perfectas.

—Creo que ahora mismo Loretta me estará haciendo vudú.

Luca sonrió socarrón y algo en mi bajo vientre se agitó.

—Es posible —admitió.

—Parece que estás acostumbrado a mujeres celosas y posesivas.

Arqueó mordaz una ceja y me miró de soslayo.

—De momento no he salido con nadie que prefiriera compartirme.

«No me extraña», pensé, reprendiéndome en el acto por aquel pensamiento.

—También me parece que no eres un hombre que se tome muy en serio la fidelidad.

Esta vez sí se detuvo a mirarme.

—Es una apreciación bastante injusta, teniendo en

cuenta eso a lo que te aferras tanto: a que no me conoces. Y puedo asegurarte que, desde que hicimos el amor, no he vuelto a tocar a Loretta.

—Tampoco veo que seas muy sincero con ella.

—No es mi novia, no le debo explicación alguna, jamás le prometí nada. Que ella pretenda convertirse en alguien importante en mi vida es su problema. Yo fui muy claro al respecto: sexo esporádico sin compromiso y alguna salida puntual. Suelo tener mi corazón a buen recaudo.

Lo cogí de la mano para obligarlo a caminar a mi ritmo, dado que sus largas zancadas me agotaban.

—Te proteges, lo que me lleva a suponer que sufriste algún tipo de desengaño amoroso, ¿no es así?

—La teoría es buena, pero en mi caso incorrecta. Nunca he estado enamorado.

Lo observé como si fuera un bicho raro. Por la mirada que me devolvió, supe que le divertía mi asombro.

—No es posible —murmuré impresionada.

—Lo es —insistió mirando de nuevo al frente.

Su grande y cálida mano se cerró con firmeza sobre la mía y el recorrido se convirtió en un paseo que podía tomarse como de pareja. Aquella connotación cosquilleó en mi estómago, pero desasosegó mi ánimo.

—¿Nunca has sentido nada por ninguna de las muchas mujeres con las que debes de haber salido?

—Vaya, además, se me presupone todo un conquistador —repuso con ácida sorna.

—Y ¿no lo eres?

—No, no lo soy. Ese «muchas» es bastante injustificado. Siempre hui del compromiso y preferí relaciones vanas, no porque me diera miedo atarme a nadie, sino porque, con mirarlas, era capaz de saber que ninguna de ellas era la mujer de mi vida.

—Esa afirmación es bastante arriesgada y superficial. Se necesita conocer bien a la otra persona para saber si encaja o no y si te hace sentir o no —expuse con convencimiento.

—No estoy de acuerdo —replicó—, creo que cuando se está frente a la persona de tu vida se reconoce al instante. Tu mundo cambia en el acto, tu percepción de las cosas, de tu alrededor y hasta de ti mismo. Todo adquiere una dimensión distinta, tanto que provoca vértigo, taquicardia y confunde. Además, suele ir acompañado de un hormigueo constante cuando te mira, suele hacerte flotar con una sonrisa y te lleva al paraíso si tienes la suerte de probar sus besos. Y todo eso es instantáneo. Otro dato que puede llevarte de inmediato a saber si es la persona indicada es cuando se aleja de tu lado: el vacío que deja te hace sentir desolado, abatido y con tantas ganas de volver a verla que fantaseas constantemente con el reencuentro. El tiempo se convierte en tu peor enemigo, pues cuando estás sin ella las horas pasan lentas y desesperantes, y cuando estás a su lado, rabiosamente rápidas.

Se detuvo en una bocacalle para concluir su apasionada

exposición mirándome a los ojos.

—Cuando se está frente a la persona de tu vida, sientes una conexión tan patente, un vínculo tan profundo que no hay duda alguna sobre quién es.

Se me cerró la garganta ante aquella mirada tan significativa. Mi pulso se aceleró y sentí que mi corazón abría sus alas y chocaba contra aquella puerta cerrada como un pájaro enloquecido.

—De hecho —prosiguió—, es tan poderoso ese influjo que suele asustar. Es muy común que la persona reaccione en contra, incluso huya, o quizá incluso lo camufle con atracción, cualquier cosa con tal de escapar de algo tan abrumador.

—Pareces muy versado en el tema para no haber experimentado nunca tal vorágine sentimental —argüí pragmática, aferrándome internamente a ese pomo que giraba bruscamente.

—Quizá lo esté experimentando ahora.

No fui capaz de sostener su mirada. Cerré mis sentidos a aquella observación y me así a aquel adverbio de duda como una simple conjetura.

Solté su mano y comencé a caminar, reafirmando con mi actitud su teoría huidiza.

Llegamos al hotel Rialto y nos adentramos en el vestíbulo.

—Te esperaré aquí —anunció tomando asiento en uno de los confortables sillones. Cogió un periódico y, cruzando

elegantemente las piernas, se sumergió en su lectura.



Tras una reconfortante ducha, elegí un vestido rojo de manga francesa, abrochado por delante, con un ancho cinturón en el mismo tono y tejido. Era de corte recto y llegaba hasta las rodillas, informal pero elegante. Me dejé el cabello suelto, que en mi descuido lucía demasiado largo, y cogí mi cazadora de piel verde, pues, a pesar de que estaba siendo una primavera calurosa, por la tarde refrescaba bastante.

Deslicé mi mirada hacia el cajón de mi mesilla, donde se encontraba el diario, y pensé en cómo aquel libro estaba cambiando mi vida. Me miré al espejo antes de salir y lo que vi me impresionó.

¿Quién era esa mujer de ojos brillantes, que burbujeaba pensando en el hombre que la aguardaba en el vestíbulo? ¿Dónde había quedado mi apatía, mi insondable tristeza o mi rendición? No obstante, y quizá como pago a liberarme de aquellos peligrosos lastres, distinguí un abierto miedo no sólo a lo desconocido, sino a la vida que parecía explotar en mi interior, iluminando reductos otrora sombríos. Y ese miedo a sentir, a volver a luchar por la vida, a defender mi herencia y una parte transcendental de mi pasado, palidecía ante un pánico todavía más inquietante: el de resucitar.

Pues había vivido muerta, incluso mucho antes de que mi vida se fuera desmoronando, o posiblemente ésa fuera la

razón de mi declive: no conseguir sentirme viva realmente, vivir por inercia, sin pasiones, ilusiones ni esperanzas, aceptando pesarosa un destino que no me hacía feliz, languideciendo por ello cada día y muriendo cada noche un poco, para amanecer más fría y más indiferente a todo. Había perdido ese lazo con la vida, conmigo misma, y me había dejado vencer. Pero el destino me había traído de vuelta. Alonza, a través de la muerte y de los siglos, tendía hacia mí su mano, pidiendo a cambio la mía.

Bajé al vestíbulo y sonreí al hombre que me contemplaba con evidente arrobamiento. Me sonrió admirado, y yo, en efecto, floté.

—Resplandeces —alabó, embebido en mi rostro.

Sonreí con timidez y salimos del hotel.

Lo que en realidad resplandecían eran los candados que comenzaban a fundirse bajo la llama de su mirada.

CAPÍTULO 24



LA PRIMERA NOCHE DE UNA MERETRIZ

Bañada, depilada, perfumada y elegantemente vestida, fui recibida en el palacete de Simone Gabini y conducida hasta su suntuosa alcoba.

Cuando aquel par de ojos tan negros como una noche sin luna se posaron en mí, me acometió una aguda sensación de familiaridad que me desazonó, sumando más nervios a los que yo ya llevaba encima. No era la primera vez que había visto ese rostro, pero no atinaba a ubicarlo en mi memoria. Sólo fui consciente de la aprensión que me provocaba.

—Hacéis honor a vuestro apelativo. Vuestro brillo nacarado, vuestra belleza clásica y vuestro exquisito porte cautivan.

Tomó mi mano, se la llevó a los labios y depositó en mi dorso un suave beso, sin apartar su mirada azabache de mí.

Su piel, tan pálida como el alabastro, quizá incluso más que la mía, contrastaba vistosamente con la oscuridad de su cabello. Era un hombre de rasgos duros, mirada sagaz y porte altivo. Exudaba poder e inteligencia, y, dado los cargos que ocupaba, aquellos rasgos eran cualidades constatadas.

Era alto y espigado, de nariz afilada y barbilla con hoyuelo, peculiaridad que confería a aquel severo rostro un matiz travieso.

Me incliné grácilmente en una floritura estudiada y el hombre esbozó una tibia sonrisa complacida.

A continuación, se dirigió hacia un robusto aparador y sirvió vino en dos copas de cristal tallado. Caminó de nuevo hacia mí y me ofreció una.

—Brindemos por una noche inolvidable. Saber que soy vuestro primer cliente me honra.

Bebimos al tiempo. Percibí en mi paladar la suavidad de un vino especiado con un toque de canela y clavo. Poco antes, Carla me había ofrecido una taza de vino caliente infusionado con láudano.

—Es un vino árabe —informó mientras bebía—. Me lo suele regalar un amigo mercader que me trae diversos productos de Oriente.

—Delicioso —proferí apurando la copa.

Simone, que me observaba con expresión rapaz y mirada relamida, me quitó la copa de la mano y la depositó en una mesa baja.

Noté las mejillas acaloradas y, sin saber muy bien qué hacer, me giré contemplando el fuego del hogar. La chimenea tenía unas dimensiones apabullantes, el calor que emanaba de ella comenzó a sofocarme. Me abaniqué con la mano y retrocedí un paso. Mi espalda se topó con un pecho, y me detuve tensa. Sentí el revoloteo de unos dedos sobre mis hombros y volví la cabeza hacia atrás. Aquel gesto propició que el hombre inclinara su rostro y besara mi cuello, justo bajo mi oreja. Un escalofrío me recorrió.

—Nada habéis de temer de mí, seré un amante gentil —prometió con voz acaramelada.

Sus palmas abarcaron mis desnudos hombros y arrastraron hacia abajo las mangas de mi vestido. Acarició la línea de mi clavícula con sus labios y se detuvo inhalando con un gruñido gozoso.

—Sois tan apetecible, mi dorada Perla, que no sé por dónde empezar.

Me giró hacia él y acarició mis mejillas con el dorso de los dedos. Aquella mirada rasgada y oscura se entornó voraz, algo en su rostro me hizo sentir como un indefenso gorrión ante un avieso halcón. Y aquella comparación acrecentó un malestar que comenzaba a extenderse insidioso.

—Permitid que os desnude, nada hay más sensual que ir descubriendo lentamente lo que tanto se desea.

Comenzó a desligar la lazada de mi corpiño con gesto delicado y sin

apartar su depredadora mirada de mí. Mi respiración agitada alzaba mis oprimidos y casi expuestos senos, capturando su atención y alimentando su apremio.

—Siempre supe que erais especial, pero no imaginaba cuánto.

—¿«Siempre»? —murmuré confusa.

—Desde el momento en que os vi —repuso, y ante mi semblante turbado añadió—: En vuestra presentación.

Afrojado el corpiño, el vestido se deslizó en un suave murmullo de ropas descendiendo por mi cuerpo y arremolinándose a mis pies. La traslúcida camisola de fina seda blanca mostraba ya mi desnudez. La mirada del hombre relumbró lasciva.

—Liberaos de vuestra crisálida, ansío tocaros.

Desaté el cordel que fruncía el escote y la camisola cayó lánguida a mis pies. Simone me ofreció la mano y yo salí de aquel círculo de ropas amontonadas para caer en sus brazos.

—Vuestra belleza me nubla —masculló embelesado.

Acercó su boca a la mía y no pude contener el impulso de retirarme. Bajé avergonzada la mirada, temerosa de su reacción.

—Soy un hombre paciente y delicado cuando la ocasión lo requiere —aseguró tranquilizador.

Procuré serenarme y permití que alzara mi barbilla.

Me dedicó una sonrisa porfiada y, con gesto galante, me condujo a su lecho adoselado. Dejé que me tumbara en él, y cuando se posó a mi lado, tan sólo me acarició el cabello. Su mirada paternalista me desconcertó.

—Decidme, ¿por qué os enfrentasteis a Castelli?

Parpadeé asombrada ante aquella inesperada pregunta.

—Por un comentario que me soliviantó —respondí inquieta.

—Más bien era él quien parecía indignado con vos.

Tragué saliva y me mordí el labio inferior, desviando la mirada.

—Me temo que fui demasiado vehemente en mi respuesta —justifiqué.

—Denotasteis carácter, nada que ver con la palomita asustada que ahora cobijo en mi cama.

—Soy una mujer con carácter o dócil cuando la ocasión lo requiere.

Que utilizara su propia frase lo complació. Dibujó una sonrisa admirada y repasó mi boca con la yema de su dedo.

—Intuyo una poderosa inteligencia tras esa apariencia angelical. Vuestra

ilusoria inocencia es excitante, pero lo que más despierta mi interés es esa fuerza que emana de vuestro interior.

Paseó la punta de su dedo entre mis senos, circundando ambas areolas. Mis sensibles pezones despertaron, y el hombre estiró una sonrisa maliciosa.

De pronto se irguió y salió de la cama, tomó una de las copas y la relleno con vino especiado.

Cuando regresó al lecho, se acomodó junto a mí y derramó el rojizo líquido por mis senos.

—Les falta una nota de frutas —opinó pícaro—, en mi opinión, cerezas.

Y se inclinó sobre mí, tomando mi pezón en su boca, succionándolo apasionado. Dejé escapar un gemido quedo y una cosquilleante sensación comenzó a abotargarme. Quizá el láudano comenzara a obrar su efecto, me dije, o tal vez fuera la pericia de mi amante. En cualquier caso, mi tensión empezó a disiparse y, para mi sorpresa, comencé a disfrutar.

A mi nublada mente acudieron entonces imágenes inoportunas que meforcé por expulsar. Intenté centrarme tan sólo en cada una de las sensaciones que aquel hombre pensaba prodigarme.

Agasajó mis sentidos con su dulce boca, despertando mi deseo. Comencé a notarme más desinhibida, ondulando mi cuerpo bajo sus caricias. Simone vertió vino en mis labios y se cernió ávido sobre ellos. Esta vez abrí la boca y él introdujo ardoroso su lengua para frotar la mía.

Me dejé llevar sellando mi mente a cualquier pensamiento que no fuera buscar el goce conjunto y tan sólo me permití evocar las explícitas demostraciones carnales con que Carla había pretendido instruirme en aquellas lides.

El beso se tornó beligerante, Simone gruñía en mi boca, pugnando por hacerse con el control. No obstante, mi fervorosa respuesta, dominando y sometiendo su lengua al capricho de la mía, lo enloqueció.

No sé qué me poseyó, pero no podía tolerar que siguiera en aquella ventajosa postura, sobre mí y presionándome con su cuerpo. Me arqueé para impulsarlo a un lado y, cuando cayó de bruces y yo monté a horcajadas sobre él, la copa se derramó sobre las sábanas. Su gesto impresionado y cautivado me animó a seguir.

Todavía iba vestido. Me incliné sobre su pecho y mordisqueé su barbilla mientras mis manos lo liberaban de su camisa con gestos bruscos y urgentes.

Sentí la imperiosa necesidad de dominarlo, de alzarme sobre su

masculinidad y rendirla a mí. De mostrarle que, al menos en el lecho, una mujer gozaba de autoridad.

Mi ímpetu lo sobrecogió, su mirada turbia y sus gemidos prolongados acompañaron cada una de mis iniciativas.

Lo besé duramente, sin un ápice de dulzura, dominante y exigente. Aferré sus muñecas y las elevé sobre su cabeza, hundiéndolas en la almohada. El hombre jadeó y abrió desmesuradamente los ojos, extasiado.

—Aquí y ahora mando yo —siseé amenazante.

El hombre asintió completamente fascinado y se dejó avasallar por mi necesidad de poder.

Me froté contra su pecho ya libre de ropa, mirándolo provocadora. El contacto de mis erguidos pezones contra su piel lo hizo cerrar los ojos y exhalar un gemido placentero. Pude notar su palpitante dureza presionando sus calzas y me dije que la retendría ahí, mortificándolo cuanto pudiera.

Comencé a morder su cuello, su hombro y uno de sus pezones. Él se contrajo y gruñó, pero no se resistió.

Sonreí artera, y en aquel momento comprendí que, envuelta en aquellas mañas sensuales, podía liberar aquella rabia y frustración que otro hombre, uno abyecto, me había provocado con su mezquindad.

Mis ansias de poder, de igualarme a aquellos que tan cruelmente habían manejado mi vida, mi deseo de independencia y mi recién despertada necesidad por esgrimir aquella excitante autoridad fueron las que redujeron a Simone Gabini, médico de la corte, miembro honorífico del Consejo de los Diez e inquisidor de la República de la Serenísima a una pueril marioneta en mis manos.

Lo monté con inquina, rudamente, incluso llegué a abofetearlo cuando intentó aferrarme las caderas. Y él, sumido en una espesa nube de placer, consintió todos y cada uno de mis caprichos.

Se derramó en mi interior, casi convulsionando, cuando en un gesto violento cerré mis dos manos en torno a su cuello y lo oprimí ligeramente mientras lo cabalgaba casi con rabia, mascullando órdenes continuas.

Su grito liberador, largo y desgarrado, todavía reverberaba en el recargado aire de la alcoba, seguido de jadeos sibilantes. Me recosté a su lado respirando agitada y miré al techo, aún consternada por el descubrimiento de aquella nueva faceta.

Pasó un largo instante hasta que él se decidió a hablar:

—Nunca en toda mi vida he gozado de un placer igual.

Me miró absolutamente hechizado. Pude ver su adoración hacia mí, y aquello enardeció ese poder, todavía rutilante, que había esgrimido con tanta destreza.

—La palomita se convirtió en águila —rezongué con arrogancia.

—Y devoró mi alma despiadadamente —reconoció afectado.

Hice ademán de levantarme de la cama, pero él me detuvo.

—¿Adónde vas?

—He terminado mi encargo, vuelvo a casa.

Negó con la cabeza y me miró sagaz.

—Pagué por ti toda una noche. Y, si bien dudo de que pueda recuperarme, quiero que duermas junto a mí. Sólo cuando despunte el alba podrás salir de esta cama.

Dejé que me abrazara, y no tardé en oírlo dormir plácidamente. Yo, en cambio, permanecí insomne, mirando con fijeza las brasas incandescentes del hogar, preguntándome quién era y en quién me convertiría finalmente. Y entonces comprendí que cada día nacería una nueva Alonza, más experimentada, más fría y más sabia. Pero, sobre todo, más poderosa, pues acababa de descubrir mis propias armas y la debilidad de hombres como aquél.

No sé en qué momento logré conciliar el sueño, pero desperté con la temprana luz de la aurora, con la garganta seca y unos horribles graznidos resonando aún a mi alrededor. Había vuelto a soñar con pájaros..., negros cuervos de picos afilados...

Me levanté sigilosamente, me vestí a toda prisa y salí rauda de aquella casa, huyendo de los graznidos de mi conciencia.



—Acabo de recibir una exaltada misiva de Simone Gabini —anunció Carla durante la comida.

Todas mis compañeras clavaron sus ojos en mí.

—Dice que ha caído rendido a tus pies y me pide otra cita, duplicando la cantidad estipulada.

Chloe agrandó los ojos impresionada y me sonrió orgullosa.

Las demás me contemplaron con disgusto, recelo y un marcado deje envidioso.

—Brindemos por la Perla —propuso Carla alzando su copa. Las demás la imitaron—. Te auguro un gran éxito, Alonza: mi instinto no me falló.

Me sonrió jactanciosa y bebió de su copa, mirándome complacida.

Incliné cortés la cabeza y recibí las felicitaciones de las chicas. Francesca y Giovanna forzaron una sonrisa vana, pero en la mirada de ambas relució un claro desagrado.

—¿Qué le has hecho a Gabini para deslumbrarlo tanto? ¿Lo dormiste cantándole uno de tus madrigales? —se burló la pelirroja.

Giovanna dejó escapar una risita sardónica y el resto permanecieron en silencio.

—No, para eso sólo tengo que hablarle de ti.

Francesca me encaró retadora y Carla se puso en pie dando una sonora palmada sobre la mesa.

—¿Hace falta que os recuerde las normas?

Ninguna replicó, pero cuando Carla se volvió para abandonar el comedor, las miradas hablaron por sí solas.

Justo cuando ya salía, se giró y me pidió que la acompañara.

Me levanté de la mesa y fui tras ella.

Una vez en su despacho, me ofreció sentarme mientras ocupaba su habitual sillón.

—Habría preferido que no mencionaras la misiva delante de todas —espeté reprobadora.

Carla alzó una ceja y me miró altanera.

—No has de avergonzarte de tus talentos, sino mostrarlos orgullosa.

—Tampoco pienso jactarme de ellos, y menos ante quien enarbola su ego como una espada romana.

La mujer se atusó un negro mechón de su cabello semirrecogido y me contempló escrutadora.

—Quizá sea justo lo que busque: doblegar esa espada para suavizar su carácter algo déspota y vanidoso.

—¿«Algo»?

Carla curvó los labios en una sonrisa dúctil.

—Necesita una cura de humildad —alegó circunspecta.

—No a mi costa —repuse—. No estoy aquí para competir ni para lidiar

con rivalidades, no quiero problemas ni envidias.

—Pues en este oficio es lo que hay. Pero acabas de demostrarme que no te amilanas, muchacha, tienes agallas, y eso me dice que no podrán contigo. ¿Cuánto más me vas a sorprender?

—Me sorprendo incluso a mí misma —rezongué con cierta pesadumbre—. Ya empiezo a creer que soy capaz de todo.

La mirada de la mujer se entornó felina. Compuso una mueca artera y la comisura de su labio se alzó traviesa.

—Me gusta oír eso, porque dentro de unos días tendrás que ser capaz de yacer conmigo —hizo una pausa y sus ojos refulgieron anhelantes— y con el aguerrido capitán veneciano Biagio Giuliani, un hombre de gustos particulares.

Tragué saliva, mi pulso se aceleró y estrujé nerviosa el tafetán de mi falda entre las manos.

—No debes preocuparte, sólo dejarte llevar por mí. Ardo en deseos de saber cómo hechizaste a Gabini. Intuyo que será una velada mágica.

Me limité a asentir. Mi incomodidad se dejaba entrever en mi rigidez en la silla.

—¿Puedo retirarme?

—No, te he mandado llamar por un tema más delicado.

Su expresión adquirió gravedad, y supe a qué se refería antes de que le diera voz.

—Ha sido muy oportuno tu encuentro con Gabini —comenzó rebuscando entre sus papeles—. Esta mañana recibí un requerimiento judicial que demanda tu tutela. Fabrizio nos reclama una ingente cantidad de dinero por la pérdida de su dote o habrás de regresar a su lado.

—No regresaré, antes prefiero la muerte.

—Lo sé, pero yo no dispongo de esa cantidad, Alonza. Así pues, tan sólo nos queda encontrar un buen abogado y luchar en los tribunales.

—¿Gabini?

—No, él está muy por encima, pertenece al Consejo de los Diez y se encarga más bien de la seguridad del Estado. Pero nos recomendará al mejor, y no dudo de su influencia con los magistrados que lleven el caso. Incluso con el mismo dux si acaso toma partido.

Permanecí en silencio, sintiendo cómo el pulso desacompañado repiqueteaba en mi sien.

—Fabrizio también goza de amistades poderosas —recordé inquieta.

—En efecto, tendremos que jugar muy bien nuestras cartas, Alonza.

Ambas nos miramos con expresiones graves. Y ella, sumida en una concentración en la que brilló la tenacidad por encima de otras emociones, despertó en mí una pregunta que antes no me había formulado: ¿por qué me ayudaba Carla? ¿Tantas expectativas albergaba respecto a mí? ¿Tanto dinero pensaba ganar conmigo para enfrentarse a uno de los hombres más taimados y poderosos de Venecia? De repente comencé a recelar sobre su verdadera intención en todo ese asunto. Y comprendí que algo más debía de motivar su decisión de comulgar por mi causa. Fuera cual fuese, estaba de mi parte, y únicamente debía agradecer contar con su apoyo.

Y en aquel momento también descubrí que no sólo había cambiado yo, sino también mi percepción del mundo. Había aprendido duramente que la desconfianza era la mejor barrera para anticipar tanto un ataque como un desengaño. Que debía, tristemente, cuestionarme cualquier comportamiento favorable por parte de terceros. Que debía mantener la mente tan fría como el corazón. Que todo era mentira hasta que la verdad no me deslumbrara, que nadie hacía nada sin un motivo egoísta, y que si la vida era dura yo debía serlo doblemente. Pues, cuanto más alto fuera el escalón, más debía esforzarme en subirlo y más reforzada saldría con tan sólo el intento. Pero si mi intuición me gritaba algo era que a menudo nada era lo que parecía y que permanecer alerta a mi alrededor, expectante y recelosa, sería lo más juicioso.

—Quiero que me conciertes citas con los hombres más influyentes de la Serenísima —comencé mirándola fijamente, enfatizando mis palabras con un tono autoritario—, con nobles cercanos al rey, con altos cargos eclesiásticos, con generales de rango, con el mismo dux si es posible. Quiero ser invitada a las fiestas más relevantes y a todas las reuniones de sociedad que se celebren en la corte.

Carla me observó intensamente, su ceño se acentuó pensativo y contrariado. Permaneció evaluándome un instante, respiró hondo y asintió queda.

—No sólo quieres librarte de los Rizzoli, ¿me equivoco?

—Quiero dominar a los hombres, someterlos y demostrarles que una mujer puede gobernar un Estado si se le antoja.

Carla sonrió y me dedicó un gesto respetuoso.

—Y no dudo ni un instante de tu éxito en ese ambicioso plan. Jamás vi

semejante determinación en nadie. Todas tus penurias han forjado a la mujer que hoy tengo frente a mí. Pero he de advertirte de algo: posees las cualidades necesarias para alcanzar tus metas, pero no te lo pondrán fácil. Evita el exceso de confianza en ti y utiliza tu mayor baza: tu inteligencia. Cautiva a los hombres con tu cuerpo, embriaga sus sentidos con tus artes amatorias y sácales toda la información que puedas. Con ella en tu poder, los dominarás, pero guárdate muy bien las espaldas y ve con tiento. Lo difícil no será conseguirla, sino saber utilizarla.

—¿Vendiéndola?

—Guardándola, y usándola cuando mejor te convenga. Así podrás extorsionar a quien se erija como tu enemigo y favorecer a tus aliados.

Asentí agradecida y me puse en pie.

—Tengo una curiosidad —admitió—, ¿qué le hiciste a Gabini? Francesca también estuvo con él y jamás lo vi tan... exaltado.

—Eso, Carla, es un secreto de alcoba, y como tal me lo guardo.

Su sonrisa se amplió ladina, sacudió la cabeza y chasqueó la lengua.

—Eres condenadamente lista.

—No me dejan más remedio que serlo.

Salí del despacho con paso firme.

En efecto, sería capaz de todo por lograr mis objetivos, ya no me cabía la menor duda.

CAPÍTULO 25



EMPIEZA EL JUEGO

Unos brazos me zarandearon bruscamente, parpadeé confusa e intenté enfocar la mirada.

—¿Qué... qué pasa? —farfullé aturdida.

—Tenías una pesadilla —musitó Chloe. Me secó las mejillas con un pañuelo y me contempló preocupada—. Llorabas y pronunciabas un nombre.

Imaginé el nombre que había pronunciado. La sensación de pérdida continuó tamborileando mi pecho con un sonido hueco y vacío.

—Era un gran muchacho.

Cerré los ojos y volví la cabeza hacia la ventana.

—No quiero hablar de él.

—Debes olvidarlo, él ya no está.

—No lo haré —contradije—, porque amarlo es lo único bueno que tengo dentro. Él sigue en esa parte de mi corazón que no pudieron destruir. Olvidarlo sería olvidarme de mí misma, negar la etapa más hermosa de mi vida. Sería enterrar la única brizna de luz que me dejaron. Recordarlo es mi refugio, mi

fuerza y mi dolor. Y necesito esas tres cosas para seguir adelante.

Guardamos silencio un largo instante. Esperé a que Chloe regresara a su cama, pero no se movía, y por fin la miré.

—No me tocó.

Apreté con fuerza la mandíbula y traté de endurecer el gesto, pero mi labio inferior retembló.

—Se tumbó en esta misma cama.

—Por favor, no sigas —supliqué con lágrimas quemando mis ojos.

—Apoyó la cabeza bajo su antebrazo y se limitó a mirar el techo — explicó en un susurro—: Era gentil y casi etéreo, emanaba un halo místico que embelesaba, su sensibilidad resultaba patente en cada uno de sus gestos. Me dijo que había accedido a venir por no contrariar a su padre, pero que su corazón estaba preso y, por tanto, también su cuerpo. Ofreció pagarme un extra si no contaba nada a nadie, y así lo hice, pero sin aceptar su dinero. Presenciar por primera vez en mi vida a un hombre leal y fiel me conmovió. Incluso me pregunté cómo sería la afortunada que había atrapado el corazón de un joven tan especial. Jamás imaginé que pudiera tenerla de compañera.

Chloe me ofreció de nuevo el pañuelo, pero mi llanto era tan abundante que no tardé en empapararlo. Le di la espalda, me abracé a la almohada y sollocé sofocando mi pena contra ella.

—Carla me pidió que evitara mencionar a tu Lanzo si tú me preguntabas. Yo pensaba contarte la verdad si la requerías, pero no lo hacías. Oír su nombre de tus labios esta noche, ver tu congoja... —Hizo una breve pausa para tomar aliento y su mirada se prendió de aquel recuerdo—. No era justo que dieras por hecho algo que no sucedió. No obstante, reconozco que deseé yacer con él, probar esa delicadeza y esa dulzura que rebosaba. Esos hermosos ojos azules escondían todo un mundo de sabiduría, de misterio y de magia. Cuando salió de este cuarto, te envidié sin conocerte.

—No habría dejado de amarlo si hubiera yacido contigo, pero saber que no lo hizo me abre el pecho en canal. Sangro, Chloe, y apenas parcheo mi corazón para lo que he de enfrentar. Déjame llorar mi desdicha, mañana amaneceré más fuerte, y más enamorada.

—No sé qué es peor —murmuró afligida—, no haber conocido el amor o conocerlo y perderlo.

—Conocerlo y perderlo es caer a un abismo interminable —expuse entre lágrimas—, en el que intentas asirte a los recuerdos bonitos para detener la

caída. Quizá con suerte uno de esos asideros sea lo suficientemente estable para reposar en él y tal vez volver a escalar a la superficie. Ahí ando ahora, escalando paso a paso, pero con tesón.

Tras una pausa, Chloe me acarició el cabello y la oí ponerse en pie.

—No conocerlo es tener frío en el corazón —espetó susurrante—, es sentir el mordisco de la soledad y del desamparo. Es suspirar por unos brazos cálidos y la compañía de ese ser que hará especiales tus días. Es soñar con encontrarlo y que te rescate de ti misma.

—Todavía puedes conocerlo, Chloe, pero mientras tanto no dejes de amar.

—¿A quién?

—A ti misma.

Oí el susurro de las sábanas mientras ella se acomodaba en su cama. Al cabo, habló de nuevo. No supe interpretar el tono de su voz.

—Eres tan especial como él.



Tan sólo el parpadeante fulgor del hogar iluminaba aquella gran alcoba. El nacarado resplandor de la luna perlaba la gasa blanca de las cortinas proyectando un charco de plata en la alfombra a los pies de la cama.

Sobre aquella alfombra aguardábamos Carla y yo, completamente desnudas, la próxima orden del capitán Giuliani.

Me llamó la atención las finas líneas blanquecinas que recorrían su vientre ascendiendo hasta sus pechos. Eran delgadas y casi imperceptibles cicatrices que trazaban un singular diseño en su cuerpo sin lograr afearlo, más parecía un dibujo decorativo. Un triángulo con el vértice superior entre los senos, abarcando todo su vientre, y, en el centro, un óvalo alargado rodeando su ombligo. Era totalmente intencionado, y me pregunté qué significaría.

El hombre estaba repantigado sobre su lecho, tan sólo vestido con unas ajustadas calzas, sosteniendo en su mano derecha una copa de licor. Su lasciva atención recorría con avidez nuestros cuerpos mientras se refregaba con la mano izquierda su abultado miembro latente bajo la tela.

—Deseo que gocéis ante mí. Justo aquí, a los pies de mi cama —ordenó.

Carla asintió con una sonrisa pícaro y se volvió hacia mí. Descubrí en sus

ojos que aquella petición no era sino un reflejo de sus propios deseos.

Cuando acercó su boca a la mía, la entreabrí para recibirla, un gesto que la complació sobremanera por el gemido placentero que exhaló. Su lengua acarició la mía y dejé que me saboreara mostrando una actitud pasiva y solícita.

Sus manos comenzaron a recorrer mi piel, prodigando caricias delicadas como mariposas tímidas que revoloteaban por mis costados, mis caderas y mis nalgas. Yo permanecí inmóvil, construyendo una férrea barrera mental que bloqueara pensamientos incómodos, recuerdos dolorosos o mi propia conciencia. Aparté de mí todo aquello que pudiera dañarme y focalicé toda mi atención en aquel momento, un escalón más hacia mi meta.

La dulzura de su beso, de su trato, apenas despertó en mí el empuje suficiente para abotargarme y poder entregarme a aquel juego con el debido ímpetu. Aun así, dejé que siguiera regalándome sus tiernos arrumacos, más tentativos o preparatorios que pasionales.

Su delicadeza y su mimo comenzaron a enfurecerme.

Me negaba a hacer el amor, esquivaba todo atisbo de dulzura, reduciendo mi entrega a un simple acto de liberación de instintos, a un mero trabajo donde la sexualidad completamente desprovista de emociones era desplegada tan sólo como una herramienta de placer.

Carla, que me contemplaba arrobada entre besos y sutiles caricias, frunció el ceño desconcertada cuando aferré sus muñecas y la aparté de mí.

La miré con furiosa intensidad y la obligué a tumbarse en la alfombra con ademanes bruscos. Su cejo se acentuó, pero no se resistió cuando me abalancé sobre ella, inmovilizando sus muñecas sobre su cabeza en un gesto de absoluta dominación.

Clavé en ella una mirada dura y casi gruñí cuando tomé su boca con ruda urgencia. Fui minuciosa, imperiosa y hosca, y Carla, en su estupor, no halló más respuesta que sucumbir con incesantes gemidos a mi despótico beso.

Y, como me había ocurrido con Gabini, mi ser de nuevo se rebeló, incendiándose con virulencia. Sentí el voraz anhelo de descargar aquel acceso de furia que latía inagotable en mi interior.

Abandoné su boca para tomar sus pezones, amasando sus pechos, devorando cada palmo de piel. El cuerpo de Carla se arqueó alzando las caderas. De manera instintiva, deslicé mi mano entre sus muslos y acaricié los suaves pétalos de su feminidad.

Oí un gemido ronco, pero no procedía de Carla, sino del capitán, que, inclinado sobre los pies de su lecho, nos observaba extasiado sin dejar de masajear su endurecida verga.

Le lancé una mirada desdeñosa y lo ignoré, centrándome en la mujer palpitante que ondulaba bajo mi cuerpo. Cuando bajé la vista y la miré, ella atrapó mi nuca y me atrajo hacia su boca.

Me besó voraz, casi desesperada. Y yo, guiada por cuanto había aprendido y por lo que mi instinto me dictaba, supe cómo someterla.

Con mi mano perdida entre sus piernas, comencé a acariciar su resbaladizo botón, inflamándolo con pericia. Mordí su labio inferior, tiré de él para soltarlo de inmediato y mordisquear su barbilla y su cuello mientras acariciaba su sexo. Acompasé el ritmo de las caricias a sus prolongados gemidos, y cuando ella intentó devolverme el placer que disfrutaba, yo me retiré.

Me miró jadeante y aturdida. Un ligero rubor carmesí teñía sus mejillas, sus hermosos ojos ambarinos, turbios de deseo, me contemplaron inquisitivos.

—¡Sigue, no pares! —exigió el hombre.

Y entonces me puse en pie y la ayudé a incorporarse. La conduje a la cama e, ignorándolo, me tumbé en ella y me abrí de piernas, invitando a Carla a que tomara el control. Se puso de rodillas entre ellas y se inclinó hundiendo su rostro en mi sexo. Cerré los ojos, centrándome únicamente en el placer que tan hábilmente me prodigaba su boca. Mis gemidos eran sofocados por los secos gruñidos del capitán, que se afanaba en observar bien de cerca nuestros juegos sin dejar de tocarse.

El placer comenzó a nublarne y, perdida en aquella nube, el mundo empezó a disiparse. Carla acomodó una pierna entre las mías, ladeó ligeramente su cuerpo y comenzó a friccionar su sexo con el mío. Jadeé gozosa y sorprendida ante aquel nuevo y desconocido torrente sensorial que sacudía mi cuerpo, desbrozándolo de cualquier brizna de conciencia, catapultándolo a un nuevo mundo de placeres ocultos. El esbelto cuerpo de la mujer se cimbreó grácilmente, trazando diversos movimientos, alternando el ritmo, devastando mis sentidos. Me agité sacudida por un deseo crepitante. Carla aferró mis caderas y me inmovilizó contra la cama sin dejar de moverse, y en aquel momento mi cuerpo se desgarró, liberando la humedad que albergaba.

Jadeé envuelta en un clímax agónico y ella me acompañó inclinando su cabeza hacia atrás, gritando su placer. Sentí cómo sus temblores propagaban

los míos y cómo nuestros cuerpos se acompasaban envueltos en aquella apasionada culminación.

Carla se inclinó sobre mí e intentó besarme, pero yo ladeé el rostro. No tuvo tiempo para quejarse, pues unas manos de hombre la apartaron de mí.

El capitán Giuliani se dedicó a lamer con entusiasmo los jugos de Carla, que, tumbada boca arriba a mi lado, no dejaba de mirarme. Cuando se sintió colmado, fue en busca de los míos. Fue como si un gato lamiera con delicado denuedo un plato de leche.

Satisfecho, se apartó y, en lugar de fornicar con nosotras, se complació ante nuestras miradas, derramándose en nuestros pies con un grito roto. Luego se desplomó entre ambas y suspiró gustoso.

—No hay nada más excitante que ver a dos mujeres gozando.

Nos abrazó y, tras otro suspiro, se durmió rápidamente. Ambas nos miramos por encima de su pecho.

Carla se desasíó del hombre y yo la imité.

—¿Siempre es así?

—Casi siempre —murmuró saliendo de la cama y recogiendo sus ropas.

La imité y comencé a vestirme.

—¿Con quién solías hacer este trabajo?

—Con nadie, es la primera vez que vengo yo.

Me detuve a mitad de una lazada y la observé con extrañeza.

—Imagino que deseabas comprobar mis conocimientos.

Carla estiró su falda y ajustó su corpiño con parsimonia antes de contestar. Cuando me miró, arqueó una ceja y sonrió ladina.

—Deseaba probarte a ti.

Retiré la vista de inmediato y me dediqué a calzarme los escarpines.

—Espero haber cumplido tus expectativas.

Carla se acercó a mí y tomó entre sus dedos un largo mechón de mi cabello.

—No tienes ni idea de cómo las has cumplido. Pero me debes algo.

Me encogí de hombros y la miré expectante.

Entonces deslizó suavemente la palma de su mano por mi nuca y me acercó a ella. Su boca apresó la mía y, en mi desconcierto, logró invadir mi interior y acorrallar mi lengua. Me besó con vehemencia, con rotundidad, imponiendo su autoridad. Cuando me soltó, me miró admonitoria.

—Me perteneces, Alonza, eres mía, no lo olvides.

—No lo olvido, porque mi objetivo es dejar de serlo.

La miré retadora y altiva. Carla me contempló con gravedad, su rictus se tensó y sus labios se fruncieron levemente mostrando su desagrado.

—Ahora tienes problemas más urgentes de los que preocuparte, cuya solución depende de mí —me recordó con sequedad—. No vuelvas a desairarme o te retiraré mi apoyo. Igual que puedo abrirte las puertas al círculo más selecto de la ciudad, puedo cerrártelas condenándote a trabajar bajo el Rialto.

Apreté la mandíbula y asentí en un gesto rígido.

—No obstante —repliqué con gesto obstinado—, en mi vida personal sigo decidiendo yo; por tanto, fuera de las citas concertadas, no tienes ningún derecho sobre mí.

Ella esbozó una media sonrisa tirante y cínica, su rictus se oscureció y avanzó hacia mí con gesto amenazador.

—Escúchame bien, Alonza, porque no pienso repetirlo. Eres de mi propiedad, trabajando y sin trabajar, vives bajo mi techo, vistes mi ropa y comes mi comida. No sólo proveo tus necesidades más básicas, sino que instruyo tu mente y cultivo tu espíritu. Si yo quisiera que yacieras conmigo cada noche, habrías de hacerlo; si te ordeno que hagas cualquier cosa, sea la que sea, la harás. Hasta que yo me considere pagada, yo, Carla Brunetti, soy tu dueña, tal como reza en el contrato que firmaste.

Y, tras aquel rotundo recordatorio, alzó la barbilla, salió de la alcoba y yo la seguí comprendiendo que la necesitaba, me gustase o no.



Llegó la Navidad y, con ella, uno de los bailes de máscaras más distinguidos de la corte.

Maquillada, peinada, perfumada, ataviada con un hermoso vestido de tafetán en color bermellón y mi dorado antifaz, contemplé mi imagen en el espejo de la cómoda.

Había pasado un largo año desde mi llegada y mi fama crecía al mismo ritmo que mi frialdad. A veces tenía la sensación de mirar una cáscara vacía, una simple imagen sin alma. Mis ojos ya no brillaban como antaño, ni mi gesto mostraba ninguna expresión dulcificada, y mi sonrisa pocas veces era sincera.

Nada en mí denotaba vulnerabilidad ni expresaba emoción alguna. Toda yo era un conjunto de escudos que me esmeraba en reforzar diariamente.

Por fortuna, mi nueva faceta dura y autoritaria en el lecho pareció cautivar a hombres poderosos que se rendían con pueril sumisión a mi rudeza. Hombres que anhelaban ser manejados y sometidos en la intimidad de sus alcobas, hasta el punto de gozar de azotes, ofensas verbales y órdenes vejatorias. En mí encontraban a la antítesis de sus esposas, y ese cambio de roles los excitaba.

Comencé a trabajar con bastante asiduidad, suscitando la envidia de mis compañeras, sobre todo de Francesca, que aprovechaba cualquier oportunidad para provocarme. En alguna ocasión había intentado sabotearme, añadiendo a mis cosméticos productos nocivos para dañar mi tez o estropear mi cabello, y, si no hubiera sido por la advertencia de Chloe al escuchar una conversación, las consecuencias habrían sido terribles. Sin embargo, había tomado la determinación de ocultarle a Carla los sibilinos intentos de Francesca por desbancarme, prefiriendo actuar por mi cuenta, resolviendo por mí misma mis propios problemas.

Salimos rumbo al Palacio Ducal en una góndola cubierta con un toldo rojo. Mis compañeras conversaban alborozadas, mientras yo contemplaba cómo los destellos lunares punteaban las ondulaciones del agua al ser empujada por las largas palas del gondolero. Una gélida brisa me arrebujó contra mi capa de terciopelo granate. Chloe, sentada a mi lado, enlazó su brazo al mío y se acurrucó contra mí.

—Nunca tuve una amiga —confesó mirándome sonriente.

—Ni yo.

—Es agradable poder confiar en alguien.

Le sonreí con tibieza. En realidad, y a pesar de ser ella la persona en quien más confiaba, una parte de mí todavía se resistía a entregarse por completo. Necesitaba ese recelo constante para permanecer alerta, para protegerme.

—Pensé que nunca volvería a hacerlo —agregó—. Si tu propia sangre te traiciona, ¿quién no lo hará?

Su semblante se ensombreció y sus ojos se tiñeron de tristeza. Pensé en Lanzo, en cómo su propia sangre lo había manipulado y engañado, sesgando su felicidad y condenando su vida.

—La sangre es sólo sangre si el corazón que la bombea no rezuma amor y

cuida ese vínculo. Son los lazos los que hacen pariente.

—Yo jamás abandonaría a mi hija —musitó con agudo resentimiento—, ni la despreciaría impunemente, ni me avergonzaría de ella, ni...

Su voz se quebró, bajó la mirada y se estremeció. Desligué mi brazo y lo pasé por su hombro para acercarla a mí.

—Mientras yo esté a tu lado, cuidaré de ti. Tus enemigos serán los míos y tus peleas, las mías. Ya no estás sola, amiga.

Me contempló emocionada, contrajo su rostro en un rictus contenido y asintió con una sonrisa afectada.

—Tampoco tú.

Le devolví una sonrisa cómplice que se congeló en mi rostro cuando reparé en la maliciosa atención de Francesca sobre nosotras. Chloe siguió mi mirada y suspiró pesadamente.

—Deberías contárselo a Carla.

—No, nunca me respetará si me escondo bajo las faldas de mi protectora.

—Y ¿qué piensas hacer?

—Demostrarle que no necesito que me protejan.

Chloe compuso un mohín preocupado, sus ojos se dirigieron a la exuberante pelirroja y luego regresaron a mí sin mucho convencimiento en mi decisión.

—Debes cuidarte, Alonza, es muy pertinaz y sibilina.

—Ya me expuse a personas como ella. Las conozco bien.

—Y mira lo que te hicieron.

—Justo por eso no volverá a pasarme. Ya no soy la misma, ahora sé bien a lo que me enfrento.

—Aun así, te ruego que extremes precauciones.

—Lo hago, Chloe. Llevo tiempo comprendiendo que no podemos convivir juntas, que sólo podré respirar tranquila si me deshago de ella. Para ella soy la rival que hay que batir y no cejará en su empeño. No hay entendimiento posible.

—¿Eso significa que tienes un plan?

—Lo tengo, sí.

En ese momento, la góndola se detuvo frente a la *piazzetta*. El gondolero amarró la embarcación a los palines y se aprestó a ayudarnos a desembarcar.

Carla encabezó la comitiva de vistosas y elegantes meretrices, y enfiló hacia el Palacio Ducal.

Habían extendido una gran alfombra en la entrada y dos lacayos recibían con gran pompa a los asistentes, que ya se aglutinaban junto a la porta della Carta, donde, por lo común, exponían los decretos oficiales.

La fila avanzó con fluidez perdiéndose bajo el pórtico de la planta baja para acceder al patio. Varias antorchas flanqueaban el sendero que debíamos seguir, rodeando un gran pozo con brocal de bronce. Admiré la arquería y las bellas columnatas de la fachada y caminé embebida en cada exquisito detalle arquitectónico. Ascendimos por la escalinata dorada que llevaba a la segunda planta y avanzamos por ostentosos pasillos hasta la sala del Maggior Consiglio, una enorme estancia rectangular, tan majestuosa que cortaba el aliento. En el techo y en las paredes, enmarcado por molduras de oro, se encontraba *El paraíso*, el mayor lienzo del mundo pintado por Tintoretto.

Quedé boquiabierta ante la abrumadora magnificencia de aquella obra y avancé tan absorta en cuanto me rodeaba que dejé escapar una sorpresiva exhalación completamente maravillada.

—¡Es la sala más hermosa que he visto nunca! —exclamé fascinada.

Carla asintió sonriente y absorbió con avidez mi impresionado gesto.

—Aquí se decide el destino de la Serenísima. El Gran Consejo del Estado se reúne, vota los decretos y aprueba las leyes. El futuro de los venecianos se forja entre tan hermosas paredes, aunque a menudo no comparta el mismo calificativo.

A pesar de la enormidad de la sala, estaba abarrotada. Las damas, con sus vistosos envoltorios, sus relucientes joyas y sus altivas barbillas, susurraban jugosos cotilleos, lanzaban seductoras miradas a través de sus elegantes máscaras y bebían de sus copas como pajarillos recelosos de su entorno.

A nuestro alrededor comenzaron a revolotear varios hombres y uno de ellos se acercó a mí. Su negra mirada, oculta por una máscara azul, me desasosegó con aquella familiaridad tan desconcertante como alarmante que siempre me provocaba. Su mirada rapaz agrió mi ánimo.

—Hemos de hablar —susurró Simone Gabini, apresando mi codo.

Dejé que me apartara del grupo y me afané por alejar la acritud que me suscitaba.

—Rizzoli está obcecado contigo —comenzó—. El abogado que pensaba encomendarte para lidiar este caso se ha puesto de su parte y actuará en tu contra. Es uno de los mejores y, además, es admirado por casi todos los

magistrados del tribunal, el rígido Piero Rossi. Es conocido por su fidelidad y su sentido del honor, un hombre incorruptible e inmune a los encantos femeninos, de carácter rígido y, para tu desgracia, no se le conocen debilidades. He estado reflexionando mucho sobre esto, y tu única posibilidad es que consigas averiguar los pasos previos a su alegato y las pruebas y testigos que presentará al juicio para lograr anticiparnos en tu defensa.

—Y ¿cómo consigo eso, si es un hombre tan inaccesible?

—Él lo es, pero no su ayudante —respondió derramando una mirada precavida a nuestro alrededor.

»Su ayudante es un muchacho despierto y trabajador, pero bastante proclive a las tentaciones de la carne y el vicio. Se llama Andrea Caivano, de carácter jovial y, en mi opinión, bastante manipulable. Si consigues seducirlo, tendrás acceso a toda la información que necesito.

Aquel nombre...

—¿Necesitáis...? —mascullé boquiabierta—. ¿Quiere eso decir que...?

La penetrante mirada de Gabini me inquietó.

—Que voy a defenderte personalmente.

—Yo... no sé cómo agradeceros esto...

El hombre se inclinó hacia mí y depositó un suave beso en mi cuello.

—Pienso cobrármelo.

El tono ronco y sensual de su voz evidenció el pago que exigía.

—Andrea está en aquel grupo —señaló discretamente un círculo de hombres que conversaban animados—. Te presentaré a él, el resto corre de tu cuenta.

Nos acercamos a ellos y yo ajusté mi máscara dorada y humedecí mis labios.

—Buenas noches, caballeros —espetó Gabini cordial—. Os traigo a la perla más hermosa de toda Venecia.

Los hombres se inclinaron respetuosos y yo ejecuté una cortés reverencia.

Comenzó a pronunciar los nombres de los presentes y, cuando llegó a Andrea y fijé mis ojos en su rostro, comprendí de quién se trataba. Tragué saliva y sentí cómo aquel muro que construía ante cada nuevo reto retemblaba con el reconocimiento de aquel joven.

—Vuestra belleza hace palidecer la brocha de Tiziano —murmuró uno de ellos.

Enmudecí y mi malestar estiró mis facciones, congelándolas. No fui capaz

de responder ni con un gesto.

Sentí la curiosa mirada de Andrea sobre mí y bajé la vista simulando timidez, un rasgo que los desconcertó proviniendo de una dama de mi condición.

En aquel momento comenzó la melodía de una pavana y Simone posó mi mano en la de Andrea, impeliéndonos hacia el centro de la sala, donde decenas de parejas se posicionaban para bailarla.

Intenté denodadamente desligar a Lanzo de aquel rostro que me miraba casi absorto, y dejé que su amigo de la infancia condujera mis pasos de baile con una sonrisa complacida.

A mi mente acudió implacable el último día que lo había tenido enfrente y mis ojos se nublaron de lágrimas. Apreté la mandíbula y me reprendí mentalmente. Pero aquel día en el mercado en que Lanzo se había topado con Andrea y había aprovechado para comprarme el anillo..., aquel día pugnó por derrumbarme ante la concurrida sala.

Me centré en cada paso y, aunque temblaba, logré mantener una expresión pétrea y digna.

Tal era mi malestar que, en uno de los cruces con varias parejas, me pareció incluso descubrir los ojos de Lanzo sobre mí. Aquel profundo azul, que siempre me pareció inconfundible, me aceleró el corazón, y cuando quise asegurarme de mi error, ya había desaparecido. A pesar de saberlo una mera ensoñación, mi pulso continuaba latiendo irregular, y un intenso hormigueo recorrió mi nuca.

Cambiamos de posiciones y giramos siguiendo cada nota con absoluta precisión. Cuando mis ojos se encontraron con los de Andrea, percibí en él un manifiesto reconocimiento que iba dibujando en su faz de manera paulatina, una expresión concentrada y tensa que fruncía su cejo.

Aquella máscara y el tiempo transcurrido no me ocultaron lo suficiente a sus ojos.

Cuando el baile terminó, me sentí mareada. Me tambaleé ligeramente y Andrea me tomó por la cintura y me sostuvo mirándome con preocupación.

—Estáis lívida, ¿os traigo una copa de clarete?

—No, gracias, sólo es un sofoco. Necesito aire fresco.

—Permitidme acompañaros a la galería exterior —musitó solícito.

Asentí con una sonrisa tibia y me condujo hacia la salida.

A cada paso me repetía que debía olvidar el pasado y centrarme en el

presente, que aquel joven representaba mi única posibilidad de escapar de las garras de Fabrizio y que no importaba quién era ni la relación que lo había unido a Lanzo. Sin embargo, y a pesar de ser joven y apuesto, seducirlo suponía una traición mucho más hiriente a esa moral, que apenas resollaba agónica ya.

La gran galería abierta de la primera planta que rodeaba la fachada del palacio, adornada con arquería y balaustrada de mármol, estaba iluminada por antorchas engalanadas.

El fresco aire nocturno acuchilló mi rostro, y la soberbia vista del canal bajo una luna alta y majestuosa apaciguó mi ánimo cautivándolo unos instantes.

Respiré profundamente y dejé que mi vista se perdiera en el horizonte. Deseé pasear por aquel sendero de plata que pintaba la luna sobre la laguna y alejarme del mundo y de cuanto me rodeaba. Pero otra respiración más profunda me recordó que no estaba sola.

Cerré un instante los ojos e inhalé una bocanada de aire antes de volverme hacia Andrea.

—Te has convertido en una mujer muy hermosa, Alonza, pero no puedo pagar tu precio.

Sentí un pellizco disgustado al oír mi nombre de sus labios.

—Mi tarifa se adecua a mis necesidades —comencé melosa, ciñéndome a él. Contuve las arcadas que mi estudiada actitud en aquel momento me provocaba—, y he de confesar que ahora mismo siento la necesidad de perderme en tu boca.

Rocé mis labios contra los suyos y las manos del muchacho enlazaron mi cintura. Combatí mi rechazo y entreabrí la boca invitadora.

Andrea se entregó al beso con ardor. Intenté responderle con el mismo ímpetu, pero me fue imposible. Aquel día, aquel anillo... Me aparté turbada, le di la espalda aferrándome a la barandilla y aguanté las ganas de llorar.

—Lo... lo lamento, yo..., hoy no me encuentro bien —me disculpé.

—Tampoco yo.

Mi espalda se envaró como si la hubiera atravesado un rayo. Dejé escapar un aliento sobrecogido, mi corazón galopó desbocado amenazando con saltar de mi pecho y todos mis sentidos despuntaron en un escalofrío que me sacudió bruscamente. Aquella voz...

Me giré trémula, encogida por un anhelo desgarrador.

Una mirada azul profunda, húmeda y furiosa me taladró con agudo rencor. El dolor que brotaba de ella, el agudo resentimiento y la pesada decepción fueron demasiado para mí.

—¡Lanzo! —gemí estupefacta.

Y mis rodillas cedieron y la negrura me llevó.

CAPÍTULO 26



LA VIUDA

Era un restaurante algo escondido en una zona de la ciudad menos turística, situado en un callejón tranquilo del sestiere Castello, pero no por eso carente de encanto. Se llamaba Ai Barbacani, pequeño, pintoresco y romántico.

Accedimos y admiré las negras vigas que surcaban el techo y la magia que rezumaba la piedra de aquel local medieval.

—Fue un antiguo depósito de carbón —me informó Luca escrutando las mesas ocupadas—. La mejor mesa es la que da al pequeño canal, sólo es para dos y, de noche y a la luz de las velas, viendo pasar las góndolas, convierte

cualquier velada en inolvidable.

—Deduzco que has vivido muchas veladas inolvidables.

Él puso los ojos en blanco y esbozó una sonrisa paciente.

—Tienes debilidad por los adverbios de cantidad —se burló socarrón—. Sólo he estado aquí dos veces, y en ese lugar en particular sólo una.

Señaló la coqueta mesa junto a una puerta abierta que daba al canal, en la que se encontraba sentada una pareja con las manos entrelazadas.

—Ahí están —susurró en mi oído.

Su mandíbula se tensó, me cogió de la mano y me acercó a una mesa rectangular junto a una de las ventanas.

Una mujer madura y atractiva nos sonrió cordial. Sus ojos recorrieron a Luca con evidente admiración. Junto a ella, tres hombres, uno de ellos un anciano distinguido que nos escrutó con aguda atención.

Tomamos asiento tras un saludo cortante y sentí la curiosa mirada de la mujer sobre mí.

—Estaba deseando conocerte, Alessia.

—No puedo decir lo mismo.

Sofia Rizzoli arrugó el gesto ofendida, pero enseguida se recompuso esgrimiendo una sonrisa cínica que dedicó a Luca.

—Sin duda ha heredado los arrestos de su antepasada.

—Que pongas a tus hombres tras ella no es una buena carta de presentación —replicó Luca esbozando una

mueca sardónica.

Sofía estiró la sonrisa convirtiéndola en un gesto tirante y forzado.

—Cada cual utiliza sus mañas para conseguir sus objetivos, ¿no es así, señor Vandelli? —La viuda me dirigió una mirada significativa—. Aunque, naturalmente, algunos juegan con una ventaja de la que yo no dispongo —agregó intencionada.

—Quizá por eso te alías con delincuentes y estafadores, para compensar la supuesta desventaja —espetó Luca cáustico.

La mujer apretó la mandíbula ofendida y miró nerviosa al anciano, que escuchaba la tensa conversación con aire indiferente.

—Respecto a esa cuestión, la ley ya se pronunció sobre ti, ¿me equivoco? —contraatacó altiva.

Luca la fulminó con la mirada: pude sentir su rigidez e incomodidad. Deseé cubrir la mano que posaba sobre su muslo para aflojar su tensión y ofrecerle mi apoyo, un deseo que logré estrangular.

—Fue la ley la que se equivocó en su día —se defendió mirando directamente al anciano—. Mi conciencia está muy limpia. Y no he venido hasta aquí para escuchar tus acusaciones. Si no he entendido mal, me ofrecías un trato.

—Cierto —corroboró ella, entrecruzando los dedos—, y por eso está aquí el señor Zanetti. —El anciano inclinó la cabeza y clavó su aguda mirada oscura en Luca—. Es el

propietario del colgante que ambos buscamos, pero sólo lo venderá si aceptas descifrar un acertijo.

Luca se reclinó en la silla y cruzó las piernas, adoptando una postura relajada que contrastaba con la tirantez de sus facciones.

—Y ¿a quién lo venderá?

—A mí, dudo que tú poseas la cantidad que pide —respondió Sofia.

—Y ¿puedo saber qué gano yo?

—El colgante, sólo tú sabrías utilizarlo.

Luca arqueó una ceja con visible desconfianza.

—Déjame repasar esto... Francamente, me resulta paradójico. ¿Yo descifro un acertijo, tú pagas el colgante y me lo das a mí?

—No es exactamente así —corrigió ella—. Yo pago el colgante y te lo cedo para que resuelvas el enigma.

—¿Y luego?

—Tendrás que darme la solución. Y buscar juntos el tesoro. Lo que encontremos lo repartiremos al cincuenta por ciento.

Luca evaluó con expresión concienzuda la propuesta, permaneciendo en silencio un tenso instante.

—Señor Vandelli, le ruego que acepte el trato —intervino el señor Zanetti, su voz era tan rugosa y áspera como su tez—. No duermo por las noches pensando en ganar la apuesta del club. Este acertijo me trae de cabeza, y ya se ha convertido en un reto personal. Sé que fue usted

quien resolvió la clave con que bloqueé mi caja fuerte, y le aseguro que pagué una fortuna por el cifrado. Ya no me importa si era usted inocente o culpable, lo único que me importa es lo brillante que es en su profesión.

—¿Cómo supo de mí?

—El fallecido señor Rizzoli pertenecía a mi club. Sofia se puso en contacto conmigo cuando la galería de arte que me vendió el colgante le dio mi nombre. Yo me negué a venderlo y ella me presionó. Me negué reiteradamente, y ella me dijo que haría cualquier cosa por obtenerlo, que pidiera lo que fuera. Y, bueno, lo único que yo ansío es la solución de ese acertijo. Me dijo que conocía a los hombres que me robaron, y me mandó a Stefano, pero, por mucho que lo intentó, no logró descifrarlo. Resultaba evidente que fue usted el genio que descubrió mis códigos. Y, por tanto, es a usted a quien necesito.

—Entiendo.

—Nos necesitamos, Vandelli —musitó Sofia con firmeza—, tú tienes el diario y yo el colgante, yo los medios y tú el ingenio. Podemos formar un equipo perfecto.

—Eso parece. No obstante, tengo varias condiciones inapelables.

Luca sabía que en ese momento tenía el control y pensaba aprovecharlo sagazmente.

—¿Qué condiciones? —preguntó ella recelosa.

Él sonrió triunfal y alzó el dedo índice.

—Una: quiero a Stefano fuera de la ciudad y lejos de mí.

Estiró el dedo corazón y añadió:

—Dos: que dejéis de seguirnos.

Sumó el dedo anular a los otros dos.

—Y tres: a Poveglia sólo accederemos Alessia y yo.

—Y ¿se supone que debo confiar en que vengas a entregarme mi parte? —inquirió Sofia discordante—. Una parte que, además, tendré que creer que corresponde a ese cincuenta por ciento, puesto que no presenciaré el hallazgo. Olvídate de la tercera condición.

—Entonces olvídate de conseguir el colgante.

Mantuvieron un fiero pulso de miradas en el que ambos contrincantes reforzaron sus gestos obstinados.

Luca finalmente lo rompió para fijar su vista en el viejo millonario.

—Resolveré el acertijo a cambio del colgante — propuso ante la expresión desencajada de la viuda.

—¡Eres un perro traidor! —escupió ella furibunda.

—De acuerdo —murmuró el anciano para disgusto de Sofia.

Luca sonrió pendenciero y estiró la mano, que el hombre se aprestó a estrechar.

Acto seguido, se dirigió a la viuda con una mirada de suficiencia que crispó el semblante de la mujer.

—En vista de mi clara ventaja en este asunto — masculló altivo—, ahora soy yo quien te propone formar

equipo, y no sólo aceptando mis tres condiciones. Quiero que el dinero que ibas a entregar por el colgante lo ingreses en mi cuenta mañana a primera hora y, naturalmente, el colgante es mío.

Sofia Rizzoli lo taladró con una mirada resentida y, tras un seco asentimiento, se puso en pie. Sus escoltas la imitaron e inmediatamente peinaron el local con miradas alertas.

—Acepto el trato, y, en vista de que tendré que fiarme de tu buena fe, sólo te diré que, si me traicionas, no cejaré hasta acabar contigo. Quiero ver la integridad de lo que descubráis, y en función de eso se harán las partes. Yo estoy interesada en un pergamino que Alonza robó y que pertenecía a la logia; el resto dependerá de la valía de lo encontrado. Iremos a Poveglia en mi lancha, vosotros desembarcaréis y os esperaremos en el mismo punto. Nada de argucias, Vandelli, o serás hombre muerto.

Después me miró a mí y me dedicó un gesto burlón y desdeñoso.

—En cuanto a ti, no sé qué trato te ha ofrecido, pero no olvides que sólo eres una pieza más en sus maquinaciones. Se deshará de ti a la menor ocasión. Acaba de demostrar su falta de escrúpulos.

—Lo que acaba de demostrar es su sagacidad —repliqué con cierto matiz orgulloso—, y no es necesario que me advierta de los riesgos, señora, y más cuando usted ni siquiera calibró los suyos.

Sofía apretó los labios frunciéndolos en una mueca ofuscada y agraviada.

—Los calibré, pero no tenía otra opción —confesó—. Yo sí sé reconocer a los hombres como él. En cambio, tú, querida, ya estás perdida: sólo hay que ver cómo lo miras. Mis condolencias anticipadas.

Ya se retiraba cuando se giró con lánguida indolencia.

—Por cierto, no serás el primer corazón que rompa: mi sobrina aún suspira por él. La utilizó para sonsacarle información. —Esbozó una abierta sonrisa sibilina y agregó—: Si vais a comer aquí, os aconsejo el pulpo con polenta suave, es una delicia. Buenas tardes.

Alzó la barbilla, apretó su bolso bajo el brazo y se alejó con paso firme y porte altivo.

—Sin duda, es usted un hombre taimado y muy inteligente —halagó el señor Zanetti. Se metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y extrajo un papel que desplegó y le entregó a Luca—. Son cuatro acertijos, la solución de todos ellos compone una frase codificada que habrá de descifrar.

Luca echó un vistazo al papel y lo leyó con detenimiento. Cuando alzó la vista simplemente asintió imperturbable.

—Cuando tenga la respuesta lo avisaré.

El hombre le entregó también una tarjeta y asintió con clara impaciencia. Su semblante ilusionado le recordó al de un niño que espera con ansia su regalo de Navidad.

—No se fie de esa mujer —advirtió—. Ahora mismo estará trazando un plan aparte. La conozco poco, pero mi experiencia y mi intuición no suelen fallarme.

—Tampoco a mí, y ella es peligrosa. Yo también trazo mi propio plan.

El hombre asintió complacido, y en su faz relumbró una franca admiración por Luca.

—Si algún día le apetece trabajar para mí, programando mis claves de seguridad, el puesto es suyo.

—¿No le parece demasiado arriesgado contratar al hombre que cumplió condena por robarle?

—Como acabo de decirle, me fío de mi intuición, y ésta me dice que usted es un hombre de fiar. Lamento mucho la injusticia cometida; no obstante, las pruebas desgraciadamente fueron concluyentes.

—Caer en trampas tiene la única ventaja de reconocerlas en el futuro. Quizá aquello me prevenga de lo que ahora me espera.

—Sin duda, su inteligencia me asombra.

—Debería temerla, es mi mejor arma.

El hombre agravó su rictus y su ceño se frunció ensombreciendo su rostro.

—Quedo a la espera de noticias —se limitó a pronunciar como despedida.

Abandonó el restaurante con paso cansado y los hombros hundidos.

—Cambiemos de mesa.

Luca se puso en pie y me condujo hacia la mejor mesa del local. La pareja ya la había abandonado y el camarero en aquel momento colocaba un mantel limpio.

Nos sentamos casi al borde del canal. La fresca humedad ascendía hasta nosotros aliviando el sofoco de una mañana cálida en extremo.

Nos miramos gravemente, su intensidad manifestó la inquietud que sentía; la mía, el resurgimiento de los recelos.

—Si tienes alguna pregunta, ahora es el momento —comenzó cuando el camarero se retiró para traernos la carta—. No quiero que germine en ti la más mínima desconfianza hacia mí.

—¿Por qué no has dejado fuera a la viuda? Tenías las cartas en tu poder, no la necesitas.

—Lo que no necesito es tenerla en mi contra. Si la hubiera dejado fuera, iría tras de mí como una gorgona. Como he dicho, es peligrosa y está determinada a conseguir lo que sabe a ciencia cierta que escondió Alonza. Mejor tenerla de aliada, o al menos fingir que ambos lo somos. Ya llegará el momento en que deba lidiar con ella.

—Y ¿piensas entregarle ese pergamino?

—No, pienso destruirlo.

Abrí desmesuradamente los ojos, demudada, y dejé escapar un ligero resuello sobrecogido.

—Te matará —murmuré angustiada.

El camarero nos trajo la carta y Luca la abrió y fijó sus ojos en ella con absoluta despreocupación por mi inquietud.

—Nos han aconsejado el pulpo a la polenta, ¿qué tal está?

El hombre, que nos había servido dos copas de vino blanco sin haberlo pedido, nos sonrió cortés.

—Es nuestro plato estrella —respondió con orgullo.

—¿Te parece bien? —me preguntó Luca.

Asentí, todavía abrumada por el cariz que estaba tomando nuestra situación, y él me guiñó un ojo con apabullante ligereza. Nada en él denotaba ni un ápice de desasosiego.

—Pues el pulpo a la polenta y unos *antipasti* de la casa.

Le entregó la carta y se reclinó en la silla con porte relajado.

—Me matará también si se lo entrego —adujo indolente—. Ese documento es demasiado relevante para ellos, no pueden dejar testigos.

Me incliné hacia delante y lo miré turbada.

—¿Entonces?

—Tengo que trazar nuestra huida de Poveglia con el tesoro de Alonza.

—Te veo incomprensiblemente tranquilo. Ella se encargará de cercar la isla para que no escapemos.

—Lo sé, cuento con eso para mi plan.

Lo miré aturdida e intrigada.

—¿No vas a contármelo?

—Todavía no, tengo que pulirlo. Tendrás que confiar en mí. Algo que parece incluso más difícil que resolver el

acertijo.

—Convendrás conmigo en que cada día surge algo que mina la confianza que logro depositar en ti.

Sus cuidados dedos repasaron el mantel de hilo siguiendo un dibujo invisible. Su penetrante mirada me escrutó con un viso travieso que hizo hormigear mi bajo vientre.

—¿Te refieres a la sobrina de Sofia?

—Por ejemplo.

—Es cierto que intenté sonsacarle información, y es cierto que detecté un claro interés por mí que aproveché a mi conveniencia. Pero no fui yo quien la besó, más bien la frené todo lo delicadamente que pude. Tampoco la llevé a equívocos, ni habría estado dispuesto a acostarme con ella a cambio de información. Sólo usé mi encanto y mi simpatía, de eso sí soy culpable.

—¿Mereció la pena esa información a costa de romperle el corazón a esa pobre muchacha?

Luca alzó una ceja y sesgó su sonrisa, lo que le confirió un aspecto de rufián conquistador.

—Esa pobre muchacha es la típica niña rica caprichosa que se empecina en obtener un juguete nuevo y sufre la pataleta de rigor cuando no lo consigue.

—¿Qué se siente siendo el objeto de deseo de tanta gente?

—Lo mismo que siendo el objeto de ataque de esa misma gente. Me siento una marioneta que quieren

manejar a su antojo.

En aquel momento, la sola idea de manejarlo a mi antojo me pareció irresistible. La imagen mental que acompañó aquel pensamiento encendió mis mejillas. Tomé mi copa de vino y bebí con ganas. Sacudí aquella imagen de Luca desnudo en mi cama y sometido por mí sin mucho éxito. Carraspeé y desvié la vista hacia el pequeño canal que discurría a un palmo de mis pies.

—¿Alguna duda más?

Sí, me dije a mí misma, la duda de saber cuánto tardaría mi puerta en caer hecha astillas a los pies de mi temeroso corazón.

—Desconfías de Zanetti, ¿por qué? El modo en que has mencionado lo de la trampa ha sido una acusación casi directa.

—Todo estaba orquestado, Alessia. La presencia de Zanetti no tenía mucho sentido en el encuentro con Sofía, justamente porque yo podía tantearlo y llevarlo a mi terreno como he hecho. Todo ha sido muy fácil, y no albergo duda alguna de que es una pantomima. Pretenden hacerme creer que tengo el control, y no es así. Zanetti quiere ganarse mi confianza, pero yo le he hecho ver que también conozco sus cartas. Le he mostrado mis dientes por dos razones: una, para que sepa que sé que la trampa que me llevó a la cárcel fue ideada por él, y dos, para que comience a temerme. Si están nerviosos, es más fácil que cometan errores. De las tres condiciones que yo he exigido sólo me

importa la tercera; las otras únicamente sirven para distraerlos. Continuarán siguiéndonos, pero con más cautela, y de ese modo yo fingiré que no me doy cuenta. Stefano no se marchará, pero estará en la sombra y nos dejará en paz hasta que Sofia crea tenernos en su poder. Entonces aparecerá para ejecutarme personalmente.

La sola mención de su ejecución me erizó el vello con un escalofrío que me estremeció.

—Pero ¿por qué tanta inquina contra ti? ¿Sólo por tu rechazo y por celos profesionales?

Luca se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—A mí también me parece desmedido, pero a veces es mejor no buscar causas, sólo contener el efecto.

El camarero colocó los *antipasti* en la mesa y, tras una gentil inclinación, se retiró.

Luca me sirvió galante, sus ademanes eran tan exquisitos y delicados que me cautivaron perdiendo el hilo de mis pensamientos. Imaginé esas habilidosas manos sobre mí y suspiré casi de manera inconsciente. Me reprendí mentalmente y respiré hondo para recuperar el control.

—¿Cómo averiguaste que Zanetti estaba implicado en su propio robo y con qué motivo lo organizó?

—Descubrí que el abogado de Stefano era el abogado personal de Zanetti. El motivo está claro: cobrar el seguro.

—¿No es un rancio millonario excéntrico?

—Más excéntrico que millonario —respondió llevándose una porción de salmón a la boca. A

continuación, masticó saboreando el bocado y me observó complacido—. Delicioso —murmuró. Se limpió con breves toques con la servilleta y tomó un trago de vino—. Descubrí que estaba en bancarrota. Tiene algunas empresas tapadera, pero han quebrado. Como él, muchos miembros de ese club al que se refiere están acusando numerosas pérdidas. El mercado se les ha vuelto en contra y buscan con desesperación la manera de girarlo a su favor.

Mastiqué un langostino marinado y asentí atenta a sus explicaciones.

—¿De veras piensan que un pergamino del siglo diecisiete conseguirá cambiar el mercado?

—Son miembros de la logia de la que te hablé. Ese club, que hacen pasar por un lugar de reunión y asueto de ricos aburridos, no es sino la famosa Sociedad de la Niebla. Se supone que ese documento entraña la fórmula para dominar el librepensamiento.

—Por Dios, que hombres de ese nivel cultural y adquisitivo crean en supercherías me parece asombroso.

—No es una fórmula mágica, ni un conjuro, ni siquiera un compuesto alquímico. Es el conjunto de la sabiduría que reunieron los primeros miembros de la logia. Una sabiduría que desarrolla el modo de manejar mentes y supeditarlas al ideal que se prefiera.

—Sigue siendo incomprensible que, siglos después, con los avances y la información de que disponen ahora los miembros, necesiten con tanta urgencia una tesis medieval

que dudo hayan probado con éxito. Tampoco entiendo cómo ese documento es único. Si fue formulado por varios miembros, debió de quedar en la cabeza de alguno, e incluso en sus apuntes personales.

—Todos fueron asesinados, y el documento robado.

Algo dentro de mí se encogió, tragué saliva y lo miré confusa.

—¿Alonza?

—Ella no los mató, tampoco creo que robara el documento. Lo que creo es que uno de los miembros le pidió que lo pusiera a salvo. Y es lo que hizo.

—¿Lanzo?

—En el diario no lo dice, sólo que se hizo con el pergamino. Sé que hay algo que se me escapa, pero no sé el qué.

—Vayamos esta tarde a ver a Gina —sugerí—, quizá esos encantos tuyos logren ablandarla y puedas sonsacarle información.

Luca estiró sus carnosos labios en un gesto burlón que me secó la garganta.

—Por desgracia para mí, mis encantos no parecen funcionar para conseguir tu confianza.

—Es que para lograr eso no hacen falta encantos, sino hechos.

—Y, dime, ¿qué he de hacer?

Sus ojos grandes y felinos se fijaron en los míos con tanta atención que me aturdieron.

—Pues... quizá —barboté titubeante— lo que estás haciendo ahora.

—Y ¿qué estoy haciendo ahora? —preguntó con intención, modulando la voz con un tono seductor que me erizó la piel.

—No ocultarme nada, o eso espero.

Se inclinó sobre la mesa, apoyando los codos en ella para acercar su rostro al mío. No pude evitar demorar mi vista en sus labios.

—Te muestro incluso cosas que no ves.

Esa enigmática frase engarzó nuestras miradas con aquel vínculo extraño y vibrante que nos atrapaba en aquella burbuja que nos aislaba del mundo.

Terminamos de comer en silencio, cada uno absorto en sus pensamientos y, al salir del restaurante, Luca tomó mi mano y, de manera tan repentina como impetuosa, me llevó hacia uno de los callejones colindantes, me arrimó a la pared y se cernió sobre mi boca.

Apenas entreabrí la boca para protestar, él aprovechó para introducir su ávida lengua en mi interior, logrando atraparme en un beso tan urgente y necesitado que me encontré respondiendo con la misma vehemencia, con la misma hambre. Y, entonces, la locura se desató en una vorágine irrefrenable.

Sus manos apartaban mi ropa, su boca me llevaba al delirio y, de alguna manera, me encajó en la abertura de un soportal, donde liberó a la bestia lujuriosa que había estado

conteniendo.

Mi bestia particular se despertó igualando la voracidad de la suya. Mis manos buscaron su piel, despeinaron su cabello y devoraron su boca con desenfrenado frenesí.

Jamás en toda mi vida había sentido nada como aquello. Esa hambre implacable, casi feroz, que me dominaba y que buscaba satisfacerse con desgarrada desesperación.

Ocultos en la penumbra de aquel portalón, nuestros instintos más apasionados enloquecieron. Luca se había convertido en un animal insaciable, en una llama descontrolada de pasión devoradora. Alzó mi pierna y la dispuso alrededor de sus caderas, me arrancó de un brusco empujón la ropa interior y me penetró mientras mordía mi cuello, como si fundirse en mi piel fuera cuestión de vida o muerte.

Lo recibí con un gemido roto y, tan ávida como él, acompasé mis caderas al ritmo que imponía. Sus embestidas, sus besos, sus caricias, su fogosidad... nublaron mi juicio y el placer me azotó en oleadas punzantes.

No tardé en alcanzar el clímax, un violento orgasmo me zarandeó en abruptos espasmos. Trémulo y jadeante, Luca profirió un gruñido ronco y quebrado y, en un último empujón, se derramó pronunciando mi nombre.

Apoyó su frente en la mía, respirando agitadamente.

—Por Dios, Alessia, jamás he sentido nada igual —gimió entrecortadamente—. ¿Qué me estás haciendo,

joder? Me conviertes en un animal enloquecido, te deseo tanto que me duele. Apenas puedo soportar mantenerme a distancia.

Acaricié su mejilla, incliné levemente el rostro y lo besé con suavidad.

—Yo tampoco me reconozco —confesé en un hilo de voz—. Tú... tú me has cambiado.

Sus labios rozaron los míos y todo mi cuerpo se estremeció de nuevo.

—Alessia, te he esperado toda mi vida.

Me abracé a él con la mirada húmeda, muerta de miedo y plenamente consciente de que aquella puerta yacía ya rota a mis pies.

CAPÍTULO 27



SIN BARRERAS

Gina miró a Luca con marcada desconfianza. Oculté una sonrisa cuando él se esforzó en deslumbrarla con la suya.

—¡Alessia, qué agradable sorpresa! —proclamó la anciana dando poco énfasis gestual a sus palabras—. No esperaba que vinieras tan bien acompañada. ¿Tu novio?

—Sí —respondió Luca por mí, rodeando mi cintura y haciendo que la piel me hormiguease con aquella mirada rapaz que tanto me exaltaba—. Alessia me habló de usted y, bueno, quería conocerla. No imagina la emoción con que me relató su encuentro.

La mirada recelosa de Gina pareció suavizarse cuando

nos dejó pasar a su casa. Los gestos cariñosos de Luca lograron tranquilizarla; a mí, en cambio, me provocaron el efecto contrario.

Aquella complicidad, propia de una relación, acentuaba mi miedo. Me sentía tan absolutamente arrobada por aquella actitud que resultaba tristemente patente mi rendición. Estaba enamorada de él, y esa certeza me ilusionaba tanto como me aterraba. No obstante, y a pesar de no albergar expectativa alguna, aquella situación simulada pero tan vívida como si fuera real caldeaba mi corazón.

En aquel preciso instante comprendí que la vida era eso, instantes, y que vivirlos disfrutándolos al máximo era lo más acertado. Que no importaba lo que ocurriera después, que de nada valdrían las barreras ante lo que estaba predestinado a suceder y que, si tras esos momentos inolvidables y mágicos aguardaba sufrimiento, pérdida o desolación, no importaba. Porque la vida era eso, un conjunto de vivencias, de emociones dispares, de circunstancias y de sentimientos cambiantes. Los miedos no protegían, los miedos privaban de vida. Había que arriesgarse para ganar, e incluso si se perdía, pensar que el viaje había valido siempre la pena, como enseñanza, como experiencia y como cofre de recuerdos maravillosos. ¡Al cuerno con las barreras, los muros y las puertas blindadas! Ninguna vida merecía la pena si se afrontaba con mil escudos. ¿Vivir a medias una vida que ni se sabía lo que

duraría? No, cada cicatriz era una lección de vida, no para enclaustrarnos, sino para saber qué buscar y qué evitar. Y aun con mil cicatrices, había que enfrentar la vida y entregarse por completo. En aquel momento decidí con férrea determinación vencer mi miedo y saborear todas y cada una de las emociones que Luca lograba arrancarme.

Lo miré desde una nueva perspectiva y sonreí embebiéndome de sus facciones. Él me contempló con extrañeza, intrigado y maravillado a un tiempo. Me guiñó un ojo y me devolvió la sonrisa, y un fulgor ilusionado titiló en su mirada iluminando su faz.

Cuando entramos al salón, mis pasos me condujeron hacia el retrato de Alonza. Luca me siguió y, en un reverencial silencio, ambos contemplamos la ensoñadora expresión de aquella hermosa muchacha que miraba al horizonte pensativa y melancólica.

Cuando volví mi rostro hacia Luca, no esperé encontrar en su semblante aquella trémula emoción que lo velaba. Al apercibirse de mi atención, se apresuró a recomponer su rictus en un gesto más adusto, aunque todavía resplandeciente de admirado asombro.

Apretó perceptiblemente la mandíbula y tragó saliva, su nuez subió y bajó en su garganta y su pecho se dilató con una respiración profunda. Daba la impresión de intentar contenerse, buscando apaciguar sus emociones. Jamás habría imaginado que pudiera impresionarlo tanto ver a Alonza. Lo miré desconcertada y me pregunté de nuevo el

verdadero motivo de su interés en el caso.

—Anoche no pude dormir —reveló Gina en tono sombrío—. Tenía la sensación de que Alonza intentaba decirme algo. Bajé aquí, a este salón, y me pasé la noche mirándola tumbada en el sofá. No sé qué es, pero la inquietud no desaparece.

La anciana me miró con abatimiento y tomó asiento en ese mismo sofá, suspirando apática.

—Alessia, tu presencia aquí no es casual —murmuró meditabunda—, tu visita ha despertado el pasado. Anoche incluso me pareció oír pisadas.

Luca se tensó a mi lado y se acercó a la anciana.

—¿Ha notado algo fuera de lugar? ¿Ha comprobado si le falta algo?

Gina frunció el ceño y lo miró con evidente preocupación.

—No, yo no he notado nada extraño. Sólo... sensaciones.

—Necesitamos su ayuda, Gina —musitó Luca sentándose en la butaca frente a la mujer. Desvió la mirada hacia mí y agregó con gravedad—: Alessia, debes contarle toda la verdad, me temo que ya la hemos implicado en todo este asunto y debe permanecer alerta.

Asentí y me senté junto a ella. La anciana me observó con desazonada expresión. Entrecruzó nerviosa los dedos y depositó las manos sobre su regazo.

—Alonza dejó un diario en el que cuenta su vida —

comencé tras coger una profunda bocanada de aire—. Llegó a mis manos cuando murió mi abuela. En ese diario se halla codificada la ubicación de un tesoro que supuestamente ella escondió. Nosotros intentamos averiguar su paradero, y cualquier pista relacionada con ello es importante. Pero no somos los únicos que andamos tras él. Hay una asociación que también lo busca, gente sin escrúpulos, decididos a que nada se interponga en su camino.

La anciana dejó escapar un gemido asustado y llevó una mano a su pecho. Sus ojos se agrandaron temerosos y su boca se entreabrió sorpresiva.

—Escúcheme, Gina, cuando descubrí su casa y la reconocí, ellos me estaban siguiendo.

—¡Santa Madonna! Yo... yo no tengo nada aquí, a excepción de las láminas que te di y ese retrato.

—Quizá haya algo que no relacione con Alonza, pero que sea importante en la investigación —intervino Luca—. Sólo le pido que me deje inspeccionar su casa, que me hable de los objetos que encontró en ella cuando se instaló aquí. Si no hay nada importante, no volveremos a molestarla.

—¿Y... y esa gente? ¿Cómo sé que no me molestarán?

—Yo me encargo de eso, se lo prometo.

La mujer temblaba lívida. Cogí sus manos y las oprimí ligeramente.

—No sabe cuánto lamento haberla involucrado en este

asunto.

Ella inclinó la barbilla hacia el pecho y cerró los ojos. Inspiró hondamente, sus hombros se hundieron y, tras un incómodo silencio, alzó el rostro hacia mí. Sus ojos relucieron apesadumbrados.

—No tengo nada y no quiero saber nada de esto. Por favor, quiero que se marchen.

—Gina...

—No, Alessia, no quiero complicaciones. Acabas de dejar claro que buscas pistas sobre Alonza, y ya no creo que todo esto sea fortuito. Viniste con una intención y me has puesto en peligro. No te conozco y no sé quién eres realmente. Si no os marcháis, llamaré a la policía.

Luca se puso en pie y asintió ofreciéndome su mano.

—Gina —masculló dulcemente—, comprendo sus recelos, no volveremos a importunarla. Pero si necesita cualquier cosa, no dude en llamarnos.

Le entregó una tarjeta que la mujer no cogió. La depositó en la mesa y me miró, esperándome.

—Siento mucho todo esto, Gina —me disculpé arrepentida—. Lo último que pretendía era asustarla.

La mujer asintió quedamente y apartó la mirada, dando por terminada la visita.

Salimos de la casa y nos miramos preocupados.

—¿Crees que anoche entraron aquí?

—Me temo que sí, pero como ella se desveló y estuvo en el salón, seguramente se marcharon. Aunque volverán,

no me cabe duda.

Mi desasosiego aumentó, miré hacia atrás y vi la silueta de Gina recortada en la ventana junto a la puerta principal.

—No le harán daño, ¿verdad?

—No sería muy juicioso poner a la policía tras su pista —respondió—. Registrarán la casa, eso seguro, pero estoy pensando en adelantarme.

—No, Luca, podrías toparte con ellos.

—Es un riesgo, pero mi instinto me dice que Gina oculta algo: por eso nos ha echado, no quiere que descubramos su secreto. En esa casa hay más cosas relacionadas con Alonza. No sé por qué ella nos las oculta, pero no puedo quedarme cruzado de brazos permitiendo que se nos adelanten.

—De todos modos, lo importante es el colgante. Según tú, es el portador que llevas tiempo buscando. Quizá lo que Gina esconda carezca de valor en la investigación, no merece la pena que te arriesgues innecesariamente. Aun así, estoy muy inquieta por ella, de verdad.

Caminamos con paso ligero por las callejuelas. Luca, siempre atento a nuestro alrededor, alerta y concienzudamente observador, deslizaba su perspicaz mirada sobre el más ínfimo detalle, como si fuera un radar.

—Por eso debo saber qué demonios nos oculta. Si me anticipo a ellos y lo descubro, la olvidarán.

Luca tomó mi mano y me regaló una mirada tranquilizadora.

—No te preocupes, iré con cuidado.

—*Iremos* —lo corregí.

Su disconformidad destelló en sus ojos, compuso un mohín reprobador y negó rotundo con la cabeza.

—De eso nada, tú te quedas en mi apartamento.

—Tendrás que atarme.

Su ceño se remarcó y sus labios se oprimieron con obstinación.

—Pues te ataré si es necesario, no se me da mal el *bondage*... —Alcé las cejas inquisitiva y él me sonrió burlón. Acto seguido, endureció el gesto y añadió—: Debo convertirme en un ninja esta noche, y para eso necesito ir solo y camuflarme sigilosamente.

—Luca...

—He dicho que no, esta noche te quedarás leyendo el diario hasta que regrese. Y, si sigues molesta conmigo, pienso darte una *master class* de *bondage*.

Lo empujé ligeramente fingiendo escandalizarme. Él se rio y me cogió de la cintura ciñéndome a su pecho.

—Aunque he de confesar que aquí la experta en atar eres tú: no puedo apartarme de ti.

Ronroneó contra mi cuello y yo me abracé a él con fuerza. Inhalé su perfume y suspiré abrumada por el torbellino emocional que giraba vertiginoso en mi pecho.

Cuando me separé de él, lo miré a los ojos con intensidad.

—Nena, me secas la garganta —afirmó afectado.

Froté mi nariz contra la suya y él gimió cerrando los ojos. Nuestras bocas se rozaron y mi estómago se encogió preso de un hormigueo acuciante.

—Vas a conseguir que te acorrale en otro callejón.

Atrapé su labio inferior y tiré suavemente de él.

—Esta vez quiero una cama.

Luca me besó apasionado, pero se apartó contenido y tiró de mí hacia delante acelerando el paso con el ceño fruncido y la urgencia pintada en el rostro.

Reí divertida. Entonces él se detuvo, me lanzó una mirada traviesa y rodeó mi cintura normalizando el paso.

—Vas a acabar conmigo, ¿lo sabías?

—Sí —ratifiqué con gesto pícaro—, y no voy a dejar nada.

—Tampoco yo —prometió con mirada depredadora.

Sonreí con el corazón pleno y el alma tan ligera como una pluma.



Tras hacer el amor con ardiente frenesí, tras prodigarnos caricias tiernas y besos dulces, tras hablarnos con miradas emocionadas y abrazarnos presos de sentimientos profundos, supe que, pasara lo que pasase, aquel hombre de mirada felina había conseguido reventar mi pecho con un sentimiento que, a pesar de haberlo pronunciado, en realidad ahora comprendía que me era desconocido. Hasta ese momento, hasta que esos oscuros

ojos y esa pendenciera sonrisa habían derribado a patadas la puerta con que protegía mi corazón.

—¿Lo he conseguido? —inquirió leyendo mis pensamientos.

La ternura de su expresión y el ilusionado tono que vibró en su voz me hicieron sonreír emocionada.

—Lo has conseguido.

Compartió mi sonrisa y me besó trémulo. Cogió mi mano y posó mi palma en la desnuda piel de su pecho a la altura de su corazón.

—Te metiste aquí la primera vez que te vi, te amé en silencio todos esos años y fantaseaba con robarte lo mismo que tú me habías robado a mí sin ni siquiera mirarme. Soñaba cada noche con este momento, creyéndolo una quimera. Y ahora... —hizo una pausa, tragó saliva y suspiró largamente— estás aquí, entre mis brazos, y tus ojos brillan como los míos.

—Luca...

Apoyé mi rostro en su ancho pecho y oí sus latidos. Sus brazos me rodearon y, por primera vez en mi vida, me sentí en casa. Aquél era el lugar que tanto había buscado, el único sitio en el mundo donde deseaba estar.

—Sé que hay cosas que no me has contado sobre ti —murmuré pensativa—, y sé que lo harás cuando llegue el momento. Y quiero que sepas que anhelo ese instante tanto como lo temo.

—Yo también lo anhelo tanto como lo temo, pero

todavía no ha llegado ese momento, y me niego a pensar en él. Ahora mismo tengo muchas cosas de las que preocuparme.

—Como resolver ese acertijo —recordé.

—En efecto.

Se removió y yo me aparté. Estiró el brazo hasta su chaqueta, tirada en el suelo, y rebuscó en el bolsillo interior. Extrajo el papel plegado y volvió a acomodarse en la cama.

Le eché un vistazo mientras él lo leía con atención.

—Los acertijos no son complicados —declaró convencido.

Presté atención al primero y lo leí en voz alta:

—«Un cazador salió una mañana de su campamento. Caminó un kilómetro hacia el sur y vio un oso. Lo siguió hacia el este durante un kilómetro exacto, lugar donde lo mató. Luego lo arrastró un kilómetro hacia el norte hasta el mismo campamento de donde había salido. ¿De qué color es el oso?»

Fruncí el ceño y miré a Luca impresionada.

—¿Esto te parece fácil? Yo no le encuentro sentido.

Él sonrió con suficiencia y asintió.

—Todo tiene su lógica, sólo hay que encontrarla.

Fijé mi vista en el segundo y mi ceño de incompreensión se acentuó.

—«Dos hermanos estaban tomando un trago en un bar. De repente, uno se enzarzó en una acalorada discusión con

el cantinero. Sacó un cuchillo y, a pesar de los intentos de su hermano por detenerlo, hirió al cantinero en el pecho. En el juicio se lo encontró culpable de ataque con un arma mortal y de inferir heridas serias. Al finalizar, el juez dijo: “Se lo ha encontrado culpable de un grave crimen. Sin embargo, no me queda más remedio que dejarlo libre”. ¿Por qué?»

Alcé las cejas confusa y resoplé desconcertada.

Luca se inclinó lateralmente y extrajo del primer cajón de su mesilla de noche un bolígrafo y un bloc de notas.

Se incorporó acomodando tras su espalda la almohada doblada, flexionó las rodillas y apoyó el bloc en ellas. Observé con interés cómo comenzaba a apuntar datos en la libreta con expresión concentrada.

Al cabo, y tras haber escrito algunas líneas, releyó el primer acertijo y asintió para sí.

—Blanco —afirmó rotundo—, el oso es de color blanco. Es un oso polar.

Lo contemplé boquiabierto y miré sus notas y a él alternativamente.

—Y has llegado a esa conclusión por...

—El dato común y más llamativo de este acertijo es la distancia: un kilómetro. El cazador parece estar a la misma distancia de su campamento, tome la ruta que tome. Y el único lugar de la Tierra donde se puede caminar distancias iguales hacia el sur, el este y el norte, y acabar en el punto de partida es uno de los polos. Y puesto que en el Polo Sur

dicen que no hay osos, se trata del Polo Norte, y ya se sabe de qué color son esos osos.

Lo admiré maravillada y contuve las ganas de borrar esa sonrisa vanidosa con un beso.

—¿Y el del hermano asesino? ¿Por qué se lo acusa y no va a la cárcel?

Luca arrugó el ceño y releyó con aguda atención el acertijo. Esta vez no apuntó nada, mordisqueó reflexivo la punta del bolígrafo y se encogió de hombros.

—Debe de haber una razón de peso para que a un tipo se lo encuentre culpable de un grave crimen y quede en libertad. La solución está en la frase del juez: «No me queda más remedio que dejarlo libre», lo que me lleva a suponer que el condenado debe de sufrir de alguna tara física.

—¿Por qué no psíquica?

—Pues porque, si fuera así, no lo dejarían libre, sino que lo internarían en un psiquiátrico.

Asentí aceptando su teoría.

—Debe de ser una tara muy peculiar para no entrar en prisión.

Luca se reclinó y cerró los ojos meditativo.

Volví a abrazarme a él, sentir su brazo rodeándome me hizo sentir segura y querida. Comenzó a acariciar mi cabello en un gesto repetitivo que empezó a adormilarme.

—¡Lo tengo!

Abrí los ojos y lo miré asombrada.

—El acertijo menciona al otro hermano y que intentó detenerlo —comenzó animado—, si no fuera importante ese dato, no tendría mucho sentido que se reseñara.

—Cierto.

—Con lo cual, ese dato es parte de la solución. Y si el hermano culpable no puede ir a la cárcel porque tiene una tara física, quizá el otro hermano sea su tara. Ya que, si fueran hermanos siameses, no sería justo mandar a prisión a alguien inocente que, además, intentó evitar el crimen.

Me incorporé completamente impresionada con aquella brillante deducción, fascinada por la agudeza de su ingenio, y absolutamente arrobada por ese gesto descreído y fatuo de quien conoce sus habilidades y las muestra con aquella relamida naturalidad.

Acaricié su mentón con la fija vista en sus voluptuosos labios y fui incapaz de contener el anhelo de probarlos.

Lo besé minuciosamente, recreándome, tanteando su lengua y apartándome para que fuera él quien me buscara. Gimió entregado y entonces me aparté para sumergirme en sus ojos.

—Con semejante recompensa, ya ardo en deseos de desentrañar los otros acertijos.

—Tu inteligencia me subyuga, Luca, pero esa boca tuya me nubla el entendimiento.

Curvó los labios en un gesto arrogante y me clavó una mirada ardiente.

Deslizó su mano por mi espalda sinuosamente hasta

llegar a mis nalgas, repasó su redondez y las oprimió con posesividad.

—Hay un acertijo que lleva tiempo dándome vueltas y no logro resolver —susurró en un tono grave y roto que me erizó la piel—. ¿Cómo es posible que te desee tanto tras haberte hecho el amor?

—¿Importa el porqué? —musité frotándome contra él.

—No, sólo me preocupa morir de hambre, pues, por mucho que coma, no logro saciarme de ti. Porque así me siento contigo, joder, nunca parezco tener suficiente.

—Entonces moriremos juntos devorados por este fuego.

Luca buscó mi boca y la tomó con famélica urgencia. Gemí ardorosa y, sin despegar nuestros labios, me coloqué a horcajadas sobre sus caderas. Balanceé las mías para sentir entre mis piernas su latente dureza y me alcé para cobijarla en mi interior.

Descendí lentamente, acomodando mi interior a la férrea incursión y saboreando cada sensación. Me aparté de su boca y me erguí arqueando levemente la espalda hacia atrás. Incliné la cabeza hacia el techo, cerré los ojos y comencé a cimbrarme con suavidad, buscando esa fricción que tanto exaltaba mis sentidos. Las grandes manos de Luca apresaron mis caderas, imponiéndome un ritmo lento. Nuestros cuerpos se acoplaron con una sincronía perfecta, prendiendo un placer que comenzó a desgastarnos.

Cuando sentí su boca cubriendo uno de mis pezones,

exhalé un gemido largo y tortuoso. La voracidad de Luca, sus posesivos ademanes y el feroz deseo que lo consumía lo llevaron a tomar el control. Se incorporó aferrando con más fuerza mis caderas, me impulsó hacia atrás colocándose de rodillas y tumbándome de espaldas y comenzó a moverse con más vehemencia, marcando unas embestidas más profundas e impetuosas.

Un placer agudo me acuchilló deshilachando mi juicio en flotantes lenguas de fuego que me azotaron sin piedad cuando la yema de su dedo sumó su pericia al volcán en el que se hallaba sumido mi sexo. Ante un rudo empujón que desgarró mi garganta con un gemido roto, todo mi cuerpo se desmadejó en un orgasmo virulento. Los espasmos me sacudieron un largo instante, liberando de mi interior un líquido torrente que empapó las sábanas. Luca continuó moviéndose buscando su propio clímax. Me estremecí ante el quebrado grito que emergió de él cuando finalmente se derramó en mi interior.

Jadeante y trémulo, se inclinó sobre mi pecho y se acomodó en él. Lo cubrí con mis brazos, acompasando nuestras agitadas respiraciones.

Permanecimos un largo momento así, todavía asimilando y apaciguando aquel vertiginoso deseo que nos convertía en animales desesperados. Enredé mi mano en su espeso cabello y lo peiné hacia atrás besando su cabeza, derramando en aquel gesto todo el amor que me inspiraba.

—Esta conexión entre nosotros no es muy normal,

¿verdad? —musité embriagada por cuanto sentía.

Su cabeza, apoyada entre mis pechos, se movió ligeramente.

—No, no lo es.

Me estrechó con más vigor, como queriendo fundirse en mi piel.

—A tu lado siento que eres mi razón de ser, que eres cuanto he buscado, cuanto necesito —susurró enronquecido—. A tu lado comprendo lo vacía que ha sido mi vida hasta este momento, lo solo que he estado y el frío que nunca me abandonaba. Ahora este calor que me inunda me hace sentir realmente vivo. Aquí, entre tus brazos, todo cobra sentido.

—Luca..., te has metido en mi alma. Me da vértigo pensar en lo rápido que está sucediendo todo. Siempre he sido una mujer muy hermética, muy racional, pero contigo... contigo soy otra persona. Y, si lo pienso fríamente, sigo sin saber nada de ti.

Él alzó su rostro hacia mí, la expresión que teñía su rostro me desconcertó: una vulnerabilidad desconocida y una tristeza desgarradora que me impactó enormemente.

—Mi infancia transcurrió entre orfanatos varios y casas de acogida —comenzó con la mirada perdida—. Parecía no encajar en ningún sitio, tuve que superar el desprecio de los que se suponían serían mis hermanos, la desconfianza de tutores que me miraban con recelo y la compasión de las asistentes sociales que me devolvían al orfanato tras un

rechazo más. Decían que tenía un problema de adaptación, pero no era verdad. No era un chico conflictivo, sólo taciturno y apático. Pero no porque fuera mi carácter, sino porque era el escudo con que me protegía en cada nuevo traslado. Ya había sufrido demasiadas desilusiones y la esperanza de conectar se diluía tras cada rechazo.

—¿No conociste a tus padres?

—No, me abandonaron recién nacido en la puerta de un hospital.

—Fue una dura infancia —aseveré apenada, acariciando su cabello.

—La adolescencia fue peor, pero me convirtió en el hombre que soy.

—¿De dónde salió la pasión por la criptografía?

—De mi inquietud por encontrar una explicación a las cosas. De mi afán por comprender la mente humana y horadar en cada recoveco, quizá buscando descubrir lo que se esconde tras las diferentes visiones y pensamientos individuales. Comencé haciendo crucigramas y jeroglíficos como afición, para distraer mi mente y alejar mi abatimiento. Luego me cautivaron las adivinanzas y los acertijos, lo que me llevó a indagar sobre eso. Leí acerca de las tácticas de Julio César y de grandes líderes de la Antigüedad y acabé recopilando libros sobre el tema. Finalmente, me licencié con honores en Ingeniería Informática, con especialización en Criptografía.

—Me maravilla tu inteligencia y, ahora que conozco

algo más de ti, también tu fortaleza. Te has hecho a ti mismo sin ayuda de nadie.

—El cerebro es un órgano que se puede ejercitar. Y yo lo he trabajado mucho, no es más que práctica —replicó circunspecto.

—Yo sería incapaz de alcanzar tu grado de deducción, tu capacidad analista es impresionante.

—Veamos...

Cogió de nuevo el papel, fijó en él su atención y comenzó a leer en voz alta:

—Un hombre murió y fue al paraíso. Allí había miles de personas, todas desnudas y con la apariencia que tenían a los veintiún años. Miró alrededor tratando de reconocer a alguien. Súbitamente vio a una pareja y supo que se trataba de Adán y Eva. ¿Cómo lo supo?

Fruncí reflexiva el ceño y lo miré expectante.

—No —negó con una sugerente sonrisa—, este acertijo lo vas a resolver tú. En realidad, ninguno entraña una excesiva complicación, simplemente se trata de leer con atención, separar las pistas y usar la lógica.

—Bien —acepté, concentrada en cada línea—. Si los reconoció fue porque poseen una característica especial que los diferencia del resto, ¿no es así?

Luca asintió, su sonrisa se estiró en una mueca complacida, alentándome a continuar elucubrando.

—La cuestión radica en esa característica física que los distingue —mascullé convencida—. Y si destacaron entre

miles de personas desnudas, o estaban tremendos — murmuré socarrona— o Eva llevaba una manzana en la mano, o la serpiente de Adán siseaba.

Luca soltó una risotada divertido y me mordió la barbilla travieso.

—Mi serpiente aún sisea, nena.

—Pues no será porque no le haya tapado la boca.

Rio a carcajadas, contagiándome su risa.

—La has dejado muda unas cuantas veces, sí.

Continuamos riendo retorciéndonos por la cama.

—Espero que recupere pronto el habla —repuse entre carcajadas.

—Quizá si me das a probar tus manzanas... —espetó burlón—, logre balbucear algo.

—Todo sea por iniciar una interesante conversación.

Luca me atrapó risueño bajo él, se inclinó sobre mis senos y succionó voraz mis pezones. Me arqueé contra su cuerpo y me inmovilizó contra el colchón.

—Quieta, nena, creo que está susurrando algo.

Alcé la cabeza para mirarlo maravillada.

—No puedo creer tan rápida recuperación.

—La verdad es que yo tampoco.

Enterré los dedos en su melena y volví a hundir la cabeza en la almohada disfrutando de sus caricias.

Hicimos el amor y Luca se quedó dormido entre mis brazos, pero, por alguna razón, yo no pude conciliar el sueño. Algo rondaba por mi cabeza, pero no supe qué.

Estiré mi mano hacia el bolso que había dejado sobre la mesilla y saqué cuidadosamente el smartphone, procurando no despertarlo.

Abrí el archivo pdf del diario y comencé a leer: «Una efímera bocanada de aire». Bien, por fin se encontraba con Lanzo, pensé tan nerviosa como ilusionada. Respiré hondo y me sumergí en la historia, en aquel siglo y en el corazón de Alonza.

CAPÍTULO 28



UNA EFÍMERA BOCANADA DE AIRE

Abría y cerraba la boca boqueando como un pez, intentando ordenar mis despuntadas emociones y serenar mi loco corazón.

Despertar de mi desvanecimiento en los brazos de Lanzo, saberlo vivo y a mi lado era un sueño cumplido que contrastaba con el acusador y sufrido rictus que lucía su rostro, que encogió mi pecho y evaporó con aquel frío rencor la dicha de encontrarlo.

Tuve que apartar los ojos de la dureza que me regalaba su húmeda mirada.

Estábamos solos en la galería exterior, mi cabeza reposaba en el regazo de Lanzo, que, de rodillas, me contemplaba con un ceño tormentoso.

—¡Estás vivo...! Me dijeron que no... que no lo estabas.

—A mí me dijeron lo mismo de ti. Hubo testigos que vieron cómo te llevaban a Poveglia. Fui por ti, pero no te encontré. Imaginarte parte de ese cieno de cadáveres calcinados me destrozó.

Esa revelación me detuvo el pulso.

Me abracé a él y temblé entre sus brazos. La pena me ahogaba, también el alivio de poder sentirlo cerca.

—Logré salir con vida de aquella isla inmunda. Y yo... también te busqué en Padua.

Lanzo bajó la vista, una profunda contrición contorsionó sus facciones.

—También lo sé, por eso regresé.

Me aferré a sus brazos y lo contemplé llorosa y desgarrada por la abrumadora necesidad de tomar sus labios, de fundirme en él y de gritarle que lo amaba más que a mi vida.

—Y lo que me dijeron de ti, lo que... —Su voz se quebró. Apretó con fuerza los labios y tomó aire antes de poder continuar—: Lo que acabo de ver..., yo..., mi corazón ha vuelto a morir.

—¡No digas eso! —exclamé estrangulando un sollozo—. ¡Estamos vivos, mi amor, el resto no importa!

—Claro que importa, porque yo... yo ya no te conozco.

—Lanzo... —Mis ojos vertieron un torrente de lágrimas que empaparon mis mejillas y secaron mi corazón—. Soy la misma, o la que me dejaron ser al menos. Y te sigo amando como siempre, más incluso, mucho más, y ahora que estás aquí, a mi lado, sólo quiero vivir por y para ti.

Él suavizó la mirada y acarició mi rostro dulcemente. Las lágrimas acumuladas finalmente se derramaron en brillantes surcos zigzagueantes. El dolor empañó su faz y tensó su cuerpo.

—¿Tienes la más remota idea de cómo me siento?

Fruncí mi rostro con una mueca atormentada y cerré los ojos, hipando entre sollozos.

—Sufrí tu duelo, Alonza. Jamás imaginé que algo intangible como el dolor emocional pudiera desgarrar físicamente, pero tu pérdida lo hizo posible. Sentí como si mil puñales me atravesaran con cada exhalación y maldije estar vivo. Supliqué a Dios que me llevara contigo, porque yo... ya estaba muerto, y dolía, dolía demasiado. Pensé que el tiempo me otorgaría al menos algo de paz, pero me equivoqué: vagaba por las calles como alma en pena, apenas comía, no dormía, y las noches... las noches eran lo más parecido a un infierno. —Hizo una pausa para tratar de retomar el control de sus emociones. Ver aquel desgarrador esfuerzo por apaciguar su ánimo y dar voz a su sufrimiento sin desmoronarse desbordó mi llanto—. Entonces el destino guio mis pasos hacia lo que creí mi resurrección.

Clavó sus emocionados ojos en mí, y tuve que reprimir el deseo de besarlo hasta desfallecer.

—En Padua yo acudía tras las clases a ayudar a un viejo apotecario, que se ofreció a complementar mi formación en la universidad con la práctica y la experimentación. Era algo así como mi mentor. Cuando regresé a Padua para recoger mis cosas, tras haber estado desaparecido roto de dolor en tu busca, me topé con él y me pidió que acudiera a su botica, que tenía algo para mí. Era un remedio contra la pena, según él milagroso, y que levantaría mi ánimo. Estando allí, llegó una mujer que había encargado un preparado para ella y esperó a que me despidiera de mi maestro. Fue en ese momento cuando oyo mi nombre de boca del anciano y, estupefacta, se acercó a mí.

Agrandé los ojos intrigada y mis dedos se crisparon en torno a sus brazos.

—Dijo que te conocía, que estabas viva y que andabas buscándome. Era actriz en una compañía de teatro ambulante, se llamaba Martia, y me pidió que fuera a Venecia en tu busca, sin pérdida de tiempo. No puedo explicar lo que aquella nueva supuso para mí. Temí que fuera un engaño, no encontrarte, pero nunca imaginé que mi mayor temor fuera encontrarte no sólo besando a mi amigo, sino, además, descubrir en lo que te habías convertido. Y ahora estoy aquí, contigo entre mis brazos, muriendo por besarte y llevarte muy lejos del mundo. Y, al mismo tiempo, hirviendo de furia, sepultado por la incomprensión y preguntándome quién es esta preciosa y elegante mujer que yace en mi regazo.

Su voz se apagó en un murmullo que la brisa nocturna deshilachó en un silencio vociferante. Nuestros corazones gritaron el dolor sufrido y la incertidumbre por un reencuentro imprevisto, cargado de su reproche y mi desolación.

Me incorporé y acerqué mi rostro al suyo, lo tomé con ambas manos y fijé mis ojos en los suyos.

—Yo sí pasé un infierno ese maldito día, te lo aseguro. Toda mi vida se desmoronó en un instante y, como pude, logré sobrevivir, pero una parte de mí se quedó en aquella isla aquel día. Luego, tras recuperarme en casa de un pescador y su mujer, fui en tu busca, pero la vida aún me guardaba el último zarpazo. Dijeron que estabas muerto, y me negué a creerlo, así que fui en tu busca. Pero habías desaparecido, y nada podía saber de ti. Así que tuve que tomar la decisión de coger las riendas de mi vida, y lo hice.

—¿Vendiendo tu cuerpo? —escupió ofuscado.

—¿Casarme sin amor no habría sido lo mismo?

—¡No, maldición, no es lo mismo!

—No me dejaron otra opción —repliqué dolida—. Me arrebataron cuanto poseía.

—Y ¿pensabas recuperarlo entregándote a otros hombres por unas sucias monedas? —inquirió despectivo.

—No, pensaba y pienso vengarme.

Se apartó furioso y confundido. A continuación, se pasó las manos por su negro cabello y se lo revolvió con crispación. Se puso en pie y me dio la espalda asomándose por la baranda. Hundió la cabeza sobre su pecho y sus hombros retemblaron presos de silenciosos sollozos.

Yo también me puse en pie y me detuve tras él, pero no fui capaz de tocarlo, aunque la necesidad de abrazarlo me desgarraba.

—Caterina y Bianca me robaron el anillo que me regalaste, me enfrenté a ellas y, en la discusión, Marco me atacó: me llevó a mi cuarto, me golpeó y me violó. Perdí a nuestro hijo aquel día. No tuvieron suficiente: tu padre se deshizo de mí acusándome de estar infectada. Me llevaron a Poveglia, rota en cuerpo y alma, y todavía me pregunto cómo logré salir de allí.

Lanzo se giró hacia mí con los ojos desorbitados y el rostro desencajado. Lívido, trémulo y completamente espantado, abrió la boca y la cerró sin encontrar nada que decir, pero mostrando el horror que lo constreñía.

Gruesas lágrimas recorrían su rostro, tenía los puños apretados y el rictus estirado en una mueca de furiosa frustración. Pero fue el profundo dolor que manaba de sus ojos lo que arrancó un sollozo roto de mi garganta e hizo flaquear mis rodillas. Sin embargo, fueron las de Lanzo las que se doblaron. Se sentó en el suelo sobre sus gemelos, hundió los hombros, clavó la barbilla en su pecho y se sacudió en sollozos.

Caí de rodillas frente a él y lo abracé entre acerbos lágrimas. Permanecimos un largo instante así, compartiendo la amargura que nace ante la impotencia de un destino tan cruel e injusto, y liberamos nuestro dolor sabiendo que ninguno encontraría solaz en ello.

Cuando por fin él se apartó y me miró, lo que vi en su faz me conmocionó. Un feroz rictus furioso desfiguraba sus facciones, sus mejillas, tan húmedas como rubicundas, encerraban un ánimo soliviantado y beligerante que amenazaba con derramarse irremisiblemente.

—¡Voy a matarlo! —explotó furibundo.

Se pasó las manos con trémula crispación por el cabello y, apretando los dientes, conformó una mueca desbordante de odio.

Se puso en pie y, abotargado de ira, hizo ademán de salir de la galería, pero me abalancé sobre él y lo detuve. Forcejeamos, y él finalmente me tomó por los hombros y me clavó una mirada mortificada.

—¡Van a pagar caro lo que te hicieron!

—Pero no así, no a costa de condenar tu vida.

—¿Mi vida? ¿Qué importa ya? Soy tan culpable como ellos.

—Estás desvariando, por Dios.

—No, no lo estoy —subrayó con voz quebrada—, yo sabía cómo eran ellos, la inquina que te mostraban a diario, y fui tan inepto que te dejé sola en esa maldita casa. Deberíamos haber huido cuando tuvimos ocasión, no creo que pueda perdonármelo nunca.

—No, Lanzo, no podías saber que llegarían tan lejos.

—Siento desprecio de mí mismo. Apenas puedo mirarte a la cara, pero juro por lo más sagrado que ajustaré cuentas con ellos y con la Providencia, pero también conmigo.

—No cometas una locura, te lo suplico —rogué desesperada.

—Alonza —su mirada se enterneció cargada de pena, su ceño se acentuó y su rictus compuso un mohín derrotado que me angustió—, ahora que conozco tu sufrimiento, mi impotencia es tan grande que apenas me deja respirar. Saber que mi descuido o mi exceso de confianza nos ha llevado a este punto me apuñala el pecho. Siento deseos de cobijarte en mi pecho y dedicar mi vida a sanar tanto dolor. Pero no puedo hacerlo, porque siento que no merezco tu amor ni tu perdón, como soy incapaz de otorgármelo yo mismo. Has rehecho tu vida de una manera que todavía no logro asimilar y que se suma al cúmulo de tragedias que se asientan a mis pies. Ahora mismo tengo tanta rabia dentro que me está consumiendo y necesito descargarla, necesito liberar este veneno antes de que acabe conmigo.

—No puedo dejarte ir ahora que te he reencontrado.

—Y yo no puedo quedarme hasta que me encuentre yo.

Tomé aliento en una bocanada larga y punzante, me dolía la cabeza y me escocían los ojos. Me sentía mareada y aturdida, y ya era incapaz de seguir enfrentándome a aquella situación.

—Adelante, márchate entonces —musité en un apagado hilo de voz.

Pero, cuando ya me giraba hacia la balconada, él me atrapó repentinamente y me rodeó con sus brazos.

—Jamás amaré a otra mujer, como jamás mi amor ha causado tanto daño a nadie. No te merezco, Alonza, y tu venganza empieza aquí, en mí, porque estar a tu lado sería recordarte cruelmente la atrocidad que cometieron los de mi sangre contigo. Ya sufriste demasiado por culpa de los Rizzoli, dudo ya que mi amor logre sanar cuanto te hicieron. Y yo... yo ahora me siento apenas una sombra rota y desmadejada, tan culpable como ellos y tan sucio que sólo siento repulsión y pena. No sé si podré redimirme, pero lo intentaré, como también te prometo que, al igual que yo recibo mi castigo con tu pérdida, ellos recibirán el suyo de mi mano.

Me soltó y se marchó de la galería en dirección al interior de la gran sala, y me dejó trémula y confusa. Me aferré a la baranda y miré la noche. Ya no me quedaban lágrimas, ni corazón libre de cicatrices. Respiré hondo, plenamente consciente de que aquel reencuentro tan sólo había sido una despedida.

La luna, única testigo de mi congoja, pareció sonreírme cínica, quizá burlándose de mi ingenuidad. No, la Providencia siempre se reservaba el golpe de gracia disfrazándolo de caricia.

Cerré los ojos y apreté la mandíbula. «Golpea, maldita —me dije—, juro devolver cada afrenta.»

Cuando Carla apareció tras de mí, me volví hacia ella forzando un semblante hierático que se descompuso ante la mirada apenada que me dirigió. Abrió los brazos y me cobijó en ellos; sin embargo, no lloré, permanecí rígida e inalterable. Aun así, me dejé guiar por ella lejos del salón, de aquel palacio ruidoso y abarrotado, de la burlona luna y de la última brizna de aquella Alonza ingenua que una vez fui.



Días después se extendió por toda Venecia el violento altercado sucedido en casa de los Rizzoli.

Según se contaba, Lanzo había intentado agredir a Marco, y la pelea entre hermanos había sido brutal. En mitad de la reyerta, Fabrizio se había interpuesto entre sus hijos y había resultado gravemente herido de manera accidental. Marco había podido escapar de la furia de su hermano pequeño,

pero Lanzo había sido detenido y encarcelado por la agresión, por la que sería juzgado.

Aguardaba a Carla en su despacho, frotándome las palmas de las manos en el regazo mientras intentaba calmar mis nervios ante la larga espera. La culpa me ahogaba y la incertidumbre por el destino de Lanzo me angustiaba. Si no le hubiese contado lo ocurrido, eso no habría sucedido. Pero ¿de qué otra manera podría haberle explicado el rumbo que había tomado mi vida?

Todavía sentía en mi pecho su afilada mirada condenatoria, sus hirientes reproches y su desolada incomprensión. No obstante, ahora sabía que era mucho mejor que el dolor que le había causado la verdad.

De nada valía lamentarme, ahora sólo importaba intentar ayudarlo a como diera lugar.

Cuando chirriaron los goznes a mi espalda, me erguí en la silla y respiré hondo. Olí el perfume de Carla y entrelacé los dedos para calmar el temblor que los acometía.

Me giré impaciente y el semblante con que me topé agudizó mi malestar.

—¿Qué has averiguado?

Carla tomó asiento con desesperante parsimonia, ordenó los pergaminos diseminados por su mesa, apiló sus libros de cuentas y, por fin, apoyó los antebrazos en la mesa y me miró con gravedad.

—El estado de Fabrizio es delicado, aunque creo que se recuperará —comenzó pausada—. Marco ha desaparecido de la ciudad, pero dicen que volverá para testificar contra su hermano. No me dejaron ver a Lanzo, pero fui a ver a Gabini. En su opinión, su defensa es complicada: hubo testigos de la agresión. Por fortuna, no hay muertes que lamentar, aunque esos dos no merecen otra cosa.

—¿Entonces? —inquirí ansiosa—. ¿Saldrá en libertad?

—No lo sé. Según Gabini, dependerá de la dirección que tome el juicio. Si quieren quitarse a Lanzo de en medio y declaran que tenía intención de matar a su hermano, cumplirá la condena que estipulen. Si logran demostrar que fue una simple pelea que se les fue de las manos, quizá quede en libertad.

—¿Quién lo va a defender?

—Su amigo, Andrea Caivano.

—Pero si es tan sólo un asistente...

—Del mejor abogado de toda Venecia. Y por llevar la defensa de Lanzo se enfrentará a su maestro, ya que es el abogado de Fabrizio, como te contó

Gabini.

Tragué saliva y la miré con honda preocupación.

—No tiene ninguna posibilidad de ganar —lamenté cogitabunda.

—El jurado decidirá, Alonza. Habrá que confiar.

—Debe haber alguna forma de ayudarlo. Yo... yo provoqué esta situación.

Carla negó con la cabeza y resopló discordante.

—No, muchacha, ni tú ni él realmente, ambos sois víctimas de ellos. Y me temo que poco podemos hacer al respecto, excepto rezar por que no agraven los cargos.

Apreté la mandíbula y asentí abatida.

—¿Cómo fue herido Fabrizioo?

—No se sabe con certeza. Ambos habían desenvainado sus espadas, tras una pelea brutal a golpes. En ese instante apareció Fabrizioo y se abalanzó sobre sus hijos, dicen que fue Lanzo quien clavó su acero en él, pero éste lo niega y acusa a Marco.

—Entonces es la palabra del uno contra la del otro...

—No exactamente: Fabrizioo también lo acusó a él.

—Y ¿por qué se ha marchado Marco de la ciudad?

—Porque teme que Lanzo vuelva a atentar contra su vida. Aunque está preso, no descarta que haya contratado a alguien para que lo mate.

—Es un miserable —escupí rabiosa—, yo misma lo mataría de toparme con él.

—Ése no es el modo de acabar con alguien —arguyó Carla intrigante.

La miré sin entender y alcé las cejas inquisitiva.

—La muerte es demasiado piadosa para algunos, y, además, tiene el inconveniente de que hay que ocultar el crimen. Existen más maneras de vengarse de alguien y más tormentosas.

—¿Como por ejemplo?

—Es tan fácil como desproveerlo de cuanto posee y cuanto ama. Como arrebatarse su dignidad, su orgullo y sus posesiones. Convertirlo en un ser despreciado por la sociedad, vilipendiado y deshonorado. Arrancarle el corazón, la dignidad y cuanto lo convierte en hombre, reduciéndolo a un simple despojo.

La observé con cierto asombro y marcada admiración. Sin duda aquella hermosa mujer pensaba con bastante asiduidad en la venganza, y supe que no se refería a la que a mí me concernía, sino, como bien había sospechado, a la

suya propia. Y entonces comprendí en aquel instante el verdadero motivo de que se erigiera en mi paladín: compartíamos enemigos.

—¿Lo haremos juntas? —pregunté mirándola intencionada, revelando en mi gesto la conclusión a la que había llegado.

—Los Rizzoli aún no son conscientes de las grandes enemigas que se han creado.

Nos sonreímos mutuamente con gesto ladino y mirada cómplice.

—Fabrizio fue tu Marco, ¿no es cierto? —me atreví a barruntar.

Carla permaneció en silencio un largo instante. Su rostro se tornó severo perdido en amargos recuerdos que frunció su rictus con un velo furioso. Luego cerró los párpados y se esforzó por mantener la serenidad ante la remembranza de su pasado. Por fin, suspiró largamente y los abrió de nuevo. La dureza que vi en sus ambarinos ojos me sobrecogió.

—No, fue mucho peor. Quizá algún día tenga los arrestos de dar voz a aquella noche.

Alargué el brazo por encima del tablero de la mesa y cubrí con mi mano la suya. Carla me dirigió una mirada insondable, las comisuras de sus labios se estiraron levemente, dibujando una mueca que pretendía ser dúctil, pero que remarcó la acritud que seguía rezumando de ella.

—No necesito consuelo, Alonza, pero agradezco tu gesto.

Aparté la mano, sentí su incomodidad y me puse en pie con la intención de retirarme.

—Espero que este... contratiempo no impida que continúes con tu aleccionamiento y con tus citas.

—Mi destino, me temo, ya no tiene vuelta atrás.

Esbozó una sonrisa complacida y asintió como despedida.



Los días pasaban lentos a la espera del juicio y se convirtieron en desalentadores meses: el tiempo se dilataba, estirando mi agonía. Mi desazón por el destino de Lanzo me impedía concentrarme en las clases que me impartían por las mañanas. Había acudido a dos citas, que, a pesar de mis reservas iniciales tras el reencuentro con el hombre al que amaba, paradójicamente me habían servido para aligerar el cúmulo de emociones que

me abotargaban. Descargar en mis clientes toda mi frustración, todo el odio y todo el rencor que rezumaba supuso un enorme alivio que finalmente agradecí.

Ya todo me daba igual, lo había perdido para siempre, y esa certeza me estrujaba las entrañas y constreñía mi pecho con cruel fiereza.

Había sobornado al guardia de la prisión para intentar verlo, pero él se había negado a encontrarse conmigo. Su rechazo, su situación y el dolor por aquel amor truncado me llenaban de una punzante desazón que comenzaba a convertir mi corazón en piedra.

Aquella mañana, enfrascada en un atlas mientras escuchaba las explicaciones del profesor, Carla interrumpió la clase de geografía y me condujo con expresión grave a su despacho.

Caminé tras ella conteniendo el aliento y rogando en silencio por que fueran buenas noticias.

Nos adentramos en la estancia y Carla, tras cerrar la puerta, se encaminó hacia su silla, tomó asiento y me pidió que la imitara.

—Tengo buenas noticias, creo.

Solté el aire contenido y aflojé los hombros.

—Han retirado los cargos contra Lanzo y han levantado la acusación. Esta misma mañana se ha firmado un auto de inocencia y ya ha salido de prisión.

—¡Gracias al cielo! —pronuncié aliviada y sonriente—. Finalmente se ha hecho justicia. Pero no entiendo por qué dudas que sean buenas nuevas.

—Por la condición que Fabrizio impuso para retirar los cargos.

Clavé una mirada impaciente en ella y me encogí de hombros aguardando una aclaración.

—Fabrizio, ya recuperado, acudió a la cárcel para negociar con Lanzo. Estuvieron hasta bien entrada la noche intentando llegar a un entendimiento. Nadie sabe de qué hablaron, pero sí los resultados. Lanzo queda libre de la ley, pero preso en su vida.

Fruncí el ceño, entorné la mirada confusa y volví a encogerme de hombros.

—Lanzo firmó los esponsales en su celda. Dentro de unos días contraerá matrimonio con su prometida, Bianca Lombardi.

Abrí los ojos como platos y, estupefacta, dejé escapar un leve gemido espantado.

—¡No puede ser! Lanzo preferiría mil veces la prisión a su unión con esa

víbora.

—Pues es. No se habla de otra cosa en toda la ciudad. El escándalo es ya un jugoso chismorreó que corre como la pólvora de boca en boca.

No, me dije, era imposible, ¡con ella no!

Sentí tal peso en el pecho que creí desfallecer. Reprimí las ganas de gritar, me puse en pie temiendo desmoronarme y salí corriendo hacia mi habitación.

Me topé con las chicas en el pasillo, Chloe me llamó, pero la esquivé y subí apresurada la escalera.

Cuando cerré la puerta tras de mí, jadeaba y sentía que cada bocanada me quemaba la garganta, cada latido era una punzada lacerante y una profunda desolación embargó mi ánimo, pero no derramé una lágrima.

Me tumbé en el lecho, abracé la almohada y miré con fijeza por la ventana.

Oí la puerta abrirse y me encogí más, escondiendo mi rostro contra la almohada.

—Alonza...

Negué con la cabeza, pero unos pequeños pasos se acercaron titubeantes.

Sentí cómo Chloe se sentaba en el borde de la cama y posaba una mano sobre mi hombro.

—Necesito estar sola, pero no te preocupes, estoy bien.

—No, no lo estás, amiga. Y no quiero que me cuentes nada, sólo quiero que me permitas tumbarme a tu lado y ofrecerte mi calor, nada más.

No esperó mi respuesta. Simplemente se acomodó tras de mí y me rodeó con sus brazos. Fue su calor y su cariño lo que finalmente hizo que mis lágrimas se derramaran. Había perdido muchas cosas en la vida, pero también había encontrado otras, personas que me ayudaban y que, sin conocerme, me habían ofrecido su apoyo y cuanto tenían por salvarme de la muerte y de mí misma.

Lloré en silencio hasta quedarme dormida, curiosamente dando gracias esta vez al destino por haber puesto en mi camino a Chloe. Aparté de mi mente la oscuridad que picaba insistente a la puerta de mi alma con saña, y que, por mucho que yo resistiera su empuje, se filtraba ladina por los quicios, arremolinándose espesa, blanquecina y húmeda, dilatándose en rizadas hebras que me envolvían los tobillos tirando de mí.

CAPÍTULO 29



TEJIENDO LA RED

La boda se celebró en la basílica de Santa Maria dei Frari, muy cerca de la mansión de los Rizzoli. Los que asistieron dijeron que nunca habían visto un novio más demacrado y abatido y una novia más radiante.

Fue un día de duelo para mí, que pasé enteramente en mi alcoba, dentro de mi cama, reordenando mis pensamientos, alejando la congoja e intentando convencerme de que el Lanzo al que yo una vez amé no era el que ahora contraía matrimonio con una serpiente.

No, no podía serlo, pues mi Lanzo jamás habría permitido un chantaje así, no habría transgredido tan vilmente sus principios, su moralidad y su nobleza sólo por conseguir la libertad. Aquél no era el muchacho que yo había conocido. No, mi Lanzo habría ido a juicio y habría defendido gallardamente su verdad, habría abogado por la justicia y se habría mantenido imperturbable ante cualquier cosa que no fuera honorable. Negociar con su vida, y además unirla a un ser despreciable, era sin duda peor condena que pasar un tiempo en prisión. Incluso las galeras habrían sido preferibles, o al menos para el

hombre que yo conocía. Lo que dejaba lamentablemente claro que aquel Lanzo era ya un completo desconocido para mí y como tal tenía que reconocerlo mi corazón.

Así, día tras día, semana tras semana, mes a mes, aquella revelación terminó consolidándose en mi cabeza, aunque le costaba más anidar en mi corazón.

Pasó el tiempo y, quizá con la complacencia de haber recuperado a su familia y los planes iniciales, Fabrizio retiró la demanda de tutela sobre mí, lo que me liberó de sus garras.

Marco regresó a la ciudad con su gentil esposa, la dulce Giulia, y tomó posesión de un precioso palacio de cuatro plantas con muchas chimeneas y un jardín inmenso frente al Gran Canal, llamado Ca' Dario en honor al famoso senador y comerciante veneciano Giovanni Dario, que en 1487 ordenó su construcción en un antiguo cementerio templario al arquitecto Pietro Lombardo, antepasado de Bianca. Pero el edificio gozaba de una leyenda escabrosa, pues decían que pesaba sobre él una maldición, justamente por su siniestro enclave, sobre todo aquel que morara en su interior. Tras la muerte de Giovanni, su hija, Marieta Dario, ocupó la casa junto a su esposo, Vicenzio Barbaro. A partir de este punto, todo fue un auténtico río de desgracias: los Dario se arruinaron y Marieta y el resto de la familia se acabaron suicidando. Los Barbaro se quedaron con el palacio los siguientes años, y hacía apenas unos pocos, uno de los sucesores y gobernador de Candía murió asesinado en extrañas circunstancias, por lo que el palacio quedó vacío. Pensé que ahora era él que tenía la maldición dentro con semejante propietario.

Caterina, también desposada con su maduro y poderoso marido, embarazada ya de su primer vástago, vivía en otra gran casona, rodeada de lujos y personas de ascendencia ilustre, detalle que remarcaba el triunfo del patriarca uniendo nuevamente a la familia y otorgándole la elevada posición social que tanto ambicionaba.

Lanzo había abierto su propia botica en la planta baja de su casa, pues Fabrizio les había regalado el palacete familiar a los flamantes novios y se había instalado en casa de una rica viuda con la que se había comprometido. Allí desarrollaba su pasión por los remedios y las hierbas, que, aunados a sus conocimientos de medicina y biología, lo convirtieron en uno de los más solicitados apotecarios de Venecia.

En cuanto a mi vida, mi prestigio como meretriz aumentaba. No sólo

concertaban citas conmigo de índole sexual, sino que también me convertí en acompañante de fiestas, en consejera y en herramienta de enrevesadas tramas políticas. Resultaba increíble cómo, tras el acto sexual, el hombre liberaba toda clase de preocupaciones en el lecho. Yo escuchaba paciente, a menudo ni siquiera esperaban respuesta, tan sólo necesitaban ser escuchados. Otros aguardaban mi opinión sobre diferentes temas y, por mucha y diversa materia estudiada, solía ser el sentido común el que finalmente asesoraba. No obstante, mis conocimientos se veían ampliados enormemente siendo recipiente de sus intrigas y estrategias. Escuchar de boca de hombres poderosos la tensa situación con los turcos en las fronteras del Véneto, las confabulaciones entre las grandes cortes europeas, los últimos mecenazgos a las carreras de incipientes artistas, las disputas territoriales entre Estados o los avances médicos del momento era sin duda una ventana al mundo a la que ninguna mujer de mi época podía aspirar asomarse.

Día a día, mi sabiduría crecía, mi escudo se reforzaba y mi astucia utilizaba la información de la manera más lucrativa posible. A veces me preguntaba dónde había quedado mi moralidad, pues no sentía el más mínimo remordimiento ante mis cuestionables actos, y siempre los justificaba del mismo modo: no importaba el camino, sino el fin. Y mi fin cada día refulgía más, y, cuanto más brillaba, más crecía mi determinación y más languidecían mi escrúpulos.

Mi popularidad aumentaba, sin embargo, pues mi vehemencia y mi dominación en el lecho se consideraba morbosa a ojos de hombres poderosos; hombres que yo reducía a pusilánimes marionetas que manejar, abofetear, zarandear y vejar como quisiera, y ellos, fieros lobos en sus vidas, se tornaban temblorosos corderitos en mis manos. Esa fiereza, que yo derramaba con total impunidad nacida de lo más hondo de mi ser, se convertía en mi vía de escape, pues cada noche una bola de furiosa impotencia y de odio descontrolado crecía peligrosamente dentro de mí. Y, a pesar de amanecer más fría y dura, la impaciencia por cobrarme mi venganza me agujoneaba implacable.

Aquella mañana paseábamos Chloe y yo por el mercadillo del Rialto, donde bulliciosos comerciantes exponían sus productos en coloridos puestos. Ella buscaba un filtro de amor en un tenderete donde una anciana decía leer el futuro en la palma de la mano y ofrecía toda clase de amuletos y rituales. Era considerada una bruja, y por eso solía establecerse en diferentes partes de la ciudad, por si era denunciada. Aunque, naturalmente, en su puesto sólo

mostraba abalorios que ella misma confeccionaba.

La mirada ansiosa de Chloe buscándola me desazonó. Y, a pesar de haberme tomado a la ligera su confesión, aquella situación comenzaba a preocuparme. Pocos días antes, y tras percibir una inusual nostalgia en ella, le había preguntado por el motivo de su ensoñadora actitud. Su ilusionada sonrisa me respondió antes de que formara una sola frase: se había enamorado de uno de sus clientes, el primogénito de los Conti, heredero del ducado, que había decidido no compartirla, por lo que la requería en su lecho cada noche. Pero, lo que en un principio consideré un simple enamoramiento pasajero, con el paso de los días, se afianzaba en el pecho de Chloe.

—¿De veras pretendes encandilar a tu enamorado con un filtro mágico?

—Necesito que se vuelva loco por mí —alegó retirando de su rostro uno de sus brillantes rizos. Sus ojos aguamarina se iluminaron cuando localizó a la anciana al final del puente—. ¡Ahí está!

Me cogió de la mano y tiró de mí alborozada.

—Lo que no entiendo es cómo no lo está ya, y ¿a qué viene tanta urgencia?

Sorteamos a la gente apiñada frente a los puestos de los orfebres y, cuando llegamos a la pequeña tienda de loneta roja, Chloe se detuvo, respiró hondo y con una abierta sonrisa ilusionada despejó el tergal que cerraba la entrada. Me adentré en aquel pequeño cubículo velado por el resplandor escarlata que el sol arrancaba de la tela y me detuve frente a la desvencijada mesa. Tras ella, la peculiar adivina permanecía solemne sentada sobre un cajón de madera.

Chloe ocupó la única silla frente a la anciana y extendió la palma de la mano sobre el tablero.

La mujer, de rostro macilento cuarteado por profundas arrugas, la miró frunciendo el ceño y los labios.

—¿Qué deseáis saber, joven dama?

—Me interesa el amor.

—Bien —se limitó a murmurar la anciana, centrando su atención en la mano abierta.

Tras un largo instante repasando con su índice las líneas de su mano, por fin la miró a los ojos y la escrutó con concienzuda atención. Su rictus impasible de repente se ensombreció visiblemente. Oprimió los labios con cierto pesar y chasqueó la lengua negando con la cabeza.

—Debéis apartaros del hombre que ocupa vuestro pensamiento.

Chloe la miró desconcertada y contrariada, componiendo una mueca obstinada.

—¡Lo amo! —clamó con pasión.

—Por eso mismo. Ese hombre no os traerá más que desgracias.

La anciana bajó la vista hacia la mano y recorrió una de las líneas con el dedo, como para cerciorarse de su vaticinio.

—No hay duda alguna sobre vuestro fatal destino si no os alejáis de él. Es un vil bestia.

—¡Eso es una infamia! —exclamó ofuscada Chloe, retirando bruscamente la mano—. Es dulce y comprensivo, delicado y gentil.

—Ésa es sólo su máscara —insistió la anciana—. Bajo ella se esconde un monstruo.

—No... no sé por qué decís eso —barbotó mi amiga furiosa—. Yo lo conozco, y no es como decís. No entiendo qué ganáis con contrariarme.

—No gano nada. Podría deciros que es el hombre de vuestra vida, pagaríais generosamente mi servicio y os marcharíais flotando de aquí. Pero no es ése mi cometido, no soy una estafadora, muchacha. Mi principal deber es advertir cuando veo un peligro inmediato, y es lo que hago. Comprendo que no sea lo que deseáis oír, pero es lo que dice vuestro destino. No obstante, habéis acudido a tiempo a mí.

Chloe me miró apesadumbrada. Yo posé mi mano en su hombro y observé decidida a la anciana.

—¿Qué es exactamente lo que la aguarda si sigue con él?

Los ojos de la mujer, oscuros y brillantes, contrastaban con los níveos mechones que caían desmadejados a ambos lados de su enjuto rostro. Brilló en ellos una sapiencia que me abrumó. Había algo místico en ella, desprendía un halo diferente, poderoso, y en aquella penetrante mirada que me dedicó sentí que también se asomaba a mi alma, haciéndome sentir vulnerable y expuesta.

—La muerte —sentenció grave.

Un abrupto escalofrío me recorrió por entero. Una acerba sensación ominosa lamió mi espina dorsal, despertando una inquietud latente que se aposentó en mi nuca con un cosquilleo insidioso.

—¡Vámonos! —rogué presionando ligeramente el hombro de mi amiga.

—No —replicó ella testaruda—. Si tan aciago es mi destino a su lado, al menos que me advierta cómo sucederá.

—No puedo saber cómo y dónde sucederá, pero será pronto. Habrá una fuerte discusión y él será vuestro verdugo.

—No —repitió Chloe con crispación—, eso no es verdad. Yo... sólo necesito que se enamore de mí, y justo por eso venía a por uno de vuestros filtros.

—Muchacha, sois joven y bella, y veo en vos un corazón noble. Todavía estáis a tiempo de cambiar ese destino. No necesitáis que él os ame, no puede amar, ni a vos ni a nadie, porque es un monstruo sin corazón que se esconde tras un bonito envoltorio. Huid, no os empeñéis en un imposible.

Me llamó la atención el gesto de Chloe, un gesto que me congeló la sangre al reconocerlo en mí misma tiempo atrás. Sentí cómo se acumulaba el amargor en la boca de mi estómago y entonces comencé a comprender la gravedad de la situación.

—Puedo ofreceros otra clase de filtro —manifestó la adivina con mirada suspicaz—, uno para arrancar de vuestro vientre ese error.

Chloe se abrazó esa zona de su anatomía en actitud protectora y comenzó a llorar sacudiendo los hombros. Se puso en pie y la estreché entre mis brazos. Sofocó sus sollozos escondiendo el rostro en mi hombro.

Metí la mano en el saquito que pendía de mi cintura y extraje algunos escudos que esparcí sobre la mesa.

En ese preciso instante, la anciana apresó mi muñeca y me clavó una mirada escalofriante.

—Percibo en vos una fortaleza fuera de lo común —masculló con voz rasgada y siniestra—. Conocéis el infierno y a los monstruos que escaparon de él y vagan junto a nosotros. Si apreciáis en algo la vida de vuestra amiga, alejadla de ese hombre.

Sostuve su mirada sin amilanarme y me zafé de su garra para rodear la cintura de Chloe y sacarla de allí.

La conduje hasta una taberna y nos adentramos a pesar del murmullo claramente desaprobador de los hombres sentados a la barra.

Tomamos asiento en unos bancos junto a la ventana y llamé a la tabernera. A las ceñudas miradas reprobadoras les siguieron murmuraciones ofensivas que ignoré. Pedí dos jarras de cerveza caliente y un tazón de caldo.

Chloe me miraba asustada y afligida, aguardando mi reclamo.

—Debes beber algo que te reconforte, estás pálida. Y te tomarás sin rechistar el caldo, ¿de acuerdo?

Asintió adelantando tembloroso el labio inferior. Reprimí el deseo de abrazarla nuevamente.

—¿Cuándo pensabas contármelo?

—Cuando anunciara también mi boda con Massimo.

—Chloe...

—¿Por qué no? No sería la primera meretriz que se retira por amor. Yo... estoy tan cansada de llevar esta vida, Alonza. Y lo amo. Sé... sé que quizá sea ingenua al creer que él aceptará desposar a una mujer con mi pasado, pero de veras que siento que es posible. No le soy indiferente, la pasión entre nosotros es mutua y conversamos mucho. No desea compartirme y eso ya es una señal de...

—De que está encaprichado contigo —la interrumpí realista—. No digo que no pueda enamorarse, eres una mujer maravillosa, Chloe, cualquier hombre sería afortunado de tenerte. Pero no puedes permitirte soñar con esa posibilidad, y menos aún arriesgarte tan temerariamente forzando un vínculo que ni siquiera sabes si está dispuesto a aceptar.

Se mordió el labio inferior con semblante apesadumbrado y bajó la vista cuando la tabernera nos sirvió las jarras rebosantes y la escudilla con la humeante sopa.

—Creí que..., bueno, darle un hijo sería el empujón que le falta para comprender que estamos hechos el uno para el otro. Aún confío en ello, pienso decírselo muy pronto, cuando el embarazo se me note más.

—Pero, Chloe, dejaste de tomar el remedio para evitar concebir sólo para cazar a un hombre... —reproché ceñuda—. Eso es una insensatez. Espero que tu plan resulte, porque si él te rechaza, Carla te echará de la casa y no podrás volver a trabajar para ella.

Me miró nerviosa, pero no vi arrepentimiento en su faz.

—Si Massimo me rechaza y Carla me expulsa de la casa, habrá merecido la pena, porque deseo este hijo como hacía tiempo que no deseaba nada. Quiero ser madre y entregarme por entero a esta criatura para darle todo lo que a mí me arrebataron.

—No es tarea fácil criar a un niño sola —apunté preocupada.

—Tengo dinero ahorrado y sé valerme por mí misma, y si algo lamentaré es perderte a ti.

Nos tomamos de las manos mirándonos a los ojos, derramando cada una nuestro pesar, nuestra inquietud y todo el amor que nos profesábamos.

—Quizá podamos encontrarnos cuando decidas retirarte.

—Nada me complacería más.

Sonreímos entre lágrimas, entrelacé mis dedos con los suyos y los presioné regalándole una mueca emocionada.

—¿Por qué no te vas ya, Chloe?

—¿Ya? No puedo irme sin confesarle su paternidad.

—Pero ¿y si esa mujer lleva razón? Su rotundidad ha sido sobrecogedora.

—Alonza, no ha podido ver todo eso en mi mano. Es tan sólo una charlatana más. Quizá tenga el día torcido y ha querido pagarla conmigo.

Empujé la cerveza hacia ella y la alenté a beber con un gesto apremiante.

—Ha adivinado tu estado, y creo que incluso ha visto dentro de mí. Me provocó escalofríos su intensa mirada. Por Dios, Chloe, no desaparece de mi estómago esa sensación insidiosa de mal augurio.

—Es una anciana, Alonza, una mujer sabia —replicó apaciguadora—; seguramente mi aspecto a ojos experimentados evidencia mi estado, no sé. En cuanto a ti, no hay que ser vidente para comprender que eres una mujer que te has forjado en el dolor. Tu fortaleza es visible en tu porte, y en tu mirada se vislumbra la dureza de tus vivencias. No es fácil acceder a esa faceta dulce y cariñosa que me reservas a mí. Soy afortunada por tenerte, amiga mía.

Sonreí conmovida y volvimos a cogernos de las manos.

—Prométeme que serás cuidadosa. Esto no me gusta.

—Lo prometo. Pero no podemos dejarnos llevar por el miedo que esa mujer nos ha inculcado. Conozco a Massimo y jamás se atrevería a hacerme daño. No sé si me rechazará o no, pero matarme... —Soltó una carcajada que sonó histriónica y añadió—: Por supuesto que no.

Bebimos en silencio y la obligué a terminarse la sopa antes de marcharnos. Caminamos conversando de cosas triviales, más por desdibujar lo sucedido que porque necesitásemos hablar.

Sin embargo, a cada paso que daba cogida de su brazo, riendo con sus chanzas o compartiendo reflexiones, el malestar, en lugar de diluirse, aumentaba. Aquel vaticinio de la bruja parpadeaba brillante en mi mente, despertando la premonición de que algo terrible sucedería.

Recé para mis adentros y pedí por ella, pero sobre todo me propuse idear el modo de alargar que ella se lo dijera, pues sospechaba que ese anuncio sería el germen de la discusión que la anciana había visto en las líneas de su mano.



En los días posteriores, indagué sobre Massimo Conti, joven, apuesto y con tendencia a toda clase de vicios, pero al parecer inofensivo, de carácter jovial y actitud arrogante, nada fuera de lo común en un muchacho de su posición. No obstante, las probabilidades de renunciar al título por Chloe eran prácticamente nulas, incluso si la quería. No se le conocían inclinaciones violentas ni un ánimo beligerante, y a pesar de que mis pesquisas deberían haberme tranquilizado, mi malestar seguía allí, y esa condenada inquietud permanecía ominosa, condenándome al insomnio. Tan sólo me abandonaba al oír el suave chirrido de los goznes de la puerta y a Chloe desvistiéndose para meterse en su cama.

Una mañana, mi amiga comenzó a sentirse mal. Había intentado ocultar las molestas náuseas matutinas sin salir de nuestro cuarto. Pero ese día su debilidad era tan patente que a punto estuvo de desplomarse al levantarse. La obligué a meterse de nuevo en la cama y, cuando la toqué, comprobé que estaba ardiendo.

—No... no le digas nada a Carla, seguro... que... dentro de un rato me recupero —dijo entrecortadamente.

—¿Qué puedo prepararte para bajarte la fiebre?

—No... no lo sé.

—Chloe, necesitas que te vea un médico.

—¡No! —insistió ella pertinaz—. Descubriría que estoy encinta y se lo diría a Carla.

Tenía los ojos brillantes, gotitas de sudor perlaban su piel y sus labios destacaban rojos en la lividez de su rostro.

—Quizá sea grave, no puedes arriesgarte a perder a este hijo que tanto quieres, ni poner tu salud en peligro por ocultar la verdad.

Sus ojos se humedecieron y su faz se contrajo en una mueca indecisa y asustada.

Cogió mis manos y me miró llorosa y trémula.

—Sólo se me ocurre una cosa —anuncié pensativa—: llevarte a alguien de confianza. Te examinará, sabrá qué remedios podrán sanarte y no dirá nada a nadie sobre tu estado. Confío en su discreción, a pesar de que ya no es el

hombre que un día conocí.

—¿No... no estarás pensando en...?

—Sí, Chloe, no se me ocurre acudir a nadie más. Gabini es íntimo de Carla, y no me atrevo a ponerte en manos de cualquiera. Lanzo se ha convertido en el mejor sanador de toda Venecia, lo reclaman incluso fuera de las fronteras.

—Estás... muy... al tanto de su vida.

—Estoy al tanto de todos los chismorreos de la ciudad —puntualicé circunspecta.

—De acuerdo..., acudiremos a su botica.

—¿Puedes ponerte en pie? Tienes que fingir estar bien y salir de casa con la intención de hacer unas compras.

—Creo que sí. Aunque noto un hormigueo extraño entre los muslos.

Retiré la manta, y ambas dejamos escapar unísonos gemidos alarmados.

Una pequeña mancha de sangre se extendía escandalosa en el vértice de sus piernas, tiñendo la blancura de su camisola.

—¡Alonza! —exclamó ansiosa. Sus ojos se abrieron como platos de espanto y sus dedos se crisparon en torno a los míos.

El recuerdo de mi propia pérdida amenazó con nublar-me la mente. La reminiscencia dolorosa de aquel momento me secó la garganta. No había tiempo que perder.

Le puse apresuradamente un sencillo vestido de sarga y una sobretúnica, la cubrí con su capa y me vestí con urgencia.

—Intenta andar, yo te tomaré del brazo, pero debes permanecer erguida al menos hasta que salgamos a la calle.

Asintió con un rictus tenso y se puso en pie tambaleante.

Maldije para mis adentros: si nos descubrían, todo se complicaría.

CAPÍTULO 30



MI RAZÓN DE SER

De repente, oímos unos pasos en el pasillo y Luca saltó de la cama con la agilidad de un puma. Abrió el cajón de su mesilla de noche, sacó una pistola automática y pegó la espalda a la pared junto a la puerta, completamente desnudo y alerta.

Me indicó con un gesto que me escondiera y me lancé bajo la cama con el corazón desbocado.

—¡Luca! ¿Estás ahí?

Solté el aire contenido al reconocer la aguda voz de Loretta resonando en el pasillo.

Él relajó el rictus, distendió el cuerpo y volvió a

depositar el arma en su lugar antes de coger la sábana, enrollarla en sus caderas y salir de la habitación. Salí de debajo de la cama justo para ver que Loretta se asomaba en el umbral. Luca le impidió la entrada interponiéndose y ella le asestó furiosa una tremenda bofetada.

—¡Eres un cerdo!

Loretta hizo un amago de alzar la mano de nuevo y Luca la detuvo apresando su muñeca.

—Nunca te prometí nada —arguyó severo.

—Salimos juntos —replicó dolida—, se sobrentiende tu fidelidad.

—No estoy de acuerdo: siempre te he dejado muy claro que lo nuestro no era una relación. Nunca impuse compromiso alguno, tú siempre has sido libre de hacer y deshacer. ¡Maldita sea, fui muy claro al respecto!

—Y ¿qué hago yo con esto que siento? —masculló ella con voz quebrada.

Luca bajó la vista, comprendiendo que, por muchas barreras que se pusieran, los sentimientos no podían contenerse.

—Lo lamento mucho, Loretta.

Su voz se suavizó ante las lágrimas que ella se esforzaba en no derramar.

La muchacha me lanzó una afilada mirada de rencor y su semblante se endureció.

—Ahora eres tú su juguete, ya sabes lo que te espera —escupió resentida.

Después fulminó a Luca con una mirada enconada y agregó:

—Ya puedes buscarte a otra empleada, no pienso seguir trabajando para un capullo arrogante e inmaduro.

Ya se iba cuando Luca la aferró del antebrazo. Ella se volvió como una culebra siseante.

—Deja las llaves de mi casa y de la tienda en la entrada. Seré generoso con tu liquidación y redactaré una carta de recomendación si lo deseas. Me encargaré de devolverte tus cosas.

Loretta se zafó ofendida y desapareció por el pasillo. El vigoroso repiqueteo de sus tacones resonó como el picoteo de un pájaro en la madera y se perdió en la distancia. Acto seguido oímos un estruendo de cristales rotos y un feroz portazo.

Luca corrió fuera de la habitación y yo, envuelta en la sábana, lo seguí.

En la entrada se hallaba el jarrón de vidrio de Murano con la «A» invertida hecho añicos. Y, entre los coloridos fragmentos diseminados por el suelo de mármol blanco, dos manojos de llaves abiertas como dedos de robot.

—Será mejor que nos calcemos —sugirió Luca, contemplando indignado aquel estropicio—. Dúchate si quieres mientras yo recojo esto.

—Imagino que debía de valer una fortuna. Era una pieza exquisita.

—Lo valía, era también una antigüedad, obra de uno de

los mejores maestros vidrieros de la época, quizá te suene: Leonardo Boccia.

Alcé las cejas demudada.

—¿El aprendiz que Alonza conoció en Murano?

—En efecto.

—¿Por eso lo compraste?

—He adquirido muchas piezas de él, su trabajo es sublime, y, naturalmente, por su relación con ella.

—¿Volvieron a encontrarse?

—Sí.

Su enigmática expresión me hizo fruncir el ceño intrigada.

—Anda, ve, tengo que comprobar si Sofia me ha hecho el ingreso y resolver los acertijos. Esta noche me infiltraré en la casa de Gina a ver qué logro descubrir.

Ya me volvía cuando un destello azulado llamó mi atención. En aquella irregular y cortante porción de vidrio, el sol refulgía en un puntiagudo extremo plateado. Me acerqué cautelosa y me incliné para observar el cristal con más detenimiento.

—En ese trozo parece asomar algo extraño —advertí curiosa.

Luca caminó precavido entre los vidrios y se puso en cuclillas para coger el trozo en cuestión.

Se incorporó y se acercó a la ventana a examinar el trozo a la luz diurna.

—Menos mal que esa ventana no da a la calle. Serías

todo un espectáculo.

Admiré su esbelto y fornido cuerpo desnudo y me acerqué pasando mi mano por su espalda. Él giró el rostro en mi dirección y sonrió ladino.

—Creo que, con todo lo que hay que admirar en esta ciudad, pasaría desapercibido.

—¿Qué es?

—Parece una filigrana de plata incrustada en el vidrio, pero no tiene mucho sentido su presencia en él.

Extendió el brazo y miró el fragmento al trasluz, girándolo entre los dedos.

Las intensas vetas añiles y celestes enmascaraban su forma.

—Trataré de romper con cuidado el cristal para averiguar qué esconde.

—Quizá se trate de un alambre que se dejaron al ensamblar varias piezas —aventuré reflexiva—, o tal vez un trozo de herramienta que se quedó fundida con el vidrio.

Luca negó con la cabeza y entornó los ojos concentrado, estudiando el cristal.

—No lo sé, es posible, pero sería un imperdonable descuido viniendo de un maestro tan reconocido.

Contempló el cristal con concienzuda agudeza, componiendo una mueca recelosa pero también rebotante de un curioso brillo entusiasmado que me intrigó.

—Empiezo a pensar que sabes algo que yo no sé —comencé cavilosa—, y que ese alambre no fue un

descuido, sino algo intencionado.

Él esbozó una abierta sonrisa que reafirmó mi suposición.

—Sí, nena, tus conjeturas también son brillantes.

—Tan sólo interpreto tus gestos.

Rodeó mi cintura, escondió el rostro en mi cuello y mordió juguetón mi cuello. Me encogí presa de un ardoroso cosquilleo y reí apartándome.

—Y ¿cómo interpretas esto?

—Como que, si no vuelo a la ducha en este mismo instante, tu serpiente morderá de nuevo.

Soltó una carcajada y asintió guiñándome un ojo.

—Corre, nena.

Escapé de sus brazos entre risas, justo cuando él me gruñía socarrón.



Duchada y vestida, me encaminé al salón, pero Luca ya no estaba allí. Recorrí el apartamento con igual fortuna. Inquieta, me pregunté adónde habría ido, miré en derredor buscando quizá una nota, pero no vi nada. En mitad de aquel silencio oí un leve susurro, como el roce de una hoja proveniente del patio interior. Me dirigí hacia el ventanal del salón y me asomé. Descubrí a Luca sentado indolente en el banco de piedra situado delante de la fuente.

Su negra cabellera trajo a mi mente la de otro hombre, un muchacho que llevaba varios siglos muerto. Algo

extraño reptó por mi interior despertando una inusitada sensación familiar que logró remover cada fibra de mi ser. Estaba recostado contra el perfil de una columna cubierta de madreselva, con las piernas flexionadas y, sobre los muslos, un cuaderno donde garabateaba. Sentí una corriente eléctrica y vibrante que apresó mi corazón en un puño y que me robó el aliento momentáneamente. Y entonces, en mi cabeza, se deslizaron una serie de piezas que encajaron a la perfección, iluminando como certeras mis primeras sensaciones. Aquella casa, aquel patio, era la mansión de los Rizzoli.

En mi mente resurgieron los últimos datos leídos en el diario... La boda de Lanzo se había celebrado en Santa Maria dei Frari, cerca de la casa familiar... Había convertido la primera planta en una botica, tal como me explicó Luca en su día, todo cuadraba. Y aquel patio... había sido testigo de aquel amor joven y hermoso que la codicia, la envidia y la crueldad habían destruido.

Me aferré al marco de la ventana intentando serenarme, pero la emoción me apresó y pude verlos allí, bailando, besándose, conversando, leyendo y disfrutando de esa complicidad que ambos compartían de manera tan entrañable. Mis ojos se humedecieron, como si los siglos transcurridos apenas fueran una gasa translúcida que los mostraba con sorprendente viveza. Mi corazón se encogió conmovido y una lágrima rodó por mi mejilla, aunque mi rictus permaneció inmutable.

Entonces, con meridiana claridad, comprendí que la lectura de aquel diario debía de tener impreso algún hechizo mágico, pues cada capítulo leído resucitaba con sobrecogedor realismo aquella vida, que ya sentía como mía. Todavía flotaba en mí la angustia por el destino de Chloe, la amargura de Alonza, la rendición de Lanzo y la intriga por cuanto aguardaba vivir. Aquella historia tomaba consistencia página a página, filtrándose tan profundamente en mí que ya formaba parte de mi propia vida. Todavía quedaba mucho por descubrir, y si ya me calaba de manera tan apabullante, ni me atrevía a imaginar cómo me afectaría cuando conociera la historia completa.

Absorta en aquella negra cabellera, espesa y brillante, me remonté siglos atrás y, conmocionada, sentí cómo mi corazón palpitaba con más fuerza ante aquel hombre que permanecía embebido en sus pensamientos, desconocedor de lo que su sola presencia provocaba en mí.

Por algún motivo, saboreé aquel momento atesorándolo en mi memoria, quizá por aquella efímera bocanada de aire que Alonza apenas pudo paladear antes de volver a perder el resuello y toda esperanza.

Apenas fui consciente de que unos curiosos ojos oscuros se hallaban clavados en mí, presos también de una ensoñadora expresión. Cuando nuestras miradas se unieron, la intensidad se acentuó y mi piel hormigueó extendiendo aquel cosquilleo por mi espina dorsal, estremeciéndome.

Y, de nuevo..., surgió la pregunta que, a pesar de haber sido contestada, continuaba todavía sin respuesta: «¿Quién eres realmente, Luca Vandelli?».

—Baja, se accede por el balcón de mi alcoba — informó tras carraspear algo confuso.

Asentí y, tras lograr romper aquel vínculo visual, me dirigí hacia su habitación.

Cuando salí al balcón, encontré que se engarzaba con una escalera pegada al muro. Descendí por ella seguida de la penetrante mirada de Luca.

Una vez en el patio, paseé mi vista en derredor, descubriendo detalles que me abrumaban. El rosal enredado en el espino, la madre selva escalando el único muro que no formaba parte de la vivienda y que parecía ocultar una puerta, seguramente al pequeño canal trasero. La pared de piedra punteada de macetas con hierbas diversas, el banco encajado entre dos columnas, y la fuente central redonda, con forma de concha. Por un instante me faltó el aliento, subyugada por aquel reconocido entorno.

Caminé abstraída hasta las macetas de la pared y luego lo miré inquisitiva.

—Plantas aromáticas y medicinales —respondió.

Tragué saliva y cerré los ojos un momento, asimilando aquella verdad que asomaba insidiosa y que no se diluía por mucho que la tachara de inverosímil.

—¿Te gustan?

—Sí.

Volví a mirarlo y su intensidad me secó la garganta. Parecía sereno, expectante e incluso paciente. A mis labios acudió un nombre que me esforcé en tragar.

Volví a prestar atención a las variopintas hierbas, con un nudo en el estómago y el corazón en un puño... ¿Acaso era posible...?

—¿También te gusta dibujar?

—Desde niño.

Cerré los ojos y aspiré lentamente. Trémula, me giré para mirarlo.

—Pasaba horas mirando por la ventana de mi cuarto en el orfanato el huerto de las monjas, dibujando las plantas y averiguando para qué se utilizaban. Solía estar castigado y me aburría.

—¿Por qué te castigaban?

—Por insolente. No acostumbro a estar callado ante lo que veo injusto o no entiendo. No suelo consentir abusos ni desprecios hacia los que no saben defenderse o no pueden. La rigidez de las hermanas chocaba con mi visión del mundo.

—Un niño especial —murmuré enfatizando el adjetivo con una mirada penetrante.

—Un niño raro —corrigió en tono sombrío.

—Un niño valiente y maravilloso —apunté enternecida.

Y en aquel instante sentí la profunda soledad que siempre debía de haberlo acompañado, la incomprensión de su entorno y la desolada tristeza de un niño desprovisto

de lazos. Me acerqué a él con el imperioso anhelo de abrazarlo.

Me senté entre sus piernas y lo estreché dulcemente entre mis brazos.

—Ya no estás solo.

Lo sentí temblar y lo abracé con más fuerza.

—Nunca estuve realmente solo —afirmó con voz afectada—, ya te pensaba incluso antes de conocerte. Incluso antes de comprender qué significabas. Ya te soñaba entonces, ya me hacías compañía, ya te hablaba y te esperaba, ya suspiraba por ti y ya me imaginaba entre tus brazos. Creo que eso fue lo único que me dio fuerzas para agarrarme a una vida vacía y gris.

La emoción me constriñó, mis ojos se humedecieron y me aparté para sumergirme en su mirada, para empaparme de su rostro, para embriagarme con su esencia.

—Jamás, en toda mi vida, nadie había logrado acariciarme el alma como lo haces tú —murmuré cautivada—. Nunca imaginé que pudiera latirme el corazón tan rápido, ni que mi estómago girara tan vertiginosamente. Ni que pudiera sentirme desfallecer aguardando un beso.

Un quebrado suspiro manó de sus labios aproximándose a los míos. Entreabrí la boca exhalando un gemido anhelante, y él... él la tomó trémulo, derramando en mi interior cuanto sentía. Y ese torrente incesante de sentimientos se enlazó al mío propio, fundiéndonos en un vínculo más allá de la razón, de la comprensión y la

realidad. Hubo una entrega casi mística en aquel beso. Casi sentí crepitar cada terminación nerviosa, me pareció levitar, y aquella ingravidez exaltó todos mis sentidos, desdibujando mi alrededor.

Cuando nos apartamos, ambos continuábamos con el alma prendida. Incapaces de hablar, nos acariciamos el rostro, como un ciego que delinea las facciones con delicadeza y curiosidad, como si nos viéramos por primera vez.

Bajo mis yemas, el tacto de su piel se grabó a fuego, en mis pupilas cada ínfimo detalle de su rostro, y en mis sentidos, aquel amor que me rompía por dentro, dejando mi corazón en carne viva.

—La primera vez que te vi fue en una fotografía — adujo embebido en mi rostro—, y fue suficiente para reconocerte.

—¿Reconocerme? —murmuré confusa.

—Sí, la presencia que nunca permitió que la soledad me tragara.

—¡Dios..., Luca..., ni yo misma puedo creer cuánto te amo!

—Amor mío —susurró él en aquel tono que hacía vibrar el aire y untaba mi piel de besos volátiles—, fui paciente todos esos años que te espíe, nutriéndome de tu rostro, de tu manera de caminar, de tu sonrisa, de tu ceño, de esa nostalgia tan similar a la mía, de tus gestos y tu mirada. A veces creí languidecer ante el impulso de

tropezarme contigo, de aparecer en tu vida y arrancarte de ella para llevarte lejos de todo. Pero resistía, porque no eras mía y, sin embargo, así te sentía. —Su mirada se rasgó tortuosa ante la remembranza de aquellos años—. Alguna vez, cuando mi necesidad de ti me desgarraba, marcaba tu número y escuchaba tu voz, tu respiración, y yo... cerraba los ojos y apretaba el auricular contra mi boca y pronunciaba en silencio lo que en aquel momento me nacía antes de que colgaras la llamada.

Sus carnosos labios se estiraron en una sonrisa tímida que nunca había visto.

—Por eso ahora... no puedo reprimir dar voz a lo que tanto tiempo callé.

Lo abracé de nuevo, inmersa en lágrimas de felicidad, de asombro, de gratitud, de amor.

Me apoyé en su pecho, entre sus gráciles piernas, sentada en aquel mismo banco de piedra que siglos atrás contempló un amor tan profundo como el que ahora nos unía, y comprendí que mi razón de ser se reducía a ese momento.

Ya sabía quién era Luca Vandelli: era lo que yo siempre había anhelado, lo que siempre me había faltado y lo que daría gracias eternamente por encontrar.

Tras un largo silencio plagado de confesiones, tan sólo roto por el regular gorgoteo del agua y el sofocado murmullo de la ciudad, me incorporé y le sonreí enamorada. Luca suspiró arrobado y me miró triunfal. Besé

la punta de su nariz y reparé en el bloc de notas que había caído al suelo.

—¿Qué hacías?

—Cábalas.

—¿Los acertijos?

—Sí, todavía estoy esperando la solución del que te cedí.

—Y ¿cuál es el cuarto?

Se inclinó para recoger el bloc y lo abrió por sus apuntes.

—Dice así: «En un reino, uno de los bufones quería llegar a ser un sabio del rey y se propuso como tal. El monarca le contestó que, para ello, debía resolver un enigma, y era descubrir las edades de sus tres hijas. El bufón estuvo de acuerdo y pidió una pista. Primera pista: “El producto de las tres edades de las hijas es treinta y seis”. El bufón hizo cálculos y pidió una segunda pista. Segunda pista: “La suma de las edades es igual al número de diamantes de la corona del rey”. El bufón nuevamente hizo cálculos y dijo necesitar otra pista. Tercera pista: “La menor tiene los ojos verdes”. En esta ocasión, el bufón dio las tres edades sin equivocación. ¿Cuáles son las edades de las tres hijas?».

—Un bufón muy listo —espeté hojeando sus anotaciones—, casi tanto como tú.

Luca sonrió mordaz y me arrebató el cuaderno para repasar sus notas.

—También soy muy bufón.

—Y más cosas que adoro.

—Me haces gruñir, nena...

Mordió mi cuello y proferí un gritito por la sorpresa que lo hizo reír.

—Será mejor que te centres, éste parece difícil.

—No creas, es cuestión de lógica y cálculo.

—Y ¿cómo es posible que nadie más lo haya logrado? Imagino que el señor Zanetti habrá consultado a más expertos, Stefano entre ellos, ¿no?

—La verdadera dificultad no radica en resolver los acertijos por separado, sino en hallar una solución con sentido a la suma de las cuatro respuestas. Está claro que es una frase codificada. Eso es lo que verdaderamente debo resolver, lo otro es tan sólo, digamos, un juego previo.

—Que también entraña dificultad, a mi juicio.

—Quizá para los profanos, mi mente analista y mi experiencia logística y matemática cuenta con ventaja.

—También tu talento, pues otros criptógrafos no lo han conseguido.

—¿Quieres otro mordisco? —bromeó risueño.

—Lo quiero todo de ti.

—Lo tienes todo de mí.

Me besó vehemente, ronroneó contra mi cuello y miró complacido la página con el cálculo.

—¿Y bien? ¿Tienes la respuesta?

—Sí: dos gemelas o mellizas de seis años y una bebé de

uno. Simples matemáticas.

Arqueó una ceja y me contempló expectante, con cierta mordacidad en su gesto.

—Y tú, ¿tienes la tuya?

—Pues sí, la tengo —respondí orgullosa, apuntándolo con mi dedo índice y gesto vanidoso.

—Adelante, mi preciosa Watson.

—La respuesta al acertijo del paraíso sobre cómo el hombre reconoció a Adán y Eva entre miles de parejas desnudas de la misma edad es fácil: son los únicos que no tienen ombligo.

—Exacto, nena.

—Me vas a aficionar a los acertijos.

—Prefiero aficionarte a mí.

—Ya soy adicta a ti.

—Y espero que no te desintoxiques nunca.

Enlacé mis brazos a su cuello y lo miré seductora.

—No mientras no me falte una buena dosis de ti.

—Nena... —ronroneó mordisqueando el lóbulo de mi oreja.

Sus manos recorrieron mi cintura ciñéndome a su cuerpo.

Comenzó a puntear mi cuello de besos cortos y suaves. Incliné la cabeza hacia atrás y gemí cuando mordió mi garganta.

En aquel momento sonó la vibrante melodía procedente de su teléfono móvil. Luca rebuscó en el bolsillo de su

pantalón sin dejar de besar mi piel.

Cuando lo abrió, apartó su rostro de mí y contestó:

—¿Diga?

La respuesta que recibió hizo que se tensara súbitamente y que su rostro mostrara alarma.

—Tranquilícese, y, por favor, no llame a la policía, vamos ahora mismo.

Me miró con rictus grave y maldijo entre dientes.

—Se me han adelantado. Anoche entraron en casa de Gina.

Abrí los ojos como platos, consternada y preocupada.

—¿Está bien?

—Asustada. Temo que llame a la policía si no acudimos de inmediato para calmarla y convencerla de que deje el caso en mis manos.

—No perdamos tiempo —apremié poniéndome en pie.

CAPÍTULO 31



PIEZAS QUE NO ENCAJAN

El lívido rostro de Gina nos dio la bienvenida con semblante ansioso y mirada inquieta.

Nos condujo a su salón y, frotándose nerviosa las manos, nos encaró casi en actitud hostil, aunque fue en mí en quien volcó todo su reproche.

—No debería haberte dejado entrar aquel día —se lamentó indignada—. Ahora tienes la responsabilidad de dejar mi vida como estaba antes de que entraras en ella.

—Gina, ésa es mi intención, se lo aseguro. Pero para eso debe colaborar con nosotros y no ocultarnos nada.

—Cuéntenos lo sucedido —pidió Luca con suavidad y

mirada consoladora.

La mujer suspiró apesadumbrada y se sentó con las manos entrelazadas sobre el regazo. Le temblaban.

—Es..., oí ruidos en la cocina, hay una puerta que da al canal por donde antiguamente entraba el servicio. No quise levantarme, diciéndome que eran crujidos de la madera o quizá de las tuberías, pero no pude dormirme. Al final, logré armarme de valor cuando oí pasos en la escalera. Suelo dejar entreabierta la puerta de mi alcoba, así que me asomé por la abertura y a punto estuve de dejar escapar un grito cuando vi una sombra descendiendo sigilosa los escalones. Decidí esconderme bajo la cama y esperé hasta que despuntó el alba para salir. No he pasado tanto miedo en toda mi vida.

—¿Ha echado en falta algo? —preguntó Luca, todavía de pie.

La anciana asintió queda, componiendo una mueca incómoda y pesarosa.

—Sí, nada de valor realmente, pero había una carta, tan hermosa que la releía continuamente, aunque llevaba tiempo sin hacerlo. Sabía que iba dirigida a ella, la nombra: «Alonza», «mi Alonza». —Suspiró nostálgica y sacudió la cabeza. A continuación, me miró mordiéndose incómoda el labio inferior—. Temí que, si te confesaba su existencia, me la arrebatarias. Estaba en un viejo baúl en el desván con un documento que también se han llevado.

—¿La carta estaba firmada?

—Sólo había dos iniciales: una «L» y una «A», bellamente entrelazadas.

—¿Y el documento? ¿De qué se trataba?

—Era una partida de nacimiento...

Luca y yo nos miramos conteniendo el aliento.

—Y de defunción.

—¿Alonza? —inquirí con un nudo en el estómago y la garganta seca.

—Sí, murió en 1648 tras dar a luz a su hija Chloe.

Dejé escapar un gemido consternado y miré demudada a Gina.

—Esa... esa información..., esos documentos pertenecen a mi familia —repliqué ofuscada por la ocultación de algo tan relevante.

Gina tuvo la decencia de bajar la vista y mostrar cierto arrepentimiento.

—No te conocía de nada, y aunque dudé si revelártelo, cuando vinisteis el otro día me asusté.

Respiré hondo y asentí. Aquella mujer tan apegada a sus cosas, solitaria y recelosa, simplemente había temido que su mundo cambiase, no podía culparla de su silencio. Le cogí la mano y la enterré entre las mías.

—Comprendo, Gina. Ahora debe serenarse y confiar en nosotros. —Reprimí una mueca de culpabilidad a tiempo, pues si no hubieran entrado ellos lo habría hecho Luca—. Ya tienen lo que buscaban y no volverán a molestarla. De todos modos, instale alarmas por su seguridad y su

tranquilidad.

Luca tomó asiento frente a nosotras en un anticuado butacón de terciopelo verde oscuro y miró a la anciana con una sonrisa dulce.

—Gina, ha mencionado que leía a menudo esa carta — comenzó con voz pausada y suave—, ¿podría transcribirla?

La mujer compuso un mohín caviloso e indeciso y finalmente asintió sin mucha convicción en su gesto.

—No la recuerdo completamente, sólo algún párrafo suelto.

Rebusqué en mi bolso el bloc de notas que siempre llevaba y se lo ofrecí junto con un bolígrafo.

—Necesito pedirle de nuevo el favor de que me permita registrar ese desván. Le prometo que si encuentro algo se lo haré saber y, sea lo que sea, pagaré lo que usted me pida.

La mujer suspiró hondo y asintió pesadamente.

—Vayan, intentaré hacer memoria mientras tanto.

Nos levantamos y la dejamos sola apelando a su memoria y quizá todavía luchando contra su desconfianza.

El desván se encontraba en un altillo del tercer y último piso del edificio. Era un espacio abuhardillado, penumbroso y polvoriento. Blanquecinas telarañas pendían de las vigas, bamboleantes ante las corrientes de aire, pero tan sólidas y elásticas que mantenían su forma con orgulloso empeño frente a la extraña brisa que nos acompañó al entrar. Era como si el plateado telón de un teatro se abriera para mostrarnos el escenario que encerraba.

Varias cajas se apilaban en un rincón con rótulos precisos de su contenido. Muebles cubiertos por sábanas, percheros, sillas, cuadros..., todo podía adivinarse por la forma. Una pequeña ventana emergía en la unión del tejado a dos aguas, proyectando una luz desvaída que incidía en un objeto en particular, resaltándolo del resto. Un baúl antiguo, seguramente de madera de nogal, con correajes de latón oxidado y un candado cubierto de herrumbre del que sobresalía una llave en similar estado.

—Muy místico, ¿no te parece? —comenté embebida en el haz de luz con motitas de polvo suspendidas como minúsculas perlas lamidas iluminadas por la luna.

—Demasiado.

Miré confusa a Luca, frunciendo el ceño con desconcierto.

—¿No te parece una escena sacada de una película de misterio?

—Es un desván como cualquier otro —musité derramando de nuevo la mirada por cada rincón sin apreciar ninguna anomalía. Era tan sólo un desván abarrotado de muebles y objetos en desuso.

—A mí me parece un decorado, es muy... cliché —adujo él receloso.

—¿Adónde quieres llegar?

Luca dio un paso hacia delante y alargó el brazo abarcando todo el espacio.

—Fíjate bien, ¿no ves un cierto orden?

—Y ¿qué tiene eso de malo?

—Lo normal es arrinconar los muebles pesados al fondo, o apilarlos con cuidado y cubrirlo todo con una sábana o lo que sea. En cambio, están diseminados alrededor del baúl, de cara a la puerta, como si fueran los coristas de la vedete principal: el baúl, que además han colocado teatralmente bajo la luz de la ventana con el claro objeto de atraer nuestra atención sobre él. También se han esmerado en el aspecto del baúl: le han aplicado una pátina que le da el aspecto de viejo. Pero quizá han olvidado que soy también anticuario, y esa pieza tiene a lo sumo unos treinta años, no más: esas bisagras son relativamente actuales. Es tan sólo una burda pieza de imitación de un baúl antiguo.

—Me maravillan tus elucubraciones, pero tampoco entiendo qué hay de extraño en eso. Quizá Gina lo viera y lo adquiriera y no sea parte de la casa, simplemente lo dejó ahí de manera casual.

Negó con la cabeza y me sonrió perspicaz.

—No hay nada casual aquí —aseguró rotundo—. Si te fijas —apartó una telaraña con la mano y se frotó las palmas—, las telarañas son reales, pero sobre las sábanas no hay una mota de polvo. Quieren llevarnos hacia el baúl, por eso dirigen nuestra atención hacia él, lo camuflan para hacernos creer que es del siglo diecisiete y nos conducen con mano invisible hacia donde ellos quieren.

Caminó en su dirección, lo abrió y se asomó a su

interior.

—Quizá haya subido los muebles hace poco —planteé acercándome a él.

—Y ¿no se molestó en quitar las telarañas? No, esto es lo que parece: un escenario cuidadosamente diseñado para embaucarnos. E imagino que lo que hay aquí dentro es lo que quieren que encontremos.

Se agachó junto al baúl y comenzó a extraer papeles, alguna baratija y un libro de encuadernación cosida y tapa rugosas y hoscas en piel curtida y seca. Lo abrió y comenzó a pasar las gruesas páginas apergaminadas de un desvaído color amarillento. Su rostro mostró interés y asombro.

Parecía un libro de botánica, repleto de ilustraciones de diversas hierbas con un texto abajo que explicaba sus diferentes usos, cuidado y localización.

Y entonces comprendí qué libro era y de quién.

Luca me clavó una mirada suspicaz y suspiró quedo. Pareció meditar con la vista perdida en un punto indefinido y, tras un resoplido, examinó más concienzudamente el ajado volumen.

—¡Qué amables! Me regalan el libro de anotaciones de Lanzo. Todo un detalle —masculló mordaz.

Me lo entregó y se puso en pie con los brazos en jarras, observando con agudo interés cada rincón del desván.

—¿Crees que Gina está involucrada en esto?

—Creo que anoche el intruso o los intrusos la

amenazaron y la obligaron a ser partícipe de este engaño. Por eso nos ha llamado y nos ha hecho venir. Cuando vinimos nosotros se negó en redondo a dejarnos inspeccionar su casa; es más, nos echó de aquí. Y ahora nos llama en lugar de avisar a la policía. No tiene mucho sentido, ¿no?

—No —acepté—, pero también puede que no quiera más complicaciones. Ella sólo desea recuperar la tranquilidad que tenía antes de conocerme.

—Y yo se la quiero dar. Pero era incapaz de sostenernos la mirada, y este desván me ha revelado más cosas de las que ellos pretendían mostrarme.

—Te subestiman.

Luca me dirigió una sonrisa pendenciera que me encandiló.

—Y no saben cuánto todavía.

Caminó hacia el fondo del desván y comenzó a inspeccionar el suelo con suma atención. Fue retrocediendo en oblicuo siguiendo unas marcas de arrastre hasta toparse con lo que parecía un armario de dos puertas cubierto por una sábana. Tiró de ella, descubriéndolo, y alzó una ceja indagador.

—Ayúdame a moverlo —pidió decidido.

Arrimé mi hombro a uno de los extremos y empujamos al unísono en la misma dirección. El recio armario crujió quejoso, pero cedió lentamente a nuestro avance.

Luca chasqueó complacido la lengua al descubrir una

pequeña trampilla.

—¿Cómo sabías que este armario podía ocultar algo?

—Es el mueble más pesado de todos, y fue el que arrastraron intencionadamente y sin razón aparente a este punto en particular, por algún motivo «de peso». —Me guiñó el ojo ante su agudeza con gesto burlón y prosiguió —: Lo que hicieron para que no se viera tan extraño y solitario en mitad de este espacio fue acompañarlo con muebles diversos y conformar el decorado en torno al baúl.

Nos pusimos en cuclillas y Luca introdujo los dedos en la presilla metálica que delimitaba el encaje de ese tablón del suelo con el resto. Aun así, no cedió. Se inclinó para inspeccionarla.

—Parece que la placa de metal tiene un pequeño orificio —comprobé pasando la yema de mi índice sobre ella—. Quizá sea una minúscula cerradura.

—Lo es —afirmó él frunciendo el ceño. De repente su mirada se iluminó y comenzó a rebuscar en el bolsillo trasero de sus vaqueros con torpe urgencia—. No puede ser...

Lo miré intrigada cuando extrajo un delgado filamento metálico con extraños salientes. Parecía una nota musical, una semicorchea plateada invertida.

—¿De dónde...?

—Estoy tan sorprendido como tú. Es el alambre que extraje de la pieza de vidrio de mi jarrón.

Abrí la boca atónita cuando Luca encajó el filamento en

el orificio a modo de llave. Lo hizo girar y oímos con claridad un suave chasquido.

—¡Joder, no puedo creerlo! —exclamó estupefacto—. El destino está de nuestra parte.

Me dirigió una sonrisa entusiasmada. Su mirada refulgió excitada.

Tiró con fuerza y el madero cedió quejumbroso. Dejó la tabla a un lado y se inclinó lateralmente, introduciendo la mano y el antebrazo bajo el suelo, palpando a ciegas.

—Creo que he tocado algo.

Encogió el gesto prolongando su esfuerzo y se afanó por sacar lo que había encontrado. Lo extrajo con un gruñido victorioso y me lo mostró.

Era un cilindro metálico con una especie de tapa unida con cadena al extremo de la abertura. Luca tiró con suavidad y cedió ligeramente; otro tirón más fuerte finalmente la arrancó.

Nos miramos graves y expectantes. Una invisible serpiente reptó por mi espalda y se enroscó en mi nuca.

Luca introdujo dos dedos y arrastró al exterior su contenido. Contuve la respiración cuando del cilindro emergió un pergamino enrollado con una cinta roja. Deshizo la lazada, que parecía acartonada por el tiempo, y desenrolló el ajado documento, que se negaba a perder su cilíndrica forma.

Tragué saliva y la impaciencia me corroyó.

Me puse a su lado y paseé la vista por el pergamino.

—Es un acta matrimonial —leyó Luca.

Cuando leí los nombres de los contrayentes, dejé escapar una exhalación sorpresiva.

—Jamás lo habría imaginado —murmuré impávida.

—«Fabrizio Rizzoli contrae matrimonio con Rosella Brunetti en el año de Nuestro Señor de 1613 en la catedral de San Marcos.»

—¿Brunetti? ¿Es... fue cuñado de Carla, de ahí proviene su odio? —especulé—. No cabe duda de que tuvo que ocurrir algo muy grave entre ellos.

—Bastante grave —concordó Luca—, ya lo leerás.

Despegó otro pergamino y leyó lo que parecía el dictamen de un juez:

—«Se juzga a Fabrizio Rizzoli por la acusación presentada contra él por delito de estupro contra la joven Carla Brunetti, añadiéndose el delito de adulterio y reclamo por parte de la familia Brunetti de la devolución total de la dote y los bienes adquiridos a raíz del enlace».

Se interrumpió mirándome pensativo. Su ceño se acentuó y sus ojos se abrieron como platos revelando su asombro mientras leía en silencio el acta.

—Eso fue lo que...

—¿Qué?

—No deseo adelantarte nada, Alessia.

—¿Estupro? —inquirí, desconocedora de ese término legal.

—El estupro es un delito sexual que se produce cuando

alguien, generalmente mayor de edad, mantiene relaciones sexuales con una persona adolescente que consiente la relación.

Alcé las cejas asombrada y a mi mente acudieron toda clase de hipótesis sobre lo acontecido entre ellos.

Luca continuó leyendo:

—«Se declara al acusado inocente de todos los cargos, considerándose justificado el amancebamiento con la joven mencionada en el auto. Se aporta a este caso un pacto firmado por ambas partes, en el cual, y dado el incumplimiento conyugal de la esposa, la familia Brunetti, ante el reclamo del acusado, conviene en cederle a su hija menor, de once años de edad, para que satisfaga los compromisos carnales que su hermana mayor se niega a procurar, tal como se estipula en el derecho romano y en los mandamientos de la Santa Madre Iglesia.»

—Es aberrante —murmuré ofuscada.

—Hoy lo es, entonces era común.

—Pero si ya le había dado tres hijos —repliqué confusa—, había cumplido con creces sus deberes conyugales, ¿no?

—Ella nunca los cumplió, como bien dice el auto.

Abrí la boca sobrecogida por aquella revelación.

—¿Carla es... fue...?

—Sí. Fue el objeto que todos usaron para sus intereses. Pero la historia aún acabó peor.

Me compadecí profundamente de ella. A pesar de llevar

tanto tiempo muerta, la sentía tan cercana como al resto de las personas que habían rodeado la vida de Alonza. Aquel diario los resucitaba con tanta viveza que sentía como propias sus historias.

—No entiendo por qué lo acusan de estupro si habían sellado un pacto previo —murmuré reflexiva—. No tiene sentido.

—El pacto lo firmó el padre de Carla. Cuando éste murió, su madre intentó liberarla. Fue cuanto se le ocurrió.

—¿No habría sido una opción más sensata por parte de Fabrizio anular el matrimonio por no consumación y tomar como esposa a Carla?

—Es que hubo consumación en la noche de bodas. Rosella fue violada y golpeada por su flamante esposo.

—Comprendo que no quisiera repetir —repuse sofocando un escalofrío—. Y ¿no pudo Rosella pedir ayuda? No sé..., ¿declararlo nulo por agresión?

—En aquellos tiempos, la esposa era propiedad del marido, su dueño y señor, y lo único que podría haber hecho era huir. Ningún tribunal de la época condena la agresión a la mujer por parte del esposo o padre ni la asiste en nada.

Mi ofuscación crecía, aunque comprendía que la sociedad del siglo xvii, por fortuna, nada tenía que ver con la de ahora, y que, por tanto, mi mentalidad nada tenía que ver con aquel entonces. Sin embargo, me enorgullecía saber que habían existido mujeres con el coraje suficiente

para enfrentar aquella sociedad machista y patriarcal. Y que una de ellas fue mi antepasada.

—Lo que también me parece atroz es que, conociendo el motivo de rechazo de su hija mayor, el padre le entregue a esa bestia a su hija menor.

—Todo se reduce al tema económico. Imagino que no estaban en disposición de asumir una demanda con compensación. No lo sé, Alessia, me parece tan sórdido como a ti. Pero, por desgracia, así eran las cosas antes. La mujer era tan sólo una moneda de cambio.

—Carla debió de vivir un infierno —murmuré apenada.

—Lo vivió, sí, y eso la convirtió en una mujer fuerte, valerosa y libre —aseveró Luca con un marcado deje de admiración—. Dicen que los grandes guerreros se curten en las más feroces batallas. Ella y Alonza son un claro ejemplo.

Y en aquel momento me avergoncé ante la decisión de abandonar una vida a la que ya no le encontraba sentido alguno. Quizá cegada por el abatimiento que día a día había hecho mella en mí, como una gris polilla en la madera de mi corazón. Pero la vida, la vida siempre sorprendía, zarandeaba y te giraba para que retomaras un nuevo camino. Y quizá incluso todo lo que en un principio consideré una desgracia no era sino el cambio a algo mucho mejor. Si mi marido no me hubiera engañado, quizá yo nunca habría accedido a ir con Luca. El destino elegía caminos a veces desoladores para reconducirte al correcto.

Y, mirando a aquel hombre, supe que él era mi camino, que aquel diario era la puerta que me había conducido a él, y que conocer a Alonza inflamaba mi alma de orgullo y fuerza. Que todo tenía un porqué y que nada abre más los ojos que una profunda oscuridad.

Sentí la mirada de Luca fija en mí y esboqué una sonrisa cautivada.

—Bendito el día que llegaste a mí.

—Bendito el día que te descubrí.

Apoyada en su hombro, lo miré afectada; él inclinó el rostro y me besó la frente. Cerré los ojos y suspiré arrobada.

—Hay otro documento y una nota —señaló con extrañeza.

Era un listado con nombres tachados y sólo uno rodeado por un círculo: Lanzo.

Miré a Luca, que observaba anonadado aquel pergamino.

—¡La famosa lista negra! —exclamó impávido.

Había diez nombres. Sólo reconocí a Claudio Monteverdi, Fabrizio y Lanzo, Simone Gabini, el inflexible abogado de los Rizzoli, Piero Rossi, y un nombre que recordé como el profesor de biología de Lanzo: Johann Georg Wirsung.

—Hasta donde llevo leído, sólo reconozco a seis.

Se los señalé con el índice y me encogí de hombros ante los otros cuatro.

—Dos eran dramaturgos y los otros dos humanistas. Todos ellos eran los miembros de la Sociedad de la Niebla, los que fueron asesinados en 1643, en pleno carnaval.

—¿La misma noche?

—No, Monteverdi murió meses después, en noviembre, creo recordar. Lanzo tampoco, desapareció en la batalla de Creta dos años más tarde. El resto, esa noche de carnaval.

Otro escalofrío me sacudió. Me abracé a mí misma y aquel desván comenzó a perder la nota de teatralidad intencionada para teñirse de un aura lúgubre cargada de revelaciones siniestras.

—Si esa lista estaba escondida en esta casa y fue tachada de ese modo, está claro que la escondió el autor de los asesinatos, ahora me temo —conjeturé—: Carla o Alonza. Tendría sentido que ambas excluyeran a Lanzo. Y, puesto que el otro día me aseguraste que no fue Alonza, el misterio queda resuelto.

—Cierto —se limitó a musitar concluyente—, y esta lista escondida en su desván lo demuestra. En cuanto al modo, sólo puedo anticiparte que fue tan brillante como trágico.

—Pero ¿por qué?

—El motivo está en el diario.

Luca giró el pergamino y reparó en unas pequeñas y apenas visibles letras en la esquina inferior izquierda que conformaban una inquietante frase. Entornó los ojos y leyó:

—«Flores frescas sobre su tumba y un secreto bajo

ella».

Nos miramos intrigados. Luca frunció el ceño concentrado en sus propias cavilaciones. Releyó la frase para sí y sacudió la cabeza.

—Es una pista —afirmó rotundo.

—Y ¿la nota qué dice? —interpelé curiosa.

—Es una dirección, Arquada, un pintoresco pueblo cerca de Padua. La escribió Alonza, es su grafía. Ahora se llama Arquà Petrarca en honor al poeta.

Oímos la voz de Gina, que subía por la escalera, y Luca se apresuró a enrollar los pergaminos, los metió en el cilindro y los ocultó en la cinturilla de sus vaqueros bajo su camisa, a un lado de su cadera.

—¡Aprisa, sal y entreténla!

Me precipité hacia la puerta y bajé el primer tramo de escaleras tosiendo violentamente. Me la topé en aquel rellano.

—¡Querida! —musitó preocupada—. ¿Qué te ocurre?

—El... polvo..., soy alérgica... —Tosí abruptamente y boqueé con un sonido sibilante simulando que me faltaba el aliento—. Necesito agua, por favor.

Gina me tomó del brazo, me ayudó a bajar la escalera y me condujo hasta la cocina. Allí, me ofreció agua y la bebí de un solo trago, jadeando aliviada.

Comenzó a abanicarme con la mano y yo sonreí agradecida.

—Me encuentro mucho mejor, gracias, Gina.

Al cabo apareció Luca, algo sudoroso y despeinado, pero con una sonrisa tan cómplice y traviesa que serpenteó en mi estómago. Llevaba en la mano el libro de hierbas de Lanzo.

—Sólo hemos encontrado esto que sea de nuestro interés —confesó acercando el volumen a la anciana.

—Pueden quedárselo, es sólo un libro de botánica antiguo.

—Muy amable, Gina, ¿pudo recordar la carta de Lanzo?

La mujer metió la mano en el bolsillo de su chaqueta de punto granate y le entregó una hoja doblada.

Luca la desdobló y paseó curioso la vista sobre ella. Acto seguido, esbozó una sonrisa complacida y asintió satisfecho.

—Gracias de corazón, Gina, no imagina lo importante que es para nosotros desenterrar el pasado.

Tomó la mano de la mujer y se la llevó gentil a los labios. Aquel caballeresco gesto, acompañado de su penetrante mirada, turbó a la anciana y le arrancó una sonrisa encandilada y un tímido rubor a sus ajadas mejillas.

—No volveremos a molestarla, pero no olvide instalar alarmas para su completa tranquilidad. En cualquier caso, no dude en llamarnos si nos necesita.

Gina se volvió hacia mí y yo le estreché la mano afectuosa.

—Lamento haber enturbiado nuestro encuentro, Gina.

Como dice Luca, estamos a su disposición.

Abandonamos la casa de la mano, con paso raudo y mirada alerta.

Llegamos a una cafetería, junto a un banco, y Luca me dejó sentada en la terraza mientras pasaba a la sucursal a consultar el ingreso.

—Siempre está atestado, aprovecha para leer un poco, estoy ansioso por que lo termines.

CAPÍTULO 32



ENTRE HIERBAS Y RECUERDOS

Descendimos la escalera todo lo sigilosamente que pudimos.

Chloe, debilitada y atemorizada, oprimía con fuerza la mandíbula, sofocando en silencio las punzadas que debían de estar apuñalando su bajo vientre.

Llegamos al vestíbulo justo cuando oímos la puerta de la sala abriéndose detrás de nosotras. Me aventuré a soltar la cintura de Chloe y recé para mis adentros.

—¿Adónde vais?

La voz de Francesca hizo que nos pusiéramos rígidas. Sólo yo me giré para mirarla con el habitual desdén que ella me prodigaba.

—¿Acaso te interesa? —farfullé cáustica.

Recibí una sonrisa sardónica y me volví al frente, tomando a Chloe del brazo para reanudar la marcha. Apreté los dientes con desagrado cuando oí sus pasos acercándose.

Se plantó altanera frente a nosotras con los brazos en jarras y mirada

taimada y arrugó la nariz con recelo. Paseó los ojos por el rostro de Chloe y frunció el entrecejo con aguda perspicacia.

—No tienes buena cara —espetó acentuando el ceño.

—Pero tengo buen corazón... Otras no pueden decir lo mismo —replicó mi amiga en tono mordaz.

Francesca la fulminó con una mirada resentida, dejó caer los brazos a ambos lados de su cuerpo y apretó los puños airoso.

—El corazón sólo vale para que te lo rompan.

—La cara también —replicó Chloe, devolviéndole una mueca dura y contenida.

Habría sonreído admirada si la preocupación y la premura me lo hubieran permitido.

Francesca se encaró a mi amiga, y yo me interpuse amenazante.

—Si sabes lo que te conviene, déjanos tranquilas.

—Sois vosotras las que no parecéis entender a quién os estáis enfrentando. Pero os juro que pronto lo descubriréis.

Y, tras otra mirada afilada, se encaminó hasta la escalera y subió con la espalda recta pero ademanes bruscos.

Tras aquel momento tenso, las rodillas de Chloe parecieron ceder. La sostuve de la cintura y, apoyada en mí, caminamos hacia la salida.

—Eres una inconsciente —reprendí suavemente—, pero eso son arrestos.

—Estaba tan muerta de miedo que me he refugiado en la indignación que esa arpía me provoca.

—Ha sido intrépido por tu parte —subrayé—, pero ha merecido la pena sólo por ver su cara.

Dibujó una mueca orgullosa y de pronto palideció.

La ceñí con más urgencia y aceleré el paso.

—Aguanta, amiga, aún nos queda un buen trecho.

Caminamos en silencio, sorteando a la gente en los callejones más estrechos, procurando pasar desapercibidas. De vez en cuando me detenía para que Chloe recuperara el resuello. Ella se apoyaba en mis hombros, inclinaba la cabeza e intentaba acompasar la respiración. Luego me miraba más recuperada y asentía.

El sobreesfuerzo al que la estaba sometiendo me pellizcaba la conciencia y me oprimía el corazón. Sabía que continuaba el sangrado, y, a pesar de haberle puesto unos paños de algodón que había atado con cordeles a su

cintura, temí que se empapara y la sangre se escurriera por sus piernas, y goteara en el suelo antes de llegar.

—¿Cómo te encuentras? —susurré a pesar de conocer la respuesta.

—Débil, pero podré llegar.

Continuamos el camino, ya recibiendo alguna que otra mirada recelosa de los viandantes que sorprendían alguna mueca dolorida de Chloe.

Tras doblar varios recodos más y ya casi al límite de sus fuerzas, atravesamos la plaza frente a la basílica de Santa Maria dei Frari y nos introdujimos en la callejuela donde estaba la casa de los Rizzoli.

Habían transcurrido algo más de tres años desde la última vez que había salido de allí rumbo a Poveglia y su sola visión me detuvo el pulso. Un torrente de recuerdos me inundó con cruenta inquina y retrocedí casi inconscientemente. Cerré los ojos y respiré hondo. Tuve que obligarme a continuar y alejar de mi mente las imágenes que se superponían implacables encogiéndome el corazón.

Alcé la vista y contemplé el cartel de madera tallada que había sobre la puerta de entrada que rezaba «Apotecario» y nos dirigimos hacia allí. Chloe ya trastabillaba torpemente. Pasamos por el angosto callejón que daba a la otra entrada a la casa e imaginé que aquélla debía de ser ahora la entrada familiar.

Nos adentramos en el pulcro establecimiento, una campanilla sobre la puerta anunció nuestra llegada.

—¡Ahora mismo atiendo!

Su voz salió de la trastienda, más profunda y varonil de lo que la recordaba. Todo mi interior se removió ante la cadencia de su tono.

Cuando emergió de un pasillo y apareció tras el mostrador ubicado en lo que había sido el amplio vestíbulo, limpiándose las manos con un paño, mi corazón se detuvo. Hacía un año que lo había visto por última vez y, cuando él alzó su celeste mirada hacia mí, me sentí desfallecer.

Su faz se congeló estupefacta, sus ojos se abrieron como platos y me observó boquiabierto. El impacto de verme se trocó en desconcierto, pero su faceta profesional tomó el control cuando se aperció del evidente malestar de mi acompañante.

Salió de detrás del mostrador con gesto preocupado y se acercó a nosotras. En el preciso instante en que nos alcanzaba, las rodillas de Chloe cedieron y se desplomó fatigada. Lanzo, que anticipó su desmayo, se abalanzó

en dos zancadas hasta ella y la tomó entre sus brazos.

Lo miré angustiada y lo seguí hasta la trastienda, que no era sino el salón principal de la casa, completamente distinto de como lo recordaba.

Depositó a mi amiga en un camastro que había junto a la ventana y posó la palma de su mano en la frente con semblante concentrado.

—Está perdiendo mucha sangre —informé—. Está encinta.

Lanzo me dirigió una mirada adusta con un leve deje incómodo y asintió.

—Tiene fiebre y su pulso es bajo —murmuró desabrido.

Le alzó la falda y la camisola y profirió un sonido que no supe interpretar, pero que no sonó nada bien en mi opinión.

Se alejó y cogió una jofaina que tenía bajo otro mostrador, éste más tosco, y vertió en su interior agua de una larga jarra de latón que tenía colgada de la pared. Tomó una esponja, varios lienzos limpios y un pequeño frasco con tapón de corcho, y regresó a su lado ignorándome por completo.

—¿Puedo ayudar en algo? —pregunté inquieta.

Dejó la jofaina a un lado de la cama y negó con la cabeza sin mirarme.

Abrió el frasco y vertió parte de su contenido en el agua. Se remangó, dejando al descubierto unos fuertes antebrazos que yo no había visto nunca, y me di cuenta de que ya no era el joven delgado e imberbe que conocía. Era más alto y fornido, y sus hechuras rezumaban poder.

Observé la dedicación que prodigaba a todos sus movimientos, y la delicadeza de su trato me cautivó. Retiró despacio el paño empapado en sangre y le abrió las piernas ligeramente.

Embebió la irregular esponja en el líquido, la escurrió y comenzó a lavarla con mimo.

—¿Qué le has echado al agua?

—Decocción de milenrama y cola de caballo —respondió sin desviar la atención de su trabajo—, es un remedio muy efectivo para detener hemorragias femeninas.

Aclaró la esponja y la escurrió hasta limpiar completamente la zona. Luego palpó la parte baja de su vientre con la punta de los dedos.

—Está inflamada y caliente. Tendré que aplicarle compresas frías.

Retiró el recipiente con el agua sanguinolenta y tomó otro frasco de vidrio de un estante.

—Alcohol de lavanda y romero —informó anticipándose a mi pregunta, —, baja la fiebre aplicado sobre la piel.

Empapó uno de los lienzos limpios en aquel tónico y me pidió que desvistiera a Chloe.

—No es necesario que la desnudes del todo.

La dejé en camisola y le desaté los cordones del escote, abriéndoselo ligeramente.

Cuando me volví hacia él, lo sorprendí mirándome nostálgico.

—¿Así está bien?

Asintió hosco y se dedicó a refregar suavemente el cuello y el escote de Chloe concentrado en su tarea.

—¿Perderá a su hijo?

—Es bastante posible. Es lo que quiere, imagino. ¿Acudió a una de esas parteras que los arrancan del vientre con un gancho? ¿O tomó algún remedio para provocar la expulsión?

—Nada de eso. Ella quiere a su hijo.

Alzó una ceja incrédulo y me miró con burda indolencia.

—Un caso bastante inusual. Las meretrices los evitan, no los buscan.

Le lancé una mirada reprobadora y fruncí el ceño molesta por su frialdad.

—Sólo si se descuidan o se enamoran.

—Y ¿cuál es el caso de tu amiga?

—Se enamoró.

Continuó empapando el lienzo y frotando su piel con él. La intensa fragancia del romero y la lavanda estimularon mi olfato.

Nuestras miradas se encontraron un leve instante en el que mi pulso se aceleró. Desvié rauda la vista sobre el cuerpo inconsciente de Chloe y tomé su mano entre las mías. Mi brazo rozó el de Lanzo y él se detuvo y me miró con cierta turbación. Se apartó un ápice y continuó con su labor. Cuando estuvo satisfecho, regresó a su mostrador y yo observé su lugar de trabajo. De las vigas tenía colgados manojos de hierbas secas. Sobre la repisa de la chimenea, donde tanto habíamos jugado juntos, leído y conversado, se apilaban gruesos volúmenes que, imaginaba, consultaba a menudo o quizá en los que tomaba sus apuntes y conclusiones médicas. En la pared del fondo, varias alacenas estaban repletas de potes y frascos de diferentes tamaños. En el centro, una larga mesa llena de utensilios varios: cuencos, morteros, alambiques, una balanza, marmitas, un libro abierto con ilustraciones de hierbas, pinzas, tenazas y algún otro objeto que no reconocí.

Supe discernir el oculto orden que había en aquel aparente desorden.

—Me alegró mucho saber que habías cumplido tu sueño.

—Me arrebataron otros, al menos éste distrae mi mente.

Observé su perfil: su semblante permanecía inmutable, pero con una tensión palpable pulsando su mandíbula.

Tenía el cabello algo más largo, negro y ligeramente revuelto, seguramente por enterrar sus dedos en él, un gesto habitual cuando estudiaba, investigaba o se abstraía en sus pensamientos. Sentí el impulso de pasar mis dedos para acomodar sus rebeldes mechones, pero pensar que ahora otra mujer lo hacía implantó en mi garganta una sensación amarga, reprimiendo con acritud ese anhelo.

Redobló el lienzo y permaneció pensativo mirando a Chloe.

—¿Tú... cómo estás? —preguntó sin mirarme.

—Cambiada —respondí queda.

Entonces giró el rostro y me miró, por primera vez desde que había entrado en su botica, directamente a los ojos.

—Ya veo. Todos cambiamos, o más bien la vida nos obliga a ello.

—Como nos conduce por caminos inesperados. Ambos tomamos uno que jamás habríamos imaginado.

Pensar en cómo la vileza de Bianca finalmente había salido victoriosa seguía revolviéndome el estómago.

—Cierto —convino. Su mirada se ensombreció afligida, apretó el mentón y la tristeza veló su rostro—, y cuanto nos queda es recorrerlo sin mirar atrás.

—Mirar duele —confesé desviando la vista.

Se apartó de mi lado y caminó hacia la alacena. Eligió dos pots cerrados y los llevó a la mesa. Allí, los abrió y, con una cucharilla, comenzó a volcar el contenido en el mortero. Acto seguido, vertió un líquido traslúcido en el interior y comenzó a remover aquel mejunje espeso y rojizo.

Su rostro, aunque había recompuesto su máscara impassible, denotaba un tinte contenido en la dura línea de sus labios.

—Estoy preparando una infusión concentrada de rosas rojas —susurró flemático—, entre sus propiedades está la de afianzar el embarazo. Debe tomarla varias veces al día, y naturalmente no tiene que mantener relaciones carnales, posiblemente hasta que nazca el niño.

Pensé en el incierto futuro de Chloe si su enamorado no respondía por ella. Mi preocupación no hacía más que aumentar, y esa sensación premonitoria, auspiciada por aquella adivina, continuaba latente en mí como

un pájaro de mal agüero.

—No te preocupes, con los debidos cuidados se pondrá bien.

Alcé la vista descubriendo una mirada tierna y compasiva que me dejó temblorosa y necesitada de un abrazo. Sonreí agradecida y Lanzo se prendió de mi boca el tiempo suficiente para reconocerse a mí misma que deseaba que me besara. Cuando logró recomponerse, sacudió ofuscado la cabeza y fue al estante a por otro tarro.

Repitió el proceso y, al cabo, me entregó dos frascos de vidrio.

—El rojo es para ella, debe tomarlo diariamente, durante los primeros meses. Cuando lo termine, le prepararé otro.

Me miró largamente a los ojos, y fue entonces cuando descubrí que aquel escudo que se afanaba en esgrimir contra mí comenzaba a debilitarse mostrando sus emociones.

—Y el otro es para ti. Sé que..., bueno, vosotras usáis diversos métodos para... evitar el embarazo, pero con este tónico astringente, además, alejarás el contagio de enfermedades sexuales. Son lavados para después de...

Bajó la vista mortificado y se dio la vuelta fingiendo ordenar su mesa. Pude apreciar en su pose rígida que contenía su frustración.

—Gracias —musité apesadumbrada—, pero yo no lo necesito. No puedo tener hijos.

Se detuvo abruptamente, como si el tiempo lo hubiera congelado en mitad de un movimiento. Tras un tenso silencio, pareció respirar hondo, apoyó las palmas de las manos en el tablero de la mesa y hundió los hombros.

Me puse a su lado, pero no pude verle el rostro. Tenía la cabeza inclinada hacia delante y el largo cabello oscuro ocultaba su rostro. Posé con suavidad mi mano en su hombro y lo oprimí levemente para reconfortarlo.

—No te preocupes por mí, Lanzo. Estoy bien. Nunca he sido tan fuerte.

Entonces se giró hacia mí y su atormentada mirada me conmocionó.

—No tienes ni idea de lo que es tenerte tan cerca y tan lejos a un tiempo. Es como si me desgarrara por dentro.

—Lanzo...

Acaricié su mentón con infinita ternura y mis propias barreras comenzaron a bajar, dejándome indefensa.

—No hay noche en que no me duerma sin llorar tu pérdida —musitó con voz rasgada y sufrida.

Me abracé a él, y sus brazos me ciñeron con fuerza.

Trémulos y desolados por aquel despiadado ardid del destino, empecinado en separarnos, nos fundimos en un abrazo apasionado y emotivo. Cerré los ojos arrasados en lágrimas y maldije la vida y a quien la gobernara, ya fuera desde el cielo o desde el infierno. Maldije mi destino y a todos aquellos que se habían encargado de malograrlo, y maldije mi corazón por no poder desvincularse del suyo, por amarlo con esa fuerza arrolladora que, en lugar de aplacarse, crecía implacable ante su cercanía.

Cuando logramos separarnos, el límpido y húmedo azul de sus bellos ojos mostró todo el dolor que aún guardaba y que había logrado mantener encerrado en algún rincón de su ser.

Reseguí sus labios y él cerró los párpados, exhalando un débil gemido anhelante.

Cuando los abrió de nuevo, su cautivada mirada me atrapó.

Acerqué mi boca a la suya con intención de rozarla apenas con ademán titubeante. Pero Lanzo la tomó con determinante vehemencia, derramando en el beso todo lo que había estado conteniendo. Su voracidad, apasionada y desesperada, encendió mi deseo con la virulencia de una llama devorando una seca espiga de trigo.

Mi mente se abotargó ante su imperiosa necesidad de mí. Gruñó hambriento en mi boca y sus manos comenzaron a recorrerme con ruda ansiedad. Las mías se afanaron por filtrarse bajo su camisa, acariciando cada ondulación de su espalda. La suave tibieza de su piel despertó mis sentidos, queriendo sentirlo en mi interior.

—¡Santo Dios..., Alonza...! —gimió enloquecido.

Aferré su nuca y lo besé con delirio, hundiendo mis dedos en su espesa melena, deleitándome en su tacto y acercándolo más a mí, si acaso eso era posible.

Se inclinó sobre mí, me agarró de las nalgas y me alzó con pasmosa facilidad. Enlacé mis piernas a sus caderas y me sentó en el borde de la mesa, apartando con rauda torpeza mis faldas para colocarse entre mis piernas.

Despegó su boca de la mía para besar mi cuello, mordisqueándolo, y yo gemí ardorosa. Sólo él conseguía arrancarme el corazón del pecho con cada beso, constreñirme con aquel deseo devorador que nublaba mi razón y elevaba mi placer a cotas inimaginables. Sólo él lograba hacer vibrar mi alma y que me olvidara del mundo. Sólo con él, aquel acto tenía un verdadero sentido.

De repente oímos la campanilla de la tienda y unos pasos que se

acercaban. Lanzo se tensó, me miró turbado y regresó a la realidad de la mano de una conocida y aguda voz de mujer. Alarmado, se apartó veloz de mí, recomponiendo sus ropas, y, peinando su alborotado cabello, se alejó en largas zancadas hacia la botica.

Respiré hondo, bajé de la mesa, alisé mis faldas y acomodé algunos mechones sueltos de mi recogido, maldiciendo a aquella horrible mujer, a cuyos muchos defectos añadí en aquel momento el de inoportuna.

Me dirigí hacia el camastro donde estaba Chloe y me avergoncé de mi conducta. Lanzo era mi fruta prohibida, y, por mi bien, no debía comerla.

En ese instante, dos mujeres irrumpieron en la trastienda inmersas en una distendida cháchara, a pesar de que Lanzo intentaba detenerlas con palabras que no escuchaban.

—Estoy asistiendo a un paciente —se quejó furioso.

—Sólo necesito jugo de amapola para Caterina, no duerme bien y...

Ambas enmudecieron abruptamente. Me miraron boquiabiertas y yo las fulminé con una sonrisa ácida y cínica.

Cuando reparé en el estado de Bianca, tuve que controlar las ganas de llorar. Endurecí el gesto y me puse en pie para enfrentarlas. Ver aquella prominente barriga, sabiendo que albergaba un hijo de Lanzo, me acuchillaba y reavivaba el odio que me inspiraba.

—Hola, Bianca, Caterina..., ¡cuánto tiempo sin veros! —exclamé mordaz.

Les dirigí una larga mirada escrutadora para terminar componiendo una mueca soberbia y una sonrisa desdeñosa.

—No el suficiente para mí —barbotó Caterina.

—En cambio, yo tenía ganas de volver a teneros frente a mí.

Lanzo se interpuso entre nosotras y le ofreció a su hermana un pequeño recipiente.

—Aquí tienes el jugo de amapola —repuso grave—, largaos de aquí.

Su rudeza con ellas me desconcertó.

—¡¿Qué hace aquí esta puta?! —bramó Bianca con el rostro desencajado.

—Es una cliente —contestó desafiante Lanzo—, y yo, el dueño, y os echo de mi establecimiento.

—¡Soy tu esposa y ella es tu hermana, no puedes tratarnos así!

Lanzo las miró amenazante con una dureza que jamás había visto en él.

—Os trato como merecéis.

Las cogió a ambas del brazo y las arrastró fuera del almacén. Ellas

protestaban a gritos y se revolvían contra él como las víboras que eran.

De nuevo se oyó la campanilla de la puerta, seguida de un portazo.

Cuando Lanzo regresó, su semblante afligido y su furia todavía palpitante acicatearon mis ganas de volver a abrazarlo, pero me contuve.

—Lamento haberte causado problemas, no debería haber venido, pero temí tanto por Chloe...

Se pasó ambas manos por el cabello y se lo despeinó de nuevo. Tuve que morderme el labio inferior para no hundir las mías en él.

—No, soy yo el que debe pedir disculpas.

Inclinó avergonzado la cabeza y tuve que girarme hacia mi amiga para no abalanzarme sobre él. En mi interior, esa bola de emociones que crecía a un ritmo alarmante comenzaba a desbordarme, y supe que tenía que salir de allí antes de cometer una locura.

—Son tu esposa y tu hermana, pero no tienes que responder por sus actos. Nunca cambiarán, me temo. No espero nada bueno de ellas, pero no las temo porque ya no soy aquella Alonza a la que pudieron herir con su crueldad y sus malas artes. No, ahora tengo más garras que ellas.

Nos miramos intensamente con una gravedad que constriñó mi pecho, ambos contenidos y trémulos. Comencé a sentir que me faltaba el aire y aparté la vista.

—No sabía que vas a ser padre, enhorabuena —mascullé intentando camuflar mi dolor.

—Es lo único bueno que puedo esperar de mi esposa —murmuró compungido.

—Mira a tu alrededor. Cargaste con ella por un buen motivo: tu libertad y tu sueño. No te dejaron otra alternativa, y yo..., al principio me costó entenderlo, pero ahora lo entiendo. Tienes tu botica y pronto tendrás un hijo; soportarla merece la pena.

Lanzo levantó la vista y me miró con extrañeza, confundido, pero al cabo de unos segundos asintió, apretó los labios disgustado y compuso un rictus frustrado y tan triste que pesó en mi alma como una piedra sumergiéndose en el océano.

Y entonces ya no pude reprimirme más.

Avancé hacia él y me abracé a su pecho.

Sentir sus brazos a mi alrededor era el consuelo que necesitaba, el refugio que ansiaba y el calor que me faltaba.

—Dicen que, cuando te roban el corazón, éste sólo regresa cuando el ladrón te abraza —susurró afectado—. Y es cierto.

Lo estreché con más fuerza, como si quisiera meterlo dentro de mí, para que, cuando saliera de aquel lugar, ese vacío que me corroía día a día fuera más soportable. Y entonces me pregunté por qué no podía tenerlo. Por qué debía privarme de sus abrazos, sus besos y su pasión, de su dulzura, su compañía y su amor. Podía ser su amante, podía formar parte de su vida de aquella secreta manera.

Me aparté y lo miré esperanzada.

—No renunciemos a esto.

Lanzo frunció el ceño y me miró inquisitivo.

—A lo que sentimos —expliqué tomando su rostro entre las manos.

Él pegó su frente a la mía y cerró los párpados con expresión atormentada.

Suspiró profundamente, como si cada aliento lacerara su alma, y, cuando abrió los ojos y me miró, pude ver su respuesta titilando en ellos.

—Jamás renunciaré a lo que siento por ti, porque es lo único que me hace sentirme verdaderamente vivo —profirió con vehemencia.

—Ni yo, aunque ese sentimiento me obligue a guardarlo en un oscuro rincón para poder continuar con mi vida. También me prohibí acudir a él para que la nostalgia y el dolor no me derrotaran. Pero sigue ahí, tan brillante como el primer día. Sin embargo, ahora..., ahora que estoy entre tus brazos no quiero privarme de ellos. Podemos seguir viéndonos, podemos amarnos al margen de nuestras vidas.

—¿Esconder nuestro amor y convertirlo en algo oculto y prohibido? ¿Sabes lo que supondría convertirte en mi amante? Que no querría que nadie más te tocara. ¿Aceptarías eso? Si sucumbiéramos a ese tipo de relación, ni tú soportarías que en mi cama estuviera ella, ni yo que por la tuya pasaran otros hombres. Me volvería loco, Alonza. Muchas noches ya lo hago, cuando te imagino... con ellos. —Apretó la mandíbula como si una punzada de dolor lo acometiera—. No podría con ello.

—De acuerdo —acepté con amargura—. No debería haberte propuesto semejante locura. Sigue con tu vida, yo seguiré con la mía.

Ya me retiraba cuando me tomó del codo y me atrajo de nuevo hacia él.

—Acepté sacrificarme porque era cuanto podía hacer, sí, pero no por el motivo que crees. Y lo volvería a hacer, por lo que no me arrepiento de

compartir mi existencia con un ser tan deleznable como ella. Intento... intento sacar el máximo partido a mi vida, Alonza, sabiéndote lejos, sabiéndote de otros, sabiéndote a salvo de la maldad que te acechó un día. Y, si he de ser el parapeto que los separé de ti, lo seré. No volveré a ser el puente entre ellos y tú. Mantente lejos de los Rizzoli, nada bueno podrás esperar de ellos.

—¿Ni de ti?

—Yo no tengo nada que ofrecerte ya. Te di mi corazón y contigo estará mientras lata. Mi vida ya no es mía, y mi destino ya lo condené.

—Bien —repliqué resentida—, no tenemos nada más que hablar sobre este tema.

Me dirigí hacia el camastro, me senté junto a Chloe y posé mi palma en su frente. La fiebre había desaparecido.

—Parece mejorar —advertí fingiendo normalidad e intentando denodadamente enfriar mis emociones—. ¿Podrías despertarla? Se está haciendo tarde y hemos de regresar a casa.

No me volví hacia él, pero oí sus pasos tras de mí. Deduje que buscaba algún otro frasco.

Cuando se acercó, me envaré y me obligué a no mirarlo. Acercó el frasquito a la nariz de Chloe y, casi al instante, ella comenzó a removerse. Abrió los ojos, parpadeó repetidas veces y nos miró alternativamente, mostrándose confusa.

—¿Y... y mi hijo? —preguntó en un débil tono de voz.

—Todo está bien —respondí con dulzura—. Lanzo ha detenido la hemorragia y te ha preparado un remedio para afianzar el embarazo. Pero debes cuidarte mucho.

Su mirada se iluminó emocionada y dirigió a Lanzo una amplia sonrisa.

—Gracias —murmuró sentida.

Él asintió esbozando una sonrisa tibia y la ayudó a incorporarse.

—¿Cuánto te debo por todo?

Lanzo me dedicó una mirada ofendida y negó con la cabeza.

—Nada, ya has pagado demasiado.

Nos sostuvimos la mirada con profunda gravedad. La retiré temiendo echarme a llorar y la fijé en Chloe.

—¿Puedes andar? Tenemos que irnos.

Asintió y la cogí de la cintura para ayudarla a caminar. En ese momento, la campanilla volvió a sonar.

CAPÍTULO 33



ENTRE LA NIEBLA

Ya salíamos de la botica cuando ella entró bamboleando sus grandes caderas y portando una gran cesta de mimbre. Parloteaba animosa, revolviendo las hierbas del interior de su cesta y, cuando alzó la vista y me vio, sus ojos se abrieron como si hubiera visto un fantasma. Seguramente mi rostro se asemejaba al suyo, pero en ambas la sorpresa que nos demudaba dio paso a una dicha tan emotiva que apenas fuimos capaces de expresar palabra.

La mujer se llevó la mano al pecho y sonrió entre lágrimas, gesticulando su asombro.

—Alonza...

Se acercó a mí, soltó la cesta y cogió mi mano mirándome conmovida.

—Cuando supe que estabas viva, no podía creerlo. Yo lloré tu muerte, mi niña.

—Concetta, cuando regresé, te busqué y también temí por ti.

—Escapé de esta casa, a la que ahora he vuelto para servir a nuestro Lanzo. —Dirigió la mirada a mi espalda y sonrió maternal. Saberlo justo

detrás de mí me agujoneaba el pecho—. Me refugié en casa de una amiga por temor a las represalias. Tiempo después, me topé con Lanzo en el mercado y me pidió encarecidamente que dirigiera su casa, que ahora era suya. Y acepté, para mí siempre fue como un hijo.

Lanzo nos rodeó, acercó a Chloe una banqueta y la sentó cuidadosamente. Entonces, abracé a Concetta y dejé que sus gruesos brazos caldearan mi ánimo.

—Mi niña..., he llorado tanto por vosotros...

—Ahora estamos bien, aquello ya pasó —murmuré tranquilizadora.

Concetta me sonrió inspeccionándome perspicaz. Por cómo entornó los ojos y frunció los labios, tuve la impresión de que no estaba muy convencida. Después observó a Lanzo, que, a mi lado, me miró de soslayo evidenciando su incomodidad.

—Las grandes cosas nunca pasan, y lo vuestro es muy grande.

Mantuvimos un silencio tenso cargado de emociones despuntadas que apenas lograba contener.

Concetta percibió nuestra tirantez y su rostro se endulzó con una afligida comprensión que derramó en una sonrisa tierna y compasiva.

—Tengo que marcharme —anuncié mirando a Chloe—. Mi amiga está enferma y he de llevarla a casa.

—Vendrás a visitarme, ¿verdad?

—Quizá sea mejor que me visites tú —espeté prudente.

Concetta torció el gesto y miró a Lanzo demandando silenciosamente su apoyo. Pero éste permaneció mudo, con los puños apretados y el rostro pétreo.

Me dirigí hacia Chloe, que observaba atenta la escena, y la ayudé a levantarse.

—Me encuentro mejor —arguyó mirando agradecida a Lanzo, que le devolvió una sonrisa tan dulce que amenazó con derribar mis defensas.

Cuando me miró a mí, su rictus cambió, y la tristeza lo invadió con un tinte tan apesadumbrado que oscureció su faz.

Bajé la vista y, del brazo de Chloe, me dirigí a él con formalidad y frialdad:

—Gracias por todo, no volveremos a importunarte.

Un leve temblor pulsó en su mandíbula y sus ojos relampaguearon molestos.

—Volved cuando me necesitéis, para eso estoy aquí.

Su mirada subrayó sus intencionadas palabras. Sentí sus ojos clavarse con tanta intensidad en los míos que todo mi ser se revolvió ante la sola de idea de salir de allí para no regresar.

Tragué saliva y desvié la vista. Me pesaba el corazón y me ardían los ojos.

—Concetta, siempre estaré para ti. No dudes en visitarme, te he echado mucho de menos.

La mujer volvió a abrazarme conmovida y asintió esbozando una sonrisa dichosa.

—Claro que lo haré, tenemos mucho que contarnos.

Nos encaminamos hacia la salida y, antes de abrir la puerta, volví el rostro y lo miré.

—Adiós, Lanzo.

Sus ojos graves y afectados se perdieron en los míos. Su rictus se endureció en contraste con la maraña emocional que inundaba su húmeda mirada, y pareció luchar contra sí mismo antes de abrir la boca.

—Adiós, Alonza.

Salimos al exterior y, a cada paso que daba, un pedazo de mi alma se desligaba, flotando invisible tras de mí para desfragmentarse en una nube de polvo etéreo, dejándome incompleta de nuevo, vacía y fría.

Y, como bien había dicho Lanzo, mi corazón quedaba en aquella botica junto a él. Y el hueco que ahora anidaba en mi pecho comenzaron a ocuparlo la furia, la ambición y la venganza.

—Está mucho más apuesto y varonil —mencionó Chloe—, y tan enamorado de ti que se le salía el corazón por los ojos cuando te miraba.

Le dirigí una mirada seca y admonitoria.

—No quiero hablar de él.

Sentí su mirada fija en mí, pero no me giré hacia ella. Continué caminando con la vista al frente y la mente inquieta.

—Intuyo que ha pasado algo entre vosotros durante mi inconsciencia —aventuró preocupada—. Y no te obligaré a que me lo cuentes ahora, Alonza, pero te aseguro que lo harás cuando encuentres las fuerzas, porque hablar ayuda a liberar las penas.

—No, no ayuda —repuse—, es justo al contrario en mi caso. Necesito olvidarlo, necesito continuar con mi vida y necesito acabar con los Rizzoli.

Chloe, que andaba cogida de mi brazo con paso cuidadoso y algo

inseguro, se detuvo para mirarme contrariada.

—¿También con Lanzo?

—No, él queda aparte, naturalmente, y su esposa también, sólo porque va a darle un hijo. En cuanto al resto, no tendré ninguna piedad de ellos.

El rostro de Chloe se oscureció preso de la inquietud.

—Me estás asustando, Alonza. Son una familia poderosa, harías mejor en seguir tu rumbo y, como bien dices, olvidar.

—Eso sería lo más fácil, pero también lo más egoísta. Son malignos, y lo serán mientras respiren. Y, no, no temas, no tengo intención de matarlos, sino de acabar con sus vidas, con su orgullo, con cuanto poseen. Si olvidara, si los diera de lado, seguirían dañando a otras personas, porque son alimañas que se alimentan del dolor. Como víctima que fui, tengo la responsabilidad de detenerlos. Y lo haré. Quiero seguir creyendo en la justicia, en que todos deben pagar sus culpas en esta vida y en la otra. De la otra no puedo encargarme, pero sí de ésta. Y sé cómo empezar.

—¿Cómo? —inquirió temerosa.

—Arruinando su reputación mercantil. Fabrizio posee una gran flota dedicada al comercio con Oriente. Si hago correr el rumor de que es un conspirador y que pasa información a los otomanos a cambio de dinero, no sólo comenzarán a recelar de él, sino que incluso, si juego bien mis cartas, pueden acusarlo de alta traición en el Consejo de los Diez...

—Eso es retorcido —condenó Chloe con gesto sobrecogido.

—Como lo que ellos me hicieron a mí.

—Si haces lo mismo que ellos —musitó en tono apenado—, te convertirás en lo mismo que tanto condenas.

—Es posible —coincidí—, incluso puede que peor, pero con una salvedad: sólo con quien lo merezca. Y, puesto que no aspiro ya a ocupar un lugar en el cielo, al menos iré al infierno con honores.

—¡No digas eso! —exclamó indignada con gesto espantado—. Ningún demonio te apartará de mi lado, y yo no pienso ir al infierno, con lo que iremos las dos al cielo como un buen par de angelitos.

Sonreímos al unísono y su brazo se ciñó con más fuerza al mío.

—Sólo prométeme ser cautelosa —pidió buscando mi mirada.

—Lo prometo, Chloe.

Recibí un beso en la mejilla y se lo devolví ante el ceño reprobador de un hombre que pasaba junto a nosotras con su lacayo.

—No se te ocurra sacarle la lengua —susurré divertida.

—Se lo merece, ¿qué ha sido de la tolerancia de esta ciudad? ¿Una simple muestra de cariño entre amigas resulta ofensiva? Venecia está perdida —bromeó apoyando la cabeza en mi hombro.

Y, a pesar de la sorna en sus palabras, en verdad Venecia había comenzado un preocupante declive. Su antiguo resplandor se desdibujaba, estaba perdiendo su hegemonía tanto territorial como económica. Por lo que había oído de boca de hombres de Estado, el comercio portugués de especias en Asia y África, inaccesibles para los venecianos, habían convertido a Portugal en un poderoso rival. También se veían amenazados por la riqueza de España y su imperio colonial, así como por la gran expansión comercial ultramarina de Inglaterra y Holanda, basada en las rutas del océano Atlántico, disminuyendo peligrosamente la influencia comercial de Venecia, reducida a un Mediterráneo menos rico en el que debía competir con otros grandes poderes. Su constante enfrentamiento territorial con los otomanos había mermado sus fronteras y desgastado sus arcas. Aun así, la Serenísima pugnaba por recuperar su antiguo esplendor ante el mundo entero.

Llegamos a casa ya entrada la tarde y Elisa nos sorprendió en el vestíbulo, Dirigió una escrutadora mirada a Chloe que me alertó.

—Carla os espera en su despacho —masculló severa.

Su voz áspera y cortante se me antojó como el graznido de un cuervo.

Asentí seca y Elisa me dirigió una mirada censuradora.

—Será mejor que te ayude a subir a tu cuarto, tienes que descansar. Yo me enfrentaré a ella.

Chloe me observó preocupada y negó con la cabeza.

—Ha dicho que vayamos las dos, será mejor no contrariarla más. A buen seguro Francesca la ha indispuerto contra nosotras.

—He dicho que no —insistí pertinaz.

Elisa, que continuaba en el rellano de la escalera, profirió un sonido molesto.

—Os espera a las dos —recalcó.

Me dirigí a ella y la enfrenté con gesto adusto y mirada desafiante.

—Y yo responderé por las dos. Chloe está muy cansada, no se encuentra bien. Ayúdala a meterse en la cama, Elisa, yo me hago cargo de Carla.

La firmeza en mi tono la asombró, pero ante mi determinante gesto se avino a obedecer sin réplica.

Tras una mirada inflexible hacia Chloe, ésta asintió y siguió mis indicaciones, de modo que subió el primer peldaño ayudada por Elisa, que me miraba con evidente desaprobación y con ese brillo en la mirada de quien sabe será vengada.

Tras tomar una profunda bocanada de aire, me dirigí con paso resuelto hacia el despacho de Carla.

No llamé, abrí y la sorprendí de espaldas mirando por la ventana. Llevaba su largo cabello negro trenzado... La luz cobriza de un ocaso temprano incidió en su perfil cuando giró levemente la cabeza hacia mí. La miel de sus ojos se tornó más dorada, y entre las sombras anaranjadas que se proyectaban en su rostro, me pareció una estatua de cobre bruñido, regia y con carácter. No obstante, en su faz, la tristeza rompía esa fuerza que solía esgrimir su porte y le otorgaba un matiz vulnerable que me desconcertó. Y allí, bajo aquel atardecer vibrante de fuego, aquella mujer de piedra daba la impresión de derretirse en la dura nostalgia de un pasado que parecía revivir, por cómo tardó en girarse hacia mí. Pude ver que había lidiado con los recuerdos y que aún batallaba por alejarlos de ella.

En aquellos hermosos ojos, y por un fugaz instante, vi un sufrimiento añejo débilmente contenido y una furia primigenia que me abrumó por su intensidad. Fui testigo de su lucha, de cómo implantaba nuevamente el control sobre sus emociones, imponiendo aquel escudo con que se protegía, manteniendo a raya cualquier signo de debilidad.

A continuación, desplegué la mirada sobre su revuelta mesa, y un extraño documento llamó mi atención poderosamente; se hallaba diseminado entre varios sobres y notas similares. Recordé aquel emblema, un ojo envuelto en jirones de niebla. Incliné sutilmente la cabeza para leer el encabezamiento, que, como suponía, rezaba «Sociedad de la Niebla». Había oído hablar de ella en susurros en la privacidad de algún encuentro de caballeros con sus meretrices, entre copas y cuchicheos. Por lo que pude entender en aquella ocasión en la que me había esmerado en fingir que no atendía, era una sociedad secreta que parecía buscar miembros con prudente discreción entre las altas esferas de la cúpula veneciana.

Que ese documento estuviera sobre la mesa de Carla me planteó diferentes cuestiones. Ella no podía ser miembro, pues no admitían a mujeres, por lo que la posibilidad de que utilizara aquel secreto documento para chantajear a alguno de sus adeptos era la más factible.

—Siéntate —pidió sin moverse de la ventana.

—Estoy bien así.

—Sin embargo, yo quiero que te sientes.

Nos sostuvimos la mirada en un pulso duro. Con aquella simple petición, ella implantaba su autoridad, su dominio sobre mí; con mi negación, yo la retaba.

—Te gusta desafiarme —pronunció con frialdad—, tal vez si supieras lo que me provoca tu rebeldía serías más sumisa.

—Incluso así, lo dudo.

Carla esbozó una leve sonrisa mordaz que la hizo parecer un gato taimado.

Se acercó lentamente, manteniendo aquella sonrisa ladina, con andares felinos y mirada depredadora. Yo permanecí imperturbable en la misma posición, con gesto desafiante, alzando el mentón con orgullosa altivez.

Cuando llegó a mi altura, cogió mi barbilla y me obligó a mirarla.

—¿Me estás retando? —susurró con voz rasgada y sensual.

—No, pero no voy a doblegarme, ni ante ti ni ante nadie.

—Todavía sigues bajo mi tutela, y todavía no has pagado mi inversión.

—Sabes que lo haré, pero como una igual, no como una sierva.

—Tu rebeldía es refrescante, Alonza, pero no pienso tolerarla.

Alzó la mano con intención de abofetearme, pero yo aferré su muñeca y contuve el golpe, mirándola furiosa.

—Ni se te ocurra ponerme la mano encima —silbé amenazante—. Me juré no recibir un solo golpe más sin devolverlo. Y no quiero golpearte.

Sus ojos refulgieron indignados, pero bajó el brazo y se desasió de mi mano con un gesto brusco y seco.

—Me necesitas, Carla, no soy como las demás y lo sabes —musité grave—. Por tanto, no me trates como al resto. Si quiero sentarme me sentaré, si quiero cualquier otra cosa la haré, mientras cumpla con el contrato. No soy la esclava de nadie, muy a pesar tuyo. Pero también sabes que no sólo pagaré hasta el último escudo invertido, sino que llenaré tus arcas y seré tu cómplice, tu amiga —lancé una significativa mirada al documento en cuestión y añadí—: y tu confidente.

Mi firme sentencia le hizo apretar los dientes. Ella fijó sus ojos en el pergamino y me observó con dureza.

—No, ciertamente no eres como las demás. —Pareció serenarse y se giró

hacia su mesa, tras la que se sentó con un suspiro largo y resignado—. Y espero que soportar tu impertinencia me resulte rentable. Sin embargo, no pienso consentirla en presencia de las demás. Tampoco te conviene crear más enemistades de las que ya tienes.

—Imagino que la buena de Francesca ha estado hablando contigo — murmuré con sorna.

—Imaginas bien, no pierdes oportunidad de cargar contra ti. Sólo que esta vez lleva razón en sus sospechas. —Entornó los ojos y me observó maliciosa—. ¿Dónde habéis estado esta tarde?

—Chloe no se encontraba bien y salimos a dar un paseo. Sigue mareada y le he aconsejado que se metiera en cama.

—Y ¿ese paseo acabó en la botica de Lanzo?

Debería haber imaginado que me seguirían tras el enfrentamiento con Francesca.

Respiré hondo y sostuve su acusadora mirada.

—Espero al menos que le hayan arrancado a ese bastardo de las entrañas —profirió con crudeza.

Estrangulé mi asombro y mi furia, y busqué el modo de solventar el problema volviéndolo a mi favor.

—¿Cómo sabes que...? —inquirí con la única intención de ganar tiempo y elaborar un plan eficaz.

—Francesca me advirtió de que algo extraño estaba pasando, que Chloe parecía enferma y débil, y que os habíais marchado. Subí a vuestro cuarto, y en las sábanas descubrí una mancha de sangre. Suelo estar al tanto de los días de la mujer de mis chicas, y no era el caso, y por la posición de la mancha estaba claro de la parte del cuerpo que procedía. Fue fácil imaginar que estaba embarazada y que sufría una expulsión no sé si provocada o natural, pero lo único que me importa ahora mismo es saber si han terminado el trabajo.

La observé pensativa y ceñuda, seleccionando cada palabra de mi intervención. Sabía que, si Carla descubría que Chloe deseaba tener a su hijo, las consecuencias serían determinantes para ella. Sería expulsada sin miramientos, y si su conde no la rescataba de la calle, estaría perdida. La opción de mantener el engaño tampoco era viable, pues no tardaría en ser visible si acaso no lo perdía antes. Sólo me quedaba una salida: negociar con ella.

—Sigo aguardando una respuesta. Y espero que sea de mi agrado.

Volví a fijar mi atención en el documento de la sociedad secreta y ella se apresuró a darle la vuelta para ocultarme su contenido. Pero yo ya había leído un nombre: Fabrizio Rizzoli.

—Tengo algo más que una respuesta para ti. Tengo un trato.

Carla alzó una ceja y me calibró perspicaz.

—Tendrá que ser muy bueno para que acepte lo que temo vas a proponerme.

—Yo también lo espero.

—Adelante.

—Quiero retirar a Chloe del negocio, quiero mantenerla a ella y a su hijo. —Sus ambarinos ojos se agrandaron asombrados y pude comprobar cómo crecía paulatinamente su indignación. Su ceño se acentuó peligrosamente y sus mejillas enrojecieron congestionando su bello rostro con una máscara de furia —. Está enamorada de Massimo Conti y quiere tener a su hijo, la acepte él o no.

—¡Es una estúpida, y tú otra! —bramó Carla encendida.

—¡Escúchame! —exclamé contundente alzando el tono—. Poseo información valiosa que pronto canjearé por monedas, y esos ingresos, al igual que mi responsabilidad en todo esto, son sólo míos. Con ellos, proveeré a Chloe de un hogar confortable y de sustento, pero de momento te pido que la sigas acogiendo bajo tu techo. En nada te afecta, Carla.

—Pierdo una de mis chicas —replicó irritada—, pierdo parte de sus ingresos.

—Yo los compensaré, pásame su lista de clientes.

Carla me escrutó con gesto taimado, y, aunque su ceño persistía, su rictus se distendió perceptiblemente.

—¿Ése es tu trato?

Aguanté su mirada, rogando no tener que sacar mi última baza.

—Pues no es suficiente —sentenció rotunda.

Asentí exhalando despacio, madurando mi propuesta y asumiendo su riesgo.

—No, mi proposición es callar lo que sé.

—Y ¿qué es exactamente lo que sabes?

—Que piensas chantajear a los miembros de la Sociedad de la Niebla con cartas anónimas.

Me fulminó con una mirada acerada que me secó la garganta. Sus fosas

nasales se dilataron y sus labios se oprimieron en una delgada línea conteniendo su furia. Dio un golpe en la mesa y se puso en pie apoyando las palmas de las manos en el tablero para encararse a mí.

—¡Maldita sea! —rugió encolerizada—. ¿Me estás chantajeando tú a mí?

—Has sido tú la que ha dicho que mi pacto era insuficiente —barboté clavando mis ojos en los suyos sin un ápice de temor en ellos.

Carla gruñó fuera de sí, de un brusco movimiento se giró volcando su silla y se encaminó rumbo a la ventana de nuevo.

Intentaba controlar su furia apretando los puños y respirando pesadamente. Me mantuve inmóvil y en silencio, con el corazón encogido, aguardando que amainase la tormenta.

La tarde había ido cayendo y, con las sombras, hebras blanquinosas pendían en el ambiente como ondulantes volutas de humo. De manera casi premonitoria, aquella incipiente niebla flotó sobre el canal como una translúcida capa que velaba el horizonte.

Carla posó una mano en el cristal de la ventana y apoyó la frente en él con la mirada perdida en el exterior. La línea de sus hombros se suavizó y permaneció un largo instante absorta en sus pensamientos.

—¿Acude en mi auxilio esta niebla o sólo desea engullirme? —murmuró con honda pesadumbre.

Se volvió hacia mí y me miró resentida aunque serena.

—Me tienes en tus manos, Alonza, pero no porque me hayas puesto en esta maldita tesitura, sino porque en verdad no quiero perderte, y sé que te irás si expulso a Chloe. Demuestras de nuevo tu brillante inteligencia y tus agallas, y ya que has descubierto mi plan, condenada bellaca, participarás en él. — Hizo una breve pausa y añadió—: Voy a contarte algo muy grave, algo que se esconde entre la niebla y que, juntas, debemos eliminar.

CAPÍTULO 34



UNA CARTA DE AMOR Y PERDÓN

Levanté la vista de mi smartphome para tomar aliento.

La curiosidad por continuar acicateaba mi ánimo. Y de pronto me apercibí de que, tanto en la historia de Alonza como en la mía, las cosas se estaban complicando endiabladamente. La entereza y el coraje de mi antepasada me maravillaban, y si algo decidí en aquel momento fue intentar que aquella historia viera la luz. Quizá su hazaña de superación inspirara a corazones desalentados, o su lucha tiñera de esperanza otras vidas, o tal vez su desgarradora historia de amor hiciera creer en él a alguna alma solitaria. Sea como fuere, supe que todos deberían

conocerla, era demasiado grande para quedármela sólo para mí.

En ese preciso instante salió Luca del banco. Caminaba con aquellos andares resueltos y felinos, desprendiendo esa apabullante seguridad en sí mismo que derrochaba en cada gesto. Introdujo unos documentos en el bolsillo interior de su americana. Tenía la cabeza inclinada y el sol reverberaba juguetón en su cabello, azulándolo con destellos plateados. Cuando alzó el rostro hacia mí, esbozó una preciosa sonrisa que me encandiló. Mi corazón me cosquilleó en el pecho y mi estómago hormigueó ingrátido cuando se acercó a la mesa, se inclinó hacia mí y me besó apasionado, sin importarle quién pudiera vernos.

—¿Quiere esto decir que te han hecho el ingreso? — repuse burlona.

—Quiere decir que, cada segundo que paso lejos de ti, me falta el aliento. Te beso para recuperarlo.

Llamó al camarero y pidió una copa de vino blanco. Se sentó a mi lado y pasó el brazo sobre mis hombros para acercarme a él.

Le acaricié el mentón y rocé mis labios contra su cuello. Volvió su rostro hacia el mío y su cálido aliento incitó mi anhelo por perderme en su boca de nuevo.

—Eres un imán para mí —susurré arrobada.

—Quiero ser tu vida entera —murmuró con dulzura.

—Lo eres ya.

Sonrió y besó la punta de mi nariz.

—¿Has leído algo?

—Sí, me he quedado donde Carla, presionada por Alonza, decide contarle su plan sobre la sociedad secreta.

—Justo cuando empieza a complicarse todo.

—Estoy deseando continuar —admití intrigada.

El camarero acudió con una copa y la botella de vino, que mostró antes de servir. Luca asintió complacido, y el hombre, tras una cortés sonrisa, se retiró.

—Puedes seguir leyendo un poco más mientras sigo con mis cábalas del acertijo. Aunque ahora mismo no es lo que más me preocupa.

—Y ¿qué es?

—Mientras aguardaba mi turno en la fila, he estado repasando mentalmente lo sucedido en casa de Gina, y cada vez estoy más seguro de que guían cada paso que damos. Tengo la aguda sospecha de que nada es casual. Si aquel desván me pareció todo un montaje, también resulta jodidamente conveniente que yo descubra esa trampa teniendo además la llave en el bolsillo. Lo que amplía la trama considerablemente, metiendo a Loretta en ella.

Alcé el rostro y lo observé atónita.

—Tiene sentido, Luca. Ella rompió el jarrón para que tú encontraras la llave, y poco después Gina llamó para que acudiéramos a su casa.

—Todo es una maldita confabulación. Gina forma parte de ella, sin ningún lugar a dudas. Llevan tiempo moviendo los hilos. —Su rostro se oscureció y su ceño se remarcó, lo

que le confirió un aspecto pendenciero y sombrío—. Nos ponen donde desean para que nosotros hagamos el trabajo por ellos; el final que nos reservan es fácil de imaginar.

Me recorrió un escalofrío ante la sola mención del peligro real al que nos enfrentábamos. Fruncí el ceño pensativa, intentando asimilar toda la extensión de aquella trama.

—¿Cuánto tiempo lleva Loretta contigo?

—Prácticamente desde que abrí la tienda, hará ya unos siete años.

—Y ¿cómo la conociste?

—Simplemente me la mandó una agencia, cumplía los requisitos y la acepté.

—¿Como ser rubia y guapa?

Dibujó una seductora sonrisa oblicua y alzó una ceja mordaz.

—Como tener experiencia y ganas.

—Sí, de merendarte —proferí guiñándole un ojo.

Él sonrió divertido y frotó su nariz contra mi mejilla.

—Hablando de merendar...

Inclinó la cabeza y mordió el lateral de mi cuello. Solté un gritito y reí apartándolo.

—Pero hay algo... algo que no termina de encajarme —confesó revelando su inquietud—. No sé qué es, sólo sé que mi intuición no deja de gritarme que algo se me está pasando por alto y no sé qué puede ser. Ciertamente, todo es una nebulosa insustancial, simples conjeturas, pues sólo

puedo aferrarme a la lógica y al pensamiento racional, y aunque suelo trabajar mucho con ambos, sin una certeza, no puedo trazar un plan. Con respecto a Loretta, puede que la hayan captado hace poco, no lo sé. Pero Gina..., con Gina algo no funciona.

—No me has mostrado la carta de Lanzo —advertí recordándola.

Luca se metió la mano en el bolsillo de su chaqueta, la extrajo y me la entregó.

—Dime qué opinas.

Asentí y la desdoblé. La letra de Gina era elegante, alargada y con cierta inclinación a la derecha.

Querida Alonza:

No sé si volveré a verte, no sé siquiera si leerás esta carta algún día; posiblemente no, aunque todavía conservo la esperanza de que nos canjeen por prisioneros. Nos mantienen con vida para conseguir algo a cambio, pero no dudarán en matarnos si no obtienen un trato que los satisfaga. Mi vida pende de un hilo, y es quizá en estos, mis últimos latidos, cuando hago balance de lo que ha sido mi vida. Y si algo he sido sin ningún lugar a dudas es el hombre que nació para quererte.

Supe desde la primera vez que puse mis ojos sobre ti que eras mi destino. Entonces tan sólo era un niño, pero ya no podía apartar la mirada de ti, y me preguntaba por

qué mi corazón se aceleraba ante tu cercanía o por qué sentía esa imperiosa necesidad de cobijarme en tus ojos. No, no lo entendía, pero sucumbía a aquellas emociones que crecían imparables cada día que pasaba junto a ti. Con el despertar de la sexualidad, mi cuerpo te buscaba, mi mente soñaba que te tenía y mis sentidos se desataban ante el simple roce de tu brazo con el mío. Gozaba de mis sueños en la soledad de las noches, triste consuelo para quien tanto te deseaba y te sabía prohibida.

Sin embargo, mi sueño se cumplió. Tú viniste a mí, y yo... yo creí seguir soñando. Pero eras real, tu suave piel, tus dulces labios, tu inocente pasión eran míos. Jamás olvidaré aquella primera noche. La noche de dos virginales y jóvenes amantes, descubriendo el placer de una entrega que no fue sólo física, sino también espiritual. Porque, si ya te amaba, en aquel mágico instante mi alma se enlazó a la tuya y lo hizo para toda la eternidad.

Quizá por eso, mi Alonza, no temo la muerte, pues nuestro vínculo es tan poderoso, tan puro y brillante que no habrá oscuridad que te oculte de mí. No sé adónde iré, pero allí te esperaré cuando llegue tu hora, amor mío, y entonces no habrá nada que nos separe, puesto que si vuelvo a nacer lo haré a tu lado.

También he de confesar que siento pesada el alma, pues me digo que tuve que luchar más por ti, que me dejé llevar por los celos, la desesperación y el rencor. Debería haberte raptado y haberte alejado del mundo cuando te

reencontré, ¡si supieras cuánto me odio por eso! Pero ya nada puedo hacer, pues si hoy pudiera romper estas argollas iría en tu busca y no te soltaría jamás.

No obstante, sólo me queda volver a soñar. Soñar que estás aquí, a mi lado, abrazada a mí. Incluso puedo oler la fragancia a jazmín de tu piel y sentir el suave roce de tus dorados cabellos en mi mejilla, y sonrío y pronuncio tu nombre, porque ese sonido acaricia mi alma y la reconforta. ¡Mis brazos te extrañan tanto!

Y, cuando salgo de esa ensoñación por los quejidos de mis compañeros, por los ladridos del carcelero o por los cañonazos de las galeras, y descubro que estás muy lejos y que quizá jamás vuelva a verte, mi corazón se rompe en mil pedazos y vierte mi tormento con la fluidez de la sangre que derraman mis heridas.

Ahora, el nácar de la luna me trae tu plateada mirada y mi corazón se inflama y mi dolor cesa. Y, si he de morir aquí, serás tú quien venga a abrazarme y me lleve. Casi ansío mi muerte.

No olvides nunca que yo, Lanzo Rizzoli, te amé hasta el fin de mis días. Que todo cuanto poseo es el amor que llevo conmigo y que cuanto ambiciono ya es conseguir tu perdón por no haber sido digno merecedor de la gran mujer que eres. Aun así, me permito decirme que eres mía y que siempre lo serás, como yo seré tuyo hasta que el mundo se extinga y la eternidad perezca.

Mía, mi Alonza, así suenan mis latidos, y en mi último

suspiro esa «A» penderá en el aire y te buscará. Quizá lo oigas allá donde estés, porque donde tú estés, allí estaré yo.

*Siempre a tu lado, amor mío.
Si alguna vez el amor tuvo otro nombre, fue el nuestro.*

Gruesas lágrimas rodaron por mis mejillas. Me ahogó una pena difícilmente contenible ante aquel amor trágico que el destino había malogrado de manera tan cruenta. Ahogué un hipido y respiré hondo para serenar mis emociones. Cuando alcé la vista me topé con la mirada de Luca, que me observaba con una infinita ternura. Cogió un pañuelo de su bolsillo y secó con mimo mis mejillas mientras me sonreía con dulzura.

—Lo siento, creo que estoy demasiado sensibilizada con la historia.

—No te disculpes, es la carta de amor más hermosa y más triste que he leído nunca.

—Lo es, sabía que no acababan juntos, pero esta despedida... me ha encogido el corazón.

—Ahora están juntos, como lo estamos nosotros —afirmó rodeándome con sus brazos—. Un amor así no lo corrompe el tiempo, resurge una y otra vez hasta encontrarse de nuevo.

Le devolví la carta y, tras aquel instante emotivo, una duda me asaltó repentina.

—Un momento —comencé irguiéndome y mirándolo ceñuda—, si todo es una confabulación y Gina está con ellos..., ¿no será esta carta falsa? Porque si se la han llevado será por algo, digo yo.

—No, esta carta es la que Lanzo escribió, es absolutamente él —opinó Luca con singular convencimiento.

—Gina debe de haberla releído muchas veces para recordarla tan al detalle —murmuré con cierto asombro.

Luca negó con la cabeza, dobló la carta con parsimonia y se la metió en el bolsillo de la chaqueta.

—Es muy extensa, dudo que Gina posea tanta memoria a su edad, y tampoco dispuso de tanto tiempo. Lo que me lleva a pensar que ya la tenía copiada antes de que nosotros llegáramos. Y, esta vez, tengo una prueba irrevocable para mi suposición: el papel no es el mismo que le diste.

Alcé las cejas desconcertada y lo miré inquisitiva.

—Las hojas de tu bloc de notas tienen una fina línea rosa por donde se separa del cuaderno. Ésta es completamente blanca. Ya lo tenía todo preparado.

—Pero... —argüí confusa—, si es la carta de Lanzo, ¿por qué no nos ha dado la original?

—Evidentemente porque en el pergamino original, además de estas conmovedoras palabras, hay algo más. Un párrafo que han querido ocultarnos, una clave, o algo transcendental para ellos.

Fruncí el ceño aturdida. Seguía sin comprender qué era

lo que pretendían.

—Y ¿no habría sido mejor no darnos nada? Con decir que se habían llevado la carta o no decir ni que existía habría bastado. No entiendo por qué nos copian el contenido, a excepción de lo que hayan querido ocultar.

—Tampoco yo —admitió suspicaz—, y no dejo de darle vueltas, pero debe de haber una razón de peso. Ahora mismo sólo se me ocurre que quizá nos copió esto para hacernos creer que estaba dispuesta a colaborar y no sospecháramos de ella. No obstante, yo le pedí que la transcribiera, y esta carta ya estaba preparada. Tengo la sensación de estar en un maldito laberinto para cobayas, deambulando por los pasillos que nos abren.

—Quizá lo estemos, quizá nada es lo que parece.

Me miró pensativo, su faz se ensombreció con una conjetura que le acentuó el ceño. Se pasó una mano por el cabello, alborotándolo, y aquel gesto me despertó las ganas de atusárselo. Me detuve impávida y una sensación extraña me recorrió la espina dorsal. Aquel gesto..., mi respuesta...

—¿Ocurre algo? Parece que hayas visto un fantasma.

Forcé una sonrisa y negué con la cabeza, sin lograr sacudirme completamente aquel estremecimiento.

—¿Qué pensabas? —pregunté intentando desviar su atención sobre mí.

—Pues que si todo no es lo que parece, puede que nadie sea realmente quienes nos hacen pensar que son.

—Ese «nadie», ¿a quién engloba exactamente?

—Pues a todos los implicados en este asunto —
respondió terminando su copa de un largo trago.

—¿Incluido tú?

La mirada que me lanzó evidenció su disgusto; no obstante, asintió ante mi desconcierto.

—Incluido yo.

Escrutó curioso mi reacción frunciendo ligeramente el ceño. Pareció analizar mi asombro y mi confusión como si buscara algo escondido en el fondo de mi ser. Y lo hizo con tal intensidad que sentí un repentino estremecimiento y un desasosiego inquietante.

—¿No eres quien me haces pensar que eres? —inquirí molesta, y resalté mi desagrado con una mirada recelosa.

—Soy mucho más de lo que piensas.

—¿Es acaso otro jodido acertijo? —murmuré indignada.

Su expresión se tornó grave y su mirada se oscureció.

—Toda mi vida lo es. Desde siempre llevo intentando averiguar quién soy, el acertijo más enrevesado y complejo al que me enfrentaré. Desde que tengo uso de razón, todas mis energías y mis pensamientos los he dedicado a encontrar mis orígenes, a mirar dentro de mí y también fuera, y a desentrañar la maraña que me envolvía.

Los recuerdos de una niñez solitaria e inestable flotaron en sus ojos, velándolos por un instante.

—Pude acceder a los registros del hospital donde me abandonaron e hice un listado con las mujeres que se

sometían a sus controles prenatales allí y tenían como fecha de término más o menos la semana en que me encontraron a mí. Es una pista bastante vaga, ya que quizá mi madre ni siquiera se sometió a control alguno, pero a mí me resultaba igual de esperanzador. Me llevé el listado a mi pequeño apartamento y traté de localizar a todas las mujeres. En aquel entonces era un solitario estudiante que se pagaba los gastos trabajando en restaurantes. Recuerdo acechar a cada una de ellas sólo para descubrir si compartían algún rasgo físico conmigo, o quizá si mi intuición me alertaba ante su cercanía. Pero nada de eso ocurrió, y con cada nombre que tachaba esa esperanza languidecía. Cuando me quedó sólo una de ellas, no fui capaz de continuar.

Sus labios se apretaron tensos y la línea de su cuerpo se tensó. Respiró profundamente y me observó expectante.

—Te parecerá una incoherencia, pero en realidad fue pura cobardía —aclaró en un extraño hilo de voz, como si se avergonzara de aquello—. Preferí seguir abrazado a la duda por no soltar la esperanza. Si descubría que aquella última mujer no despertaba nada en mí, o no hallaba parentesco físico alguno, mi ilusión moriría irremisiblemente y quizá me arrastrara a un vacío que me había esforzado por evitar. Si me quedaba con la incertidumbre, al menos podría soñar que aquella última mujer era ella. Sí, suena absurdo y quizá estúpido, pero para alguien que no tenía a nadie en la vida esa

incertidumbre era suficiente para seguir adelante. Era preferible despertar cada día con la pregunta de si sería o no al convencimiento de que no lo fuera.

—Pero ¿y si realmente lo era? —espeté mirándolo con ternura.

—Esa pregunta me acompañó muchos años, y por fin le busqué respuesta cuando acabé la universidad. Regresé de nuevo a aquella última dirección y aceché durante días, pero nadie salió de aquel portal.

Bajó los ojos, quizá escondiendo a aquel Luca vulnerable que fue en aquel tiempo. Alargué la mano y acaricié con el dorso de los dedos su mejilla. Él la atrapó y se la llevó a los labios, besando mi palma. Me mantuve en silencio aguardando que continuara, asumiendo por su expresión que no era fácil para él.

Cuando alzó la vista, la tristeza que brilló en ella me encogió el corazón.

—Cansado de esperar, un día llamé a la puerta, pero nadie abrió. Llamé a la puerta de al lado y pregunté. La mujer que vivía en aquella casa había muerto hacía seis meses. Y entonces supe lo cara que pagaría mi cobardía, pues comencé a flagelarme cada maldita noche, preguntándome si era ella, recriminándome no haber tenido el coraje de arriesgarme. Sólo hallé un consuelo: averiguar más sobre ella, visitar su tumba. —Hizo una breve pausa, sumido en los recuerdos. Su mirada se empañó y su rictus se tiñó apesadumbrado—. Y allí, incrustada en su lápida de

mármol, miré sus ojos, exactos a los míos.

—Luca..., debió de ser muy duro —musité tomando su mano entre las mías.

—Le llevo flores desde entonces. A veces, me siento en el banco que hay frente a su tumba y le hablo. Le cuento cosas de mí, de mi niñez, de mis sueños, de mis penas y de mis alegrías. —Sonrió tristemente y sacudió la cabeza—. De cuánto la extrañé y de cómo la soledad corroía cada noche en el orfanato mi alma. Cuando uno está tan solo, sumido en la oscuridad y en silencio, la mente se abre y te ilumina con sensaciones e imágenes que te alejan de la locura. Cuando era un niño, evocaba a mi madre abrazada a mí, susurrándome que fuera fuerte, que ella estaba a mi lado, y yo... yo me dormía entre lágrimas, pero feliz. Cuando crecí, sentí otra presencia, una muy diferente, una que despertaba mi cuerpo y mi corazón. Nunca pude verle la cara, pero podía sentirla. Quizá por eso las chicas que conocía no terminaban de llenarme, porque sentía que ese hueco ya estaba lleno.

—Idealizaste a una mujer irreal y, claro, nadie pudo competir con eso.

Luca amplió la sonrisa y negó con la cabeza.

—Era muy real, sólo que incorpórea. Pero por fin se materializó.

Su penetrante mirada burbujeó en mi pecho. Me acerqué lentamente a su boca y lo besé apasionada. Él abarcó mi rostro con las manos y profundizó el beso

estremeciendo hasta la más recóndita fibra de mi alma.

Cuando nos separamos, descubrí que la misma emoción que me constreñía a mí lo aprisionaba a él, que sus ojos brillaban como los míos y que su rictus grave mostraba en toda su plenitud el mismo sentimiento que afloraba por cada poro de mi piel. Y entonces me dije que no importaba quién fuera realmente, sólo quién era para mí. Y día a día se abría a mí, dejándome conocerlo un poco más, y cuanto más lo conocía, más me enamoraba. Mis sentimientos eran ya tan intensos que, pasara lo que pasase con nosotros, sabía que jamás saldría ya de mi corazón.

—Si alguna vez el amor tuvo otro nombre, fue el nuestro —repitió la despedida de Lanzo en apenas un susurro que me erizó la piel, despertando una miríada de mariposas que revolotearon inquietas en mi interior.

Pagó la cuenta y nos marchamos cogidos de la mano. Con el corazón todavía ingrátido, me sentí flotar por las empedradas calles de una ciudad mágica, con el convencimiento de que el legado de Alonza no era otro más que el amor que ahora inflamaba mi pecho e iluminaba todo mi ser. De alguna sobrenatural manera, sentía que me había pasado el testigo.

CAPÍTULO 35



TRAS LA ESPESA HIEDRA

—Blanco, hermano, ombligo y 661 —repitió Luca para sí, completamente abstraído en sus cavilaciones.

Había escrito en diferente orden las soluciones de los cuatro acertijos intentando encontrarle algún sentido. Según él, eran cuatro claves que, enlazadas con un patrón común, darían la solución final. Ya había usado distintas técnicas criptográficas, pero nada daba resultado. No obstante, Luca no cejaba. Consultaba libros, buscaba en internet, garabateaba una especie de algoritmos secuenciales, combinando las letras con los números buscando una palabra o una frase, intentando denodadamente desentrañar

aquel complejo acertijo.

Cuando resoplaba frustrado, se pasaba las manos por el cabello, desordenándolo, y a menudo se levantaba y se dirigía a la ventana para observar por ella con las manos en los bolsillos y la mirada perdida en el horizonte. Luego, iluminado por alguna idea, regresaba a su escritorio y la ponía en práctica, trazando una especie de esquema, desglosando aquellos términos y tachándolos tras profundas inspiraciones frustradas y resoplidos impacientes.

Luego me miraba y reparaba en que estaba allí, y entonces su enojo se evaporaba. Me sonreía casi con asombro, con ilusión, y mi corazón se derretía.

—Saldré a leer al patio —murmuré devolviéndole la sonrisa—, no quiero entretenerte.

—Ven.

Ladeó la silla y se palmeó el muslo. Acudí a su lado y me senté en su regazo enlazando mis brazos a su nuca. Luca hundió el rostro en mi cuello inhalando gustoso, frotó la punta de su nariz contra mi piel y depositó un beso.

—Es la primera vez que trabajo acompañado, y me gusta.

—¿No te distraigo de tus concienzudas cábalas?

—Ahora sí, y lo necesito. Cuando me concentro demasiado en un punto, me viene bien distraer mi mente y aligerarla, porque usualmente, cuando regreso al trabajo, lo veo todo con más claridad.

—Vaya, y yo que pensaba que no estaba haciendo nada

y resulta que mis brazos cruzados son decisivos en la investigación... Me siento bien —bromeé resiguiendo sus labios, que curvó en una sonrisa divertida.

—Es más decisivo un beso ahora mismo.

—¿De veras?

—De veras, nena —ronroneó entornando seductor los ojos.

—¿Alguien se resiste a esa mirada? —repuse embebida en su rostro.

—Mientras no te resistas tú...

—Creo que por eso no tendrás que preocuparte.

Rocé sus labios y él cerró los ojos. Observé su arrobada expresión y me sentí afortunada por ser yo quien la provocara.

—¿Vas a hacerme suplicar, nena?

—Voy a hacerte suspirar.

Atrapé su labio inferior y tiré suavemente de él, profiriendo un ronco gruñido. Luca entreabrió los labios para recibirme, pero me demoré indolente repasando su boca con la mía. Asomé juguetona la punta de la lengua para recorrer con ella sus labios, pero su hambre no me permitió seguir mi juego. Aferró mi nuca y me atrajo hacia él con voracidad. Su lengua atrapó la mía y la cercó dominante. Me saboreó con frenesí al principio, para colmar su ansia. Luego, el beso cambió. Me apartó para mirarme a los ojos y de nuevo me besó, pero esta vez con exquisita delicadeza, con almibarada ternura, derramando

todas sus emociones y deleitándose en mi sabor. Cada tanto, se apartaba, me miraba afectado y regresaba a mi boca, logrando que perdiera el sentido del tiempo, que lo olvidara todo a mi alrededor. Sólo se oían los largos gemidos placenteros, el roce terso y húmedo de nuestras lenguas, el murmullo de nuestras ropas.

Cuando por fin soltó mi nuca y deslazó su brazo de mi cintura, me dedicó una sonrisa cautivada y luminosa. Su boca inflamada y enrojecida me invitaba a tomarla de nuevo, pero haciendo acopio de una extraordinaria voluntad, me puse en pie y me encaminé hacia la puerta.

—Has logrado que suspire hasta mi alma, ladrona de voluntades. —Su voz sonó ronca y tan libidinosa que algo en mi vientre se enroscó como una serpiente hambrienta.

Me giré hacia él prodigando una sonrisa vanidosa y complacida, le guiñé un ojo y me toqué los labios, que todavía me cosquilleaban.

—Quien roba a un ladrón...

—... cien años de perdón —completó él divertido.

Arqueó una ceja travieso y sonrió con suficiencia.

—Volveré por más —prometí traviesa.

—Y más te daré..., nena.

Me costó romper el vínculo de nuestras ardorosas miradas. Y cuando logré salir del despacho me temblaban las piernas.

Tuve que apoyarme en la pared y respirar hondo con una gran sonrisa abierta de pura felicidad. Cerré los ojos y

paladeé aquella bendita sensación que todavía burbujeaba por todo mi cuerpo.

Me adentré en su habitación para dirigirme al patio y, al atravesarla, me detuve en seco al reparar en un dibujo que había sobre la mesilla. Luca había estado rebuscando en los cajones el cargador de su smartpone y se había dejado algunos objetos sobre la mesilla de noche.

Me acerqué a aquella hoja de papel y, a cada paso, mi estómago se encogió un poco más al reconocer aquel dibujo, aunque trazado por otra mano en otro tiempo.

Había utilizado un rotulador de punta fina, y los trazos negros eran delicados y precisos. Una «A» y una «L», bellamente entrelazadas dentro de un corazón, como Gina había asegurado que llevaba por sello la carta de Lanzo, la que Lanzo había dibujado siendo un muchacho, casi a la llegada de Alonza a su casa. Tomé el dibujo y lo observé con atención. Quizá Luca había querido reproducirlo, y naturalmente era casi exacto a la lámina original que me entregó Gina, pero lo que me desconcertó y me hizo temblar realmente fue la fecha que había al pie del dibujo: noviembre de 1997. Hacía diez años ya.

Respiré hondo y sentí que la habitación me daba vueltas. Si Luca había dibujado eso hacía diez años, sin haber visto la lámina ni ninguna ilustración, era improbable que entre ambos dibujos existiera tanta similitud. Pues en el diario, aunque se describía, simplemente se mencionaba que eran las iniciales entrelazadas dentro de un corazón,

pero hasta que encontré la lámina en casa de Gina nada lo había ilustrado. Así pues, era completamente imposible que Luca supiera dónde engrosar un trazo, dónde dejar un rizo y dónde curvar el arabesco que las unía como una hiedra hermanando dos rosas.

Aquello no tenía sentido alguno. Sin duda, en el diario debía de encontrarse alguna ilustración al respecto, y Luca la habría copiado sin más. No cabía otra explicación posible, o al menos verosímil.

Dejé el dibujo donde lo había encontrado y me encaminé al balcón con una sensación extraña martilleándome la sien. Todavía persistía en mí ese regusto receloso que me afanaba por sepultar y que me zarandeaba con preguntas inquietantes sobre la identidad de Luca. La sensación de que me ocultaba algo se negaba a desaparecer, y tan sólo podía esperar a que se abriera completamente a mí, como lo estaba haciendo. No obstante, confiaba en él.

Descendí la escalera de hierro labrado y me dejé llevar por el adormecedor murmullo del agua. El apacible ambiente que se respiraba alejó por un instante mis inquietudes y me senté en el banco de piedra, tal como había visto a Luca aquella mañana. Me apoyé en la columna almohadillada de madre selva, subí los pies y flexioné las rodillas para acomodarme. No le habrían venido nada mal un par de cojines a ese banco, pensé sintiendo la fría piedra en mi trasero.

Saqué mi smartphone y busqué el archivo del diario. Me desplazé hasta el marcador de lectura y respiré hondo para enfrentarme a ese secreto que se escondía entre la niebla, tan deseosa como desazonada.

Comencé a leer y todo mi alrededor se desdibujó, transportándome a través de los siglos...

Perdí la noción del tiempo sumergida en la apasionante lectura, cuando de pronto una llamada me arrastró bruscamente a la realidad.

Era un número desconocido.

Pensé si descolgar o no un instante, pero un nombre acudió a mi cabeza por ser el único que tenía una tarjeta con mi teléfono. El resto de mis contactos estaban identificados en mi agenda. Aunque bien podía ser la llamada de cualquier comercial o institución. Quizá fuera un aviso de embargo del banco, o un reclamo de alguna corporación por impago, me dije.

—¿Diga?

—Alessia, soy Gina.

Me puse rígida en el banco y pegué bien el dispositivo a mi oído.

—Hola, Gina, ¿sucede algo?

—¿Estás sola?

Fruncí el ceño recelosa y me puse en guardia.

—¿Importa?

Se hizo un silencio y pude oír cómo exhalaba un suspiro. Parecía vacilar.

—Importa, sí —dijo por fin.

—Pues lo estoy.

—Alessia, apenas nos conocemos, pero pude ver tu complicidad con ese hombre...

—Luca —la interrumpí.

Y de pronto recordé mi primera conversación telefónica con él, su insolencia y su seguridad habían sido sus primeros imanes. Reprimí una sonrisa y me aferré a toda mi desconfianza para continuar la conversación.

—Con Luca —prosiguió ella en tono más irritado—. Te aseguro que esto me resulta muy violento, Alessia, pero me pareces una mujer maravillosa, y no me gusta que te utilicen.

Tomé una profunda bocanada de aire y apreté con más fuerza el teléfono.

—¿A qué se está refiriendo exactamente, Gina? No me gustan los rodeos.

—Ese hombre, Luca Vandelli —comenzó en tono cáustico—, vino a importunarme el día que estuviste aquí por primera vez. Acudió ya entrada la noche y me rogó que lo dejara entrar, que tenía que contarme algo de vital importancia, que estaba en peligro.

Contuve la respiración y traté de serenarme. Esa noche fue la que pasamos ambos en aquel hostel, en habitaciones diferentes, con lo que pudo escaparse sin que yo lo supiera. «¡No!», me reprendí, no podía creerla. Debía confiar en Luca y darle oportunidad de réplica.

—Y ¿qué le dijo?

—Que estaba trabajando en una importante investigación y que tenía que colaborar con ellos. No venía solo, iba con una mujer muy atractiva, morena y de aspecto distinguido, una tal Sofia Rizzoli, y dos hombres más.

Sentí una punzada temerosa que me agrió la boca del estómago.

—Y... y ¿cómo le pidieron colaborar?

—Dijeron que tenían que escenificar una serie de pistas para ayudarte a recordar.

—¿A recordar?

Comencé a sentir un nudo oprimiendo mi garganta.

—Sí, me dijeron que las piezas que les faltan las guardas en tu memoria, pero que no las recuerdas todavía, y ellos intentan ayudarte a recordar.

Abrí la boca completamente estupefacta, mi pulso se aceleró y mi garganta definitivamente se cerró. Tuve que inhalar una profunda respiración para serenar mi ánimo. No..., no entendía nada. Aquello era una completa locura. ¿Qué demonios estaba pasando? ¿Intentaban confundirme, ponerme en contra de Luca, volverme loca?

—Alessia, ¿sigues ahí?

—Sí..., sigo aquí —respondí trémula—, sólo que no entiendo nada.

—No me dieron buena espina, y, bueno, sólo quería alertarte contra ese hombre. Te pido, por favor, que no le digas nada: yo no quiero problemas, ni que vuelvan a

molestarme. Créeme que lo lamento mucho, y que deseo de corazón que estés a salvo. Harías bien en abandonar Venecia cuanto antes.

Y colgó la llamada, dejándome lívida, confusa y angustiada.

No, no abandonaría Venecia, porque evidentemente eso era lo que buscaban. Gina era tan sólo un peón que utilizaban quizá atemorizándola, quise pensar. Era la misma táctica del principio, hacerme desconfiar de Luca, apartarme de él, y no lo conseguirían. Él me amaba, lo veía en sus ojos, en cada gesto, y nada ni nadie podría convencerme de lo contrario.

Y, por supuesto, le hablaría a Luca de la llamada. No pensaba volver a ocultarle nada. Decidí no interrumpir su concentración, pero sabía que tampoco podría centrarme en la lectura, ya que me sentía demasiado inquieta para eso. Me apetecía salir a pasear, pero suponía que no sería muy sensato salir sola, teniendo en cuenta que seguían nuestros pasos, y Luca no consentiría que me expusiera. Así que me puse en pie y decidí explorar aquella casa.

Me pareció extraño que a aquel patio sólo se accediera por la escalera de hierro forjado que partía del balcón de su habitación. Si esa casa era la de los Rizzoli como sospechaba, debía de tener una entrada en la parte baja. Y, aunque no lo fuera, no tenía mucho sentido que a un patio interior en la planta baja se accediera por el piso superior. Comencé a deambular por él inspeccionando con atención

los muros repletos de plantas trepadoras y macetas con flores vistosas, buscando quizá una puerta oculta. Me situé mentalmente para saber dónde estaba la fachada principal de la casa y me dirigí a esa pared en particular.

Estaba cubierta por una cortina de hiedra que escalaba hasta la ventana del salón, cubriendo la totalidad del muro, bordeando las ventanas y frenada tan sólo en los canalones del tejado. Las apretadas hojas acorazonadas y lobuladas, de un verde brillante, conformaban un entramado tan consistente y cerrado que, fuera lo que fuese lo que había en aquella pared, éste lo protegía con pasivo celo. Me acerqué a la pared e intenté introducir mis dedos entre aquella maraña de hojas apasionadamente enredadas, palpando el fondo. Toqué un muro de ladrillo rugoso e irregular, que databa de la época, y, a ciegas, fui recorriendo el centro de la pared de hiedra con ambas manos. Fui desplazándome hacia la derecha sacando las manos y volviendo a penetrar con cuidado aquel espeso telón de hiedra. Paso a paso, fui recorriendo la longitud del muro hasta que mis manos tocaron una textura diferente. Animada, comencé a palpar reconociendo un portón de madera, me sonreí victoriosa y aparté con más ahínco el entramado. En efecto, era una puerta de gruesas molduras, ajada y desgastada por el tiempo. Descubrí que justamente en aquel recuadro la hiedra se separaba sin problemas, ya que habían cortado los tallos que unían las hojas en una línea vertical para poder acceder a aquella entrada oculta.

Descorrí el velo vegetal y me adentré tras él, hallándome frente a la puerta. Por un momento me sentí en la antesala de otro mundo, como si aquella puerta llevara a otro tiempo, al pasado, a aquella época en la que ellos habían vivido y se habían amado. Sentí un extraño hormigueo en el vientre y tomé aliento. Posé la mano en el pomo y lo giré, la puerta gruñó quejicosa, pero cedió hacia el interior. Tras de mí, un rumor de hojas susurrantes; enfrente, un silencioso pasillo penumbroso.

Utilicé la linterna de mi teléfono móvil para alumbrar aquel angosto espacio. Detecté un acre olor a rancio, posiblemente procedente de la humedad de las paredes de ladrillo visto, que parecían rezumar su añejo aliento.

El opaco y mortecino resplandor provenía de la parte superior de una puerta al fondo, donde un cristal esmerilado filtraba la luz del exterior.

Recorrí aquel pasillo apercibiéndome de varias puertas a los lados, que decidí investigar a mi salida.

Como imaginaba, la puerta acristalada estaba abierta, y por ella se accedía a una especie de almacén de la tienda de antigüedades.

Aquella trastienda me resultó tan dolorosamente familiar que casi esperé ver aparecer a Lanzo, y mi corazón estúpidamente se aceleró. No había duda de que era el mismo lugar y, curiosamente, apenas había cambiado. Naturalmente ya no había hierbas ni potes con remedios, ni tampoco una camilla, pero sí estaban las

alacenas horadadas en el muro, la gran mesa en el centro, la chimenea y la ventana lateral que daba a la calle, demasiado alta para verla, pero lo suficientemente amplia para llenar aquel espacio de luz.

La sensación que me invadió me desconcertó por su intensidad, la familiaridad que me asaltaba con aquel repentino ímpetu me desconcertó. ¿Era posible que tan sólo haber leído y haber reconocido aquel lugar por una escena reciente entre ellos lograra provocarme tan vívida emoción?

Recorrí aquella sala, donde se apilaban muebles antiguos envueltos en plásticos, grandes cajas, cuadros y diversos objetos sin desembalar. Me encaminé hacia un armario renacentista que llamó mi atención. Guiada por un impulso, acaricié la labrada superficie repasando el tallado con la yema de los dedos, como si esperara que su recia y lustrosa madera me contara sus secretos.

Lo abrí y deslicé mis ojos por una percha que sostenía un largo abrigo de cuello alto y mangas cosidas y acuchilladas de color negro, elegante pero austero para la época. Acaricié las tiras abullonadas de la manga y su tacto me estremeció. Sentí la necesidad de aspirar su fragancia, y me dejé llevar por aquel absurdo impulso. Acerqué mi nariz al hombro y cerré los ojos. Olía a polilla con un levísimo deje a lavanda.

Suspiré, no sé muy bien por qué, pero sentí un conato extraño de melancolía. Alcé la vista al estante superior, por el que asomaba lo que parecía la esquina de una carpeta de

viejo cuero marrón. Me alcé ligeramente de puntillas hasta alcanzarla y la arrastré hasta que cayó en mis manos.

Sacudí el polvo de su arrugado lomo y la abrí. Lo primero que vi fue un emblema, un ojo dentro envuelto en jirones de niebla. Aquello me paralizó, permanecí inmóvil un instante, tomé aire y lo leí.

Era el documento de adhesión a la sociedad de Lanzo Rizzoli, en el que juraba su fidelidad a la orden y prometía proteger con su vida los secretos que tan celosamente compartieran en sus reuniones. Observé con inusitada emoción la firma de Lanzo, sus trazos alargados y levemente inclinados suscitaron la necesidad de reseguirlos con la punta de mi índice. Y así lo hice, como si tocando aquellas letras lo sintiera más cerca. Entonces, me detuve con extrañeza, preguntándome de dónde provenía aquel anhelo. Cerré la carpeta abruptamente y la dejé en su lugar. Otra pregunta más inquietante era por qué Luca poseía tantos objetos de los Rizzoli, y por qué no me había dicho que los tenía. Bien era cierto que era coleccionista y anticuario, pero lo que cada vez me quedaba más claro era que su relación con aquella familia era más estrecha de lo que sospechaba.

En la parte inferior, en la base del armario, una vieja maleta asomaba provocadora. Me incliné y solté los cierres, abriéndola. En su interior había diseminados numerosos folios: en unos había extrañas ilustraciones; en otros, frases desordenadas con interrogaciones. Reconocí en algunos

una letra infantil y dibujos rudimentarios e imprecisos de plantas, las famosas iniciales, unos bellos ojos de mirada profunda, una niña con el pelo corto sentada en un alféizar, un anillo... Detuve mi atención en aquel dibujo trazado por la vacilante mano de un niño, pero sin duda claramente reconocible por el corazón grabado en el centro. Sentí en mi estómago un punzante desasosiego tan intenso que me provocó un escalofrío.

Advertí que otro folio sólo estaba plagado de interrogantes, podía apreciarse en el furioso trazo la impotencia del joven autor. En el siguiente, había preguntas repetidas: «¿Quién soy? ¿Por qué a mí? ¿Dónde estás?». Preguntas de un niño perdido y solo que expresaba su miedo, su rabia y su dolor en aquellas letras.

Aquel joven y desorientado Luca me inspiró una profunda compasión.

De pronto oí un ruido procedente de la tienda que me tensó y me cortó el aliento.

Cerré la maleta con sigilo y también el armario y me escondí entre unas grandes cajas. Los ruidos continuaban, era como si alguien estuviera registrando la tienda. No pude contener mi curiosidad y salí de mi escondite.

Me acerqué subrepticamente a la puerta que daba a la parte trasera del mostrador y me asomé por los cuarterones de cristal.

Reconocí al hombre que registraba un archivador en la zona habilitada como despacho. Era Stefano. Una mujer

rubia fácilmente reconocible miraba ansiosa hacia la escalera que llevaba al apartamento mientras lo alentaba a darse prisa.

¡Tenía que avisar a Luca!

Saqué mi smartphome del bolsillo de mis pantalones y comencé a teclear rápidamente un mensaje, avisándolo de lo que estaba pasando. Me apresuré a desactivar el sonido por si me contestaba y permanecí quieta conteniendo el aliento.

CAPÍTULO 36



DESENTERRANDO EL PASADO

—Si voy a ayudarte, quiero saberlo todo —manifesté con rotundidad.

Carla inspiró profundamente y asintió paciente.

—Te contaré cuanto sé de esa sociedad secreta —aseguró grave.

—No sólo eso —puntalicé—, quiero saber qué fue lo que te sucedió con Fabrizio.

Esta vez frunció el ceño con desagrado y negó con la cabeza.

—Enterré el pasado, Alonza, y aunque ni perdono ni olvido, no es lo que me impulsa a acabar con esa sociedad. Y en este momento es lo más relevante.

Sostuve suspicaz su mirada y finalmente asentí, aunque me prometí seguir insistiendo hasta averiguar su historia con el patriarca de los Rizzoli.

—¿Cómo has pensado disolverla?

—Enfrentando a los miembros —respondió sucinta.

Me encogí de hombros, observándola intrigada y expectante.

Carla sonrió componiendo una mueca maliciosa y agregó:

—Debemos averiguar alguno de sus preceptos y, una vez conseguido esto,

decirle a cada miembro que uno de ellos está traicionando la orden, desvelando sus secretos. Naturalmente, alternaremos de culpable para enfrentarlos a todos.

—Muy ingenioso —alabé con franca admiración—. Pero ¿será suficiente?

—Espero que sí, en caso contrario, tendré que tomar medidas más drásticas.

Abrí los ojos como platos, alarmada.

—¿Serías capaz de...?

—Soy capaz de muchas cosas, Alonza, no me subestimes.

—Ahora necesito un motivo que justifique tu intervención en esto.

Asintió levemente, con acentuada gravedad. Luego abrió su carpeta y extrajo de ella varios documentos que pareció releer, aunque en realidad tan sólo evaluaba astutamente lo que estaba dispuesta a contarme.

—En principio, la Sociedad de la Niebla es un grupo de eruditos de diversas materias que buscan el conocimiento supremo —comenzó pausada—. Pero en realidad es mucho más. En efecto, comparten conocimientos y estudian un libro plagado de alegorías que encubren secretos alquímicos, *El sueño de Polifilo*. Tenemos que conseguir robarles ese libro y destruirlo.

—¿Tan peligroso es?

—Si descubren su verdadero significado y lo difunden, sí.

—¿Qué mensaje esconde?

—El control de la mente humana. Quien posea ese poder dominará el mundo. Y el único ser noble que podría hacer un buen uso de él es Lanzo Rizzoli, y quizá también Monteverdi. El resto corromperían con su maldad el mundo que conocemos.

—¿Lanzo es miembro de esa sociedad? —inquirí asombrada.

—Su padre lo integró en ella. Sabe que el muchacho es especial y que posee una brillante inteligencia, lo necesita para desentrañar el mensaje cifrado. Imagino que lo convenció argumentando el fin filantrópico de la sociedad, destinada a compartir y preservar conocimientos.

—No haré nada que perjudique a Lanzo —afirmé severa y determinante.

—Ni yo, el muchacho queda fuera de esto, es lo único bueno que Fabrizio ha hecho en toda su vida —coincidió resuelta.

Solté el aliento contenido y tragué saliva.

A continuación, me pasó una lista y leí los diez nombres que la

conformaban.

—Éstos son los miembros —informó—. Simone Gabini ya es cliente tuyo, con lo que puedes comenzar a sacarle información.

—Dudo que mis artes amatorias desaten su lengua, y menos en un tema tan delicado que ni puedo mencionar —admití incrédula.

—Para eso usarás estramonio mezclado con vino —determinó con un mohín taimado—. Enturbiará su mente y soltará su lengua, incluso es posible que tenga visiones y que crea que está en una de sus reuniones secretas. Si sabes utilizar eso y conducirlo a ese estado de semiinconsciencia, doy por seguro que tendrás éxito en tu empresa.

—¿Es un veneno?

—Sí, pero no lo matará —aseveró—, tan sólo abotargará su juicio. Quizá te ayude saber que, en la orden, en sus celebraciones clandestinas, todos llevan una capa negra con capucha y máscaras de hombre pájaro, como los doctores de la peste, recitan una especie de votos y rinden culto a ese libro.

Hombres pájaro, me dije, como si mi destino siempre me llevara a ellos. Todavía poblaban mis pesadillas sus graznidos, todavía veía su largo pico blanco, sus insondables ojos y su larga y negra túnica batida por el viento, como si fueran las alas de un cuervo. Contuve un escalofrío y me limité a asentir con expresión inmutable.

—Y ¿cómo sabes todo eso?

—Presenció hace muchos años uno de sus rituales —respondió endureciendo el rostro—. Entonces era una niña, y no comprendí más que el abuso de que fui objeto. Estaba tan muerta de miedo que únicamente lloraba y me debatía. Pero mis lamentos apenas lograron sofocar los cánticos y el horror que me envolvía. No supe de la relevancia de aquel acto, ni de sus motivos, no supe más que de la abominación que sufrí a manos de algunos de ellos.

Y en aquel justo momento, brotó de aquellos dos pozos dorados un dolor profundo y añejo que me conmocionó casi más que aquella revelación. Su mirada se oscureció, refulgiendo con un odio latente y desbordante. Y, ante mí, aquella mujer curtida por la vida y los avatares se abocó a aquel abismo que tanto se esforzaba por evitar. Sus ojos se anegaron en lágrimas, su rostro se contorsionó furioso, y aquel tormento contenido se desbordó.

Se levantó abruptamente sofocando un sollozo y, dándome la espalda, se dirigió a la ventana con los puños fuertemente apretados y los hombros trémulos. Mi compasión me encaminó a ella y, testigo de aquel silencioso

sufrimiento, no pude evitar tomarla de los hombros, volverla hacia mí y envolverla en mis brazos, donde finalmente se derrumbó.

Sollozó hondamente, liberando todo aquel dolor contenido durante años. Y supe sin preguntar quién había sido el hombre que, siendo niña, la había arrastrado como ofrenda para un ritual. Aquél era nuestro nexo en común, aquel hombre, padre del hombre al que amaba, no podía sino albergar maldad en su corazón para ser capaz de arruinar tantas vidas.

La abracé con fuerza y lloró en mi hombro, completamente rendida a su tormento interior. No quise ni imaginarme los horrores sufridos, ni me atreví a preguntar al respecto sobre aquel día. Cuando logró calmarse, se apartó mirándome con extrañeza. Su faz relumbró con un deje arrepentido teñido de gratitud.

—Eres la segunda persona en el mundo que lo sabe, la primera ya ni siquiera está en éste —confesó todavía sofocando hipidos. Se refregó burdamente los ojos e inhaló profundamente hasta que logró serenarse.

—¿Quién fue la primera?

Su mirada, todavía turbia, se empañó de nuevo. Agitó la cabeza, irritada consigo misma, y respiró hondamente de nuevo para alejar aquel nuevo acceso de llanto.

—Mi madre —logró proferir sin que le temblara la voz.

—¿Fue ella quien te rescató?

Asintió, me miró ceñuda y se dirigió hacia su mesa, donde solía tener una licorera con vino especiado con hierbas y algo de láudano. Se sirvió una copa y la tomó de un sorbo. Acto seguido, llenó otra y se la bebió de igual modo.

—No sé cómo lo haces, Alonza, pero eres la única persona que logra abrirme. ¿Se te resiste algo alguna vez?

—Sí, la felicidad.

Me observó con semblante grave y me ofreció una copa que yo rechacé.

—Voy a destruirlo —anuncié—, y no entiendo cómo tú no lo has hecho antes.

—Siempre hay un motivo para todo —murmuró queda—. También llega el tiempo en que esa barrera se derrumba. Y ese tiempo ha llegado.

—Me alegra saberlo, Carla, porque voy a arruinar su reputación mercantil, destrozaré su honorabilidad y no cejaré hasta convertirlo en una sombra.

—En tal caso, y si tan segura estás de tus planes, quizá sea mejor que

conozcas en profundidad al hombre a quien piensas enfrentarte.

—Créeme, ya lo conozco —repuse circunspecta.

—Mi hermana fue su esposa —comenzó, dejándome atónita.

Abrí los ojos con espanto y la miré sospechando que su historia era más escabrosa aún que la mía.

—Rosella era cuatro años mayor que yo. Yo tenía sólo once cuando ellos se desposaron. Fabrizio era un joven gallardo y apuesto, adinerado y de buen linaje. Mis padres estaban dichosos con aquella unión y también Rosella, que se jactaba de su buena fortuna. La dote ofrecida a Fabrizio supuso la mitad de la fortuna familiar, lo que nos colocó en algunos apuros económicos, pero los Rizzoli, tan allegados a los Contarini, gozaban del favor del dux, y mi padre pensó que su influencia favorecería sus negocios.

Hizo una pausa y volvió a servirse otra copa. Antes de llevarla a sus labios, se la arrebaté reprobadora y me la bebí por ella.

Carla frunció el ceño molesta, pero luego sus comisuras dibujaron la sombra de una sonrisa.

—El día siguiente a la boda, Rosella se escapó de la casa de los Rizzoli, suplicando a mi padre que le diera cobijo. Pero, contrariamente, la devolvieron junto a su esposo, a pesar de ver las magulladuras que lucía. Nunca olvidaré los gritos de pavor de mi hermana al ser arrastrada por dos sirvientes a la casa de su esposo. Mi madre lloró ese día, y mi padre, aunque primaba en él la impotencia, temía las represalias de una familia tan importante. Su honor estaba en juego y nada podía empañarlo, ni tan siquiera el bienestar de su hija mayor.

»Una semana después, acudió Fabrizio a casa, exhibiendo su indignación y sintiéndose estafado. Tal era mi preocupación por Rosella que permanecí oculta en el hueco de la escalera intentando averiguar qué estaba ocurriendo. Mi padre se disculpaba nervioso y avergonzado ante el reclamo de su yerno, que, ofendido, contaba que Rosella le negaba sus derechos maritales, encerrándose en su cuarto. Y que no estaba dispuesto a volver a usar la fuerza para tomar lo que por derecho le pertenecía, y naturalmente exigía una compensación. Mi padre intentó calmarlo, asegurándole que hablaría con ella para que entrara en razón. Sin embargo, Rosella no cambió de parecer.

Carla hizo ademán de servirse otra copa, pero mi ceño la detuvo.

—Ante tan delicada cuestión —prosiguió mirando con anhelo la licorera —, Fabrizio decidió poner el caso en manos del Tribunal Eclesiástico. Por lo

que pude saber entonces, si eso sucedía, la novia sería repudiada, con el evidente menoscabo de su reputación, y no sólo perdería mi familia la dote, sino que además debía remunerar el agravio con otra ingente cantidad de dinero. Lo que supondría nuestra más absoluta ruina. Y, así, se decidió otro acuerdo.

Esta vez no pude detenerla. Carla obvió la copa, aferró el cuello de la botella y bebió directamente, derramando un reguero por su barbilla que limpió hoscamente con el antebrazo. Luego me miró y me puso la licorera enfrente.

—Puede que necesites otro trago —advirtió.

—Por tu expresión, es posible —convine temerosa.

—El trato era que yo debía cumplir los deberes maritales a los que se negaba mi hermana. Así pues, recayó en mí, a los once años, la responsabilidad de salvar a mi familia de la miseria y la ignominia.

Se me cerró la garganta y el estómago se me revolvió. Reprimí cualquier gesto piadoso y me esforcé por mantener la compostura ante la revelación que ya presumía.

—Abandoné la casa familiar sin derramar una sola lágrima. Me sentí afortunada de poder ayudar a mi hermana y salvarla de caer en desgracia. Y, con toda mi ingenuidad, me dije que al menos viviría con ella y ambas estaríamos bien. Qué poco sabía entonces lo que me esperaba.

Nuevamente, tomó la licorera y se dirigió al diván, repantigándose en él.

—Me instalaron en la habitación del ático, y esa misma noche acudió Fabrizio a mi cuarto. Yo hacía poco que había empezado a sangrar, y mi cuerpo todavía estaba en proceso de cambio. Quizá por eso se permitió ser más delicado, aunque para mí... fue espantoso. Me sepultó bajo su cuerpo; él entonces tenía veintisiete años y era un hombre... grande —apuntó dando otro trago. Su mirada comenzaba a enturbiarse y su voz se empastaba alargando las palabras.

Empecé a lamentar que se hubiera llevado la botella.

—Me desgarró, y por eso estuvo dos semanas sin tocarme, pero regresó. No podía rechazarlo, pero como el dolor era insoportable, él me ponía la almohada en la cara para que la mordiera o para sofocar mis sollozos, no sé. Un día, estaba tan entregado que estuvo a punto de asfixiarme. Lamenté después que no lo hubiera hecho.

Cerré los ojos, recordando mi propia violación. El odio se acumuló en mi

garganta, cerrándola.

—Por la noche lloraba y, por el día, cuando se me permitía comer con ellos, comencé a sentir un profundo rencor hacia mi hermana, que se mostraba indiferente a mi tormento. Me trataba como a una sierva más, y eso era en realidad, pues satisfacía las necesidades del amo, como un simple trozo de carne. Esperé una mirada compasiva de Rosella, pero ella sólo mostraba alivio y me miraba casi con desdén. Ni una sola vez subió a mi cuarto, ni una sola vez me preguntó cómo estaba, ni una sola vez pareció humana. Su actitud era altiva y comenzó a molestarle mi presencia, por lo que me confinaron a la cocina y al patio interior, donde se me permitía leer, lo que, francamente, creo que fue lo único que evitó que enloqueciera. No tardó en llegar el primer embarazo.

Mis temores se confirmaron. Sin duda, su tormento acababa de empezar. Sentí una pena tan honda como profunda era la aversión que Fabrizio me inspiraba. Tomé aliento y la observé. Tenía la mirada perdida, y, allí, abrazada a aquella botella de cristal ricamente tallado, su semblante adquirió un tinte añorado y desolado que me rompió el corazón.

—El médico de la familia, Gabini, temió que, al ser yo tan joven (acababa de cumplir los doce años, y para cuando alumbrara casi tendría los trece), mi cuerpo no lo resistiera. Pero lo resistió, pasé un infierno, pero sobreviví. Por fin Fabrizio tenía su anhelado heredero. Para todo el mundo, era hijo de Rosella, y ella así lo recibió. Yo sólo era la pobre hermana pequeña que habían tenido a bien recoger.

—¿Marco? —susurré mortificada.

Carla asintió y tomó otro trago, apurando la botella.

—Al año siguiente llegó Caterina. Fue un parto algo más fácil, pero igual de doloroso. En mi mente, adopté el pensamiento de que no eran hijos míos, de que yo sólo era el recipiente, y en ningún momento experimenté ningún sentimiento maternal. Era tanto mi rencor y tan amarga mi tristeza que me encerré en una burbuja aparte, me desvinculé de todo lazo de afecto, me aislé con mil escudos y me cubrí de hielo.

»Para mi sorpresa, Fabrizio comenzó a mostrarse más gentil en el lecho, pero yo era un témpano. Me traía regalos que no podía lucir, acudía a mi cuarto y me abría su alma, contándome sus problemas. Me decía que deseaba convertirme en su esposa a ojos del mundo, que Rosella era un incordio, que la detestaba y que encontraría el modo de librarse de ella. Comencé a ver

cierto afecto por mí en sus ojos y en sus gestos, y a mi temprana edad comprendí que debía usar a mi favor aquella baza. Me dejé querer y nuestra complicidad aumentó hasta despertar los celos de Rosella. En una ocasión, me golpeó por una nimiedad, y comenzó a confabular para que me echaran de la casa. No me permitía acercarme a los niños y se me prohibió comer en el salón familiar.

»Cuanto más cariñosa me mostraba, más regalos recibía: vestidos, sedas, joyas..., y todo lo guardaba para el día en que pudiera huir.

Hizo una pausa y su mirada cambió. Una peculiar sonrisa retorcida afloró en sus labios, y a mi malestar se sumó una inquietante intriga.

—Aquel verano comenzó a visitarnos un joven marino que embarcaba en una de las galeras de la flota de Fabrizio, Angelo, y que estaba siendo formado para llegar a tripular la nave. En cuanto lo vi, me cautivó, y fue algo mutuo. Y entonces comencé a barajar la idea de embarcar con él huyendo de aquella vida. Nos mandábamos notas secretas y, finalmente, una noche hice un hatillo con mis pertenencias y escapé con él. Todavía a día de hoy no sé qué pesó más, si el amor o la desesperación. Pero los breves días que duró fueron los más felices de mi vida. Me entregué a aquel muchacho dulce y noble, y de su mano supe que en aquel acto podía esconderse placer, ternura y pasión, en lugar de lágrimas, repugnancia y dolor.

Aspiró una profunda bocanada de aire y su semblante se encogió de amargura ante la dura remembranza de aquellos días.

—Nos encontraron—su tono se prolongó en una especie de lamento—, y él lo pagó con su vida. Fabrizio lo mató delante de mí, jamás olvidaré aquel día. Pero él no murió del todo, porque se quedó dentro de mí. Y así fue cómo llegué a amar a Lanzo, así fue cómo por primera vez sentí que me arrebataban el alma al separarlo de mi lado. Y esa noche me rebelé como ninguna otra, pero de nada sirvió. Poco después recibí una carta de mi madre, anunciándome la muerte de mi padre, en la que me prometía reclamarme. Pero su reclamo tuvo consecuencias: la ira de Fabrizio.

Apreté la mandíbula y tensé mi cuerpo ante lo que se avecinaba. Descubrí que estaba llorando, palpé mis húmedas mejillas y la miré. Entonces vi que, por el contrario, Carla mostraba un semblante duro, tan fiero que me sobrecogió.

—Mi madre lo llevó a juicio y, aunque fue declarado inocente, el escándalo se extendió por toda Venecia. Su reputación ante aquel escarnio

público afectó a sus operaciones mercantiles y, aunque no fue condenado por la ley, sí lo fue por el pueblo. En realidad, fue la excusa que necesitaron sus rivales para desbancarlo. Fabrizio juró vengarse de las Brunetti y no tardó en cumplirlo. Noches después, me sacó de la casa, me metió en una barcaza y me llevó a una hermosa mansión en el Gran Canal, años después supe que se trataba del palazzo Ca' Dario. Me condujo a una amplia sala circundada de velas, totalmente desierta, y me dejó allí, muerta de miedo y llorosa. Ante mi más absoluto pavor, hombres cubiertos con capas negras, tocados con voluminosas capuchas y ocultos bajo la máscara blanca de los doctores de la peste, hicieron acto de presencia y me rodearon formando un círculo a mi alrededor. Pronunciaron al unísono una especie de extraña cantinela que me pareció siniestra y que elevó a cotas inimaginables el terror que ya sentía. Y, cuando uno de ellos mostró una daga y rasgó mis ropas, casi perdí la conciencia. No tuve tanta suerte, por desgracia. No voy a detallarte todo lo que me hicieron ni todo lo que me obligaron a hacer, pero jamás fui la misma.

»Fabrizio me liberó, arrancándome en ese último acto de maldad parte de mi alma. Pero no me importó, sólo me centré en reconstruirme. Poco tiempo después, hubo un brote de peste bubónica, dicen que Rosella fue llevada a Poveglia moribunda, pero nadie pudo verla. Gabini firmó el documento por el que autorizaba su traslado por contagio.

—Como firmó el mío —musité comprendiendo de pronto aquella familiaridad del principio con él.

Aquella maldita mirada zaína y penetrante, sus palabras en nuestro primer encuentro, su voz rasgada... Había sido él, ya no cabía duda alguna, y por algún motivo mi mente había desdibujado su rostro. Quizá en aquel momento de extrema debilidad, al borde de la muerte, no había logrado retener al detalle aquel rostro que había pedido ver como último deseo.

—Fue él quien me llevó a Poveglia, quien no tuvo piedad conmigo, quien me buscó tras la muerte de mis padres —siseé entre dientes presa de la furia.

Carla se puso en pie, trastabilló al dar los pasos que la separaban de la ventana, y en el último tuvo que agarrarse a las cortinas para recuperar el equilibrio. La abrió torpemente y lanzó al exterior la licorera vacía. Se oyó el sonido del agua tragándola. Apoyó las palmas de las manos en el marco y permaneció inmóvil, dejando que la fresca brisa nocturna lograra despejarla.

—¿Por eso no intentaste acabar con Fabrizio? ¿Por tus hijos?

—Yo no tengo hijos, yo sólo los parí. Quizá Lanzo podría haber llegado a

serlo porque nació del amor, pero me lo arrebataron. Ya lloré su pérdida, y ya me cerré a cualquier afecto que pudiera debilitarme. Cuando Fabrizio solicitó mis servicios, yo no se los negué. Pagó el doble de mi tarifa, ¿crees que no sé por qué eres tan popular? Claro que lo sé: a los hombres los fascina que una mujer sea dominante en el lecho, autoritaria y violenta. A mí todo eso me nació con Fabrizio, y curiosamente la rabia que descargué fue lo que lo atrapó. Ahora me teme y me respeta. Le pedí ver a sus hijos, por eso los trajo aquella vez. Fue tan duro ver en Lanzo a su padre y la maldad que había heredado Marco del suyo que cerré mi corazón de nuevo y los expulsé de él y de mi casa.

—Sigo sin entender por qué no te vengaste.

—Porque Fabrizio devuelve con creces el golpe. Por eso te he contado todo esto, para que seas plenamente consciente del monstruo al que te vas a enfrentar. No se quedará de brazos cruzados, Alonza. Ahora te ha dejado en paz por... —Se calló abruptamente, no volvió el rostro hacia mí, pero imaginé en su faz una expresión arrepentida.

Me acerqué a ella y me puse a su lado. Tenía los ojos cerrados, pero las facciones tensas.

—Termina la frase —pedí en tono autoritario.

Aspiró vehemente y, cuando los abrió, ya no estaban turbios, sino despejados y relumbrantes de una determinación apabullante.

—Imagino que ya no importa, pues ambas nos enfrentaremos a ese demonio. Sé que pagaremos cara esa batalla, pero si vencemos merecerá la pena.

Aguardé paciente mi respuesta, aunque continué mirándola inquisitiva.

—Lanzo se sacrificó para liberarte de las garras de su padre —repuso sosteniendo mi mirada.

—No entiendo —mascullé angustiada.

—Cuando estaba en prisión, Fabrizio, aún convaleciente, fue a visitarlo a su celda. Allí, le ofreció la libertad, retirando la acusación si se casaba con Bianca, pero Lanzo lo rechazó, dijo que prefería mil condenas a ésa. Días después, Fabrizio regresó y le propuso otro pacto. Que retiraría la acusación que pesaba sobre él y la demanda de tutela sobre ti y que te dejarían vivir en paz si aceptaba casarse con Bianca. Aceptó al instante con la amenaza de matarlo si no cumplía el trato.

Cerré los ojos con fuerza y arrugué mi rostro en una mueca dolorosa e

impotente que me devastó. Me aferré a las cortinas y sofoqué un sollozo mitad gruñido furioso, mitad llanto desconsolado. Me giré trémula, dándole la espalda, y, como pude, me encaminé a la puerta. Antes de salir, me volví hacia ella, que me observaba tan rota como yo.

—Juro por cuanto me asiste que acabaré con él, aunque muera en el intento —prometí con solemne gravedad—. No lo temo, nada más puede arrebatarme. Vivir sin corazón es un tormento mayor que dejar un mundo que nada puede ya ofrecer.

—Eres joven, bella e inteligente, puedes poner el mundo a tus pies si así lo deseas —afirmó con gesto serio.

—Sólo quiero una cosa, y es justamente la que no puedo tener. Éste es un mundo de hombres, y eso es lo único que me anima a ponerlo a mis pies. Someterlos es de los pocos placeres que me quedan.

—Lo haremos juntas —dijo decidida.

—Conciértame una cita con Gabini, será la primera pieza que caiga.

—Espero que ese ímpetu tuyo no se amilane con la sangre, pues me temo que habremos de derramarla —advirtió buscando en mi mirada la respuesta.

Me limité a asentir y abandoné el despacho con la determinación pintada en el rostro, la rabia estremeciéndome el alma y el miedo asomando incipiente ante el cariz que sabía tomaría nuestra venganza.

CAPÍTULO 37



UN PÁJARO ATRAPADO

—Todo solucionado —informé a Chloe, componiendo una abierta sonrisa y escondiendo la profunda inquietud que todavía me sacudía por dentro.

Ella abrió los ojos con asombrada incredulidad, pero al tiempo con un evidente brillo esperanzado.

—Y ¿qué has solucionado exactamente?

—Sabe que estás encinta, pero le he propuesto mantenerte yo hasta que pueda conseguir comprarte una casa, y ha aceptado a que te quedes el tiempo que sea necesario.

Se le desencajó la mandíbula por la sorpresa y me miró como si fuera una aparición.

—No puedo creerlo —manifestó parpadeando suspicaz—. ¿Le has vendido tu alma?

—Algo así —bromeé esbozando una sonrisa mordaz—. Simplemente no quiere perderme, y la amenacé con marcharme —expliqué a medias.

—Eres asombrosa —masculló emocionada.

Abrí mis brazos y Chloe se abalanzó a ellos. La abracé con profundo afecto, ella no sabría nunca cuánto necesitaba aquel abrazo en aquel momento. Pero el frío que me estremecía se diluyó en el calor de aquel cariño mutuo.

Cuando nos separamos, la sonrisa agradecida que me regaló inundó mi corazón. Aunque el desasosiego por ella continuaba latente.

—Ya no hace falta que le digas nada a Massimo Conti —aduje apelando a mi intuición.

—Pero es el padre —repuso ella reprobadora—, tiene derecho a saberlo. Y yo quiero que lo sepa.

—Pero te ruego que no le exijas nada, aguarda a su reacción y actúa en consecuencia. Si reniega de su paternidad y de ti, no insistas, aléjate de él y olvídalos. Saldremos adelante juntas.

Asintió, aunque desvió la mirada. Su actitud esquiva removió mi preocupación. La tomé por los hombros y la obligué a mirarme.

—Prométemelo.

Pude ver su titubeo y su contrariedad; no obstante, tras un silencioso pulso de miradas, asintió.

—Te lo prometo, amiga.

Solté el aire contenido y sonreí complacida.

—¿Has cenado algo?

—Elisa me ha subido un escudilla con sopa de carne y un trozo de pan y queso.

—¿Te lo has tomado todo?

—Sí, mamá —contestó burlona.

Me sacó la lengua y ambas nos echamos a reír.

—Más te vale no ser desobediente o yo misma te daré de comer.

Dejó escapar una risita alegre que me sonó a música celestial.

—Y ahora, a la cama. Sigues muy débil y tienes que cuidarte.

Asintió risueña y me obedeció.

—He dejado de sangrar —anunció animada—. Ese Lanzo tuyo es realmente un magnífico apotecario.

—No es mi Lanzo —mascullé con sequedad.

—Lo es, y lo sabes, su mirada así lo decía.

La contemplé admonitoria y me senté a su lado arropándola.

Saber que Lanzo se había sacrificado por mí clamaba el profundo amor que me profesaba, tanto como renunciar a mí en favor de ese ser inocente que

llevaba su sangre. Jamás dejaría de amarlo, por muchos años que pasaran, por muchas vidas que viviera, por mucha distancia que nos separara. Y, aunque el mundo entero se empeñara en quebrar nuestros espíritus y en pisotear nuestros corazones, seguirían palpitando al unísono, porque nuestras almas ya estaban enlazadas hasta el fin de los tiempos. Aquella convicción se asentó férrea en mi pensamiento, alegrando mi ánimo y diciéndome que en verdad era afortunada por sentir algo tan puro e incorruptible, por haber conocido a un ser tan especial como él.

Saber su verdadero origen en realidad aligeraba mi alma, y quizá aligerara la suya, pero no me incumbía a mí aquella revelación, aunque en el fondo de mi corazón deseara que madre e hijo pudieran algún día mirarse como tal.

Respecto a Carla, me suscitaba emociones contradictorias. Ella no se sentía madre, su odio y su resentimiento la habían endurecido, y en lo más recóndito de su ser había metido a todos los Rizzoli en el mismo saco, apartando a Lanzo de su venganza, pero sin ningún interés ni ninguna clase de afecto más que la justicia. Él no era como su familia, y lo dejaba aparte por eso, no porque mediara ningún hálito maternal. Aquello me entristecía, aumentando mi compasión por ambos. ¿Era posible que se rompiera un vínculo como aquél, por mucho que le hubiera sido arrebatado al nacer? Ella lo quiso, ella lo lloró, en alguna parte de esa roca que ahora envolvía su pecho todavía debía de titilar esa llama. Una llama que se afanaba por apagar o cubrir para estrangular el dolor que debía de causarle.

—No todos los amores tienen futuro, ni final feliz, por mucho que las dos personas compartan el mismo sentimiento —pronuncié melancólica—. No se puede conseguir todo lo que se ansía, ni se puede aspirar a obtener la felicidad siendo egoísta o posesivo, pues amar es el acto más generoso que existe.

Chloe desvió la mirada y su rostro se empañó avergonzado.

—Sin embargo —musitó apenada—, es tan difícil desprenderse de lo que uno ama... Sé que hice mal, pero creí que este hijo sería el empujón que Conti necesitaba, porque yo sé que él me ama, Alonza, lo sé.

—No te estoy juzgando, Chloe, tan sólo intento que comprendas que ése no es el modo. Si él te amara tanto como dices, no necesitaría ningún incentivo para luchar por ti. Sé que lo sabes, pero te niegas a creerlo. En tu mente te has forjado una fantasía para huir del desengaño, y en cierto modo te entiendo. Ya es tarde para lamentaciones, y sólo espero que, cuando hables con él, aceptes

la realidad, sea la que sea. Se puede vivir sin amor, amiga mía, yo soy un claro ejemplo.

Asintió con mirada arrepentida y cogió mi mano para ponerla sobre su vientre.

—Llevas razón. Si me quiere, que venga por mí. No mendigaré su afecto, ni impondré mi presencia. En realidad, ya lo tengo, está aquí, y late dentro de mí. Ocurra lo que ocurra, deseo este hijo y ya lo amo. No me derrumbaré si después de todo no me quiere como pensaba.

—Nos tenemos la una a la otra —recordé de nuevo con una sonrisa abierta.

—Y no imaginas cómo agradezco al cielo el día que decidiste cruzar las puertas de esta casa.

Acaricié su mejilla y besé su frente.

—Duerme, es ya muy tarde.

—Me gustaría que fuera un niño —confesó con expresión soñadora—. Massimo lo preferiría, además, su vida sería más fácil. Y lo llamaría como él.

—¿Y si fuera niña?

—La querría igual, la protegería de todo y nunca le daría la espalda.

Me limité a sonreír tragándome la tristeza por otra vida que intuía trocada por una familia injusta y cruel.

—Y ¿cómo la llamarías?

—Gina, como mi abuela. Cuando ella murió, me hice esa promesa, que la traería de vuelta si tenía una niña. ¿Sabes que poner el nombre de alguien fallecido a un bebé lo trae de vuelta?

Negué con la cabeza, admirando aquella tierna ingenuidad en sus hermosos ojos aguamarina.

—Reconforta saberlo —comenté esgrimiendo una sonrisa dulce.

—Esta noche hace frío. —Se arrebujó temblorosa bajo las sábanas y yo me puse en pie, observándola afectuosa.

Me quité el vestido y, en camisola, me metí en su cama, la abracé por detrás y ambas compartimos nuestro calor y el inmenso cariño que nos había unido. Esa noche más que ninguna otra me aferré a ese calor, rogando que la pena que tiraba de mí me diera cuartel.



Estar frente a Gabini sabiendo ya quién era realmente supuso para mí todo un reto a mi templanza. Era tan sólo un peón de Fabrizio, pero eso no mermaba su falta de piedad y sus nulos escrúpulos ante un acto tan infame.

Sonreí cínica y traté de esconder el profundo desprecio que me inspiraba.

Ese día me cobraría parte de mi venganza, sería yo quien lo condujera a otro mundo, manipulándolo a mi antojo.

Lo tenía todo preparado en la bolsa de sarga que había traído, y que él miraba ansioso, imaginando lo que debía de contener con mirada libidinosa.

Se acercó a mí y acarició la línea de mi mentón. Yo me mantuve firme, aunque en mi interior se revolviere mi furia.

—Dejadme que os preparé un brebaje único. Dicen que aumenta la potencia sexual del hombre y prolonga el placer. Y creedme si os digo que deseo que esta noche en particular sea larga y diferente.

Gabini sonrió con entusiasmo, mirándome cautivado.

—Dispón de cuanto necesites, ardo por someterme a tus caprichos.

Alcé una ceja seductora y sus ojos refulgieron impacientes.

—Desnudaos mientras lo preparo todo, ya sabéis que soy vuestra ama y vos mi mascota. Hoy he decidido ataros a la cama.

Adoptó su acostumbrada actitud servil y comenzó a desprenderse de la ropa con premura.

Me encaminé hacia el recio aparador donde tenía el vino especiado y lo serví en una copa. Luego extraje del saco el frasco con el estramonio molido y eché una considerable cantidad en la bebida, lo removí con el dedo y le acerqué la copa.

—Quiero que apuréis y relamáis la copa como el perro que sois.

La tomó de un solo trago y, acto seguido, comenzó a lamer el interior con vehemencia.

Sonreí taimada y palmeé su cabeza con desdén. Regresé a mi saco y le mostré la soga y una vara corta de madera de saúco, que pensaba utilizar como fusta.

Caminé lentamente en su dirección, dilatando cada instante para dar tiempo al brebaje a hacer su efecto. Me incliné sobre él, tomé su muñeca y la até al poste más cercano. Hice lo mismo con el resto de sus extremidades y luego me senté a su lado en la cama, paseando la punta de la vara por su

pecho. Comencé a trazar un camino errante, observando su expresión expectante.

—¿A cuántas personas sanas llevasteis a Poveglia?

Su gesto cambió. Frunció el ceño y me clavó una mirada desconcertada.

—¿Desde cuándo recuerdas quién soy?

Alcé la vara y lo golpeé en un costado. Él gritó asombrado y su cuerpo se combó sobre la cama.

—¿Qué demonios...? —rugió.

De nuevo alcé la vara y sus ojos brillaron atemorizados.

—Contesta.

—No lo recuerdo.

—¿Rosella Brunetti era una de ellas?

Tragó saliva y asintió casi imperceptiblemente.

—¿Te pagaban por ello?

—No soy un mercenario —respondió ofendido, y sacudió enérgico los brazos con intención de escapar.

Lo golpeé de nuevo en el pecho.

—¡Maldición, detente!

—Quieto, hombre pájaro, estás a mi merced, como tanto te gusta.

—Este juego no es de mi gusto —se quejó airado.

—Pero sí del mío —espeté con una mirada gélida.

Paseé la vara por el enrojecido e inflamado verdugón de su costado y su piel se erizó. Sonreí pérfida.

—¿Qué le hicisteis a Carla?

Abrió los ojos exageradamente. En ellos comenzó a asomar un paño confuso, sus labios se frunció disgustados y de nuevo se agitó violento con intención de liberarse.

—Puedes matarme si quieres, porque no hablaré. Pero te aseguro una cosa, Alonza di Pietro, estás firmando tu sentencia de muerte si indagas donde no debes.

—Hablarás, porque ahora yo soy tu verdugo.

Alcé la vara y volví a golpearlo, esta vez con tanta saña que la piel de su pecho se abrió y de ella manó un fino hilo de sangre.

—¡No soy tu enemigo! —bramó furioso—. En aquel momento tuve que hacer lo que me pidieron, no creas que disfruté en modo alguno. Pero ahora, ahora he intentado ayudarte llevando tu caso en contra de los intereses de

Fabrizio, bien lo sabes.

Sostuve su mirada expresando con la mía todo mi recelo.

—Alonza —musitó en tono suave y conciliador—, no eres una mujer común, y yo también soñé contigo tras dejarte en aquella infecta isla. Sangrabas mucho y te creí condenada, lamenté tu destino y nunca pude olvidar tus ojos, tu temple y tu fortaleza siendo tan joven. Tus últimas palabras me atormentaron muchas noches, y algo en mí cambió. Me compadeciste, y yo te admiré profundamente. Saberte viva inflamó mi pecho, y sólo deseé volver a estar junto a ti. Temí que me reconocieras, pero aquella primera noche, aliviado, descubrí que habías olvidado mi rostro.

—¿Por qué? —inquirí con gesto afilado—. ¿Por qué ya no te debes a Fabrizio?

Comenzó a costarle enfocar la vista, parpadeaba sin cesar, empezaron a castañearle los dientes y dejó de debatirse. El estramonio comenzaba a surtir efecto.

—No voy a hablar de mis asuntos personales —reiteró con voz espesa—. Y... no lo hago sólo por mis votos, sino por ti..., Alonza. Si puedo enmendar de algún modo mis pecados es manteniéndote lejos de... esto.

—Ya es tarde para eso —afirmé circunspecta—. Ya es tarde para mí. Creo que siempre lo ha sido.

Me levanté y me dirigí hacia los candelabros. Fui apagándolos uno a uno, sintiendo la mirada de Gabini fija en mí. Pude ver cómo se estremecía ante la decidida expresión que relucía en mis ojos.

—¿Vas a... a torturarme?

Soplé la última vela y me encaminé pausadamente hacia la ventana y la abrí de par en par. Una húmeda y sibilante brisa agitó mis cabellos. Respiré hondamente y me giré hacia él.

—¿Qué... qué está pasando?

No respondí. Me camuflé en las sombras y aguardé paciente, observando aquel blanquecino cuerpo iluminado por la luna, temblando asustado. Alzaba la cabeza estirando el cuello y miraba en todas direcciones, buscándome. Comenzó a gritar, pero, como bien sabía, nadie de su servicio acudiría. Ya estaban acostumbrados a nuestros peculiares juegos y él había prohibido terminantemente que nos molestaran.

Tras un largo instante, en el que la irrealidad comenzó a apoderarse de él inundándolo de pánico y crispación, me deslicé entre los penumbrosos

rincones hasta llegar al saco. Extraje una capa negra con capucha y una máscara de hombre pájaro y me cubrí con ellos.

Tomé una profunda bocanada de aire, me erguí y salí de las sombras avanzando en su dirección.

Cuando reparó en mí, su turbia mirada se cubrió de horror.

—¡No! ¡No he dicho nada, lo juro! —exclamó angustiado.

—¿Dónde has escondido el libro sagrado? —inquirí imperativa, imprimiendo a mi voz un tono ronco y grave que lo estremeció.

—No, maestro, yo no lo tengo, está ahí... —Señaló un punto a mi izquierda y me miró completamente desquiciado—. ¿No lo veis? Sigue en la urna rodeado de velas, siempre vigilado por el ojo.

—No lo veo —negué alzando la voz—. ¿Seguro que no te has equivocado de lugar?

—No, está aquí, en el palacio, en la cámara secreta.

—¿En el palacio del dux?

—Como siempre, maestro —respondió entre escalofríos.

—¿Cómo se llega a esa cámara?

Alzó las cejas confundido, luego abrió y cerró la boca varias veces sin emitir sonido alguno. Finalmente, su vidriosa mirada logró enfocarme y respondió:

—Por el pasadizo secreto que comienza en el patio principal y que conduce a los *piombi*. En la cámara de los tormentos celebramos las reuniones, y el libro sigue ahí, en la urna.

—Recita tus votos, hermano, y te creeré.

Comenzó a mover la cabeza bruscamente de un lado a otro con los ojos desorbitados y la boca desencajada.

—¡Decidle que se vaya, que deje de picarme...! —suplicó lloroso, convulsionando contra el colchón.

Estaba comenzando a desvariar peligrosamente, no podía perder su atención del tema. Cogí de nuevo la vara y lo golpeé ligeramente con ella. Fue un gesto admonitorio, no le causé dolor.

—Repite tus votos y nada te pasará —insistí endureciendo el tono.

En ese momento, el viento conspiró a mi favor, rugiendo feroz y azotando las cortinas con vehemencia.

Gabini, que se estremecía violentamente como una hoja sacudida por una tormenta, negó con la cabeza y comenzó a recitar para sí de manera

ininteligible.

—¡No te oigo! —clamé autoritaria.

—*Lumina enim pando lacteae nebulae et fratri scientiam ostendo. Neque umbilicus sum mundi nec numerus ullus.*

Fue la primera vez que pude darle utilidad a mi conocimiento de las lenguas clásicas.

Me incliné sobre él y acerqué mi boca a su oreja.

—Fabrizio nos traiciona, hemos de proteger el libro —susurré en su oído.

—No..., no..., no...

Comenzó a sacudirse frenéticamente, preso de espasmos. Temí haber sobrepasado la dosis, tenía que irme cuanto antes. Logré ponerle la vara entre los dientes para que no se mordiera la lengua. A continuación, me desprendí rauda de la capa y la máscara y me fui de allí, preguntándome si al día siguiente recordaría lo ocurrido.



Cuando regresé a casa, Carla me esperaba despierta. Fui directa hacia el resplandor que emergía cálido de la puerta entreabierta de su despacho y me adentré en la estancia, descubriéndola sentada a su mesa, lacrando unos sobres.

Alzó el rostro hacia mí y me observó con agudeza.

—¿Lo has conseguido?

—Algo he conseguido, sí, pero no sé si es suficiente —espeté sentándome frente a ella.

Cogí uno de los pliegos que tenía apilados y retenidos con una pieza de cristal piramidal de vidrio ahumado y traslúcido. Distinguí un objeto dentro, parecía una esfera blanca con una mota oscura en el centro. Era la primera vez que veía aquello. Alcé los ojos inquisitiva con la pieza en la mano.

—La he mandado fabricar expresamente —explicó con una sonrisa maliciosa, tildada de orgullo.

—Es un objeto bastante peculiar. No sabía que se podía introducir cosas en el vidrio.

—No es fácil, sólo un habilidoso artesano puede lograrlo. Y creo que he

encontrado al mejor. Ha reproducido la pieza tal como se la describí. Su talento es magnífico. Mañana vendrá a recoger su pago. Es muy joven, pero ya posee el grado de maestro, y muy apuesto, por cierto.

—Puedo imaginar la relevancia de este objeto en el caso que nos ocupa. Observándolo con atención, parece un ojo atrapado en la niebla.

—Lo es, es el ojo que vigila el libro sagrado —aclaró—. Un objeto ceremonial, tan místico como simbólico, que se supone actúa como protector de los secretos de la orden.

—¿Cómo lo sabes?

Carla alzó mordaz una de las comisuras de sus labios y me miró con un deje de cinismo que no entendí.

—Lo sé, lo veo cada día.

La miré intrigada, pero no insistí.

—Y ¿cómo piensas usarlo?

—Dentro de pocas semanas se celebra el carnaval. Habrá una mascarada en la recepción que ofrece el dux y en ella pienso fingir que recibo este objeto de manos de Gabini bien a la vista de Fabrizio, que espero y ruego pierda el control. Es un hombre astuto, pero muy impulsivo. Ver este objeto sagrado expuesto como un vulgar regalo desatará su ira.

—Pero será peligroso para ti —aduje preocupada.

—Esta vez pretendo ser yo la peligrosa —murmuró oprimiendo los labios con firmeza.

—Creo que será la noche idónea para que robemos el libro —maquiné con una sonrisa ladina.

—¿Sabes dónde está? —inquirió ilusionada.

Asentí sonriendo triunfal.

—Justo donde se celebrará la fiesta.

Me observó admirada, y creí advertir en su mirada un deje afectivo inesperado. Mojé la pluma en el tintero y me incliné sobre el pergamino escribiendo el voto en latín que Gabini había recitado. Giré el papel y Carla lo tradujo en voz alta.

—«Abro mis ojos a la blanca niebla, y mis conocimientos a mi hermano. No soy ombligo de mi mundo, ni número alguno.»

Ambas sonreímos cómplices.

CAPÍTULO 38



CONFIANDO EN EL CORAZÓN

Oí un murmullo de pasos raudos provenientes del pasillo que daba al patio. En el cristal de la puerta se dibujó una silueta masculina.

Luca irrumpió sigilosamente en el almacén. Llevaba una pistola en la mano y su semblante se veía tan fiero que me sobrecogió.

Se acercó a mí sin apartar sus ojos de la puerta que conducía a la tienda.

—Sal de aquí —susurró con firmeza.

—No voy a dejarte solo.

—Llevo un arma, no estoy solo. Y, ahora, obedece.

Clavó en mí una mirada inflexible, me cogió la mano y me condujo hasta el pasillo.

—Cierra la puerta del patio, sube al apartamento y espérame allí —ordenó categórico.

Asentí con un nudo en la garganta y atravesé el pasillo en dirección al patio. No obstante, a cada paso que daba mi angustia me obligaba a retroceder. Me detuve junto a la fuente y me giré para mirar aquella cortina de hiedra susurrante. La brisa la mecía, y aquellas ondulaciones hipnóticas me atrajeron de nuevo a ella. No podía irme sabiéndolo en peligro.

Regresé sobre mis pasos y contuve la respiración cuando oí la voz de Luca procedente de la tienda.

Discutía con Stefano en tono amenazador. Me ceñí a la pared y me asomé subrepticamente con el pulso atronando alocado en mi sien.

—O me entregas el cilindro o la mato —amenazó Stefano.

Aferraba a Loretta contra su cuerpo y la encañonaba con una pistola. A su vez, Luca lo apuntaba con la suya.

—De acuerdo, lo tengo aquí mismo —mintió, conocedor de aquella trampa.

Comenzó a rodearlos, acercándose a una cómoda que convenientemente se encontraba muy cerca de ellos. Stefano giró en su dirección evitando darle la espalda. Luca abrió el cajón superior y sacó del interior un cilindro de metal, que evidentemente no era el mismo. El que

buscaban seguía en la mesa de su despacho.

Alargó la mano para ofrecérselo, tentándolo astutamente a que se aproximara. Y, justo cuando Stefano extendía el brazo con que aprisionaba el cuello de Loretta, Luca aferró su muñeca, se la retorció y, en un habilidoso giro, se puso tras él y lo apuntó con su arma.

Loretta gritó sobresaltada y escapó de las garras de Stefano, retrocediendo asustada.

—Suelta el arma o te vuelo la tapa de los sesos —siseó Luca furioso.

Stefano obedeció raudo, lanzándola lejos, justo a los pies de Loretta, y levantó las manos en señal de rendición. En aquel preciso instante predije lo que pasaría.

Salí de mi escondite y grité advirtiendo a Luca.

Acto seguido, sonó un atronador disparo que me ensordeció, y el pánico me inundó.

Me abalancé sobre Loretta y la golpeé arrebatándole el arma. Forcejamos hasta que una dura voz nos paralizó:

—¡Apártate, Alessia!

Luca apuntaba a Stefano y a Loretta alternativamente. Mi estómago dio un vuelco al reparar en la sangrante herida que se abría en su brazo. Aun así, no dio muestras de debilidad.

—¿Desde cuándo me traicionas, Loretta? Desde el principio, ¿verdad? Siempre has sido el peón de Stefano. Por eso conocía todos mis pasos y mis avances.

—No todo fue una mentira —alegó ella, sosteniendo

altiva su acusadora mirada—. Si no la hubieras metido en tu cama, ahora todo sería diferente.

—Es a ti a quien nunca debería haberte metido —sentenció él resentido.

—Difícil empresa para un hombre como tú —intervino Stefano ladino—, todo un gigoló que usa precisamente la cama para engatusar incautas y...

—Alessia —interrumpió cortante Luca—, en el cajón superior, tras el mostrador, hay un rollo de cinta americana. Pásamela.

—Sí, corre, Alessia —se mofó Stefano regalándome un mohín desdeñoso—, obedece a tu macho alfa.

—¡Cierra la puta boca! —lo amenazó Luca cogiéndolo de las solapas de su chaqueta al tiempo que presionaba su sien con la boquilla del cañón.

—¿Crees que lo recordará todo a base de polvos, estúpido?

—¡He dicho que te calles!

Era la segunda vez que oía aquello referente a mí, y en mi interior se despertó una sensación insidiosa que me intranquilizó.

—¿De qué está hablando? —pregunté confusa.

—Sólo pretende indisponerte contra mí —respondió Luca agitado—, como ya intentó hacer.

—¿Qué esperáis todos que recuerde? —insistí cada vez más desasosegada.

—¿Todos?

Luca me observó extrañado.

Stefano abrió la boca y Luca le metió el cañón entre los dientes. Su crispación aguijoneó mi desconfianza y aumentó mi malestar.

—Una palabra más y eres hombre muerto —avisó rotundo.

Comencé a marearme y miré nerviosa a mi alrededor. Necesitaba aire fresco.

—¿A mí también vas a dispararme si le digo que sólo la estás utilizando para encontrar el tesoro? —profirió Loretta artera.

—No creo que dispare a mujeres despechadas —mascullé, recibiendo una mirada disgustada.

Me encaminé hacia el mostrador, saqué el rollo de cinta y se la entregué a Luca. Entre los dos, maniatamos y amordazamos a Stefano y a Loretta a unas sillas isabelinas que debían de costar una pequeña fortuna. Luego me detuve a comprobar su herida.

—Es sólo un rasguño —afirmó despreocupado.

Era una brecha, la bala había rasgado la piel y, a pesar de su indiferencia, la herida parecía profunda.

Lo observé detenidamente. Todavía bullía en él una aguda inquietud que le impedía sostener mi mirada. Mi desazón aumentó.

—¿Vas a dejarlos aquí?

—Sí, ya pensaré luego qué hago con ellos.

Registró los bolsillos de Stefano y le arrebató el

teléfono, hizo lo mismo con ella. Ambos lo fulminaron con la mirada.

A continuación, se metió una pistola en cada bolsillo, cogió mi mano y me llevó de regreso al patio interior. Noté en sus ademanes una evidente irritación hacia mí. Cerró la puerta y acomodó la cortina de hiedra con bruscos gestos. Cuando intentó aferrarme de nuevo la mano, me zafé molesta con su actitud.

—¿Qué demonios te pasa? —inquirí, encarándolo.

—¿Cómo has encontrado la puerta oculta? —preguntó receloso.

—Fue una simple ocurrencia que resultó ser acertada —contesté mordiente—. No tenía mucho sentido que no hubiera una entrada por la planta baja, nada más. Gracias a esa comprobación, los he descubierto. Y francamente me sorprende que esa puerta no esté cerrada con llave.

—Solía estarlo, pero no he tenido mucho tiempo de cambiar la cerradura desde que despedí a Loretta. Ella tiene las llaves, y debí de suponer que entrarían. Pero ese maldito acertijo no me está dejando muchas neuronas para ocuparlas en otras cuestiones.

Ascendimos la escalera hasta su alcoba y, una vez allí, lo detuve.

—Necesito saber algo —comencé nerviosa—. ¿Cuándo tuviste acceso al diario por primera vez?

—¿A qué viene eso ahora?

—Contesta.

—A mediados de 2011, ese año me contrató tu abuela. Señalé la lámina que había sobre su mesilla, con las iniciales artísticamente entrelazadas.

—¿Cuándo dibujaste eso?

—No... no lo recuerdo. —Su titubeo, acompañado de una mirada esquiva, alimentó mi desasosiego.

—Maldita sea, aparece el año: lo dibujaste en 1997. Y me estoy asustando, Luca, esto no tiene ningún sentido para mí. Está claro que me ocultas algo muy importante, y mi confianza empieza a desmoronarse peligrosamente.

Inspiró hondo, su semblante se oscureció y su mirada grave me reveló que, en efecto, guardaba un secreto.

—Te lo contaré todo a su debido momento.

Intentó volver a apresar mi muñeca, pero me solté indignada.

—Empiezo a estar harta de esperar, harta de sentirme como una imbécil rodeada de desconocidos que saben lo que está ocurriendo. Harta de poner bloques de confianza que, con cada descubrimiento inesperado, se convierten en papel mojado. Acabas de apuntar y amenazar con una pistola a dos personas. Esto está cogiendo tintes muy serios y no me gusta, maldita sea. Me siento en el jodido ojo de un huracán que parece venir de todas direcciones, y tú no estás resultando ser ese refugio que pensaba; por lo que sé, hasta puedes ser tú ese huracán.

—Lo único que puedo decirte de momento es que estoy de tu lado, que no te estoy utilizando, que te quiero y que

mi secreto pronto será revelado. Confía en mí, Alessia, te lo suplico, es vital que lo hagas, por mucho que los acontecimientos o los comentarios malintencionados te digan lo contrario.

Su mirada profunda, en la que derramó cuanto sentía, intentó vencer mis recelos, sin conseguirlo del todo.

—¿Qué es lo que esperáis que recuerde? Yo no sé nada de esto, sólo sé que estoy metida en un embrollo infernal, y que, a todas luces, el pasado está conectado con el presente y que eso me aterra tanto como me fascina.

Se acercó a mí, componiendo una expresión indescifrable, pero su mirada fue limpia y directa.

—Escúchame bien, Alessia, tengo que resolver con urgencia el acertijo y obtener el colgante. No voy a compartir lo que descubra con ellos, pero no porque quiera nada para mí, sino por evitar que consigan sus objetivos. Debemos hacer lo mismo que no terminaron de conseguir Alonza y Carla. Digamos que de algún modo nos han pasado el testigo. Te ruego que me des tiempo, cuando vayamos a Poveglia te lo contaré todo y serás libre de condenarme o no. Confía en mí, por favor.

Su expresión suplicante suavizó mi angustia. Debía darle tiempo, ahora debíamos continuar juntos aquel tramo final de la aventura, pues sentía que el desenlace estaba muy cerca.

—De acuerdo —acepté—, pero querré todas las respuestas.

Luca soltó el aire contenido y bufó aliviado.

—Y las tendrás, te lo prometo.

Nos dirigimos de nuevo a su despacho, y él, pasándome cansado las manos por el pelo, cogió el bloc de notas donde había garabateado repetidas veces las cuatro soluciones de los acertijos independientes.

—Deja que te desinfecte la herida.

Alzó la cabeza y me dedicó una sonrisa agradecida.

—En el baño hay un botiquín —informó concentrándose de nuevo en sus papeles.

Regresé con un bote de alcohol y unas vendas.

Me dediqué a su brazo, y me admiró que sólo apretara los dientes fugazmente ante la aplicación de la solución, que blanqueó los contornos de la herida. Aun así, estaba tan absorto en sus cavilaciones que apenas reparó en la cura. Vendé con mimo la brecha, pensando que necesitaba unos puntos, y la afiancé con una tira de esparadrapo.

Entonces me fijé de nuevo en las palabras, y a mi mente acudió resplandeciente la última frase del diario que había leído. Abrí los ojos desmesuradamente ante la revelación que se cernía luminosa frente a ellos.

Exhalé un gemido sorpresivo y Luca alzó la vista hacia mí.

—¿Qué ocurre?

Lo miré penetrante y boquiabierto. Su ceño se acentuó.

—¡Tengo la solución!

Su faz se estiró en una mueca atónita y miró sus

papeles y a mí alternativamente, tan incrédulo como intrigado.

—¡No es posible!

—Lo es, acabo de leerla.

Agrandó estupefacto los ojos y formó una graciosa «O» con la boca.

—¿En el diario?

—Claro, ahora mismo, en el patio, antes de que me llamara Gina.

—¿Te ha llamado Gina? —barbotó turbado.

—Sí, para advertirme sobre ti.

—¡Joder! —se lamentó furioso—, soy el objetivo que hay que batir.

Bufó exasperado y puso los ojos en blanco.

—Y ¿por qué no has subido a decírmelo en lugar de rebuscar entre mi hiedra? —inquirió molesto, alzando perspicaz una ceja.

—Pensaba decírtelo —aseguré—, pero tu hiedra es muy tentadora.

Suavizó el gesto ante mi tono burlón.

Acerqué mi rostro al suyo y fijé la vista en su boca.

—Aunque lo son más tus labios —confesé en un susurro meloso.

—Nada te impide rebuscar en ellos.

Rocé mi boca con la suya y atrapé su labio inferior. Luca dejó escapar un gruñido satisfecho entreabriendo los labios e introduje mi lengua buscando la suya. Me enredé

en ella, liberando en el beso todas las inquietudes que me nublaban como una pesada nube negra.

Dejé campar aquel lobo hambriento que me dominaba, más allá del temple de la contención, de la esclavitud de aquel deseo que me prensaba cuando lo tenía cerca, sumiéndome en una hipnótica bruma azul, y fui tras las huellas de aquella necesidad, ansiosa por colmarla en su boca.

Cuando me separé admiré su arrobada expresión. Todavía con los ojos cerrados y los labios entreabiertos, resultaba tan sensual que me tentó besarlo de nuevo.

Abrió los párpados y me embebí de su enamorada mirada. Lo que veía no podía ser una ensoñación, ese brillo era real, esa intensidad era abrumadora. Sus sentimientos eran palpables y acariciadores, verdaderos.

—Mira dentro, Alessia —murmuró ronco—, jamás me había abierto así. Mira mi verdad, mi corazón, mi alma. Mira quién soy... Soy yo.

Aquella afirmación me estremeció visiblemente, un escalofrío recorrió mi espina dorsal erizando toda mi piel. El tono de su voz, su penetrante mirada y el anhelo que brillaba en su rostro removieron piezas desconocidas en mi interior, piezas ocultas que apenas comenzaba a vislumbrar.

Aparté turbada la mirada y me erguí inhalando una profunda bocanada de aire.

Me sentí confusa y desazonada de repente, como si algo nuevo y desconocido hubiera despertado dentro de mí,

algo que me encogía el estómago y me aturdí. Sacudí la cabeza y retiré un mechón de mi rostro acomodándolo tras la oreja, como si aquel gesto cotidiano me devolviera a la realidad más rápidamente, alejando aquellas desconcertantes sensaciones.

Carraspeé para encontrar la voz y para terminar de disipar mi desasosiego. Luca observó atento mi reacción, y cuando logré recomponerme percibí desilusión en su faz. Oprimió los labios resignado y asintió para sí.

—¿Qué te dijo de mí?

Su mirada se tornó grave y su pose, rígida.

—Que fuiste a visitarla la noche que pasamos en aquel hostel —respondí resuelta a no dejar más cabos sueltos entre nosotros, al menos por mi parte—. Que te acompañaba Sofia Rizzoli y que le pediste que os dejara escenificar una serie de pistas para que yo recordara algo.

Cerró lentamente los ojos y resopló ofuscado.

—Vaya con Gina... —se limitó a mascullar en tono irritado.

—¿Es cuanto se te ocurre decir? —increpé, sintiendo que se me aceleraba el pulso—. Pues no resulta muy alentador.

—Está claro que está con ellos —rezongó escueto.

—¿Quiere decir eso que no es verdad? —insistí de forma incisiva.

—Quiere decir que buscan alejarte de mí.

Tomé aire en busca de paciencia, sus respuestas

imprecisas me alteraron.

—¿Por qué estás tan esquivo? —acusé disgustada—. ¿Acaso no ves que tu actitud les está dando la razón?

Se pasó la mano por el pelo y me clavó una mirada nerviosa. A sus ojos asomó un incipiente fulgor indignado que comenzó a crecer a falta de respuestas que darme.

—La razón... Me abro a ti, y no ves nada, ¡sigues ciega, maldita sea!, y la frustración me desgasta —profirió alzando la voz—. No..., no sé ya ni qué decirte. Quieres argumentos, respuestas concisas, todo me acusa y yo no me defiendo como debería, pues vamos a culparlo, ¿no? Así todo es más fácil. Adelante, hazlo, mándame al carajo si es lo que te nace hacer.

Mis mejillas ardían y mi ánimo comenzó a ser beligerante.

—Quiero la verdad, es cuanto pido y creo que merezco. Te estoy dando tiempo para revelarme en qué demonios estoy metida. No te haces idea de la cantidad de preguntas que me atormentan, y que aparto porque te quiero. Sólo deseo saber si todo esto es una descomunal pantomima para enredarme en un juego infernal que va a acabar con mi cordura. ¿Fuiste o no a ver a Gina esa noche?

—Sí, fui a verla.

Aquel jarro de agua fría me paralizó. No supe cómo gestionar aquello ni qué interpretación darle, excepto la evidente: él también estaba con ellos y, en efecto, jugaban

conmigo.

—Se acabó —musité trémula y furiosa—. Me largo de aquí.

Me giré rumbo a la puerta, pero no llegué a ella. Luca casi había saltado de la silla para detenerme. Me atrapó entre sus brazos y me ciñó a la pared.

—¡No vas a ir a ninguna parte, joder!

Comencé a revolverme contra él. Forcejeamos hasta que comprendí que no podría escapar por la fuerza. Luca aferró entonces mi mentón y me obligó a mirarlo. Sus oscuros ojos refulgían tan iracundos como angustiados.

—¡Suéltame! —exigí empujándolo con todas mis fuerzas.

Pegó su frente a la mía inmovilizándome contra la pared.

—Escúchame —suplicó afectado—. Debemos llegar juntos al final de todo esto. Si... si cuando sepas toda la verdad quieres alejarte de mí, no te lo impediré. Pero te ruego que confíes en mí a pesar de que todo parece acusarme. Jamás te haría daño.

—Luca... —gemí abatida.

—Nena..., mi corazón no miente, créelo a él.

—Entiende que... no puedo continuar así. Actúas a mis espaldas, me ocultas cosas, me confundes continuamente. Fuiste con ella... Intentas hacerme creer que es nuestra enemiga y luego vas con ella a casa de Gina. ¿Qué quieres que piense que eres?

—Que soy un granuja manipulador, o algo mucho peor. Piensa lo que quieras de mí, pero debemos seguir unidos en esto.

—Es lo único que te importa, ¿verdad? El maldito tesoro de Alonza.

Intenté zafarme de nuevo, y él introdujo una pierna entre las mías, aferró mis muñecas, las ciñó a la pared y me impuso su cuerpo como si fuera un muro.

—Quieta...

Jadeábamos, mirándonos retadores a los ojos.

Pude apreciar su palpitante deseo presionando el vértice de mis piernas.

—¿Quién eres, Luca Vandelli?

—He intentado decírtelo en cada beso, en cada gesto y en cada caricia.

—Deja de embaucarme.

—Alessia, esto está resultando más duro para mí que para ti. Todavía no lo entiendes, pero...

—No puedo entender algo que te niegas a explicarme —lo interrumpí ceñuda.

Sus ojos me escrutaron con aquella intensidad que me desbordaba.

—Todavía no es el momento, Alessia, y te juro por mi vida que estoy más ansioso que tú por revelártelo todo.

Su semblante pasó de la ofuscación a la aflicción.

—De acuerdo —cedí.

Tras un resoplido largo y aliviado, todo su cuerpo se

distendió en el acto. Aun así, no se apartó, tan sólo soltó mis muñecas. Bajé los brazos y él apoyó las palmas en la pared, acercando su rostro al mío. Su cálido y dulzón aliento me golpeó, acuciando el deseo de atraparlo en mi boca.

—Necesito que vuelvas a besarme —susurró contra mi boca. Su tono agónico hizo vibrar mi alma como las cuerdas de un violín.

Antes de que pensara si era buena idea, mis labios ya estaban sobre los suyos, demostrándome que yo necesitaba ese beso tanto como él.

CAPÍTULO 39



PIEZAS QUE BUSCAN SU LUGAR

Abrí el archivo del diario en mi teléfono móvil, seleccioné la última frase leída, la copié en un archivo aparte y se la envié a su teléfono.

—Ahí tienes tu solución.

Luca recibió mi mensaje y se apresuró a leerlo con expresión asombrada.

—«Abro mis ojos a la blanca niebla, y mis conocimientos a mi hermano. No soy ombligo de mi mundo, ni número alguno.»

Parpadeó repetidamente y se frotó los ojos genuinamente asombrado.

—¡Dios mío, tiene sentido! Blanco, hermano, ombligo y números..., esto es realmente asombroso. Pero...

Se interrumpió y permaneció pensativo con expresión concentrada.

—Pero ¿qué?

—Es la oración ritual de la sociedad, y eso confirma que Zanetti es otro peón, todos lo somos. Sin embargo, entre todos ellos hay un falso peón que es quien realmente maneja los hilos. Tenemos que averiguar quién es.

—Ese trabajo es tuyo —proferí resentida—, yo no sé dónde estoy metida ni lo que se supone que tengo que recordar. Tú, que pareces jugar a dos bandas, lo tienes más fácil.

Luca me fulminó con la mirada, frunció el ceño molesto y sus labios parecieron fundirse en una línea blanquecina, como si asimilara mi reproche con esforzada resignación.

—Yo no he tenido nada fácil en mi vida —barbotó tirante.

—Al parecer, las mujeres no se te dan mal.

—Ni que me tiren dardos tampoco.

Sostuve su mirada airada, preguntándome por qué lo atacaba, por qué no era capaz de reprimir mi rencor y esa sensación de vagar a la deriva, completamente perdida, sintiéndome inútil y manipulada. Y, a pesar de haberle dado tiempo, no podía evitar cargar contra él.

—Disculpa, todavía intento asimilar que sólo soy una pieza más, una que, encima, debe permanecer en un rincón

pasiva y obediente.

Luca me observó con semblante sombrío.

—No una más, sino la principal —puntualizó enigmático.

—Pues me siento la jodida pieza del revés, la que no encaja por mucho que os esforcéis. Creo sinceramente que os equivocáis conmigo, yo no sé nada de esto, y que sea la última descendiente de Alonza y comparta una estúpida inicial no significa nada.

Asintió ligeramente, su rostro se aseveró y su ceño se acentuó remarcando un rictus disgustado que invocaba paciencia. Aquello me aguijoneó todavía más.

—Llamaré a Zanetti para concertar una cita esta misma noche —decidió apuntando la frase en un papel que introdujo en un sobre e ignorando mi último comentario—. Necesitamos ese colgante cuanto antes. Siento que el círculo comienza a cerrarse a nuestro alrededor. Tenemos que partir hacia Poveglia enseguida. No tardarán en venir en busca de Stefano y de la lista de miembros que hay en el cilindro que buscan.

—En el cilindro había otros dos documentos. ¿Por qué presupones que es la lista lo que buscan? Si tienen notas del diario, imagino que saben quiénes eran los miembros de la sociedad en aquella época igual que nosotros. Y tampoco entiendo que no conozcan esa frase sagrada si tanto Zanetti como Piero Rizzoli pertenecen a la orden. De hecho..., dijiste que tú también fuiste miembro.

Clavé en él una ácida mirada recelosa, rompiendo de nuevo la promesa de esperar respuestas.

Luca resopló paciente y me dedicó una mirada comprensiva, aunque fue perceptible la incomodidad que lo dominaba.

—Lo único que encierra esa lista que pueden desear es una pista, no los nombres que hay en ella. Recuerda la frase que estaba escrita en el reverso del pergamino, en la esquina inferior izquierda.

—«Flores frescas sobre su tumba y un secreto bajo ella» —musité intrigada.

—Exacto. He estado investigando al respecto, y creo que está relacionada con uno de los miembros. Así que estoy buscando toda la información disponible sobre ellos por si encuentro algo que haga referencia de algún modo a esa frase. —Hizo una pausa para consultar en la pantalla de su ordenador la biografía de Johann Georg Wirsung, el profesor de anatomía de Lanzo—. Voy tachando la lista cuando no encuentro nada.

A continuación, levantó la vista hacia mí y se frotó la incipiente barba que ya sombreaba su duro mentón, confiriéndole un aspecto pendenciero que sumaba atractivo a su rostro.

—Respecto al hecho de que no conozcan los votos de aquella época, evidentemente es porque se perdieron en el tiempo. Lo que ahora tengo que descubrir es quién hizo los acertijos, porque es evidente que conocía la frase ritual.

Aunque tengo la sospecha de quién pudo formularlos, enmascarando el lema de la sociedad.

—¿Quién?

—Piero Rizzoli. Seguramente no estaba de acuerdo con los planes de la sociedad y quiso proteger aquel legado cifrándolo.

—Es posible.

Cogió su teléfono y comenzó a marcar un número.

Me senté a su lado y examiné sus apuntes mientras escuchaba el tono de llamada.

—¿Dígame?

—Soy Luca. Tengo la solución.

Se hizo un silencio seguido de una exhalación admirada.

—Es usted asombroso, señor Vandelli.

—En realidad, el mérito es de Alessia —confesó dedicándome una gentil reverencia y guiñándome un ojo.

—Una mujer con muchas virtudes, por lo que parece.

—Son las más peligrosas —profirió Luca burlón, sonriéndome de medio lado.

—Sin duda —concordó la rasgada voz del anciano—. Hará bien en protegerse, aunque mucho me temo que ya está perdido.

—Muy perdido —confesó él con una mirada que me secó la garganta.

—¿Cuándo le viene bien que nos encontremos?

—Esta noche, si es posible —repuso Luca—, elija el

sitio y la hora.

—¿Le importa que sea en mi casa? No suelo salir de noche, tengo por costumbre acostarme temprano. Los espero sobre las nueve, ya sabe la dirección..., ¿o la ha olvidado?

Luca formó una mueca disgustada que borró de inmediato y chasqueó la lengua antes de añadir algo más.

—Yo no olvido nada, señor Zanetti. Allí estaremos.

Y colgó sin esperar más respuesta.

—Dime algo. —Se giró en su silla completamente hacia mí, acercándose. Como solía pasar, su imponente proximidad golpeaba todos mis sentidos, aturdiéndolos—. ¿Tengo cara de diana?

Sonreí ante su expresión ofuscada y acaricié su rasposa barba.

—No, ahora mismo tienes cara de maleante.

Alzó la comisura del labio al tiempo que arqueaba la ceja mordaz.

—Parezco tan peligroso como tú.

Inclinó la cabeza como un puma tanteando a su presa.

—Ni lo parezco ni lo soy.

—Ya has oído al señor Zanetti —ronroneó atrapando mi atención sobre su boca.

—Sigo enfadada.

—Y yo hambriento.

Acercó su boca a la mía y la rozó dejando escapar un gruñido ronco.

—Nena, consigues que me olvide del mundo.

Y él me hacía levitar, pensé, intentando resistirme a sus endiablados encantos.

En ese instante sonó el teléfono de Luca, rompiendo con su molesto zumbido el hechizo que nos atrapaba en aquella burbuja atemporal.

Gruñó molesto, esgrimiendo una sonrisa de disculpa.

—¿Diga?

Pegué mi oído al aparato.

—Soy yo, Luca.

—Hola, Sofia.

Me lanzó una fugaz mirada inquieta pero no se retiró, permitiéndome escuchar la conversación.

—Sólo quería recordarte que estamos juntos en esto. Ya sé que has encontrado la solución y que esta noche tendrás el colgante. Espero por el bien de todos que, cuando tengas la ubicación del tesoro, seas tú quien me avise. Yo ya tengo preparado un equipo de excavación y el acceso a la isla.

—Entendido —se limitó a murmurar él.

—También quiero decirte que sigo muy furiosa contigo.

—Está claro que hoy no es mi día —profirió tras un resoplido.

—No te burles, Luca. Accedí a ayudarte con tu plan y tú me la juegas guardándote un as en la manga. Ese maldito cilindro es propiedad de la orden y lo sabes, y lo quiero.

—De que lo quieres no tengo ninguna duda, por eso

has mandado a tus secuaces por él.

Hubo un silencio tenso, oímos un desvaído susurro sofocado y supuse que había cubierto el auricular con la mano.

—¿Te topaste con Stefano?

—Él se topó conmigo.

—¿Qué demonios ha ocurrido?

—Que la que me has traicionado has sido tú, Sofia. Has incumplido dos de las tres condiciones que te puse. En cuanto a la tercera, es inamovible, y te juro que, como se te ocurra quebrantarla, yo mismo me encargaré de destruir todo lo que tenga que ver con la orden. Y otra cosa, tengo a Stefano y a Loretta amordazados en mi tienda, haz algo de provecho y recoge tu basura.

Otro silencio, la respiración de la mujer se agitó.

—No sé a qué juegas con ella, Luca, pero te estás equivocando: ese incendio borró todos sus recuerdos.

Él me miró entonces frunciendo el ceño y la gravedad de su semblante acentuó mi creciente malestar. El incendio. Cerré los ojos y sentí que me faltaba el aire. Me puse en pie y me encaminé hacia la ventana.

—Ya hablamos, Sofia, estoy ocupado.

»Alessia...

—¿Cómo... sabes lo del incendio?

—Me lo contó tu abuela.

Oí sus pasos en mi dirección y alargué el brazo hacia atrás.

—No te acerques.

Ahora lo que menos necesitaba era caer presa de ese condenado influjo. Mi mente era un hervidero de pensamientos encontrados, de recuerdos dolorosos, de caos y de angustiosa desconfianza.

—¿Qué... qué tiene que ver el incendio?..., ¿qué demonios tengo que recordar?

Comencé a temblar. El miedo me acometía, la incertidumbre de no saber lo que sucedía conmigo y con mi pasado me encogió con implacable fiereza el pecho, descompasando el pulso con latidos irregulares. Sentí un agudo vértigo ante aquel recuerdo. El día que murieron mis padres.

Yo apenas contaba con doce años, y sólo recordaba que mi padre regresó a casa aquel día alterado y que se encerró en su despacho toda la tarde. El incendio comenzó allí, él había estado quemando documentos y, según la investigación, uno de ellos no debió de apagarse bien en la papelera y prendió el resto. Durante la noche, el incendio creció, y cuando el humo nos despertó ya era demasiado tarde. El fuego se extendió veloz, impidiéndonos salir. Mi madre me abrazaba llorando, fue el momento en que el artesonado del techo se desplomó sobre nosotras. Ella me cubrió con su cuerpo. Eso fue lo que me salvó.

Cuando llegaron los bomberos y apagaron aquel infierno, no quedó nada de la casa. A mí me rescataron de los escombros calcinados, dijeron que había sido un

milagro que alguien pudiese sobrevivir a algo así. Pasé un tiempo en el hospital y luego me fui a vivir con mi tía. Falleció al cumplir yo veinte años. Para entonces ya sabía valerme por mí misma.

Y, en aquel preciso instante, recordé que era la misma edad a la que Alonza había perdido a sus padres.

Cerré los ojos y respiré pesadamente.

—No sufro de amnesia, Luca. Recuerdo perfectamente mi niñez.

—Lo sé, lo que se ha borrado de tu mente fue lo que ocurrió aquel día, lo que provocó que tu padre quemara documentos. Tú estabas allí, en ese despacho, y tu padre te dijo algo relacionado con tu abuela, tu madre lloraba, y esa misma noche se cernió la tragedia sobre vosotros. No creo que fuera un incendio accidental.

Me giré hacia él con lágrimas en los ojos, furiosa y desorientada.

—¿Cómo... cómo puedes saber eso? Yo... sólo recuerdo el abrazo de mi madre..., nada más. No, no había nadie allí para que pueda contar nada. Me parece mezquino lo que estás haciendo conmigo —acusé dolida—. Dime, ¿es otro de tus juegos? ¿Qué pretendes conseguir, maldita sea?

Tuvo el buen juicio de no acercarse y de ofrecerme una mueca compasiva.

—Te dije que todavía no era el momento.

—¡Contesta!

Me miró resignado.

—Tu abuela estaba al teléfono esa tarde contigo. Te había pedido que buscaras una carta de Alonza en el despacho de tu padre y se la leyeras. Tu madre te sorprendió y te arrebató el auricular, luego discutió fuertemente con Ornella. Ella volvió a pedirle que le entregara la carta de Alonza, tu madre se negó y entonces tu padre decidió quemar varios documentos, entre ellos, la carta. Tú estabas allí, oíste toda la discusión, tuviste aquella carta en tus manos. Tú sabes lo que pasó después, tienes guardado en tu memoria lo que ocurrió aquel fatídico día, el motivo de aquella discusión y quizá incluso lo que decía la carta.

Apreté los puños intentando controlar mis emociones.

—Y ¿por una maldita carta, por un maldito tesoro escondido, te atreves a escarbar en tan dolorosos recuerdos? ¿Qué clase de monstruo ambicioso eres? Está claro que sólo fui una herramienta, tú no me quieres —sentencié devastada por mis propias palabras.

—Alessia, no pierdas los estribos, comprendo que...

—No comprendes una mierda —lo interrumpí desbordada e iracunda, pero sobre todo agotada—. Es mi vida, ¡mía!, y no pienso permitir que la uséis a vuestra jodida conveniencia. ¡No!, ¿me oyes?

—No..., no es así. A mí no me importa el tesoro, si quiero que recuerdes es por otro motivo.

—No quiero seguir escuchándote —concluí trémula y

desolada.

Las lágrimas abrasaban mis ojos, y un puño implacable atenazaba mi corazón.

—No voy a insistir —murmuró afligido.

—Seguiremos juntos en esto, pero no quiero que vuelvas a acercarte a mí. Y, cuando todo acabe, descubramos lo que descubramos, yo volveré a mi casa a ordenar mi vida y olvidarme de esta pesadilla.

Pude ver en su rostro una mueca dolorosa, como si lo hubiera golpeado. No obstante, logró recomponerse para cubrirse con una máscara dura y fría.

—Como quieras —aceptó herido. La aspereza de su tono raspó mi pecho—. Iremos a tu hotel, recogerás tus cosas y nos instalaremos en casa de un amigo. Mi apartamento ya no es seguro. Cuando regresemos de Poveglia, serás libre de hacer lo que gustes, yo no te retendré.

—No podrías.

Otra mueca dolorida. Se giró rígido hacia su escritorio y comenzó a introducir papeles en una carpeta de espaldas a mí.

—Recoge tus cosas, salimos de inmediato —pronunció seco.

Asentí y salí del despacho con el pecho constreñido, sofocando los sollozos y compadeciéndome de mí misma.



Llegamos a casa de su amigo Maurizio entrada la tarde. Nos recibió risueño y cordial, y nos ofreció su casa ese fin de semana, ya que él se iba al día siguiente a Capri por negocios. Nos instalamos en habitaciones separadas y cenamos juntos los tres.

No me pasó por alto la mirada interesada que me prodigó nuestro atento anfitrión ni el cortejo que pareció iniciar conmigo ante la huraña expresión de Luca, que parecía tolerarlo sólo porque sabía que Maurizio se marcharía al día siguiente.

—Entonces, ¿sólo sois socios? —inquirió dirigiéndome una mirada esperanzada.

—Eso parece —masculló Luca con manifiesta hosquedad.

—En tal caso, bella Alessia, me atrevo a pedirte una cita a mi regreso.

—¿No estabas con una tal Linnia? —rezongó Luca.

—Lo dejamos —se limitó a responder él.

—¿Por?

Maurizio lo miró molesto, se llevó la copa a los labios y, cuando posó sus ojos en mí, los entornó seductor.

—No nos entendíamos. Así es la vida... Por fortuna, cuando una puerta se cierra, puede que se abra otra más hermosa.

Me sonrió alzando su copa y me encontré devolviéndole la sonrisa.

—O puede que no —subrayó Luca, claramente

disgustado.

Maurizio se pasó la mano por su abundante cabello rubio en un gesto vanidoso que acompañó con una mirada sugerente. Sus ojos verdes refulgieron de promesas, suficientes y determinantes.

Era muy apuesto, pero también el tipo de hombre ególatra y superficial que dedicaba su vida a conquistar a mujeres de las que imaginaba se desprendía cuando se cansaba de ellas.

Sin embargo, y sin entender muy bien mi reacción, me encontré respondiendo a su cortejo:

—O puede que sí.

Luca me fulminó con la mirada, su faz se ensombreció tormentosa y su cuerpo se puso rígido conteniendo su impotencia. Tras apurar su copa, se levantó de la mesa y nos miró resentido, aunque su tono sonó indiferente.

—Si no os importa, voy a dar un paseo. Veo que necesitáis intimidad y, francamente, no me encuentro bien, me vendrá bien un poco de aire fresco.

Lamenté en el acto mi actitud beligerante con él.

—Luca...

—Tranquila, sólo necesito ordenar mis pensamientos. Volveré a tiempo para acudir a nuestra cita con Zanetti.

Se giró y desapareció con paso resuelto y porte altivo.

Sentí un vacío tan grande ante su ausencia que Maurizio notó la desolación en mi semblante.

—Vaya, veo que esa puerta ya la abrieron.

Su mirada depredadora se volvió de pronto en una comprensiva, teñida de resignación.

—Sí —confesé, tragando la bola de inquietud que crecía en su ausencia.

Sabía que estaba dolido y que yo estaba pagando con él la frustración que sentía de manera injusta, pero no era capaz de canalizarla sin descargarla en él. Me reprendí duramente, prometiéndome alcanzar una tregua cordial, al menos hasta poder aclarar todo aquel misterio.

—Nunca lo había visto así —adujo Maurizio—, debe de estar muy colgado por ti.

Bajé la vista y respiré profundamente, procurando alejar la culpabilidad.

—¿Ha tenido muchas... novias?

—Ha salido con chicas, pero a ninguna las miraba como te mira a ti. Creo, sin temor a equivocarme, que nunca ha estado enamorado. Debes de ser muy especial.

—Él sí que lo es.

—No sé qué pasa entre vosotros, pero te diré algo, Alessia: Luca es un gran tipo, algo solitario y a veces nostálgico, pero jamás me ha fallado cuando he necesitado su ayuda. Es noble, leal y consagrado a su trabajo, y más listo que el propio diablo. No han sido pocas las que han intentado cazarlo, y él nunca se dejó echar el lazo. — Comenzó a recoger los platos y me levanté para ayudarlo —. Nos conocemos desde la universidad —prosiguió—, y mientras yo picoteaba aquí y allá con unas y con otras, él

sólo se centraba en sus estudios. Acabó la carrera con matrícula y, aun así, parecía que nunca se sentía feliz del todo. Había momentos en que se volvía huraño y se encerraba en sí mismo. No conoció a sus padres y jamás tuvo ningún lazo fraternal, quizá eso lo endureció demasiado, pero te aseguro, Alessia, que dentro de esa coraza se esconde un tierno y vulnerable Luca.

—Lo sé, he tenido la suerte de disfrutar esa faceta.

Maurizio alzó las cejas asombrado, luego sonrió complacido y asintió confirmando su teoría.

—Entonces no hay duda: está loco por ti.

Y yo lo sabía, por mucho que me empeñara en negármelo a causa de mi desbordada ofuscación. Su corazón no mentía, pero amar dolía en aquel momento en que sentía que toda mi vida dependía de aquel trágico día en que había perdido a mis padres. Saber que en mi mente se hallaba oculta la respuesta de aquel enigma, que por culpa de aquel secreto de Alonza mi vida se había truncado, provocaba en mí una rabia insana que emponzoñaba mi ánimo y enturbiaba mis sentidos.

—Y yo lo amo como jamás creí poder amar —confesé conteniendo duramente las lágrimas.

—Deja los platos y ve tras él. No andará lejos, imagino que estará deambulando por la plaza.

—No, debo seguir leyendo sobre el caso que nos ocupa. Él necesita ese paseo y aclarar su mente.

—Como quieras.

Entré en mi habitación y tomé entre mis manos el pesado diario. Acaricié su lomo, lo abrí y busqué la página donde me había quedado. Contuve el aliento cuando releí el lema de la orden...

CAPÍTULO 40



MOLDEANDO UN HADA

Cuando abrí la puerta aquella mañana, lo que menos esperaba ver era aquel rostro que me miraba tan estupefacto como yo a él.

—¡Hada de Cristal! —exclamó atónito.

A mi memoria acudió un nombre.

—¿Leonardo?

Sonrió abiertamente, todavía boquiabierto pero visiblemente feliz.

—Recuerdas mi nombre, Alonza di Pietro. Este nuevo encuentro resulta bastante más prometedor.

—Sigues siendo un soñador —repuse devolviéndole la sonrisa—, aunque, por lo que veo, has llegado a maestro. Vienes a cobrar la pieza de cristal que te encargó Carla, ¿no es así?

Asintió, se descubrió con una reverencia florida y su pícara mirada se posó de nuevo en mí con ávido interés.

—Estás aún más hermosa de lo que te he soñado estos años.

Lo dejé pasar y cerré la puerta tras de mí.

Lo observé sin miramientos. Sus facciones de muchacho habían madurado y habían adquirido una masculinidad bastante destacable y atractiva. Su gesto travieso y su mirada pendenciera perduraban. Era más alto y fornido, y en sus ademanes se vislumbraba una arrogancia y una confianza singulares, no provenientes de la vanidad, sino de la seguridad en sí mismo. Su cabello castaño con reflejos cobrizos rozaba sus hombros en ondas algo desordenadas. Sus sesgados ojos aceitunados eran vivaces y cautivadores. Otro rasgo que atrajo mi atención fue su boca, de labios carnosos y con forma de corazón; quizá demasiado generosa para su rostro, aunque no mermaba su apostura.

El hecho de que ahora me fijara en unas virtudes físicas que antes me habían pasado desapercibidas no supe si achacarlo a mi madurez o a la certeza de saberme libre. Pues, aunque mi corazón siempre estaría preso, mi futuro, mi vida y mi cuerpo eran míos.

Mi escrutinio agrandó su sonrisa, puso los brazos en jarras e hinchó su pecho como el de un palomo.

—Me gusta esa mirada —comentó ilusionado—. ¿Estoy quizá más cerca de mi sueño, Hada de Cristal?

—Estás más cerca de cobrar tus servicios —respondí divertida.

Lo tomé de la mano y lo dirigí al despacho de Carla. Alargué el brazo presentándole la puerta con gesto burlón, y ya me retiraba cuando él aferró mi cintura y me atrapó contra la pared de aquel angosto pasillo.

—Estoy condenadamente cerca de mi sueño —susurró acercando su boca a la mía.

Ladeé el rostro para esquivar su beso y lo recibí en la mejilla.

Apoyé las palmas en su pecho y lo empujé con intención de apartarlo. Sin embargo, no logré moverlo ni un ápice.

—Te estás tomando demasiadas libertades, rufián.

—Déjame soñar unos instantes más —pidió con gesto ensimismado—. Por fin te has materializado, mi hada perversa... Robarte un beso es apenas un triste pago por todos los desvelos a los que me has condenado.

—No soy culpable de tu disparatada imaginación.

—Lo eres, me hechizaste aquel día en el taller de Murano, aunque he de confesar que me has librado de algún que otro desposorio.

—En tal caso, ya no estoy en deuda.

—Me condenas a la soltería y, ahora que vuelvo a verte, a soñarte con más intensidad.

Acarició mi mejilla con la yema de los dedos y se sumergió en mis ojos. Incluyó la cabeza hacia mí y rozó mis labios con los suyos. De nuevo volví mi rostro, pero no me aparté, sino que aproximé mi boca a su oído y le susurré:

—Mis besos valen muchos escudos, maestro vidriero. Si los deseas, no te los negaré cuando tengas intención de pagarlos.

Respiró hondo y se alejó decepcionado.

—Por si no te has percatado, soy meretriz.

—¿Qué pasó con el dueño de tu corazón?

Bajé la vista y él tomó mi barbilla entre los dedos para alzar mi rostro hacia él. La ternura que asomó a sus ojos me conmovió.

—La vida me lo arrebató.

Su dedo pulgar comenzó a rozar mi mentón y sus gatunos ojos me acariciaron.

—Lo lamento —pronunció grave—, como lamento que tu destino te haya traído hasta aquí.

—Yo elegí estar aquí, y no me arrepiento.

Leonardo asintió esbozando una sonrisa cautivada.

—Pagaré lo que me pidas, y si para ello debo endeudarme, vender mi alma al diablo, lo haré. Pero ese beso que tantas noches te he dado pronto se hará realidad.

Se apartó de nuevo de mí, embebiéndose en mi rostro.

Llamé a la puerta con los nudillos y él apresó mi mano, depositando un gentil beso en el dorso.

—La próxima vez que me veas, Hada de Cristal, será para modelarte con mis manos, como la pieza que te prometí que haría.

Sentí un extraño cosquilleo en el estómago, retiré mi mano y, tras un leve asentimiento de cabeza a modo de despedida, me alejé rumbo a la escalera.



Días después, Carla me informó de que esa misma noche debía prepararme porque un cliente vendría a recogerme.

Me puse un vestido añil, de mangas acuchilladas con brocados en plata, y recogí mi dorado cabello en una trenza sobre mi hombro, donde engarcé alfileres con cabeza de perla. Adorné mi garganta con un collar también de

perlas, a juego con unos exquisitos pendientes, y me perfumé con esencia de jazmín.

Me cubrí con una capa de terciopelo del mismo tono que el vestido y me dirigí al vestíbulo a esperar a mi cliente.

Cuando Carla emergió de su despacho y reparó en mí, me observó con franco orgullo.

—Deslumbras, Alonza, como la perla a la que haces honor.

Sonreí inclinando cortés la cabeza.

—Debo decirte que tu popularidad ha llegado a oídos del mismo dux y está ansioso por conocerte. También el cardenal ha mostrado un evidente interés por ti. Vas subiendo escalones, Alonza. Te dije que Venecia se rendiría a tus pies.

Acomodó mi trenza sobre la capa y sonrió satisfecha.

—¿Quién es mi cliente esta noche?

—Oh, el maestro vidriero —respondió ante mi asombro—. No quiso cobrar el encargo, prefirió tus servicios, y te aseguro que es una pieza cara.

Comencé a sentir un inesperado nerviosismo, algo que me contrarió sobremanera.

—Es un hombre gallardo y hermoso, y parece gentil. Creo que será una gran noche. Además, ha mostrado un excesivo entusiasmo por tu persona. ¿Lo conocías? —inquirió haciendo gala de su sagacidad habitual.

—Sí, hace unos años. Por aquel entonces era un aprendiz en Murano, pasé una temporada allí. Ha sido una sorpresa volver a encontrarlo.

—Quizá el destino...

—Nada bueno espero ya de él —mascullé indolente.

—Saca el mejor partido de lo que la vida te dé, y si esta noche te ofrece un ejemplar así, disfrútalo.

En ese instante golpearon el aldabón y me puse tensa. Carla alzó una ceja con cierta diversión al percibirlo.

Elisa acudió a abrir, pero no era Leonardo quien llamaba, sino otro hombre que no esperaba ver: Massimo Conti, el enamorado de Chloe.

Lo que tampoco esperaba presenciar era ver descender la escalera a Francesca para encontrarse con el joven conde y enlazarse a su brazo.

Abrí la boca demudada y los fulminé a ambos con la mirada. En el piso de arriba debía de estar Chloe y su ya abultada barriga, leyendo en nuestra habitación.

Salieron entre arrumacos, pero, antes de desaparecer, Francesca se giró para lanzarme una mirada sibilina.

—¿Ella? —incredulidad furiosa.

—Vamos, Alonza, ambas sabemos que jamás reconocerá a esa criatura. Me dijiste que era mejor que de momento Massimo no descubriera el embarazo de Chloe y, cuando la solicitó dos veces, le dije que se encontraba indispuesta. Finalmente pidió a Francesca... Todo este tiempo ha estado con ella.

—Y, mientras, Chloe languideciendo de tristeza —musité frustrada.

—Es una ingenua, y cuanto antes le quites a ese hombre de la cabeza, mejor. Yo sólo dispuse lo que me pediste. Éste es el resultado. El conde ni siquiera ha intentado ver cómo se encontraba. No la ama, como bien supuse.

—Sí, será mejor que se olvide de él. Sigo pensando que es mejor que no conozca su paternidad.

En aquel momento volvieron a llamar a la puerta. Esta vez fui yo quien se dirigió a ella. La abrí y sonreí a mi cliente.

—Más que un hada, pareces una diosa.

Me tendió galante la mano y yo se la tomé.

—¿Te parece bien que te lleve a mi casa? He mandado preparar una cena especial.

—¿En Murano?

—Sí, claro, adquiriré una casa junto a mi taller.

Sonreí abiertamente. A mi memoria acudió de inmediato un deseo que pensaba intentar cumplir.

—Me encantará regresar a Murano —repose sonriente—. Y me gustaría visitar a Aldo y a Berta, si es posible claro.

—Y a ellos les gustará volver a verte, suelen hablar a menudo de ti. Pararemos en su casa antes. Después te quiero sólo para mí.

Salimos y me condujo hasta la calle trasera, donde se abría el canal. Allí, una embarcación nos esperaba. Me ayudó galantemente a tomar asiento, y él se acomodó a mi lado.

El remero comenzó a girar los remos y nos alejamos canal abajo, deslizándonos con lentitud.

Un incendiario ocaso, ya moribundo, lamía la laguna lánguido. La incipiente noche comenzó a caer, tendiendo indolente su azulada capa, alejando los dorados estertores de un crepúsculo agonizante.

La proa de la embarcación se alejó de la ciudad surcando las oscuras y adormecidas aguas, rompiendo su placidez en sinuosas ondulaciones.

Bandadas de aves se concentraban enfilando hacia sus nidos, cruzando el cobrizo horizonte como sombras aladas.

De pronto, reparé en la penetrante mirada de Leonardo fija en mí.

Le sonreí y sus ojos refulgieron solazados.

—Alonza, no puedo apartar la vista de ti.

—Pues te estás perdiendo un paisaje espectacular.

—No, lo estoy absorbiendo al detalle.

Su mirada sobre mi boca me arrancó el impulso de humedecerme los labios, un gesto que lo hizo suspirar cautivado.

Su intensidad me estremeció. Desvié la vista y me arrebujé en mi capa. La fría humedad que ascendía sobre la laguna como un blanquecino manto de vaho se arreboló en volutas alrededor de los costados de la barca, como si fantasmagóricas olas nos trasladaran a un mundo ignoto y mágico.

Leonardo pasó su brazo sobre mi hombro, se abrió la capa y me cubrió con ella, ciñéndome a su costado.

Me dejé acunar y descubrí que me sentía a gusto en sus brazos.

—Parece que las nubes de agua me lleven al paraíso que tanto soñé.

Sonreí ante aquella reflexión, agradeciendo el calor que manaba de su ancho pecho.

Cuando la barca por fin se detuvo, el sonido hueco de la madera contra el murete del embarcadero me devolvió a la realidad.

Leonardo se puso en pie y me ayudó a subir al entarimado.

Miré alrededor, reconociendo aquellas tranquilas calles de casitas coloridas y humildes.

Enlazó mi brazo y me condujo hasta la morada de Aldo y Berta. Una emoción intensa me constriñó.

Llamé a la puerta titubeante, pero la cálida sonrisa de Leonardo me inundó de ilusión.

Cuando la desvencijada puerta se abrió, el ajado rostro de Berta me recibió con extrañeza. Me desprendí de la capucha y la miré sonriente. La mujer parpadeó confusa y, luego, una gran sonrisa luminosa inundó su rostro.

—¡Santa Madonna...! ¿Eres tú, Alonza?

—Soy yo.

La mujer se precipitó sobre mí y yo abrí mis brazos, fundiéndonos en un

largo y sentido abrazo.

Luego me arrastró al interior de la deteriorada casa y me llevó junto a Aldo, que limpiaba pescado sobre la mesa.

El hombre me observó atónito, como si de una aparición se tratara. Abría y cerraba la boca sin conseguir proferir palabra.

Me abalancé sobre él y lo abracé con fuerza. Notar bajo mis dedos la extrema delgadez de su cuerpo me preocupó.

Me separé y lo miré inquieta. Estaba consumido, encorvado y macilento. No obstante, su expresión era serena, y sus ojos, tan tiernos como siempre.

—¡Muchacha, no imaginas lo feliz que acabas de hacer a este viejo tonto! Sonreímos entre lágrimas y me despegué lo suficiente para sumar a Berta a aquel abrazo tan conmovedor.

Cuando nos separamos, ella nos ofreció una escudilla de caldo de pescado, que rechazamos.

—Veo que la vida te ha tratado bien, no sabes cómo he rezado por ello —comenzó la mujer, admirando mi vestuario.

—He salido adelante, nada más.

—Pero estas ropas son costosas...

—¿Estáis juntos? —inquirió Aldo con expresión esperanzada.

—Esta noche, sí —respondí incómoda.

—¿Qué clase de respuesta es ésa? —musitó confuso.

—La única que puedo dar —espeté sincera.

—Hoy la he invitado a cenar —intervino Leonardo diplomático—, y no será nuestra última cita.

Berta sonrió emocionada y me cogió las manos.

—Alonza, Leonardo es un buen hombre, harías bien en dejarte cortejar por él.

No fui capaz de sostener su mirada, aunque logré mantener la sonrisa.

—Eso parece, pero ni él ni nadie debería cortejarme.

La anciana frunció el ceño desconcertada.

—¿Por qué dices semejante majadería? Eres joven, hermosa y buena.

—Lo es, y lo merece todo —murmuró de nuevo Leonardo.

—Y vosotros, ¿cómo estáis? —pregunté intentando cambiar de tema.

—Aldo anda ahí con sus achaques, se ha convertido en un viejo gruñón, pero adorable cuando quiere. Y yo, pues como siempre... Te echamos mucho de menos y, bueno... —bajó la vista a sus manos, que arrugaban el delantal—,

hace un tiempo mandé a Aldo a que averiguara sobre ti, pero parecía que se te había tragado la Tierra. Quise pensar que habías encontrado a tu Lanzo y que estabais juntos y felices.

—No lo encontré cuando fui en su busca, pero volví a verlo tiempo después. Es uno de los mejores apotecarios de Venecia. Está casado y va a tener un hijo.

Aparté la vista incapaz de sostener la conmiseración que brillaba en sus ojos.

—Lo lamento, muchacha, a veces el destino nos desvía del que creemos nuestro camino para conducirnos al verdadero.

La significativa mirada que le dirigió a Leonardo aumentó mi incomodidad.

—¿Por eso vendes tu cuerpo? —adivinó Aldo tras una intensa ojeada a mis ropas e, imaginé, por mis clarividentes respuestas.

No había reproche en su tono, pero aun así despertó mi adormecida moral, que me cubrió con un velo abochornado.

—Por más motivos —contesté escueta.

Asintió pesaroso, pero sus ojos mostraron todo el cariño que me profesaba. Asimismo, detecté un deje mortificado que también supe interpretar.

—No debéis sentirnos culpables por nada: me salvasteis la vida y me ayudasteis cuanto pudisteis. Fue mi decisión y el camino que elegí libremente. Nunca podré pagaros suficientemente todo lo que hicisteis por mí. Pero prometo venir a visitaros a menudo y, de momento, quiero que aceptéis esto.

Llevé las manos a mi nuca y busqué el cierre del collar. Leonardo se aprestó gentil a ayudarme y logró soltarlo.

Lo tomé en mis manos y se lo entregué a Berta.

—Vale una pequeña fortuna —indiqué decidida—, véndelo. Aldo ya no está en condiciones de salir a pescar. Yo cuidaré de vosotros a partir de ahora.

—No puedo aceptarlo, Alonza —rezongó la mujer afligida.

—Lo harás, y no será lo único que recibas de mí.

—Pero nosotros no necesitamos caridad —intervino Aldo.

—No es caridad, es gratitud, es cariño, es sentido común..., vosotros lo necesitáis, yo no.

—Alonza...

Berta me estrechó entre sus brazos y yo la recibí sintiendo en mi pecho el

inmenso afecto que les profesaba.

—Debemos irnos —musité apenada.

—La traeré de vuelta —prometió Leonardo con una confiada sonrisa.

Lo miraron tan agradecidos que tuve que reprimir las lágrimas. Me prometí visitarlos con asiduidad.

Cuando salimos al fresco aire de la noche, Leonardo me cogió de la cintura y me dio un suave beso en la mejilla.

—Eres maravillosa.

Sacudí disconforme la cabeza.

—No lo soy, debería haber venido mucho antes. Pero me centré en mi ven... —me interrumpí a tiempo—, en mi vida.

—Es inútil lamentar lo que no se ha hecho, es más sensato alegrarse de lo que se va a hacer.

Lo miré curiosa, descubriendo a aquel muchacho tenaz e ingenioso, tan cabal y chispeante, en aquel apuesto hombre que me miraba subyugado.

—Eres todo un filósofo.

—No, lo que soy ahora mismo es el hombre más afortunado sobre la faz de la Tierra.

Consiguió que me cosquilleara la nuca y que me agitara nerviosa. Era el primer hombre que lograba despertar emociones en mí, después de Lanzo.

Aquello me desagradó, y tomé aire, decidida a reforzarme. Aquella cita era tan sólo un trabajo y él la estaba convirtiendo en algo personal. No sabía muy bien qué pretendía, pues había pagado generosamente mis servicios, y aunque resultaba patente su innecesaria seducción, no debía permitir que me afectara en modo alguno.

Llegamos a su casa, pintada de un bonito color bermellón. Abrió la puerta y me adentré directamente en una amplia sala con chimenea, muebles vetustos y lustrosos, ricamente decorada. Había una mesa dispuesta para dos comensales, bajo un gran ventanal por el que se vislumbraba la luna sobre la laguna. Habían recogido los pesados cortinones para despejar la maravillosa vista.

Leonardo me quitó la capa, la dejó en un perchero junto con su abrigo y me condujo hacia aquel coqueto rincón, donde me invitó con un gesto a sentarme.

—Pescado —anunció descubriendo la abombada tapa de una bandeja de plata—, ¿cómo no?

Me sirvió dos succulentos filetes aderezados con una liviana salsa y, a continuación, me ofreció vino. Asentí y llenó mi copa.

—Ha sido emotivo —murmuró tomando un bocado.

—Mucho, aunque Aldo me preocupa. Está muy desmejorado.

—El trabajo de pescador es muy duro, y ya es mayor para ejercerlo. La humedad corroe sus viejos huesos y muchos días ni siquiera puede levantarse de la cama. Suelo llevarles algunas viandas y preguntar si necesitan algo, pero, a tenor de la verdad, no es del todo desinteresada mi atención. Solía preguntarles si tenían alguna noticia de ti. Luego descubrí que mis preguntas los entristecían y dejé de hacerlo, aunque seguía visitándolos.

—Te lo agradezco mucho. Debería haberles mandado una carta al menos —musité compungida.

—Haz caso de mi consejo, ¿quieres? De nada vale mirar atrás.

Asentí agradecida y probé el pescado.

—Mmm..., está delicioso. Felicita a tu cocinera.

—Lo he hecho yo.

Alcé las cejas admirada. Él sonrió orgulloso.

—Exquisito —repetí saboreando cada bocado.

—¿Qué tal las cosas por Venecia? No suelo estar muy pendiente de los temas de Estado.

—Los turcos vuelven a asediar nuestras costas —comencé—. Dicen que planean arrebatarnos Candía. El sultán Ibrahim ha heredado la crueldad de sus hermanos, aunque no su habilidad. No atiende a negociaciones y ha destituido a la mayoría de sus visires. Por algo lo llaman Ibrahim *el Loco*, y es tan odiado en sus tierras como fuera de ellas. Corren sobre él rumores extraños.

Leonardo me observaba tan fascinado como asombrado.

—Así que puede que estemos a las puertas de una inminente guerra...

—Es bastante posible, si los otomanos no detienen al sultán —afirmé tras tomar un sorbo de aquel vino especiado.

—No lo harán, loco o no —vaticinó pensativo—. Venecia ya no es la potencia que era. Nuestra decadencia es palpable. El desgaste de cuatro guerras con los turcos nos está pasando factura. Nuestra flota mercante ha disminuido por culpa de la piratería, y las potencias en auge que ya dominan el Atlántico nos dificultan el comercio expansivo a otras regiones. Además, aunque continuamos siendo los principales productores de vidrio y sedas, comenzamos a limitarnos a nuestras propias posesiones. Y eso no es bueno.

—No lo es, a no ser que logremos expulsarlos.

—Son un enemigo tan tenaz como temible. Hemos logrado contenerlos, pero en cada guerra nos arrebatan territorios. Es como si nos devoraran poco a poco.

—Y así es, me temo. Aunque confío en nuestras tropas —argüí esperanzada.

—En mi opinión, la solución está en forjar alianzas con otros reinos, mediante negociaciones y pactos. Buscando aliados nos reforzamos, no importan las concesiones cuando está en juego la integridad territorial del Véneto. Pero el dux es orgulloso y no se dignará a escuchar a sus emisarios —argumentó crítico—. No entiende que es mucho mejor ceder una región a un aliado que a un infiel que sólo sembrará muerte y destrucción. Si alguien lograra hacérselo entender...

Reflexioné sobre su razonamiento coincidiendo completamente con él. El dux, decían, era un hombre serio, pero poco implicado en su cargo.

—Delicada cuestión, hacerse oír por quien no quiere escuchar —espeté circunspecta.

Leonardo alzó su copa y yo lo imité.

—Brindo por nosotros, y por el ángel que haya escuchado mis súplicas para poder tenerte al fin donde tanto te imaginé.

Chocamos nuestras copas, que tintinearón acordes, abriendo en nuestros rostros una sonrisa complacida.

—Por la cantidad de información que manejas, puedo adivinar que te mueves en las grandes esferas de la sociedad veneciana.

—Sí, y entre ellos he descubierto que el placer de ser escuchado a menudo supera el placer carnal. Deben de tener esposas sordas.

Leonardo abrió los ojos como platos por el asombro y soltó una risotada ante mi ocurrencia.

—Seguramente —coincidió entre carcajadas—, y es probable que mucho menos agraciadas que tú.

—No creo que el aspecto físico condicione la capacidad de escuchar atribulaciones.

Leonardo se limpió con breves toques la comisura de sus generosos labios, atrayendo así mi atención sobre ellos. Su mirada cambió y se tornó sugerente. Percibió mi interés y sonrió arrogante. Y, en efecto, no me era indiferente. Debía reconocer que era un hombre que me atraía y que aquel

trabajo no sería tal, pues resultaba fácil adivinar las tentadoras promesas que brillaban en sus ojos.

—No importa —repuso acariciándome con la mirada—, pero convendrás conmigo en que hablar a un ángel es más inspirador.

—Hace tiempo que dejé de ser algo parecido a un ángel, por mucho que mi aspecto confunda.

Se puso en pie y se acercó a mí.

—No espero nada angelical de ti, Alonza di Pietro —musitó tendiéndome la mano—, excepto que me lleves al paraíso.

Me levanté a mi vez y asentí con una sonrisa pícara. Él rodeó mi cintura y me atrajo hacia su pecho. Apoyó su gran mano en mi nuca y abarcó incluso con ella parte de mi mentón. Con su dedo pulgar, resiguió la línea de mi mandíbula hasta la barbilla. Luego delineó mis labios y suspiró quedo.

—Apenas puedo creer que seas real.

Inclinó la cabeza, ladeándola ligeramente para acomodar su boca sobre la mía. El primer roce fue apenas como la sutil caricia de una pluma. El segundo, algo más audaz, pero igual de suave. Al tercero lo acompañó una lengua tímida que saboreó tentativa mis labios. Gemí y entreabrí la boca para recibirlo. Luego ya no hubo titubeos, sino que tomó con hambre lo que tan gustosa le ofrecía.

Fue un beso caleidoscópico, teñido de emociones diversas, de cambios de ritmo, de juegos cambiantes. Trocaba de la más exquisita dulzura a la pasión más vehemente para luego detenerse, mirarme profundamente a los ojos y de nuevo recrearse en aquel mar de sensaciones que exaltaba mis sentidos.

Se prodigó hábilmente en mi boca, incendiándola con un placer que sólo había sentido en unos labios. Su lengua obnubiló mi razón y consiguió que devolviera con igual dedicación cada caricia.

Sus manos comenzaron a recorrer el contorno de mi cuerpo, su respiración agitada anunció el incremento de su deseo y la urgencia por complacerlo. Entonces, lo aparté.

Leonardo me miró confuso y yo retrocedí unos pasos con gesto travieso.

Comencé a desvestirme lánguidamente, observando su arrobada expresión. Deslacé mi corpiño con estudiada parsimonia, sin dejar de mirarlo insinuante, y amplí mi sonrisa gatuna cuando su gesto se tensó impaciente. Tragó saliva y su mirada se oscureció presa del deseo que lo acometía.

Lancé lejos mi corpiño y empecé a aflojar la pretina de mi amplia falda

hasta que ésta cayó perezosa a mis pies con un murmullo sumiso. Seguidamente, desaté el verdugado y descendió de igual forma. Tiré del cordel que cerraba el amplio y fruncido escote de mi camisola de seda, abriéndola hasta que se escurrió sinuosa por mi cuerpo. Tan sólo vestida con las medias a mitad de muslo y los chapines, salí de entre aquel montón de ropas y me acerqué a él.

Su mirada devoró hambrienta mi cuerpo.

—¡Por san Marcos..., ardo!

Comencé a desabotonar su jubón sin apartar mis ojos de los suyos. Él intentó besarme, pero lo esquivé sin dejar de enarbolar una sonrisa seductora.

Me deshice de su jubón de mangas acuchilladas y liberé su cuello de la rígida gorguera. Tiré de la lazada de su camisa de lino y descubrí su pecho. El calor que emanó de él invitó a mis manos a acariciarlo. Recorrí sus férreas ondulaciones, deslizando mis dedos hacia su acerado vientre. Leonardo se estremeció bajo mis caricias. De nuevo quiso apresarme, pero negué con la cabeza y continué desnudándolo.

Yo había descubierto que el sexo no era tan sólo el acto en sí, sino que comenzaba con imprescindibles prolegómenos, como una mirada, un gesto e incluso un silencio. Que desnudarse y desnudar era todo un arte en el que debía imprimirse la misma dedicación que en el resto de los pasos. Que alargar el placer incrementaba la intensidad del clímax, y que, si se trataba con el suficiente mimo, no sólo se agasajaba a un alma y se complacía a un cuerpo, sino que también se podía robar un corazón. Y, aunque mucho me temía que aquel corazón ya lo había robado hacía tiempo sin pretenderlo, sentí la imperiosa necesidad de colmarlo y de dejarme colmar. Y no tan sólo de goce carnal, sino de calor, pues en aquel preciso instante fui consciente del frío que me invadía, del vacío que tiraba de mí y de la desolación al comprender que jamás volvería a recuperar mi corazón.

Desaté la cinta que sujetaba los greguescos a su cintura y me agaché para retirarlos. Empujé hacia abajo las calzas de fino algodón y desnudé la parte inferior de su cuerpo, retirando al tiempo sus babuchas de piel.

Completamente desnudo y a mi merced, trémulo y ardiente, Leonardo me cogió de los brazos y me irguió, ciñéndome a su pecho. Su mirada turbia se sumergió en la mía, y en ella refulgió aquel sentimiento que había nacido años antes y que ahora se mostraba rotundo y floreciente, haciendo que mi vientre hormigueara y aligerando mi pecho.

—Aquel día, en el taller, sólo necesitaste posar tus bellos ojos en mí para meterte en mi alma. Cuando te marchaste, tardé en comprender que también habías atrapado mi corazón, pues esa nostalgia que me atenazaba, en lugar de desaparecer, aumentaba preocupantemente. Te soñé, te pensé y te amé sin albergar esperanza alguna ni tan siquiera de poder volver a verte. ¿Puedes llegar a imaginar lo que siento ahora mismo teniéndote frente a mí, tan hermosa que me revientas el pecho, tan seductora que incendias mis sentidos y tan accesible que temo tocarte por temor a que desaparezcas? No, no puedes imaginarlo, ni yo explicarlo. Sólo sé que esta noche voy a moldear mi mejor pieza, que de mis manos surgirá esa hada que me robó el sueño, y que te grabaré en mi memoria con el mismo fuego que funde el vidrio.

Nos miramos con tal intensidad que supe que aquella noche también sería especial para mí.

—Moldéame, maestro, derrítame en tu fuego.

Él profirió un gemido constreñido, indicador de una voracidad casi dolorosa. Se abalanzó apasionado sobre mi boca y me besó impetuoso.

Me rodeó con sus brazos, recorriendo hambriento mi piel, aferró mis nalgas y me adhirió a su cuerpo. Su rígida y aterciopelada verga palpitó en mi vientre, agujoneando mi propio deseo. Gemí en su boca y él pareció enloquecer.

Me tomó en brazos y, sin dejar de besarme, me llevó al piso de arriba. Abrió de una patada la puerta de su alcoba y subió a su lecho, tumbándome en él. Se apartó apenas para tomar mis pezones en su boca y amasó mis pechos, recreándose en ellos. Yo ondulé mi cuerpo bajo el suyo, y gruñó ardoroso. Aferró mis caderas y las afianzó contra el colchón, inmovilizándome.

A continuación, fue punteando mi vientre de besos, formando una hilera descendente, y me abrí de piernas para recibir su boca. Mordisqueó la parte interna de mis muslos, lo que me provocó placenteros escalofríos. Finalmente atrapó mi sexo en su boca y lo lamió con frenesí. Su lengua jugueteó ansiosa con mi tierna feminidad, prodigándome un goce desquiciante. Circundó mi inflamado botón para luego cubrirlo con su boca, aumentando con su aliento los deliciosos espasmos que me arqueaban contra el lecho como una cinta al viento. Tras un largo agasajo, me derramé en un torrente líquido entre violentos espasmos.

Leonardo alzó el rostro de entre mis piernas y me sonrió libidinoso. Me incorporé jadeante, me puse de rodillas y él me imitó. Enlacé su nuca y lo besé

rozándome contra su pecho. Gruñó en mi boca y yo me separé para morder su barbilla.

—¡Dios, me vuelves loco! —gimió apasionado.

Regresó a mi boca y, allí, en aquel húmedo reducto, lo reté en un pulso feroz, donde nuestras lenguas se enredaban ávidas de dominación.

Luego lo aparté rudamente y, ante su confuso asombro, comencé a deshacer mi gruesa trenza y a extender mi melena por mi espalda y mis hombros. Su mirada se encendió lujuriosa cuando empecé a acariciar mis senos paseando mi mano errante por mi vientre. Su altivo miembro basculó y se elevó imperioso. Me acerqué a él y lo empujé dominante, obligándolo a tumbarse de espaldas. Y entonces aferré su verga y la tomé en mi boca. Leonardo dejó escapar un ronco gemido roto y todo su cuerpo se tensó. Saboreé con deleite su tersa erección, empleándome minuciosamente, alternando el ritmo según sus jadeos, jugando con miradas traviesas y caricias experimentadas.

Supe que no podría contenerse mucho más. Me detuve y me subí a horcajadas sobre sus caderas, alcé las mías lo suficiente para apuntar su miembro hacia mi hendidura y descendí despacio, cobijándolo completamente. Él apretó los dientes mortificado, cerró los ojos e imprecó cegado de placer, apelando a su control.

Comencé a cimbrearme lánguidamente, ondulando mi cuerpo sobre él, enlazando mis ojos a los suyos, mientras sus manos me moldeaban a fuego como había prometido.

Me incliné sobre él apresando su boca, y de repente, Leonardo, me arrebató el control girando para invertir posiciones. Dejé escapar un gemido sorpresivo y él me sonrió pendenciero, alzando mordaz una ceja.

—Voy a marcarte, Alonza, para que, estés donde estés, vayas a donde vayas, ames a quien ames, recuerdes este momento y a este hombre que nunca te olvidará y que, aquí y ahora, promete renacer mil vidas hasta poder enamorarte.

Tomó mi boca con delirio, con urgencia y con tan desgarradora avidez que me faltó el aliento. Comenzó a moverse dentro de mí con tan exquisita ternura que mi cuerpo se inundó de hogueras y mis sentidos, de humo.

Sus ojos melosos, su gesto enamorado, su abrumadora intensidad pellizcaron mi pecho. Y en ese instante supe que, si mi corazón me perteneciera, lo habría robado sin remedio.

CAPÍTULO 41



OCULTA BAJO MI MÁSCARA

Esa misma semana se celebraba el carnaval, y Carla y yo habíamos trazado un plan preciso que debíamos ejecutar fielmente: provocar la ira de Fabrizio, enfrentándolo a Gabini. Conseguir que ambos se pelearan y escaparnos por los ocultos pasadizos de palacio en busca del libro en el que se fundamentaba la orden, con lo que impediríamos la posibilidad de que un ser tan abyecto como Fabrizio gozara de semejante poder.

Mientras me probaba el vestido que Carla había mandado confeccionar para mí, Chloe, tumbada en la cama, me observaba con un marcado deje de envidia en el rostro. Su embarazo estaba muy avanzado ya, y cada día se mostraba más crispada e inquieta. Lloraba a menudo, y su frustración por la indiferencia del que creyó su gran amor, en lugar de desvanecerse con el tiempo, la sumía en una amargura que iba carcomiéndola por dentro.

—Te sienta bien el rojo —murmuró admirando el rico brocado de mi traje.

En realidad, era el vestido más ostentoso que jamás había llevado. Su

revelador escote cuadrado exhibía con desvergonzado atrevimiento buena parte de mis oprimidos senos. Estaba decorado con hilo de oro y profusión de cristales formando hileras que llegaban hasta el final de la falda y bordeaban refulgentes el bajo. El tocado llevaba plumas y gemas, al igual que la máscara que cubriría mi rostro.

—No soporto más mi encierro —se lamentó en un resoplido hastiado.

—Pronto terminará, la partera dijo que dentro de unas semanas tendrás aquí a tu bebé —la animé con una sonrisa ilusionada.

—Y espero que se parezca a su padre, porque iré con él en brazos a presentárselo.

Un regusto agrio se aposentó en mi garganta.

—Chloe...

—Sí, ya sé lo que vas a decirme —me interrumpió con acritud—, pero, maldita sea, es el padre. Le daré la oportunidad de que decida si quiere o no estar junto a nosotros.

—Deja al menos que te acompañe.

—No, romperías la magia del momento. Eso es algo muy nuestro. Y te ruego que dejes de pensar en aquel vaticinio absurdo. Maldito el día en que acudí a aquella adivina.

Se recostó en la cama, sosteniéndose el hinchado vientre por la parte inferior y gruñendo por el esfuerzo.

—Me duele todo el cuerpo, no puedo dormir, sufro de horribles ardores y, de vez en cuando, siento punzadas agudas atravesarme el bajo vientre —se quejó mirando ceñuda su barriga.

—Estás en la etapa final, son normales tus dolores, pero pronto se te olvidarán cuando veas el rostro de tu hijo.

Algo que yo jamás experimentaría, me dije. Algo que ya había experimentado Bianca, la esposa de Lanzo. Los imaginé juntos arrojando a su bebé, pues, por mucho que despreciara a su esposa, recibir de su seno un hijo de alguna forma los uniría. Quizá aquel nacimiento había servido para congraciarlos, o al menos para que él lograra tolerarla. En cualquier caso, al menos contaba con el consuelo de un hijo al que poder consagrar su existencia. Posiblemente un regalo de la vida para aligerar su pena y llenar su corazón. Un regalo vedado para mí. Sentí una punzada de resentimiento, pero me apresuré a borrar aquel pensamiento y me centré en el vestido. Me ceñía mucho el torso, y me pregunté si me robaría el aliento antes de poder

adentrarme en los pasadizos. Lo último que deseaba era desvanecerme.

—Tengo entendido que irá toda Venecia a la fiesta del dux. Imagino ya las calles repletas de chanzas, máscaras y danzas. Está tan bonita la ciudad con tanta profusión de colores y adornos... —musitó nostálgica.

—Sí, hace olvidar que en realidad nuestro antiguo esplendor pierde brillo.

—Yo, en cambio, creo que Venecia siempre será única —repuso melancólica—, no podrán diluir su magia ni ocultar su encanto. No conseguirán apagar el vivaracho corazón de sus gentes ni borrar su belleza. No hay en el mundo un lugar igual.

En su mirada titiló un orgullo contagioso. Asentí convencida y, de nuevo, me miré en el espejo. En mi mano sostenía la máscara, y me la coloqué sin atar los lazos. Me cubría la mitad del rostro, y aunque se me reconocía, no parecía la misma mujer. Mis ojos contrastaban, grises y fríos, con el vistoso color rojo de alrededor. Me contemplé un instante preguntándome quién era aquella mujer de mirada de hielo y semblante duro. ¿Eso había hecho la vida conmigo? ¿Convertirme en hierro?

La puerta se abrió entonces y Francesca entró en la alcoba con un vistoso vestido de dos piezas en color esmeralda intenso que resaltaba su pálida tez y su esplendoroso cabello rojo.

—¿Qué os parece? —repuso girando sobre sí misma. Tras ella asomó su inseparable Giovanna.

Le lancé una mirada recelosa y la contemplé inquieta.

—¿Desde cuándo buscas nuestra aprobación?

—No la busco, sólo os muestro esta belleza. ¿No es divino, Giovanna?

La rubia muchacha asintió con sonrisa pérfida, y, anticipando sus sibilinas intenciones, me acerqué a ellas con el propósito de echarlas.

—Sí, es hermoso —confirmé sólo para apremiar su marcha, abriendo más la hoja de la puerta.

Francesca contorneó coqueta su estrecho talle y miró desdeñosa a Chloe.

—Dime, Chloe, ¿crees que a Massimo le gustará? Aunque estoy segura de que me preferirá sin él. Es tan impaciente que ya me ha roto algunos vestidos. Espero que me dé tiempo a quitarme esta preciosidad.

—¡Lárgate, arpía! —farfullé encarándola.

Francesca abrió exageradamente los ojos, simulando turbación.

—¿Acaso no le has contado que soy la amante permanente del conde?

Chloe se puso en pie no sin esfuerzo y, congestionada por la furia, se fue a por ella. Logré ponerme en medio y aferré a mi amiga por los hombros.

—Ignórala —le aconsejé sofocando mi propia rabia—, no le des lo que busca.

Pero no me hizo caso, ladeó la cabeza y la fulminó con la mirada.

—Yo llevo algo más hermoso que un simple vestido para él.

—¿Hermoso? Llevas un sucio bastardo dentro —escupió la pelirroja con inquina.

Chloe alargó la mano para golpearla, pero yo la empujé con suavidad para retirarla. Acto seguido, alcé la mía y la estampé en la mejilla de Francesca.

—Lárgate, o juro por lo más sagrado que vas a lamentarlo.

Sus verdes ojos refulgieron coléricos, se llevó una mano a la mejilla y me apuntó con su dedo amenazadora.

—Tú sí que vas a lamentarlo.

Su tono afilado e impregnado de un odio acerbo acompañó su amenaza.

Alcé la barbilla y la miré retadora.

Ella entornó los ojos con encono, frunció su rosada boca y, finalmente, resolvió irse con vehemente gesto.

Solté el aire contenido al cerrar la puerta y me giré hacia Chloe. En su afectada expresión comenzó a desdibujarse la indignación para dejar paso a la aflicción.

Me acerqué a ella, que permanecía ceñuda y temblaba pálida. La ayudé a tumbarse de nuevo en la cama y fue entonces cuando rompió a llorar desconsolada.

La abracé, sofocando en mi hombro sus sollozos, acaricié su ensortijada melena y aguardé paciente a que descargara su dolor.

—Tú... tú lo sabías... y no me lo dijiste —tartamudeó acusadora, mirándome con sus grandes ojos turquesa.

—Y ahora veo que hice bien en no decírtelo —murmuré secando sus lágrimas con mis manos.

—La odio —profirió con agudo rencor.

—Pues es más digna de compasión —aduje serena—. Debe de ser muy triste alimentarse únicamente de las miserias ajenas. Sólo un alma vacía da cobijo a la maldad.

—¿Cómo ha podido olvidarme con tanta facilidad? —se lamentó

sorbiendo ruidosamente—. Me juraba amor y protección, y ahora... se revuelca con esa víbora.

—Jurar nada tiene que ver con sentir. Las palabras más hermosas cierran los ojos, los hechos los abren.

—Aun así, debo enfrentarlo, si no por mí, por mi hijo.

Tomé su mano entre las mías y la miré con infinita ternura.

—Cuando nazca el niño, lo mandaremos llamar —aseguré—. Podrá visitarte aquí y conversaréis tranquilos. Es lo mejor y lo más cómodo para ti, y te sentirás más segura en tu terreno. Por favor, Chloe, no te expongas a que te echen de su casa o a que te desprecie estando sola. Recíbelo aquí, es cuanto te pido.

Me contempló llorosa, le temblaba la barbilla y el labio inferior. Sentí deseos de abrazarla de nuevo y acunarla como a una niña pequeña.

—Está bien —aceptó hipando.

Sonreí complacida y la estreché de nuevo.

—Te quiero mucho, Alonza.

Mi sonrisa se extendió llegando a mis ojos. Me aparté de ella y la miré con semblante emocionado.

—Y yo, amiga mía, y yo.



El resplandor de los numerosos faroles instalados en el patio del Palacio Ducal iluminaba a la multitud que atestaba el amplio espacio.

Los vistosos colores de trajes y máscaras, las alegres piezas con que amenizaban los músicos, el tintineo de las copas, el alborozado grajeo de chascarrillos y las melódicas risas de los asistentes convertían aquel carnaval en un estallido de luz y vida.

Venecia entera se liberaba aquella noche.

Por las calles corrían y bailaban sus habitantes ocultos por máscaras, desinhibidos, traviosos y burlones. Danzas diversas se ejecutarían en cada rincón de la ciudad, y durante tres días no habría más norma que la diversión. Correría el vino, los placeres y los juegos, y bajo aquel anonimato se cometerían licenciosas fechorías, ajustes de cuentas y se daría rienda suelta a libertinos comportamientos... Saldría a la luz la parte más oculta del ser

humano, esa que se enmudecía ante la moral o la ley.

Lo más selecto de la sociedad veneciana se encontraba esa noche en aquel patio, disfrutando de un succulento ágape distribuido en bandejas de plata por un regimiento de lacayos.

Hacía frío y pronto nos cobijarían en el interior del palacio, pero no antes de disfrutar del espectáculo de fuego que los artistas estaban ofreciéndonos.

Uno de ellos hacía girar en su mano una cuerda llameante con tan asombrosa habilidad que trazaba figuras en la noche a una velocidad vertiginosa. Otros saltaban ágiles a través de un círculo de fuego, ejecutando atrevidas piruetas. Dos voluptuosas jóvenes hacían arriesgados malabares con dos antorchas, lanzándoselas en el aire tras hacerlas girar grácilmente.

La multitud aplaudía fervorosa, y Carla y yo buscábamos a Gabini y a Fabrizio entre los asistentes con la mirada. Difícil tarea entre tanta máscara.

Entre toda la amplia gama de llamativos tonos que estampaban la costosa ropa de los congregados, un abrigo negro llamó mi atención. Estaba de espaldas a mí, por lo que pude apreciar el mismo color en la coleta que pendía sobre su espalda. La sobriedad de aquel atuendo no era lo único destacable en aquel hombre. Su porte me resultó familiar, y una corazonada me aceleró el pulso.

Cuando se llevó la copa a los labios, ladeó el rostro lo suficiente para permitirme atisbar su regio perfil. Llevaba un sencillo antifaz negro, pero su nariz recta y la fuerza de su mandíbula me hicieron adivinar un color de ojos que no llegué a distinguir desde donde me encontraba.

Sentí un cosquilleo en mi vientre, que ascendió jugueteón hasta mi pecho, donde se aposentó cálido.

Giraba a ambos lados la cabeza como si buscara a su alrededor mientras escuchaba a su interlocutor, que no era otro que el gran Claudio Monteverdi, el famoso compositor.

Deseé rodearlo disimuladamente, sólo para sumergirme una vez más en aquel profundo azul que me encogía el corazón.

—¿Dónde demonios está Gabini? —masculló Carla impaciente.

Estaba radiante con su vestido dorado y su lustroso pelo zaíno recogido en lo alto de la nuca. Su máscara dorada era una extensión del curioso tono de sus ojos.

—Demos una vuelta —sugerí—, nos encontraremos junto al pozo.

Carla asintió y se integró en aquella masa móvil y ruidosa de colores.

Yo hice lo mismo desde el otro lado, sabiendo dónde me llevarían mis pasos y dónde estaría mi verdadera atención.

Miré a mi alrededor buscando a nuestras presas, pero acercándome intencionadamente a aquel abrigo negro, que ejercía una ineludible atracción sobre mí.

Me posicioné calculadora frente a él, medio escondida entre un grupo de amigos que charlaban animados.

Sus hermosos ojos celestes me cautivaron, y, como siempre sucedía, me descubrí incapaz de apartar mi vista de ellos.

Lanzo, en realidad, fingía escuchar a su interlocutor, pues estaba más centrado en inspeccionar su entorno.

Distaba mucho de ser aquel joven enclenque de rostro anodino y ánimo apocado. El hombre que ahora tenía frente a mí era corpulento, bien formado, de considerable estatura y rotunda apostura. Desprendía fuerza, seguridad y hombría, y aquel antifaz no hacía sino aumentar su atractivo con buenas dosis de morbo.

Me mordí el labio ante los libidinosos pensamientos que su sola cercanía me provocaba. De igual modo, mi corazón los enfriaba gritándome que su proximidad también dolía.

Oculto bajo mi máscara, escondida tras grupos de invitados, acechaba a Lanzo, sin apenas darme cuenta de que paulatinamente mis pies me llevaban hacia él.

Me perdí en sus labios, posados en el borde de aquella copa, humedecidos por el ambarino licor que los acariciaba. Deseé beberlo de su boca y emborracharme en su mirada.

Retiré, mortificada, la vista, mordiéndome impotente el labio inferior, conminándome a retomar mi misión original. Paseé la vista por los congregados buscando alguna facción familiar, o quizá un gesto o una pose mínimamente reconocible. Pero, entre todos aquellos variopintos y coloridos tafetanes, sedas y damascos, máscaras, plumas, tocados y sombreros, la búsqueda se convertiría en toda una proeza.

Fijé la mirada en la galería de la primera planta, pensando que quizá aquella perspectiva del patio facilitara mi empresa, y ante mi estupor, me topé con dos hombres que discutían acaloradamente. Reconocí la aguileña nariz y el bruno cabello de Gabini. Entorné los ojos y reconocí también los ademanes de Fabrizio. Observé atenta aquel enfrentamiento y me asombró que sucediera

sin necesidad de provocarlo. Aunque, en realidad, sí podría haberlo provocado yo usando el estramonio. Quizá, de alguna manera, en la abotargada mente de Gabini se había filtrado mi acusación contra Fabrizio.

Cuando bajé la vista, exhalé un gemido sorpresivo al descubrir los azules ojos de Lanzo fijos en mí.

No fui capaz de retirar la mirada y, presa de aquel influjo, derramé sobre él la intensa emoción de volver a verlo.

Tampoco fui consciente de que el grupo que me había ocultado ya no estaba, ni de que ningún cuerpo me separaba del suyo. En aquel instante sólo existíamos él y yo. La música pareció diluirse, los colores apagarse y el mundo entero desaparecer.

Aquellas dos gemas celestes refulgieron intensas y me faltó el aliento cuando dio un paso hacia mí.

Tomó mi mano y depositó un suave beso en el dorso con gesto cortés.

—Tu belleza golpea, ¿lo sabías?

Tragué saliva incapaz de pronunciar palabra.

—Da igual las veces que te mire, lo grabada que te tenga: siempre que vuelvo a posar los ojos en ti, mi corazón se detiene.

—Lanzo...

—Alonza...

Nuestras miradas se fundieron como el acero en la fragua. Sentí el arrebatador impulso de lanzarme a sus brazos, de pedirle que me sacara de allí y me llevara muy lejos. No obstante, bajé la vista y me afané denodada por recuperar el control.

—Supe que habías sido padre —proferí sin ocultar mi congoja, golpeándome con aquella realidad para salir de aquella nube—, enhorabuena.

No respondió, tan sólo me observaba con tal intensidad que su mirada me quemaba la piel.

—También supe el verdadero motivo por el que aceptaste a Bianca. No deberías haber condenado tu vida por mí.

—Habría entregado mi vida si con ello hubiera podido borrar lo que te hicieron.

Respiré hondo y negué con la cabeza.

—Lo que nos hicieron —puntalicé resentida—. Al final consiguieron separarnos y manejar nuestras vidas. Yo, lejos de ti; tú, junto a ella.

—No, tú no has estado lejos de mí ni un solo día —replicó con firmeza.

Lo miré con el ceño fruncido, y mi expresión dolida lo hizo acercarse. Yo retrocedí.

—No sé qué pretendes reavivando heridas que tanto me esfuerzo en curar —le reproché.

—¿Acaso tiene el amor cura?

—No, bien lo sé. Pero cubrirlo con paños que lo oculten te hace olvidar la cicatriz que dejó. Tú mismo me hiciste entender que era mejor que no volviéramos a vernos. No comprendo tu empeño en retirarlos.

Bajó la vista y resopló afligido.

—Cada día me cuestiono aquella decisión, me flagelo con ella y me repito agotado que es lo más sensato. Cada noche cierro los ojos y te imagino en brazos ajenos, y yo... yo siento deseos de correr a tu lado y arrancar a ese hombre sin rostro de tu cuerpo. Y para estrangular ese impulso me devoro a mí mismo. Y, así, día a día, muero un poco.

—Tienes un hijo, vuélcate en él.

—Lo hago, creo que es lo único que me sostiene.

—Entonces aférrate a él y olvídate.

Me giré decidida a marcharme antes de que el llanto impotente que ya quemaba mis ojos se liberara ante él.

Pero Lanzo aferró mi brazo y me obligó a encararlo.

—Jamás, no te has grabado sólo en mi corazón, llevo tu nombre en mi alma.

Intenté desasirme, cuando un hombre corpulento se interpuso entre él y yo.

—¡Suéltala de inmediato! —tronó Leonardo enfrentándose a Lanzo.

Ambos se miraron retadores.

—No..., no te preocupes, Leonardo, todo está bien.

—¿Seguro? —insistió ceñudo sin despegar su airada mirada de él.

Descubrí en la encendida expresión de Lanzo una belicosidad preocupante.

—Vámonos, ya no tenemos nada más que hablar.

—¿Éste es el paño con que te cubres? —farfulló Lanzo furioso.

—Eso no es algo que te incumba —respondí ofuscada.

Me clavó una mirada disgustada y, apretando los puños, se encaró a Leonardo.

—Quitaré cada paño que pongas, porque me perteneces —sentenció

porfiado.

Lo observé contrariada y confusa por aquel extraño cambio de actitud, con el corazón encogido por aquella mirada dolida y absurdamente pertinaz.

Leonardo nos miraba alternativamente, adivinando en mi afectada expresión quién era aquel hombre carcomido por los celos.

Bajé la vista con honda pesadumbre, y ya me volvía cuando Lanzo intentó alcanzarme de nuevo. Leonardo se lo impidió colocándose entre ambos y, antes de que pudiera ser consciente de lo que estaba ocurriendo, los dos se enzarzaron en una pelea a puñetazos.

La gente de alrededor se apartó escandalizada, varias mujeres profirieron gritos asustados y yo los miré con el corazón en la garganta sin saber cómo separarlos.

Leonardo evitaba golpearlo, limitándose a esquivar los ataques de Lanzo, que parecía más cegado por el dolor que por la ira, como si en realidad quisiera descargar contra la vida y no contra aquel hombre que únicamente procuraba sofocar aquel ataque sin devolver un solo golpe. Trató de contener la ofensiva de un Lanzo que cada vez parecía más beligerante.

—¡Lanzo, basta!

Miré en derredor en busca de auxilio, ansiosa y preocupada.

Los hombres se enredaron en el suelo girando y forcejeando. Leonardo encajaba los golpes apretando los puños, cubriéndose como podía. Se afanó por detenerlo abarcándolo con los brazos y bloqueando así sus continuos ataques, pero Lanzo parecía haber enloquecido.

Un par de hombres se abalanzaron entonces sobre ellos para separarlos. Uno era Monteverdi; el otro, Marcello, el fornido guardián de Carla.

Los alejaron y tuvieron que sujetar a Lanzo entre ambos. Leonardo lo miraba jadeante y enojado, sacudiéndose el abrigo mientras se acercaba a mí.

—Lo... lamento mucho —me disculpé trémula.

—No te preocupes, no debe de ser muy fácil aceptar que ya no estás a su alcance.

Lanzo se zafó rudamente de los brazos que lo sujetaban y me clavó una mirada ceñuda y amarga. Luego, con brusca impetuosidad, dio media vuelta y se perdió entre la multitud.

Sentí un hondo desasosiego ante su inusitado comportamiento. No entendía cómo su hijo y el tiempo no habían logrado amortiguar el dolor por nuestra separación. Ninguno de los dos podíamos borrar la herida, pero

tampoco tenía sentido reavivarla.

Leonardo me contemplaba pensativo. Su rictus tierno y su dulce mirada me reconfortaron lo suficiente para regalarle una tibia sonrisa.

—Has sido muy considerado con él, te lo agradezco. No sé qué le habrá ocurrido, ha perdido por completo el control.

—Ya lo golpeó la vida arrancándote de su lado, no soy hombre de cebarme en la desgracia ajena. Y, aun así, lo envidio. La forma en que lo miras es tan reveladora...

Desvié la vista y apreté la mandíbula. Aquel desafortunado encuentro no podía derribar mis barreras ni desviarme de mi objetivo principal.

Volví a mirar hacia la galería de la primera planta y comprobé que estaba desierta.

En aquel momento apareció Carla y, tras disculparse con Leonardo, me alejó unos pasos. Pude ver la ansiedad en su rostro.

—Algo no va bien —susurró nerviosa.

—Yo he visto a Fabrizio y a Gabini discutiendo en la galería.

—Están todos ellos —informó inquieta—, todos. Y eso sólo puede significar una cosa: esta noche habrá una reunión secreta. No podremos acceder a la cámara para robar el libro, y maldita sea si hallamos mejor ocasión que esta noche.

—Pues tendremos que escoger otra.

Compuso un mohín obstinado y permaneció pensativa, elucubrando un plan alternativo.

—No —replicó finalmente, entornando sagaz los ojos—. Será esta noche, y sé cómo hacerlo. Que estén todos reunidos es más un auspicio venturoso que un contratiempo. Tomaremos nuestra venganza y libraremos al mundo de ese libro.

La miré intrigada y asentí, aunque no sin ciertas reservas, dado el riesgo que encerraba aquella determinación tan desdibujada.

—Sé más precisa —pedí intentando asimilar aquella audacia.

—Por lo que me has contado, se reúnen en los *piombi*, en la cámara de las torturas. Imagino que tienen sobornado al carcelero, o quizá el propio dux les haya dado su beneplácito... Me inclino más por la segunda opción. De cualquier modo, la cámara es la antesala de la prisión. Y lo único que debemos hacer para crear el caos es infiltrarnos antes de que la reunión comience y liberar a los presos en el momento más oportuno.

—Eso es demasiado temerario —objeté reticente.

—Pero una oportunidad única para apoderarnos del libro y deshacernos de todos ellos.

—¿Cómo? —inquirí desaprobadora—. Una cosa es robar ese libro y otra acabar con ellos. No cuentes conmigo.

—No de todos, por supuesto —aseguró grave—. Tendrás que ingeniar algo para alejar a Lanzo de aquí. Y no debes preocuparte por tu conciencia, Alonza, yo me haré cargo de los miembros y tú de llevarte el libro.

—Me preocupo por todo, Carla. Se desatará un pandemónium cuando liberemos a los presos. Son hombres peligrosos y muy violentos, imposibles de contener, se lanzarán sobre nosotras también.

—Sólo tendrán en mente escapar de los *piombi* —replicó convencida—, arrasando con quien se lo impida. Y no podrán salir si no le arrebatan la llave al miembro que la lleve, el maestro, que no es otro que Fabrizio, o a mí, que sobornaré al carcelero. Nos esconderemos en una celda vacía hasta que todo se tranquilice, y tu única misión será llevarte el libro.

—No me iré sin ti.

Me observó grave y su semblante se oscureció con una determinación que me inquietó sobremanera.

En aquel momento, unas trompetas anunciaron el inicio del baile en la sala del Maggior Consiglio.

Los trovadores, los acróbatas y los saltimbanquis cesaron sus espectáculos y la gente comenzó a arremolinarse en torno a la escalinata principal para acceder al palacio.

Carla escarbó en la bolsa de mano que llevaba atada en la cintura, extrajo la pirámide de cristal con la esfera en su interior y me la entregó.

—Quizá si le dices a Lanzo que lo has robado, dejas que te persiga fuera de palacio y logras despistarlo y regresar aquí a tiempo, quede fuera de todo esto. No sé cuándo tienen pensado escabullirse, pero imagino que durante la fiesta. Y presumo, además, que es una reunión extraordinaria por los recelos que ambas hemos ido sembrando.

En aquel momento pasó junto a nosotras el altivo conde Massimo Conti, con porte rígido, semblante torvo y los puños apretados. Atravesó el patio en dirección a la salida visiblemente enojado. Giré la cabeza siguiendo sus pasos hasta que se perdió entre la turba.

Un extraño desasosiego me invadió de repente e hizo que sintiera en mi

garganta un regusto amargo. Una caricia helada me recorrió la nuca y me provocó un abrupto escalofrío.

Carla llamó mi atención posando una mano en mi hombro.

—¡Aprisa, Alonza, no tenemos tiempo que perder!

CAPÍTULO 42



EL COLGANTE

La casa de Zanetti era un *palazzo* restaurado a orillas del Gran Canal, pequeño pero ostentoso.

El taxi acuático nos dejó en la escalinata de entrada, donde una cámara de seguridad nos enfocaba. Luca llamó al timbre y enseguida oímos la puerta abrirse.

Una mujer de rictus adusto nos recibió con una seca inclinación de cabeza y nos condujo adentro. El interior no desmerecía la decorada fachada, pues una sucesión de obras de arte estaban diseminadas por un vestíbulo amplio y fastuoso con suelo de mármol y paredes estucadas.

Seguimos a la doncella hasta un despacho ubicado al

fondo de la planta baja. El eco de nuestros pasos nos escoltó hasta aquella puerta robusta de madera de castaño, a la que la mujer llamó discretamente antes de abrirla para dejarnos pasar.

El señor Zanetti estaba cómodamente sentado en un mullido sillón de orejas situado frente a la chimenea, con una copa en la mano y un puro que pendía indolente en la comisura de sus labios. Ladeó la cabeza y nos dedicó un gesto ilusionado e impaciente. Se puso en pie y se encaminó hacia nosotros.

—Tomen asiento, por favor.

Nos indicó dos sillas frente a su gran mesa de escritorio y él se sentó en la cómoda butaca de piel que había al otro lado.

Luca, que se había mostrado todo el trayecto ausente y meditabundo, lo miró escrutador mientras introducía la mano en el bolsillo de su chaqueta.

—Estoy ansioso, señor Vandelli —murmuró Zanetti animado—, por anunciar en el club que he ganado la apuesta. No imagina...

—¿Dónde está el colgante? —lo interrumpió groseramente Luca.

Exhibió incitador el papel doblado donde había escrito el lema entre dos de sus dedos.

Zanetti torció el gesto molesto y asintió hierático.

Abrió un cajón de la mesa y extrajo un largo medallón que depositó sobre el tablero sin soltar la cadena.

Mis pupilas se dilataron y mi corazón se aceleró. Admiré con arrobado deleite aquel corazón trenzado de hojas, en cuyo interior había dos iniciales caladas: una artística «A» y una «L» entrelazadas.

Miré a Luca, que parecía contener el aliento. Alargó una mano para recorrer con la yema de los dedos el colgante con absoluta veneración.

—¿Puedo preguntarle qué galería de arte se lo vendió y cuándo?

Alzó la vista para clavarla expectante en Zanetti.

—Hace tiempo ya —respondió el hombre algo pensativo—, puede que haga tres años. Y la galería de arte es... —titubeó, haciendo memoria, aunque más bien parecía cavilar nervioso en busca de una respuesta— Torcí, en Florencia.

—Y ¿preguntó por colgantes o simplemente se topó con él en la exposición?

Zanetti frunció el ceño receloso.

—¿A qué viene tanta pregunta? —se quejó contrariado—. Aquí tiene el colgante, es cuanto ha de importarle.

—Responda. —El tono severo e inflexible de Luca lo soliviantó perceptiblemente.

—No buscaba nada, simplemente lo vi en una vitrina y decidí adquirirlo.

Luca asintió, aunque no muy complacido, pues su ceño se acentuó y su mandíbula se tensó.

Entregó a Zanetti el papel y cogió el colgante. A

continuación, sacó de otro bolsillo lo que parecía una lupa de joyero, se la encajó en un ojo y acercó la pieza para inspeccionarla minuciosamente.

—Sólo es plata vieja. No tiene ninguna incrustación — señaló hosco. Acto seguido, se encogió enigmático de hombros—. No es lo que busco.

Zanetti se ajustó las gafas al puente de la nariz y desdobló el papel para leerlo.

Pude apreciar la ansiedad en su rostro y el brillo taimado y victorioso que asomó a sus ojos.

—A sus pies, Vandelli, y a los suyos, Alessia. Forman un equipo brillante —alabó sonriente.

—No tanto como el que forman ustedes —masculló Luca mordaz.

Lo miré intrigada. La gravedad de su semblante inquietó a Zanetti, que se puso en pie, impaciente por despedirnos.

—Bueno, nuestro acuerdo se ha resuelto satisfactoriamente por ambas partes. Ahora, si me disculpan, debo retirarme a descansar.

Luca alzó una ceja y sonrió sardónico.

—Salude a Sofia de mi parte y dígame que no tema, que sus cobayas siguen los pasos marcados —profirió con agudeza.

Se metió el colgante en el bolsillo y se puso en pie parsimoniosamente. Observó con atención la estancia y, tras recorrerla con detenimiento, asintió para sí. Luego, con un gesto seco a modo de despedida, abandonamos el

despacho de Zanetti.

El taxi acuático nos esperaba bamboleante al pie de la escalinata.

—¿A qué ha venido tu actitud? —lo increpé mientras embarcaba.

Luca me siguió y se sentó a mi lado, rígido y huraño. Yo seguía confundida, desbordada y furiosa, y él, herido y resentido. Una parte de mí deseaba pedirle disculpas por mi arrebatado, pero otra, más prudente, sellaba mis labios temerosa de recibir más golpes.

—A que mis sospechas no hacen más que confirmarse.

—¿Te refieres a tu teoría de los peones o de las cobayas?

Sonrió burlón y arqueó una ceja con suficiencia.

—A ambas, nena.

El tono pícaro de su voz desató un acuciante hormigueo en mi piel.

—Ilumíname.

—Zanetti no compró el colgante en esa galería —explicó observando las luces que punteaban la negrura del agua, procedentes de los edificios que flanqueaban el Gran Canal—. Llevo cinco años tras él, puedo asegurarte que he preguntado y movilizado a mis anticuarios conocidos en su búsqueda y, curiosamente, el dueño de Turchi es amigo mío. El colgante no ha estado jamás en una galería pública, o yo lo habría sabido. Loretta tenía por encargo llamar a nuevas galerías preguntando por él. Además, Zanetti no es

coleccionista de antigüedades. No he visto ninguna pieza que lo indique en su casa, todas son actuales. Nos miente, y creo saber por qué. Poco a poco, todo comienza a tener sentido.

—Ya me gustaría a mí poder decir lo mismo —musité frustrada.

Me lanzó una mirada dolida ante mi reproche.

—Toda mi vida ha sido un completo enigma para mí —comenzó con pesadumbre—, desde mis orígenes hasta mi comportamiento, mis dibujos, mis aficiones y mis predilecciones. También lo eran mis sueños. Siempre buscaba respuesta, pero no había modo de hallarla. He vivido mortificado desde que tengo uso de razón, y he necesitado una gran fortaleza mental para no perder el juicio. Y solo, sin nadie a mi lado que pudiera darme solaz, sin una pista mínimamente coherente, sin consuelo ni ayuda alguna. Pero he sido pertinaz y paciente, comprendiendo que la furia aumentaba mi impotencia y hundía mi ánimo, repitiéndome que tarde o temprano encontraría la respuesta a esa pregunta que tú también me has hecho alguna vez. Y, aunque se escondía en mi fuero interno, no la dejé salir porque me aterraba.

Volvió el rostro hacia mí, preso de una tristeza tan anclada a su alma que de sus ojos brotó aquella negrura que todavía lo asolaba.

—Yo te comprendo como nadie, Alessia. También me dejé llevar por la ira, sólo que no tuve a quien gritarle.

Me sentí tan culpable que sólo fui capaz de abrazarlo. Luca no me rodeó con sus brazos, y aquello me desazonó.

Lo miré inquisitiva y preocupada.

—También comprendo tu postura —agregó grave—, tu distancia. Y, créeme, es lo más sensato. No quiero que mis sentimientos ni los tuyos hagan esto más difícil de lo que ya es. Será mejor que sigamos adelante, tan sólo centrados en llegar al final de todo esto, y, como bien apuntaste, después decidir lo que realmente queremos o necesitamos hacer. No quiero que vuelvas a pensar que te utilizo, no creo que pueda soportarlo de nuevo.

Me costó tragar el nudo que se había formado en mi garganta. Tan sólo asentí y me aparté de él, luchando contra el deseo de cobijarme nuevamente en su pecho. Pero, sin duda, ambos habíamos comprendido que nuestra relación sólo complicaba la búsqueda, ya no del tesoro, sino de nuestros propios destinos.

Intenté focalizar toda mi atención únicamente en los descubrimientos y en lo cerca que estábamos de aquel secreto que tan celosamente Alonza había ocultado, dejando a un lado todo el amor que le profesaba a aquel hombre sentado rígido a mi lado, taciturno y sombrío, sumido en sus propias reflexiones.

—¿Dónde crees que encontró el colgante Zanetti?

—No lo encontró —repuso—, lo robó.

Alcé las cejas asombrada.

—¿A quién?

—A su dueño, que no es otro que Piero Rizzoli.

—Si mal no recuerdo, Piero murió hace cinco años. ¿Se lo robó estando vivo?

—Lo mataron para tres cosas: cobrar el seguro, evitar que descubriera quién era yo y robarle el colgante. Todo empieza a encajar, por fin.

Abrí mucho los ojos y parpadeé atónita.

—¿Quiénes?

—La viuda y Zanetti.

Me costó tragar saliva. Luca parecía imperturbable, casi ausente.

—Piero sabía de la existencia de ese diario e intentó hacerse con él. Cuando descubrió que tu abuela lo tenía, contrató a mi rival, Stefano, para intentar conseguirlo. Logró echarle un vistazo y tomó algunos apuntes, pero pronto entendió la complejidad que encerraba y supieron que me necesitaban a mí. Es fácil suponer que Zanetti y Piero, ambos miembros de la Sociedad de la Niebla, tenían opiniones enfrentadas sobre cómo utilizar lo que planeaban encontrar en Poveglia.

—Y ¿puedo saber en qué fundamentas esa hipótesis?

—Piero cifró el lema de la orden, que imagino tendrá mucho que ver con el mensaje o con lo que sea que esperen hallar en ese dichoso libro, lo que manifiesta su entera desconfianza hacia la orden. También escondió el colgante, pues sabía que era fundamental para encontrar el tesoro. Comenzó a convertirse en una traba y decidieron

librarse de él.

—Pero si Sofia y Zanetti están juntos en esto, ¿por qué tiene que pagarle el colgante?

—Zanetti lo robó para salvaguardar sus espaldas, para asegurarse de que Sofia no lo dejara en la estacada. Ambos sabían que finalmente me necesitaban a mí para descifrar las claves, por eso han urdido tan minuciosamente cada paso.

—Y, por lo que mencionaste en el primer encuentro con Zanetti, también crees que te tendió una trampa con lo del robo. Pero ¿cuál es la verdadera razón?

—Alejarme, hacer que me olvidara de todo. Estuve un año en prisión sólo para evitar que me acercara a Piero Rizzoli. Cuando salí de la cárcel fue cuando decidieron matarlo para evitar nuestro encuentro, porque ellos sabían quién era yo.

—Y tú eres un Rizzoli, ¿verdad? Descendiente de Lanzo. El último de esa estirpe.

Luca me observó grave. Su semblante se oscureció y finalmente asintió quedo.

—Piero Rizzoli era mi padre.

Posé una mano en su hombro y lo oprimí en una muestra de cariño y comprensión, aunque me desgarró el anhelo de abrazarlo y besarlo hasta desfallecer.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Cuando descubrí quién fue mi madre, fue fácil dar con él. Si algo me prometí cuando visité su tumba fue llegar

hasta el final con todas las consecuencias. Aquel día, mi determinación se afianzó; así pues, tras una exhaustiva investigación, mis pasos me condujeron hacia Piero Rizzoli. Por unas amigas de mi madre, supe que había tenido una aventura con él y que él sabía que estaba embarazada. Pero ella comenzó a recibir amenazas de muerte y decidió desaparecer. Aun así, supo que la encontrarían, dio a luz en su casa y me abandonó en la puerta del hospital, convencida de que me estaba salvando la vida. Piero se pasó media vida buscándonos.

Hizo una pausa y bajó la mirada, sus hombros se hundieron y pareció retrotraerse a aquel momento.

—Llegué a hablar por teléfono con él. —Tragó saliva y continuó—: Estaba tan emocionado como nervioso. Me pidió perdón y tartamudeó algo sobre un diario vital para nosotros que estaba en manos de una tal Ornella di Pietro. Aquel apellido me encogió el corazón. Me hizo prometer que no iría a su casa, dijo que él vendría a mi apartamento. Fue la última vez que hablé con él. Por teléfono me decían que estaba de viaje y que regresaría al cabo de algunas semanas. Y yo esperé y esperé, y entretanto sucedió lo del robo y..., bueno, ya sabes lo que ocurrió después.

—Lo lamento mucho —musité consternada.

—¿Sabes lo que se siente al no llegar a tiempo no a una cosa relevante de tu vida, sino a dos? ¿Sentir esa sensación esperanzada de no saberte solo en este maldito mundo y que te la arrebaten de un golpe? ¡Dos veces!

Su tono rezumaba dolor y rabia, su rictus se contrajo y su cuerpo se tensó. Luchó por recuperar el control, por contener la impotencia tan devastadora de encontrar sus orígenes para perderlos al instante siguiente.

Yo había pasado por la trágica pérdida de mis padres, pero al menos los había disfrutado durante mi infancia y había podido enraizarme, agarrarme a los recuerdos y saber quién era yo y quiénes fueron ellos. Una tranquilidad y una estabilidad que él nunca tuvo. Él jamás había conocido el calor del abrazo de una madre, ni la seguridad de un padre, no había disfrutado de ese amor fraternal tan único que fundamentaba los pilares de cualquier ser humano desde su primer aliento.

Sentí deseos de llorar por él, por aquella infancia perdida, por aquella juventud solitaria y por aquella eterna búsqueda que había gobernado su vida y que ahora la zarandeaba con más fuerza que nunca. Aun así, ya tan cerca del desenlace, pues así lo sentía, su fortaleza, su coraje y su tesón me maravillaban. Y esa resistencia a no dejarse llevar por emociones negativas y a mantener la calma en todo momento me admiraban sobremanera. Yo, en cambio, me entregué a las mías, abrazándome a él. Esta vez, sus brazos sí me rodearon, y eso fue suficiente para que mi corazón entrara en calor de nuevo.

El ruido del motor comenzó a atenuarse en el bullicio de la noche veneciana, que, como era habitual, reverberaba de risas, conversaciones y música.

Bajamos de la embarcación, Luca pagó el viaje y nos encaminamos hacia el apartamento de su amigo Maurizio.

Tomó mi mano para sortear bandadas de turistas ociosos y despistados y, tras doblar diferentes esquinas, llegamos a su casa para descubrir que no estaba allí.

—Habrá salido «de caza», espero que no te escandalice oírlo en acción. Estas paredes son de papel de fumar.

—¿Eso quiere decir que piensa traer a una mujer esta noche?

—Seguramente, aunque quizá tenga la deferencia de coger un hotel. La última vez me resultó muy incómodo, te lo aseguro. El diario está en tu maleta, ¿no? —Asentí—. Ve por él mientras intento encontrar la clave del portador y hallar una pauta o el modo de usarlo correctamente.

—Estás seguro de que el colgante es el portador, ¿no?

—Muy seguro, fue confeccionado precisamente para eso. Es un objeto decorativo en apariencia, pero en realidad es una herramienta de filtro. ¿Ves que está calado? Fíjate en los huecos y en las uniones. Tengo la certeza de que, puesto sobre la página correcta, señalará unas palabras que nos darán la ubicación exacta del tesoro. Mucho me temo que pasaré la noche en vela, y puesto que necesito el diario original, tendrás que leer en tu teléfono. Porque quiero que acabes la lectura esta noche. Mañana partimos para Poveglia tanto si mi estudio da sus frutos como si no.

CAPÍTULO 43



LOS PIOMBI

Recorrí el gran patio empedrado con el corazón en un puño, buscando a Lanzo entre la multitud que formaba una gruesa fila para subir los peldaños que conducían al interior del palacio. Si lograba acceder al gran salón, sería mucho más difícil encontrarlo. En mi desesperación, me encaramé al pozo ante la reprobadora mirada de la gente y busqué su abrigo negro. No lo encontré entre aquella variopinta y colorida masa de tejidos y adornos.

Deslicé la mirada por cada rincón y lo descubrí en la zona más desierta, sentado en la basa de una columna con la cabeza reclinada y encorvado sobre sí mismo.

Bajé del pozo y me dirigí hacia él conteniendo el aliento.

Me preocupó su postura de desaliento, y que ni siquiera alzara la cabeza al oír pasos acercándose.

Me puse en cuclillas y apoyé mi mano en su hombro.

—Vete, Alonza —masculló en un hilo de voz, sin levantar la vista.

—¿Cómo sabías que era yo?

—Tu perfume te precede.

—¿Qué te ocurre? Nunca te había visto así, excepto cuando me defendías.

—Vete, no me encuentro bien.

—En tal caso, vuelve a tu casa, por favor.

—Todavía no.

—Lanzo —susurré con dulzura—, lamento tanto lo ocurrido... Pero te suplico que te marches en este instante.

Entonces alzó el rostro. El nacarado resplandor de la luna mostró un semblante contrito y una mirada acuosa.

—¿Temes que vuelva a atacar a tu amante?

—Temo sólo por ti.

Su rostro se tensó, sus ojos eran dos pozales sin fondo, oscurecidos por una aflicción tan profunda que sentí ganas de llorar.

—No lo hagas, sé cuidarme. Regresa a la fiesta; cuando me recomponga, decidiré qué hacer.

Lo cogí por los hombros y lo sacudí con firmeza, clavando mi decidida mirada en su rostro.

—No acudas a la reunión de esta noche, te lo suplico.

Lanzo abrió desmesuradamente los ojos. Su rostro se desencajó.

—¡Maldición, no! ¿Qué... demonios sabes?

Se lanzó sobre mí aferrándome de los brazos. Perdí el equilibrio y quedé sentada en el suelo con él de rodillas inclinado sobre mí.

—Lo sé todo, Lanzo.

Le mostré la pirámide de cristal, réplica exacta del objeto ceremonial y místico que vigilaba el libro sagrado de la orden. Él dejó escapar un estrangulado gemido impresionado y me miró tan espantado que me soltó, se puso en pie y, pasándose las manos por su abundante cabellera oscura, comenzó a pasearse de un lado a otro como un león enjaulado.

Por fin se detuvo, su rostro crispado y su mirada angustiada me observaron gravemente.

—¡Dios Santo, Alonza! ¿Qué has hecho?

Me incorporé y guardé el objeto en mi bolsa. Comencé a retroceder sin darle la espalda, mirándolo retadora.

—Lo que debía hacer —respondí resuelta—. No estoy dispuesta a que Fabrizio domine el mundo. Tú mejor que nadie deberías saber la clase de demonio que es.

—¡No sabes dónde te estás metiendo, Alonza! Dame eso de inmediato. Si me doy prisa puedo reponerlo antes de que nadie se entere.

Retrocedí otro paso.

—¡No!

Lanzo avanzó furioso.

Supe que debía entretenerlo mientras ganaba distancia o no le costaría alcanzarme.

—Alonza..., estás arriesgando tu vida.

—No me importa —insistí sin dejar de recular. Por cada paso que avanzaba él, yo retrocedía tres.

Se detuvo y resopló ofuscado.

—¡Escúchame! —ordenó con frustración—. Mientras yo esté en la sociedad, Fabrizio no se hará con el control. Debes confiar en mí. Dame eso.

—No puedo, tengo que destruirlo.

—¿Cómo lo conseguiste? ¿Quién te lo dio?

Miró taimado con inusitada atención un punto a mi espalda: intentaba distraerme para lanzarse sobre mí.

—Si lo quieres, cógelo.

Di media vuelta y salí corriendo veloz, sorteando grupos de invitados, zigzagueando y evitando correr en línea recta. No me atreví a mirar hacia atrás, fijé mi vista en la salida exterior y corrí como alma que lleva el diablo, confiando en que él me seguiría. Pero fue otra voz la que dio más alas a mis pies.

Miré hacia atrás para ver cómo Leonardo salía tras Lanzo. Maldije para mis adentros, pero en esos momentos no podía detenerme. Salí del recinto del palacio y, como una centella, atravesé la *piazzeta* perdiéndome entre grupos de personas enmascaradas que reían y bailaban al son de la melodía de un trovador. En el centro, varias hileras de parejas bailaban la polémica zarabanda refugiadas en el anonimato. Las mujeres efectuaban lascivos y provocadores movimientos, tentando al hombre al acto sexual. Y, durante el baile y al regular ritmo de un tambor y un laúd, simulaban la cópula ante las carcajadas de la concurrencia.

Oteé jadeante por encima de mi hombro y me sorprendí al descubrir a Lanzo tan próximo a mí. Exhalé un gemido sorpresivo y eludí como pude las catervas que disfrutaban alborozadas del carnaval.

Logré adentrarme en un callejón trasero y corrí alzando la falda de mi

vestido. Tras de mí oí el veloz eco de sus pasos y supe que pronto me daría alcance. Giré varias esquinas, sin saber dónde me encontraba, sólo rogando despistarlo. Y el único modo de conseguirlo era ocultarme en algún rincón penumbroso. Intenté situarme y finalmente descubrí dónde me hallaba y que, al cruzar un puente próximo, se encontraba el horno donde se cocía el pan, una casa con profundos soportales. Sorteé a varias parejas y subí el puente, pero no logré bajarlo: una mano aprisionó mi brazo e hizo que me detuviera de sopetón. Me giré hacia él y, para mi sorpresa, comprobé que no era Lanzo, sino Leonardo.

—¿Dónde...?

—Vamos, he logrado derribarlo, pero no tardará en alcanzarnos. Conmigo estás a salvo.

—Sólo... quería despistarlo... —jadeé entrecortadamente—. He... de regresar al palacio con urgencia, Carla me necesita, como yo necesito mantener a Lanzo lejos de mí esta noche. No... puede volver a palacio. Tienes que ayudarme.

Miró hacia la calle con apremio y luego descendimos apresurados del puente para cobijarnos en la sombra de los soportales.

—¿Qué está pasando, Alonza?

—Prometo decírtelo si puedo contar con tu ayuda esta noche.

—Sólo hay una manera de detenerlo, me temo —musitó—. Creo que esos pasos son suyos. Muéstrate, distráelo y yo me acercaré desde atrás para golpearlo. Me encargaré de que lo lleven a su casa.

—No le pegues muy fuerte.

—Tengo que dejarlo inconsciente, debo golpearlo con la empuñadura de mi espada.

Asentí y, tras inhalar una profunda bocanada de aire, avancé hacia la parte iluminada por la luna. Más allá, un rodal dorado procedente de una antorcha enclavada en un muro alejaba tímidamente las sombras. Me encaminé hacia allí y cuando me giré hacia el puente, vi a Lanzo atravesándolo a la carrera. Se detuvo al verme quieta, aguardándolo.

Miró receloso a su alrededor y avanzó con cautela.

Cuando llegó a mi lado, su ceño se pronunció y su mirada me fulminó.

—¿A qué juegas conmigo?

—Me salvaste una vez de las garras de tu padre, ahora soy yo la que lo hace.

Me miró con extrañeza, cansado y aturdido.

—Ni necesito ni tengo salvación alguna, Alonza. Pero sí me creo con derecho a pedirte algo, y es ese ojo atrapado en la niebla y que, sea lo que sea lo que sepas de nosotros, lo olvides y te alejes para siempre. Y no te lo pido ni por mí ni por la sociedad, sino por ti.

Me acerqué a él, posé la palma en su pecho y lo miré afligida pero determinada.

—Tampoco yo tengo salvación, quizá esa condición me haya vuelto temeraria. Pero voy a darte lo que me pides si, a cambio, logras perdonarme esta argucia.

Su mirada se tornó desconfiada y confusa.

Retrocedí un paso al advertir la sombra de Leonardo tras él.

Lanzo descubrió la celada a tiempo de volverse para esquivar el golpe. Me retiré cuando los hombres se enzarzaron por segunda vez en una pelea. Leonardo fue hábil y, tras retroceder esquivando los puños de su adversario, logró apuntarlo con su espada. Dejé escapar un aliento angustiado cuando Lanzo desenvainó la suya.

—¡Deteneos!

Pero Lanzo desoyó mi ruego, dirigiendo una estocada certera al hombro de Leonardo. Dejé escapar un gemido asustado y miré en derredor buscando a alguien que pudiera separarlos.

—¡Vete, Alonza, yo lo detendré! —gritó Leonardo, conteniendo las ofensivas de su oponente.

Y, a pesar de que mi corazón estaba atemorizado por el resultado de aquella contienda, no podía dejar sola a Carla ante tan magna imprudencia.

Volví sobre mis pasos a la carrera nuevamente, presa de la incertidumbre, la preocupación y el miedo.

Cuando irrumpí en el patio central, ya estaba desierto. Tan sólo distinguí en una esquina, agazapados en las sombras, a una pareja fornicando contra la pared.

Deambulé sin saber qué hacer. No sabía si Carla me esperaría en la puerta del salón o allí y, mientras decidía qué rumbo tomar, un hombre alto y delgado emergió de la entrada a palacio y bajó la escalinata en mi dirección.

El gran Claudio Monteverdi pareció reconocerme, pues me dedicó una sonrisa plácida y familiar.

—Señora —se inclinó gentil y me ofreció una reverencia cortés—. Estoy

buscando a mi gran amigo Lanzo Rizzoli, no hace mucho andaba por aquí tan desesperado como Orfeo por la muerte de Eurídice.

Me guiñó un ojo perspicaz y sonrió comprensivo. La mención a su excelsa obra musical, *La fábula de Orfeo*, dio a entender que conocía nuestra historia y, por tanto, era en realidad un buen amigo de Lanzo.

—No se encontraba bien —respondí—, y justamente me pidió que fuera en vuestra busca, señor Monteverdi, y os dijera de su parte que se había cancelado cierto encuentro y que os marcharais a casa sin dilación.

El hombre me escrutó un largo instante antes de enarbolar nuevamente aquella bondadosa sonrisa.

—Suelo hacer caso del consejo de amigos sinceros, y sin duda el talentoso Lanzo lo es. Y si me permitís, bella dama, os ofrezco también el mío. Tal como Orfeo atravesó el reino de la muerte para pedir a Hades que le devolviera la vida a su difunta esposa, enfrentándose a Caronte, al cancerbero y a mil peligros más sólo por recuperarla, vuestro Lanzo no haría menos por vos.

Cerré los ojos afectada, intentando mantener la compostura a sabiendas de que, por mucho que Leonardo evitara herirlo de gravedad, una pelea a espada podía tener un desenlace fatal.

—Lo sé —repuse—, ya se enfrentó a ambos por mí.

La sonrisa paternalista que me dirigió aligeró mi pena y, de alguna extraña manera, me reconfortó.

—A veces, dulce Eurídice, la muerte es sólo un camino, no un final. Hay quien logra atravesarla y emerge victorioso burlándose de los dioses y de los hombres. Otros se pierden para siempre, y la mayoría creen que no hay nada más allá. Pero la muerte esconde secretos que la vida nunca desvelará, y sólo recorriendo su reino se pueden encontrar.

Aquella intrigante reflexión me desconcertó, pero fue su serena expresión y la sabiduría que brotaba de sus ojos lo que me hizo comprender que estaba ante un gran hombre, de mente abierta y corazón generoso.

Tras otra reverencia, se alejó en dirección a la salida.

Justo en aquel instante oí que alguien me chistaba y reparé en la puerta que se abría en la fachada. Un halo anaranjado remarcaba su contorno. Me dirigí hacia ella y se abrió para dejarme entrar.

—Ya creí que no llegabas a tiempo —susurró Carla, cerrando tras de mí.

—No ha sido fácil —repliqué.

Carla recorrió el estrecho pasadizo abovedado y yo la seguí. La luz de las antorchas iluminaba sobradamente aquel túnel repleto de bifurcaciones. No obstante, ella parecía tener clara la dirección que debíamos tomar.

—Llevo un tiempo aquí y he podido explorar los pasadizos. La llave se la he robado al carcelero, aunque me ha costado mi collar más valioso y un repugnante manoseo. Menos mal que pude dejarlo inconsciente —murmuró doblando otra esquina.

Por fin llegamos a una puerta cerrada. Carla usó la llave que sostenía en la mano y la introdujo en la cerradura. Abrió la puerta y nos adentramos en una cámara amplia en cuyo centro había una mesa, y varios bancos alrededor. En la pared del fondo se encontraba una cama de madera y, sobre esa pared, varios espeluznantes instrumentos de tortura. Algo más allá, diversos ganchos sobresalían de la roca; en uno colgaba un mandil de cuero oscuro de carnicero que me provocó escalofríos al adivinar para qué lo usaban.

—¿Se reúnen aquí?

—Eso te dijo Gabini. Aunque es el lugar más macabro y contrario a un grupo de intelectuales humanistas.

—Este lugar es espantoso —coincidí.

Un rumor llegó hasta nosotras, era como una letanía reiterada de lamentos sofocados.

Carla comenzó entonces a palpar las paredes ejerciendo cierta presión.

—Debe de haber una cámara secreta o quizá otra puerta oculta, o una piedra suelta, algo que contenga el maldito libro. Gabini te dijo que estaba aquí, vigilado por ese ojo de vidrio.

Derramé mi mirada por los sucios muros, en las esquinas rezumaban regueros de humedad que oscurecían la piedra. Inspeccioné con detenimiento los irregulares bloques buscando algún resquicio extraño o saliente inusual.

—¡Maldita sea, tiene que haber algo! —imprecó Carla impaciente.

De pronto, me llamó la atención unas hendiduras en la pared. Eran rayitas verticales y estaban grabadas en la piedra en tres grupos diferenciados. Pasé mis dedos sobre su relieve, contando mentalmente cada grupo.

—Creo que he encontrado algo.

Carla se giró hacia mí y se acercó frunciendo interesada el ceño.

—Esas muescas las hacen los presos para contabilizar los días de encierro —explicó desilusionada.

—Lo sé, pero, que yo sepa, esto no es una celda.

Carla alzó una ceja perspicaz y asintió, observando más de cerca las hendiduras.

—Quizá lo fue en el pasado —adujo circunspecta—, o quizá fue el carcelero, que se aburría.

—Hay tres tandas, las dos primeras constan de seis, una arriba y otra abajo; la última, al lado de las otras dos, sólo tiene una muesca.

—661 —pronunció Carla intrigada.

—Puede que sea una clave —barrunté cavilosa—, quizá sea una secuencia que indique dónde hay una piedra falsa.

—¿Una secuencia de qué?

—Tal vez es una pauta para contar bloques.

Carla entornó los ojos y me miró intrigada.

—Es una posibilidad. Pero aquí hay muchos bloques. ¿Has probado a presionar ése?

Negué con la cabeza y forcé con las palmas aquel recuadro de piedra. No cedió.

Ella volvió a inspeccionar visualmente los muros y comenzó a negar con la cabeza.

—Nos llevaría demasiado tiempo contar bloques. Sería tanto en vertical como en horizontal, y viene a ser igual que si los tanteamos todos al azar. No tiene sentido.

Chasquéé la lengua frustrada y asentí. Sin embargo, tenía la corazonada de que aquellos números eran significativos. ¡Tenían que ser una pista!

Carla resopló y se dirigió a la puerta, abriendo tan sólo un resquicio para poder oír pasos acercándose. Negó con la cabeza y cerró con tiento, esta vez con llave.

—¡No tardarán, maldición! Nos queda tan sólo la posibilidad de que en la fuga de los presos no les dé tiempo a esconderlo o a llevárselo. Lo que de verdad espero es que ni siquiera escapen con vida.

La frialdad en su tono me impresionó. Un odio enconado asomó a sus ojos. Al reparar en mi asombro, se apresuró a cubrir sus emociones con un paño pétreo.

Continué deambulando y examinando las paredes con aguda minuciosidad.

—Debemos escondernos ya, Alonza —sugirió Carla con evidente inquietud—. Es muy arriesgado apurar el tiempo.

Continué mi escrutinio sin que nada en las piedras llamara mi atención.

Bufé desesperada e impotente y me volví hacia Carla, que ya se dirigía hacia la puerta que llevaba a los *piombi*, las celdas, llamados así por el artesonado con placas de plomo. En aquel momento, volví a fijar mi atención en aquel mandil, y de repente me detuve agrandando los ojos.

—¡Mira esos ganchos en la pared!

Carla siguió mi mirada y se encogió de hombros indiferente.

Me encaminé hacia ellos y, con cierta aprensión, descolgué el delantal y lo tiré al suelo.

Contuve una exclamación al comprobar que había tres ganchos de hierro. Uno estaba forjado con forma de seis; justo debajo, otro idéntico y, al lado, un simple hierro, el uno, donde habían colgado el mandil.

—¡Santa Madonna! —profirió Carla maravillada.

Intenté manipular el gancho superior con forma de seis y, ante mi empuje, éste giró y quedó en posición horizontal. Hice lo mismo con el inferior, comprendiendo de repente lo que representaban. Lo giré inversamente y, en efecto, ambos seises encajaron formando un ojo extraño. Oímos unos singulares resortes tras la piedra. Tomé el tercer gancho y lo tumbé. El palo de hierro atravesó el peculiar ojo como una hebra de niebla y otro chasquido soltó el bloque de piedra donde pendían.

—Asombroso —alabó Carla impresionada, observándome con abierta admiración.

Introduje la punta de mis dedos por el borde saliente de aquel gran bloque y no necesité mucha fuerza para deslizarlo, pues sólo era una tapa.

Allí, en aquella hornacina de piedra, dentro de una urna de cristal, estaba el libro de Polífilo vigilado, como bien había confesado Gabini bajo los efectos del estramonio, por el ojo en la niebla, una pieza casi idéntica a la que había confeccionado Leonardo.

Carla apartó la pieza y cogió el libro. Exhaló un largo suspiro y me lo entregó con semblante grave.

—Llévatelo y escóndelo. Tienes que salir por donde hemos venido. Imagino que ellos vendrán desde palacio por uno de los pasadizos que ascendían. Tan sólo debes recorrer los túneles descendentes, ya que son los que llevan al patio.

—Ven conmigo, Carla, no cometas la locura de liberar a los presos. Ya tienes lo que querías.

—No, sólo tengo parte de lo que quiero. Y no me iré de aquí hasta

terminar con esto de una vez. Si no regreso a casa al alba, quémalo por mí y vete muy lejos.

—Carla... —gemí angustiada—, te ruego que olvides esta cruzada.

—¿Olvidar? —profirió con un tono tan tirante que sonó agudo y chirriante—. ¿Crees que dejo de soñar una maldita noche con lo que me hicieron aquel día?

—Vengarte no borrará tus recuerdos.

—Me marcaron, y no sólo mi cuerpo, Alonza. Si algo me mantuvo con vida entonces fue la promesa que me hice. Y no fue mi venganza personal, me juré que un día libraría al mundo de ellos. Porque ninguna sociedad con rituales de sangre, capaz de torturar a una joven, buscando en su sangre y en su dolor la clarividencia necesaria para descifrar el mensaje alquímico de un libro maldito, merece perdurar en el tiempo. Y si alguien es capaz de extinguir todo vestigio de su existencia y aniquilar a sus miembros, ésa soy yo.

En aquel momento, y ante mi completo estupor, recordé las cicatrices en su bello cuerpo y el dibujo que entonces no había sabido interpretar. Aquel triángulo y el óvalo que encerraba su ombligo no eran más que el emblema de la orden, el ojo atrapado en la niebla.

—No..., no logro entender cómo Lanzo puede pertenecer a esa sociedad —mascullé apesadumbrada.

—Lo utilizan, como utilizan a Monteverdi y a algún otro. Fabrizio necesita mentes brillantes para descifrar ese libro, e imagino que los engaña con principio filosóficos y elevados preceptos. Aquella noche, en el palacio Ca' Dario, sólo había cuatro miembros y el maestro, los que de verdad secundan a Fabrizio. Lanzo desconoce por completo la genuina pretensión y el origen de la sociedad. Es tan sólo una pieza necesaria en su malévolamente entramado.

—Pero Lanzo detesta a su padre. No entiendo cómo aceptó entrar.

—Debe de haber un buen motivo, sin duda —convino Carla.

Deslizó su contrita mirada sobre el rígido lomo del libro, derramando en aquel gesto todo su tormento.

—Deseo reservarme el goce de quemarlo, pero sé que tú lo disfrutarás de igual modo en mi lugar si no regreso.

—¿Por qué no lo quemas aquí? ¿O lo tiras al canal? No es necesario sacarlo de aquí para destruirlo.

—Lo es —masculló con firmeza—. Todas sus páginas y su cubierta están

enceradas para protegerlo de la humedad; además, tardaría mucho en prender y no disponemos de tiempo.

—Lo destruiremos juntas cuando salgamos, porque no voy a marcharme sin ti.

—No, Alonza —negó rotunda con la cabeza, componiendo una mueca pertinaz—, tú tienes que cuidar de Chloe y regentar mi casa si yo no regreso. En mi despacho dejé mi testamento firmado y redactado por mi abogado. Te cedo mi negocio y todo cuanto poseo.

—Carla...

Negué entre lágrimas ante la sola idea de su muerte.

—Debes aceptar mi última voluntad, muchacha, o volveré de entre los muertos para atormentarte —amenazó con una trémula sonrisa.

Su mirada se empañó y su voz se estranguló.

Dejé el libro en la hornacina y la estreché contra mi pecho.

—No..., no voy a dejarte aquí.

Carla se apartó de mí, aferró mis hombros y me miró emocionada.

—Mi vida se quebró el día en que mis padres me entregaron a Fabrizio. Ni siquiera cuando me liberó de sus garras pude renacer. Me rompió, Alonza, y puedo asegurarte que la muerte sería un agradecido descanso para mí.

Cogió de nuevo el libro, me lo entregó por segunda vez y me condujo hasta la puerta. No obstante, un murmullo de voces masculinas llegó hasta nosotras procedente de los pasadizos.

Carla corrió hasta la hornacina, colocó la tapa de piedra y la empujó hasta que encajó con un seco resorte, y yo colgué el delantal en su gancho y abracé aquel libro contra mi pecho. Acto seguido, y apresuradas, nos dirigimos hacia el portalón que llevaba a las celdas. Carla usó la misma llave para abrirlo.

—¿Es una llave maestra?

Asintió y la giró con premura. Tras nosotras, otra llave escarbaba en una cerradura que gruñía quejicosa.

Miré atemorizada la puerta de acceso a la cámara. Estaba a punto de abrirse. Carla empujó la puerta y, veloces, nos adentramos en los *piombi*, cerrando tras nosotras.

Respiramos aliviadas y atravesamos el puente cubierto que conectaba el palacio con los calabozos. A través de las celosías de las ventanas se divisaban las negras aguas del canal lamidas por la plata de una luna plena.

Llegamos a un largo corredor con planchas metálicas en el techo y calabozos a ambos lados. Por fortuna, las puertas no eran enrejadas, sino de madera, con un ventanuco. Algunos estaban entreabiertos y se podía ver el hueco por el que se oían lamentos, llantos o un desolador silencio.

Al fondo, una mesa, una silla y un orondo hombre tirado en el suelo con una botella de licor junto a él. En un lateral, otro pasillo.

—¿No hay más carceleros? —susurré preocupada.

—Están en el carnaval.

—¿Qué hay tras esa puerta? Quizá podamos salir por algún sitio.

—No hay más salida que por donde hemos entrado. Esa puerta lleva a un patio interior. En los pisos superiores hay más celdas.

Un tintineo de cadenas nos sobresaltó.

Carla respiró profundamente y me miró tensa.

—Ya habrán descubierto que el libro ha sido robado. Voy a liberarlos.

Una sensación insidiosa y aprensiva me recorrió, provocándome un escalofrío. Tragué saliva y asentí.

—La última de este corredor está libre. Espérame allí.

—Ten cuidado, entreábre las y vuelve a la carrera.

Miré la puerta que me estaba señalando, me dirigí hacia allí y al atravesarla me adentré en una celda inmunda, húmeda y penumbrosa. Aquel reducido cubículo hediondo no tenía aberturas, tan sólo la de la puerta. Así que la entreabrí para que penetrara algo de luz y cerré.

A pesar de mi capa de terciopelo rojo, sentí cómo la gelidez de la piedra húmeda me acuchillaba la piel. Me abracé a mí misma y me froté los brazos con el enigmático libro contra mi pecho, aguardando nerviosa mientras oía el gruñido de las barras de cierre deslizándose.

Recé para mis adentros cuando oí el estampido de una puerta al abrirse de golpe.

A continuación, oí unos pasos apresurados acercándose y contuve el aliento.

La puerta crujió sobre sus goznes y Carla irrumpió respirando agitadamente.

Ambas sabíamos que, si uno de los presos nos encontraba, estaríamos en graves apuros. Carla extrajo una daga oculta en el bolsillo de su capa y clavó su mirada en la puerta, colocándose delante de mí.

La sombra de un hombre se detuvo frente a nuestra puerta.

CAPÍTULO 44



SANGRE VERTIDA, LÁGRIMAS DERRAMADAS

—¡El carcelero está inconsciente! —gritó un hombre.

Hubo un rumor de cadenas y pasos.

—Alguien nos ha liberado. Yo he oído voces de mujeres.

Tronó una carcajada y más puertas comenzaron a abrirse.

—Lo habrás soñado, desdichado. Y no importa quién haya sido, salgamos de esta cueva infecta.

—¿Aquí no hay nadie?

Golpeó la puerta y ambas nos cobijamos tras ella por si la abría.

Me mordí el labio inferior temblando de miedo.

La puerta se abrió y contuvimos el aliento.

—Parece que está vacía, pero huelo a jazmín.

—Pues ya podrían habérmela dado a mí, la mía huele a mierda —se burló otro.

—Vamos, Giorgio, no perdamos más tiempo.

El hombre pareció dudar, pero finalmente regresó al corredor.

—Quítale la espalda al carcelero y salgamos de aquí.

—¿Y si es una trampa?

—¿De qué demonios hablas?

—¿Y si quieren que escapemos para tener una excusa para matarnos?

—Si quisieran matarnos, ya lo habrían hecho, estúpido.

—No sé, todo esto me parece muy extraño. ¿Quién iba a querer liberarnos? Y ¿dónde se ha metido?

—¿Acaso importa, majadero? Larguémonos.

Oímos pasos dirigiéndose hacia la salida y por fin pude dejar escapar el aliento.

Y allí, agazapadas tras la puerta, permanecimos inmóviles imaginándonos cruzar el puente cubierto y adentrarse en la cámara de las torturas.

Esperamos un tiempo, oyendo gemidos sofocados y, ante nuestro asombro, un inquietantemente cercano tintineo de cadenas.

Carla me miró contrariada y temerosa, pero oprimió los labios formando un mohín decidido y se asomó cautelosa empuñando con fuerza su daga.

—Espera un poco más —susurré tras ella, tirando de su capa.

Se giró y negó la cabeza tenaz.

Salió al corredor y yo con ella. A mi izquierda, en el interior de una celda, oí un susurro y de nuevo el tintineo.

Miré nerviosa y encontré a un preso tirado en el suelo. Era tan anciano que ni fuerzas tenía para poder ponerse en pie. Encogido, nos miró alzando suplicante una mano.

Lo observé compasiva y me detuve.

—No puede salir.

—Ya es tarde para él, Dios sería piadoso si se lo llevara.

Su rostro macilento, enjuto, casi cadavérico, su larga barba blanca y sucia, y las largas guedejas níveas que caían a ambos lados de su rostro destacaban unos ojos despiertos, vivaces y oscuros, que me miraban con una intensidad que me sobrecogió. Abrió la boca intentando decir algo.

No pude evitar el impulso de entrar en su celda y agacharme junto a él.

—¿Qué diantre estás haciendo? Está moribundo, ¿no lo ves?

Intenté incorporarlo. Por desgracia era muy ligero, apenas piel y hueso. Acerqué mi oído a su boca y esperé que encontrara las fuerzas para poder dar voz a lo que intentaba decir.

—Tram... pa...

Fruncí el ceño angustiada y me retiré apenas para mirarlo.

—Tram... paaa... —repitió entrecortado.

Su mirada alarmada e imperante reafirmó su aviso. Negó con la cabeza señalando la puerta.

—¡Carla!

Miré al exterior y no la vi. Oí un gemido estrangulado y un arrastre de pies.

Mi pulso se aceleró.

Me puse en pie con el corazón en un puño y avancé hacia la puerta. Otro siseo procedente del anciano me hizo mirarlo. Su huesuda mano señaló su inmundo camastro. Sus espantados ojos me impelieron a seguir sus indicaciones. Fui hasta el jergón y comencé a registrarlo nerviosa. Sentí el peligro aguijoneando mi nuca. Un sudor frío perlaba mi frente.

Bajo el desmadejado y mugriento colchón encontré una afilada daga.

Miré al preso y vi que asentía aliviado con la cabeza. Su expresión se tornó pesarosa pero más tranquila. Aleteó la mano con un gesto de despedida y volvió a inclinarse sobre el suelo, esperando paciente su muerte.

La alargada sombra de un hombre se recortó entonces contra el halo de luz de las antorchas del corredor que se proyectaba en el suelo de la celda. Me volví hacia la puerta y retrocedí exhalando un gemido asustado: un hombre taponaba la entrada con su corpulencia.

Escondí la daga a mi espalda y continué retrocediendo. El hombre avanzó hacia mí.

—Ésta va a ser mi mejor noche de carnaval —profirió con voz rasposa y grave.

—Te hemos liberado —recordé, topando ya mi espalda con el muro del fondo—. Si no escapas de inmediato, nunca podrás hacerlo.

Una risa gutural llegó hasta mí, erizándome la piel.

—Preciosa —se pasó el antebrazo por la boca en un gesto hosco y vi un destello blanquecino en la sombra de su rostro que daba forma a una sonrisa que imaginé soez y ladina—, ahí fuera sólo me espera la muerte, tengo muchas deudas de sangre pendientes. El resto ya han escapado. Yo he venido a mostrarte mi agradecimiento.

Dudé si descubrir ya mi daga para amedrentarlo o arriesgarme a que se me abalanzara.

—¿Dónde... está mi amiga?

—Dando placer a mi amigo —respondió taimado—, como vas a dármelo tú a mí. Os oímos, y sólo vuestras voces casi lograron que me derramara.

Sentí un violento acceso de repulsa agriando mi garganta.

Cuando el hombre estuvo ya sobre mí, tuve que estrangular una violenta arcada, pues el hedor que desprendía me resultaba insoportable.

Se abalanzó sobre mi boca y giré la cabeza. A cambio, recibí una tremenda bofetada que me aturdió. Tomó mi mentón en su sucia mano y me alzó el rostro. Me aprisionó contra la pared y, con la otra, comenzó a manosearme impunemente. Me revolví contra él lo suficiente para poder liberar la mano que tenía tras la espalda y hundir mi daga en su costado.

Abrió y cerró la boca demudado, retrocediendo tambaleante. Una mancha oscura comenzó a extenderse por su tosca camisa de sarga.

Me temblaba la mano de lo fuerte que todavía sostenía el puñal. El hombre cayó entonces de rodillas, mirándose atónito la herida.

—¡Zorra! —escupió furibundo.

Corrí hacia la salida, sorteándolo, pero en el último instante aferró el borde inferior de mi capa y tiró de ella con fuerza, impeliéndome bruscamente hacia atrás. Perdí el equilibrio y caí sentada, todavía aferrando el libro sagrado. Aun así, cuando el hombre se inclinó sobre mí, flexioné las rodillas, lancé los pies hacia su cabeza y le propiné una fuerte patada.

El preso cayó hacia atrás profiriendo un gruñido doloroso.

Intenté levantarme para escapar, pero nuevamente logró abalanzarse sobre mí. Esta vez caí bajo su peso, y comenzó a lanzarme violentos puñetazos que encendieron mis mejillas y abotargaron peligrosamente mi juicio. Luego cerró su mano en torno a mi cuello y comenzó a presionar mientras con la otra se afanaba por apartar mis faldas. Sus repugnantes resuellos revolviéron mi estómago. Me debatí desesperada, agitándome compulsivamente.

Comenzó a faltarme el aire y comprobé aterrada que mi visión se desdibujaba paulatinamente. Abrí la boca agónica, dejando tan sólo escapar un jadeo sibilante. Sentí cómo me ardía garganta y cómo me quemaba el pecho. La asfixia diluía la repulsa de su mano buscando mi entrepierna.

Me separó los muslos y se colocó entre ellos jadeando como un cerdo. Aspiré su fetidez y las arcadas regresaron, taponando todavía más mi garganta. Gemí llorosa sin dejar de revolverme, comprendiendo que pronto mi cuerpo se rendiría falto de respiración.

De repente, una figura se precipitó sobre nosotros.

El hombre se arqueó abruptamente y gritó desaforado. Alguien golpeaba su espalda. Rodó de costado liberándome, y exhalé una profunda y desesperada bocanada de aire que chirrió seca en mi dolorida garganta. Me giré y tosí con violencia, intentando recomponerme.

Parpadeé entre lágrimas para ver cómo Carla, con el cabello alborotado, magullada y con el vestido rasgado, a horcajadas sobre el hombre ya inerte, lo apuñalaba sin cesar. Me puse de rodillas y avancé hacia ella para detenerla.

—Está... muerto —musité dolorida.

Mi voz sonó extraña y rota.

Carla me miró, tenía la mirada vidriosa y perdida, un corte en los labios y un tajo en la ceja por el que sangraba abundantemente. El escandaloso rojo de su sangre resaltó el vibrante dorado de sus ojos, que parecían dos luminarias prendidas con una furia letal.

No contestó, se puso en pie y me ayudó a hacer lo mismo.

Salimos tambaleantes al corredor principal. El ferroso efluvio de la sangre me golpeó al pasar por la celda colindante. Miré al interior, vislumbrando un cuerpo inerte sobre un extenso charco escarlata.

Carla parecía más entera que yo, a pesar de su aspecto. Con una mano se cubría el costado izquierdo y caminaba encogida.

—¿Estás bien?

—No, pero ellos están peor —rezongó apresurando el paso.

Cruzamos el puente y nos adentramos renqueantes en un pasadizo más angosto, el que llevaba a la cámara de las torturas.

Oímos gemidos a través de la puerta abierta. Aun así, nada nos preparó para lo que vimos en el interior.

Cinco hombres con túnicas negras y máscaras de hombre pájaro estaban en el suelo, encogidos sobre sí mismos, tres de ellos inertes y el cuarto retorciéndose de dolor. También había dos presos sin vida desangrándose entre aquellos singulares cuervos. Había manchas de sangre diseminadas por el suelo, cruentos vestigios de la brutal pelea que había tenido lugar allí.

Nos detuvimos en seco, completamente horrorizadas.

—¡Salgamos de aquí! —apremié enlazando el brazo de Carla. En aquel momento se quejó de dolor y apartó la mano con que presionaba su costado.

—¡Estás sangrando! —advertí alarmada.

—Ese malnacido me apuñaló —barbotó con espantosa naturalidad.

La tomé por la cintura; ella gimió dolorida pasando su brazo sobre mis

hombros y yo la ceñí contra mi costado con toda la delicadeza de la que fui capaz. La guie hasta la salida sin soltar el dichoso libro.

—¡Espera! —me pidió—. Quítales las máscaras, quiero saber quiénes son.

Titubeé apenas un momento antes de ceder ante su inflexible mirada.

La dejé sentada en uno de los bancos de madera y me acerqué a uno de los cuerpos. Parecían cuervos siniestros derribados por los perdigones de un cazador. Me incliné junto al cadáver y retiré la máscara. Dejé escapar un gemido de reconocimiento al ver el familiar rostro de Gabini. La marmórea blancura de su piel se había acentuado, carente ya del brillo de la vida, marchita. En cambio, sus ojos permanecían abiertos, tan negros como la noche y aún brillantes y desasosegadores. No sentí ningún consuelo especial ante la muerte de aquel hombre, a pesar de que había sido partícipe de mi desgracia.

Me dirigí hacia el siguiente y descubrí su rostro. No lo conocía.

—Es Vittorio, uno de los dramaturgos... Debe haber dos —informó Carla. Junto a él otro hombre joven y agraciado.

—El otro, Giuseppe —apuntó impaciente.

Los siguientes eran, según Carla, dos humanistas desconocidos para mí. Sin duda los presos habían hecho un gran trabajo.

Y el que todavía se aferraba a la vida, a pesar de tener una herida en el pecho y la máscara blanca teñida de rojo, no era otro que el profesor de Lanzo, según Carla.

—No vivirá mucho más, y lo sabe: es profesor de biología —masculló con fría indiferencia—, además de un retorcido carnicero.

—Tú tampoco, Carla —musitó el hombre de improviso—, espero volver a jugar contigo en el infierno.

—Esta vez será un juego justo, yo no estaré atada.

Espantada y presa de la furia, lo miré con encono y me aparté de él para volver a tomar a Carla por la cintura. Me preocupó su lividez y el sobresfuerzo con que soportaba las punzadas de dolor tan sólo apretando ocasionalmente los dientes. No obstante, aquello la debilitaba paulatinamente, la pérdida de sangre comenzaba a ser alarmante.

—¡Aguanta, Carla, pronto estaremos en casa!

Cuando nos faltaban tan sólo unos pasos para llegar a la puerta que conducía a los túneles secretos de palacio, una figura oscura se recortó contra ella. Aquel hombre pájaro, de sibilinos ojos verdes, nos contempló con agudo

rencor. Su mirada refulgió colérica al advertir el libro en mi mano.

Contuve el aliento y retrocedí lentamente con el corazón tronando alocado. ¡No podíamos tener tan mala suerte! No, tan cerca del final, me lamenté frunciendo desolada el ceño.

—Debería haberos matado cuando tuve ocasión —masculló Fabrizio.

—No será porque no lo intentarás, malnacido —replicó Carla con punzante odio.

—Por fortuna, hoy voy a remediar eso.

Fabrizio avanzó hacia nosotras, espada en mano.

Necesitaba soltar a Carla para poder enfrentarme a él de algún modo. Continué retrocediendo y, como pude, dejé a mi amiga en otro de los bancos derrengada contra la pared.

No llevaba armas con las que defenderme, por lo que paseé la mirada con urgencia entre los cuerpos y detecté una espada corta junto a Gabini.

Aparté la mirada rauda para evitar que Fabrizio descubriera mis intenciones. Carla, en cambio, sí se apercibió de ellas y, tan sagaz como siempre, atrajo sobre sí su atención.

—Hasta aquí ha llegado tu maligno plan, pobre desdichado —comenzó con afilada inquina—. Juré acabar con vosotros, y por fin llevo a cabo mi venganza.

Lentamente, Fabrizio se retiró la máscara de pájaro para regalarnos una sonrisa desdeñosa tildada de suficiencia.

—No creo que seas capaz de acabar con todos los miembros —apuntó mordaz, alzando una ceja—, ¿o tendrás la sangre fría de matar a tu propio hijo? Porque él es el maestro en realidad, el que ha descifrado el libro. Puedes estar muy orgullosa de él.

—De lo que más orgullosa estoy es de que no lleve tu infecta sangre.

El hombre compuso una mueca furiosa y apretó los puños acercándose a Carla.

Disimuladamente, fui avanzando hacia mi objetivo.

—No importa que lo destruyas, ya no —adujo triunfal—. Lanzo averigüé su significado, el mensaje que encierra. La clave para someter mentes y alcanzar un poder supremo. Un poder que me pertenece por derecho.

Carla se puso en pie y se apoyó exhausta contra la pared. Verla languidecer tan rápidamente me oprimía el corazón. La mancha de su corpiño de seda era oscura y extensa... Su extrema palidez me angustió.

—Lanzo no es como tú, ni lo será nunca —espetó con inusitado orgullo—. Y, aun sin conocerlo ni haberlo tratado nunca, presumo que no te ha dado la clave todavía ni tampoco lo hará. Porque es inteligente, leal y noble, como lo fue su padre. Ese que sabrá que tú mismo mataste.

Fabrizio apretó los dientes y su faz se tensó visiblemente.

—Nadie podrá decírselo.

Alzó el brazo y apuntó su arma al pecho de Carla. Entonces no lo dudé. Me abalancé sobre la espada que yacía en el suelo, la empuñé y me giré veloz hacia él, presionando con su afilada punta la espalda del hombre.

—Baja tu acero —siseé amenazante.

En un quiebro tan inesperado como hábil, se giró cruzando su hoja con la mía en un pulso en el que yo tenía tal desventaja que comencé a retroceder.

La sonrisa de Fabrizio se amplió confiada.

—¿Sabes, Alonza? Tú representas el único día de mi vida que lamenté una decisión. La de llevarte a mi casa. Debería haberte entregado a Gabini aquel maldito día. Por fortuna, se me ha concedido una segunda oportunidad, una que no desaprovecharé.

Con un simple giro de muñeca, logró hacer descender mi espada, desprotegiendo así mi pecho. Y, tan veloz como una serpiente, lanzó una estocada que, a pesar de que intenté esquivarla, impactó en mi brazo y me abrió un largo tajo del que comenzó a manar sangre. Curiosamente, no sentía dolor, tan sólo deseos de derramar la suya.

Rodeé la mesa central, eludiendo sus lances y haciendo chocar como podía mi acero contra el suyo, aunque su empuje y su fuerza física debilitaban mi resistencia. En uno de sus ágiles envites, logró desarmarme y tan sólo pude escabullirme de sus ataques prediciendo de dónde provendrían.

De pronto se detuvo, chasqueó burlón la lengua y se apartó de la mesa sonriendo divertido.

—Se acabó el juego —murmuró dirigiéndose hacia Carla.

—¡No! —grité tan furiosa como impotente.

—¡Huye, Alonza! —pidió Carla sentándose derrotada—. Esto es entre él y yo.

—No llegaría muy lejos —aseguró convencido—. Y, en efecto, esto sólo nos incumbe a nosotros.

—¿Sabes qué días lamento yo? —inquirió Carla de pronto, desprovista de miedo, aceptando su fatal destino con una entereza abrumadora—. Todos

los que pude cortarte la garganta mientras dormías y no lo hice. Pero, como bien dices, la vida siempre da una segunda oportunidad.

Y, ante mi completo estupor, a continuación se inclinó sobre Fabrizio. No sólo se abrazó a él recibiendo en su cuerpo la hoja de su verdugo, sino también siéndolo ella. Los ojos del hombre se abrieron desmedidamente con desbordado asombro. Un gorgoteo emanó de su boca abierta. Y cuando me acerqué, completamente desesperada, comprobé cómo Carla había clavado su pequeña daga en un lateral del cuello de su enemigo. Tuvo la fortaleza suficiente para arrancarla y observar victoriosa el torrente de sangre que brotó a chorros.

Fabrizio gorjeó espantado y se apartó trastabillando.

La hoja salió del otro costado de Carla impregnada de sangre roja y brillante. Ella cayó entonces de rodillas, inclinada sobre sí misma pero con el rostro alzado contemplando la muerte del hombre que había destrozado su vida y marcado su destino. Pude ver en sus ojos un alivio que me rompió el alma. Su rictus se distendió y su bello rostro adquirió una serenidad sobrecogedora. Casi brillaba pleno de paz.

Me impelí hacia ella y la abracé sollozando.

—Todo irá bien, Lanzo te curará —aseguré más para convencerme a mí misma que a ella.

Y, como si mi voz lo hubiera invocado, apareció de repente, irrumpiendo en la cámara seguido de Leonardo.

Su mirada pasó del temor al espanto y, de éste al alivio al verme viva.

—¡Alonza!

Se aproximó a nosotras y me observó angustiada.

—¡Estás herida!

—No es nada, pero a ella... a ella tienes que salvarla —rogué entre amargas lágrimas.

Lanzo posó entonces los ojos en Fabrizio y su rictus se contrajo circunspecto. No obstante, no percibí ni un atisbo de tristeza en su rostro.

Tomó en sus brazos a Carla, casi moribunda ya, y aquella imagen de madre e hijo por fin juntos desgarró mi corazón. Los sollozos me rompían incontrolables.

Leonardo me cogió de la cintura y salimos de la cámara dejando atrás aquel escenario de muerte y venganza que ya inundaba con su fetidez todo el recinto.

Apenas podía sostenerme, arrastraba los pies y jadeaba debilitada y contrita.

Leonardo también me tomó en brazos, y fue en ese momento cuando por fin la negrura acudió una vez más en mi auxilio.

CAPÍTULO 45



CONFESIONES A LA LUZ DE UNA DESPEDIDA

Desperté en la trastienda de la botica de Lanzo, aunque era la mano de otro hombre la que sostenía la mía.

Mi primer pensamiento fue para Carla. Dejé exhalar un gemido desazonado e intenté incorporarme para otear a mi alrededor.

La descubrí en una camilla cercana, siendo atendida por Lanzo. Estaba inconsciente y tan pálida como las sábanas que la cubrían.

Sentí una punzada en el brazo y lo miré confusa: una venda envolvía la herida.

—Te ha suturado, es un corte limpio, cicatrizará bien —me informó Leonardo con dulzura.

—¿Y... ella?

Su semblante no anunció un buen pronóstico.

—Está muy mal, ha perdido mucha sangre. Lanzo está haciendo todo lo humanamente posible por salvarla.

Deslicé mi mirada hacia él, que, inclinado sobre Carla, le aplicaba un

emplasto en las heridas. Su expresión concentrada y preocupada me conmovió. Por primera vez me pregunté si debía confesarle quién era realmente la mujer a la que atendía tan concienzudamente, rompiendo así la promesa que en su día le había hecho a Carla de guardar su secreto.

Admiré su entrega, su delicadeza y su eficiencia, pero sobre todo el entrañable mimo con que prodigaba sus cuidados. Finalmente, aunque su pasión era ser apotecario, lo que emergía realmente era un alma de médico, pues su única ambición era sanar, no sólo crear filtros naturales y conocer los beneficios de las plantas, sino desplegar sobre los pacientes sus dones, su enorme corazón. Y entonces comprendí que no sólo los conocimientos curaban. No, el mayor milagro lo ejercía el alma del sanador, la luz que desprendía su corazón, ese anhelo por hacer el bien y por otorgar bienestar. Lanzo era uno de los mejores sanadores por la grandeza de su espíritu, que, en combinación con sus avezados conocimientos, lo convertían seguramente en el mejor médico de toda la cristiandad.

Si Carla tenía salvación, Lanzo la traería de vuelta. Como bien había dicho Monteverdi, sin duda era Orfeo, y lucharía contra mil leviatanes para encender de nuevo la vida de aquella maltrecha mujer que tanto compartía con él.

A mis ojos asomaron las lágrimas por aquel lazo arrebatado tan impunemente a una madre.

Leonardo estrechó con más fuerza mi mano, intentando reconfortarme. Le sonreí agradecida y en aquel momento recordé dónde los había dejado la última vez.

—¿Qué... ocurrió entre vosotros?

Respiró hondo y terminó esgrimiendo una sonrisa tibia.

—Es mejor espadachín de lo que presupuse —comenzó— y, tras un buen rato batiéndonos, ambos comprendimos que en realidad no queríamos herirnos de gravedad. Acabamos agotados y él frustrado por mi persistencia. Intentaba zafarse de la pelea, pero yo se lo impedía una y otra vez. Entonces comenzó a hablarme. Me dijo que corrías peligro, que habías robado algo muy importante, que sin duda habías trazado un plan para esa noche y que adivinaba lo que pretendías. —Hizo una pausa y tomó aire lentamente. Posó sus ojos sobre Lanzo, que agitaba un matraz con expresión concentrada, ignorándonos—. Me dijo que debíamos ayudarnos mutuamente para salvarte la vida. En un principio no lo creí, pero él dejó caer su espada al suelo y me

suplicó que lo creyera. «Sé que la quieres», me dijo —me miró con gravedad, pero también con una tristeza infinita—, «también yo, y no podemos seguir perdiendo el tiempo en una reyerta inútil, cuando la mujer que amamos corre tan grave peligro». Aquello fue suficiente para mí. Le dije que habías regresado al palacio y, juntos, fuimos en tu busca.

Acarició mi mejilla con ternura y suspiró afectado.

—No entiendo qué ha pasado esta noche ni en qué andas metida, pero si alguien puede ayudarte es Lanzo —musitó no sin cierto pesar—. Yo sólo soy un pobre vidriero soñador.

Tomé su mano entre las mías y lo miré dulcemente.

—Tú eres un gran hombre. De hecho, el único que me recordó que no estaba muerta del todo.

Su expresión se aligeró esbozando una mueca emocionada.

Y en ese momento sus ojos se desviaron al frente, adquiriendo una intensidad que lo tensó. Seguí su mirada y me topé con la ceñuda expresión de Lanzo, que nos observaba visiblemente irritado. Apartó raudamente la vista y la centró nuevamente en la preparación de su filtro.

Leonardo observó mi pesadosa expresión y asintió levemente, aceptando comprensivo lo que veía en mis ojos.

—Sin duda él es el artesano que logró moldearte, y lo hizo en un fuego imperecedero —se lamentó abatido.

Sus aceitunados ojos se oscurecieron y su rictus expresó un sentimiento de derrota.

En ese preciso instante, un exangüe gemido llegó hasta nosotros. Los tres nos volvimos al unísono para contemplar cómo Carla intentaba abrir los ojos. Me incorporé del camastro y, aunque algo mareada, Leonardo me ayudó a ponerme en pie.

Lanzo se acercó a ella con un pequeño frasco de hierbas en la mano. Carla se esforzaba por despertar, pero el pesado sopor la mantenía con los ojos cerrados. Lanzo acercó a su nariz el pote y, tras inhalarlo, ella abrió de golpe los ojos y los fijó en él.

Suspiró y frunció el ceño formando una mueca emocionada. Su gesto trémulo denotó por primera vez en su vida el lazo real que los unía. Sus labios se estiraron titubeantes en una sonrisa débil pero luminosa.

Luego reparó en mí y sus ojos se empañaron de lágrimas. Alargó esforzadamente el brazo y tomó mi mano. Hizo lo mismo con el otro y aferró la

de Lanzo. A continuación, las unió cerrando las suyas en torno a las nuestras.

—Os... perte... ne... céis...

Lanzo me miró de una forma tan penetrante que sentí cómo mi corazón se ensanchaba en mi pecho.

Oí unos pasos alejándose. Leonardo salió de la trastienda.

Miré hacia la puerta batiente y, de un modo extraño, me sentí culpable y triste por él.

Lanzo escrutó entonces mi rostro, temeroso de encontrar quizá un sentimiento enraizado por el hombre que acababa de abandonar su trastienda.

Yo centré mi atención en Carla y le dediqué una sonrisa alentadora.

—Te pondrás bien —aseguré confiada.

Pero ella no podía apartar los ojos de Lanzo. Era fácil imaginar a quién le recordaba.

De sus ojos escaparon sinuosas lágrimas que lamieron sus sienes.

Sentí los dedos de Lanzo entrelazándose con los míos. Mis dedos también lo buscaron. Su calor y su mirada caldearon mi alma.

—De... béis escapar juntos —susurró Carla suplicante.

—Debes descansar, estás muy débil —aconsejé mirándola con ternura.

—Pro... meted... lo.

Sus manos ejercieron una asombrosa presión, y en su ambarina mirada asomó una determinación conmovedora.

Lanzo me observó con gravedad. En sus ojos pude ver que Carla estaba al borde de la muerte. Asentí conteniendo el dolor, el deseo de poder decirle quién era ella, las ganas de abrazarlo y de llorar hasta caer rendida.

—Lo prometemos —musité en tono estrangulado.

Carla esbozó una sonrisa aliviada. Su mirada se nubló, le costaba mantener los ojos abiertos. Liberó nuestras manos y quedó laxa. Todavía respiraba, pero tan lánguidamente que temí que fueran sus últimas bocanadas.

Lanzo la arropó entonces con mimo y la miró con compungida frustración. No soltó mi mano, me llevó consigo y me sentó en mi camastro. A continuación, tomó asiento a mi lado.

—Es mi tía —adujo apenado—, y ha matado a mi padre. No... no sé qué ha ocurrido, pero...

—No es tu tía —proferí firme, tomando finalmente una dura decisión—. Como Fabrizio no era tu padre —solté a bocajarro.

Lanzo abrió ligeramente la boca demudado y sus bellos ojos celestes me

contemplaron confusos.

No podía dejarlo en la ignorancia sobre sus orígenes. Jamás podría perdonarme el hecho de arrebatarse la única oportunidad de despedirse de su madre y de arrancar de su pecho esa losa de culpabilidad por los sentimientos encontrados sobre el que creía su progenitor. Tenía todo el derecho a saber la verdad, por muy difícil que ésta fuera. Y más cuando el tiempo entre ellos se agotaba de manera tan trágica.

—No sé a qué viene eso —musitó aturdido mirándome con fijeza—. Mi madre fue Rosella, no la recuerdo, pero sí mis hermanos.

—Rosella nunca tuvo hijos. Carla fue llevada a vuestra casa y encerrada en un cuarto justamente para ejercer el deber al que su hermana se negaba.

Lanzo resopló angustiado. Se pasó las manos por su espeso cabello negro con frustrada incompreensión, alborotándolo, como cuando algo lo ofuscaba.

—No..., eso no puede ser verdad —gimió horrorizado.

—Lo es —proseguí, dolorosamente consciente del daño que estaba provocando mi confesión. Sólo esperaba que liberarlo de la sangre y del apellido de un monstruo compensara de algún modo la amargura de aquella revelación—. Poco después de tener a Caterina, Carla logró escapar con un joven y apuesto marino tripulante de una de las galeras de la flota mercante de Fabrizio. Pero éste la capturó de nuevo y se deshizo de tu padre, sólo sé que se llamaba Angelo.

Lanzo cerró los ojos con fuerza. Apretó los dientes y su rostro se contorsionó sofocando como podía la vital y desgarradora confesión con que lo había bofeteado. Intenté tocarlo, pero se retiró y comenzó a caminar de un lado a otro, todavía negando con la cabeza, intentando asimilar aquel varapalo.

—¡Dios! —gimió en un hilo estirado de voz al tiempo que se sujetaba la cabeza entre las manos.

Sus acongojadas muecas se me clavaban como dagas en el pecho. Quise rodearlo con los brazos, pero permanecí inmóvil observando su desgarradora reacción.

—Tantas... veces intenté disculparlo... —farfulló furioso y dolorido—. Tantas veces me recliné odiarlo. —Se acercó de nuevo a mí y me miró inquisitivo con la expresión crispada—. ¿Él sabía que yo no era su hijo?

—No lo sé —contesté apesadumbrada.

—Lo sabía.

La trémula voz dirigió nuestra atención sobre Carla, que, con los ojos anegados en lágrimas, observaba a su hijo compartiendo su dolor.

Lanzo se encaminó hacia ella y se postró de rodillas junto a su cama. Esta vez fue él quien tomó su mano y la llevó a sus labios.

Verlo llorar en silencio, temblando sacudido por mil emociones, a cuál más aguda, me desoló.

—¿Es... verdad? —sollozó roto.

Carla logró sostener su propio brazo en el aire para posar la mano en el negro cabello de su hijo.

—Sí..., lo es.

Los hombros de Lanzo se sacudieron.

—Vosotros... lo con... seguiréis.

—He tenido a mi madre tan cerca todos estos años...

—Mi... corazón... estuvo... a tu lado, hijo.

Carla le acarició la cabeza y lloró con él una vida que no les habían dejado vivir. Lanzo la abrazó, apoyando la cabeza sobre su pecho, y Carla sonrió de un modo que jamás le había visto, en completa paz.

Y, así, exhaló su último aliento, con una hermosa expresión serena que iluminó su bello rostro, entregada por fin al descanso eterno, libre de recuerdos y pesadillas, de venganza y de odio, de tristeza y de dolor.

Lloré mi despedida de aquella mujer, que, sin saberlo, me había salvado quizá de un destino todavía más infame, que me había hecho más fuerte, que había derribado mis miedos y fomentado mi entereza, que me había enseñado que la vida se lucha con lo que tenemos a mano y que una mujer tiene la misma valía que un hombre, incluso más. Carla había arrancado de mi mente convencionalismos estúpidos, me había abierto a un mundo nuevo, donde ni la moralidad ni los estrictos preceptos que sometían a la mujer tenían cabida, donde lo único prohibido era ser desleal a uno mismo, donde el placer podía esconderse en cualquier cuerpo y donde el coraje era la única bandera que se debía enarbolar. Y, sobre todo, me había enseñado que podía ser la única dueña de mi destino.

Me aproximé a Lanzo y caí de rodillas a su lado, abrazando su costado y acompañándolo en su llanto.

—No... no he podido salvarla —se lamentó desconsolado.

—Ella me salvó a mí. Y cuanto pude hacer fue devolverle a su hijo a las puertas de su muerte.

Nos abrazamos derramando en el otro esa pena que comenzaba a aflorar imparable.

Tras un largo instante, Lanzo me ayudó a ponerme en pie y ambos nos inclinamos para besar la frente de Carla.

—La estocada de Fabrizio no fue lo que la mató —aclaró—. Esa herida no atravesó ningún órgano vital, la sangre era limpia y clara. Podría haber sobrevivido. Pero la otra, la del lado derecho, había perforado el hígado, la sangre era más espesa y oscura. Le... puse un drenaje, pero sabía que estaba sentenciada en cuanto vi la herida.

—Nos atacaron unos presos —confesé—. Ella mató a su agresor y al mío. Ya estaba herida cuando acudió en mi auxilio. No he conocido jamás a ninguna otra mujer con su fortaleza y su coraje.

Me limpié las lágrimas, reprochándome no haber podido evitar el ataque, incluso haber accedido a participar en aquel desquiciado plan.

—Sólo mujeres excepcionales pueden sobrevivir a Fabrizio y crecerse.

—No nos dejaron otra opción.

Lanzo asintió y pasó el dorso de sus dedos por mi mejilla. Sus acuosos ojos de mirada límpida me miraron afligidos.

—Lástima que las heridas que yo le provoqué no lo llevaran en aquel momento a la tumba.

—Ya no podrá hacer daño a nadie más —intenté consolarlo mientras acariciaba la marcada línea de su mandíbula, rodeaba su barbilla y reseguía con el dedo la línea inferior de su labio al tiempo que reprimía el deseo de ahogar mi aflicción en su boca.

En ese preciso instante llegó hasta nosotros el llanto de un bebé procedente del piso superior. Retiré la mano de inmediato y me puse rígida.

Lanzo respiró profundamente y su rictus se ensombreció.

Se giró hacia el cuerpo de Carla y la cubrió con la sábana.

—Yo me haré cargo de ella. Regresa a tu casa, también has perdido sangre y tienes que descansar. Ya hablaremos sobre lo sucedido. Pero el libro me lo quedo yo.

Negué con la cabeza.

Aquel llanto era como una fusta restallando en mi corazón, recordándome que no era mío y que su familia estaba tan sólo a unos pasos de allí.

—Le prometí a Carla que yo lo custodiaría —mentí. Pensaba destruirlo en cuanto tuviera ocasión.

Lanzo escudriñó perspicaz mi expresión y, para mi sorpresa, asintió.

—De acuerdo, si es su última voluntad, cúmplela. Pero te diré que hay más copias por el mundo de ese libro.

Agrandé los ojos contrariada y asombrada. ¿Más copias? Entonces, ¿qué sentido tenía destruirlo? ¿Carla había muerto para nada?

—Tengo entendido que tú lo has descifrado. Quizá por eso es especial.

Me contempló un instante indeciso, tras el cual compuso una mueca decidida y tomó el libro, que se hallaba sobre su mesa, para entregármelo.

—Lo descifré y tengo el mensaje en mi cabeza, sólo guardo apuntes inconexos en los que desarrollé decenas de hipótesis y apliqué varias técnicas antiguas de cifrado. El resto fue suerte y sentido común, con lo cual, ese libro es tan sólo uno más. No trabajaba sobre él, no tiene impresa la más mínima pista real, aunque sí garabateé algunos rastros falsos.

Fruncí el ceño sin comprender y lo miré inquisitiva.

—¿Por qué?

—Me infiltré en la sociedad por un solo motivo: evitar que su investigación diera frutos. Y es lo que he estado haciendo desde el primer día, desviarlos de esa revelación oculta. Sin embargo, conforme lo estudiaba, comencé a entender que entre todo aquel enrevesado periplo que encierra *El sueño de Polífilo* se repetían diversas pautas. Ése fue el principio, luego descubrí el patrón de cifrado que había usado el autor.

—¿Cómo supiste qué estaba pasando si no estabas en la sociedad?

—Monteverdi fue el que me avisó del peligroso camino que estaba tomando el grupo que lideraba mi pa... Fabrizio —se corrigió al punto—. Le sugirió que me invitara a entrar dado mi brillante expediente en Padua. Y entre ambos urdimos el plan de boicotear la investigación.

Suspiré compungida. Si hubiéramos sabido eso, Carla seguiría viva. Aunque había llevado a cabo su venganza. Había acabado con casi todos los miembros.

—Déjame acompañarte a casa. Ha amanecido, pero debe de haber maleantes y borrachos en cada rincón. Además, tengo que ocuparme de un cabo suelto.

—¿Qué cabo?

—Piero Rossi —respondió con inquietud—, no lo vi entre los muertos. Debió de escapar y no puedo arriesgarme a que descubra que estás implicada ni puedo permitir que cree de nuevo la sociedad. Es tan vil como Fabrizio, y

muy amigo del dux. Por eso nos dejó celebrar las reuniones en esa cámara. Más ávido de poder que de sabiduría.

—Y ¿qué piensas hacer?

—Sólo tengo una opción: matarlo.

Dejé escapar una exhalación y volví a abrazarlo.

Lanzo hundió su rostro en mi cuello y yo entrelacé mis dedos en su nuca. Al conocido hormigueo que su contacto siempre me provocaba se sumó un punzante temor por él.

Me abrazó con fuerza, como si quisiera fundirme en su interior.

—Alonza, muero cada día que paso sin ti.

A continuación, levantó su rostro y su sufrida mirada recorrió mi rostro con absoluta veneración. ¡Dios, lo amaba tanto...!

—Necesito una nueva bocanada de ti para poder seguir adelante —musitó ansioso.

Y se inclinó sobre mi boca con la desesperación de un sediento en un oasis. Descargamos en aquel beso cuanto sentíamos: rabia, impotencia, tristeza, incertidumbre, pasión, anhelo y amor. Siempre teñido de despedida y de la amargura por considerarlo quizá el último.

Cuando nos apartamos, trémulos y más hambrientos, nuestros ojos se enlazaron, abriendo en ellos nuestros corazones.

—¿Era un beso lo que esta noche buscabas de mí? —inquirí comprendiendo de pronto su actitud en la fiesta.

—Te buscaba a ti, y algo a lo que agarrarme para resucitar. Ya no puedo más, Alonza. La idea de secuestrarte cada vez está más presente en mi cabeza.

—Lanzo..., te debes a tu hijo.

Asintió, pero su tortuosa mirada me hizo querer besarlo de nuevo.

—Y tú, ¿a quién te debes?

—A mí misma y al camino que decidí tomar.

Asintió de nuevo, más abatido y contrito.

Caminó hasta el armario que había en un rincón, lo abrió y extrajo su abrigo negro y mi capa roja. Me ayudó a cubrirme con ella, luego se puso mecánicamente su prenda y me entregó el libro. Acto seguido, dirigió una afectada mirada al cuerpo cubierto por la sábana antes de tomar mi mano y salir de allí.

El alba apenas aclaraba las sombras en los callejones. La desvaída luz reverberaba en los canales, punteando tímidamente su plácida superficie. El

solitario eco de nuestros pasos resonaba entre las piedras, sumándose al batir del agua contra las amuras de la ciudad y al graznido de madrugadoras gaviotas. Y, a pesar de que una espesa neblina pendía sobre el agua lamiendo la orilla y se arremolinaba filtrándose sibilina por las calles, y de que mi aliento era visible ante mí, no tenía frío. No supe si por el calor del abrazo de Lanzo, porque caminábamos a buen paso o porque el escozor que palpitaba en la herida de mi brazo se extendía por todo mi cuerpo, pero incluso comencé a sentir sofoco. Un malestar extraño crecía en mí a medida que nos acercábamos a la casa de placer.

Cruzamos el puente de Rialto, y a nuestro olfato llegó el moribundo aroma de fogatas que las prostitutas solían prender bajo él para soportar el frío de la noche a la espera de clientes.

La ciudad todavía dormía, presa de la resaca de una noche libertina. No nos cruzamos con nadie consciente, pues sí había algún borracho encogido bajo su capa incapaz de encontrar el camino a su hogar, si acaso lo tenía.

Cuando llegamos a la casa, Lanzo se puso frente a mí y me acarició la mejilla con mirada enternecida.

—¿Quién va a regentar ahora esta casa?

—Yo —respondí no sin cierta aprensión ante tal responsabilidad—. Carla me la cedió.

Lanzo arrugó el gesto, mostrando su desagrado.

—¿Ser meretriz es cuanto deseas?

—Ser libre es a lo que aspiro, y ése es el único camino a mi disposición. Lo que deseo me está vedado.

Su mirada adquirió un brillo diferente, determinado y rebelde.

—¿Y si te pidiera que huyésemos juntos?

Aquella propuesta aceleró mi corazón, inundando mi mente de una dicha que pronto se desdibujó ante la realidad que ahora me rodeaba.

Pensé en Chloe, en el destino de las chicas que estarían a mi cargo, en su hijo y, por último, en mí. Y necesité tomar una gran bocanada de aire para aceptar que no podía ser egoísta.

—Al igual que sobre tus hombros recae la responsabilidad de un hijo, sobre los míos recae la de las chicas. Debo disponer con buen criterio el destino de esta casa y asegurarme de su funcionamiento y su sostén antes de pensar en mí. Como tú has de pensar si abandonar a tu familia no se enquistará con el tiempo y volcarás tu resentimiento en mí. Renunciar a un hijo es un gran

sacrificio que, de una manera u otra, terminaría pesándote, pesándonos, pues yo no puedo dártelos.

Mi tono amargo acompañó mi abatimiento. Sentí un peso tirando de mí, como si aquel deber fuera un lastre físico que me alejara de la felicidad una vez más.

Lanzo me observó con una afligida desilusión pintada en el rostro. No obstante, logró cubrirla con una frágil máscara de frialdad y aceptación que sumó más acritud a mi estado.

—Quizá debemos preguntarnos si renunciar a nosotros mismos hará feliz a esas personas por las que nos sacrificamos —repuso con triste agudeza.

—Tal vez esa respuesta llegue tarde.

—Alonza..., yo...

La puerta de la casa se abrió entonces repentinamente y de ella emergió una Elisa trémula, lívida y bastante alterada.

—¡Rápido, Alonza, busca ayuda, necesitamos un médico!

—¿Qué ocurre? —pregunté angustiada.

—Es Chloe...

—Yo soy médico —intervino Lanzo, dibujando en su rostro una expresión de serenidad y eficiencia.

La mujer respiró aliviada, pero su mirada permaneció temerosa y su rictus crispado.

—¿Está de parto?

Negó con la cabeza al tiempo que se le escapaba un sollozo ronco. Y el malestar que ya sentía se agudizó revolviéndome el estómago.

CAPÍTULO 47



LA PROFECÍA

Lanzo se adentró en la casa y, a grandes zancadas, subió los peldaños de la escalera de dos en dos. Lo seguimos a la carrera hasta el cuarto de Chloe, y, cuando abrió la puerta, se precipitó sobre el lecho, donde ella gemía entre lágrimas, cubierta de sangre.

Aquella escena dantesca me detuvo en seco, haciendo que me tambalease.

Lanzo extrajo la daga de su cinto y rasgó con precisión de un tajo el corpiño de Chloe. Llevaba uno de sus mejores vestidos adaptados a su estado, algo que me indicó que había salido la noche anterior. El miedo se apoderó de mí.

Ayudé a Lanzo a desvestirla mientras le susurraba palabras tranquilizadoras.

Cuando descubrimos su torso me sentí desfallecer. Tres brechas sangrantes se diseminaban por su abultada barriga. Una bajo las costillas, otra en el centro y una tercera en el lateral. La habían apuñalado. Exhalé un gemido mortificado y miré aterrada a Lanzo.

Él se puso en pie, se quitó el abrigo, el jubón y se remangó la camisa hasta los codos.

—Necesito lienzos limpios, una jofaina con agua caliente, agua e hilo encerado —exigió con urgencia dirigiéndose a Elisa—. Y, por Dios, dime que tenéis opio en esta casa.

—Tenemos láudano, sé que lleva opio entre otras cosas y...

—No es suficiente —repuso disconforme—, necesito tintura de opio.

—Buscaré en el armario privado de la señora, es donde guarda sus hierbas.

Elisa salió presurosa del cuarto y Lanzo comenzó a explorar las heridas mientras yo acariciaba el rostro de Chloe, que me miraba dolorida y angustiada.

—Mi... niño... —sollozó contra la almohada.

—Todo va a salir bien. —Cogí su mano y besé su frente. Tenía el labio partido y la cara magullada.

—Tiene... que vivir —gimió desgarrada.

—Ambos lo haréis —musité con firmeza.

La puerta se abrió de nuevo y Elisa y otra doncella dispusieron junto a Lanzo lo que éste había solicitado.

—Sí había tintura —anunció Elisa entregándole un pequeño frasco—, también he traído el láudano.

—De acuerdo, dale un trago mientras lavo las heridas. Necesito explorarla antes de intervenirla.

Nos miramos con gravedad. Tenía que abrirla para extraer al bebé, y ya había perdido mucha sangre.

—¿Quién te ha hecho esto? —pregunté acercando mi rostro al suyo. Fui incapaz de aguantar las lágrimas al ver su rictus de culpabilidad.

—La predic... ción se cumplirá.

—¡No! —exclamé cerrando con fuerza los ojos y conteniendo fútilmente los sollozos que rompían en mi garganta. Me sacudí sofocándolos, luchando contra la rabia que en aquel momento incendiaba mi alma.

—Fui en su busca —confesó contrita—. No, no debería haberlo hecho, pero lo hice. Lo mandé llamar y lo espe... ré fuera del pala... cio. —Chloe hizo una pausa en la que un violento llanto la sacudió inmisericorde.

La abracé con fuerza mientras Lanzo limpiaba sus heridas y evaluaba los daños.

Elisa me ofreció el frasco de láudano y, tras retirar los indomables rizos de su rostro, logré acercarlo a sus labios.

—Debes beber esto, te aliviará el dolor.

Chloe asintió y consiguió dar un trago generoso. Su mueca de sufrimiento al incorporarse ligeramente me hizo apretar los dientes.

—Massimo se enfadó mu... cho —prosiguió jadeante—. Discu... timos y me trajo a casa. Subió aquí y comen... zó a golpear... me. —Contraje el rictus devastada por un profundo acceso de odio y pena que me sacudió con la fiereza de un temporal—. Me dijo que volvería con... migo si... si perdía al niño. No quería un bas... tardo. Yo le dije que lo ten... dría, y entonces me gritó y se fue furioso. Pe... ro luego, luego regresó y... y me atacó.

Su voz volvió a perderse entre quebrados sollozos. Tomé su mano entre las mías y la apreté ligeramente. Ella oprimió los labios cuando Lanzo presionó las heridas con un lienzo para detener la hemorragia. Levantó el rostro y me miró. Su semblante tenso y su mirada grave me hicieron temer lo peor.

—Tienes que salvarlo a él —suplicó Chloe desesperada—. Yo no importo.

—¡Por el amor de Dios! Claro que importas —repliqué furiosa sintiendo una congoja tan grande en el pecho que no podía detener las lágrimas ni mantenerme serena—. Criaremos juntas a tu hijo, lo sacaremos adelante, y yo me encargaré de que no os falte de nada. Seremos muy felices los tres.

Chloe clavó en mí una mirada desolada, cargada de remordimientos y dolor.

—Aquella adivina me avi... só, y ahora su profe... cía se cumple.

Sus palabras se entrecortaron y su rostro comenzó a distenderse preso de sopor.

Lanzo palpó su barriga intentando adivinar la posición del bebé, inspiró profundamente y desenfundó su daga. Me mordí el labio asustada y recé para mis adentros pidiendo por la vida de Chloe.

Él cogió entonces el frasco con la tintura de opio y vertió quince gotas en una cuchara. La incorporé de nuevo para que tomara el remedio, pero Chloe se negó, mirando determinada a Lanzo.

—Si... tienes que elegir, sálvalo a él.

Él asintió ceñudo y acercó la cuchara a sus labios de nuevo. Ella abrió la boca y tragó el líquido con un mohín reticente.

—¿Es necesario? —inquirí temerosa—. Quizá si le coses las heridas...

—Es necesario, Alonza, el puñal ha perforado la bolsa donde se encuentra el bebé y puede que... —Miró a Chloe, que ya cerraba los ojos aletargada.

Asentí comprendiendo que quizá el bebé estuviera muerto.

Aguardamos unos instantes a que el opio obrara su efecto. Entonces Lanzo se puso en pie y se encaminó a la encendida chimenea. Se agachó y acercó la daga a las llamas, dejando que lamieran la hoja. Luego la hizo girar, aireándola, y se acercó de nuevo.

—Quizá sea mejor que salgas —aconsejó.

—No la dejaré sola, y quiero serte de ayuda. No me asusta la sangre.

Percibí el nerviosismo de las doncellas y les ordené que se fueran. Casi respiraron con alivio antes de desaparecer raudas.

Lanzo asintió y, con expresión concentrada, se inclinó sobre Chloe, que ya estaba sumida en una profunda inconsciencia. Trazó una línea horizontal invisible con la yema del dedo índice en su bajo vientre. Luego cogió aire, clavó la punta de su daga en el inicio de esa marca mental que se había creado y comenzó a deslizar la hoja con pulso firme hasta la longitud que consideró adecuada, sesgando carne, músculo y tejido para acceder a la cavidad abdominal. De la brecha manó sangre y una sustancia acuosa que se vertió ligera por la cama, arrastrándola consigo.

A continuación, Lanzo introdujo los dedos por la abertura con delicadeza y palpó en su interior.

—Si el puñal no lo ha atravesado, será un niño con suerte.

—No lo será si pierde a su madre.

—Haré cuanto pueda —prometió.

—Lo sé. No puede estar en mejores manos.

Introdujo más la mano agrandando la abertura. Su ceño se acentuó y comenzó a tantear buscando al bebé.

—Creo que tengo un pie, necesito encontrar el otro.

Al cabo, su semblante se iluminó y empezó a maniobrar para poder arrastrarlo fuera del vientre de su madre. Lenta y delicadamente, fue tirando hasta que fui capaz de ver los diminutos y ensangrentados pies de la criatura. Los sujetaba con firmeza en su mano y, cuando asomaron las piernas, Lanzo manipuló sabiamente el cuerpo, girándolo en ángulo para facilitar la extracción.

Junto con el pequeño cuerpo emergieron los fluidos encerrados con él.

Cogí uno de los lienzos y él lo depositó en mis brazos mientras examinaba al pequeño, inmóvil e inerte.

Era una niña.

Limpió como pudo la inmundicia adherida a su cuerpo en busca de heridas y descubrió un corte en un bracito.

—No respira —murmuré ansiosa.

Lanzo la puso entonces de costado y, con el dedo meñique, exploró el interior de su boca por si había algo taponando la garganta. Luego palmeó suavemente su espalda, pero la pequeña no reaccionó en modo alguno. Volvió a ponerla boca arriba y apoyó la oreja en su inerte y minúsculo pecho. Negó con la cabeza y me miró frustrado.

Posó la punta de su dedo en el centro de su pecho y comenzó con el dedo índice de la otra mano a martillar de manera regular, intentando que su corazón recibiera algún estímulo. Empecé a llorar en silencio al comprobar que no funcionaba. Me fijé en que tenía diminutos rizos pegados al cráneo: había heredado el cabello de su madre.

—Continúa haciendo este movimiento de igual forma —me pidió Lanzo pertinaz—. Tengo que extraer la bolsa y suturar a Chloe, está perdiendo mucha sangre.

—No funciona... —me lamenté llorosa.

—No vamos a rendirnos —sentenció firme.

Me regaló una mirada confiada y un gesto cariñoso. Me restregué las lágrimas con el antebrazo y comencé a repetir los movimientos que le había visto hacer. Una y otra vez, la yema de mi dedo repiqueteaba contra la uña del otro, rogando al cielo que obrara el milagro de la vida insuflando a aquel pequeño cuerpo con una bocanada de aliento.

Lanzo se afanó con habilidosa eficiencia en intentar salvar la vida de Chloe, mientras mi esperanza moría a cada instante con aquella pequeña sobre mi regazo.

Me detuve impotente y la alcé en el aire frente a mí.

—Tienes que vivir, Gina, te lo ruego... —le dije con furiosa impaciencia, recordando el nombre que Chloe había elegido para ella en honor a su abuela y creyendo firmemente que poner un nombre a un bebé de un ser querido desaparecido lo traía de vuelta—. ¡Maldita sea, Gina, abre los ojos! —exclamé autoritaria, alzando la voz y sacudiéndola vehemente.

Lanzo me dirigió una mirada compasiva, pero apretó la mandíbula y prosiguió con las suturas.

Y, como si aquel nombre fuera el suyo y lo reconociera, Gina abrió los ojos de golpe, cortándome el aliento.

—¡Gina! —sollocé con el corazón henchido de dicha.

Y la pequeña, a su modo, me contestó profiriendo un llanto desgarrado pero tan potente que inundó el cuarto con él.

La estreché contra mi pecho y la rodeé con el lienzo, riendo entre lágrimas y agradeciendo a quien estuviera ahí arriba aquella nueva vida que ya sentía parte de la mía.

Cerré los ojos emocionada y temblorosa y la acuné dulcemente. Cuando los abrí de nuevo, descubrí los de Lanzo fijos en mí, y su semblante afectado me conmovió. Le sonreí y me sonrió, orgulloso e impresionado. El amor que afloraba de su tierna mirada caldeó mi aterido corazón.

A continuación, volvió a centrar toda su atención en la sutura, y esta vez fui yo quien lo miró con absoluta adoración. Su dedicación y su lucha sin tregua por salvar una vida hicieron que comprendiera que aún podía amarlo mucho más.

—Venda su brazo, luego le echo una ojeada —me aconsejó.

Deposité al bebé en mi regazo, comenzó a bracear e incrementó su llanto. Rasgué una tira del lienzo que la envolvía y, con delicadeza, comencé a vendarlo; parecía un rasguño superficial, comprobé suspirando aliviada. De nuevo la envolví y la sujeté contra mi pecho: dejó de llorar al instante.

Entonces fijé mi vista en Chloe. Estaba extremadamente pálida, y eso que ella ya lo era. Aun así, su semblante se veía sereno, parecía dormir plácidamente. Lanzo había comenzado a cerrar las heridas de puñal con aplicado esmero, cruzando habilidoso los puntos y cerrándolas por capas. Ver la minuciosidad de su trabajo distrajo momentáneamente mi mente de mi preocupación principal: la vida de Chloe.

Pensé que el destino no podía ser tan infame arrebatándome a Chloe y a Carla la misma noche. La muerte ya se había cobrado una buena pieza con ella. Chloe tenía que vivir. Y, sin embargo..., a mi mente acudían las palabras de aquella adivina profetizando el ataque y su muerte.

—Es cuanto puedo hacer —musitó Lanzo poniéndose en pie y cubriéndola con la manta que habíamos dejado a los pies de la cama—. Ha perdido mucha sangre y está muy malherida. El bebé ha tenido suerte, pero

creo que ella no la tendrá. La herida bajo sus costillas me preocupa, si ha dañado el pulmón, no tardará en morir —pronosticó mirándome con gravedad.

Se lavó las manos en el agua rosada de la jofaina. Enjuagó sus vigorosos antebrazos limpiando la sangre adherida y se secó con un lienzo mientras miraba a Chloe con un profundo ceño preocupado.

Inspiré una gran bocanada de aire que me supo a miedo y me acerqué a su lado. Depositó a su hija en la cama junto a ella y las cubrí con la manta.

—Ponla mejor sobre el pecho de su madre —aconsejó Lanzo.

Así lo hice, y luego las arropé bien. Me senté en la silla junto a la cama y me limité a mirarlas, suplicando para mis adentros que mi amiga viviera.

—Yo he de irme —anunció entonces Lanzo, bajándose las mangas de la camisa y colocándose el jubón.

Parecía agotado, su rictus continuaba tenso, pero sus ojos rebosaban tristeza, cansancio y una tenaz determinación que seguramente era lo que lo mantenía en pie.

Se puso el abrigo con movimientos secos y urgentes, limpió su daga y la enfundó en su cinto, junto a su espada. Ver aquella larga vaina me recordó lo que pensaba hacer a continuación.

Me puse en pie y me dirigí a él.

—Prométeme que tendrás cuidado —murmuré posando mis palmas en sus anchos hombros y mirándolo angustiada.

Él asintió con una mirada penetrante que luego posó en mi boca, evidenciando su deseo.

Acerqué mis labios a los suyos, tan anhelante como él, y lo besé con ansia. Como si aquel gesto fuera el alivio a tanto dolor, el bálsamo a nuestras heridas, el lugar donde refugiarnos de tan cruda realidad.

Me ciñó con fuerza contra su pecho y yo me alcé de puntillas para responderle con la misma pasión. Y, así, enlazada a su nuca, como siempre sucedía, me perdí en él.

Cuando nos separamos, nuestros ojos brillaban y nuestros corazones resplandecían en el conocimiento de que ese amor que nos había unido casi de niños jamás se extinguiría, pues ni la distancia, ni el tiempo ni mil vidas podrían apagarlo.

—Regresaré...

Y en aquella única palabra se encerró una promesa que intuí eterna.

Se giró hacia la puerta y, antes de que la cruzara, el vacío ya arañó mi

alma. El frío comenzó a cercarme, aguardando a que el calor de su abrazo se diluyera para mordirme. La soledad, no física, sino emocional, acrecentó la desgarradora incertidumbre por el destino de las dos personas que más quería en el mundo.

Me senté de nuevo e hice lo único que podía hacer: rezar a un Dios que pocas veces me había escuchado.



Chloe despertó ya entrada la mañana para ver a su hija dormitando sobre ella, para besar su frente y para saber que era una niña.

Me sonrió dulcemente, orgullosa y emocionada. Nos abrazamos y lloramos juntas, y, aunque la vi resplandecer, supe que aquello era una despedida. No obstante, le hablé de planes de futuro, de que envejeceríamos juntas y de un sinfín de nimiedades mientras la implacable Parca descargaba su guadaña sobre ella.

Expiró con una sonrisa en los labios mirando a su pequeña Gina.

Quise gritar mi dolor, aullar mi pena y maldecir a la muerte por acogerla, a la vida por despreciarla, y a ese Dios sordo y mudo que permitía que los demonios camparan impunemente entre nosotros, regalándonos infiernos como aquél.

Y en ese instante supe lo que debía hacer ante la pasividad de aquel ser supremo, mero e indiferente espectador de desgracias ajenas: impartir justicia.

Fue esa firme decisión lo que me dio la fortaleza necesaria para disponer su entierro, para enfrentarme a las chicas anunciando la muerte de Carla y mi nueva condición como dueña y señora de la casa y del negocio, y para asimilar que acababa de ser madre.

Y, mientras mi vida tomaba un nuevo rumbo, las palabras de Carla resonaban cada vez más claras en mi cabeza sobre lo innecesario de matar para acabar con un hombre: «Es tan fácil como desproveerlo de cuanto posee y cuanto ama. Como arrebatarse su dignidad, su orgullo y sus posesiones. Convertirlo en un ser despreciado por la sociedad, vilipendiado y deshonrado. Arrancarle el corazón, la dignidad y cuanto lo convierte en hombre, reduciéndolo a un simple despojo».

Ése sería el destino de esos demonios, y mi primer objetivo era un joven

conde.

Piero Rossi murió en aquella alba trágica, rodeado de misterio, pues lo encontraron estrangulado sobre el escritorio de su despacho, aunque no se vio entrar ni salir a nadie de su casa. Y, como prometió, Lanzo regresó días después para ofrecerme consuelo, pero un abrazo no fue suficiente para mí.

Yo me había instalado en el ático, pues no quería volver a mi antiguo cuarto ni ocupar el de Carla, y fue ahí donde lo recibí.

Tras el abrazo, llegaron los besos, las caricias, los susurros y el deseo. Pero no un deseo cualquiera, no, sino uno que devoraba con tal desesperación que no parecía colmarnos por mucho que nos amáramos. Fue una noche inolvidable, pasional y mágica. Nos entregamos como nunca antes, jurándonos amor eterno, fundiéndonos entre lágrimas, convirtiéndonos en animales salvajes, marcándonos a fuego con un amor que nos quemaba por dentro, para terminar acurrucados uno contra el otro, prodigándonos caricias dulces y tiernas miradas.

Trémulos de placer y embriagados de amor, nos separamos sabiendo que él volvería a buscarme, o yo a él. Que nuestras vidas y nuestras responsabilidades nos conducían por caminos separados, pero que siempre habría un puente entre ellos donde nos encontraríamos para alejar el frío al que una vida no compartida nos abocaba.

Leonardo también venía a verme preocupado por mi bienestar. Me había ofrecido matrimonio y criar a Gina juntos, apartarme de aquella vida licenciosa y hacerse cargo de mí. Esta última frase fue lo que reafirmó mi decisión de continuar sola, haciéndome cargo de mí misma, sin necesitar el amparo ni depender de nadie, y menos de un hombre. También fui sincera con él respecto a mis sentimientos por Lanzo, aunque ya los conocía sobradamente; no le suponían un problema, al parecer. No obstante, éramos amigos y venía a visitarme a menudo.

Despedí a Francesca y a Giovanna de la casa del placer y contraté a dos prometedoras y bellas jóvenes que pronto se convirtieron en la delicia de los cortesanos.

Comencé a difundir rumores sobre las conductas depravadas de Conti y su gusto por la sangre. Descubrí que era muy amigo de Marco Rizzoli y aproveché ese dato para propagar una falsa relación homosexual entre ellos. También conseguí que corriera por toda Venecia que, en realidad, no era hijo legítimo de los Conti, sino bastardo, y así, poco a poco, fui minando su

reputación, su estatus y su honra.

En cuanto a Marco, empecé a hacer lo mismo. Había heredado la flota mercante de su padre y, aunque como comerciante estaba resultando todo un fracaso, ayudé a su hundimiento con malas referencias a posibles contratos. Extendí el rumor de un brote de peste en uno de sus navíos y de sus acuerdos fraudulentos con encubiertos espías otomanos.

El marido de Caterina cayó preso del hechizo de Paola, una de mis chicas, por lo que conseguí de él costosas joyas y valiosa información que utilicé para arruinarlo.

Bianca ya tenía suficiente desgracia sabiendo que su marido me amaba y que acudía a mi lecho.

Y así pasó aquel intenso año, hasta que un frío día de noviembre recibí una carta anónima.

Tenía en mi regazo a Gina, ya con nueve meses y tan exacta a su madre que se me encogía el corazón. Sus grandes ojos turquesas embelesaban, y su ensortijado cabello castaño enmarcaba un rostro angelical y unos labios rubí.

Mientras ella jugaba con las cintas de mi corpiño, yo revisaba el correo cuando aquel sobre sin lacre y sin remitente llamó mi atención.

Era una amenaza de muerte, clara y concisa y, debajo, un triángulo con un ojo dentro: el emblema de la Sociedad de la Niebla.

Decidí acudir a los únicos que podían ayudarme, Monteverdi y Lanzo. Ambos coincidieron en que debía irme de Venecia, cosa que ni siquiera consideré. Como medida de protección, Lanzo trazó un plan.

Escribió en la última página del libro sagrado la clave descifrada y me pidió que lo escondiera en lugar seguro.

—Quizá llegué un momento en que puedas canjearlo por tu vida — murmuró preocupado.

—¿A cambio de que un desalmado obtenga semejante poder?

—Prefiero ese riesgo al de perderte.

CAPÍTULO 48



LA APUESTA

Poco después, el gran Claudio Monteverdi falleció de muerte natural.

El funeral se celebró en la basílica de San Marcos. Fueron unas exequias fastuosas, a las que asistió el dux y el Senado en pleno. Salvo Tiziano, ningún artista había recibido semejante demostración de afecto. No obstante, algunos pensaron que no era suficiente y organizaron otro funeral, igual de pomposo, en la capilla de los lombardos de la iglesia de Santa Maria Gloriosa dei Frari. Fue enterrado ahí, en el último ábside del evangelio.

Una multitud se arremolinó en la gigantesca iglesia para darle el último adiós. Cuando el sepulturero, vigilado por los entristecidos rostros del público, selló la tumba, un individuo uniformado con el hábito de los cantores de la capilla ducal se abrió paso entre la multitud y se arrojó encima de la lápida sollozando y rogando a grandes voces el perdón de Dios. Era Domenico Aldegati, con quien Monteverdi tuvo un pleito porque el cantante lo injurió en público acusándolo de ladrón, aunque luego se arrepintió avergonzado por tal infamia cuya víctima era un hombre de tal edad y rango,

tan querido por los venecianos.

Y allí, tirado sobre su tumba llorando desconsolado, juró que mientras él viviera habría siempre flores frescas sobre su tumba. Y, en efecto, siempre hubo una rosa blanca sobre ella.

Pasó el tiempo y yo seguí recibiendo amenazas de muerte, por lo que reforcé la seguridad de mi casa y amplié mi escolta. Hasta que un día me llegó una carta diferente.

Me citaba en un lugar curioso, el pozo que había frente al palacio Contarini del Bovolo, muy cerca del Rialto, con dos exigencias: que fuera sola y que llevara el libro con su mensaje descifrado.

No fui sola, y aunque Lanzo se ocultó, debían de saber que estaba acechando, pues no aparecieron.

No hubo más cartas, pero sí una respuesta.

Lanzo recibió un requerimiento del Estado para alistarse en la flota del capitán Biagio Giuliani, ya que el sultán otomano Ibrahim I había declarado la guerra a Venecia.

Debía partir de inmediato para reforzar los dos fuertes venecianos al nordeste de La Canea que custodiaban el estrecho de Dardanelos, la frontera entre ambos continentes, por donde se esperaba que comenzara la conquista otomana.

—Te mandan al frente, al punto más candente y peligroso —musité angustiada.

Desde la llegada de la primera amenaza había decidido pasar todas las noches conmigo. En realidad, pasaba más tiempo conmigo que en su casa. Todos sabían que yo era su amante oficial y él el mío, pues desde la muerte de Carla yo no había vuelto al oficio. Tan sólo regentaba el negocio y percibía mi porcentaje.

Lanzo me abrazó y yo me acomodé sobre su pecho. Estiró las arrugadas sábanas y nos cubrió con ellas. Nuestro deseo permanecía inagotable a pesar de colmarlo cada noche, y aquella efervescente pasión que nos consumía nos unía de un modo mágico. No era una simple entrega física, era tan profunda y tan espiritual que a través de nuestros cuerpos se enlazaban también nuestras almas. Y no sólo mediante el goce carnal, sino que era capaz de hacerme el amor con una dulce mirada, una tierna sonrisa o una simple conversación.

Aquel año fue el más dichoso de toda mi vida.

Gina también la iluminaba con su sola existencia. Ser madre inundaba mi

corazón de gozo y plenitud, e incluso Lanzo había traído alguna vez a su hijo para que jugaran juntos.

Recorrí con mis dedos su vasto pecho trazando imaginarias líneas errantes y sinuosas, observando cómo su respiración lo henchía.

—Me mandan a una muerte segura, y no puedo negarme —contestó circunspecto—, y el dux lo sabe. Lo que me lleva a pensar que es justo lo que busca.

Alcé mi rostro hacia él con semblante inquisitivo.

—Busca apartarme de ti y eso sólo puede significar una cosa.

—¿Qué?

—Que él es el miembro oculto.

Abrí los ojos como platos, atónita. Tragué saliva e intenté asimilar aquella reflexión tan inquietante.

—Alguien dentro de palacio nos permitió celebrar las reuniones en la cámara, y dudo que el dux no estuviera al tanto. Y si algo tengo claro es que no es un hombre que haga nada sin aguardar un beneficio. Luego te citaron frente al palacio de los Contarini, y no fue una mera casualidad, Alonza. Ellos son la familia más cercana al dux, y posiblemente el emisario que pensaban enviarte era una persona de confianza. Y ahora esto. Saben que estamos juntos, suponen que yo he descifrado el libro o me incitan a que lo haga amenazándote. Pero también creen que, alejándome de ti, serás más fácil de amedrentar.

—Huyamos, Lanzo —mascullé atemorizada. Si el gran dux estaba detrás de toda esa trama, éramos simples peones en su mano.

—Es lo que había pensado —respondió mirándome con gravedad—. Podemos embarcar rumbo a las Indias, o a cualquier otro reino donde la mano del dux no alcance. Viajaremos con los niños.

Ya sabía que Bianca ignoraba al pequeño Renzo, que de su cuidado se hacía cargo su niñera y que lo desdeñaba cuando tenía ocasión, por lo que alejarlo de ella, de una mujer tan vil, sólo supondría ventajas para el chiquillo.

Curiosamente, a pesar de ser un niño guapo, no guardaba ningún parecido con su padre, pero tampoco con su madre, lo que había despertado mis serias dudas sobre su paternidad, pues a quien realmente se parecía y de manera asombrosa era a Marco. Y, aunque Marco y Fabrizio compartían rasgos físicos y la gente comparaba al niño con su fallecido abuelo, sin sospechar siquiera que pudiera ser hijo de Marco, tanto Lanzo como yo sabíamos que lo era.

Como sabíamos que el nuevo embarazo de Bianca también era de él. Principalmente porque Lanzo no la había tocado.

Paradójicamente, la mujer de Marco no podía darle hijos, quizá por eso él cohabitaba con Bianca, y porque debía de sentir un perverso placer usando como vasija de su linaje a la mujer de su odiado hermano.

No obstante, Lanzo quería a ese niño, y hasta yo misma le profesaba un profundo afecto.

—Ya imagino nuestra vida lejos de aquí —sonreí soñadora.

Me besó la punta de la nariz y sus límpidos ojos azules refulgieron tan ilusionados como los míos.

Al día siguiente, me trajo un regalo.

Era un cofre abierto con un colgante de plata en su interior que llevaba nuestros nombres bellamente enlazados. Reconocí el dibujo: era el mismo diseño que el que Lanzo había plasmado en aquel pergamino que yo encontré en su habitación de Padua.

—Es más de lo que parece y menos de lo que debería. Encierra nuestro destino y abre nuestro corazón.

Me lo puso al cuello y lo admiró descansando refulgente entre mis senos.

—Sin duda, ése es el lugar para el que fue creado. Y en el que me gustaría morir a mí.

La única muerte ese día fue la del deseo que nos consumía, pero como siempre ocurría, fue una muerte temporal.



Una semana después, mientras ultimábamos ya los últimos trámites de nuestra huida, Lanzo fue arrestado en su botica por la guardia del dux.

Lo esposaron a una galera y partieron con él en las bodegas rumbo a Candía.

Nada pude hacer por evitarlo. Acudí a magistrados, abogados, incluso al propio dux, pero todos coincidían en lo mismo: era su deber como noble supeditado al Estado. Su detención se debió a una denuncia sobre una posible deserción puesta por su hermano Marco, que embarcó con él en la misma galera para demostrar su honorabilidad y su lealtad al Véneto.

Sin duda Bianca debía de haber sospechado al respecto y había puesto al

corriente a Marco, malogrando así nuestro plan.

Dispuse todo para forjar uno nuevo, más arriesgado e inconsistente, pero el único posible: alistarme en la flota del dux para combatir a los moriscos. Y ya tenía ideada la forma de proponer aquella atrevida decisión de una manera rentable, además, con una apuesta.

Había contratado a Concetta como ama de llaves y mi intención era que ella criara a Gina si yo no regresaba. Mi deseo, en tal caso, era que ella dispusiera de mis ganancias para adquirir una casa en el campo, donde ella eligiera, lejos de Venecia, donde vivir una vida cómoda y tranquila. También tenía un plan para la última página del libro sagrado donde Lanzo había transcrito la clave el enigma que encerraba, y para ello necesitaba de la ayuda de Leonardo. Lo escondería donde nadie ajeno a nosotros pudiera encontrarlo, dejando una serie de pistas que únicamente Lanzo podría seguir si yo no sobrevivía. Custodiado por Hades, para que sólo un valiente Orfeo pudiera atreverse a adentrarse en su reino.

Aquella noche elegí para la ocasión mi mejor vestido, en tonos rojos y verdes, tachonado de pedrería, suntuoso y regio, y acudí a la recepción que el dux ofrecía por su cumpleaños.

La impaciencia me carcomía por dentro ante los desoladores informes sobre el avance otomano. Casi tuve una crisis de nervios cuando oí de boca de Leonardo que el capitán Biagio Giuliani, al mando de la defensa de aquellos dos fuertes en una pequeña isla al nordeste de La Canea, se había enfrentado a un asedio tan feroz que había preferido volar uno de los fuertes antes que rendirlo, que ocasionó la muerte de casi quinientos otomanos. El otro fue tomado por el enemigo tras rendir la plaza. La toma de estos puertos brindó acceso a las galeras otomanas. Muchos milicianos venecianos murieron en aquel cruento asedio, otros pudieron escapar, y yo pedí al Altísimo que esa vez sí me escuchara y fuera Lanzo uno de ellos.

La sala estaba repleta y la encopetada concurrencia, que graznaba carcajadas, picoteaba elaboradas viandas y aleteaba con efusiva pompa cual soberbios pajarracos en pleno cortejo, sería mi público en la estudiada interpretación que estaba a punto de ofrecer. Pensé en aquel momento en Vico Grossi y en Martia, los actores principales de aquella compañía de teatro ambulante, y supe que ese día sí podrían estar orgullosos de mí.

Me acerqué al grupo donde el dux conversaba con un miembro del Consejo de los Diez sobre la delicada situación de la guerra de Candía, y

saludé a la mujer del magistrado mientras ponía atención a la tertulia de los caballeros, todos preocupados por los avances otomanos.

Cuando el dux, Francesco Erizzo, reparó en mí, se puso rígido, a todas luces nervioso. Le sonreí de manera forzada, dibujando una mueca manifiestamente cínica.

—Qué honor contar con la presencia de la perla más hermosa de toda Venecia.

Le ofrecí la reverencia exigida y él me tendió la mano: le dirigí mirada fue insolente y retadora.

—En estos momentos en que el reino pasa por situaciones tan preocupantes —comencé alzando la voz intencionadamente—, me gustaría dejar de ser una perla para convertirme en la bala de un arcabuz.

Resonaron risas a mi alrededor, los hombres me miraron divertidos y las mujeres fruncieron el ceño reprobadoras.

—Gozáis de un agudo ingenio, meretriz, aunque no sean chanzas lo que se espera de vos.

Esbozó una sonrisa sardónica y un gesto fatuo que me acicateó, cosquilleando la punta de mi lengua con un picor de latente impertinencia.

—Tampoco se espera de mí ni de ninguna otra mujer que sea capaz de defender su reino. Pero tenemos dos manos y dos pies como cualquier hombre y, si podemos sujetar el peso de un niño, no veo por qué no el de un arcabuz.

Me giré hacia la concurrencia, trazando con el brazo un arco en el aire para acaparar la atención de los presentes.

—¿Acaso una mujer de baja casta no carga con pesos diariamente, con trabajos físicos muy duros, con situaciones peliagudas que debe resolver, con el sufrido esfuerzo de traer hijos al mundo y con aguantar a un patán por marido? Pues si ellas pueden, las de alta casta también.

Una asombrada exclamación resonó en el amplio salón como el arrullo de una ola muriendo en la orilla.

—No es comparable al mérito de un soldado que arriesga su vida y lucha a muerte con destreza, entrenado en tales lides —rezongó el dux contrariado.

—Cierto —convine—, entrenado. Yo aquí, ante todos los presentes, afirmo que una mujer entrenada puede desempeñar el mismo papel, pero con más arrestos.

Los escandalizados murmullos se elevaron condenatorios. La mirada de Erizzo refulgió ofendida. Arrugó el ceño y frunció los labios con notorio

desagrado.

El cardenal, a su lado, se persignó indignado. Sus gordezuelas mejillas se arrebolaron con un rubor furibundo.

—¡Eso es una herejía, una blasfemia! —acusó fulminándome con la mirada.

—No —repliqué enfrentándolo. Sonreí complacida ante su atónita expresión—. Es tan sólo un hecho fácilmente constatable.

—¿Habéis perdido el juicio, meretriz? —exclamó Erizzo.

—Mi nombre es Alonza di Pietro —repuse insolente, enfatizando mi nombre—, y no, no lo he perdido. Y para ratificar mi teoría estoy dispuesta a ofrecerme como prueba de mis afirmaciones.

—Esto empieza a ponerse interesante —opinó el duque de Mantua dedicándome una mirada admirada y un gesto pícaro—. Y ¿cómo pensáis demostrarnos semejante intrepidez?

—Convirtiéndome en soldado para luchar junto a mis compatriotas en Candía.

Los allí congregados abrieron la boca, desencajados. Una colectiva exhalación de espanto se elevó como una nube negra presta a descargar su lluvia de críticas.

—Además —me encaré con el dux, que me observaba horrorizado—, lanzo a los presentes una formal apuesta.

Mi proposición animó semblantes y trazó sonrisas interesadas.

—Cinco mil escudos cuando me enrole como miliciana en la primera galera que parta hacia Candía y diez mil si regreso con la cabeza de un otomano. Quien desee apostar deberá entregar a mi acompañante, Concetta, aquí presente —la señalé acentuando su natural rubor—, diez escudos.

Todos me miraban como si fuera una aparición. Hubo un pesado silencio, más fruto del desconcierto que de barajar realmente la apuesta.

—Y ¿cómo sabremos que no ejerceréis de vulgar ramera para la tripulación?

—Podrá llevar vestimenta de soldado, pero eso no contendrá su naturaleza licenciosa —barbotó el cardenal con inquina—. Como toda mujer que no goza del buen juicio y el control de un esposo que inhiba sus concupiscentes apetitos y su perniciosa conducta, y que no se rige por la moralidad que imponen los evangelios, caerá en todo tipo de tentaciones rodeada de varones necesitados. Al menos hará algo bueno: evitar la sodomía.

—En tal caso ya seré más útil que vos en la comunidad.

Otro gemido generalizado de estupefacción se extendió despertando comentarios ofensivos contra mí, la mayoría provenientes de mujeres.

Me desplacé hacia el centro acaparando toda la atención.

—Abogo por el coraje de las mujeres, las igualo a los hombres, aunque en realidad pienso que son superiores y que ellos lo saben: por eso nos temen y nos someten con leyes y mandamientos convenientemente restrictivos para nosotras. Defiendo nuestras virtudes y ensalzo nuestro valor en una sociedad patriarcal y, a cambio, recibo vuestra cobardía. Yo decidí ser meretriz huyendo de esas cadenas, y aunque utilicé mi cuerpo para lograr mis fines, no me arrepiento, pues comprendí que en un matrimonio de conveniencia no sólo se entrega el cuerpo, sino también todo cuanto somos. Nos educan para ser serviles y dóciles, para anular nuestro entendimiento, y nos arrebatan la capacidad de opinar y decidir. Nos hacen sentir culpables de ser mujeres, como si fuera una tara. Nos vetan la cultura, las artes, el poder, la libertad. Y mientras, ellos son libertinos, controladores y libres y se jactan de ello. Nosotras los traemos al mundo y los cuidamos, en nuestra mano está convertirlos en hombres tolerantes que nos miren como a un igual, ésa es la llave de nuestras cadenas. En un mundo gobernado por hombres, yo voy a demostraros que una mujer puede hacer lo que quiera si se lo propone.

Hice una pausa para mirarlas con feroz orgullo.

—Sí, soy meretriz —afirmé con altiva solemnidad—, porque elegí serlo. Algo que la mayoría de vosotras no ha hecho nunca, elegir su destino. Sueño con que un día no sea necesario este oficio para declararnos libres e independientes.

Esta vez el silencio presidió la sala.

Un hombre se acercó entonces a mí, me aferró con brusquedad del brazo y me arrastró hacia la salida. Me desasí con fiereza y me encaminé hacia el dux, que me fulminaba con la mirada.

Acerqué mi boca a su oreja y susurré sibilina:

—Creo que tengo algo de niebla en el ojo, quizá si aceptáis mi apuesta se aclare.

Palideció al instante, su rostro se tensó y sus ojos se abrieron desmedidos.

Luego me acerqué al cardenal, al que mi sola cercanía lograba pintar en su rostro un gesto tan despectivo que soltó mi lengua.

—Permitidme que os ofrezca cariñosos recuerdos de Marcello — murmuré en su oído—. Y siento discrepar, monseñor, pero que haya mujeres disponibles no revierte a un sodomita, ni siquiera tocado con el manto escarlata. Si Dios no ha obrado ese milagro, dudo que condene mis actos.

El cardenal enrojeció tanto como su vestimenta. Un hilillo de sudor descendió por sus sienes. Encogió tanto su cuello que su vacilante papada me recordó a la de un sapo.

—Acepto la apuesta.

El duque de Mantua alzó la mano, mostrando entre sus dedos unas monedas. Dirigí una mirada a Concetta, que, tan atónita como el resto, pero con expresión admirada, se aproximó con su bolsa abierta para guardar los diez escudos del duque.

El hombre, tan distinguido como atractivo, se acercó a mí, y esta vez fue él quien susurró en mi oído:

—Sois una mujer tan excepcional que a vuestro regreso pagaré lo que me pidáis por una noche. Me rindo a vuestros pies, Alonza di Pietro.

Sonreí seductora, aunque mi precio jamás estaría ya al alcance de nadie que no poseyera mi corazón. Y sólo tenía un dueño, que encontraría, aunque tuviera que atravesar medio mundo.

Al punto, comenzaron a elevarse manos y Concetta no dejó de deambular por el salón llenando su bolsa. Entre lo recaudado esa noche y los cinco mil escudos que obtendría a mi partida, tendría suficiente para una casa y una vida acomodada. Parte de mis joyas y mis ahorros irían para Berta y Aldo.

CAPÍTULO 49



LA BÚSQUEDA

Vestida de marinero, con el cabello corto, sin afeites, cosméticos ni más adorno que mi esperanza, partí del puerto de Venecia en una galera, donde engrosaríamos la flota de Tommaso Morosini rumbo a Candía para bloquear el estrecho de Dardanelos. Allí nos esperaba otra flota comandada por Antonio Capello, que, junto a la milicia enviada por el gobernador de Candía, preparaba una contraofensiva para repeler la conquista otomana.

Durante la travesía recopilé datos sobre lo acontecido en los fuertes caídos. Al parecer, un reducido grupo de supervivientes escaparon para avisar a los habitantes de La Canea de la inminente invasión, entre los que se creía estaba Lanzo, pues los informes hablaban de un médico en el destacamento. Sin embargo, ya era tarde, pues el sitio había empezado. Aun así, lograron infiltrarse en la ciudad y defender sus murallas. Pero los otomanos se establecieron en el bastión de San Demetrio, desde el que lanzaron tales ataques que la guarnición veneciana se vio obligada a capitular. No obstante, y para mi completo alivio, y según la capitulación, se estipuló que los habitantes

saldrían libremente de la ciudad llevándose consigo los efectos más valiosos.

En la galera, y protegida de la lascivia de la tripulación por un gigante corpulento de aspecto pendenciero llamado Ahmed, a mi lado por cortesía del duque, aprendí a usar la espada y el arcabuz. Y allí, en las bodegas y las cámaras de la nave, comprobé que la necesidad ya no sólo de sexo, sino de contacto, desdibujaba los géneros, pues presencié escenas más impúdicas e indecorosas que las de cualquier burdel.

En la soledad de las noches recordaba a Gina y lloraba nuestra despedida, ansiando poder regresar sólo para recuperarla. Suspiraba por tener los brazos de Lanzo alrededor de mi cuerpo, casi sentía su cálido aliento en mi cuello, y entonces, sólo entonces, lograba dormirme.

Atracamos en Malta para reabastecernos y unirnos a las fuerzas aliadas. El Estado veneciano recibió veinte galeras de España, de los Estados Pontificios y de Toscana, sumando así más de cien. Y, de ese modo, partimos hacia Candía.

Jeronimo Morosini, al mando de aquella imponente flota, salió al encuentro de la escuadra enemiga comandada por el yerno del sultán Ibrahim, el bajá Yussuf, que rehuyó el enfrentamiento directo, por lo que Morosini tuvo que contentarse con saquear las poblaciones de Mondon, Patras y Koron.

En tierra, aproveché para desertar junto a Ahmed en mitad de una escaramuza. Que aquel gigante de ébano conociera la lengua facilitó enormemente la búsqueda.

Tocada con un turbante que ocultaba mi claro cabello, vestida de hombre y con el rostro tizado, robamos unos caballos y viajamos hasta La Canea.

Conseguimos adentrarnos en la ciudad tomada por los moriscos y preguntar a algunos soldados por un joven médico veneciano de ojos color cielo. No obtuvimos ninguna pista hasta que un hombre nos dijo que había oído rumores sobre un médico que pensaban enviar al sultán por sus grandes dotes para la sanación. Lo llamaban el Galeno, y lo retenían en las prisiones de la ciudad a la espera de ser embarcado rumbo a Constantinopla para tratar los accesos de ira y la locura que aquejaban a Ibrahim.

Sentirlo tan cerca me impregnó de una impaciencia casi dolorosa. Ahmed opinó que el mejor momento para intentar liberarlo era durante el traslado al puerto, justo antes de embarcar. No obstante, yo barajé otras opciones menos arriesgadas. Había traído una buena bolsa de dinero para afrontar contingencias, y ése era el instante de usarla. Sobornaría al carcelero para que

dejara libre al Galeno.

Ahmed me había avisado del carácter falaz de algunos carceleros, pero decidí correr el riesgo antes de llegar a un peligroso enfrentamiento.

Cuando aquella noche, apostados tras un promontorio rocoso junto a las prisiones, el guardián asomó con un preso con la cabeza cubierta y las manos atadas por delante con una áspera soga de la que tiraba a empellones, el corazón me dio un vuelco en el pecho.

Pero cuando el hombre casi arrancó la bolsa de mi mano y regresó al interior de la cárcel, un creciente desasosiego me invadió.

Era noche cerrada, y un búho la guardaba con su peculiar ulular. Las escasas antorchas que circundaban aquel bastión apenas lograban aclarar las inmediaciones. Un nervioso relincho de caballos y un coceo inquieto nos impelió hacia nuestras monturas. Si nos descubrían, no tendríamos ninguna oportunidad. Le quité el saco de la cabeza y apenas pude ver un largo cabello negro desgredado, una barba oscura y la claridad de una mordaza. Sin embargo, mis sentidos se pusieron en alerta.

—Ahmed, prende una rama en esa antorcha.

—Señora, hemos de partir de inmediato.

La azulada oscuridad apenas recortaba su silueta, pero había algo en la de ese hombre que me provocaba una extraña sensación insidiosa.

—Hazme caso, tengo que saber si es él.

Obedeció mientras yo desataba la mordaza, aunque no sus muñecas.

—¿Lanzo?

El dorado resplandor de la llama que alzaba Ahmed me dio la respuesta.

Ahogué una imprecación y retrocedí instintivamente dos pasos, desenvainando mi espada. Le dirigí una mirada enconada y apreté los dientes sofocando la rabia que me despertaba.

No lo había visto desde aquel trágico día en que me atacó y me violó. Habían pasado ya muchos años de aquello y mi profundo odio continuaba tan vivo como entonces. Él era uno de esos demonios que sólo sembraban maldad allá adonde fueran. Maltrataba y vejaba a su esposa, la dulce Giulia, desde el primer día que la desposó. Pensé que seguramente ardería en deseos de enviudar, quizá tanto como yo de arrancar a aquel monstruo de esta vida.

Los verdes ojos de Marco Rizzoli me observaron con extrañeza, como si no terminara de reconocerme.

Me acerqué a él clavando mi mirada en la suya, apuntando con mi espada

a su entrepierna. Me quité el turbante y le sonreí sibilina.

—Esta vez me he cortado el pelo yo sola, no tu hermana mientras tú te burlabas.

El reconocimiento asomó a sus ojos teñido de temor y desasosiego.

—Eso fue hace mucho. Ya no soy el mismo.

Amplíé mi sonrisa con cinismo y negué con la cabeza.

—No, eres aún peor.

—Alonza, debemos alejarnos de aquí, corremos peligro.

—Ahora mismo, tú más que yo —apostillé incisiva.

—Eso pasó hace tiempo —justificó suavizando el tono—, estamos en territorio enemigo, nos ejecutarán en el acto si nos descubren.

—Dime dónde está Lanzo y te soltaré.

Sostuvo mi mirada, intentando averiguar en ella si decía la verdad.

—Se lo han llevado.

Hundí algo más la punta de mi hoja entre sus piernas, y Marco retrocedió y chocó contra el árbol que tenía detrás.

—¿Adónde?

—Hacia el puerto, esta mañana. Has llegado tarde.

Fue dolorosamente evidente el tono complaciente que translució en sus palabras.

—Entonces iremos hacia el puerto. Si me mientes...

—Habrá embarcado ya, y me has prometido soltarme —rezongó contrariado.

—Pero no te he dicho cuándo.

Marco me fulminó con la mirada, pero no replicó.

—Ahmed, súbelo a tu montura como si fuera un fardo, hemos de aprovechar la noche.

Y, así, cabalgamos veloces en una noche cálida y estrellada; yo aferrada a un último hilo de esperanza: una pista concisa sobre su paradero.



Amanecía cuando los largos mástiles de las embarcaciones amarradas en la bahía se recortaron contra lánguidas nubes, lamidas por un sol aún dormido.

Un intenso olor a salitre y a brea perfumó el aire que acariciaba nuestros

rostros. Varios marineros maniobraban ya el entramado de cabos para desplegar las triangulares velas de una galera imponente, que comenzaron a caer con pesada parsimonia, como el rígido verdugado de una dama. Los largos remos recogidos durante la noche atravesaban la ancha cubierta como el enrejado de una valla. Varios grumetes lanzaban baldes de agua sobre los maderos para proceder a su limpieza, otros se afanaban en las gavias, preparando la inminente partida.

El gallardete que ondeaba en la punta del mástil central era rojo y representaba una media luna y, al lado, una pequeña estrella en color blanco.

Parecía una galera real por la rica ornamentación de su popa y las dimensiones de eslora. Quizá fuera en la que partiría Lanzo, si no lo había hecho ya en cualquier otra.

Nos detuvimos cerca de un almacén de carga y desmontamos. Marco se quejó dolorido cuando Ahmed lo depositó en el suelo con excesiva rudeza.

—¡Es la galera real! —exclamó impresionado—. El bajá Yussuf la comanda, este lugar debe de ser un fortín. No podrás acercarte sin que te arresten. Suéltame ya. Lanzo no está aquí.

—Lo haré —aseguré—, a su debido tiempo.

Me acerqué al oído de Ahmed y le susurré mi plan. El gigante eunuco asintió y se aprestó a seguir mis precisas indicaciones.

Sonreí para mis adentros y apunté con mi espada a Marco, que fruncía el ceño malhumorado.

Me apoyé en el muro del almacén y, de vez en cuando, oteaba por la esquina.

—Dime, Alonza, de todos los hombres que habrán pasado por entre tus piernas, ¿has encontrado a alguno tan vigoroso como yo? —acicateó sonriendo pérfidamente.

—No hubo hombría alguna en lo que me hiciste —respondí intentando mantener la calma—. Aquello fue un acto de cobardía propio de tu verdadera condición: una bestia inmundada. Pero si te refieres a esa insignificante arma con la que me atacaste, te falta mucho para que puedan llamarte «hombre».

Pude ver cómo su mandíbula se tensaba y sus ojos relampagueaban furibundos.

—Ni siquiera sé cómo lograste preñar a Bianca —azucé disfrutando de su asombrado semblante.

—¡Maldita zorra!

Hizo ademán de atacarme, pero presioné con la punta de mi hoja en su pecho y lo miré amenazante.

—Un paso más y te ensarto como una salchicha.

—Si me desatas, puedo ensartarte yo con la mía —replicó burlón, relamiéndose—. Aunque sin un hijo que poder arrancarte de las entrañas no será tan divertido.

Esta vez no pude contenerme, lancé una estocada en su hombro y lo atravesé con todas mis fuerzas. Marco profirió una maldición y se tambaleó hacia atrás. Se aferró el hombro herido con la otra mano, intentando contener la sangre que brotaba empapando su harapienta túnica.

—Vas a pagar por esto, lo juro —escupió colérico.

—No, ahora es tiempo de cobrar deudas, y la tuya será la más jugosa, te lo aseguro.

Al fin regresó Ahmed y asintió sonriendo cómplice.

—Han aceptado —murmuró.

—Pues vamos.

Amordazó a Marco y tiró de la cuerda que ataba sus muñecas, obligándolo así a caminar tras nosotros.

Un morisco nos acompañó al muelle, escoltándonos. En la pasarela, otro nos detuvo y examinó a Marco con agudo desdén. Finalmente asintió y miró a Ahmed. Cruzaron unas palabras y, entre aquella lengua extraña, intenté fútilmente interpretar los gestos de ambos, ávida por una señal consoladora.

Acto seguido, el interlocutor de Ahmed abrió la portezuela de la borda y obligaron a Marco a subir a cubierta. Él comenzó a gimotear asustado, a sacudir la cabeza y a intentar desasirse del hombre que lo sujetaba. Finalmente me miró preso del pavor y yo sonreí.

—Te he soltado como prometí —aclaré sin ocultar mi diversión—. Para ser más precisa, te he canjeado por una respuesta. Tengo mi respuesta, y ellos tienen un regalo para el harén del sultán: un nuevo eunuco. Por lo visto, el anterior, Sumbullú, murió hace poco. Ahmed les ha dicho que te encanta estar rodeado de mujeres. No podrías desear mejor esclavitud que ésa, ¿no te parece?

Comenzó a agitar la cabeza negando vehemente y gruñendo como un cerdo a punto de ser sacrificado. Y, en efecto, una parte de él pronto lo sería.

Ahmed y yo nos alejamos del muelle y, ya cerca de los caballos, me volví ansiosa hacia él.

—El Galeno se tiró por la borda, no han desatracado porque andan buscándolo por los alrededores —me informó—. Pero hoy al mediodía partirán.

No supe qué pensar sobre aquello, pero sentí una amalgama de emociones contrapuestas que sólo sembraron más inquietud en mí.

Mi desangelado semblante arrancó del gigante una sugerencia.

—Deberíamos regresar a Venecia. Si está vivo, es lo que intentará hacer él. Y, si está muerto, no tiene sentido esperarlo aquí.

—Pero quizá podamos encontrarlo y regresar juntos —opiné reticente a marcharme sin él—. Quizá esté herido y necesite nuestra ayuda.

—Encontrarlo en mitad de una guerra y en territorio enemigo es bastante improbable y arriesgado —rebatí con firmeza—. Cada día que paséis aquí aumentarán las posibilidades de que seáis hecha prisionera o de que os maten. Confíad en él: si es un hombre de recursos, regresará en vuestra busca.

Finalmente acepté su consejo, pero no sin antes explorar el litoral que bordeaba el muelle a ambos lados.

Permanecimos unos días inspeccionando calas y buscando alguna pista significativa, pero todo fue en vano. Ni rastro de Lanzo.

Profundamente decepcionada, asustada y angustiada por su destino, comprendí que sólo podía hacer una cosa: regresar y esperar que fuera él quien me buscara.

Aquella última noche en La Canea fuimos asaltados por unos merodeadores. Me enfrenté con denuedo a uno de ellos y, cuando Ahmed intentó ayudarme, me negué.

—Si voy a regresar, necesitaré una cabeza, y pienso cortarla yo misma.

CAPÍTULO 50



DOS INICIALES, UN FINAL

Pasó el tiempo y Lanzo fue declarado desaparecido oficialmente, aunque todos lo consideraron muerto. Y, como tal, su viuda recibió el pésame de sus convecinos.

Yo fui la única que no lo veló, que no derramó una lágrima, que lo esperó. Yo sabía que seguía vivo, como aquella otra vez en que había desaparecido haciéndome creer que estaba muerto, porque así lo sentía mi corazón.

Ese vínculo que nos unía continuaba tenso y vibrante, pues si él ya no hubiera respirado, parte de mí habría dejado de hacerlo. Lanzo era Alonza y Alonza era Lanzo, compartíamos todas las letras, y esa «A» que sobraba era la de un amor incommensurable que ni el tiempo ni la distancia podrían borrar nunca.

Y, mientras esperaba, fingía vivir.

La guerra empobreció al Estado y el dux elevó los impuestos y exigió que cada ciudadano aportara parte de sus riquezas a la causa para evitar que los

otomanos tomasen Venecia. Comenzaron a encarcelar a todas las meretrices, requisándoles sus pertenencias y confiscando todos sus bienes, alegando que la permisividad con la concupiscencia había traído la desgracia a la ciudad, una burda excusa para robarnos. Y, ante mi inminente arresto, decidí guardar mis joyas y los escudos ganados en la apuesta en un lugar donde a nadie se le ocurriría mirar. Tan sólo a quien conociera mi historia y lo más profundo y recóndito de mis pensamientos, a alguien tan cercano a mí que pudiera adivinar mi proceder.

Tras mi regreso de Candía, tuve que reconocerme una gran verdad, que la colaboración entre hombre y mujer era necesaria. Esa compenetración entre ambos géneros era lo que realmente elevaba al ser humano a un nivel superior.

No obstante, y a pesar de sentirlo vivo, mi corazón languidecía con el paso del tiempo.

Podía ver la negligencia como una solución y, aun así, no esperar que la vieran los demás, como podía ver una esmeralda en mitad del mar como refugio de su inmensidad. Cualquier cosa era válida para escapar de pensamientos funestos y aferrarme a la esperanza bajo la piedra de mi nombre.

Como le había pedido a mi partida, Concetta compró una bonita casa de campo en los alrededores de Padua y, pese a que solía visitarlas semanalmente, mis obligaciones regentando el negocio me ataban a Venecia. Aunque el verdadero motivo de mi permanencia en una ciudad convulsa y tensa por el desalentador desarrollo de la guerra con los otomanos era otro.

El antaño esplendor de aquella mágica urbe apenas titilaba ya. El declive apagó el chispeante ánimo de los venecianos. El varapalo al floreciente comercio incidió en el desgaste económico de una guerra que ya se vislumbraba perdida. Y, como siempre ocurría, cuanto más oprimida estaba la población, la Iglesia se crecía alimentándose de la vulnerabilidad y los miedos para obtener más poder. La antigua permisividad con ciertas conductas y oficios se evaporó, y se tornó rígida e intolerante. La Inquisición comenzó a tener más presencia escuchando denuncias y actuando en consecuencia. De nuevo, tal como había sucedido con la gran plaga de 1631, se reforzó la culpabilidad a la inmoralidad como causante esta vez del azote otomano. Y la gente acudía en tropel a las capillas de la ciudad a pedir perdón y a prometer seguir fielmente los mandatos de la Iglesia. Entonces más que nunca, la amenaza del infiel encendía la adormecida chispa cristiana en el corazón de los ciudadanos, convirtiéndolos no sólo en beatos manipulables, sino en

guardianes de la moral ajena, casi tan inflexibles y severos como sus católicos mandatarios.

Y, así, transcurrió un año tan duro como desolador.

Estábamos a mediados de 1646 y la guerra continuaba más virulenta que nunca, mermando las milicias venecianas y forjando nuevas alianzas que reforzaran su delicada situación. Los otomanos tomaron un importante bastión en Candía, la ciudad de Rétino, aunque, como contrapunto, no consiguieron invadir Dalmacia, y las tropas venecianas lograron no sólo mantener su posición, sino recuperar estratégicos enclaves.

Y yo, yo me preguntaba dónde estaría Lanzo y cómo. Y la segunda cuestión me angustiaba incluso más que la primera. Barajé mil respuestas, dibujándome esperanzas con tinta que no terminaba de secar y el tiempo se empecinaba en borrar. Pero, pertinaz, las sobrescribía una y otra vez, convenciéndome de que tarde o temprano regresaría a mí. Y si algo aprendí en aquellos duros momentos era que cuanto más negrura me rodeara más luz debía sacar de mi interior.

Lo único que me sostenía, aparte de mi inquebrantable esperanza, era Gina. Aquella hermosa niña de rebeldes rizos castaños e inmensos ojos turquesa alborozaba mi corazón como ninguna otra cosa en el mundo. Además, la vida en Venecia comenzaba a ser peligrosa.

Se había creado una especie de milicia popular que combatía con insultos, ofensas y alguna que otra agresión la inmoralidad de sus convecinos. Por supuesto, las meretrices éramos condenadas públicamente. Comenzaron a lanzarnos toda clase de verduras y frutas en mal estado, y luego fueron piedras y baldes de agua; alguna acabó en el canal y otras, golpeadas. Esos grupos sectarios se paseaban con carteles condenatorios y rezos fervorosos. Solían apostarse frente a mi casa para sermonearnos a voz en grito, insultarnos o aporrear con violencia la puerta y romper los cristales. Como evidente consecuencia, los clientes dejaron de acudir.

La decadencia invadió cada rincón y yo temí que un día nos arrestaran o simplemente nos ajusticiara el populacho. Debía abandonar Venecia cuanto antes y cerrar el negocio por la seguridad de todas. Pero, antes, decidí esconder en mi cuarto mis documentos y los de Carla, una pista y una nota sobre mi paradero, la casita de campo en Arquada, una aldea en los alrededores de Padua. Elegí un lugar en mi cuarto del ático y decidí marcarlo con un objeto simbólico que sólo Lanzo podría descifrar y Leonardo elaborar.

Fue una conmovedora despedida la nuestra. Tras una última propuesta de matrimonio, que rechacé lo más dulcemente que pude, Leonardo me pidió tan sólo un beso más y yo se lo concedí. En mis labios se grabó su amor no correspondido y su pasión insatisfecha, y en los suyos mi admiración, mi gratitud y mi cariño. También la tristeza selló aquel último beso por una despedida definitiva, aunque teñida de buenos deseos. Su última frase quedó asimismo en mi recuerdo y en mi corazón: «Nunca desaparecerás de mi vida, Hada de Cristal, pues te llevo en lo más profundo de mi alma. Y, cuando cierre los ojos por última vez, serán los tuyos los que vea».

Días más tarde, partí rumbo a Padua, cerrando la casa para siempre, al menos bajo mi tutela.

Pasaron los meses y la plácida vida en el campo, junto a mi niña y la enérgica Concetta, lograron que no me volviera loca, pues pasaba las noches soñando con sus brazos y los días imaginándolo en cada rincón.

Solía mirar continuamente el camino de entrada a la finca, y cada galope de caballo o traqueteo de carruajes aceleraba mi pulso para sumirme en un profundo abatimiento cuando pasaban de largo.

También solía pasear por el robledal que circundaba la propiedad sola, liberando mi pena sin que nadie la presenciara, presa de una nostalgia tan desgarradora que sollozaba contra el rugoso tronco de un árbol y gemía lastimera mi pena al viento de la montaña.

Y fue en uno de aquellos paseos cuando vi una marca reciente grabada con algo punzante en el tronco de un roble: una «A» y una «L» entrelazadas.

Mi corazón se detuvo un instante para bombear atropellado a continuación, preso de una emoción que aceleró mi pulso.

Miré en derredor agitada y ansiosa, esperando verlo asomar entre la espesa vegetación, pero nada ocurrió, nada oí y nada vi.

Sin embargo, estaba allí.

Deambulé siguiendo el sendero, descubriendo exaltada otra marca igual en otro árbol. Fui avanzando mientras buscaba las huellas blanquecinas en la oscuridad de la madera y fueron ellas las que me guiaron hasta un pequeño cobertizo destartado. La puerta abierta colgando de sus goznes evidenciaba que estaba vacío, pero en aquellos tablones frontales habían grabado el emblema con nuestras iniciales.

Corrí impaciente hacia el interior y, clavado en la pared del fondo, me encontré un pergamino raído y sucio. Me acerqué y la primera frase que leí

desbordó mis ojos de lágrimas:

Querida Alonza:

No sé si volveré a verte, no sé siquiera si leerás esta carta algún día, posiblemente no, aunque todavía conservo la esperanza de que nos canjeen por prisioneros...

Un profundo sollozo desgarró mi garganta y aflojó mis rodillas.

Continué leyendo entre hipidos y lágrimas, temblando con cada palabra, sintiendo su profundo amor, desgarrada por aquella misiva que sonaba a despedida pero que en realidad era un reencuentro.

En el párrafo final creí desfallecer, ávida de sus brazos y hambrienta de su contacto...

Mía, mi Alonza, así suenan mis latidos, y en mi último suspiro esa «A» penderá en el aire y te buscará. Quizá lo oigas allá donde estés, porque donde tú estés, allí estaré yo.

Siempre a tu lado, amor mío.

Si alguna vez el amor tuvo otro nombre, fue el nuestro.

Cubrí mi boca con la mano sofocando los sollozos con gesto trémulo. Con la mirada anegada en lágrimas y el corazón transido, salí del cobertizo mirando a mi alrededor con tal intensidad que me escocieron los ojos. Me sepultó un implacable anhelo que resultó físicamente doloroso.

—¡Lanzooo..., amor mío! —gemí rota.

Y entonces oí el crujido de unos pasos sobre las cobrizas hojas del otoño que cubrían el lecho del bosque.

Contuve el aliento cuando la figura de un hombre con un abrigo negro apareció ante mí.

Era él.

Caí de rodillas presa de un llanto que me convulsionó. Fue un llanto liberador, donde toda la angustia, el miedo, la soledad, la desesperación y la

nostalgia emergieron y volaron con el viento, aligerando así mi alma.

Me alcanzó con dos apresuradas zancadas y cayó de rodillas junto a mí. Tomó mi rostro entre las manos y besó las lágrimas que perlaban mis mejillas. Su mirada, tan húmeda como la mía, se desbordó de amor, un amor tan puro y profundo como la inmensidad del mar y tan luminoso como todas las estrellas del firmamento.

Nos fundimos en un abrazo apasionado, y ese hilo que nos unía restalló vigoroso y crepitante, fortalecido y resplandeciente.

—Mi Alonza...

Entrelacé mis dedos en su larga y sedosa melena oscura, sintiendo cómo su contacto cauterizaba mis heridas, cómo su calor evaporaba mi aterida alma, cómo su abrazo recomponía las partes rotas de mi espíritu.

Permanecimos un largo instante así, derramando nuestras emociones en aquel conmovedor abrazo. Me ceñía con fuerza, tan trémulo como yo.

Cuando logramos apartarnos, de nuevo abarcó mis mejillas con sus grandes manos y su celeste mirada penetró hasta lo más profundo de mi ser. Luego comenzamos a besarnos con arrobada urgencia. Párpados, mejillas, frente, nariz, barbilla, boca..., con apremio, con torpe anhelo. Mi corazón derrochaba tal liviandad, tan alborozado alivio, tan desbordante dicha que saltaba en mi pecho alocado.

—He soñado con esto cada noche desde que me arrancaron de tu lado. Y ha sido lo único que me ha mantenido con vida todo este tiempo.

Recorrí con la vista su rostro, deleitándome en cada línea. Descubrí una cicatriz en su sien y otra en su barbilla. Fruncí el ceño y las acaricié con la yema de los dedos.

—Logré escapar —explicó, absorbiendo también mis rasgos con avidez—, pero me capturaron. Me llevaron a la corte del sultán en Constantinopla. Jamás imaginé a quién encontraría allí.

—A Marco.

Asintió. Su mandíbula se tensó y su mirada se oscureció ante aquel recuerdo.

—Era apenas un despojo, lo habían castrado y, cuando yo lo vi, deliraba de fiebre en una celda de palacio. Me habló de ti, te culpaba de su desgracia. Al principio pensé que aquello era producto de sus desvaríos, pero al borde de la muerte, en ese instante de aparente mejoría y clarividente lucidez, me dijo que habías ido a buscarme a La Canea y que lo habías canjeado por

información sobre mí. —Suspiró afectado, sonrió emocionado y besó la punta de mi nariz—. Fue aquello lo que me dio las fuerzas necesarias para resistir.

—¿Encontraste las pistas que te dejé en mi cuarto, por eso llegaste hasta mí?

Su ceño se acentuó y su expresión confusa me desconcertó.

—No. Cuando llegué, la casa estaba cerrada. Habían clavado tablones en las puertas y en las ventanas con carteles ofensivos y cruces pintadas.

—¿Entonces? —inquirí curiosa.

—Acudí a la única persona que podía saber de ti: Leonardo. Fui a su casa y él sólo me dijo que te habías marchado a Padua, pero desconocía a qué parte. Me invitó a cenar y, aunque me negué, insistió. —Hizo una pausa y su rostro se ensombreció—. Me dijo que te había pedido matrimonio y que lo habías rechazado, me confesó que me envidiaba y que te hiciera feliz por ambos. Que él se quedaba con tu recuerdo y con tu réplica.

—¿Mi réplica?

Asintió y repasó el contorno de mis labios con gesto reverente, como si estuviera ante un icono sagrado. Sus ojos, fijos en mi boca, preñaron su expresión de un anhelo tan agudo que forjó una mueca casi dolorosa.

—La repisa de su chimenea exhibía la pieza más hermosa de su colección —murmuró embriagado en mi rostro—. Era un hada de cristal, de una exquisita minuciosidad en los detalles. Eras tú, tu rostro, tu cuerpo, tu cabello, y todo en vidrio coloreado. Tenía las alas desplegadas, casi parecían aletear ante la viveza del modelado. Una bellísima obra de arte que me robó el aliento. —Hizo otra pausa, sus dedos mariposearon por mi rostro, su semblante casi hechizado me abrumó—. No fue fácil estar ante un hombre que te ama con semejante veneración y que además posee una nobleza fuera de lo común. Sentí celos, pero también comprensión, pues lo que no concibo es que no te amen. Además, saber que renunciaste a él incluso pudiendo estar yo muerto... —Su mirada se veló emocionada—. Casi me derrumbé cuando vi aquella figura. Era de una belleza tan etérea pero, al mismo tiempo tan rotunda, que no pude evitar acariciarla con la punta de los dedos. Ver mis propios celos en los ojos de Leonardo consiguió forjar una peculiar complicidad entre nosotros, pues comprendimos que no éramos rivales, que tú habías sido fiel a tu corazón y que, aunque yo era el afortunado, él no era el perdedor, pues te tenía y te llevaba consigo. En aquella delicada pieza había volcado su amor por ti, y con él viviría. Me hizo prometerle algo.

Delineó el óvalo de mi rostro con infinita ternura antes de proseguir:

—Que si él moría antes que yo, yo debía custodiar su hada de cristal.

—Mi corazón fue tuyo desde la primera vez que te vi —susurré—, y no es justo para nadie que te entreguen un pecho vacío.

—Arriesgaste tu vida por mí. En Venecia me enteré de tu valiente apuesta, de tu ardid para venir en mi busca enfrentándote al mismo dux. Y yo me pregunto qué hice para merecer a la gran mujer que tengo enfrente, y cómo poder demostrarle que soy y seré tuyo por toda la eternidad.

Dejé escapar un suspiro y parpadeé tratando de aclarar la mirada. Las perlas traslúcidas y saladas engarzadas a mis pestañas se derramaron por mis mejillas, trazando sinuosos senderos que sus labios borraron.

—Abrázame y no me sueltes nunca —le pedí.

—Nunca, amor mío, nunca.

Enlazó sus brazos en torno a mí con un gemido estrangulado que escapó de sus labios. La emoción nos constriñó con la misma fuerza que ese abrazo.

Hicimos el amor tendidos en aquel mullido manto de hojas, volcando en cada caricia, en cada beso, la angustia sufrida y la dicha compartida, reafirmando en esa entrega aquel amor que nos reventaba el corazón y nos incendiaba el alma.

Por fin juntos.

Por fin felices.

Por fin libres.

CAPÍTULO 51



EL DESPERTAR

«Por fin libres...»

Ya no había más páginas.

Ya no tenía más lágrimas.

Me recosté en la almohada, cerré los ojos y exhalé un largo suspiro entre sufrido y aliviado que implantó en mi fuero interno una sensación angustiosa. Era como la luz parpadeante de una vela que iluminaba cosas que no quería ver. Soplé mentalmente, ansiando apagarla. No supe bien por qué, pero sentía que la negrura me protegía. Era como un manto cálido que me había arropado siempre, protegiéndome, y me negaba a desprenderme de él. Y

aquella maldita luz, aunque titilante, me provocaba escalofríos. Su resplandor mostraba dolor, pérdida y algo más, algo mucho más inquietante que me atemorizaba. Algo que sentí como una presencia ominosa que me observaba paciente.

Sin abrir los ojos, sacudí enérgica la cabeza, pero aquella sensación insidiosa de no estar sola no desapareció. La luz pareció ganar intensidad y yo me encogí. Quise abrir los párpados, pero no pude, y eso me asustó todavía más.

El resplandor iluminó entonces un vestido.

Un hermoso vestido renacentista bordado con pedrería, en seda adamascada en rojo y oro, punteado de pequeñas perlas, mangas acuchilladas, escote trapezoidal y camisola blanca con mangas de encaje. La precisión de los detalles aceleró mi pulso y acentuó mi pánico. Reconocí aquel atuendo.

Comencé a gemir mortificada. Quise gritar, pero tampoco pude.

La luz no iluminaba el rostro de la mujer que lo llevaba, tan sólo el recargado y hermoso corpiño, aunque yo sabía quién era. Una mano pálida y delicada se tendió hacia mí, pero yo mentalmente retrocedí. Y entonces me topé con algo. Era un escritorio, me giré sobresaltada y vi que sobre él había un teléfono que sonaba estridente. Quise taparme los oídos, pero mis manos fueron al auricular y lo descolgaron.

Una voz de mujer me llamó por mi nombre y, aunque

no la reconocí, había algo en su deje que me resultó familiar. Me pidió algo y yo obedecí. Me dijo que era mi abuela y confié en ella. Era como un juego, una pequeña travesura que mis padres no debían conocer. Requería una carta y me pidió que la leyera. Empecé a hacerlo, aunque la letra estaba desvaída y el trazo era extraño. Justo cuando comenzaba, alguien me quitó el auricular de las manos bruscamente y yo me asusté y dejé caer la carta al suelo. Salí corriendo, y entonces aquella luz tímida y cálida que iluminaba aquella escena en mi mente se tornó brillante y furibunda, tanto que estalló en llamas.

Grité y grité y me revolví aterrada, sintiendo el punzante calor de aquel fuego que en rabiosas lenguas intentaba devorarme.

Oí pasos apresurados y un portazo y grité más alto.

—¡Alessia!

Alguien me sacudió vehemente y entonces logré abrir los ojos y mirar un rostro alarmado al que pude ponerle nombre.

Salí abruptamente de aquella angustiada ensoñación respirando de manera entrecortada.

Luca aferró mis brazos y acercó su rostro al mío impregnado de preocupación.

—¿Estás bien?

Asentí, todavía confusa y con el pulso acelerado, tratando de asimilar o de naturalizar aquel extraño desvarío.

—Una... pesadilla —mentí, esperando engañarme a mí misma.

Su mirada se suavizó y su rictus se destensó. Aun así, me escudriñó atentamente, buscando en mis ojos una constatación.

Intenté sonreír, aunque me encontraba mareada y todavía asustada.

Luca me abrazó y su calor amortiguó mis temblores. Aspiré su fresca fragancia masculina, acaricié su terso cabello y me aparté sólo para mirarlo a los ojos. Deseé besarlo. De hecho, aquel impulso era muy agudo, como si mi cuerpo supiera que únicamente en sus labios hallaría consuelo y serenidad. Seguramente mi semblante evidenció mi deseo, pues él miró mi boca y oprimió la suya conteniendo sus ganas de complacerme.

Se apartó a regañadientes y adoptó una expresión más distante.

—Casi se me sale el corazón por la boca —repuso con una sonrisa tímida—. Estaba dormitando tras una larga noche en vela y he saltado como un resorte.

—Debí de quedarme dormida leyendo.

Reparé en sus ojeras, sus ojos cansados y su barba incipiente. Su cabello negro estaba alborotado, lo que le daba un atractivo aspecto pendenciero.

—¿Lo has terminado?

Asentí.

Arqueó las cejas y me escrutó expectante.

Ahora comprendía que lo que me acababa de ocurrir era lo que él había estado esperando. No había sido una ensoñación, sino un recuerdo enterrado que asomó entre los escombros calcinados de aquel día.

—Tremenda historia, la he sentido mía.

Me miró tan gravemente, de manera tan penetrante que me abrumó su intensidad. Luego bajó los ojos y llenó los pulmones lentamente. Cuando volvió a alzar la vista, no me pasó desapercibido un tinte desilusionado en ella.

—Y ¿qué tal tu noche?, ¿ha funcionado lo del colgante?

Se pasó las manos por el cabello acomodándolo hacia atrás con gesto cansado.

—Sólo hallé tres palabras con un mínimo de sentido respecto al tesoro y su ubicación. Es más pequeño de lo que imaginaba y no tenía ni idea de la posición en que debía usarlo. Así que decidí aplicarlo en el centro de cada página.

—¿Qué palabras son?

—Una es *embarcadero*, otra *nordeste* y, la última, *almacén*.

Fruncí el ceño y lo miré desconcertada.

—Yo, en cambio, creo que el colgante no es un portador, sino una llave.

Me observó interesado y se encogió de hombros aceptando mi planteamiento.

—Es bastante posible, se lo dio junto al cofre, y la frase que él le dice es una clave en sí: «Es más de lo que parece

y menos de lo que debería. Encierra nuestro destino y abre nuestro corazón». Pero tenía que intentarlo.

—Te la sabes de memoria —murmuré admirada.

—Algunas frases las transcribí aparte para estudiarlas.

—También opino que el diario no está cifrado —añadí con pleno convencimiento—. No hay en él técnicas específicas, quizá la frase que encierra la palabra *Poveglia* sí sigue unas pautas, pero os centrasteis en ese descubrimiento y obviasteis el resto.

Su semblante se iluminó impresionado. Esbozó una sonrisa complacida y sus ojos brillaron con agudeza.

—Has dado con la frase, pero ¿cómo la interpretas tú?

Respiré hondo y acudí a mi memoria. Lo tenía todo tan fresco que me fue fácil rememorarla.

—«Podía ver la negligencia como una solución y, aun así, no esperar que la vieran los demás, como podía ver una esmeralda en mitad del mar como refugio de su inmensidad.» Llama la atención la palabra *negligencia*, pues no encaja en la frase. Y si miras detrás es fácil ver que con un salto de 3-5-5 letras se compone la palabra *Poveglia*.

—Pero esa misma pauta la trabajé con el resto del párrafo y no descubrí nada relevante —replicó contrariado.

—Esa frase es únicamente para esconder la palabra *Poveglia*, pero el resto encierra la verdadera pista sobre su ubicación dentro de la isla.

—«... una esmeralda en mitad del mar como refugio de

su inmensidad»... —pronunció caviloso.

—No sé a qué podría referirse —admití frustrada.

—Quizá en la isla encontremos pistas sobre una esmeralda —confió—. Ya he avisado a Sofia... Vendrán a recogernos después del almuerzo.

—Pero iremos a ciegas, se nos hará de noche buscando alguna pista.

—¿Temes a los fantasmas? —inquirió burlón.

—Sólo si se quitan la sábana: no me gustan los fantasmas exhibicionistas.

Luca rio y, por un momento, el cansancio desapareció de sus ojos.

—Voy a la ducha —arguyó—, necesito despejarme.

Estuve a punto de decirle que lo acompañaba, y lo habría hecho de buen grado. Mi cuerpo comenzaba a aquejar la ausencia del suyo.

En cambio, asentí con una sonrisa y él se puso en pie y, mientras abandonaba la habitación, devoré cada línea de su cuerpo, recreándome en sus andares felinos, en su amplia espalda y en su duro trasero. Me mordí el labio y suspiré, pensando en la gran evasión que todo él podría procurarme. Resoplé resignada y me recosté en la cama, repasando mentalmente las frases que a mí más me habían llamado la atención para analizarlas con Luca.

Sin embargo, cuando oí el rugido de la ducha sólo pude imaginarlo bajo ella. Y únicamente tuve fuerzas para mantenerme anclada a la cama, luchando contra la

imperante necesidad de reunirme con él para perderme en su cuerpo, en su mirada y en su boca. Y por mucho que intenté distraer mi mente de aquel cuarto de baño, regresaba hambrienta a él una y otra vez.

Me levanté frustrada y me asomé al balcón.

Tenía calor, aunque la primavera en Venecia estaba resultando más fresca de lo habitual. Tan sólo llevaba un camisón de gasa con tirantes a mitad de muslo y la brisa de la mañana lo batía contra mi cuerpo, otorgándome algo de alivio.

La laguna estaba preciosa, punteada de diminutas perlas doradas que el sol engarzaba con su sonrisa. En el horizonte, una difusa neblina se arremolinaba contra las pequeñas islas que lo silueteaban, confiriéndole un toque místico, como si fueran las brumas de Ávalon protegiendo el reino de los dioses antiguos. Y yo sabía que una de ellas era Poveglia, pues era reconocible incluso a aquella distancia el pináculo de su campanario. Fijé mi vista en ella y tuve la impresión de que, en efecto, era un mundo aparte; no sólo un cementerio del pasado y una leyenda en el presente, sino una puerta a algo más.

—De todos los amaneceres que he tenido el placer de contemplar, ninguno me ha turbado igual.

Me volví apenas para descubrir a Luca absorbiendo cautivado las líneas de mi cuerpo a contraluz. La diáfana gasa no dejaba mucho a la imaginación.

Desde aquella postura de medio lado, fui plenamente

consciente de que la luz del alba lamía mis curvas mostrándoselas abiertamente, haciendo ondear el liviano tejido contra mi piel y remarcando las enhiestas y rosadas cumbres de mis pechos.

Saboreé vanidosa la lujuria que oscureció su mirada y tensó sus facciones. Tampoco cohibí la mía, que devoró su cuerpo, tan sólo cubierto por una toalla blanca alrededor de sus caderas, una prenda que también remarcaba sus formas, en especial su henchido y palpitante deseo.

Supe que relamerme en ese momento no era lo más acertado. Pero fue lo que hice.

Quizá él también supo que acercarse con aquel gesto depredador no era lo más coherente a tenor de nuestras firmes decisiones. Pero fue lo que hizo.

Y, equivocados o no, ambos hicimos lo mismo, dejarnos llevar por aquella impetuosa necesidad, que era más fuerte que nosotros mismos.

No me moví cuando llegó hasta mí, pero sí sostuve su ardiente mirada.

No me retiré cuando su mano abarcó mi nuca para ceñirme a él, pero sí gemí ante su vehemencia.

—Alessia... —jadeó sufrido. Su rostro estaba prensado por un deseo dolorosamente insatisfecho.

Su mirada en mi boca quemó mis labios, que entreabrí anhelantes.

Luca rodeó mi cintura con su otro brazo y su contacto inundó mis sentidos, despertando una voracidad como

nunca antes.

Su respiración era agitada, su pecho caliente y su mirada turbia. Lo vi luchar contra sí mismo, desgarrarse en una contención que yo pensaba ayudar a vencer.

Tenía el cabello húmedo y olía a su loción de afeitado. Deseé devorarlo. Y comencé por la barbilla. La mordí, y él echó la cabeza hacia atrás y gruñó haciendo vibrar su garganta. Fue mi siguiente objetivo. Volvió a gruñir, esta vez más rotundo. Enlacé mis brazos en su nuca y besé su cuello. Y entonces él liberó por fin aquella bestia que intentaba reprimir.

Volvió a mirarme, y lo que refulgía en sus ojos me secó la garganta y acicateó mi bajo vientre.

Tomó mi boca como una alimaña hambrienta, con esa desesperación que desdibuja el mundo y todo lo transforma en urgencia por colmar una necesidad vital.

Nuestras lenguas se buscaron famélicas, y entonces la locura se desató.

Me agarró por las nalgas y me alzó con apremio. Enlacé mis piernas en torno a sus caderas y me alejó del balcón en dirección a la pared más próxima. Allí, me atrapó contra ella para derramar en mí todo su deseo. Su toalla cayó y mi camisón desapareció hecho jirones bajo sus ansiosas manos, que buscaban mi piel, desquiciadas y voraces.

Sin despegar nuestras bocas, nos acariciamos con tal pasión que el placer nos nubló, convirtiéndonos en animales

salvajes.

Cuando me penetró, lo hizo de un seco empujón, pero estaba tan húmeda que el acople fue perfecto. Clavé mis uñas en su espalda y mordí su hombro acometida por agudas punzadas de goce desatado. Todo mi cuerpo ardía con sus bruscos movimientos. Con las manos fuertemente ancladas en la tierna piel de mis nalgas, Luca me subía y me bajaba contra sus caderas, controlando el ritmo de las embestidas. Mis pezones, acariciados por el suave y disperso vello de su torso, estaban erectos; ese roce me erizaba, además, la piel, sumando aquella sensación a la del inmenso placer que ya me consumía.

Luego se detuvo y, sin salir de mí, cruzó la estancia para sentarme en un aparador. Colocó una de mis piernas sobre su hombro, se encorvó sobre mí y empezó a moverse tomando mi boca con el mismo apetito. Una de sus manos recorrió mi cuerpo y la otra recogió mi cabello en una cola para controlarme mejor.

Sentí que tenía sobre mí un lobo hambriento e implacable, fuera de control. Y ese sumiso sometimiento a su imperativa voluntad arrancó de mí un violento orgasmo que arqueó mi cuerpo preso de repetitivos espasmos que me dejaron laxa entre sus brazos.

No obstante, él quería más de mí.

Su sonrisa depredadora y pícaro así lo dijo.

Me llevó a la cama y me tumbó en ella. Salió de mí y se sumergió entre mis muslos para saborear su premio. No

tardó en conseguir otro, casi más abundante que el anterior. Me cimbreé como una espiga de trigo sacudida por una brisa estival, y grité mi dicha a aquellas cuatro paredes por el hombre que tan pleno dejaba mi cuerpo y tan desbordado mi corazón.

Jadeante y rendida, permanecí inmóvil recuperando el resuello. Luca se estiró sobre mí y comenzó a besarme con dulzura, pausado, desplegando toda su dedicación y su ternura. Me dije que si Alonza había amado a Lanzo la mitad de lo que yo amaba a aquel hombre, ya era bastante. Y, de algún modo, supe que seguramente tanto ella como yo teníamos en común ese amor tan profundo que nos había inundado el alma, y quizá también más cosas.

Lo aparté y lo empujé, obligándolo a tumbarse para cernirme sobre él.

Me puse a horcajadas y sus manos aferraron mis caderas. Alcé las mías para cobijarlo en mi interior y me deslicé gozosa saboreando aquella enloquecedora fricción. Ondulé mi cuerpo sobre el suyo, marcando el compás de mi sensual danza, paladeando los diversos gestos que componía su rostro, gozando de su propio placer.

Me incliné sobre él y lo besé. Sus manos recorrieron mi espalda. Me arqueé sin dejar de balancear las caderas y entonces apresó mis pechos en su boca. Creí desfallecer presa de un goce desatado.

Aceleré mis movimientos, convirtiéndolos en vertiginosos, y él jadeó y gruñó enloquecido.

—¡Dios, me arrancas el alma...! —gimió apretando los dientes.

—¡Es mía, me pertenece! —exclamé apasionada.

Sus ojos brillaron emocionados, su gesto afectado me lo confirmó.

—Siempre lo ha sido, y por eso te buscó incansable —murmuró quedo.

Sentí una dicha tan burbujeante que hizo hormiguesear cada rincón de mi ser. Pero algo más emergió.

Su hermoso cabello negro continuó igual, quizá algo más corto de lo que debería, pero su nariz era diferente de como debía ser y sus ojos oscuros, por algún extraño hechizo, se aclararon hasta convertirse en un profundo cielo azul. Su rostro se espigó y sus labios se afinaron. Y entonces lo vi. Vi a Lanzo Rizzoli a mi merced, tan cautivado como debía de mirar a Alonza en la misma situación.

Luego, ante mi completo estupor, mis largos mechones castaños también se aclararon hasta convertirse en un rubio platino. Si no hubiera sido por el grito liberador de Luca al derramarse en mi interior, creo que me habría desmayado.

Me desplomé sobre su pecho y él me abrazó todavía trémulo y agitado.

Cerré los ojos e intenté recomponer mis zarandeados sentidos.

Era como si la lectura del diario hubiese abierto una puerta al pasado, como si el alma de nuestros antepasados

intentara infiltrarse en nuestros cuerpos para volver a encontrarse. Un pensamiento atravesó mi cabeza. Quizá el alma de Lanzo ya se encontrara dentro de Luca, quizá hubiese nacido ya con ella. Todo así lo indicaba. Sus sueños, sus inclinaciones, sus preferencias y su mismo origen.

Y si eso era así..., entonces, ¿qué pasaba conmigo? ¿Acaso él sólo esperaba que el alma de Alonza despertara en mí? ¿Era eso lo que realmente buscaba desde el principio, y no que recordara la carta del día del incendio?

Mi intuición me dijo que eso era lo que siempre había anhelado: mi despertar.

Sentí una sensación desazonadora, insidiosa, como si hubiera alguien oculto aguardando para arrebatarme la identidad.

Pero que ella despertara en mí no tenía por qué significar que borraría mis recuerdos ni quien yo era ahora. Sin embargo, aunque me lo repetí, no terminó de tranquilizarme. Ese vestido envuelto en penumbras que había visto me sobrecogía, y lo que más me inquietaba era pensar que las visiones extrañas no habían hecho más que empezar.

Me deslicé hacia un lado y rodeé su torso con un brazo, acomodándome contra su costado. Cobijé la cabeza sobre su hombro y él apoyó su barbilla en ella. Necesité un instante para reordenar mis pensamientos antes de hablar:

—Alonza está en mí, ¿no es así? Como Lanzo está en

ti.

Levanté el rostro para ver su expresión. No parecía conmovido, ni siquiera levemente sorprendido.

—Yo recuerdo, tú apenas despiertas. Pero somos Alessia y Luca, y así seguirá siendo.

Respiré hondo, intentando controlar el pánico que crepitaba todavía encerrado en una burbuja de cristal, pero en la que ya comenzaban a surgir peligrosas grietas.

—¿Cómo lograste asimilar eso sin volverte loco, siendo tan joven?

—Siendo un niño —concretó—. Creo que por eso me aislé del mundo, para poder batallar contra esto sin perder el juicio y sin que nadie advirtiera mi lucha interna. —Hizo una pausa, en la que su mirada relució atormentada—. Tampoco es que tuviera a nadie que se preocupara por mí, con lo que tristemente fue más fácil. Al principio eran retazos fugaces y extraños de imágenes sueltas. Luego se aunaron en pesadillas reiterativas e inconexas que aterraban mis noches. Pero cuando despertaba aún estaban ahí, en mi memoria, y durante el día me acompañaban. Flotaban nombres desconocidos en mi cabeza y sucesos dispares. Con el tiempo comprobé que era yo quien los protagonizaba, y eso me turbó aún más. Así que decidí evitar dormir —esbozó una sonrisa condescendiente—, con lo que dediqué mis noches a leer todo lo que encontraba y, aunque finalmente caía rendido, al menos eran pocas horas. Por el día sentía la necesidad de dibujar, y a menudo

ni siquiera era consciente en realidad de lo que mi mano creaba, pero no había titubeo alguno en los trazos; al contrario, surgían fluidos y firmes. Luego comencé a interesarme por las hierbas y, sin una utilidad justificable, las agrupaba y las estudiaba, apuntándolas en mi libreta. Hacía tantas cosas extrañas y sin sentido que resolví buscar una explicación a mi caso.

—¿Nunca te planteaste pedir ayuda?

—¿Para pasar de un orfanato a un psiquiátrico? —espetó mordaz—. No, era justo lo que evitaba. Aquello era mi problema y yo lo resolvería. Y fue así como comenzó mi afición por los enigmas de todo tipo. Me dije que quizá aquellos sueños tenían que ver con mi desconocido origen. Hasta pensé que mis padres eran extraterrestres —sonrió avergonzado—, creo que nunca un niño tuvo la cabeza tan llena de hipótesis. Sin duda ahí se desarrolló mi capacidad analista.

—¿Qué sentiste al descubrir que había un diario de Alonza? ¿O recordaste que lo había escrito y por eso lo buscabas?

—No lo recordé todo, ni mucho menos, pero sí lo suficiente para que me cambiara la vida. No recordaba apellidos ni conversaciones, sólo sensaciones y escenas sueltas que terminaron uniéndose en pasajes más extensos, conformando la historia de un hombre que a todas luces fui yo. Cuando, siguiendo la pista de mi madre, encontré a Piero Rizzoli, todo comenzó a encajar. Saber que había un

diario y que estaba a mi alcance fue lo que me introdujo en toda esta historia y lo que me llevó a ti.

Flexioné el brazo y apoyé el mentón en la palma de mi mano para observarlo con atención.

—A medida que avanzaba en la investigación sobre mis orígenes, comenzaron a asomar otros recuerdos, más nítidos y concisos —prosiguió con la mirada perdida—. Ya no los temía como al principio, ahora los buscaba, y quizá esa predisposición mía ayudó a que todo surgiera con más fluidez. No puedo explicar lo que sentí cuando tuve en mis manos el diario: fue como tener esa confirmación que tanto busqué durante toda mi vida y, además, con profusión de detalle. No era mi vida, sino la de ella, y conocer sus más íntimos secretos, sus pensamientos más profundos, todo lo que vivió y sufrió me conmocionó. Poder situar esas escenas que pendían en mi mente en momentos precisos de su historia, leer palabras que me habían acicateado todo ese tiempo sin encontrarles sentido... Todo en mí se reavivó al instante y, cuando lo terminé, todo lo que no había llorado mientras mi cabeza intentaba desentrañar esa maraña de cosas inexplicables lo lloré ese día. Me permití regodearme en las emociones, esas que tan ferozmente había logrado estrangular todos esos años.

Lo observé compasiva y admirada a un tiempo.

—Y ¿cómo intuiste que ella... podía estar en mí?

—Por el impacto que sufrí cuando te vi. Aquel día te hice una fotografía, fue la que encontraste en mi

apartamento. No sólo era una aguda sensación familiar, era esa subyugación que únicamente sentía cuando en mis sueños aparecía ella, sin rostro entonces, era el sentimiento de pertenencia que me despertaste. Ese imán me atrajo a un nivel tan profundo que me hizo reconocerte. Hay una frase en el diario, una que pronuncia Lanzo en la carta..., curiosamente una carta de la que yo recordé frases sueltas, y una de ellas es la que me confirmó que eras tú.

Tragué saliva, cada vez más inquieta y aprensiva. Lo miré expectante, simulando una calma que no sentía.

—«Mía, mi Alonza, así suenan mis latidos, y en mi último suspiro esa “A” penderá en el aire y te buscará. Quizá lo oigas allá donde estés, porque donde tú estés, allí estaré yo.» —Hizo una pausa y clavó en mí una mirada tan penetrante que encendió de nuevo aquella luz de mi interior que tanto me atemorizaba—. Esa «A» compartida con ella me buscó —añadió—, como mi «L» permaneció a través de los tiempos en esas dos iniciales que nos unieron por siempre y que afloraron para reencontrarnos.

Suspiré hondamente con el corazón en un puño, desbordada y atenazada por un sentimiento añejo y tan profundo que resurgió a través de los tiempos.

Tragué saliva presa de un creciente desasosiego. Sentí vértigo, un amago angustioso y taquicardia. Las palabras de Luca volvieron a encender aquella luz y el vestido apareció de nuevo en mi mente. Cerré los ojos e intenté centrarme en el tema que me ocupaba: despejar las dudas y llegar al

fondo de todo. Cuando los abrí, respiré hondo y lo miré decidida a descubrir toda la verdad.

—Entiendo entonces que te aliaste con Sofia Rizzoli armando todo este ardid de pseudoinvestigación sólo para que yo recordara. Pero ¿cómo descubrió Sofia que perdí la memoria ese día crucial en el que murieron mis padres?

Luca me observó con rictus grave, suspiró y asintió para sí.

—Yo se lo conté. Y no fue una pseudoinvestigación, es cierto que embaucamos a Gina y que predispose algunas cosas —aceptó justificándose—, pero también descubrí pistas que no poseía y...

—Déjalo —pedí envolviéndome en la sábana y saliendo de la cama. Comenzaba a estar saturada de todo aquello y necesitaba serenarme—. No creo que pueda asimilar nada más por hoy.

Luca aferró mi muñeca y me detuvo en seco.

—Se lo conté por un motivo, para...

—¡He dicho que basta por hoy! —exclamé impaciente. Me giré hacia él, y aquella veta frustrada se tornó en furia—. ¿Acaso alguien me ha preguntado si quiero recordar? Todos actuáis según vuestra jodida conveniencia. Tú quieres que recupere la memoria porque buscas en mí a la mujer que amas. Ellos, para que recuerde la carta y los guíe hacia la clave descifrada de la sociedad. Mi abuela, por el tesoro. Pero ¿quién demonios piensa en mí? Yo no pedí nada de esto. ¡Yo no soy ella, maldita sea!

Aquel rechazo rasgó mi voz y quemó mis ojos, y me dirigí rauda hasta la puerta. Luca salió de la cama apresurado y me interceptó en el pasillo. Me tomó de los brazos y me pegó a la pared, reteniéndome contra ella.

—Lo único que yo quería desde un principio era que me amases. Tú, Alessia, tú. Porque yo, Luca Vandelli, te amé nada más verte. Quienes fuimos en otro tiempo fue a lo que me agarré para conseguir mi objetivo. Porque, ¿sabes?, era tal mi inseguridad para creer que podían amarme por mí mismo que ni siquiera barajé otra opción. Nadie lo hizo nunca, nadie.

Las lágrimas brotaron, así como una caótica mezcla de emociones que no supe gestionar.

—También deseaba llegar al final de todo esto —admitió afectado—. Arrancar hasta el último velo que ocultara esta historia, pensando que sólo así todo quedaría en paz. —Acercó tanto su rostro al mío que nuestras narices se tocaban—. Alessia, yo le conté a Sofia lo de la carta para que confiara en mí y me dejara participar en sus planes. Y el motivo siempre fue protegerte de ellos. Tarde o temprano irían a por ti.

Inclinó la cabeza y apoyó su frente en la mía.

—A veces, uno no tiene ninguna capacidad de decisión en las cosas que le ocurren —murmuró suavemente, aunque su tono era quebrado y tembloroso—. Por ello es mejor aceptarlas que negarlas, yendo más allá, incluso buscar algo positivo a lo que aferrarse. Y yo..., bueno,

desearía creer que lo que quiera que sientas por mí lo sea. Puede sonar pretencioso o vanidoso, pero, Dios..., es que te amo tanto...

Un gemido mortificado escapó de sus labios y yo estrangulé un sollozo.

No pude evitar abrazarlo y adherirme a su pecho, donde descargué mis miedos.

—Estoy... despertando, Luca, y me asusta —sollocé.

Sus brazos me ciñeron con más fuerza. Me susurró tranquilizador y me acarició con mimo.

—Nadie mejor que yo comprende cómo te sientes. Pero no estás sola, no lo estás.

Besó mis lágrimas y, como si sus labios fueran mi panacea, logré calmarme.

En aquel momento se abrió la puerta de la entrada y ante nosotros apareció el perplejo rostro de Maurizio, que nos observó impávido.

Luca estaba completamente desnudo, y yo envuelta precariamente en una sábana.

—¿Interrumpo? —murmuró apretando los dientes.

Luca se puso delante de mí cubriéndome con su cuerpo.

—Eres jodidamente inoportuno, sí —masculló molesto.

—¿No habéis tenido suficiente con estar solos toda la noche? No me extraña que la hayas cogido con ganas —musitó Maurizio burlón—. ¿Cuánto hacía que...?

—¡Largo! —gruñó Luca.

Su amigo ya se daba la vuelta cuando se giró y chasqueó la lengua apoyándose en el marco de la puerta.

—Espero que se haya portado bien —agregó dirigiéndose a mí—. Esta casa tiene una excelente reputación y no me gustaría que me avergonzara, por muy amigo mío que sea.

Oculté una sonrisa ante la expresión malhumorada de Luca.

—Puedes sentirte orgulloso —proferí divertida.

—Menos mal —resopló aliviado con gesto exagerado—. Ya puedo desayunar tranquilo.

Luca puso los ojos en blanco y bufó irritado.

—En la cafetería, no aquí —aclaró lanzándole una mirada admonitoria.

—Eres un toro, Luca, me rindo a tus pies —acicateó Maurizio burlón—. Creo que voy a comprarte una de esas chapitas...

Luca se apartó de mí para avanzar completamente desnudo y belicoso hasta la puerta. Maurizio abrió los ojos como platos y alzó la mano en actitud conciliadora, pero viendo que Luca iba a por él, salió apresurado cerrando la puerta y dejándonos el eco de su carcajada.

No pude evitar sonreír, como tampoco pude dejar de contemplar al hombre que avanzaba hacia mí con aquella maldita mirada taimada que removía cada fibra de mi ser.

—Nada como la intervención de tu amigo para aligerar dramatismos —espeté todavía risueña.

—Si al menos ha servido para hacerte sentir mejor, bienvenido sea.

Denoté en su tono un deje abatido y preocupado al tiempo.

—Lo estoy —afirmé—, pero no por eso, sino porque no estoy sola en este despertar. Y, sea lo que sea lo que ocurra, sólo sé que quiero estar a tu lado.

Su sonrisa ilusionada animó su faz y la mía.

Su respuesta fue un beso entregado. Sí, me amaba, como yo lo amaba a él, no importaban los motivos. Cuando se apartó de mí, deslicé mis manos por su torso embebida en su rostro.

Sentí un roce acerado y cálido en mi bajo vientre.

—Al final llevará razón Maurizio: eres un toro.

Sonrió sin un ápice de vanidad en su gesto.

—Sólo soy un hombre frente a la mujer a la que venera en cuerpo y alma.

—Luca..., me dejas sin palabras.

—Si no te vistes, te dejaré sin aliento —prometió con mirada gatuna.

No me moví. Y cumplió su amenaza con renovado ahínco.

CAPÍTULO 52



UNA ESMERALDA EN LA INMENSIDAD DEL MAR

Sentados en el despacho de Maurizio, repasábamos las frases más controvertidas o llamativas que Luca había apuntado del diario. En un bloc aparte tenía las pistas que habíamos conseguido por orden de aparición. Lo metódico que era resultaba admirable.

Mientras releía en silencio aquellos párrafos, recordé varias menciones repetitivas que me habían desconcertado durante la lectura y que no estaban reseñadas en sus notas.

—Hades —pronuncié reflexiva en voz alta.

Luca alzó la vista de sus anotaciones para mirarme intrigado.

—¿Hades?

—Sí. Se nombra unas cuantas veces a ese dios del inframundo.

—Cierto, pero como un símil, un recurso literario.

—Yo no lo creo —repliqué, fiel a mi intuición.

—Se hace referencia al reino de Hades por la obra de Monteverdi *La fábula de Orfeo* —repuso Luca—. De hecho, lo menciona él mismo en una conversación con Alonza en el patio del Palacio Ducal. No veo que tengan interpretación posible las palabras del maestro.

—Ahí no, pero luego Alonza vuelve a nombrar el reino de Hades, justo tras decir que piensa esconder la última página del libro sagrado, donde Lanzo dejó escrita la clave.

Luca me miró asombrado. Frunció el ceño meditabundo y sus ojos comenzaron a relumbrar excitados por aquella nueva posibilidad.

Tomé el diario y comencé a pasar páginas en busca de la frase en cuestión. Chasquéé la lengua cuando la encontré y la leí en voz alta. Luca dejó sus anotaciones para prestarme atención.

—«Lo escondería donde nadie ajeno a nosotros pudiera encontrarlo, dejando una serie de pistas que únicamente Lanzo podría seguir si yo no sobrevivía. Custodiado por Hades, para que sólo un valiente Orfeo pudiera atreverse a adentrarse en su reino.»

—¡Dios santo! ¿Cómo pudo pasarme eso desapercibido?

Se inclinó sobre el diario y retrocedió algunas páginas, buscando otra frase.

—Aquí está —murmuró entusiasmado—. Monteverdi compara a Lanzo con Orfeo. Y que esté custodiado por Hades sólo puede significar que se halla escondido en el reino de los muertos. En efecto, era una pista.

Me sonrió admirado y encendió el ordenador de Maurizio. Abrió el navegador y tecleó en el buscador planos de Poveglia.

—Hay un cementerio en la isla —musité buscándolo en la imagen.

—Poveglia entera es un cementerio —puntualizó entornando los ojos en su escrutinio del plano—. Es un vertedero de restos humanos. El suelo de la isla es un fango pegajoso de cadáveres calcinados. Se calcula que más de ciento sesenta mil personas fueron llevadas allí, tanto muertas como vivas, y lanzadas a fosas comunes. Pero no hay un cementerio como tal. Allí sólo se construyó en los años veinte un hospital psiquiátrico con un enorme campanario sobre los antiguos lazaretos, no hay más edificaciones. Y dudo que Alonza fuera tan imprecisa en su pista.

Resoplé desanimada y fijé mi atención de nuevo en aquel plano. La isla del no retorno era pequeña, estaba cubierta de abundante vegetación y dividida por un estrecho canal. Sin embargo, en la parte sur una figura llamó mi atención. Era un pequeño islote con forma de

octógono, claramente artificial.

—¿Qué es eso? —inquirí señalándolo con el dedo.

—Es el octógono de Poveglia, un islote construido en el siglo catorce para la defensa de Venecia, una superficie donde apostar baterías de artillería. Por aquel entonces se libraba la guerra de Chioggia, que enfrentó a la República de Venecia con la de Génova. En Poveglia había un castillo y quisieron reforzar su defensa con cañones apuntando a la entrada de Venecia. Además, fue utilizado por los soldados ingleses durante las guerras napoleónicas para emboscar a los comandos franceses. Los prisioneros eran llevados allí para torturarlos, y todavía hay varios barcos destruidos en el fondo de la laguna alrededor del octógono. Pero, claro, ningún buceador es tan incauto como para sumergirse en esas aguas en busca de pecios.

—Tampoco creo que haya muchos buscadores de tesoros en la isla, nosotros posiblemente seremos los únicos.

—Lo que he dicho: incautos. —Hizo una mueca sardónica y se pasó las manos por el cabello—. Entraremos por el canal que la divide —decidió fijando nuevamente su atención en la pantalla.

Asentí y permanecí un instante abstraída mirando el monitor. Luca comenzó a pasar imágenes, y una de ellas me arrancó una exhalación asombrada.

—¿Ocurre algo?

—Mira ese plano aéreo —indiqué exaltada—. ¿A qué

se asemeja el octógono?

Luca frunció el ceño, dibujando una expresión concentrada, y al cabo de unos segundos pude ver cómo su mirada destellaba de conocimiento. Una amplia e ilusionada sonrisa iluminó su rostro.

—¡La esmeralda! —clamó impresionado.

Nos miramos exultantes, compartiendo una expresión triunfal.

—¡Eres increíble! —alabó orgulloso.

Se inclinó sobre mí y depositó un rotundo beso en mis labios.

—¡Lo tenemos! Ahora debo ingeniar la manera de volver.

En mi mente comenzó a bullir una picazón molesta, como si un pájaro carpintero golpeará en ella insistente y molesto. Había algo que se nos escapaba, o ésa fue la sensación que tuve en aquel momento.

Mientras Luca trazaba un plan de huida, permanecí en silencio, rebuscando datos del diario en mi cabeza, intentando casar piezas sueltas que no terminaban de encajarme.

Alonza había escondido tres objetos en tres lugares distintos. En el tablón del suelo del ático había guardado, en un cilindro, aquellos documentos: la lista de los miembros de la sociedad, el acta matrimonial entre Fabrizio y Rosella, y el dictamen del tribunal que había juzgado a Fabrizio por estupro. La otra cosa se suponía que era el

tesoro, sus joyas y sus escudos, y, naturalmente, justo debajo había escrito la pista correspondiente, el acróstico de Poveglia y la esmeralda en mitad del mar, o sea, el octógono. Pero justo lo que buscaba Sofia Rizzoli, la clave desvelada del libro sagrado, se suponía que estaba en el reino de Hades, todavía en paradero desconocido.

—En el octógono, con suerte, encontraremos un cofre con sus joyas y monedas —comencé preocupada—, pero no la clave que busca Sofia.

—Es justo lo que estaba pensando —masculló Luca—, pero no importa. No pensaba entregarle la página, sino destruirla, aunque por fortuna no hará falta. Está custodiada por Hades.

Me guiñó un ojo con agudeza, pero mi inquietud permaneció latente.

—Tu plan es dar esquinazo a Sofia y llevarnos el tesoro de Alonza. No obstante, ella no es estúpida, habrá previsto sobradamente esa posibilidad —aseveré desazonada.

—No se puede salir de la isla sin una embarcación. Y necesitamos la suya para regresar. Así que falsificaré la clave que busca.

—¿Crees que podrás engañarla?

—No puedo saberlo hasta que llegue el momento, pero no hay más opciones.

De repente, un flash relumbró en mi cabeza, focalizando un dato elemental. De hecho, el más importante de todo el diario. Sonreí para mis adentros.

—Sé dónde escondió Alonza la clave —murmuré complacida.

—Yo también —coincidió Luca—. La pista más significativa se oculta en un personaje aparentemente irrelevante en la historia.

—Claudio Monteverdi —dije apabullada por el ingenio de Alonza.

—En efecto —constató Luca—. Anoche, en mi revisión del diario con el colgante, descubrí la frase que había anotado en el reverso de la lista que encontramos en el ático, en el párrafo que habla de las exequias del maestro.

—«Flores frescas sobre su tumba y un secreto bajo ella» —señalé sonriente—. La promesa del hombre que agravió en público a Monteverdi y luego en su funeral juró que siempre habría flores frescas sobre su tumba. Alonza, con ayuda de Leonardo, levantó la lápida grabada del suelo de la capilla donde está enterrado el compositor, en la basílica de Santa Maria dei Frari, y la dejaron junto a él. Luego escribió esa frase con la pista tras el pergamino que contenía el listado de los miembros de la sociedad y también lo escondió.

—Y ahí quedará por siempre —aseguró Luca—. Sin embargo, no pienso entregarle ni un escudo del tesoro a Sofia. Es tuyo por derecho, te pertenece y lo necesitas. Así pues, nos reservaremos la ubicación para nosotros. Ella sólo espera que regresemos con la clave, por lo que le pediré fondear en otro lugar y recorreremos la isla a pie

hasta llegar al octógono.

Otro detalle acudió entonces a mi cabeza. En el punto el que nos encontrábamos no podíamos dejar nada al azar.

—¿Dónde piensas escribir la clave? Francamente, me intriga lo que piensas poner y dónde para que parezca un pergamino del siglo diecisiete.

Luca alzó una ceja y me miró con ofendida suficiencia.

—¿No confías en mí, nena?

Su tono fue tan sugerente como una caricia recorriendo cada palmo de mi piel. Me estremecí y puse mentalmente los ojos en blanco. ¡Por Dios, ese hombre atacaba todos mis sentidos con una facilidad pasmosa!

Tardé un rato en contestar, todavía intentando despegar mis ojos de su golosa boca.

—Confío, sólo tengo curiosidad. —Carraspeé y sonreí embobada, esta vez en su penetrante y seductora mirada.

¿Era posible que, tras dos apasionados y entregados encuentros sexuales, nuestros cuerpos no estuvieran saciados? Nunca parecíamos tener suficiente, y aquello sólo podía ser indicativo de que no sólo estábamos hambrientos de piel, sino también sedientos de alma.

Su cautivadora sonrisa se amplió arrogante.

—Tenía pensado arrancar otra página del diario, para escribir lo que se me ocurra. Naturalmente en latín, para conseguir ganar tiempo y poder escapar antes de que sospechen que les he tomado el pelo.

—¿También sabes latín, nene?

Luca alzó una ceja divertido y sonrió de medio lado con gesto pícaro.

—Sé latín, nena. ¿Te traduzco algo? —musitó burlón.

—Ahora mismo no se me ocurre nada —respondí mordaz—. Además, lo considero demasiado litúrgico para lo que seguramente te pediría.

Soltó una carcajada y sacudió la cabeza. Su cabello se movió, cubriendo parte de su ojo. Instintivamente, aparté el mechón, y su mirada chispeó penetrante. En aquel momento pensé que me pasaría la vida entera perdida en sus ojos.

—¿No tienes curiosidad por conocer la verdadera clave? —pregunté resiguiendo con mis dedos la línea de sus hombros.

Un brillo travieso refulgió en su mirada con un conocimiento que me hizo agrandar los míos.

—¡No puedo creerlo! ¿La recuerdas? —inquirí impávida.

Sonrió de medio lado y asintió.

—Era uno de los párrafos que no dejaba de garabatear en el internado. Solía arrugar el papel en forma de bola y jugaba a encestarlos en la papelera. Ahora sé lo que es jugar con el poder mundial —repuso sarcástico.

Esboqué una sonrisa divertida y, de manera natural, me apoyé en su hombro y lo besé. Él suspiró.

—¿Por qué no me lo habías dicho antes?

—No quería ponerte en peligro. No debía adelantarte

nada ni contarte de más hasta que estuvieras preparada y confiaras en mí.

—Me parece razonable. Y, ahora que sabes con lo que jugabas, ¿no te tienta dominar el mundo?

—Lo único que me tienta dominar es tu boca.

Posó sus ojos en ella y me hormiguearon los labios.

—Tentador —susurré arrobada.

—¿Sabes? —comenzó—. Me secas la garganta cuando me miras así.

—Y yo no puedo apartar los ojos de ti —reconocí embriagada en su rostro—. Y, respecto a lo que siento por ti, es bastante positivo, sí. —Sonreí afectada recordando sus palabras antes de la interrupción de Maurizio.

Acerqué mi boca a la suya y la besé con pausada dedicación. Él dejó que me prodigara en sus labios, gimiendo suavemente ante cada húmeda caricia.

—Te amo, Luca, y esa verdad se muestra clara y brillante. Lo que surja a partir de ahora lo afrontaré a tu lado. No puedo ni imaginar lo solo que debiste de sentirte cuando emergieron tus recuerdos.

—Aquello ya pasó. Y si mi premio fue encontrarte, poco sufrí.

Me acurruqué contra él respirando hondo, deleitándome en su calor y agradeciendo a la vida que lo hubiera puesto en mi camino, comprendiendo que yo sí había encontrado una valiosa esmeralda en la inmensidad del mar.

CAPÍTULO 53



LA ISLA DEL NO RETORNO

La lancha de Sofia Rizzoli fondeó en el angosto canal que dividía Poveglia en dos.

La tarde comenzaba a caer, bruñendo de oro viejo un cielo despejado, cubriendo al mismo tiempo de sombras la laguna.

La espectral silueta del antiguo hospital psiquiátrico se recortó contra aquel lienzo cobrizo, recordándonos su trágica leyenda, tan negra como la sombra que proyectaba. El alto campanario dominaba la isla entera como un pájaro de mal agüero aposentado altivo en aquel terreno. Contaban muchos pescadores que faenaban por los

alrededores, siempre evitando aproximarse a Poveglia por miedo a recoger en sus redes osamentas humanas, que habían oído tañer la campana de la torre más de una noche. Lo más que hacían era persignarse y alejarse todo lo posible. Y, aunque yo no era mujer que diera pábulo a rumores, no podía evitar sentir un aprensivo estremecimiento ante la amedrentadora figura de aquel edificio en ruinas.

—Tenéis claro el lugar, ¿no? —inquirió Sofia.

Luca se calzó al hombro su mochila y asintió circunspecto.

—Tenemos clara la ubicación aproximada —precisó—. ¿Tienes tú claro lo fácil que prende el pergamino? —amenazó abiertamente—. Ni un paso en falso, Sofia, o lo destruiré.

La mujer tensó las facciones y lo fulminó con la mirada.

A su lado, Stefano, cruzado de brazos junto a la viuda en actitud protectora, observaba a Luca con aguda inquina.

—Lo mismo digo —aseveró receloso—, o yo mismo me encargaré de comprobar cuánto tardas en arder.

—Depende de quién intente encenderme —replicó Luca desafiante.

Stefano frunció ofuscado el ceño y apretó los puños contenido.

—No perdamos más tiempo —intervine—, pronto oscurecerá.

Tras romper el duelo de miradas con su enquistado

rival, saltamos de la borda hacia el embarcadero techado y abandonado de principios de siglo.

A un lado había un grupo de edificaciones decrepitas que habían sido antiguos almacenes. Frente a nosotros, una tupida arboleda, y más allá pudimos vislumbrar el blancor de muros derruidos.

Comenzamos a caminar a buen paso atravesando aquella silvestre alameda. Teníamos que salvar raíces nudosas y un cerrado entramado de arbustos en aquella senda intransitada desde hacía ya tantos años. En el horizonte, la esfera de fuego descendía lánguida, dejándonos en penumbra. Sin embargo, no podíamos arriesgarnos a ir a plena luz del día. La isla tenía el acceso prohibido al público y la guardia costera patrullaba a menudo por su costa.

Conforme la luz del ocaso daba galante paso a aquel manto azulado que precedía a la noche, todo comenzó a adquirir otra dimensión. Los árboles se me antojaron más fantasmagóricos, las siluetas más huidizas y los ruidos del bosque más inquietantes.

El ulular de un búho anunció oficialmente la aparición de una luna casi llena.

—Con suerte, no necesitaremos la linterna —murmuró Luca—. Por cierto, parece que Sofia ha cambiado de perfume.

Lo miré sin entender, me encogí de hombros y proseguí atenta a mi alrededor.

El seco crujido de las ramas bajo nuestros pies nos acompañó hasta las ruinas que habíamos visto desde el embarcadero. Era el antiguo lazareto, ya prácticamente derruido por el paso del tiempo. Impresionaba observar tan de cerca aquel desolador y tétrico paraje donde Alonza había luchado por su vida. Recordé con claridad su agonía en aquel lugar y se me erizó la piel.

—¿Sigue estando aquel lodazal donde ella resbaló? — pregunté precavida.

Luca se detuvo y miró alerta a nuestro alrededor.

—Pues no tengo ni idea. Pero miremos bien dónde pisamos, por si acaso.

Caminamos cautelosos, asegurándonos de adentrarnos en terreno firme.

De pronto, un extraño aullido me sobresaltó. Luca se giró hacia mí.

—Es sólo el silbido del viento entre las ramas — aseguró.

—Este lugar es escalofriante. El ambiente es pesado, el olor ácido y extraño, y todo el tiempo me acompaña una sensación ominosa, como si estuviéramos siendo observados — confesé desasosegada.

—Te diría que es pura sugestión por todo lo que sabes de este sitio, pero la verdad es que a mí también me sucede. Démonos prisa.

Aceleremos el paso y dejamos atrás los vestigios del derruido lazareto, donde sólo tuve la impresión de ver de

rejo sombras extrañas. Y aquel sonido que Luca había adjudicado al viento a mí me parecieron lamentos agónicos.

De nuevo nos introdujimos en un denso bosque, donde esquivábamos ramas y enredada vegetación. Finalmente, Luca se vio obligado a sacar la linterna para poder avanzar.

—Esto parece el muro de espinos que encerraba el castillo de la Bella Durmiente —bromeó para aligerar la caminata.

—Espero que detrás no nos aguarde un dragón.

—Pues no nos vendría mal un buen fuego —repuso sardónico—. Hace un frío de mil demonios. ¿Cómo es posible que haya aquí tanta diferencia de temperatura a tan poca distancia de Venecia?

La respuesta que se me ocurrió no ayudó lo más mínimo a tranquilizarme. Había oído que, cuando se materializaban entes o espíritus, la temperatura caía en picado, y maldita sea si no era vaho blanquecino lo que resollábamos.

—Joder, me castañetean los dientes —se quejó Luca—. ¿Dónde se mete un dragón cuando se lo necesita? ¿No podrías llamar a uno, *khaleesi*?

Sonreí, frotándome los brazos y alargando las zancadas para mantenerme a su altura.

—Pues no sé. A este paso no dudo de que se me quede el pelo a lo Targaryen. Voy a parecer en breve un caminante blanco.

Luca se detuvo y se quitó la chaqueta deportiva que

llevaba para ofrecérmela.

—¿Estás loco? Prefiero morir congelada a que lo hagas tú. Quedarme sola me aterra más —bromeé.

—Yo tampoco soy Khal Drogo, pero quiero creer que una noche fría no me matará. Anda, toma.

Se empeñó y me cubrió con su chaqueta. Me la puse a regañadientes y agradecí el calor corporal que acompañaba a la prenda.

De repente, un siseo extraño hizo que me tensara. Luca también se detuvo; que él también lo hubiera oído me sobrecogió más aún.

Permanecemos inmóviles, con todos los sentidos alertas, aguzando el oído en busca de algo que pudiéramos identificar como normal. Otro siseo, esta vez más prolongado, pasó junto a nosotros proveniente de otra dirección. Nos giramos alterados hacia el sonido, sin poder comprobar qué era o qué lo producía.

—¡Salgamos de la arboleda cuanto antes! —sugirió Luca con inusitada inquietud.

—Lo has oído... ¿Qué puede ser?

—Quizá serpientes —barajó sin mucho convencimiento.

—A mí me parecen susurros.

—Algún roedor —quiso justificar sólo para tranquilizarme.

—No tiene nada que ver con animales, y lo sabes —argüí insistente.

Volvió el rostro hacia mí y se encogió de hombros.

—Si lo que buscas que te diga es que son almas en pena, te lo diré. Pero, sea lo que sea, mientras se limite a susurrar, aullar o gimotear, o lo que quiera que hagan los fantasmas, sin materializarse, me doy por satisfecho.

—Veo que te tomas muy bien un supuesto tan sobrenatural. No lo esperaba de una mente tan analista como la tuya.

Necesitaba entablar conversación para no dejarme llevar por el pánico.

—Recuerdo parcialmente una vida anterior —repuso moviendo el haz de la linterna a un lado y a otro antes de seguir avanzando—. En retazos, sí, pero mirarme al espejo y esperar ver otro rostro diferente del mío impacta. Sentirme otra persona con vivencias y pensamientos desconocidos impresiona. Me he pasado toda la vida buscando explicación en la lógica, en toda clase de teorías basadas en la neurociencia, y he perdido el tiempo y ganado frustración. No me ha quedado más remedio que aceptar lo inconcebible: la única verdad, la que cada día me mostraba su luz, y yo, empeinado en no verla, cerraba los ojos y la sufría, simplemente porque no era usual. A veces me pregunto cuántas verdades calla la gente sólo por temor a ser diferentes, a ser marginados, vilipendiados, convertidos en objeto de burla o simplemente no aceptados en una sociedad cuadrículada y estereotipada que nos obliga a ser masa, rebaño, clones, y nos arrebatara nuestras

individualidades. Nos negamos todo lo que se sale de esa normalidad, nos decimos que no existe lo que no podemos ver ni demostrar, nos asusta lo diferente y lo condenamos con crueldad. Y lo único que conseguimos con nuestra rígida intolerancia es negarnos a nosotros mismos. Voy a decirte realmente lo que pienso de esta isla y de las historias que se cuentan de ella.

Sorteó dos troncos caídos y yo lo seguí.

—Pienso que aquí no hay un halo de maldad como todos creen. Pero sí creo, en cambio, que hay una energía negativa proveniente de un sufrimiento infinito prolongado en el tiempo. Demasiada gente ha muerto aquí y de manera atroz, enterrados vivos algunos, quemados otros, agonizando todos. Miles de almas han sufrido un calvario, y esa energía se concentró en este lugar. Muchas, dicen, vagan por aquí intentando salir de la isla sin saber que no están vivos. Otras piden ayuda y otras quizá exudan resentimiento, y toda esa energía incorpórea se acumula como una densa niebla que pende sobre esta tierra teñida de muerte. Aquí sólo ha habido desgracias y tormentos, las vibraciones de todo ese horror impregnan cada palmo de terreno, cada ladrillo, cada árbol. No es maldad, es puro dolor, es desolación y rencor. La Parca se cebó en Poveglia, y aquí reside, con las víctimas que no supieron irse en paz.

—Maldad o dolor, la sensación es angustiosa y el lugar, escalofriante. Y mi instinto sólo me grita que corra lejos de

aquí —aduje mirando a mi alrededor sin dejar de caminar.

Llegamos a las inmediaciones del hospital y la sensación ominosa se acrecentó, provocándome una aprensión que detuvo mis pies.

Miré los claros muros desconchados por el tiempo y cómo la impetuosa vegetación colindante se había filtrado por ventanas, puertas y oquedades, reclamando el que antaño había sido su reino.

Luca enfocó con la linterna el interior de la larga nave: camillas oxidadas, azulejos rotos, sillas con correajes, un largo lavabo, una mesilla metálica y diverso mobiliario médico me erizaron la piel. En aquella desvencijada sala se respiraba un ambiente rancio y pegajoso, un extraño aroma acre a podredumbre, y ahí, en aquel pesado y latente silencio, el rechazo que despuntó en mis sentidos casi me paralizó.

—Aquí sí se respira maldad —musité con aguda aprensión.

—Aquí experimentaban con los enfermos. Les practicaban trepanaciones, lobotomías y toda clase de atrocidades para investigar el cerebro humano. Algunos pacientes decían ver espíritus errantes deambulando por el lugar, lo que conllevaba un correctivo: duchas frías y encierro a oscuras en la celda de castigo.

Sofiqué un escalofrío y me rodeé el cuerpo con los brazos, frotándolos para entrar en calor. Miré culpable a Luca, que sólo llevaba una camiseta deportiva.

Continuamos avanzando y ambos nos giramos sobresaltados a un tiempo ante el crujido de unos pasos tras nosotros.

Me abracé a él y temblé mientras inspeccionaba con la linterna a nuestro alrededor.

—Esta noche, los espíritus nos rondan —masculló alzando incomprensiblemente el tono. En su mirada capté un gesto alerta que me desconcertó. Pegada a él, percibí cómo su cuerpo se tensaba y su rictus se contraía preocupado.

Acercó su boca a mi oído y bajó la linterna.

—Nos siguen —susurró disimulando.

Fue curioso que sintiese alivio, a pesar de estar seguramente más en peligro que rodeada de espectros.

Reanudamos la marcha rumbo al sur de la isla. Justo tras el hospital estaba el final de la misma y, enfrente, rodeado por la laguna, el octógono.

Luca se descolgó la mochila con gesto distraído y rebuscó en su interior. Pude ver cómo escondía una pistola bajo su camiseta. Tragué saliva, todos mis miedos se concentraron en uno solo: perderlo.

—¿Sabías que se han denunciado agresiones físicas por fuerzas invisibles mientras se encontraban en la isla? —continuó la conversación de manera natural.

—Difícil tarea para los carabinieri —espeté aguzando el oído tras nosotros.

—Las archivan, naturalmente —prosiguió avanzando

—. Un grupo de parapsicólogos y buscadores de emociones huyeron despavoridos tras toda una noche de experimentos psíquicos. Pero hay más: una familia estadounidense adinerada pensó en comprar la isla y decidieron visitarla con su hija pequeña. Algo sucedió, porque a la niña le dieron veinte puntos de sutura en el rostro, y la familia no quiso volver a saber nada de la isla. No quisieron dar más información, sólo juraron no regresar jamás.

—Espeluznante.

Luego se demoró intencionadamente inspeccionando un rincón del edificio sólo para pasarme la linterna y volver a susurrarme al oído:

—Ve a la parte de atrás del hospital. El octógono está enfrente, rodeado por el canal. Espérame al inicio del puente que conduce a él. Habla como si te dirigieras a mí.

No pude replicar. Acto seguido, Luca desapareció como un gato silencioso. Sujeté temblorosa la linterna y respiré hondo diciéndome que, si Alonza, en su situación, logró sobrevivir a aquella isla, yo también podía hacerlo.

Comencé una especie de monólogo absurdo sobre diversos temas, enfocando la linterna al frente y siguiendo el muro del edificio. Y, entre pausas, aguzaba el oído para intentar captar pasos tras de mí. Llegué a la bahía que daba a la laguna y, en efecto, comprobé que una sombra octogonal sobresalía de ella.

Busqué el puente, que resultó ser bastante angosto y estar desvencijado, y caminé a buen paso hasta la entrada.

Luego volví la vista atrás con el corazón acelerado, aguardando la llegada de Luca. La tétrica fachada del hospital se cernía inquietante sobre mí, con todas aquellas ventanas mirándome.

Oí un gemido lastimero que me erizó la piel y recorrí con el haz de luz la parte exterior del edificio. Al pasar por una de las ventanas, una sombra fugaz la atravesó y di un respingo asustada.

Acto seguido, dos figuras se acercaron a mí. Temblorosa, apunté mi linterna en su dirección y, angustiada, descubrí a Luca caminar con las manos tras la nuca delante de otro hombre: Stefano.

CAPÍTULO 54



UNA DELICADA MANO RODEADA DE ENCAJES FINOS

Fue fácil adivinar que apuntaba su espalda con un arma.

Su mirada intentó vanamente tranquilizarme.

—Adelante, Alessia, preside la comitiva.

Miré titubeante a Luca, que asintió con la vista puesta en el octógono.

Suspiré ansiosa, me mordí el labio inferior y asentí.

Me adentré en el precario puente. Los tablones crujieron bajo mi peso. El mal estado de la madera me hizo temer que no resistiera nuestro avance. Estaba sostenido por postes y tenía una barandilla tan insegura como

inservible, pues dudaba que pudiera detener un cuerpo si se apoyaba en ella.

El sonido hueco de la madera contra la suela de nuestros zapatos nos acompañó hasta que pisamos el octógono.

—Necesitamos inspeccionar el terreno para delimitar una posible zona de excavación —explicó Luca—. Y para eso tengo que bajar las manos. Estoy desarmado.

Stefano le arrebató la mochila, la abrió y miró dentro, enfocando con su linterna para asegurarse de ello. Luego se la lanzó de vuelta.

—Adelante, pero te juro por Dios que, si intentas algo, la mato.

Luca asintió grave, su mirada se oscureció. Sacó de la mochila una linterna de candil y comenzó a recorrer el terreno en busca de alguna marca. Me puse junto a él.

—Debió de dejar alguna pista —comentó con la vista fija en el suelo—, y este lugar lleva siglos en desuso. Dudo mucho que los trabajadores del hospital o los pacientes frecuentaran esta parte de la isla. Aun así, el tiempo podría haberla borrado. Si no encontramos nada en la primera batida, cavaré al azar.

El octógono era un muro de contención que formaba un complejo sistema defensivo de la laguna, construido con piedra y ladrillo, pero en su superficie habían extendido un manto de tierra ahora cubierto por una capa de hierba, alta en algunos puntos.

Comenzamos a movernos; yo con la linterna y Luca con el candil.

—¿Sabes, Luca? —comenzó Stefano con aire suficiente—. Que hayas ocultado este lugar deja muy claro que no pensabas comunicarnos el hallazgo. Y eso ya me autoriza a meterte un tiro en la sien.

—¿Tan mal llevas que sea más listo que tú? ¿O simplemente es por despecho? —aguijoneó él desafiante.

Lo fulminé con la mirada.

—¿Olvidas que nos apunta con una pistola? —lo increpé contrariada.

—No, pero no la usará hasta que tenga lo que ha venido a buscar.

—Cierra la puta boca —imprecó Stefano— y haz lo único que sabes: hacerles el trabajo sucio a los demás. Si te portas bien, te perdono el tiro y te regalo otras vacaciones pagadas en la cárcel. Con tus antecedentes, no sólo pasarías una buena temporada a la sombra, sino que seguramente serías la putita de algún capo.

—¿A la cárcel por excavar en Poveglia?

—No, por asesinato —aclaró complacido—. Alessia, tu pobre y manipulado peón, descubre que eres un jodido impostor, discutís y tú la matas. Ya puedo ver los titulares: «Un gigoló cazatesoros mata a su socia para quedarse con un valioso hallazgo del siglo xviii». Jugoso, ¿no te parece?

—Si la matas, no iré a la cárcel sin acabar antes contigo.

Stefano sonrió con perversa malevolencia, componiendo un mohín de urgencia con la barbilla.

—Date prisa, no tenemos toda la noche.

Continuamos inspeccionando los rodales de tierra sin encontrar nada que nos llamara la atención de ningún modo especial. A medida que nos alejábamos de la entrada del puente, donde estaba apostado Stefano, obstruyendo la única salida de la isleta artificial, comencé a sentir una opresión extraña en el pecho. Luca miró subrepticamente hacia atrás y se puso en cuclillas para escarbar entre los hierbajos. Me agaché junto a él.

—Si encontramos el cofre, nos matará en el acto —susurró sin dejar de peinar la hierba con los dedos—. Tengo que deshacerme de él, no me deja otra opción.

Tragué saliva y lo miré ansiosa.

—¿Cómo piensas hacerlo? Va armado y no dejará que te le acerques.

—Sólo tengo una pala y mis puños, pero también mi ingenio. Sin embargo, no lo haré hasta que encontremos alguna pista. Después no tendremos tiempo que perder.

Sus oscuros ojos brillaron tenaces y decididos, lo que no alivió mi malestar.

—Quizá yo pueda distraerlo —sugerí nerviosa.

—No, mejor que no te acerques, sé cómo provocarlo —determinó con firmeza.

—No pienso quedarme cruzada de brazos mientras arriesgas tu vida.

—Alessia, confía en mí.

—No es una cuestión de confianza —repliqué—, pero somos dos y él uno. Creo que deberíamos aprovechar esa ventaja.

Sostuvo reflexivo mi mirada un instante mientras recalculaba su plan.

—Está bien. Haré que centre su atención en mí mientras tú te acercas lateralmente, escondida en las sombras. Cuando estés a su altura, haz algo que lo sobresalte para que pueda abalanzarme sobre él.

Asentí conforme y respiré hondo.

—Y, ahora, centrémonos en explorar minuciosamente cada palmo de tierra —agregó fijando su concentrada mirada en el suelo—. Será mejor que nos separemos. Tú izquierda, yo derecha.

Iniciamos la búsqueda y, a pesar de que mi desazón me provocaba palpitaciones y comenzaba a sentirme aturdida, me afané en indagar cada paso con exhaustivo detenimiento.

El desaliento crecía a medida que avanzábamos. Y empecé a marearme. A mi mente acudió de improviso una frase que titiló luminosa: «Cualquier cosa era válida para escapar de pensamientos funestos y aferrarme a la esperanza bajo la piedra de mi nombre». Era la última frase del párrafo donde Alonza había dejado la clave de Poveglia y el octógono. Y, como tal, si pertenecía a aquel trozo del texto, seguramente tendría un significado igual de

transcendental. Luca estaba más apartado, y me puse en pie con el pulso acelerado y el apremio por desentrañar aquella frase que supe era vital.

Enfoqué con la linterna a mi alrededor, girando lentamente en un ángulo de trescientos sesenta grados sin saber qué buscar, pero con la aguda certeza de hallarme muy cerca del tesoro. De hecho, era tan intensa esa sensación que sentí una ansiedad latente acelerando mi pulso. Entonces, cerré los párpados y, en mitad de aquel silencio, tan sólo roto por el murmullo del agua contra la piedra, y de aquella negrura tras mis ojos, sentí una presencia frente a mí.

Exhalé un gemido y de nuevo fui incapaz de abrirlos presa de aquella ensoñación. Un brazo se tendió hacia mí. Una mano delicada rodeada de encajes finos emergió de aquella oscuridad para tomar la mía. Y yo me dejé llevar.

Anduve unos pasos guiada por aquella visión de mi mente hasta que se evaporó tan súbitamente como había llegado y me dejó en mitad de un rodal de hierba alta. Abrí los ojos y dejé escapar un estrangulado resuello, trémula y desorientada.

Miré al suelo y me puse en cuclillas para apartar los finos tallos con la mano. Pero estaban tan apretados unos contra otros que no pude ver nada. Seguí rebuscando paciente, hasta que llegué a un pequeño claro donde la hierba, aunque aún tupida, era algo más rala que en el resto de ese rodal.

Comencé a arrancarla a puñados con fuertes tirones, hasta que logré despejar la zona. Apunté con el haz de luz sobre el terreno desbrozado y descubrí una hilera de piedras incrustadas en la tierra. Animada, continué mi labor con más ahínco. Dejé la linterna a un lado y, de rodillas, arranqué hierba como si estuviera poseída. Cuando me detuve, observé triunfal dos hileras de piedras unidas por un extremo y otra más corta trazando un puente entre ellas. Era una «A».

Una intensa emoción me embargó. Paseé las yemas de los dedos por aquellos redondeados cantos sintiendo su fría tersura, en actitud reverencial. Y sentí ganas de llorar. Alonza me había guiado. Y Alonza, de algún modo, había despertado en mí para que su vida y sus secretos llegaran a mis manos.

Unos pasos se acercaron raudos. Alcé el rostro para toparme con la expectante expresión de Luca.

—Lo he encontrado.

Él cayó de rodillas frente a mí, boquiabierto y maravillado, con la vista fija en aquella «A» formada por pequeñas piedras semienterradas.

—Sabía que sólo tú podías hacerlo —musitó absorto en mi rostro—, esa «A» os ha unido, como un puente que ha cruzado siglos, dimensiones y barreras para conectaros, para recordarte quién fuiste una vez y hacerte valorar quién eres ahora. Para encender de nuevo ese coraje y ese corazón que languidecieron con el olvido.

Suspiré afectada. Tenía un nudo en la garganta.

Luca se descolgó la mochila y extrajo del interior una pala pequeña, más de jardinería que de otra cosa. Miró hacia atrás para comprobar que Stefano continuaba en la entrada del puente, inmóvil y atento a nuestros movimientos.

—Creo que será mejor desenterrarlo ahora —opinó Luca—. Aquí la hierba alta nos cubre parcialmente, no sabrá lo que hacemos.

Intenté retirar las piedrecitas, pero estaban muy insertadas en el terreno. Luca me apartó y clavó la punta de la pala en el vértice de la «A», la hundió y levantó un terrón de tierra prensada, que hizo a un lado. Hicieron falta pocas paladas para que la punta metálica de la herramienta tocara algo sólido. Entonces comenzó a rascar la superficie curva de un cofre y mi pulso se aceleró.

Dejó la pala a un lado y ambos empezamos a horadar la tierra con los dedos, retirándola del cofre. Cuando lo extrajimos del hoyo, nos miramos ansiosos.

Luca me lo entregó mientras registraba de nuevo su mochila.

Era pequeño, de madera y nácar, taraceado con bellos diseños que limpié con delicadeza. Tenía una curiosa cerradura, una hendidura horizontal, demasiado larga para una llave. O, al menos, para una llave convencional.

Cuando Luca me tendió el colgante con las iniciales, no tuve ninguna duda de que encajaría a la perfección.

Deslicé el medallón por la ranura casi por completo y oí un resorte que cedía. Instintivamente, giré el reducido extremo visible y sonreí ante el suave gruñido del mecanismo liberando sus cierres. Al instante, la tapa se soltó.

Respiré hondo y comencé a abrirla.

Dentro había una especie de paño de lienzo, ya acartonado por el tiempo. Lo retiré y contuve el aliento al descubrir un alijo de joyas diversas. También había escudos de oro y algunos documentos.

Luca me sonrió exultante y acarició mi mejilla con afectada ternura.

—Te pertenece, Alessia, y te juro que nadie te lo arrebatará.

Y, allí, delante de aquel tesoro, me dije que lo único que no deseaba que me arrebataran era a aquel hombre que me miraba tan arrobado.

Luca volcó el contenido del cofre en su mochila, extrajo el colgante de la cerradura y me lo colgó del cuello.

—Esto también es tuyo.

—¿Cómo... sabías que yo fui... ella?

—Por lo que me hiciste sentir la primera vez que oí tu nombre... Esa «A»... se me clavó dentro —respondió apasionado—. Por cómo mi corazón se encogió cuando posé mis ojos sobre ti. Por cómo todo mi ser despertaba ante tu cercanía. Ya te lo expliqué una vez, lo supe en cuanto te vi. Eras tú...

Sentí un nudo en la garganta y ganas de fundirme en su pecho.

Él cerró entonces la tapa del cofre y se lo metió en la mochila. Cogió la pala y se puso en pie. Yo lo imité.

—Camina por el borde hasta el puente, las sombras te ocultarán.

Su mirada se tornó grave. Se inclinó sobre mí y me besó. Cuando ya se apartaba, me ceñí a él de nuevo.

—No se te ocurra dejarme sola —susurré con afectación—, ni hoy ni nunca. No cuando he tardado tanto en encontrarte.

En la boca de Luca titiló una sonrisa trémula, sus penetrantes ojos desprendieron un torrente de amor tan intenso que llenó mi alma de luz.

—Nunca he tenido tantos motivos para vivir.

Se apartó y comenzó a avanzar despacio y de frente en dirección a Stefano. Mi desazón se agitó encogiéndome el estómago. Tomé una gran bocanada de aire y me dirigí hacia el borde del octógono para recorrerlo sigilosamente.

—Hemos encontrado el lugar —informó Luca acercándose con naturalidad—. Pero el terreno es muy duro, necesito el equipo de excavación que hay en la lancha. Tenemos que regresar.

—No des un paso más —advirtió Stefano desconfiado—. Llamaré a Sofia y le diré que ataque aquí. Desembarcaremos el equipo y podrás trabajar bajo nuestra supervisión.

Luca se encogió de hombros, pero continuó acercándose a él con gesto distraído.

—¿Aún te pongo nervioso? —inquirió en tono ligero.

Stefano lo enfocó con la linterna mientras seguía apuntándolo con la pistola. Continué rodeando el octógono con el corazón en un puño. Me di cuenta de que si quería llamar por teléfono tendría que soltar o bien la linterna o bien la pistola, y ambas cosas supondrían un peligro para él con su enemigo tan cerca. No dejaba de impresionarme la aguda inteligencia de Luca.

—Un paso más y disparo —amenazó Stefano furioso.

—Tranquilo —susurró Luca deteniéndose—. Será mejor que llames ya, no podemos correr el riesgo de que una patrulla nos sorprenda aquí.

Stefano titubeó sin saber qué hacer, quizá percibiendo su complicada situación.

—¿Te sujeto la pistola? —bromeó Luca.

—Pensé que no lo oiría nunca —respondió Stefano sarcástico.

—Puede que hoy sea tu día de suerte —masculló Luca con marcado cinismo—. Me pillas con predisposición a colaborar.

—No imaginas las ganas que albergaba de tenerte predispuesto.

—Pues ya ves cómo es la vida, por fin me tienes a tu merced. Siéntete orgulloso, finalmente has encontrado la manera de rendirme.

Su tono cáustico despertó en el gesto de Stefano una mueca ofendida; su rictus se tensó.

—No era como lo había imaginado, pero me vale.

Finalmente se puso la linterna en la boca y rebuscó en el bolsillo interior de su chaqueta. En ese mínimo instante de distracción, Luca, veloz como un puma, se abalanzó sobre él y lo golpeó en el rostro con la pala. Stefano cayó hacia atrás con un gruñido dolorido, y Luca se lanzó sobre él para arrebatarse la pistola, que todavía llevaba en la mano. Se revolcaron en el suelo, forcejeando y golpeándose, y yo no supe qué hacer.

Me froté nerviosa las manos y observé cómo los hombres peleaban rodando por el suelo. Pero cuando oí el disparo no dudé en acudir hacia ellos con el corazón en un puño y el pánico cerrándome la garganta.

Luca estaba debajo de Stefano, y ambos se observaban con los dientes apretados y miradas ceñudas. Oí el aroma de la sangre antes de verla, mezclado con la acre picazón de la pólvora. Uno de ellos estaba herido.

Me arrojé sobre la espalda de Stefano para arrancarlo de Luca y, para mi sorpresa, no se resistió. Mis manos se empararon de sangre cuando logré depositarlo de espaldas en la tierra. Clavó en mí una mirada confusa, luego observó su pecho y se palpó la herida con gesto desconcertado. Frunció el cejo y abrió la boca exhalando un gemido asustado. Acto seguido, giró el rostro hacia Luca, que ya se incorporaba para mirarlo, emitió un quejido estrangulado y

alargó el brazo hacia él. Boqueaba sin parar, sin que ningún sonido inteligible saliera de ella, y finalmente quedó inmóvil.

La pistola, todavía humeante, seguía en la mano de Luca, que observaba el cuerpo inerte de Stefano con gravedad.

—¿Estás bien?

Asintió, suspiró profundamente y se introdujo el arma en la cintura de su pantalón.

—Nunca sabré si fue su inquina hacia mí o su ambición lo que nos ha llevado a este punto —murmuró apenado—, y aunque él decidió su destino, eso no evita que piense que finalmente ha logrado vengarse de mí, porque llevaré su muerte sobre mis hombros.

—Ha sido en defensa propia —argüí acercándome a él.

—Sí, pero el gatillo lo he apretado yo y es cuanto recordaré, por mucho que lo mereciera. Podría haberlo golpeado, pero he decidido matarlo.

—Si no lo hubieras hecho, tarde o temprano te habría matado él.

—Es posible; que lo habría intentado, seguro —coincidió—. Ayúdame a deshacerme del cuerpo.

—¿Lo lanzamos a la laguna?

—No, la marea lo llevaría a Venecia, sería identificado y la policía me investigaría. Tengo antecedentes y saben que ya estuvimos enfrentados. Creo que lo mejor es dejarlo dentro del hospital. Nadie visita la isla, se descompondrá y

será tan sólo un esqueleto más.

Recogió la mochila que había caído durante la pelea y las dos linternas, y abandonamos el octógono atravesando el frágil puente, que se quejó por el peso al que lo sometíamos.

Aceleramos el paso gruñendo por el esfuerzo y llevamos a Stefano al interior de la primera puerta abierta que encontramos. Nos adentramos en un espacio amplio, una estancia casi devorada por la vegetación colindante. Al fondo se abría una escalera. Luca nos condujo hasta una pared cubierta de hiedra y posó el cuerpo de Stefano en el suelo. Alzó la alfombra de hojas e intentó cubrirlo para ocultarlo.

Un crujido llevó mi vista hacia la carcomida escalinata. Una sombra emergió de ella y pareció detenerse en el rellano, recortada contra la luz de la luna. Dejé escapar una exclamación asustada, di un respingo e instintivamente retrocedí. Luca me miró alarmado por mi expresión y volvió la cabeza hacia la escalinata.

De soslayo, me pareció ver movimiento a mi lado y me giré sobresaltada.

—¡Vámonos de aquí! —apremié mirando nerviosa a mi alrededor.

Luca tomó mi mano y salimos casi a la carrera.

Un estridente graznido nos acompañó al exterior. No quise preguntarme su procedencia.

Caminamos a buen paso atravesando la alameda,

deseosos de alejarnos de aquel lugar. La sensación de ser observados persistía tan firme que esperaba ver aparecer a alguien o algo en cualquier momento.

Por fin llegamos al claro donde las ruinas del antiguo lazareto se alzaban irregulares, como la dentadura de un monstruo que deseara emerger del inframundo a golpe de mordiscos.

—Y ¿ahora qué? —inquirí.

—Ahora vamos a salir de aquí —contestó—. Y sólo hay un barco disponible.

—Pero Sofia no está sola —repliqué—, lleva dos matones más con ella.

—Y yo llevo lo que busca. O eso creerá, al menos.

—¿Vas a negociar nuestras vidas por la clave?

—Justo eso, por una clave falsa.

Me cogió de la mano y me atrajo hacia su pecho.

—Necesito que me abracés —murmuró contra mi oído.

—Y yo necesito abrazarte.

Y nos enlazamos un instante, el suficiente para calmar nuestros miedos.

—Vamos, ardo en deseos de salir de esta isla —reconoció, al tiempo que me colocaba un mechón de pelo tras la oreja y depositaba un beso en mi mejilla.

Me cogió de la mano y continuamos rumbo al embarcadero.

La lancha, varada en el muelle, golpeteaba contra la orilla en chasquidos regulares. En la proa, tres figuras se

recortaban contra la noche.

Luca se descolgó la mochila, buscó la hoja del diario donde había escrito la clave inventada y extrajo un mechero de uno de sus bolsillos. Luego volvió a colocársela en la espalda.

Apagó la linterna, extrajo la pistola de la cinturilla de sus pantalones, me la entregó y respiró hondo.

—Vamos allá.

CAPÍTULO 55



TRAS EL HUMO DEL OLVIDO

Un potente haz de luz incidió en nosotros conforme nos acercábamos.

Cuando llegamos a la orilla, Sofia y sus matones desembarcaron.

Fue evidente su desconcierto al no ver a Stefano junto a nosotros.

—Has roto el trato —afirmó Luca sin inflexiones en su voz, simplemente constatando un hecho.

—Hay demasiado en juego para poder fiarme de un hombre como tú —aseveró ella.

—Más razón para no poner en riesgo tu objetivo. Y

más cuando sabes que dependo de ti para salir de aquí — opinó Luca con dureza—. Por suerte para ti, soy un hombre razonable y estoy abierto a más tratos.

—¿Lo has encontrado?

Luca asintió seco, y la mirada de Sofia saltó ansiosa a la mochila que él portaba. Una sonrisa sibilina comenzó a arquear sus labios.

—Mi trato ahora es dejarte vivo y en paz —ofreció victoriosa—, y estoy siendo muy generosa.

Sus hombres nos apuntaron con sus armas. Yo alcé la pistola y la dirigí hacia Sofia. Me temblaban las rodillas y el miedo me atenazaba, pero logré ocultar mis emociones para ofrecer una imagen segura y decidida.

Luca esbozó una sonrisa de suficiencia y sacó de su bolsillo el pergamino y el mechero, que encendió acercando la llama al extremo del pliego. Sofia se demudó en el acto.

—Yo te ofrezco otro —replicó él, dejando que la llama lamiera voraz la esquina de la página—. Apago este pequeño incendio si me entregas las llaves de la lancha y te olvidas de nosotros.

—¿Y el tesoro?

—¿Dominar el mundo te parece poco? —adujo mordaz.

El fuego comenzó a extenderse devorando el papel.

—¡Apaga eso, maldito seas!

—Las llaves, y que tus hombres lancen sus armas a la

laguna —insistió Luca inflexible.

Sofia miró a sus secuaces y asintió vehemente.

Ambos arrojaron sus armas al agua, que la engulló con un relamido chasquido. Uno de ellos sacó un manojo de llaves y nos lo lanzó. Luca sopló con fuerza y sacudió el pergamino con la mano para apagarlo. El humo ascendió en finas volutas y Sofia respiró aliviada.

Luca me arrebató la pistola y, ante un gesto apremiante, me conminó a embarcar.

Ya en cubierta, envolvió la página en torno a una linterna y la lanzó.

Sofia se precipitó hacia ella y, mientras Luca arrancaba el motor, desenrolló el pergamino y, linterna en mano, enfocó el pliego. Pude ver el ambicioso refulgor de su mirada fija en él, y cómo su expresión titilaba exultante. Luego sus ojos se fijaron en nosotros y pude percibir cómo alargaba el brazo en nuestra dirección. Mi pulso se aceleró imaginando lo que llevaba en la mano.

Oí la detonación y mi corazón se detuvo. Me giré hacia Luca, que me empujó con fuerza y me lanzó sobre la cubierta. Luego salimos del estrecho canal que dividía la isla a toda velocidad.

Me alivió ver cómo Luca continuaba aferrado al timón, manejando la lancha con experimentada habilidad.

—¡No te levantes! —exclamó alzando la voz por encima del ruido del motor.

Y, en efecto, varios disparos más se sucedieron. Desde

mi posición, pude ver cómo Luca se encorvaba sobre el timón, pero no pude apreciar nada más.

Cuando salimos a mar abierto, me puse en pie y me acerqué a él agarrada a la baranda. La excesiva velocidad me obligaba a hacerlo muy despacio, pero pronto fui consciente de que algo andaba mal.

Luca estaba casi reclinado sobre el panel de control. Su cuerpo aprisionaba la palanca de la velocidad.

Una mancha oscura se extendía por su espalda y el pánico más atroz me asaltó.

Logré llegar hasta él sin salir despedida por la borda e intenté separarlo del cuadro de mandos. Estaba consciente, apretaba los dientes y luchaba por mantener el equilibrio. Lo sujeté como pude y bajé la palanca hasta detener la embarcación. Su peso me venció y caímos al suelo.

—¡Luca! —lo llamé angustiada, cerniéndome sobre él y tomando su rostro entre las manos.

Me entregó la pistola y vocalizó un nombre. La lancha continuaba en marcha y el rugido del motor sofocaba su VOZ.

Señaló hacia el portalón que llevaba a los camarotes. Estaba entreabierto.

Un angustioso pálpito constriñó mi pecho.

Leí el nombre en sus trémulos labios y deslicé mi dedo sobre el gatillo en la pistola que llevaba oculta en la chaqueta. Y a mi mente, en ese crucial instante, acudieron frases sueltas que comenzaron a cobrar sentido gracias a

un número en común: el cinco.

Hacía cinco años que Luca había empezado a trabajar para Ornella.

Hacía cinco años que había muerto Piero Rizzoli.

Y hacía cinco años que Gina había perdido a su marido.

Y ahora era ese nombre el que pendía como un urgente aviso en los labios de Luca.

Apagué el motor, me puse en pie y contuve el aliento.

Cuando la puerta se abrió lentamente, supe quién emergería de ella.

Un cañón me apuntó, y una mirada oscura y ladina transformó un rostro que había etiquetado como dulce e inofensivo en uno inquietante y letal.

El primer pensamiento que me vino a la cabeza fue que necesitaba ganar tiempo hasta que ingeniara la manera de salir viva de allí.

Luca se desangraba tendido en el suelo de la lancha, cada minuto era decisivo para salvar su vida, pero sólo podía hacerlo enfrentándome a mi propio destino, a esa verdad que se había escondido tras el humo del olvido, rodeada de llamas y de pérdidas.

—Hola, Gina... —comencé grave—. ¿O debería llamarte Ornella?

La mujer dibujó un amago de sonrisa que otorgó a su rictus un tinte siniestro.

—Imagino que llamarme abuela sería pedir demasiado —respondió sardónica.

—El papel de abuela te queda incluso peor que el de madre. En ambas facetas fuiste nefasta. Ahora comprendo por qué mi madre nunca hablaba de ti: la abandonaste sólo por perseguir ese maldito tesoro.

Su mandíbula se tensó y sus labios se fruncieron disgustados.

—Sí —admitió sin un ápice de remordimiento en su tono—, sacrifiqué muchas cosas por él. Demasiadas para dejaros marchar con vida.

Confié en poder sorprenderla. Ella no sabía que yo tenía una pistola en el bolsillo, y esa baza jugaba a mi favor. No obstante, cualquier movimiento sospechoso por mi parte provocaría que me disparara a bocajarro.

—¿Como casarte con Piero Rizzoli? —inquirí con hondo resentimiento—. ¿Como embaucar a Luca para tu causa? ¿Como matar a toda tu familia?

—Ese incendio fue fortuito —bramó colérica de repente—, tu madre quemó la carta y no se apagó debidamente, prendió los papeles que había en la papelera y ocasionó el incendio. No soy responsable de eso.

—Quizá no directamente, pero en el fondo lo eres. Como de todo lo demás —acusé con rencor.

—Piero tenía el colgante que había vendido mi padre, y yo tenía el diario de Alonza. Lo necesitaba y lo utilicé. Los Rizzoli fueron los causantes de la desgracia de mi familia desde tiempos inmemoriales. La empresa de mi padre quebró por culpa de ellos, tuvimos que venderlo todo, y mi

padre se suicidó en la más absoluta ruina. Juré vengarme y lo hice.

—¿Sacrificando a tu propia hija?

—Los Rizzoli también me buscaban, deseaban el diario. Y tarde o temprano habrían dado conmigo. Me aparté de tu madre para alejarla de ellos. Tuve que procurarme una identidad falsa para poder acercarme a Piero.

—Sofia, ¿no?

Asintió circunspecta.

—Y ¿quién es la mujer que se hace pasar por ti?

—Fue la asistente personal de Piero, y ahora mía. Logré que compartiera mis propios intereses.

—Como hiciste con Luca —aduje furiosa—. Y eso es todo un logro, dado que es un hombre dotado de una inteligencia brillante.

—Luca Vandelli ha sido trascendental en toda esta historia —confesó con un deje de orgullo en su tono—. Lo busqué incluso antes de nacer, y aunque lamentaba no haber podido encontrarlo para matarlo, el destino me hizo agradecer con creces aquel fracaso. Sin él no podría haber resuelto este gran enigma ni haber encontrado el tesoro.

—¡Fuiste tú quien amenazó a su madre!

—Sí. Fue la amante de mi marido, y no podía consentir que engendrara un Rizzoli. Debía acabar con su maldita estirpe.

Vi la locura en sus ojos. La obsesión, la ambición y el

odio, brillando tan poderosos que me hicieron entender que la maldad no era genética ni se sucedía a través en generaciones. La maldad era aleatoria, discriminatoria y anidaba en los pretextos más inverosímiles. No había justificación alguna en ella, pero se rodeaba de excusas precarias que intentaban reforzarse con argumentos inválidos a ojos de quien no la poseía. Y, al igual que la malevolencia había poseído el corazón de Fabrizio, Marco y Caterina, ahora gobernaba el de una descendiente de Alonza. Quizá fuera el karma, que, caprichoso, cambiaba de verdugo a víctima, tal vez para equilibrar el destino de sus almas.

—La Providencia puso a Luca en mi camino. Fue él quien llamó a casa preguntando por Piero. Y yo oí esa conversación telefónica. Tenía que impedir que se vieran, y tuve que adelantar el asesinato de Piero y alejar a Luca de mí. Pero, aunque logré meterlo en la cárcel con la ayuda de Zanetti, su socio, Stefano, no poseía su inteligencia. Así que ideé otra manera de acercarlo a mí: usando mi verdadera identidad y tejiendo toda una trama para atraparlo en ella; por eso necesité una suplente en mi papel de viuda.

—Si Zanetti era tu socio y tú ya conocías el lema de la orden por el diario, ¿por qué los acertijos?

—Zanetti sólo es mi peón. No sabe nada, ni imagina que yo sé. Encontró los acertijos que había diseñado Piero y se obcecó con descubrir su significado. Utilicé eso para

obtener el dichoso colgante. En realidad, el lema de la orden no es relevante para mí. Y quería poner a prueba la lealtad de Luca.

—Todo... —mi voz se quebró y las emociones comenzaron a aflorar, mezcladas con una rabia desmedida — todo aquel montaje de Gina, las fotos que me mostró Stefano, lo que el propio Luca me contó de tu muerte..., todo fue un repugnante montaje. Él... él me quiere y, sin embargo, me mintió todo el tiempo.

Ornella posó los ojos en el cuerpo de Luca, que yacía inconsciente a mi lado, y suspiró profundamente.

—Luca es ese tipo de hombre que cautiva a quien lo conoce: atractivo, pasional, inteligente y profundo. Por eso temí que tú cayeras presa de su influjo, más cuando descubrí que sentía algo más que un simple interés profesional por ti. Por eso me esmeré en hacerte desconfiar de él. Era un Rizzoli y, como tal, tenía pensado acabar con él cuando ya no me fuera de utilidad. Sin embargo, logré tenerle un gran aprecio en mi entregado papel de abuela sacrificada. Lo convencí de que participara en el montaje para despertar tus recuerdos, pues pensé que eran vitales para resolver el enigma. Pero pronto descubrí que juntos formabais un equipo perfecto. Si él no hubiera comenzado a salirse de la trama, quizá no lo habría matado después de todo.

Cerré los ojos un instante ante aquella posibilidad, mortificada y sin aliento. Él no estaba muerto, me dije con

firmeza. No podía esperar más tiempo.

—Enamorarse de ti fue su perdición —adujo Ornella con inusitado pesar—. Actuaba por su cuenta y me escondía descubrimientos. Y temí que finalmente ambos huyerais con el tesoro y la clave.

—La clave ya la tienes. La tiene tu *asistente* —recordé, enfatizando con ácido desdén la última palabra.

Ornella alzó una ceja con evidente desconfianza y sonrió con suficiencia.

—Luca no es de los que se rinden. Desconociendo que yo era la viuda de Rizzoli, me confesó muchas cosas; una de ellas fue que jamás permitiría que esa clave viera la luz. Es fácil deducir para mí que lo que le ha dado a mi asistente no es la clave verdadera. Y estoy segura de que la original está en esa mochila.

Sostuve su penetrante mirada en aquella noche clara, en mitad de la serena laguna, entre la recortada oscuridad de Poveglia y el resplandor mortecino de Venecia. En mitad de ninguna parte, como si estuviéramos suspendidas en el limbo, en esa frontera que separa la vida de la muerte, plenamente consciente de que estaba a punto de atravesar uno de los dos mundos.

—Como estoy segura de que Luca tenía más intereses en este descubrimiento que yo —agregó con solemnidad—. Y, aunque nunca pude sonsacarle sus motivos y siempre sospeché que todo se debía a su necesidad por conocer sus orígenes, o quizá a su ambición, ahora, después de ver

cómo te ha protegido entregando su vida innecesariamente, sé que sólo buscaba un ancla a la que sujetarse en este mundo. Y esa ancla eras tú. Resulta paradójico que sea precisamente lo que lo ha alejado de él.

—¡Le has disparado tú! —la acusé impotente. Las lágrimas quemaban mis ojos y mi corazón sangraba ante el miedo de perderlo—. ¡Tú eres la única culpable de todo, de sus desgracias y de las mías! ¡Tu maldita ambición ha roto vidas, causando mucho dolor! Y todo por unas sucias monedas y una clave estúpida. No sé si eres más digna de lástima que de odio. Estás tan vacía, eres tan abominable que no puedo más que compadecerte y lamentar que compartamos la misma sangre.

Ornella dio un paso hacia mí sosteniendo con firmeza su pistola. Su ceño se acentuó, su gesto se endureció y yo alcé la barbilla para enfrentarla. El momento se acercaba.

—Ambas llevamos la mejor sangre del mundo, ¿acaso no has leído el diario? —increpó resentida—. La de una mujer que venció a su destino, que demostró que ningún hombre podía someterla. Una mujer llena de coraje y de fuerza que retó al mismísimo dux, que atravesó un país en guerra, que se enfrentó a sus enemigos y los venció. Una mujer que mereció gobernar un Estado, como yo merezco gobernar el mundo en su nombre.

Respiré hondo, testigo de su locura, de aquella particular y nefasta interpretación de un diario. Resultaba curioso cómo, según la mente del que lo leyera, cobraba un

sentido u otro, cuando en verdad las palabras gozaban del mismo significado. En ocasiones, a veces no se leía lo plasmado, sino lo que se necesitaba leer, a menudo para justificar un acto, un pensamiento o una doctrina. ¡Cuántas atrocidades se cometían acomodando un texto a los propios intereses, moviendo masas a conveniencia!

Definitivamente fue la compasión la que ganó en mi espíritu, lo que no mermó el dolor y la rabia que sentía.

—Alonza sólo fue fiel a su corazón —repuse categórica—, no a la ambición, ni a la venganza, ni al odio, a pesar de necesitarlos como armas. Luchó porque no le dejaron otra opción, y lo hizo con coraje, sí, pero lo único que movió su corazón a ello fue el amor que sentía por un hombre, un hombre tan grande como ella. Nunca aspiró a tener más poder que el de manejar su propio destino. Su único deseo se reducía a ser libre, a amar y ser amada. Si hubiera querido gobernar el mundo, habría intentado poner en práctica esa clave, pero no lo hizo, la escondió. Y ¿de veras crees que una maldita frase podrá someter a la humanidad? ¿Tan lejos llega tu locura?

Dio otro paso hacia mí. Comencé a deslizar la pistola fuera del bolsillo.

—Los evangelios cambiaron el mundo —murmuró rotunda—, el Corán y la Torá también, y ahora..., la humanidad nunca había estado tan perdida ni tan dividida. Un caldo de cultivo perfecto para sembrar una semilla que, bien regada, puede germinar y dar sus frutos. Sí, lo creo, y

voy a demostrarlo.

La mochila estaba a mis pies. Sabía que cualquier movimiento brusco por mi parte podía activar su gatillo, así que decidí acompañar mi intención de palabras.

—Demuéstralo —la animé, y miré hacia abajo para atraer su mirada en dirección a la mochila—. Coge el tesoro y la clave y cumple tu sueño.

Empujé la bolsa con la punta de mi pie, impulsándola suavemente hacia ella.

Cuando vi su intención de agacharse para cogerla, extraje completamente la pistola del sesgado bolsillo y disparé.

Ella me imitó.

En mis oídos resonó el eco de la detonación y a mi olfato acudió el aroma acre de la pólvora. Todo mi cuerpo temblaba, incluso temí caer de rodillas sobre la cubierta. Pero no fue el mío el que se desplomó.

No obstante, otra bala pasó entonces letal junto a mí e impactó contra el motor. Me precipité al suelo cubriendo el cuerpo de Luca, huyendo de la explosión que rugió en la noche con la misma virulencia que la angustia que me sacudía.

Las llamas comenzaron a elevarse en busca de aire, voraces y vibrantes. Su furibundo crepitar flotó en la brisa nocturna y su flamígero resplandor doró el profundo azul de la noche con destellos parpadeantes.

Un potente crujido quebró la embarcación y el agua

empezó a penetrar en el interior. Un pánico demencial me asaltó. Me puse en pie y comencé a buscar chalecos salvavidas en los compartimentos laterales. Encontré uno y se lo coloqué a Luca denodadamente.

Me detuve junto al cuerpo de Ornella. Todavía respiraba, a pesar del charco de sangre que la circundaba. Alargó su mano hacia mí. La herida de bala que atravesaba la mitad de su pecho apenas le concedería unos breves instantes de vida.

—Alonza..., llévame contigo... —musitó débil.

La miré confusa y ella apresó con inusitada fuerza mi muñeca. Sus ojos se abrieron desmedidos, asombrados y emocionados.

Y entonces, como un fugaz relámpago de luz, mi mente se abrió a aquel día. Mi alrededor se desdibujó y, en mitad de aquellas danzantes llamas, mi conciencia se nubló llevándome a otro incendio...

Ante mí tenía aquella carta. Apenas me había dado tiempo a repasarla cuando me la arrebataron de las manos, y sin embargo sabía lo que ponía, porque la había escrito yo.

Miré hacia abajo y el vestido de mis visiones estaba ahí, sobre mí. Alcé trémula las manos con la mirada fija en los encajes de los puños, en los ricos damascos de la falda, en las perlas engarzadas y en el largo mechón ondulado y platino que caía sobre mi escote. Y entonces recordé...

Querido Lanzo:

Hace días que sueño con mi muerte. Sé que algo va mal en mí, como sé que lucharé para traer tan deseado hijo al mundo. No obstante, la certeza de mi muerte pesa tan rotunda sobre mí que a veces me cuesta respirar, el miedo me atenaza y me escondo para llorar en silencio tan devastadora certeza.

Sé que asistirás a mi parto, y sé que ninguna mujer podría tener jamás mejor médico a su lado ni mejor hombre. Pero la muerte siempre acaba por cobrar sus deudas y yo he logrado esquivarla varias veces. No obstante, sé que esta vez no lo conseguiré, mis sueños así me lo dicen. No es fácil tener conocimiento de tan trágico suceso; sin embargo, lo agradezco, pues vivo cada instante a tu lado con más viveza de lo que ya lo hacía. Además, tengo la oportunidad de despedirme, pues si estás leyendo esta carta significa que mi premonición se ha cumplido.

Amor mío, no he muerto, pues vivo en ti y en mi pequeño, que sé que cuidarás por los dos. No quiero que pases la vida lamentando mi muerte; deseo que la vivas intensamente, pues yo estaré a tu lado, ya no en cuerpo, pero sí en alma, y sonreiré allá donde esté, cuando tú lo hagas. Y cuando llegue el final de tu existencia, yo iré a buscarte para vivir eternamente.

Sé que renaceremos, pues un amor como el nuestro es

más poderoso que la vida y que los tiempos. Y nos buscaremos sin descanso hasta encontrarnos, da igual las vidas que necesitemos hasta lograrlo, porque lo conseguiremos. Tengo confianza ciega en el destino, y sé que nos marcará de algún modo para reconocernos.

Me gustaría pedirte que si nuestro bebé es niña se llame Chloe, su vida fue arrancada impunemente de este mundo y un alma como la suya debe volver. Si es niño, quizá Angelo también merezca regresar; fue tu padre y también truncó su vida la maldad.

Siento ya las contracciones y cómo mi cuerpo hierve de vida. Es una sensación tan maravillosa que es un regalo poder sentirla, más cuando tenía pleno convencimiento de que era algo imposible para mí.

¡Un hijo nuestro, amor mío! Todo ha merecido la pena, Lanzo, todo, sólo por estos dos años de desbordante felicidad a tu lado, por este hijo que nos unirá siempre y que te ayudará a vivir sin mí.

No culpes a nadie de mi pérdida, pues no hay más verdugo que el destino. Todos tenemos un tiempo en esta vida y el mío se agota.

He vivido intensamente, he amado apasionadamente y he luchado incansable, y aunque mi deseo era envejecer a tu lado, no me queda más remedio que aceptar mi final. Es curioso, cuanto más viva me siento, más alargada es la sombra de la guadaña sobre mí.

¡Te amo tanto que no hay palabras en el mundo ni

gestos suficientes para demostrarlo! Por eso sé que volveré a encontrarte, mi amor, porque una vida no es suficiente para nosotros.

Tuya, mi Lanzo, por siempre... En mi último suspiro enlazaré nuestras iniciales para que se busquen.

Siempre a tu lado, amor mío.

Salí abruptamente de aquella ensoñación cuando la lancha comenzó a escorarse por el peso del agua.

Cuando intenté apartarme de Ornella, que clavaba en mí una mirada vacua y ya sin vida, me di cuenta aterrada de que había atado mi muñeca a la suya. Forcejeé histérica y grité mi pavor, sólo logrando que el cuerpo de la mujer se abalanzara sobre mí. Su peso y la inclinación de la cubierta me arrastraban al mar. Conseguí aferrarme a la borda, pero el cuerpo de Ornella cayó al agua, convirtiéndose en un pesado lastre que no supe cuánto iba a lograr aguantar.

Detecté de soslayo un movimiento a mi izquierda. Atónita, comprobé que Luca intentaba incorporarse. Se había quedado enganchado en un rincón y la barra de la silla de control había impedido que se deslizase hacia el mar.

El peso de Ornella tiraba implacable de mí, que apreté los dientes mientras observaba cómo Luca intentaba acercarse. Había perdido tanta sangre que apenas podía moverse. Cuando vi que había conseguido quitarse el

chaleco y me lo lanzaba, el dolor y la impotencia me masacraron.

—¡Nooo...!

—Vive... por mí...

—¡Luca, vuelve a ponértelo! —grité desahogada.

Pero no me contestó. Un nuevo crujido y un estertor, como si la lancha tuviera vida y la estuviera perdiendo, provocaron otra sacudida y Luca cayó por la borda.

Grité desgarrándome el pecho. Tenía que salvarlo, pues en su corazón latía el mío.

Aferré el chaleco con fiera determinación y me lo puse, no sin esfuerzo. Y entonces me solté y me zambullí en las negras aguas.

Tomé el brazo de Ornella y acerqué su muñeca a mi boca. Por fortuna era un cordel de sogas que pude morder. La desesperación me constreñía imaginando el cuerpo de Luca hundiéndose en la laguna.

Gruñí furiosa cuando, tras un violento tirón, la cuerda se rompió. Me quité el chaleco y me sumergí en el agua, buceando angustiada.

Los restos de la lancha continuaban en llamas, y fue esa luz la que iluminó lo suficiente mi visión para localizar el cuerpo de Luca, que descendía lánguido hacia el fondo.

Braceé alocada en su dirección, descendiendo todo lo veloz que pude. Cuando llegué hasta él, rodeé su pecho con un brazo y me dispuse a nadar hacia la superficie. Su peso me frenaba, pero insistí, apelando a toda mi fuerza de

voluntad y hasta la última reserva de energía que me quedara en el cuerpo.

Rodeada de burbujas y ya casi sin aire, aceleré las brazadas con los pulmones quemándome y el agotamiento vencíendome. Me sentí peligrosamente mareada y redoblé mis esfuerzos.

Cuando finalmente salimos a la superficie, boqueé ávida de oxígeno y logré todavía nadar hasta un largo tablero. Lloré de furiosa impotencia cuando fui incapaz de sujetar a Luca en él. Se escurría continuamente, y a mí me fallaban las fuerzas.

En ese momento, una potente luz me cegó.

—¡Agárrese al salvavidas!

Un rígido flotador cayó a mi lado. Me aferré a él sin soltar a Luca.

Una patrulla costera se acercó y varias manos tiraron de nosotros.

Cuando caí en la cubierta jadeante y exhausta, cerré los ojos y lloré de alivio, liberando toda la angustia sufrida.

Un alivio que exterminó cruelmente una voz:

—Ella parece estar bien, pero él no respira.

Me arrastré hasta Luca, que, boca arriba, estaba siendo examinado por dos hombres uniformados.

—No..., no..., no..., él está vivo —gimoteé agónica.

Uno de los guardacostas volvió a comprobar las constantes vitales y negó con la cabeza.

—Lo lamento, señora, pero ha muerto.

No oí ni vi nada más, el dolor me golpeó tan violentamente que, aturdida, me abalancé sobre él y lo agité con brusquedad chillándole que abriera los ojos. Sollocé desesperada y grité su nombre, pidiéndole volver, me abracé a su pecho y supliqué que no me dejara. No..., no podía perderlo.

—Sujetadla, necesita un calmante.

Me debatí enloquecida entre brazos extraños. No sentí el pinchazo, pero sí sus efectos. La negrura comenzó a envolverme y sólo ansié no despertar.

EPÍLOGO



ALONZA

Era invierno, y un cielo blanquecino y plomizo anunciaba inminentes nevadas.

En aquella montañosa región, cercada por las colinas Euganeas, entre los montes Piccolo y Ventolone, se alzaba mi nueva residencia, una hermosa casona de piedra rodeada de robles, enebros y olivos, a las afueras de Arquà Petrarca.

Nunca pude encontrar la ubicación exacta de la casa que habían compartido Lanzo y Alonza en aquel pintoresco lugar, pero me dejé llevar por mi instinto y elegí un enclave de parajes tan agrestes como hermosos.

Una vez escogido el lugar, no tardaron en construir la casa de campo, naturalmente con arcadas, ventanas abovedadas y un torreón de estilo renacentista.

En mis habituales paseos por los senderos naturales cercanos a la casa, recordaba cómo había cambiado mi vida desde que el diario había aparecido en ella, reencontrándome con quien había sido y con quien ahora era. Todo por un único motivo: sentir de nuevo aquel sentimiento tan demoledor e imperecedero que, en efecto, había cruzado la barrera del tiempo, no sólo despertando un alma dormida, sino también un corazón moribundo.

Y el infame destino había intervenido nuevamente para separarnos, y por unos minutos lo había logrado.

Cuando Luca fue declarado muerto en aquella patrullera, intentaron reanimarlo con un desfibrilador portátil. Y lo consiguieron, aunque estaba tan malherido que no confiaban en su recuperación.

Cuando desperté en el hospital y supe que había regresado, tuve la certeza de que Luca lucharía por su vida conmigo a su lado.

A ojos de las autoridades portuarias, el asunto quedó como un atraco en alta mar con los maleantes desaparecidos.

Fueron meses duros de convalecencia. De las dos balas recibidas en la espalda, una de ellas le había perforado un pulmón y la otra le había provocado un traumatismo en la

médula espinal.

Tras dos complicadas intervenciones quirúrgicas, Luca pasó dos meses en la unidad de cuidados intensivos. En mis visitas, yo le hablaba, lo acariciaba y lo besaba, confiando plenamente en su restablecimiento. Por fin pasó a planta y, aunque continuaba con el respirador, la herida del pulmón sanó. La incertidumbre del equipo médico era si podría caminar o no. No me separé de su lado ni un solo día, y aunque había alquilado un apartamento junto al hospital, sólo lo utilizaba para guardar mis cosas y ducharme. Con el tiempo, la inflamación de la médula disminuyó y comenzó a mover los pies. El pronóstico médico fue más alentador y la rehabilitación obró maravillas, pero sobre todo su ánimo y su espíritu de lucha. Nunca se rendía.

Cuando terminaba los ejercicios pedía hacer más, y aunque resultaba doloroso ver cómo su rostro se contorsionaba sufrido y su sobreesfuerzo lo hacía sudar y temblar, él insistía, mirándome con aquella entereza y aquella determinación que arrancaba sonrisas y aliento al resto de los pacientes de la sala.

Su admirable constancia y su humor chispeante aceleraron su recuperación, lo que redujo la previsión médica de un año a tan sólo seis meses.

Dormía acurrucada junto a él en la cama del hospital y hacíamos planes de futuro. El día que sufrió una parada respiratoria fue el peor de mi vida.

Pero volvió a luchar, incluso con más tenacidad.

Regresó a mi lado y a mis brazos, y por un solo motivo, como solía repetirme: porque no había atravesado una eternidad para que lo alejaran nuevamente de mí.

Fue una etapa dura, pero se restableció por completo sin ninguna secuela. Entrenó cada día y recuperó masa muscular, volviendo a ser el que era.

Entonces planeó rescatar el tesoro.

Alquilamos una lancha y un equipo de buceo y nos dedicamos a explorar los alrededores. Estar tan cerca de Poveglia nos inundaba de desasosiego y malos recuerdos, pero tras una semana de intensa búsqueda, localizamos la mochila.

La apuesta que había ganado Alonza incluía joyas con piedras de gran valor, numerosos escudos de oro y un ostentoso collar de perlas.

Luca hizo un gran negocio con el alijo, abriendo una puja entre conocidos anticuarios, lo que nos reportó una gran suma por las monedas y las joyas. El collar decidí quedármelo. También solía llevar siempre encima el colgante de plata con las iniciales entrelazadas.

Yo vendí mi casa en Como y pagué a los acreedores. Decidimos conservar la tienda de antigüedades, antigua botica de Lanzo, y el edificio que había sido la residencia de los Rizzoli, aunque ambos coincidimos en construirnos una casa de campo en Arquà, donde ellos habían pasado dos felices años juntos. Y, curiosamente, era justo el tiempo que llevábamos allí instalados.

Quizá tampoco fuera casualidad que yo estuviera a punto de dar a luz. Aquellas coincidencias sumían a Luca en una inquietud constante. Había leído toda clase de libros de asistencia al parto. Había dispuesto un equipo de primeros auxilios en el todoterreno por si no llegábamos a tiempo al hospital de Padua. Y, aunque yo le repetía que no eran los mismos tiempos y que mis revisiones periódicas estaban perfectas, él se mostraba angustiado. En cuanto a mí, debía reconocer que posiblemente debido a la sugestión y a la excesiva preocupación de Luca, se había instalado en mi fuero interno un creciente malestar.

¿Sería tan cruel el destino de repetir semejante varapalo?

Me decía que no, que ésa era nuestra recompensa, nuestra oportunidad de vivir por fin una vida larga y dichosa juntos. Y, aun así, por las noches soñaba con la figura del vestido de nuevo tendiendo su mano hacia mí, rodeada de sombras.

Aquella fría mañana paseábamos de la mano entre los altos pinos, recorriendo un sendero que Luca había adornado grabando los troncos de los árboles con nuestras iniciales, tal como había hecho Lanzo, marcando con nuestras particulares baldosas amarillas el camino a la felicidad, que solíamos recorrer cada día.

—Deberíamos regresar —sugirió mirando al cielo mientras fruncía escrutador el ceño—, está a punto de nevar.

—No estamos lejos de casa, continuemos un poco más. Me apetece caminar.

Llevaba un jersey de lana en color crudo de cuello alto que sobresalía de su abrigo militar verde, así como un gorro verde oscuro del que emergía su largo cabello negro, que ya rozaba sus hombros y resaltaba sus felinos ojos oscuros. Su boca llena y tentadora destacaba en la perfilada sombra de una barba que comenzaba a oscurecer su mentón. Su masculinidad golpeaba, y su tierna mirada embriagaba todos mis sentidos.

Asintió conforme y sonrió ante mi cautivada atención sobre su boca, ansiándola sobre la mía.

—Nena, si quieres un beso no tienes que pedirlo; ven y tómallo —murmuró acercando sus labios a los míos.

Dejé escapar un suspiro ávido y me puse de puntillas. Mi abultada barriga lo obligó a inclinarse sobre mí para permitir que tomara mi beso.

Atrapé voraz su boca y su calor evaporó mi frío. Y, como siempre ocurría, el tiempo se detuvo y el mundo desapareció: sólo existíamos nosotros dos.

Perdida en su boca, deleitándome en su sabor, absorbida por su pasión, me sentí flotar muy lejos. Nuestras lenguas, siempre insatisfechas, alargaban nuestros besos hasta perder la noción del tiempo. Cuando logramos separarnos, había comenzado a nevar.

Sonreímos al unísono. Luca extrajo su smartphone del bolsillo y seleccionó una canción de su lista de Spotify,

Happiness Does Not Wait, de Ólafur Arnalds.[1] En verdad la felicidad no espera, es un tren fugaz que pasa a veces sin detenerse y que hemos de atrapar veloces. Un tren que puede desintegrarse a la primera sacudida o que quizá aguante intacto todo el trayecto. Un tren que podemos perder si no lo apreciamos, o que puede expulsarnos si no lo cuidamos. También dependerá de la vía que transite, y de las curvas y los altibajos a los que se enfrente. Sea como sea, si subimos a él, disfrutemos intensamente del trayecto, dure lo que dure.

La melodía en piano y violín comenzó a sonar, y Luca afianzó el teléfono en una rama cercana.

Luego se acercó a mí, hizo una reverencia, se quitó el gorro con un gesto cortés y me invitó a bailar con una sonrisa más brillante que los copos que habían empezado a perlar la negrura de su cabello.

Sonreí y asentí emocionada. Rodeó mi cintura, tomó mi mano y comenzamos a bailar. Entonces acercó su boca a mi oído y susurró:

—Aquí y ahora, prometo amarte y cuidarte el resto de mis días, ser tuyo hasta mi último aliento y consagrar mi vida a la tuya —comenzó repitiendo la promesa que le había hecho Luca a Alonza aquel día que habían bailado bajo la nieve—. Yo, ahora bajo el nombre de Luca Vandelli, prometo buscarte bajo otros nombres, otros rostros y otras vidas, hasta el fin de los tiempos.

Su modificada promesa humedeció mis ojos.

—¿Crees que volveremos a coincidir de nuevo?

—Eso espero y ruego, lo único que sé es que yo te buscaré siempre.

—¿Qué pasó cuando morí? Sé que lo recuerdas — musité entre sus brazos—. Puedo ver ese sufrimiento de antaño en tu rostro.

Luca desvió la mirada y su rostro se ensombreció.

—Cuidé de nuestra Chloe, aunque te habías llevado mi alma. No obstante, con el tiempo, mi desarraigo pesó demasiado. Enfermé un invierno y supe que no me recuperaría. Así que le busqué un protector a Chloe, ya era una muchacha, y tan parecida a su madre que me encogía el corazón.

—¿Un protector?

—Uno que una vez me pidió que cuidara de su hada cuando él ya no estuviera. Le pedí el mismo favor.

—¡Leonardo!

Luca asintió grave. Los recuerdos de siglos pasados lo alejaron de allí.

—No se había casado ni tenía hijos, y no tardó en acudir a mi llamada. Fue conmovedor ver su reacción al conocer a Chloe, apenas podía contener las lágrimas ante ella. Yo ya estaba postrado en un lecho, y se sentó a mi lado jurándome cuidar de mi hija, ya casi adolescente. Arreglé los papeles para que fuera su tutor, convencido de que lo que le entregaba acabaría siendo una esposa. Y entonces me fui en paz, sabiendo que no podía estar en

mejores manos, pues me consta que la amó nada más verla, por ti, por ella, por lo que fuera, pero su mirada me confirmó que había hecho lo correcto.

—¿Nunca volviste a Venecia?

—No, nadie allí supo que había regresado de la guerra. Preferí esconderme y terminar mis días donde pudiera verte en cada rincón. Y así fue, hasta que mi vida se apagó.

Me abracé a él y, en ese instante, una feroz punzada me atravesó las lumbares. Exhalé un gemido sorpresivo y agrandé la mirada abrumada por la intensidad del dolor.

—¿Qué ocurre? —inquirió alarmado.

—Ha llegado la hora —respondí.

Luca me miró angustiada y me tomó en sus brazos.

—Puedo caminar —me quejé.

—Eso no impide que quiera llevarte yo.

Otra punzada me dobló en dos. Me abracé a su cuello apretando los dientes.

—Aguanta, cariño.

Aceleró el paso, y allí, bajo la nieve, grité de dolor contra su pecho.

—¡Maldita sea! Son muy seguidas, ¿no?

Jadeé y aspiré profundamente entre los intervalos, preparándome para la siguiente contracción.

En realidad, había pasado la noche con soportables y regulares dolores que le había ocultado para no preocuparlo más.

Luca también jadeaba por el esfuerzo, pero no me

soltó. Alargó las zancadas en un trote ansioso que por fin nos llevó hasta el claro frente a nuestra casa.

El coche estaba estacionado delante. La nevada se intensificó, al igual que las punzadas.

Cuando me depositó en el suelo para abrir la puerta del vehículo, me fallaron las rodillas. Supe que no llegaría a tiempo al hospital.

—Llévame adentro y llama a emergencias —pedí inclinada contra la puerta del todoterreno.

Luca abrió la boca atónito. Su mirada se veló sobrecogida.

—Llegaremos —aseguró ansioso—. Sube, no puedo arriesgarme a que no vengan. La nevada en la montaña dificultará los accesos. Y, por como cae, no tardará en acumularse en el camino.

Negué con la cabeza resollando. Un torrente líquido emergió incontenible de mi cuerpo.

—No quiero dar a luz en un coche.

Él titubeó inquieto. Miró hacia el sendero de entrada, ya cubierto por una esponjosa capa de nieve que no tardaría en engrosarse.

Me erguí y caminé hacia el porche de entrada. Luca se apresuró a alcanzarme, me abrió la puerta y, de nuevo, me alzó en brazos.

—Todo va a ir bien, cariño —susurró intentando tranquilizarme, aunque en realidad era él quien más lo necesitaba.

Me llevó a nuestra alcoba y me depositó en la cama.

Luego miró aturdido a su alrededor sin saber muy bien qué empezar a preparar.

—Toallas —fue lo único que se me ocurrió.

Luca asintió y corrió al cuarto de baño mientras llamaba a emergencias.

Otra contracción me atravesó con la virulencia de un látigo cortando mi piel. Gemí dolorida, aguantando estoica mientras estrujaba entre mis puños la colcha.

Sentí deseos de empujar, pero algo me decía que aún no era el momento. Me mordí el labio inferior hasta que pasó.

Luca asomó con las toallas, una palangana con agua caliente, una esponja, unas tijeras y una pinza.

—No se me ocurre nada más —masculló inseguro.

Me giró con delicadeza para colocar las toallas debajo y me ayudó a desvestirme. Cuando llegaban las contracciones, me abrazaba con fuerza y me acariciaba el pelo, susurrándome alentador.

Pero cuando se separaba de mí, era tan apreciable su miedo, por mucho que se esforzaba en ocultarlo, que entonces era yo la que deseaba consolarlo.

—No va a pasarme nada —murmuré confiada—. El bebé está colocado según la última ecografía. Y vienen de camino. Todo irá bien.

—Sí, todo irá bien, porque no permitiré que sea de otra manera.

Sonreí ante su vehemente afirmación y ante su entrañable gesto de niño terco y asustado.

—Jooodeeerrr... —exclamé desgarrada por una puñalada abdominal de la que hasta esperé ver salir sangre.

Todo mi cuerpo se tensó abruptamente durante unos largos segundos. Apreté los dientes y jadeé agónica.

Clavé las uñas en el brazo de Luca, que se encogió sobre mí como si su cuerpo pudiera hacer de barrera del dolor.

—Gírate —pidió de repente. Lo miré aturdida y jadeante—, voy a masajearte las lumbares. Leí que aliviaba el dolor.

—Pues ya puedes darles fuerte a esas manos, porque esto me está matando.

Cerré de inmediato la boca reprochándome mi inoportuno comentario, puesto que Luca palideció y su rostro se crispó atemorizado.

—Es sólo una expresión —aclaré, y él asintió seco.

—Si pudiera cambiarme por ti, te juro que no lo dudaba —repuso frustrado.

—Te aseguro que ahora mismo compartiría esto contigo si con eso se repartiera el dolor —confesé presintiendo otra contracción—, como yo deseé hacerlo contigo cuando estuviste en el hospital.

Comprendía su malestar y su angustia a la perfección, así como la impotencia de no poder más que animar y mimar en momentos como ése.

—Si tú no hubieras estado a mi lado, no habría tenido motivos para luchar.

—Y ahora tú estás al mío, y vamos a traer a nuestro hijo juntos.

Ninguno habíamos querido saber el sexo del bebé. Aunque en mi fuero interno, y creo que en su caso también, deseaba una niña.

El rostro tenso de Luca forzó una sonrisa que se desvirtuó en una mueca indefinible.

Agradecí su masaje en la parte baja de mi espalda. Tras cada contracción, él se afanaba por aliviar mi dolorida musculatura.

En la siguiente, el deseo de empujar me devastó, rindiéndome a él.

Luca se pasó las manos por el cabello impotente, bufó furioso y se puso en pie.

—Date la vuelta y ponte de rodillas. Agarra el cabecero, incorporándote lo que puedas.

Lo miré como si hubiera perdido el juicio.

—Es la mejor posición para el trabajo de parto, y la más lógica —explicó sacando su faceta más pragmática—. Lo leí en alguna parte, y tiene sentido. La gravedad te ayudará a la expulsión. Tumbada en la cama sólo oprimes el canal del parto y dificultas el proceso natural. Desde tiempos inmemoriales...

Proferí un grito que interrumpió su ilustración.

—No voy a cuestionar tus fuentes, te lo aseguro.

Ayúdame a darme la vuelta, tengo la flexibilidad de un zompo.

Luca sonrió ante mi ácido humor y me ayudó a posicionarme.

Ciertamente, las contracciones en aquella pose eran más soportables. Aunque parecía estar reclinada en un confesionario, con las rodillas separadas y las nalgas alzadas. Y rezar, rezaba, una imprecación tras otra.

—No sé si volveré a dejar que me toques —siseé exhausta tras la última punzada.

—No te lo crees ni tú —replicó arrogante y mordaz.

Lo fulminé con la mirada y, a cambio, me secó el sudor con mimo.

Comencé a reservar mis ganas de empujar aprovechándolas durante las contracciones. En una de ellas, sentí la cabeza que emergía de mi interior.

—¡Ya sale! —anuncié con un gemido roto.

Apreté la mandíbula al máximo mientras empujaba con todas mis fuerzas.

Luca se puso tras de mí para recibir al bebé y, en un último y desgarrador empujón, sentí cómo el pequeño cuerpo se deslizaba por el canal de parto hacia el exterior. Acompañé su llegada con un quebrado gruñido furioso y me abracé completamente extenuada al cabecero.

Temblaba por el esfuerzo, sudaba profusamente, y sentí unas irrefrenables ganas de llorar. Miré hacia abajo y vi a al bebé estirarse sobre la toalla. Luca estaba cortando el

cordón umbilical, tras haberlo apresado con la pinza. Y, después de envolver al bebé y dejarlo a un lado, me ayudó a darme la vuelta y a tumbarme. Luego lo tomó entre sus brazos y lo observó maravillado. Su afectada expresión me acarició el corazón.

Cuando nuestros ojos se encontraron, se inundaron de lágrimas.

—Es una niña —anunció con conmovedor orgullo.

Y, con tierna solemnidad, la depositó sobre mí.

Miré el diminuto rostro de mi hija y me inundó el pecho un amor tan profundo que sollocé de pura felicidad.

Luca nos abrazó y permanecemos un instante así, asimilando todas las emociones que nos embriagaban.

Cuando me aparté para mirarlo, un sollozo roto escapó de los labios de aquel hombre que lo era todo para mí.

Su miedo a que se repitiera lo que ya había vivido y recordaba se liberó en su llanto, besándome el rostro y besando a su hija.

—¡Dios santo, te amo tanto..., tanto, que no puedo demostrártelo en una vida ni en dos!

—Luca, mi amor...

Limpié con mis besos sus lágrimas y besé sus salados labios.

Acariciamos la cabecita de la niña y, cuando nos miramos, ambos pronunciamos el mismo nombre:

—Alonza.

Sonreímos entre lágrimas.



Un par de meses después, una furgoneta de reparto se detuvo frente a nuestro porche. Por la ventana vi un mensajero bajar de ella y llamar al timbre.

Dejé a Alonza en su cuna tras amamantarla y bajé la escalera. Luca ya cerraba la puerta con un paquete en las manos.

Me sonrió impaciente y dejó la caja en la mesa del recibidor.

—Por fin ha llegado.

Intrigada, descendí los últimos escalones y me acerqué a él.

—¿Qué es?

—Una promesa cumplida —respondió enigmático.

Su semblante complacido me arrancó una sonrisa.

—Interesante —comentó curiosa.

—Ábrelo, es el nuevo miembro de la familia. Llevo tiempo buscándola. No fue fácil encontrarla ni barato adquirirla, pero ésta debe ser su nueva casa.

Comencé a abrir el paquete arrancando las cintas adhesivas y las tiras de embalaje.

—¡Cuidado! —previno Luca arqueando una ceja, aunque tan impaciente como yo—. Es una pieza muy delicada.

Cuando por fin logré liberarla de todo el relleno de seguridad que llevaba, descubrí una figura que me robó el

aliento.

Era una exquisita hada de cristal con las alas abiertas y el rostro alzado al cielo. Era Alonza, tal como la había moldeado Leonardo. Los delicados rasgos, la fluida pose y la admirable minuciosidad de cada detalle le conferían un realismo que subyugaba. La pureza del cristal refractaba la luz en todas las direcciones, como si en verdad la magia de aquella hada se proyectara por toda la estancia, iluminándola.

—Es tan hermosa... —proferí cautivada.

Acaricié la fría tersura del cristal y algo en mi pecho se sacudió.

—Ahora es mi turno de cuidarla, de cuidaros —repuso con reverente gravedad.

—Y el mío de hacerte el hombre más feliz sobre la Tierra.

Luca se acercó a mí con esa mirada gatuna que me secaba la garganta.

—Ya lo haces, desde que supe que compartíamos el mismo aire.

—Y ahora me lo robas con esa mirada —murmuré prendida de su rostro.

—Pienso robarte algo más que el aliento —prometió tentador—. Ahora mismo voy a arrancarte la ropa, a ceñirte contra esa pared y a demostrarte lo loco que me vuelves.

—Veo que hoy es día de promesas cumplidas...

Tomó mi boca con posesión mientras me conducía a la pared más próxima. Sus manos se cerraron en torno a mis nalgas y las oprimió con fuerza.

—Y de juramentos —añadió apasionado—, porque te juro que cada día pienso marcarte a fuego, para que me recuerdes eternamente.

Atrapé con desesperación su boca y él gimió enfebrecido. Luego me aparté y lo miré retadora.

—Ya me marcaste: esa condenada sonrisa me perdió desde el día en que la vi en tus labios.

—Esa condenada sonrisa sólo la provocas tú.

Nos besamos ardientes, ávidos y enloquecidos, sabiendo que ese fuego nunca se apagaría, que ese amor nunca se extinguiría y que la felicidad que ahora nos colmaba el alma era la recompensa no de una vida, sino de dos.

Nota

[1] *Happiness Does Not Wait*, Erased Tapes Records, Ltd., interpretada por Ólafur Arnalds. (*N. de la E.*)

Meretrice

Lola P. Nieva

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Sophie Guët, 2017

© de la imagen de la portada, Samot – Shutterstock

© Lola P. Nieva, 2017

© de la ilustración del mapa, Cortesía de Archivio di Stato di Venezia

© de la ilustración del libro cerrado, Polryaz - Shutterstock

© de la ilustración del libro abierto, Alexandr Zyryanov – Shutterstock

© Ediciones Planeta Madrid, S. A., 2017

Ediciones Martínez Roca es un sello editorial de Ediciones Planeta Madrid, S. A.

C/ Josefa Valcárcel, 42. 28027 Madrid

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2017

ISBN: 978-84-270-4359-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Víctor Igual, S. L.,

www.victorigual.com





¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

EN
FEMENINO



¡Síguenos en redes sociales!

